



HAL
open science

Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América Andina del virreinato al novecientos

Isabelle Tauzin-Castellanos

► **To cite this version:**

Isabelle Tauzin-Castellanos. Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América Andina del virreinato al novecientos. Isabelle Tauzin-Castellanos. L'Amérique andine du constat au projet: représentations intérieures et regards extérieurs, Oct 2016, Lima, Perú. Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos; Presses universitaires de Bordeaux, 2019, 978-9972-46-649-6. halshs-03024357

HAL Id: halshs-03024357

<https://shs.hal.science/halshs-03024357>

Submitted on 12 Jan 2022

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Public Domain

ISABELLE TAUZIN-CASTELLANOS
(Compiladora)

REPRESENTACIONES INTERNAS y MIRADAS EXTERNAS sobre el **PERÚ** y la **AMÉRICA ANDINA**

Del Virreinato al Novecientos



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial



Presses Universitaires de Bordeaux
Université Bordeaux Montaigne

REPRESENTACIONES INTERNAS Y MIRADAS EXTERNAS SOBRE EL PERÚ
Y LA AMÉRICA ANDINA

ISABELLE TAUZIN-CASTELLANOS
(Compiladora)

Representaciones internas y
miradas externas sobre el Perú
y la América andina
Del Virreinato al Novecientos



Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad del Perú. Decana de América
Fondo Editorial



Presses Universitaires de Bordeaux
Université Bordeaux Montaigne

Tauzin-Castellanos, Isabelle (comp.)

Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América andina. Del Virreinato al Novecientos / Isabelle Tauzin-Castellanos, compiladora. 1.ª ed. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Presses Universitaires de Bordeaux, 2019.
363 pp.; 17 x 24 cm

Perú / América andina / historia contemporánea de América Latina / historia de las representaciones / relatos de viaje / Virreinato e Independencia del Perú / siglo XIX

ISBN 978-9972-46-649-6 (Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos)

ISBN 979-10-300-0355-0 (Presses Universitaires de Bordeaux)

Hecho el depósito legal en la Biblioteca Nacional del Perú n.º 2019-03937

Primera edición

Lima, marzo de 2019

© Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Fondo Editorial
Av. Germán Amézaga n.º 375, Ciudad Universitaria, Lima, Perú
(01) 619 7000, anexos 7529 y 7530
fondoedit@unmsm.edu.pe

© Université Bordeaux Montaigne
Presses Universitaires de Bordeaux
Domaine universitaire
33 607 - Pessac cedex
Francia
33 (0) 557124660
pub@u-bordeaux-montaigne.fr

© Isabelle Tauzin-Castellanos, compiladora

Imagen de la cubierta

Gabriel Lafond de Lurcy. *Voyages autour du monde. Naufrages célèbres*. París: Administration de Librairie, 1844, p. 261.

Diagramación de interiores y diseño de cubierta

Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Cuidado de edición

Juan Carlos Almeyda Munayco

Publicado con el apoyo de la Université Bordeaux Montaigne y en el marco del proyecto de Isabelle Tauzin-Castellanos por el Institut Universitaire de France.

Las opiniones expuestas en este libro son de exclusiva responsabilidad de los autores y no necesariamente reflejan la posición de las editoriales.

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente edición, bajo cualquier modalidad, sin la autorización expresa del titular de los derechos.

Índice

Introducción	11
--------------	----

PRIMERA PARTE

La América virreinal: entre luces y prodigios / 23

Ventura Travada y Córdova: continuidad y evolución en el criollismo peruano del primer siglo XVIII <i>Bernard Lavallé</i>	25
---	----

Afirmación de una identidad femenina y horizonte de una identidad nacional peruana, a la luz del panegírico de la traducción castellana de <i>La Gallerie des femmes fortes</i> del padre jesuita Pierre Le Moyne <i>Susana Janet Vargas León</i>	39
--	----

Miradas personales sobre los Andes en la <i>Relation abrégée de ce voyage</i> del académico francés Pierre Bouguer <i>Nicolas de Ribas</i>	53
---	----

Chorreras de oro, rayos pestíferos y vocerías de demonios. La leyenda de El Dorado en <i>Maravillas de la naturaleza</i> de fray Juan de Santa Gertrudis <i>Nelson Gasca Guzmán</i>	67
--	----

Las ideas de Voltaire sobre los incas en <i>Alzira</i> <i>Francisco Castilla Urbano</i>	79
--	----

SEGUNDA PARTE

Guerrear o gobernar entre América y Europa / 97

Entre el deber y la «crueldad»: Mariano Ricafort, la independencia del Perú según un oficial español <i>Ascensión Martínez Riaza</i>	99
---	----

De emigrado a rebelde: José Canterac, un militar indeseable
en busca de la identidad perdida 121
Isabelle Tauzin-Castellanos

Armas, ciencias y administración: las estrategias de los gobiernos
chilenos para dominar el territorio en el siglo XIX 151
Nathalie Jammet-Arias

San Luis en los Andes: la biografía de García Moreno
por el reverendo padre Auguste Berthe 169
Emmanuelle Sinardet

TERCERA PARTE

Viajeros, testimonios escritos e interculturalidad / 187

Entre historia y representación. A propósito de
la (re)invención de Guarayos, 1825-1880 189
Pilar García Jordán

¿Distintos «otros»? Las representaciones de los chinos,
negros e indios en la prensa limeña de 1870 213
Maud Yvinec

El *Atlas geográfico del Perú* (1865) de Mariano Felipe Paz Soldán:
entre representación y proyección de un Estado-nación en construcción 227
Estelle Amilien

Diplomacia, antigüedades indígenas y nación.
La construcción de la representación del pasado de
las naciones andinas en la conmemoración de 1892 243
María Elena Bedoya Hidalgo

Representación europea del Nuevo Mundo a partir de los documentos:
de la obra de Juan Bautista Muñoz a la colección de Ternaux-Compans 259
Fermín del Pino Díaz

CUARTA PARTE
Ut pictura poesis / 279

Los viajeros franceses y la iconografía costumbrista del Perú en el siglo XIX: una historia interactiva <i>Pascal Riviale</i>	281
<i>Lima y sus alrededores</i> de Camille Pradier-Fodéré (1897). Un testimonio sobre la capital peruana antes de la guerra con Chile <i>Victor Arrambide Cruz</i>	307
Marcel Monnier, ¿explorador moderno de un Perú regeneracionista? <i>Morgana Herrera</i>	325
El oriente peruano en la obra de José Santos Chocano: una fábrica de exotismos <i>Catherine Heymann</i>	341
Datos de los autores	357
Índice de ilustraciones y mapas	363

Introducción

Una vez al año, durante la realización de la Feria Internacional del Libro de Lima, la cual coincide además con las celebraciones de Fiestas Patrias, suelen llegar a la capital *bestsellers* producidos en Estados Unidos sobre los momentos álgidos de la historia del Perú: la revolución de Túpac Amaru, la guerra del Pacífico, el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas... Con la tradición de apertura internacional que guía el Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, se publica ahora *Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América andina. Del Virreinato al Novecientos*, una recopilación de trabajos académicos centrados en el Perú y la América andina, la mayoría de ellos, realizados en Europa. En este caso, el presente libro no surge a partir de un interés puramente comercial, sino que tiene el genuino objetivo de hacer dialogar a investigadores de Europa y Latinoamérica sobre temas que los conciernen a ambos.

En los últimos treinta años, después de haber sido cuantitativa, orientada hacia las estadísticas, por considerar que los guarismos expresan una verdad absoluta; y después de haberse focalizado, a nivel mundial, en las divisiones sociales entre aristocracia y plebe, burguesía y campesinado; la ciencia histórica ha ampliado el espectro de temas al cuestionar su propio discurso y al reconocer el subjetivismo inherente a cualquier construcción intelectual. La historia política no es neutra, es un sistema en el que se actualizan los saberes y emociones contemporáneos. Por su lado, la historia económica se relaciona con el mundo empresarial, pero también puede tender hacia la historia de las apariencias (vestimenta, moda, cuerpo...) o la historia de las circulaciones (transportes, transferencias culturales...).

En ese estado de las cosas, ¿qué se puede decir de la historia de las mentalidades, de las sensibilidades o del imaginario? El tanteo sobre la denominación que debería recibir ha reflejado la existencia de diferentes tipos de acercamiento a esos campos de investigación, menos inmediatos y que sin embargo son los cimientos de la actividad humana, tales como las representaciones colectivas internalizadas sobre la muerte o la sexualidad.

En cuanto al proyecto que guía la coordinación del presente libro, este refleja el intento de ampliar el conocimiento con determinadas fuentes documentales, algunas poco trabajadas a causa de las dificultades lingüísticas que existían debido a la carencia de traducciones. Las libretas íntimas del polifacético Théodore Ber, descubiertas en los altos de una alcaldía francesa; el testimonio del joven Pradier-Fodéré sobre Lima en tiempos del civilismo; y la primera traducción del informe del prefecto que recibió la noticia del desembarco de La Serna a Burdeos son ejemplos de la documentación decimonónica en vías de recuperación. El lector verá cómo las falsas noticias o *fake news* ya se difundían en 1825 y cómo las potencias extranjeras sopesaban la fragilidad de la victoria pactada en Ayacucho.

Al dar a conocer y analizar testimonios extranjeros u olvidados sobre el Perú virreinal e independiente, deseo impulsar el perspectivismo como forma de evitar un discurso teleológico que simplifique los procesos históricos. Las representaciones internas y externas, las más veces sacadas de un completo olvido en este libro, vienen a contraponer o completar las imágenes discursivas y gráficas que se han ido imponiendo acerca del Perú y la América andina, como la mitificación de la tapada limeña o el tópico de la indolencia serrana, estereotipos reproducidos a porfía por forasteros y capitalinos.

Incentivar la valoración de fuentes peruanas y de textos extranjeros es participar en la edificación de una historia colectiva en la que se oye la voz de aquellos que siguen como súbditos en plena República. A la vez, permite vislumbrar la explotación secular gracias a la sensibilidad propia de los extranjeros desvinculados de las tradiciones locales y a menudo asombrados por formas de dominación inconcebibles en una Europa que, al entrar en el siglo xx, también seguía llena de desigualdades. En un ensayo breve, pero siempre actual, titulado «Vagamente dos peruanos», Luis Loayza (2010), desde una perspectiva nada eurocéntrica, daba a conocer y explicaba la mirada extranjera sobre los peruanos:

Los europeos no separan a los peruanos en clases, para ellos todos los peruanos son radicalmente otros. [...] Los peruanos no hemos creado todavía ninguna imagen universal de nosotros mismos que reemplace a los grabados antiguos en que llevábamos plumas y hermosos vestidos. Esas imágenes persisten porque son las más originales y mejores que hemos dado al mundo. (p. 79)

Después de cincuenta años de escrito el trabajo de L. S. Rowe, «Primeros efectos de la guerra de 1914 sobre la finanza, comercio e industria del Perú», al salir una

primera traducción gracias al Seminario de Historia Rural Andina en 1975, Pablo Macera (2017) insistía también en la importancia de las traducciones:

Necesitamos con urgencia explicarnos este fenómeno de incomunicación asimétrica característica de toda cultura colonial como la peruana. De hecho, afuera se acumula un conocimiento de la realidad peruana sin que nosotros adentro sepamos lo que conocen. El sistema de comunicaciones va hacia afuera [...]. Nos resignamos una vez más, a ser un país primario que exporta materia prima (en este caso cultural) sin preocuparnos ni siquiera por la vía de las traducciones de importar idiomáticamente el producto manufacturado. La misma pregunta de antes: ¿por qué? No hablen de dominación y dependencia pues lo que debemos averiguar es cuáles son los mecanismos y causas particulares de esa dependencia en el sector de la cultura. (pp. 27-28)

Representaciones internas y miradas externas sobre el Perú y la América andina quiere contribuir a romper esa asimetría mediante la presentación de numerosas traducciones inéditas. El presente volumen reúne dieciocho trabajos consecutivos al coloquio internacional «La América andina: del balance al proyecto. Representaciones internas y miradas externas (siglos XVIII-XIX)» que coordiné en octubre de 2016 en Burdeos. Luego, otro encuentro tuvo lugar en la Biblioteca Nacional del Perú en noviembre de 2017, el cual fue titulado «Peruanos y franceses entre la Rebelión de Tacna y la Gran Guerra: ¿Qué aportan los testimonios bilaterales?». En 2018, el IX Congreso Internacional de Peruanistas reunió a más de setenta ponentes en la ciudad de los pensadores del Renacimiento y la Ilustración, Montaigne y Montesquieu. Fue todo un esfuerzo para que el dicho «Vale un Perú» se convierta en realidad, prueba fehaciente de la riqueza de la investigación humanística realizada dentro y fuera del territorio nacional.

En este libro, la amplitud cronológica y la variedad de enfoques para estudiar dos siglos de nuestra historia brindan respuestas argumentadas, detalladas y contrarias a la forma de pensamiento que se va imponiendo por la web, ese proceso de desmemoria y delicuescencia del conocimiento propagado por la comunicación urgente y el facilismo de las redes sociales que exponen mucho, pero no explican nada.

Antes de la independencia del Perú, el afianzamiento del sentimiento criollo se había manifestado en todo el territorio sudamericano, el sentir protonacional no

fue exclusivo de la Ciudad de los Reyes. Al contrario, el alejamiento del centro del poder virreinal reforzó aquella sensibilidad y adhesión al terruño o *pays*, en Arequipa, Quito, Santiago y Santa Fe. La primera parte de este libro, a la que intitulo «La América virreinal: entre luces y prodigios», focaliza aspectos culturales del período colonial. Asimismo, continúa el trabajo realizado en el seminario y la recopilación que con Mónica Cárdenas Moreno denominamos *Miradas recíprocas entre Perú y Francia. Viajeros, escritores y analistas (siglos XVIII-XX)* y que fue editado en 2015.

Anteriormente, el historiador Bernard Lavallé se había interesado por el relato del ingeniero militar francés Amadeo de Frezier, quien visitó el Perú en 1712 y, al regresar, expuso su asombro ante realidades locales más parecidas a la Europa de inicios del siglo XVII. Al poco tiempo, finalizada la guerra de sucesión entre Austrias y Borbones, el virreinato volvió a cerrar las puertas a forasteros sospechosos como Frezier. En el primer artículo que presentamos, de la mirada francesa sobre el Perú, ahora Lavallé pasa a las representaciones autóctonas y al discurso sobre la emergencia del criollismo, recuperando una corografía prácticamente inédita: la descripción laudatoria de Arequipa, la Ciudad Blanca, y su entorno en el sur del Perú, la cual fue realizada por Ventura Travada y Córdova en *El suelo de Arequipa convertido en cielo*. El historiador demuestra el sentimiento de doble pertenencia de los «españoles criollos». Recuerda cómo desde los griegos se creía en las influencias del entorno, aplicando a cada pueblo un genio influenciado por el clima del lugar. Contra tales limitaciones y en defensa de sus capacidades, las primeras generaciones de criollos empezaron a expresar un sentimiento patrio, abogando por la causa local ante la hegemonía peninsular. El género de la corografía —esto es, la descripción y alabanza de un lugar— fue una herramienta para esa defensa *pro domo sua*. Terminado de escribir hacia 1752 y muy poco difundido, *El suelo de Arequipa convertido en cielo* presenta el espacio arequipeño de forma casi paradisíaca; convierte al Misti en «gigante de los montes»; y define a la naturaleza por la sobreabundancia. Esa representación del Perú desde adentro exalta tanto la americanidad como la hispanidad, pues el sacerdote arequipeño procura afirmarse como «español criollo», respecto a los «españoles europeos»: habían sido separados por los mares, pero procedían de la «misma sangre». Así, la recuperación de la obra de Travada y Córdova, que emprende Lavallé, permite ubicar el eslabón perdido entre el siglo XVII, con las primicias del criollismo peruano y, de otro lado, el primer medio siglo XVIII, con una identidad doble, que se va a enfrentar a la colonización político-económica de las reformas borbónicas.

El sanmarquino ilustrado Pedro José Bravo de Lagunas (1704-1762) tradujo del francés *La galería de las mujeres fuertes* del padre jesuita Pierre Le Moynes, movido por un balbuciente criollismo. Desde una mirada masculina, expuso la reivindicación de mujeres precozmente definidas como «heroínas peruanas» y herederas de las figuras femeninas hebreas, bárbaras, romanas y cristianas, categorizadas por el clérigo autor del ensayo en francés. Bravo de Lagunas superó la labor del transcriptor al relacionar a las mujeres fuertes con los edificios del reino y al elogiar la labor de los virreyes condes de Monclova por la reconstrucción de Lima, después del terremoto de 1687. Susana Janet Vargas León expone estas cuestiones en el trabajo que ahora se publica.

Desde 1492, la globalización fue una constante de la historia, como circulación desigual y transferencias asimétricas no solo de hombres y mercaderías, sino también de conceptos y cosmovisiones. Así, entre las exploraciones científicas de la época, la misión francoespañola protagonizada por La Condamine, Jorge Juan y Antonio de Ulloa debía resolver el enigma que preocupaba a los europeos: cuál era la forma exacta de la tierra. Emprendida en 1735, duró casi diez años y aportó otros resultados además de la medición anhelada. Al reconstruir el itinerario por el territorio ecuatoriano, se recuerda la adhesión científica a las teorías climáticas y el convencimiento europeo de una tropicalización congénita de los pobladores de la línea equinoccial. El matemático Pierre Bouguer (1698-1758) participó en la expedición geodésica protagonizada por La Condamine, y dejó un testimonio sobre Puerto Viejo, Quito y el Chimborazo. El acceso a su informe proporciona una documentación pormenorizada, a la vez que manifiesta el goce estético que el autor sintió ante los paisajes contemplados al norte del Perú. El artículo de Nicolas de Ribas es el que desarrolla ampliamente el tema.

El franciscano mallorquín Juan de Santa Gertrudis fue otro de aquellos hombres a los que no se los puede definir como simples viajeros. La duración de su estadía en el virreinato de Nueva Granada (1756-1767) le hizo acceder a realidades locales que no llegaban a conocer los forasteros de paso. Recopiló una versión del mito de El Dorado que expresa de modo singular el proceso de transculturación y apropiación de las antiguas creencias, en tiempos de la Ilustración. Nelson Gasca Guzmán se encarga de estudiar estas particularidades en el presente libro.

Alzira o los americanos fue una tragedia de Voltaire cuyo tema continuamente atrajo a los investigadores europeos. Cotejando esos aportes académicos, el filósofo español Francisco Castilla Urbano examina aquí la pieza incaica a la luz de otros escritos de filósofos y antiguos cronistas. Recalca la evolución del uso del

término «bárbaro» desde Las Casas hasta Cadalso, y apunta cómo *Alzira* es un pretexto para la reflexión filosófica y el ataque contra la religión como falsa moral. De ese modo, Voltaire llega a exaltar su visión del mundo, pero quiere convertir la cultura europea, plasmada por sus escritos, en razón universal. Por ello, desde una lectura contraria como la latinoamericana, el acercamiento de Voltaire al mundo americano se asemeja al del franciscano Santa Gertrudis, pues ambos estaban imbuidos en sus respectivas cosmovisiones. En el Otro solo ven lo que ellos mismos son o quieren ser, sin llegar a acercarse a «otro modo de ser humano y libre», retomando las sencillas palabras de la filósofa feminista e indigenista mexicana Rosario Castellanos, expresivas desde otro horizonte, así como, desde los años 20 del siglo pasado, los intelectuales Luis Valcárcel y Uriel García, ambos educados en el Cusco, quienes propugnaron el indigenismo, en favor de otra sensibilidad y otra episteme a lo largo y ancho del territorio nacional.

Cuando la celebración de los bicentenarios de las independencias está en puertas, no deja de crecer el número de trabajos dedicados a reinterpretaciones nacionales. La segunda parte de este libro, que titulo «Guerrear o gobernar entre América y Europa», explora la larga guerra de independencia en el Perú, sin limitarse a los hitos de 1821 y 1824, a partir de testimonios forzosamente problemáticos, como han de ser los de dos realistas defensores del virreinato español, Ricafort y Canterac. El malherido Ricafort fue autorizado por San Martín a volver a Lima por motivos humanitarios, pese a que el brigadier español condenó a muertes atroces a varias decenas de patriotas en La Paz y Cangallo. Esa trayectoria es la que reconstruye con suma precisión Ascensión Martínez Rianza, como historiadora especialista de las relaciones hispanoperuanas.

¿Victoria de los patriotas o derrota de los realistas? Aunque la dicotomía parezca redundante, expresa la ambigüedad de la situación en que se halló el Perú y el continente sudamericano después de la batalla de Ayacucho. Si bien, gracias al generosísimo trato otorgado por Sucre a los vencidos, el virrey y los altos oficiales de la Corona española —entre los cuales estaba José de Canterac, general francés firmante de las capitulaciones que reemplazó al virrey La Serna— se embarcaron hacia Europa; la añoranza por el Antiguo Régimen se retroalimentó y se inspiró en otros modelos de gobierno, descartando la herencia peninsular. El imperio napoleónico, aunque derrotado, no dejó de ejemplificar una forma centralizadora de

governar el Estado; por ejemplo, en Chile con el desarrollo de la administración pública, en Bolivia bajo la presidencia de Santa Cruz, y en el Ecuador de García Moreno. Contrario a Ramón Castilla, García Moreno llegaría a soñar la anexión de su país a la Francia de Napoleón III, en momentos en que resurgía el expansionismo europeo en nombre de la modernidad, el libre comercio y la defensa de la Iglesia.

La historia dominada por los estudios económicos y políticos se diversifica hoy incluyendo la dimensión cultural y artística con peculiares distintivos en la América vertebrada por la cordillera de los Andes. Evidentemente la investigación aquí emprendida solo es una semilla. Ojalá llegue a dar frutos uniendo tiempos, hombres y espacios. La tercera parte del libro, a la cual denomino «Viajeros, testimonios escritos e interculturalidad», enfoca el discurso sobre el Otro, en Bolivia, Perú y Ecuador en el siglo XIX, mientras se fragua el americanismo europeo.

La historia social y la historia cultural conllevan interpretaciones inéditas sobre las sociedades andinas. A partir de la Independencia, liberado de las trabas impuestas por la Corona, el continente hispanoamericano pasó a ser un espacio más asequible para los viajeros de todas las naciones. Algunos se instalaron aquí y muchos volvieron a su punto de partida, convirtiendo en relato de viaje la estadía en aquellas tierras de promisión. Alcides Orbigny es uno de esos viajeros naturalistas, reconocido por la labor de recolección que desarrolló en Bolivia. La historiadora española Pilar García Jordán plantea las ambigüedades de la exploración llevada a cabo, la cual es representativa de las relaciones asimétricas propias de aquellos seudodescubrimientos decimonónicos, ya que siempre faltaba la otra parte, la contra-visión sobre el Otro europeo que tenía el «natural» americano, solo conocible por transmisión oral y transcripción híbrida, además de los testimonios tan contrarios de viajeros como Juan Bustamante y Juan de Arona.

Orbigny había recibido el apoyo de las más altas autoridades del Estado boliviano, como el joven diplomático Eugenio de Sartiges, autor de un testimonio olvidado y muy instructivo publicado por Raúl Porras Barrenechea, el cual estudié en otra oportunidad, cotejándolo con el relato más conocido de Flora Tristán. Los presidentes bolivianos Santa Cruz y Ballivián, culpables de caudillismo o «populismo» —palabra infamante desde el siglo XX—, hicieron todo lo posible para el desarrollo de su país, convencidos de la importancia de los saberes para mejorar las condiciones de vida de los pueblos, y ateniéndose al modelo admi-

nistrativo difundido por los herederos de la revolución. El naturalista Orbigny no viajó como ermitaño, sino que se benefició de la fuerza de trabajo y la manutención de ¡sesenta cargadores! y de otros ayudantes, mientras consideraba a los bolivianos como «sujetos» u «objetos» de investigación.

El léxico que emplea desde su postura de científico expresa las contradicciones del pensamiento que lo guía como parte de esa «vanguardia capitalista» planteada por Mary Louise Pratt en *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (1997). Se completa el análisis de las representaciones de la otredad boliviana, cotejando el aporte del francés con los informes de tres misioneros españoles, que coincidieron en el proyecto de «civilizar», es decir, integrar al orden económico-social propagado desde Europa. El indio es «indio» por ser esclavizado y adoctrinado, y contra ese sojuzgamiento resistieron los guarayos del oriente boliviano, que no se autodefinieron como «indios», sino continuamente como «libres», ya que prefirieron no ser «civilizados». Tal vez sea posible establecer un paralelismo entre los guarayos y los iquichanos rebeldes sobre los que dejó un testimonio José María Blanco, acompañante del general Orbegoso en la gira presidencial hasta Cusco (1834).

Otra analogía se puede encontrar en la representación de los culíes en el Perú gobernado por Manuel Pardo (1872-1876). A partir de los discursos sobre «el indio» en el Perú republicano, la joven investigadora Maud Yvinec recuerda cómo, al norte de Lima, Pativilca fue el foco de una rebelión de los chinos «importados» o «introducidos» —retomo los verbos deshumanizadores al uso— como mercaderías y explotados como siervos por contratistas y consignatarios. La sublevación resultaba increíble e ilegítima desde el poder criollo, y solo podía explicarse por la barbarie o inferioridad de los alzados, desde esa concepción racialista y pretendidamente científica que configuraba la vida intelectual en Europa como en América, de hace 150 años.

El indescriptible ajusticiamiento de Juan Bustamante en Puno (1869), la derrota de la guerra con Chile y el cuestionamiento indigenista desde la capital, a partir del discurso de Manuel González Prada en el teatro Politeama, influyeron mínimamente para que las «élites» dejaran de arrojarle la piedra al indio, al chino, al africano y al cholo, y aceptaran que las condiciones económicas, la servidumbre y la desnutrición explicaban la vulnerabilidad y precariedad de las poblaciones sojuzgadas, mejor que cualquier cientifismo o positivismo persuasorio de una fatalidad biológica. Así se dieron los primeros pasos hacia un cambio en el ideario

nacional y continental concretado en las propuestas políticas de Mariátegui y Haya de la Torre después de 1920.

El final del siglo XIX aparentó ser el tiempo de las frágiles reconciliaciones en torno de las celebraciones del cuarto centenario del descubrimiento de América. Los gobiernos de Colombia, Ecuador y Perú instrumentalizaron las antiguas culturas en defensa de los intereses de sus respectivos países, para llevar a cabo una política internacional dominada por las cuestiones de límites. La diplomacia zalamera regaló entonces antigüedades nacionales a la monarquía española. Los primeros investigadores americanistas, que estuvieron al servicio de los gobiernos europeos, siguieron teniendo una visión colonialista. Casi solo se interesaban por aztecas e incas, guiados por una lectura simplificadora de las crónicas indianas más enteradas de la extraordinaria diversidad étnica en las antípodas.

Al regresar a Europa, los viajeros transoceánicos llevan pruebas fehacientes de su Gran Tour sudamericano. La cuarta parte de este libro relaciona dos miradas creativas: el dibujo y la narrativa. De esa manera, «*Ut pictura poesis*» toma en consideración la iconografía y la literatura en los albores del modernismo como representaciones repletas de información.

Como el cónsul Léonce Angrand, esos autodenominados geógrafos retornaron al «Viejo Mundo» con los primeros *souvenirs* de producción iconográfica, entre dibujos artesanales y estampas imitadas, ya que innumerables acuarelas atribuidas al popular artista limeño Pancho Fierro se hicieron en China. El historiador Pascal Riviale invita al lector a un recorrido por un siglo de historia visual, desde la emergencia del repertorio costumbrista en el siglo XVIII, con el aporte invaluable del obispo Martínez Compañón, hasta las litografías repetidas a porfía, como ya se comprobó al rescatar el relato de viajes de Lafond de Lurcy y observar cómo los grabadores repiten el mismo dibujo en los relatos de este y Orbigny, y confunden México con Lima. Por cierto, los artistas peruanos Francisco Laso e Ignacio Merino merecerían una mayor valoración, por sus viajes entre ambos continentes en el segundo medio siglo XIX, y por la expresión genuina de las identidades peruanas retratadas en *Las tres razas* o en *La pascana en la cordillera* de Laso, en lugar de las sempiternas reproducciones de los cuadros limeños del alemán Mauricio Rugendas.

Los testimonios de diplomáticos, marinos y otros aventureros son más interesantes e informativos, en la medida en que se los llega a comparar uno con otro, sin descuidar los efectos de moda y la peculiaridad de la postura del viajero. No obstante, el acceso a la realidad social queda de lado, limitado por lo que denominó «impases culturales», esos agujeros negros o no-lugares, inasequibles por la dificultad de penetrar otras culturas, mientras no participa el visitante, en largos años, de una estrecha convivencia con la identidad ajena.

Camilo Pradier-Fodéré fue uno de esos franceses que —junto con su padre, el alsaciano Paul Pradier, llegado como catedrático de derecho a San Marcos— radicó en el Perú. Al huir de la ocupación germana, la familia había llegado a Lima; escapando de los horrores de la guerra con Chile, los Pradier emprendieron el camino de regreso. En París, Camilo Pradier-Fodéré publicó una serie de cuadros de costumbres sobre la capital peruana y sus habitantes. Al revalorar este texto, cuya primera traducción completa resulta un aporte editorial mayor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cabe interrogarse sobre qué nostalgia guía a ese emigrado desarraigado entre dos culturas, recordando en medio de qué peligros transcurrían las elecciones en el Perú tambaleante de 1872, y apuntando una experiencia tal vez aún válida, después de un siglo y medio, como el hábito de procrastinar indefinidamente:

Vuelva siempre *mañana* es, en los peruanos, el estado habitual. Hay que saber que en el Perú *mañana* no es, en realidad, jamás el mañana, pero sigue siendo un día antes, y por lo tanto que de *mañana* en *mañana*, se ve fluir los días, las semanas y los meses. Hay pocos países en los que se observa una mayor brecha entre la voluntad y la acción. La voluntad es excelente, útil, dedicada, pero la acción está como paralizada por una indiferencia, una flojera, que hay que atribuir a la influencia debilitante del clima sobre el temperamento. (p. 424)

Generalizar es peligroso, incluso más a la hora de esencializar acerca de comunidades nacionales. En esas impresiones de detalles ínfimos, pero que superan el tópico ya trasnochado de la limeña vestida de tapada, radica el interés de la lectura de Camilo Pradier-Fodéré, quien escribía probablemente pensando en orientar a migrantes franceses hacia Sudamérica cuando los gobiernos de Morales Bermúdez y Piérola, después de los de Echenique, Balta y Pardo, intentaban atraer mano de obra calificada desde Europa, y derrochaban el erario nacional pagando agentes de colonización.

La visión del Perú de la posguerra o regeneracionista fue la que brindó el reportero Marcel Monnier en *De los Andes hasta Pará. Ecuador-Perú-Amazonas* (1890). Escribió su testimonio cuando aún se vendían como folletines exitosos las narraciones de exploradores, mientras los cónsules franceses, como Olivier Ordinaire, seguían informando sobre las vías de comunicación, el comercio y la colonización, al iniciarse el auge exportador del caucho. Monnier tuvo que adaptarse e incluso improvisar para enfrentar un medio ambiente las más veces inhóspito. Llegó a traducir sus impresiones de forma amena, pero sin profundizar, solo invitando a curiosear y agrandar al lector instalado en un sillón «confortable», con ese anglicismo que había empezado a conquistar Europa y América junto con la naciente cultura del ocio.

En cuanto a la Amazonía, colofón de este libro, esta no inspiró a los escritores peruanos a lo largo del siglo XIX, salvo en algunas coplas rescatadas por la investigadora francesa Catherine Heymann. El modernismo puso a la orden del día el exotismo, opacando las masacres de los caucheros. Chocano dio asalto a los dos continentes, América y Europa, con la audacia que favorece el no tener herencia que salvaguardar, como *self made man* impertérrito. Exaltó los paisajes de la Amazonía a la par que representó de forma ambivalente a Juan Santos Atahualpa, el inca rebelde del Cerro de la Sal, desaparecido a mediados del siglo XVIII. Dando otra lección, el hoy olvidado poeta radical Carlos Germán Amézaga dejó sin concluir su «Leyenda del caucho» (1906) en que aplaudía la sabiduría originaria:

El Señor de los indios siempre rudo y celoso,
esta vez, sin embargo, fue misericordioso.
No despidió al amigo con traidora asechanza,
sino fijando el simple término de la alianza.
Cuando el sol matutino sobre las hojas bellas,
hizo explosión magnífica de doradas centellas,
no había en nuestro campo, bárbaro ya ninguno.
Todos ¡ay! renegaron del amigo importuno
y huyeron de nosotros cual de apestadas gentes...

Al fin y al cabo, creo que las cuatro partes que estructuran en forma cronológica este libro, y que se enfocan especialmente en la historia del Perú, permiten unificar la historia política, social y cultural en una dimensión transnacional,

apuntando nexos con países fronterizos y otros remotos. La aportación es colectiva: aúna contribuciones de historiadoras e historiadores nacionales y extranjeros, investigadores treintañeros y eméritos. Este libro se inscribe en la tradición de los estudios culturales iniciados en tiempos de Antonio Cornejo Polar, y resulta posible gracias a la convergencia entre historia, literatura, iconografía y antropología, apoyada por el dinamismo de Marcel Velázquez Castro. Otros científicos sociales, con todas las dificultades de conciliar investigación en archivo y dictado de clase, hubieran podido participar en este proyecto; sin embargo, siguen escribiendo sobre el Perú en las universidades públicas y particulares. Consciente de esa realidad económica, que afecta tanto a los historiadores de carrera como a los universitarios, espero que el presente volumen y el reto del Bicentenario impulse otras investigaciones conectadas, vinculando historia nacional e historia global, en un muy fecundo diálogo, acudiendo a textos e imágenes como representaciones internas y transferencias culturales, ahora más descifrables gracias al desarrollo de los estudios multidisciplinares imprescindibles para alentar la innovación y la creatividad científica.

Bibliografía

LOAYZA, Luis (2010). *Ensayos*. Lima: Universidad Ricardo Palma.

MACERA, Pablo (2017). *Obras escogidas de historia* (tomo III). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

PRADIER-FODÉRE, Camille (1897). *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*. París: A. Pedone, Libraire-Éditeur.

PRATT, Mary Louise (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

ISABELLE TAUZIN-CASTELLANOS

PRIMERA PARTE

**La América virreinal:
entre luces y prodigios**

L'Amérique coloniale : entre lumières et prodiges
Viceroyalty of America: between lights and wonders

Ventura Travada y Córdoba: continuidad y evolución en el criollismo peruano del primer siglo XVIII

Bernard Lavallé

Universidad de París III Sorbonne Nouvelle

RESUMEN

A mediados del siglo XVIII, Travada y Córdoba ofrece a sus lectores una evocación de Arequipa que quiere que sea completa: su entorno natural, su historia prehispánica y colonial, sus aspectos contemporáneos. Lo hace bajo la influencia directa de los cánones literarios del siglo anterior, pero sus páginas también prueban la evolución del criollismo de su época.

Palabras clave: Arequipa, corografía, criollismo, literatura colonial, siglo XVIII, Ventura Travada y Córdoba

RÉSUMÉ

Au milieu du XVIII^e siècle, Ventura Travada y Córdoba offre au lecteur une évocation qu'il veut complète d'Arequipa, son milieu naturel, son histoire préhispanique et coloniale, ses aspects contemporains. Il le fait sous l'influence directe des canons littéraires du siècle précédent, mais ses pages sont aussi la preuve de l'évolution du créolisme.

Mots clés: Arequipa, chorographie, criollisme, littérature coloniale, XVIII^e siècle, Ventura Travada y Córdoba

ABSTRACT

In the middle of the 18th century, Travada y Córdoba offers his readers an evocation of Arequipa that he wants to be the most complete: its natural surroundings, pre-hispanic and colonial history, contemporary aspects. He does so being directly influenced by the literary canons of the former century, but his work also shows the evolution of the *criollismo* of his time.

Keywords: Arequipa, chorography, criollism, colonial literature, 18th century, Ventura Travada y Córdoba

El criollismo peruano y, de manera más global, el criollismo andino del siglo xvii han llamado la atención, primero y durante mucho tiempo, por sus manifestaciones más vistosas y a veces aparatosas: las controversias y peleas con motivo de los capítulos conventuales en los que se elegían a las autoridades provinciales. Surgieron en casi todas las órdenes religiosas. Eran las famosas «batallas de frailes» que divertían tanto a Ricardo Palma, quien se complació en dramatizarlas en algunas de sus *Tradiciones* más logradas.

La voluntad española de que los frailes, de la tierra y peninsulares, se rotasen en el poder provincial uno de cada dos trienios, la famosa «alternativa de oficios», suscitó efectivamente no pocas tiranteces, a veces enfrentamientos e incluso crisis gravísimas, como la que conoció Lima en los últimos días del año 1680 y en los primeros del siguiente, con motivo de la resistencia de los franciscanos peruanos a las órdenes de su comisario general activamente secundado por las autoridades virreinales.

Criollismo y exaltación del suelo patrio en el siglo xvii

Más allá de esas apariencias muy reveladoras y significativas, el criollismo colonial se desarrolló también de otras maneras. En particular, para respaldar sus planteamientos y sus exigencias, y contrarrestar los ataques de los españoles, se vio en la precisión de construir un discurso capaz de contradecir punto por punto y de mostrar lo erróneo de las afirmaciones peninsulares que así pensaban justificar y fundar en razón la especie de tutela en que querían mantener a los súbditos de los reinos americanos.

En ese campo también las órdenes religiosas desempeñaron un papel relevante en la medida en que su dominio de la pluma y del discurso las predisponía evidentemente para ello. El argumento central de los peninsulares era que, por la influencia del ambiente americano, los criollos habían ido perdiendo no pocas de sus cualidades españolas, que el entorno tropical los había desmejorado y hasta degenerado.

Esas afirmaciones se basaban sobre rancias ideas que se remontaban a la medicina griega del famoso quinto siglo ateniense. Según ellas, existía una relación estrecha y obligada, determinista pues, entre cada pueblo y el país en que vivía por los efectos y las influencias del aire que se respiraba, del agua que se bebía, de los vientos, de las comidas, etc. Se añadía que, si un pueblo cambiaba de medio,

forzosamente esta mudanza iba a significar un desmejoramiento, por la pérdida del equilibrio y de la adecuación que a lo largo de los siglos se habían ido formando entre dichos hombres y su país de origen.

Desde un principio, esas teorías habían surgido en un contexto etnocentrista evidente. Ya que los atenienses consideraban que su región gozaba de todas las ventajas de la naturaleza, no podía sino ser superior a todas las demás y ellos, sus habitantes, también. Les correspondía pues sojuzgar a sus vecinos y a los pueblos circunvecinos no tan privilegiados y, sobre todo, por lo tanto, no tan desarrollados.

Tales ideas, de las que los romanos se apropiaron después como de muchas otras, no desaparecieron durante el Medievo y volvieron a resurgir con más fuerza durante el siglo XVI. Constituyeron entonces la base de libros tan prestigiosos, de audiencia continental e influencia duradera que prueban numerosas reediciones, como los del filósofo político francés Jean Bodin (*La Méthode de l'Histoire*, 1566), del cosmógrafo italiano Giovanni Botero Benese (*Le relationi universali*, 1591-1596) o del precursor de la sicología social, el español Juan Huarte de San Juan (*Examen de ingenios para las ciencias*, 1575).

La enorme e inesperada ampliación de los horizontes de la vieja Europa con el descubrimiento del Nuevo Mundo, y las necesarias reflexiones sobre las relaciones que se habían de establecer con los pueblos que allí vivían —los llamados indios— encontraron en esas teorías argumentos y explicaciones. Las supuestas influencias del entorno americano sirvieron para justificar los «defectos» de estos, sus «debilidades» e incluso «insuficiencias», y en última instancia por qué era normal que los españoles los mantuviesen en una posición, desde todos los puntos de vista, subalterna.

No es de extrañar que, con el pasar el tiempo, por las mismas razones y con el mismo fin, tales afirmaciones se fueran deslizado a las relaciones con los mestizos y finalmente con los criollos (Lavallé, 1993a). Cuando estos empezaron a reaccionar ante esos ataques y a pedir, luego a reclamar, en la joven sociedad hispanoamericana, un espacio y un papel más conformes con lo que ellos consideraban justo, ese problema de la influencia del entorno americano, esto es, de *su* país, no podía sino estar en el centro de sus contraataques.

Demostrando que su «patria», como ellos decían, el país de sus padres y antepasados, no solo no padecía de las insuficiencias y de los defectos que los europeos se complacían interesadamente en exponer, sino que estaba dotada de todas las cualidades posibles que únicamente se les podrían haber transmitido; inver-

tían la demostración, y explicaban y justificaban por qué los criollos no debían de ningún modo ser menospreciados o postergados. Al contrario, eran dignos de ocupar en su país todos los puestos y merecían todos los honores, igual que cualquier español peninsular¹.

El canon que utilizaron para defender su condición no era nuevo. Fue el de la llamada corografía, esto es, la presentación de una región o una ciudad en una perspectiva muy particular de alabanza y exaltación. Primero, se exponía su situación y su entorno, se describían las diversas y brillantes manifestaciones de su cultura —su «policía», para utilizar la expresión de la época— y su piedad. Después, se concluía que los hombres y las mujeres que habían nacido y vivido en semejantes condiciones, como sus antepasados peninsulares desde hacía generaciones, habían de estar dotados, ellos también y en iguales proporciones, de las mismas cualidades.

Este modelo, puesto de moda por las crónicas ciudadanas italianas, había pasado con éxito a la España renacentista, y no es entonces nada extraño que lo encontremos aplicado al contexto americano. Por ejemplo, en el Perú, en la segunda década del siglo XVII, bastante antes de que el problema criollo se hubiera convertido en una cuestión candente, está nítidamente utilizado bajo la pluma de un mercedario vasco, F. Martín de Murúa, en el libro tercero de su *Historia general del Perú* (Lavallé, 2000).

Se puede precisar cómo y cuándo la corografía se convirtió en el Perú en el eje expositivo y el argumento central de los combates criollos. Fue a raíz de la publicación en Lima, en 1630, del *Memorial de las historias del Nuevo Mundo Pirú* del franciscano F. Buenaventura de Salinas y Córdova. Este ya era conocido por ser un connotado defensor de la causa criolla. Ello le había acarreado, con las autoridades coloniales de la época, no pocos problemas, entre otros, el de tener que abandonar definitivamente el Perú, bajo el disfraz de una promoción jerárquica dentro de su orden como comisario general de Nueva España (Lavallé, 1982).

Hemos indicado en otros estudios (Lavallé, 1993c) cómo es visible la huella de ese texto en muchas crónicas conventuales de la época, incluso fuera del Perú, y cómo, de todas formas, a lo largo del siglo XVII, la exaltación de la patria chica criolla vino a ser el elemento imprescindible, el argumento de partida, básico y central, del discurso criollo.

1 Ver: Lavallé (1993b).

Ventura Travada y Córdoba y *El suelo de Arequipa convertido en cielo* (1752)

Buenaventura Fernández de Córdoba y Peredo nació en Arequipa el 14 de julio de 1695. Su padre, don Juan Fernández de Córdoba, era oriundo de Locumba en la provincia de Tacna y su madre, doña Francisca de Peredo, de la misma Arequipa. Dedicó toda su vida a la Iglesia y se desempeñó como sacerdote en diversos puntos del obispado, en la costa (Camaná) o la sierra (Cabanaconde, Lari), antes de ser cura doctrinero en Salamanca, pueblo serrano de un alto valle que descende hacia el río Ocoña, y finalmente en Pocsi, destino sin duda mucho más apetecible que el anterior siquiera por su proximidad a la capital regional. Buenaventura Fernández de Córdoba y Peredo murió el 18 de abril de 1758 en Arequipa y su entierro tuvo lugar en la Recoleta arequipeña, como un pobre.

No hay duda de que en 1752 terminó un grueso manuscrito titulado *El suelo de Arequipa convertido en cielo*. El autor había firmado como el «doctor don Ventura Travada», esto es, con el nombre un poco modificado y el primer apellido de quien era el padrino de Buenaventura Fernández de Córdoba y Peredo. Como indicaba el subtítulo de la obra, esta se había escrito con motivo de «el estreno del religioso monasterio de Santa Rosa de Santa María», fundado por el obispo de la Ciudad Blanca, don Juan Bravo de Rivero, e inaugurado en junio de 1747.

Esta obra consta de tres partes bien distintas. La primera, que se inicia con la evocación de la fundación «gentílica» de Arequipa, habla del marco geográfico, de los volcanes. A continuación, ofrece una historia de la ciudad con su fundación colonial por los españoles, la «lealtad» de sus habitantes durante las guerras civiles de los años 1540 y la historia de la Iglesia en la región. Pasa después a evocar «la división de Arequipa», es decir, sus diversas comarcas, «sus montes, ríos y valles», antes de describir de manera bastante precisa la ciudad, sus monumentos religiosos y civiles, sus casas particulares, «sus abastos y mantenimientos» y por fin sus «prodigios».

La segunda parte de la obra va dedicada a la iglesia catedral y, en nada menos que treinta capítulos, a los obispos que se sucedieron en la sede episcopal, a los personajes destacados del clero secular y regular, a las diferentes iglesias parroquiales de la ciudad y sus alrededores, y a los conventos de hombres y mujeres de las órdenes religiosas.

La tercera y última parte, como anunciaba el subtítulo, trata de la inauguración, por el obispo, de la iglesia y convento de Santa Rosa, el 13 de julio de 1747. La describe con minuciosidad, así como la actuación del prelado durante las ceremonias. En el mismo sentido, da muchos detalles sobre las fiestas, entre

religiosas y profanas, que se sucedieron con este motivo durante ocho días en los diferentes estratos de la sociedad arequipeña. En fin, Travada reproduce «las poesías que se fijaron en tarjetas los días del estreno del monasterio», esto es, varias decenas de sonetos, epigramas, endechas, endecasílabos, redondillas, glosas, octavas y décimas, ovillos, romances, laberintos, etc., que, dicho sea de paso, merecerían un estudio especial sin duda muy revelador de los modelos y modas literarias entonces en boga en una lejana capital regional del imperio hispánico.

Esta obra es hasta la fecha muy poco conocida, en particular por su caótica historia editorial. Solo habían subsistido de ella varias copias manuscritas, hasta que hubo, en 1877, una primera publicación, no exenta de deficiencias, realizada por Manuel de Odriozola en el décimo tomo de su *Colección de documentos literarios del Perú*, en 324 páginas. Después, en Arequipa, en 1923, el diario *El Deber* la dio al público bajo el título de *Historia general de Arequipa* en tres tomos en los que faltan algunos pasajes. Finalmente, con motivo del Primer Festival de Libro de Arequipa, en 1958, salió una nueva edición, pero muy parcelaria, ya que reúne escasamente quince capítulos de una obra que en su versión original tiene más de sesenta.

Es de esperar que una nueva edición, esta vez científica y total, ya lista pero que se está demorando en Arequipa, salga por fin para dar a esta obra el sitio que se merece en las letras del Perú colonial².

La Arequipa de Travada y Córdova según el canon criollista

Ciento veinte años después de F. Buenaventura, el propósito demostrativo de Travada y Córdova es el mismo que el de los textos criollos del siglo anterior. Buena prueba de ello es el último párrafo conclusivo de su introducción (él dice «prolusión») de la primera parte de la obra en el que anuncia la estructura del libro. Como buen eclesiástico, su objetivo es «sacar a luz la hermosura de la Iglesia de Arequipa», pero antes de entrar en materia, explica cómo lo va a hacer.

Después de exponer lo que hoy llamaríamos el entorno geográfico de Arequipa («haré visibles los montes, valles y ríos que la fecundan, daré puntual relación de su situación, temperamento, grados, valles y ríos que la fecundan»), anuncia una descripción de sus diversas riquezas, que desde todos los puntos de vista hacen en

2 Los pasajes de la obra citados en este trabajo corresponden a esta futura edición.

ella muy favorable la vida humana («sumaré los prodigios con que la naturaleza divierte y embelesa sus distritos, referiré todos los minerales que en su obispado hacen dichoso su comercio»). Por fin, como consecuencia directa de todo esto, escribe el autor: «numeraré los varones ilustres que en virtud, ciencia y ascensos *ha producido su suelo*»³. Y «al fin daré noticia a la posteridad de los casos ejemplares que han sucedido en Arequipa».

No puede hacer caso omiso de los peligros sísmicos y volcánicos que tantas veces habían amenazado con aniquilar a la ciudad, por ejemplo, la «reventazón» del Huaynaputina que sepultó a la ciudad bajo repetidas capas de ceniza en febrero de 1600 (Lavallé, 2012a). Pero cuando habla del volcán de Arequipa, del Misti, dignifica y ennoblece al «gigante de los montes» precisando: «Unas veces lo llamaré Olimpo, con más razón que el tesalio por su altura, otras Vesuvio por sus ígneas erupciones y otras Etna por esconder entre su nieve sus ardores».

Es una manera de equiparar a la geografía arequipeña con los parajes más célebres del Viejo Continente y de la Antigüedad, cosa acostumbrada entre los autores criollos del siglo xvii. Incluso, en una frase un tanto enrevesada pero que de hecho llega a afirmar lo que aparentemente niega, Travada y Córdova homenajea a su ciudad con la comparación suprema: la de Arequipa con el paraíso, el *non plus ultra* de la retórica criolla colonial: «Si la sequedad de su terreno no produjera más exhalaciones que vapores, bien mereciera Arequipa el epíteto de *paraíso* y del mejor temple del Perú que le dan forasteras plumas».

Este tipo de afirmación no era un caso aislado, ni mucho menos. Un poco antes de mediados del siglo anterior, en base a una multitud de signos para él inequívocos, Antonio de León Pinelo había llevado esa lógica hasta su extremo, dedicando dos gruesos tomos a probar que el Paraíso terrenal estaba situado en el Perú, prueba manifiesta de que Dios había predestinado a ese país de una manera muy particular y excepcional.

En esa misma línea, Travada y Córdova termina la primera parte de su obra ofreciendo al lector algunos de los «Prodigios que hay en esta ciudad y obispado», prodigios que León Pinelo, en lo referente a todo el Perú, recopilaba con fruición y, hay que decir la verdad, con poco criterio, en su obra (León Pinelo, 1943). Lo mismo se puede decir de Travada y Córdova. Los prodigios que él recuerda son geográficos (la peña de Huazacache, la gruta de Maran en el valle de Majas, las viñas que se cultivan sin agua en la región de Pica, las tierras colorantes de

3 El énfasis es mío, como en las demás citas.

Cibayo, las fuentes de Sapija, las termas de Paucarpata, etc.). Los hay también mucho más extravagantes, como ese rábano de Azapa bajo cuyas hojas se podían «sombrear» cinco caballos, o esa pepita de plata de 33 quintales encontrada en 1741 en Huajantaya. Más extravagante aún, el caso de un hombre al que el diablo había traído por los aires desde Sevilla.

Las primeras líneas de la evocación propiamente dicha de la ciudad, que comienza en el capítulo VIII de la primera parte, con la «Descripción de los montes, ríos y valles en que está fundada Arequipa», dan el tono de lo que sigue y sobre todo de la finalidad de la organización del discurso:

Para hacer más bien quista la preciosidad del diamante, se dispone primero el lugar en que se han de engastar sus brillos, porque las más veces la destreza del engaste hace que sean más distinguidos los fondos de la piedra.

Los párrafos siguientes del capítulo insisten en la profusión y la calidad del agua, del sistema de riego, de la hermosura de los paisajes. Por ello, aparecen las palabras que apuntamos a continuación: «deleitosa vega» (dos veces), «vistosa ribera», «agradable vista». Menudean las palabras «fecundidad»/«fecundar» (seis veces), «abundancia»/«abundante»/«abundar» (cinco veces), «beneficios» (tres veces), «regalo»/«regalado», «rico»/«riqueza», «fertilizar»/«fertilidad», etc.

Después de un inciso del que volveremos a hablar, la descripción del entorno natural de la ciudad se reanuda en el capítulo XI con la evocación de los «Abastos de mantenimientos que hay en la ciudad», es decir, de los productos de la comarca, reveladores de la excelencia de esta. El hilo rojo de ese capítulo es el de la abundancia. En ese capítulo, las palabras «abundancia», «abundar», «abundante», a menudo intensificadas («abundantísimas», «abunda tanto», «grande abundancia», «tal abundancia», «mucho abundancia», «ricos y abundante»), aparecen en nada menos que veinte ocasiones.

Esas repeticiones que la estilística de hoy rechaza por machaconas no se consideraban entonces de la misma manera. Eran, en particular, un elemento esencial de la retórica criolla del siglo XVII cuando los autores exaltaban a su comarca, escogiendo cada uno una o varias palabras claves («singular», «alabanza», «maravilla», «deleite», «novedad», «peregrino»⁴, etc.), muchas veces reiteradas para articular su discurso y darle una especie de tónica definitoria.

⁴ Véase por ejemplo el uso de este adjetivo presente en los títulos de todos los capítulos del libro IV de la obra de Antonio de León Pinelo (1943).

Es de notar también cómo, en el capítulo anterior, cuando habla de las plantas que crecen en Arequipa, en tres oportunidades Travada y Córdova insiste en un tema: el hecho de que su ciudad es en ese aspecto igual que España por lo menos:

puede [...] ser en breve tiempo no solo una de las más hermosas y fuertes ciudades del reino sino aún del orbe [...] cultívanse también muchas plantas medicinales que son boticas que dan providencia a los remedios caseros y no se descuidan en cultivar mucha hortaliza y legumbres. *Todo de Castilla* [...] *parecen como plantados en dominios de España* [...] no es menos abundante flora en *las demás especies de flores de Castilla*.

El criollismo del siglo xvii había sido, antes de todo, la exaltación de la americanidad; pero se ha tendido a olvidar que también fue la expresión de una hispanidad exacerbada, en la medida en que los criollos querían ansiosamente hacer constar ante sus lectores que, al contrario de lo que afirmaban los españoles peninsulares, no habían perdido las cualidades hispanas de sus antepasados (Lavallé, 2002). En varios momentos del capítulo x de la primera parte, Travada y Córdova vuelve sobre este aspecto, aunque con matices que lo diferencian sensiblemente de la posición al respecto de sus predecesores del siglo anterior.

Utiliza a veces la palabra «criollos» para definir a sus compatriotas, pero es de notar que de manera manifiesta prefiere la expresión «españoles criollos», que contrapone a la de «españoles europeos». Con ello quiere patentizar así que en ambos lados del océano no había más que una sola nación (palabra que no emplea), la española, dos ramas de lo mismo «por ser la misma sangre que las vitaliza».

Llega incluso a escribir a propósito de aquel famoso episodio del remoto pasado hispano, el sitio de Numancia, que de él «nos gloriamos los españoles». Cuando subraya que las mujeres de Arequipa prefieren casarse con europeos, precisa enseguida:

no por europeos sino por españoles porque un español [...] tiene en la sangre impresa la simpatía para los aprecio por ser la misma sangre que las vitaliza y de cuyo origen tienen [las criollas] blasones tan notorios.

Hacia nuevos planteamientos criollistas

Es muy notable que bajo la pluma de Travada y Córdova no haya tampoco, para con los peninsulares, señales de susceptibilidades, tiranteces o rencores, como solían tener los textos criollos del siglo xvii. Así, cuando en el capítulo xx de su segunda parte ofrece, como muchas obras criollas de la centuria anterior, una larga lista de personajes eminentes (casi treinta) que habían sobresalido en la ciudad, entre los clérigos, no exalta únicamente a los criollos arequipeños. Incluye en su elenco a naturales de otras regiones americanas (como de Lima, e incluso de Chile), pero también, lo que es muy novedoso y revelador, de España.

Esto se debe sin duda al hecho de que cuando escribe, a mediados del xviii, ya había pasado y quedado atrás la época de los enfrentamientos más fuertes que había conocido el siglo anterior. La lenta pero continua erosión del poder político español en las Indias y la decadencia de la Península en muchos aspectos habían tenido obvias consecuencias. Madrid se había visto en la imposibilidad de mantener su presión política sobre el imperio, y las nuevas generaciones criollas se habían aprovechado de esa nueva coyuntura para conseguir, en fin, y casi por falta de contrincantes nacidos en Europa, espacios de reconocimiento y sobre todo de poder, que hasta entonces la Península les había negado.

Por ejemplo, la tan controvertida alternativa entre los frailes había ido desapareciendo en muchas provincias conventuales, sencillamente por falta de frailes españoles. Cuando se había mantenido, en muchos casos se había convertido en una mera palanca de control del poder entre grupos rivales cuya línea divisoria no era forzosamente la que separaba a criollos y peninsulares, sino los intereses de los bandos que se habían constituido (Lavallé, 2012b).

Travada y Córdova recuerda que en el sur peruano a los peninsulares se los llamaba «huampos», palabra que, dada su etimología quechua, desde su origen había sido muy insultante, pero a la que él alude y repite como si ya hubiera perdido, en ese entonces, cualquier connotación despreciativa.

Enfatiza además cualidades notables en los españoles europeos, por ejemplo, el hecho de que los más se dedicaban con éxito al comercio, lo cual, como se sabe, corresponde en efecto a una nueva pauta de la inmigración peninsular del siglo xviii. «Corren todo el reino incansables» y no consideran desdorado ese tipo de actividad. A la inversa de muchos criollos, no piensan desmerecer trabajando en «tratos y ventas» porque «son menos desvanecidos que los criollos».

En fin, Travada y Córdova pondera otra cualidad de esos «hombres de España», la de casarse muy a menudo con arequipeñas, tema al que dedica un largo párrafo. De manera significativa, explica que ello sucede por las cualidades personales de las mujeres de la tierra. Sin embargo, es muy de notar una frase escrita al parecer de pasada en el décimo capítulo de la primera parte, pero que entronca de manera directa con rancios prejuicios criollos:

esta ciudad es de las que sobresalen en el reino en gente española de cuya sangre procuran con honroso punto no *degenerar* celebrando muchos casamientos con españoles europeos, sobre que los Zoylos⁵ tienen mucha materia porque suponen que solo por ser gente de Europa son pretendidos de las mujeres arequipenses para maridos.

También en otro aspecto importante Travada y Córdova se diferencia de sus predecesores criollistas del siglo XVII. Un argumento esencial de estos era que los criollos siempre se habían cuidado mucho de conservar intacto su origen español. Así contradecían a los peninsulares que fundaban buena parte de su desprecio para con ellos en el hecho de que, a pesar de sus muchas y poco convincentes denegaciones, todos los criollos, quien más quien menos, tendrían alguna sangre india.

Travada y Córdova no se posiciona así. Desde el inicio, recuerda que los muchos europeos deseosos de casarse con mujeres criollas no dejan de considerar que «por lo general y en la multiplicada de las generaciones es imposible que a los que han nacido en estos reinos les deje de caer alguna nota». Sin embargo, esto no les impide «solicitar los casamientos de las arequipenses porque advierten que la sangre índica debe ser la menos notada de manchas en el mundo». Incluso Travada y Córdova reitera esa afirmación más abajo: «No por eso se esquivan de mezclar su sangre con la que tienen por mezclada con la índica».

Al contrario de sus predecesores del siglo anterior, Travada y Córdova no trata, de ninguna manera, de negar u ocultar el mestizaje de los criollos. Al contrario, es para él una razón de orgullo. Para justificar su posición desarrolla dos tipos de argumentos. Por una parte, exalta lo propio y los éxitos de las sociedades del pasado indígena, y, por otra, recuerda que, si consideran su propia historia, los peninsulares no siempre tienen mucha razón cuando desprecian a los indios. Así, afirma: «la religión gentilicia que tuvieron los indios no debe ser por leyes nota de la sangre; [...] y la sangre índica [...] por inmemoriales siglos se mantuvo pura por ignorada del antiguo mundo».

⁵ La palabra «zoylos» remite a unos críticos ignorantes y malévolos.

Asimismo, Travada y Córdova señala que «los antiguos españoles fueron mucho más bárbaros». Lo muestra el episodio tan famoso de Numancia, donde «sirvieron en vilísimos oficios a los romanos que, siendo conquistadores simbolizados en el fierro de la estatua hicieron más pesada la servidumbre». A este propósito, establece una comparación, sin duda atrevida, cuando recuerda la dominación que padecieron los ancestros españoles de parte de los romanos: «como hoy violentados los indios sirven a los españoles en el trabajo de las minas [...] como ahora lo hacen los indios en Potosí y en los demás minerales».

De la misma manera, en lo relativo a los prejuicios raciales originados por el mestizaje, que no niega, sino que de alguna manera reivindica, Travada y Córdova puntualiza contundentemente que «el español que no blasonase que tiene su origen de gentiles, o ha de tener principio su ascendencia en los ascos del paganismo moro o en la contentible sangre del judaísmo».

En cuanto a la «nota del color» vario —como entonces se decía— de los mestizos, no tiene por qué tomarse en cuenta. Primero, dado que en los últimos tiempos había habido al respecto en el Perú una evolución notable («no siendo *ya últimamente* nota el color que comúnmente tienen») y considerando que «a pocas generaciones se pierde para siempre en los que verdaderamente están misturados de esta sangre».

Además, para Travada y Córdova, bien conocido es que, a este propósito, los peninsulares no tienen por qué manifestar mucha superioridad y, según él, son muy conscientes de ello: «porque saben los españoles que pueden reputarse por indios en el color a vista de los holandeses y otras naciones del norte», llegándose a darse el caso de los duques de Osuna «*que tienen el color moreno por carácter de su nobleza*». Finalmente, afirma Travada y Córdova, «esta exterioridad no nace de mancha civil, sino de los temperamentos, desabrigos y mayor o menor vecindad del sol».

A pesar de su convencimiento cuando argumenta lo bien fundado de su alegato, Travada y Córdova termina observando, quizás con una punta de desaliento que, si bien los peninsulares siguen casándose con las arequipeñas, secretamente esos prejuicios están todavía vivos:

No esquivándose, pues, los europeos de entroncar sus generaciones con las señoras arequipenses, aun suponiendo estas notas (que tengo por cierto que aun no mereciendo serlo, no habría español criollo que las confiese).

Dadas las fechas en que recopiló y escribió la materia de su libro, Travada y Córdova es el exponente de un criollismo que, conservando los rasgos esenciales que se habían desarrollado a lo largo del xvii, muestra sin embargo ya atisbos de evoluciones significativas de ese «primer siglo xviii» que, aunque hasta la fecha es poco estudiado, no por ello deja de haber sido una bisagra importante en la historia del imperio y de las relaciones entre ambas ramas europea y americana de la familia hispana.

Por otra parte, algunas alusiones del texto (a la importancia de las actividades mercantiles entre los inmigrantes peninsulares o al impacto del comercio francés en el Pacífico sur, por ejemplo) no dejan de revelar que ya se está aproximando otra época en la historia del imperio. A mediados de la centuria, bajo la férula de la nueva Corona, el imperio no ha sufrido todavía, pero ya falta poco, el gran vendaval de las reformas llamadas borbónicas. Sus cambios profundos y siempre en provecho de la Península —en lo fiscal, administrativo, político, etc.— van a modificar, y en no pocos aspectos trastornar, de manera radical los equilibrios nuevos que se habían concretado a lo largo de las décadas anteriores.

Por esa misma razón, el criollismo debía evolucionar ante esas presiones nuevas. Las inquietudes y las reacciones se habían de hacer con el paso del tiempo más violentas. Los demás componentes étnicos de la sociedad americana tendrían también una conciencia cada vez más clara de que ya no se debían poner límites, como antes, al cuestionamiento lógico que implicaban los planteamientos criollos. Con el pasar del tiempo, la coyuntura internacional tendría también su influencia, y la Ilustración, con sus ideas venidas de fuera, había de modificar amplios sectores de la conciencia y del descubrimiento de sí mismos entre los americanos.

El texto de Travada y Córdova tiene otro mérito, el de recordarnos que si no se pueden negar todas esas orientaciones nuevas a lo largo de la segunda mitad del siglo xviii y de comienzos de la centuria siguiente, el viejo fondo criollista del xvii no había desaparecido, ni desaparecería. Al contrario, continuaría siendo, unido con otros planteamientos de corte más reciente, una de las fuentes esenciales que vitalizaría el camino de lo que Jorge Basadre acertadamente llamó «la promesa de la vida peruana».

Daremos tan solo un ejemplo. A comienzos del siglo xix, Hipólito Unanue —figura tan eminente de la Independencia— publicó sus *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Si en ellas se pueden notar, y no se ocultan, diversas influencias de las Luces europeas, en particular de Rousseau, también es evidente todo lo que se debe en ella en

cuanto a ideas, posicionamientos y sistemas demostrativos al «viejo» criollismo colonial que, a pesar de los avatares, venía siendo como el hilo rojo en la conciencia americana desde hacía dos siglos.

Bibliografía

- LAVALLÉ, Bernard (1982). *Recherches sur l'apparition de la conscience créole dans la vice-royauté du Pérou. L'antagonisme hispano-créole dans les ordres religieux (XVIème-XVIIIème siècles)*. Lille: Atelier National de Reproduction des Thèses.
- LAVALLÉ, Bernard (1993a). «Del indio al criollo, evolución de una imagen colonial». En *Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes* (pp. 45-77). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero.
- LAVALLÉ, Bernard (1993b). «Espacio y reivindicación criolla». En *Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes* (pp. 105-127). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero.
- LAVALLÉ, Bernard (1993c). «Imágenes para un mito: las ciudades chilenas según Alonso de Ovalle». En *Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes* (pp. 143-153). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva-Agüero.
- LAVALLÉ, Bernard (2000). «Fray Martín de Murúa y los orígenes del discurso criollista en el Perú del siglo XVII». En *La formación de la cultura virreinal. Etapa inicial* (volumen I) (pp. 375-386). Frankfurt / Madrid: Vervuert / Iberoamericana.
- LAVALLÉ, Bernard (2002). «Americanidad exaltada/hispanidad exacerbada: contradicción y ambigüedades en el discurso criollo del siglo XVII peruano». En *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo* (tomo II) (pp. 727-742). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- LAVALLÉ, Bernard (2012a). *Miedos terrenales, angustias escatológicas y pánicos en Arequipa a comienzos del siglo XVII*. Arequipa: Gobierno Regional de Arequipa / Cuzzi Editores.
- LAVALLÉ, Bernard (2012b). «Las paradojas del criollismo andino en la bisagra de dos épocas (1680-1720)». En Bernard Lavallé (ed.), *El primer siglo XVIII en Hispanoamérica* (pp. 115-128). Toulouse: Framespa.
- LEÓN PINELO, Antonio (1943). *El paraíso en el nuevo mundo*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.
- TRAVADA Y CÓRDOVA, Ventura (2017). *El suelo de Arequipa convertido en cielo*. Arequipa: Gobierno Regional de Arequipa.
- UNANUE, Hipólito (1806). *Observaciones sobre el clima de Lima, y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Lima: Imprenta Real de los Huérfanos.

Afirmación de una identidad femenina y horizonte de una identidad nacional peruana, a la luz del panegírico de la traducción castellana de *La Gallerie des femmes fortes* del padre jesuita Pierre Le Moyne

Susana Janet Vargas León

Universidad de Niza Sophia Antipolis

RESUMEN

En el marco de la presente investigación, nos dedicamos al estudio de los problemas sociales, históricos y políticos en torno al primer texto francés traducido en el Perú. La traducción de la obra es además la primera versión castellana del libro *La Gallerie des femmes fortes* (1647) del jesuita Pierre Le Moyne, aparecida en 1702. El texto podría constituir un elemento histórico fundador en el marco de intercambios culturales entre Francia y el Perú. La dedicatoria de la obra, escrita por su traductor, el criollo Fernando Bravo de Lagunas, y destinada a la virreina Antonia Jiménez de Urrea, condesa de la Monclova, saca a la luz el encuentro de diversos elementos particulares y diferentes tendencias históricas en el virreinato peruano. Pero, además, en la misma dedicatoria aparece el nacimiento de una triple identidad: una identidad femenina renaciente, una identidad social criolla en vías de desarrollo y afirmación; ambas apuntando hacia una misma dirección, la de una identidad nacional venidera.

Palabras clave: Virreinato, Monclova, identidad, criollo, mujeres, Bravo de Lagunas

RÉSUMÉ

Dans le cadre de nos travaux de recherche, nous nous consacrons à l'étude des problématiques sociales, historiques et politiques émergeant du tout premier texte français traduit au Pérou. La traduction de l'ouvrage est également la première version castillane du livre *La Gallerie des femmes fortes* (1647) du jésuite Pierre Le Moyne, parue en 1702. Ce texte pourrait donc constituer un élément historique fondateur dans le cadre des échanges culturels entre la France et le Pérou. La dédicace de l'ouvrage rédigé par son traducteur, le créole Fernando Bravo de Lagunas, et destinée à la vice-reine Antonia Jiménez de Urrea, comtesse de la Monclova, met en lumière la rencontre de divers éléments particuliers et de différentes tendances historiques alors au cœur de la vice-royauté du Pérou. Mais au-delà, apparaît dans les termes mêmes de la dédicace l'émergence d'une triple identité : une identité féminine affirmée, une identité sociale créole sous-jacente et en voie d'affirmation ; toutes deux pointant vers une synthèse, celle de l'identité nationale à venir.

Mots clés: Vice-royauté, Monclova, identité, créole, femmes, Bravo de Lagunas

ABSTRACT

As part of our research works, we are dedicated to the study of the social, historical and political issues emerging from the very first French text translated in Peru. The translation of this work is also the first Castilian version of *La Galerie des femmes fortes* (1647) by the Jesuit Pierre Le Moyne, published in 1702. This text could therefore constitute a founding historical element within the context of cultural exchanges between France and Peru. The dedication of the work was written by his translator, the Creole Fernando Bravo de Lagunas, and intended for Vice-Queen Antonia Jiménez de Urrea, Countess of Monclova. It highlights the meeting of various particular elements and different historical trends, which were, at that time, in the heart of the Viceroyalty of Peru. But beyond that, in the very terms of this dedication, the emergence of a threefold identity: an affirmed feminine identity, an underlying Creole social identity in the process of affirmation; both of which pointing to a synthesis, that of the national identity to come.

Keywords: Viceroyalty, Monclova, identity, creole, women, Bravo de Lagunas

En el marco de nuestra investigación¹, nos dedicamos al estudio de una serie de aspectos sociales, históricos y políticos que emergen del primer texto francés traducido al español en el Perú. La traducción de *La Gallerie des femmes fortes* (1647) del padre jesuita Pierre Le Moyne (1602-1671) fue la primera edición castellana publicada en el virreinato del Perú en 1702. En términos generales, la obra de Le Moyne conoció siete ediciones y veintiuna impresiones en francés en el siglo XVII; asimismo, fue traducida en cuatro idiomas desde el siglo XVII al siglo XVIII. De esta forma, encontramos una traducción inglesa, una alemana, una italiana y dos españolas.

La galeria de las mugeres fuertes de Fernando Bravo de Lagunas podría constituir un elemento histórico fundador en el marco de los intercambios culturales entre Francia y Perú. Por otra parte, llama la atención que, de las dos traducciones castellanas, la primera se realizase fuera del continente europeo, en uno de los reinos de ultramar. Recordemos que el virreinato del Perú, junto con el de la Nueva España, no fue solo uno de los dos existentes como tales desde el siglo XVI, sino el más importante de la Corona durante los dos primeros siglos de dominación española. Así, mientras que la primera traducción castellana del libro se llevó a cabo en el Perú en 1702, la obra de Le Moyne será traducida en España recién a finales del siglo XVIII, en 1794. Como observación adicional, la dinámica tradicional entre una metrópoli y su área de influencia aparece en esta oportunidad invertida.

Además de lo expuesto, otra característica a destacar de la obra *La galeria de las mugeres fuertes* es que es la primera obra, en este género literario, en ser traducida y publicada en el virreinato del Perú². En efecto, hasta la fecha, la mayor parte de publicaciones realizadas en Lima difundieron un discurso literario esencialmente religioso, educativo e instructivo para la comunidad indígena³. La obra de Le Moyne, dedicada a la reina Ana de Austria en 1647, pone en valor las virtudes y cualidades de la mujer a través de la representación de una serie de heroínas históricas, distribuidas por el jesuita en cuatro grupos de mujeres fuertes: las hebreas o judías, las bárbaras o griegas, las romanas y las cristianas. El texto del padre jesuita se inscribe dentro de una larga tradición de controversias en torno

1 Este texto se ha elaborado tomando como base nuestra tesis en curso de preparación, destinada al primer texto francés traducido en el virreinato del Perú a inicios del siglo XVIII, *La galeria de las mugeres fuertes*.

2 Teniendo en cuenta el aprecio que los hombres de letras del virreinato del Perú manifestaban hacia la producción literaria del padre Le Moyne, no descartamos la probabilidad de que la versión original o alguna otra edición de *La Gallerie* del jesuita haya circulado con anterioridad a la traducción castellana.

3 Posteriormente, este discurso se diversificará y se adaptará a los intereses políticos, administrativos, sociales y culturales de una sociedad virreinal en desarrollo.

a la cuestión femenina, que dio lugar a numerosas publicaciones, muchas de las cuales fueron traducidas en España⁴. En lo que concierne al virreinato del Perú, la traducción de este discurso de consonancia feminista y moralista constituyó el primer y único texto de este género en los tres siglos de existencia del virreinato⁵.

La traducción, el prólogo y el panegírico de la versión peruana de *La galería de las mugeres fuertes* destacan la figura de su traductor, Fernando Bravo de Lagunas, aristócrata criollo y personaje notable de la república de las letras. Su discurso, dividido entre un prólogo y un panegírico, deja entrever los intereses propios de su clase social y sus vínculos con la orientación política de su tiempo. La dedicatoria del traductor, destinada a la virreina condesa de la Monclova, pone de manifiesto el encuentro de diversos elementos particulares y de diferentes tendencias históricas, que se encontraban en curso en aquel momento en el virreinato del Perú. Nos referimos a la afirmación de un protagonismo político virreinal a través del conde y de la condesa de la Monclova; a la reconstrucción de la capital de Lima y a la afirmación de los nuevos equilibrios regionales; al acercamiento político entre Francia y el virreinato, y al nacimiento de un proceso de intercambios culturales entre estos dos polos.

Además de lo expuesto, aparece igualmente, en el mismo discurso del panegírico, el sentido de una triple identidad. La toma de conciencia real de una identidad, comprendida como unidad y diferenciación, ya sea a partir de una clase social o de una nación como tal, es un proceso histórico, una tendencia a largo plazo, cuya trayectoria se construye a través de sucesivas fases de emergencia, de afirmación, de posible reflujo y de realización concreta. Estas fases están determinadas por condiciones objetivas, económicas y políticas. Sin embargo, estas se manifiestan también en diversos modos de representación ideológica, de los que forman parte los discursos literarios. En este aspecto, la versión peruana de la obra de Le Moyne podría constituir una manifestación emblemática del surgimiento de una triple identidad: una identidad femenina renaciente, una identidad criolla subyacente en vía de afirmación; ambas apuntando hacia un mismo horizonte, el

4 Si bien a esta tradición literaria —que celebra las virtudes, las cualidades y el triunfo de la mujer— la encontramos desde el siglo xiv principalmente en Italia y en Francia, el momento de gloria de estas figuras femeninas en el campo de la literatura francesa no se dará sino hasta el siglo xvii con la aparición del género de «galería literaria o libro-galería». El discurso barroco de esta galería literaria encontrará, en la obra ilustrada de Le Moyne, uno de sus máximos exponentes (Morgain, 2007).

5 Si bien en el siglo xvii se publicaron en Lima tres obras articuladas sobre la cuestión femenina —nos referimos a *Miscelánea Austral* (1602-1603) y *Defensa de Damas* (1603) de Diego de Ávalos y Figueroa, y a *Espejo de la perfecta casada* (1627) de fray Alonso de Herrera—; el tratamiento propuesto por Le Moyne en *La galería de las mugeres fuertes*, a través de la dimensión de un heroísmo femenino en sí, fue innovador en el virreinato peruano.

de una identidad nacional por venir. Esta tendencia incipiente encontrará en la dedicatoria su expresión, con fuerte carga simbólica, en el concepto hasta ahora inédito de «heroína peruana».

Fernando Bravo de Lagunas y *La galería de las mugeres fuertes*

Fernando Bravo de Lagunas, procedente de una importante familia dedicada a actividades políticas y religiosas, nació en la zona portuaria y militar del Callao en 1661 y murió en la región de Guayas (Guayaquil) en 1708. Su trayectoria militar y política fue característica de los miembros de la élite virreinal. Durante la gestión del virrey Melchor Portocarrero Lasso de la Vega, III conde de la Monclova (1689-1705)⁶, Fernando Bravo de Lagunas alcanzó posiciones de gran importancia, incluyendo responsabilidades en el seno del sistema organizacional del virreinato, no solo dentro del campo militar, sino además en el sector administrativo⁷. Beneficiario del título «Señor del Castillo de Mirabel» y poseedor de numerosos mayorazgos en España, nuestro traductor fue un personaje reconocido de la sociedad peruana. La producción literaria oficialmente atribuida a don Fernando Bravo de Lagunas se inscribe entre fines del siglo XVII e inicios del XVIII. Dentro de este período lo encontramos contribuyendo con poemas en tres importantes publicaciones⁸ y participando en una brillante traducción francoespañola.

Tal como señalamos al inicio de esta exposición, la importancia de *La galería de las mugeres fuertes*, en tanto que texto, se enraíza, por un lado, en su contenido de carácter moral y feminista construido en torno a la figura de la mujer. En este sentido, Bravo de Lagunas pretende, a través de su traducción, «servir a las Señoras Peruanas» (Le Moyne, 1702, s. p.)⁹. Sin embargo, habría también que considerar la dimensión política de la obra en el contexto de la Lima virreinal, así como la dinámica de sus vínculos con el Viejo Mundo. De esta manera, en el prólogo de la edición peruana, Bravo de Lagunas señala que la principal ra-

6 Sobre el gobierno del virrey conde de la Monclova, ver: Moreyra y Paz-Soldán y Céspedes del Castillo (1954a, 1954b, 1955).

7 En el apéndice n.º 2 de la Tercera serie del *Libro primero de Cabildos de Lima*, editado por Enrique Torres Saldamando (1900, pp. 336, 358), se puede encontrar información relativa al tema.

8 Las tres publicaciones son las siguientes: *Funeral pompa, y solemnidad en las exequias a la muerte de la católica, y serenísima Reina Madre doña Mariana de Austria*, de don Bernardo Romero González (1697); *Parentación real al soberano nombre e inmortal memoria del católico rey de las Españas y emperador de las Indias el serenísimo señor Don Carlos II*, de Fray José de Buendía (1701); y *Lima triunfante*, de don Pedro Peralta y Barnuevo (1708).

9 La cita figura en la sexta página del texto «Prólogo del traductor».

zón que motivó la publicación de la traducción de la obra «fue de manifestar al Mundo, que aun en las más remotas partes del Imperio de nuestro gran Monarca se traducen las estimaciones de Francia, y merecen correspondencias Castellanas» (Le Moyne, 1702, s. p.)¹⁰.

Más allá de estas declaraciones que explicitan la afirmación de los lazos entre Francia y el virreinato del Perú; con la aparición de esta traducción, nuestro traductor hará referencia reiteradamente, a lo largo de su discurso, a la riqueza del territorio peruano, la cual se manifiesta no solo en los recursos naturales y el patrimonio histórico del reino, sino además de una manera viva en el dinamismo de su sociedad. Esta sociedad se encuentra integrada principalmente, a sus ojos y a los de muchos otros criollos, por hombres y mujeres de grandes cualidades y buenas costumbres. En el fragmento siguiente presentamos la apreciación de don Fernando Carrillo de Córdova, formulada en uno de los dos documentos de «Aprobación» a la publicación de la traducción castellana de Bravo de Lagunas.

Lo que me admira, es la ingeniosa, y profunda facilidad, con que en la ardua empressa de una fiel Traduccion ha conseguido simbolizar una clara Empressa del fiel afecto, con que ha recibido este Reyno à su gran Monarca; pues solo se retratan los vultos, que se aman, o se adoran: y à las letras de oro de este libro le debe, por medio de la Traduccion, ser esta la vez primera, que aquí se ven correr, sino en la mesma forma, con el mesmo peso, y valor los Luises Parisienses fundidos en rieles [sic] Castellanos, y reducidos à Filipos Limenses para el gasto de los hombres de letras. (Le Moyne, 1702, s. p.)¹¹

Estas palabras, pronunciadas por el criollo don Fernando Carrillo de Córdova, merecen particularmente nuestra atención. Desde un punto de vista general, la sutileza de estas líneas poéticas parece ir claramente contra un enfoque tradicional que otorgaba, a los criollos del Perú, un escaso nivel de desarrollo cultural. De hecho, la importancia de esta traducción es aquí cuidadosamente tratada por Carrillo de Córdova, en el contexto de las relaciones culturales y políticas entre el virreinato y Francia, a través de una serie de metáforas que testimonian la calidad de sus conocimientos históricos, y su realismo frente al cambio de dirección política, que tiene lugar en el marco de juego de alianzas europeas y en el seno del virreinato.

10 La cita figura en la tercera página del texto «Prólogo del traductor».

11 La cita figura entre la cuarta y la quinta página del texto «Aprobación de D. Fernando Carrillo de Córdova».

En consecuencia, la traducción de esta obra en el virreinato del Perú está explícitamente presentada como un instrumento de mediación, un elemento activo en la elaboración de los lazos políticos y culturales entre el virreinato peruano y la potencia francesa. Que *La galería de las mugeres fuertes* sea la primera traducción de un texto francés en el Perú y que la obra original haya sido traducida y publicada, primero en el virreinato, antes que en España, toma en este contexto toda su importancia. Asimismo, afirma con ello el reordenamiento de la política virreinal, adaptándose a la transmisión de poderes que se opera en el seno del Viejo Mundo y que, gracias a un juego de alianzas, conduce a Francia a una posición ascendente. La publicación y la difusión de esta traducción constituyen, por lo tanto, una ocasión para el virreinato del Perú de testificar que participó en esta modificación de relaciones de poder en el Viejo Continente.

A partir de lo expuesto, podemos comprender la primacía de la traducción peruana de la obra en relación con la tardía publicación de una versión española, en dos estadios. El «retraso» español en este punto en particular puede explicarse, en parte, por el marco general del relativo declive económico y político que presentó el imperio español y que condujo a la guerra de sucesión a inicios del siglo XVIII (1701-1713). Este declive se manifestó igualmente en el dinamismo de las producciones artísticas de la época, lo que podría explicar la traducción al castellano de la obra de Le Moyne primero en el Perú y luego su publicación tardía en la Península Ibérica¹². En cuanto a la primacía de la traducción peruana, dos elementos pueden aclarar el panorama. Por un lado, el ascenso de la clase criolla que buscaba afirmarse en los diferentes ámbitos de poder económico y político, e, igualmente, fomentar un desarrollo importante de prácticas artísticas en el seno del virreinato. Así, los tres protagonistas de la versión peruana, el traductor, el grabador y el impresor de la obra, fueron de origen criollo¹³. Por otra parte, *La galería de las mugeres fuertes* apareció un año después del gran cambio de dinastía, que vio el traspaso de liderazgo político de la casa de Austria a la casa de Borbón. La muerte de Carlos II, último representante de la dinastía de los Habsburgo, sin

12 La versión española, traducida por Julián Pombo y Robledo, fue publicada en Madrid, en 1794.

13 Nos referimos al pintor y grabador dominico fray Miguel Adame de Montemayor, y al impresor Joseph de Contreras y Alvarado. Las estampas que ilustraron la primera edición de la obra de Le Moyne fueron ejecutadas por Abraham Bosse y Gilles Rousselet, siguiendo los modelos elaborados por Claude Vignon. En cuanto a las estampas que ilustraron esta primera traducción castellana, si bien son una reproducción de la versión francesa, este conjunto de heroínas femeninas introdujo una nueva lectura iconográfica de la habitualmente acostumbrada dentro del imaginario literario y artístico de la época. Sobre la presencia de fray Miguel Adame de Montemayor en el panorama artístico de fines del siglo XVII y la primera mitad del XVIII, ver: Vargas León (2007).

descendencia, condujo al ascenso de Felipe v, primer rey Borbón a la cabeza del trono de España. De esta manera, dentro de este panorama, la traducción de la obra del jesuita Le Moyne, originariamente dedicada a Ana de Austria, fue una manera de reafirmar la legitimidad de su bisnieto Felipe v.

La dedicatoria que Fernando Bravo de Lagunas consagra a Antonia Jiménez de Urrea Clavero y Sessé, condesa de la Monclova y virreina del Perú, constituye uno de los pasajes más importantes de la versión peruana de *La galería de las mugeres fuertes*. En este discurso, el traductor, a través de los elogios destinados a la virreina y a su esposo, el virrey conde de la Monclova, destaca la grandeza del reino del Perú en sus diferentes aspectos y la majestad de la Lima virreinal. De esta forma, el panegírico se convierte en un lugar de ilustración de la Lima de inicios del siglo XVIII, que Fernando Bravo de Lagunas describió como «la más hermosa Ciudad del Nuevo Mundo» (Le Moyne, 1702, s. p.)¹⁴. Esta imagen de supremacía otorgada a la Ciudad de los Reyes es desdoblada por el autor en el marco de su dedicatoria, al poner énfasis en el desarrollo de la política virreinal de reconstrucción de la ciudad, luego del terremoto de 1687.

A fin de elaborar la estructura del texto del panegírico, Bravo de Lagunas se asiste de la galería literaria de Le Moyne. De esta manera, el autor recrea, por medio de la figura de la virreina y de las heroínas del padre jesuita, un recorrido a diferentes parajes del reino y a los lugares más importantes de la Ciudad de los Reyes. Este escenario tópico, marcado por los sucesos políticos y los logros de la gestión gubernamental del virrey, pretendió resaltar el nivel de desarrollo económico, social y cultural que Lima había alcanzado por aquella época. Así, la compañía de las mujeres fuertes de Le Moyne transita por el discurso de Bravo de Lagunas admirando las edificaciones religiosas, militares y urbanas más representativas del reino, y el esplendor de su desarrollo. Cada grupo de mujer fuerte —las hebreas, las bárbaras, las romanas y las cristianas— está, por lo tanto, asociado a una edificación arquitectónica, sobre la que el traductor construye una historia relacionada con los condes de la Monclova.

Por consiguiente, el discurso de Bravo de Lagunas se concentra con fuerza sobre los grandes acontecimientos del gobierno del conde de la Monclova. A pesar de que el virrey tenía numerosas deficiencias, el traductor decidió poner énfasis sobre lo que él consideraba que eran los rasgos más honorables y notables de su personaje, y que deseaba que fuera retenido por el lector. Debemos precisar que,

¹⁴ La cita figura en la décima página del texto «A la excelentísima señora doña Antonia Ximenez de Urrea Clavero y Sesse, Condesa de la Monclova, Virreyña del Peru».

en su discurso, Bravo de Lagunas no dejó de destacar la presencia de la virreina, en la medida en que ella constituye un verdadero soporte moral a la actividad de su marido. En este contexto, el traductor desarrolla una forma de itinerario guiado a través de la historia de la ciudad, bajo la potestad de la virreina, a quien él otorga implícitamente el rol de «anfitriona» del reino, y donde las «huéspedes» fueron «las mujeres fuertes» de Le Moyne.

De esta manera, tomando en cuenta las diferentes condiciones y virtudes de las mujeres de la galería del jesuita, el traductor lleva a las santas hebreas (Debora, Jahel, Judith, Salomona y Mariamne) y a las mujeres cristianas (la Judith francesa, Isabel de Castilla, la doncella de Orleans, la cautiva victoriosa y María Estuardo), hasta los templos religiosos de Lima. Las bárbaras o griegas (Panthea, Camma, Artemisa, Monima y Zenobia), por su parte, son invitadas al muelle del puerto del Callao; mientras que las romanas (Lucrecia, Clelia, Porcia, Arria y Paulina) asisten al arte de gobierno del virrey.

Además de la reconstrucción y la protección de la ciudad de Lima, Bravo de Lagunas hizo igualmente referencia a otras iniciativas tomadas por el virrey de la Monclova, en particular en el sector de la instrucción pública. En este contexto, hace mención principalmente de la Universidad de San Marcos, retratada como «el jardín más ameno de los ingenios de toda la América Austral» (Le Moyne, 1702, s. p.)¹⁵. Al respecto, el traductor no se priva de afirmar el rol de esta institución en la formación intelectual de una élite nacional:

la Real Vniversidad, digo, de S. Marcos, fecunda Madre de tantos ilustrissimos Obispos, en España, en Italia, y en todas las Indias; de infinitos Consejeros en toda la Corona de nuestros Reyes: tan maravillosa es su fecundidad, que en ciento y veinte y cinco años de edad, y fundación ha producido proporcionalmente tantos sujetos grandes, y varones insignes, que sino excede, iguala a la Sorbona, y la Salmanticense. (Le Moyne, 1702, s. p.)¹⁶

Este recorrido, a través de las obras y los aciertos más relevantes del gobierno del virrey, es finalizado, por Bravo de Lagunas, en la plaza mayor. El recurso de la imagen de este importante espacio público, en consecuencia, permite al traductor

15 La cita figura en la vigésima página del texto «A la excelentísima señora doña Antonia Ximenez de Urrea Clavero y Sesse, Condesa de la Monclova, Virreyna del Peru».

16 La cita figura en la vigésima página del texto «A la excelentísima señora doña Antonia Ximenez de Urrea Clavero y Sesse, Condesa de la Monclova, Virreyna del Peru».

destacar la importancia y el valor de la ciudad de Lima, al interior del reino del Perú y más allá de sus fronteras.

En su discurso, el cual está dividido entre un prólogo y un panegírico, el traductor exalta —como se ha visto brevemente— toda la majestad y la flama de la que goza la Ciudad de los Reyes. A primera vista, se podría pensar que se trata de dar servicio al gobierno del conde de la Monclova, pintando un retrato adulador de su esposa. De un lado, porque el traductor destaca las obras realizadas y los éxitos gubernamentales del virrey obtenidos hasta la fecha de la publicación del libro; del otro, porque, considerando el contexto histórico y el alcance del libro original, el traductor pone en evidencia la lealtad y la sumisión del virrey hacia el primer monarca Borbón que ha accedido al trono español. Sin embargo, a medida que el discurso avanza, Bravo de Lagunas deja entrever una forma de criollismo militante que, desde un punto de vista general, no cesa de intensificarse en el seno de la sociedad peruana.

El traductor busca establecer un espacio de afirmación social y política favorable a los criollos, pero de igual manera deja emerger reivindicaciones en términos de reconocimiento al sexo femenino. El conflicto interno que desgarró esta clase social de criollos, de una parte, bajo la presión de un movimiento contestatario o incluso de rechazo a la herencia española, y, de otra, de la dificultad para imponer su reconocimiento como parte integrante de la cultura ibérica, aparece claramente en el discurso de Bravo de Lagunas a través de expresiones como «Señoras peruanas», «Valen un Perú» y «Heroínas peruanas». De este modo, las declaraciones del traductor no van a limitarse a afirmar la fuerza política, económica, social e intelectual, propia a esta clase criolla, sino que además van a atribuir a las mujeres un estatus diferente del que fue impuesto por las estructuras patriarcales españolas. El autor resume este nuevo estatus, que él confiere a las mujeres del virreinato, con la expresión «Heroínas peruanas». La traducción de la obra y el discurso de Bravo de Lagunas reflejan, asimismo, el sentimiento de los criollos con respecto a su tierra natal o de adopción, que con el tiempo verá nacer un sentimiento de emancipación acompañado de una identidad peruana patriótica.

Identidad femenina y horizonte de una identidad nacional

La formulación del concepto «heroína peruana», así como su profunda significación, merece toda nuestra atención. Bravo de Lagunas realiza una continuación

del concepto «heroína femenina» movilizado por Le Moyne, y encarnada por diferentes categorías históricas de mujeres. La edición peruana de *La galería de las mugeres fuertes* encuentra en esta noción una de sus mayores características, puesto que la dedicatoria sugiere, sin por ello desarrollar este proyecto, la elaboración del concepto «heroína peruana». Aquí se halla el testimonio de una tentativa de formación y de integración de una nueva categoría, de una nueva figura propiamente local de heroína. La expresión «heroína peruana» es, por consiguiente, a diferentes grados, una formulación considerablemente innovadora y remarcable.

En primer término, la atribución del calificativo de «heroísmo» al sexo femenino es un giro relativamente reciente en el seno de la literatura femenina e hizo su aparición en Francia durante la regencia de Ana de Austria (1643-1651), principalmente con los escritos de Jacques du Bosc, *La Femme héroïque* (1645), y de Pierre Le Moyne, *La Galerie des femmes fortes* (1647)¹⁷. Luego, el término «peruana» parece indicar la doble afirmación de un heroísmo femenino y de una identidad nacional que se manifiesta por este heroísmo. En efecto, el calificativo no parece remitirnos ni a la figura de la mujer española, ni a la mujer colonizada sumisa de la corona, sino a una propiamente peruana, es decir, nacionalmente peruana, pese a que la existencia misma de una nación peruana independiente no era aún una realidad. Este término aparentemente anodino (si es leído rápidamente) trae consigo importantes implicaciones políticas. No se trata de que Bravo de Lagunas intentaría con ello desafiar la autoridad colonial —lo que iría en contra del contenido de su discurso—, sino más bien que, siendo un representante letrado de la élite criolla, expresa de manera más o menos consciente una forma reivindicativa de la identidad de esta clase ascendente en el seno del virreinato.

Las mujeres que parecen ser designadas por el concepto de heroínas peruanas son aquellas que acompañan a la virreina durante los discursos de su esposo, a saber, su corte constituida esencialmente de aristócratas criollas, además de las españolas. Podríamos pensar en las otras mujeres «públicas» del virreinato: las encargadas de actividades empresariales o que ayudan a sus esposos en los negocios, aquellas que dirigen explotaciones agrarias, las viudas, las religiosas, y además las mujeres indígenas que realizan funciones de dirección tribal (curacas, caciques) (Vergara, 2007; Puertas, 2007; López Beltrán, 1996). Las mujeres españolas aquí

17 Ver: MacLean (1977).

están excluidas. El concepto designa, por tanto, a las mujeres nacidas en el virreinato del Perú.

Asimismo, el empleo del término «peruana» pone de manifiesto una dimensión de identidad nacional que parece señalar una forma de desapego con respecto a la dominación del imperio. No se trata aquí de una heroína del imperio español en una parte de su territorio, el virreinato; porque se podría considerar que este es un sujeto español, en cualquier punto geográfico del imperio. La mujer a la cual se hace referencia no es pues ni la mujer española nacida en España, ni la mujer miembro del imperio —es decir, no es española de nacimiento, pero sí existe una filiación a la metrópoli—, ni la mujer colonizada; sino la mujer nacionalmente reconocida como peruana, aquella cuya identidad se define con relación a su pertenencia al Estado del Perú. Ello a pesar de que este Estado no tiene ninguna existencia material, por el contrario, es negado como tal, en tanto que es aún una parte del imperio español.

El calificativo «peruana» es, por consiguiente, un posible cuestionamiento de la dominación de España en el Perú y, por tanto, al mismo tiempo, de la legitimidad de las estructuras mismas del virreinato, en la medida en que esta unidad política es el medio de la dominación colonial en un espacio cuya identidad sería definida por la noción misma de «Perú». No obstante, esta reivindicación ideológica no es planteada conscientemente por Bravo de Lagunas. La sugestión de una identidad criolla y nacional parece estar contenida en los límites del respeto y de reconocimiento de la autoridad virreinal. De este modo, el traductor expresa por su propia práctica como escritor, más allá del grado de conciencia que pudiese haber, los intereses sociales dominantes y los más pronunciados de la clase social a la que él pertenecía.

Dejando de lado la dimensión épica y poética de la puesta en escena itinerante de las diferentes categorías de mujeres fuertes prestadas de la obra original de Le Moyne, un estudio detallado del panegírico a la traducción de la obra nos aporta una valiosa información histórica sobre diversos elementos propios al virreinato peruano a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII. Primero, sobre la figura de la virreina, y luego sobre las medidas económicas y políticas adoptadas por el virrey. Más allá de las figuras gobernantes y de sus principales iniciativas, emerge en el discurso del traductor un panorama de las principales estructuras económi-

cas claves del virreinato (actividades mineras y portuarias) y de las instituciones educativas, culturales y religiosas. Asimismo, se nos desvela una serie de edificios con valor arquitectónico, un plan de urbanismo, así como la transformación de la ciudad y sus alrededores, luego del terremoto acontecido en 1687. Es decir, se trata de una presentación total del dinamismo económico, político y cultural del territorio peruano en general y de Lima en particular.

Por último, es la naturaleza de las nuevas relaciones francoespañolas —y más aun de las relaciones triangulares que integraban al virreinato del Perú, inscritas en el marco de una relativa paz y de una incipiente colaboración— la que soporta y hace posible la existencia misma de la versión peruana de la obra de Le Moyne. Y en esta dinámica triangular, sobre esta cuestión particular, el Perú refleja un avance sobre la tardía publicación de la traducción española. Este contexto general confiere un significado más amplio al discurso del traductor, en el que se registra una forma particular de afirmación de una triple identidad, donde las esferas se enlazan: la identidad femenina renaciente, la identidad social criolla en consolidación, y la identidad nacional emergente, cuya realización efectiva está por venir. Así, tal como lo consideramos, el concepto «heroína peruana» podría encontrar una encarnación viviente en las mujeres rebeldes del siglo XVIII, en lucha contra el orden patriarcal. Estas obtendrán, a diferencia de sus predecesoras, una forma de reconocimiento, no por su linaje o estirpe y tampoco por su integración a la jerarquía y al sistema colonial, sino por sus cualidades reales frente a situaciones de crisis.

Bibliografía

- LE MOYNE, Pierre (1647). *La Galerie des femmes fortes*. París: Antoine de Sommaville.
- LE MOYNE, Pedro (1702). *La galeria de las mugeres fuertes*. [Traducido por Fernando Bravo de Bedoya Guevara y Castillo]. Lima: Joseph de Contreras y Alvarado, impresor real.
- LÓPEZ BELTRÁN, Clara (1996). «La buena vecindad: las mujeres de élite en la sociedad colonial del siglo XVII». *Colonial Latin American Review*, 5(2), 221-236.
- MACLEAN, Ian (1977). *Woman Triumphant. Feminism in French Literature. 1610-1652*. Oxford: Oxford University Press.
- MOREYRA Y PAZ-SOLDÁN, Manuel y Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO (dirs.) (1954a). *Virreinato peruano. Documentos para su historia. Colección de cartas de virreyes. Conde de la Monclova. 1689-1694* (tomo I). Lima: Instituto Histórico del Perú.

- MOREYRA Y PAZ-SOLDÁN, Manuel y Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO (dirs.) (1954b). *Virreinato peruano. Documentos para su historia. Colección de cartas de virreyes. Conde de la Monclova. 1695-1698* (tomo II). Lima: Instituto Histórico del Perú.
- MOREYRA Y PAZ-SOLDÁN, Manuel y Guillermo CÉSPEDES DEL CASTILLO (dirs.) (1955). *Virreinato peruano. Documentos para su historia. Colección de cartas de virreyes. Conde de la Monclova. 1699-1705* (tomo III). Lima: Instituto Histórico del Perú.
- MORGAIN, Stéphane-Marie (2007). «*La Gallerie des femmes fortes* (1647) du P. Pierre Le Moyné». En Guy Bedouelle, Christian Belin y Simone de Reyff (eds.), *La Tradition rassemblée. Journées d'études de l'Université de Fribourg* (pp. 343-365). Fribourg: Academic Press Fribourg.
- PUERTAS, Elizabeth (2007). «La mujer frente al poder en la sociedad colonial peruana (siglos XVI-XVIII)». En Carmen Meza Ingar y Teodoro Hampe (comps.), *La mujer en la historia del Perú (siglos XV al XX)* (pp. 147-190). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- TORRES SALDAMANDO, Enrique (ed.) (1900). *Libro primero de Cabildos de Lima. Apéndices* (segunda parte). París: Imprimerie Paul Dupont.
- VARGAS LEÓN, Susana Janet (2007). *Fray Miguel Adame de Montemayor. Grabador y pintor del siglo XVIII*. (Tesis de licenciatura). Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- VERGARA, Teresa (2007). «Aporte femenino a la creación de la riqueza». En Carmen Meza Ingar y Teodoro Hampe (comps.), *La mujer en la historia del Perú (siglos XV al XX)* (pp. 109-145). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.

Miradas personales sobre los Andes en la *Relation abrégée de ce voyage* del académico francés Pierre Bouguer

Nicolas de Ribas

Universidad de Artois. Textes et Cultures

RESUMEN

Nacido el 10 de febrero de 1698 en Le Croisic, el académico francés Pierre Bouguer puso sus conocimientos científicos al servicio de la navegación y sobre todo de la geodesia del siglo XVIII. En efecto, formó parte de la expedición geodésica del Perú para medir la forma de la tierra en el ecuador entre 1735 y 1744. Con los franceses Godin, Jussieu y La Condamine, y con los españoles Juan y Ulloa, calculó el arco meridiano que resultaría determinante para zanjar la polémica sobre la forma exacta de la Tierra. Una vez reunidos con los españoles en Cartagena de Indias, los académicos franceses se dirigieron a Quito y establecieron en Guayaquil la línea base para efectuar algunos estudios botánicos de la zona y, por supuesto, triangulaciones geodésicas. En medio de los Andes, Bouguer efectuó sus trabajos científicos, estudió el hábitat de los indios y sus costumbres. Terminó cautivado por el paisaje y se sintió poderosamente atraído por la Cordillera, cuya belleza le fascinaba. Su *Relation abrégée de ce voyage* de 1749, que sirve de primera parte a su obra *La Figure de la Terre*, constituye entonces un testimonio personal sobre el virreinato del Perú y la naturaleza.

Palabras clave: Virreinato del Perú, Academia de las Ciencias de París, expedición hispanofrancesa, geodesia, Pierre Bouguer, cordillera

RÉSUMÉ

Né au Croisic, le 10 février 1698, d'un père professeur d'hydrographie, Pierre Bouguer participe activement à l'expédition pour définir la forme de la Terre, dans la vice-royauté du Pérou, de 1735 à 1744, avec les Français La Condamine, Godin, Jussieu, et les Espagnols Juan et Ulloa. Scientifique reconnu dès son retour, il joue un rôle important au sein de l'Académie des Sciences jusqu'à sa mort, en 1758. En 1749, il publie une de ses œuvres maîtresses, *La Figure de la Terre*, à un moment d'affrontement avec son ancien collègue Charles de La Condamine. Si la bibliographie de Bouguer permet de décloisonner son activité en plusieurs domaines d'études, marine, géodésie, optique et astronomie, nous nous intéresserons à sa vision personnelle du territoire vice-royal dans sa *Relation abrégée de ce voyage* qui constitue la première section de *La Figure de la Terre*. Nous verrons ainsi comment Bouguer verbalise ses expériences insolites entre Guayaquil et Quito, tout comme la réalité de ses explorations difficiles et périlleuses, attiré par la démesure de la nature des Andes et par la splendeur des paysages. Et comme des dizaines de voyageurs au long cours, le Croisicais, stimulé par une curiosité scientifique caractéristique de son siècle, qui concerne aussi bien la flore que la faune ou que des populations aux pratiques culturelles étranges pour les Européens, se révèle définitivement un savant aventurier dans ce récit passionnant.

Mots clés: Vice-royauté du Pérou, Académie des Sciences, expédition hispano-française, géodésie, Pierre Bouguer, cordillère

ABSTRACT

Born in Croisic, February 10th, 1698, of a father professor of hydrography, Pierre Bouguer actively participates in the expedition for the figure of the Earth, in viceroyalty of Peru, from 1735 till 1744, with the French people La Condamine, Godin, Jussieu, and the Spanish Juan and Ulloa. Renowned scientist since his return, he plays an important role within the Academy of Science until he dies, in 1758. In 1749, he publishes one of his masterpieces, *La Figure de la Terre*, when the quarrels with his former colleague Charles de La Condamine exacerbates. If Bouguer's bibliography allows to divide his work into several fields of study, such as navy, geodesy, optics and astronomy, we shall be interested in his personal vision of viceroyalty in the *Relation abrégée de ce voyage* which establishes the first section of the *Figure*. We shall so see how Bouguer puts into words his unusual experiences between Guayaquil and Quito, as well as the reality of his difficult and precarious explorations, motivated by the immoderate nature of the Andes and by the magnificence of the landscapes. And just as dozens of long-term travelers, stimulated by a characteristic scientific curiosity of his century relevant to the flora, the fauna or even populations with cultural practices that might appear bizarre to Europeans, he definitively becomes known as a learned adventurer in this eminently fascinating narrative.

Keywords: Vice-monarchy of Peru, Academy of Science, Spanish-French expedition, geodesy, mountain range

Pierre Bouguer es una figura científica importante del siglo XVIII, bastante desconocida si la comparamos con sus coetáneos. Nacido en Le Croisic, Francia, el 10 de febrero de 1698, de un padre profesor de hidrografía que le transmite su interés por la ciencia, el bretón participa activamente en la expedición que se desarrolla en el virreinato del Perú para medir la figura de la tierra, entre 1735 y 1744, con los franceses La Condamine, Godin, Jussieu, y los españoles Juan y Ulloa, presentes para «presenciar todas [las] operaciones»¹, escribe Bouguer (1749, p. vi).

A pesar de un importante trabajo en la Marina, es la expedición para medir la longitud de un grado de meridiano en el ecuador la que le ofrece su fama internacional. Este viaje le forja una personalidad que se estructura y evoluciona en función de las querellas intestinas exacerbadas y de las dificultades halladas ante el control de las autoridades españolas que pensaban que los franceses se interesaban muy de cerca por su territorio: «sin pasaporte no podíamos entrar en los territorios de dominio español que suelen estar prohibido más allá de los Mares a todos los forasteros: incluso habíamos conseguido un permiso especial» (Bouguer, 1749), escribe el bretón. Entonces, ¿por qué el Perú? Porque era el único territorio accesible al sur del ecuador, pues África e Indonesia eran menos conocidas y más peligrosas en aquella primera mitad del siglo XVIII.

Académico celebrado y reconocido nada más al volver a Francia, Bouguer desempeña un papel importante en la Academia de las Ciencias de París hasta su muerte, en 1758. Nueve años antes, en 1749, publica una de sus obras maestras, *La Figure de la Terre*, en medio de una disputa científica con su antiguo compañero Charles-Marie de La Condamine.

Si la bibliografía de Bouguer permite dividir su actividad en varias especialidades (marina, geodesia, óptica y astronomía), nos interesaremos, en una aproximación nueva, por su visión personal del territorio virreinal en su *Relation abrégée de ce voyage*, que constituye nuestra fuente principal de estudio. Notemos de antemano que la obra integra una serie de cálculos, esbozos y dibujos ilustrados cuyo objetivo es dar al libro su carácter descriptivo y metódico. La calidad estilística de las ilustraciones contribuye por cierto a brindar una visión completa del viaje y a seguir visualmente sus etapas.

Como fuentes secundarias, el Fonds La Condamine de la Academia de las Ciencias de París es el más completo, por ello lo analizaremos para completar el

1 Todas las traducciones en este artículo son de Isabelle Tauzin-Castellanos.

estudio de la *Relation*. Así veremos cómo Bouguer verbaliza sus experiencias insólitas entre Quito y Cuenca, y la realidad de sus exploraciones difíciles y peligrosas, a las cuales el bretón había acudido atraído por el gigantismo de la naturaleza de los Andes y por el esplendor de unos países que se presentaban como una especie de recompensa ante el riesgo encontrado. De ese modo, como decenas de viajeros ilustrados, Bouguer, movido por una curiosidad científica característica de su siglo, que atañe tanto a la flora como a la fauna o a las poblaciones altamente jerarquizadas y extrañas para los europeos, se revela definitivamente como un sabio aventurero en un relato apasionante, lo cual es una «obra geográfica difusa», como lo afirma el geólogo Armando Espinosa Baquero (1989, p. 137).

La expedición hispanofrancesa

La expedición se instala en el ecuador para medir el arco meridiano y zanjar la polémica entre newtonianos y cassinianos sobre la figura de la tierra. De acuerdo con Mercier (1969), los participantes son, si solo citamos a los científicos insignes: Louis Godin (astrónomo), Pierre Bouguer (astrónomo y especialista en hidrografía), Charles-Marie de La Condamine (geógrafo), Joseph de Jussieu (botanista), Theodoro Hugot (relojero), Pierre Couplet (geógrafo) y Jean Seniergues (cirujano).

A la salida de La Rochelle en abril de 1735, la misión alcanza las costas sud-americanas en marzo de 1736 y manifiesta en seguida sus múltiples aspectos. Además de una nueva confirmación experimental de la tesis newtoniana sobre la figura de la tierra, las disciplinas son numerosas: botánica, geografía, medicina, ingeniería civil rural y urbana, cartografía y geodesia.

Cruzando los Países debíamos trabajar describiéndolos y perfeccionando los mapas; debíamos hacer observaciones sobre el imán, examinar el peso del aire, la gradación de su condensación, sus elasticidades, las refracciones y diversas otras cosas que la ocasión nos brindaría. (Bouguer, 1749, p. III)

En este contexto, las herborizaciones de Jussieu dieron a conocer su pasión por la identificación de las especies y las primeras informaciones serias sobre la quina. Por otra parte, la cuenca del Amazonas fue reconocida por La Condamine, quien dibujó el mapa de la provincia de Quito e introdujo el caucho a Europa. Bouguer

efectuó sus trabajos sobre el reconocimiento de la atracción de las montañas, dando así una nueva dimensión a la gravimetría con el estudio del subsuelo y más particularmente de la repartición de las densidades.

Con Bouguer, profundamente marcado por la inmensidad de la sierra peruana, surge el postulado según el cual estas grandes masas deben necesariamente desviar la dirección de la gravedad. Bouguer efectúa entonces un abanico de observaciones para poner de realce el hecho de que los efectos locales (altura, topografía) impactan las medidas de la intensidad gravitatoria y la dirección de la gravedad, o sea, su verticalidad. Se trata de lo que la posteridad llamará «la anomalía de Bouguer».

El periplo, que obligó al bretón a cambiar su vida tranquila de sabio por la agitada existencia de explorador, se revela rápidamente como un relato arduo, lleno de dificultades encontradas durante la expedición, las cuales aparecían a lo largo de los años, entre ficción y realidad, entre dudas y certidumbres. Lo que sucede es que la expedición se desarrolla en condiciones muy difíciles y las causas eran múltiples: la rudeza del clima, la dificultad del terreno, el aire escaso, los numerosos problemas financieros, la degradación rápida de las relaciones entre los científicos, así como la separación en dos grupos que sufre la misión en 1741, a causa de las confrontaciones personales y de la amplitud de las tareas (Catalán Pérez-Urquiola, 1999).

La Condamine escribe, por ejemplo, a Bouguer el 12 de enero de 1740: «En cuanto a la observación de Tarqui, no la haré solo sino de mal grado pues estoy hastiado de contestar, pasar las cuentas y en las nuevas observaciones sólo asumiré la parte que se me conceda»². En su diario de a bordo, el inquisitivo La Condamine (1751) afirma: «confieso que el peso del sufragio del señor Bouguer, a cuyo parecer solía acudir, y sobre todo el temor de un mal peor [...] me llevaron a adoptar, a su imagen y semejanza, un resultado mediano entre tres series de observaciones» (p. 21). Bouguer, el 14 de enero de 1742, escribe a propósito de Godin (Sasportas, 1944) que este «no quiso hacer nada con los demás»³. El bretón escribe también sobre los españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa:

2 Carta de Charles-Marie de La Condamine dirigida a Pierre Bouguer, 12 de enero de 1740. El documento ha sido extraído del fondo La Condamine, serie Expédition au Pérou, consultado en la Biblioteca y el Archivo de la Academia Francesa de las Ciencias.

3 Carta de Pierre Bouguer dirigida a Louis Godin, 14 de enero de 1743. El documento ha sido extraído del fondo La Condamine, serie Expédition au Pérou, consultado en la Biblioteca y el Archivo de la Academia Francesa de las Ciencias.

Esos señores que vivían entonces en una casa bastante apartada de la nuestra, presenciando algunas de nuestras observaciones, creyeron estar obligados a integrarlas a su Repertorio, y someterlas de la misma manera que aquellas que les comunicamos y que estaban incluidas en la Memoria anterior que le dejé prestado al Señor de Ulloa. (Bouguer, 1749, p. 246)

Recordemos que Voltaire (1827) participó de esta rivalidad francoespañola que se prolongó durante y después de la misión geodésica, cuando escribió el 17 de abril de 1735 a Formont: «El Consejo de España ha nombrado a unos filosofitos españoles para aprender el oficio con los nuestros» (p. 967).

Si los sabios españoles volvieron a Europa por separado, pasó lo mismo con La Condamine, que regresó solo a París en enero de 1745, precedido por Bouguer, que le negó la propiedad de los descubrimientos, y abandonado por Godin, que se quedó en el Perú. Bouguer relata entonces la escisión desde las primeras líneas de su *Voyage au Pérou* como si quisiera distanciarse del conjunto de sus compañeros y de sus conclusiones. Jorge Juan y Antonio de Ulloa confirman todo esto y así la fractura dentro del equipo en su *Viaje a la América meridional* cuando evocan su vuelta al Viejo Continente: «el primero (Bouguer) por la vía de Cartagena y el segundo (La Condamine) por la del río Marañón o de las Amazonas» (Ulloa, 1990, p. 313).

La expedición, que la posteridad llamará «La Condamine», con sus hermosas personalidades, fuertes y apasionadas, benefició de un gran eco y constituyó así el punto de partida de numerosas publicaciones que contribuyeron a demostrar que el espíritu de la expedición no se extinguió y que otros exploradores querían seguir los pasos de Pierre Bouguer. El bretón presentó también, en noviembre de 1744, durante una sesión pública de la Academia Francesa de las Ciencias, su relación de las operaciones hechas en la provincia de Quito, que ponía fin al debate sobre la forma de la tierra, achatada en los polos y no en el ecuador. En el mismo sentido, la representación del territorio virreinal fue propuesta por Bouguer a través de la descripción de una tierra inhóspita que descubrimos en la *Relation abrégée de ce voyage* de 1749, dejando lugar progresivamente a la exaltación de lo sublime y sirviendo de ejemplo para ilustrar los esfuerzos de unos hombres en medio de una naturaleza hostil que desplegaron un trabajo extremadamente eficaz.

Es menester añadir que, cuando el conde de Maurepas, secretario de Estado de Marina del rey Luis xv, pidió a los viajeros franceses que redactaran una obra

común, se negaron por las malas relaciones existentes entre La Condamine —cuya personalidad difícil no facilitó las cosas— y Bouguer —que publicó solamente su obra *La Figure de la Terre* en 1749—.

Bouguer: el científico atraído por la montaña

Si Bouguer evoca el mar y sus costas, y detalla su recorrido con las etapas del viaje que lo llevan a Guayaquil, a Monte Christi —donde narra los contactos cordiales con los indios (p. VIII)—, a Puerto Viejo, a Manta, a Charapoto (p. XI), a Canoa y a Quito; es la montaña, a la cual dedica la sección II de su obra, la que llama su atención. La Cordillera aparece entonces como una frontera natural con los ríos y el mar.

Recordemos que, si en el siglo XVIII los Andes fueron bien conocidos, ello sucedió porque en dicha centuria existió una propagación de estudios sobre la sierra gracias a la multiplicación de viajes de exploración como este. Durante todo el Siglo de las Luces, la escritura literaria se hizo compatible con la ciencia, como lo demuestra el bretón Bouguer (1749), que comparte su representación mental del territorio. De esa manera, insiste en la magnitud de los cerros que los hombres de la expedición van a escalar: «intentábamos subir a otros cerros aún más altos, el que forma esa famosa sierra conocida con el nombre de Cordeliere, y cuyo nombre apenas se conoce en Europa» (p. VII).

Como verdadero hombre ilustrado, su obra es una suerte de suma científica, geográfica y «etnológica», así como un relato de aventuras donde se entremezclan experimentación, observaciones diversas y anotaciones personales de las emociones. Por eso, lo evoca todo: los indígenas, los criollos, los tigres, las aves, los ríos, los vientos, las rocas..., y en un vaivén incesante, explica de manera científica la formación de los Andes y más generalmente sus particularidades. Es verdad que en París la Academia de las Ciencias recomendaba, desde su creación en 1666 y con fuerza, la presencia de científicos civiles con formación integral: «En las circunnavigaciones se intentará enviar adrede unas personas inteligentes que observen cuanto sea curioso en las tierras nuevas, tanto los metales, los animales y las plantas como los inventos de las artes» (Taillemite, 1999, p. 167).

En Bouguer, los Andes son una referencia esencial para su concepción del mundo y una representación de la diversidad de los hombres. La montaña se perfila entonces en el texto con los criterios de volumen, altura y vegetación.

El término «indígena», con sus características físicas y morales, se relaciona con diferentes tipos de entornos, que podríamos calificar de «costero» o «serrano»; asimismo, permite dibujar una de las figuras privilegiadas de la alteridad y de la diversidad humana.

Además, las peregrinaciones durante nueve años en la Cordillera le permitieron a Bouguer entender mejor la sierra y sus estructuras. La búsqueda permanente de la altura, que evoca en todos sus desplazamientos, es también para él muestra de la existencia del deseo de estudiar la totalidad de la Cordillera. Por eso, su periplo aparenta ser a veces una «itinerancia orientada», que sella el certificado de nacimiento de las nuevas representaciones científicas, pero ante todo mentales, del territorio serrano

Notemos que nos alejamos aquí de los cronistas de la Conquista y del Virreinato, cuyo apego por el paisaje andino era casi inexistente, sin insistencia en el esteticismo de su magnificencia. Habrá que esperar hasta la segunda mitad del siglo XVIII para que se produzca un redescubrimiento de la Cordillera y de sus riquezas naturales. Citemos después de Bouguer, a Jussieu y otros compañeros, a los botanistas Louis Née, Antonio Pineda o Tadeo Haenke, quienes participaron en la expedición científica Malaspina con el objetivo de estudiar la fauna y la flora del Nuevo Mundo y del Pacífico. Sin olvidar a Humboldt que efectuó el ascenso a varios volcanes como el Pichincha (4776 m s. n. m.) y el Chimborazo (6267 m s. n. m.).

El Chimborazo justamente es motivo de un estudio recurrente de Bouguer y sus menciones son numerosas: «yo estaba al pie de un monte muy encumbrado llamado Chimborazo, que suele permanecer con nieves perpetuas y el piso estaba cubierto del todo con hielo y escarcha» (Bouguer, 1749, p. 29). Bouguer lo presenta como un bloque de rocas y nieve, y lo califica como un «extenso escape de montes con un sinfín de picos que se pierden en las nubes» (p. 32), una definición técnica a la cual se le inserta lo sublime aunando el placer con el temor según los teóricos del tiempo.

No se le puede ocurrir a la mente que detrás de esta sierra exista otra sierra fecunda y tan alta y que solo sirven una y otra para amparar ese país dichoso en el que la Naturaleza diseña con liberalidad o mejor dicho con exuberancia la imagen de un paraíso terrenal. (pp. 32-33)

Podemos observar aquí distintos grados de esteticismo que se alejan del tecnicismo y la frialdad de varios de los párrafos previos: lo agradable y lo encantador que co-

rresponden al valle y a las llanuras donde la sensibilidad se funde en un sensualismo sorprendente; lo alto y lo hermoso de las cimas, con el fin de contemplar y estudiar los detalles de la naturaleza; lo horrible, a veces con la estrechez de los caminos, «no se tiene tiempo de reflexionar por tan malos trances, el hombre llega a viajar casi por ser inconsciente» (p. 36); y también lo majestuoso que puede suscitar el pavor. Se debe subrayar una anécdota: una noche, Bouguer se despertó horrorizado al oír fuertes ruidos pensando que el Chimborazo iba a estallar; en realidad, se trataba del volcán Sangay que entraba en actividad de erupción. No olvidemos tampoco el frío en los campamentos rústicos en medio de las cimas: «conforme avanzábamos el calor de la zona tórrida disminuía y pronto sentimos frío» (p. 28).

Con este espectáculo, tenemos en el texto de Bouguer la sensación de que el gozo estético es complementario del trabajo científico. Así, este escritor no se cansa de describir la cordillera, de celebrarla, mezclando el lirismo con la precisión científica de un observador atento. Es sin duda alguna el encuentro del hombre y la naturaleza (como una entidad) lo que se describe aquí: el Ande se impone al hombre. El alba se convierte también en un momento mágico y adquiere un fuerte valor simbólico, la belleza se vuelve casi mística. Sale el sol, una luz viene a colorear el paisaje y Bouguer tiene ante sus ojos la ocasión única de admirar las maravillas de la naturaleza y sentirse en paz con el paisaje que le rodea: «Casi todos los días se ve desde la cumbre de esos mismos montes un fenómeno extraordinario que ha de ser tan antiguo como el mundo y del que sin embargo parece que nadie fuera testigo antes de nosotros» (p. 43).

En las cimas de los Andes, Bouguer redacta también su *Traité du navire*, una obra monumental de 700 páginas sobre la construcción naval, como se lo había pedido el conde de Maurepas. El arquitecto norteamericano Larrie Ferreiro (1998) escribió no sin humor que la «arquitectura naval bajó de la montaña» (p. 136).

Desproporcionado con respecto a la medida humana y accidentado por la calidad de sus caminos, este paisaje aparece en movimiento y se modifica según el lugar en que uno se encuentra: «es que ese país está encerrado por la cordillera⁴ que es doble y que, como dos murallas, se separa en dos laderas del oriente y del occidente, y del resto de América» (Bouguer, 1749, p. 27). Es una experiencia llamativa o, para decirlo de otra manera, es «el efecto de cordillera» vinculado con el descubrimiento absoluto del paisaje de las cimas. Asimismo, se relaciona con

4 La palabra empleada por Bouguer es «*cordelière*» o sea «cordelera».

los síntomas médicos que se presentaban por el soroche, ya que la altura actuaba sobre el organismo disminuyendo la presión arterial del oxígeno en el aire inspirado, con la caída de la temperatura, y con la acción de la radiación solar: «Al subir, fuimos varios en desmayarnos y padecer vómitos» (p. 38). Así, a propósito del Pichincha, escribe: «el frío era tan intenso que uno de nosotros empezó a sentir unas dolencias escorbúticas» (p. 38). Son a la vez la dimensión física del territorio y la de sus representaciones diversas y variadas vinculadas con su difícil apropiación las que nos interesan.

Territorio y diversidad

La tradición geográfica francesa define al territorio como «espacio hecho propio a conciencia o con fuerte sentimiento de apropiación» (Brunet, Ferras y Théry, 1997, p. 456). El territorio corresponde a la proyección de una comunidad en un espacio determinado que está administrado y gobernado, y cuya realidad incluye mitos, historias, reglas, leyes... Un espacio se convierte en un territorio cuando está fragmentado, poblado, y «estatizado». Como lo señaló en su tiempo Pierre Bourdieu (1980, p. 66), existe una relación consustancial entre territorio y representación. Un territorio no existe en sí, sino por la mirada que uno tiene de él: «Al cruzar por los lugares debíamos trabajar describiéndolos y perfeccionando los mapas» (Bouguer, 1749, p. III).

Bouguer analiza el territorio en todas sus variantes porque se proyecta en él y va más allá de la aproximación geográfica para evocar el pasado prehispánico, la Conquista (p. xxx), la muerte de Atahualpa (p. 66), los mitos americanos al estar en Manta (p. 12). El territorio se divide a nivel administrativo, pero el viajero propone su propia visión del territorio y del entramado urbano. A propósito de Puerto Viejo, Bouguer escribe: «Ese lugar posee el título de ciudad que merece tan poco como el de Puerto, ya que está en medio de las tierras y el caudal del río resulta muy reducido» (p. x).

Reflexiona sobre qué distingue a esas regiones desde el punto de vista geográfico, hidrológico y climático. Con paisajes de playas y esteros, pero también llanos infinitos, sierras monstruosas, lagos inmensos y acantilados gigantescos, el virreinato del Perú es descrito como un vasto territorio donde se descubre la naturaleza: «Al mismo tiempo que teníamos a la vista la perfección de la geografía, no descuidábamos las otras observaciones que se nos venían a la mente» (p. XII).

Más precisamente, la primera de las regiones, costera o zona tórrida, se caracteriza por tener una topografía llana en su mayoría, por sus cultivos fuertemente ligados al mercado y por la ausencia de riesgos climáticos. Es fácil calcular la producción o los rendimientos y asegurar las cosechas: «allí radican un buen número de españoles, pero muy pobres. Tienen cera y algodón, y cultivan bastante cacao y tabaco como para enviarlo fuera» (p. x).

El sector referenciado que sigue, llamado zona helada desde la teoría de los climas, establecida sobre bases científicas, se caracteriza por tener una topografía muy atormentada, por el desarrollo de una agricultura de secano (con el riego de la lluvia), y por la orientación fundamental hacia la satisfacción de la seguridad alimenticia de la familia y del pueblo. ¿Dónde se practica esta agricultura? En las pampas andinas. Se trata, asimismo, de una agricultura de pequeñas parcelas expuestas a numerosos riesgos, a causa de la variabilidad climática existente. En las laderas escarpadas, entendemos, de acuerdo con la *Relation abrégée*, que la agricultura en andenes o terrazas representa una respuesta técnica frente a las fuertes coacciones inherentes a la conducción del agua. Para Bouguer, la altura de los macizos montañosos y el relieve accidentado constituyen una característica de este territorio marcado por la discontinuidad de altura, horizontal y vertical. Recuerda también que un desplazamiento de unos kilómetros horizontales puede significar un cambio de altura de centenares de metros. De la misma manera, si la comunicación en el interior de un valle puede ser más o menos fácil, pasar de un valle a otro no lo es: es lógico que cierta autarquía funcional se instale en cada valle, lo que desorienta al viajero. Por lo demás, es bastante fácil para los viajeros que penetren al interior del valle ir observando que no bajan tanto como subieron antes (p. xxxvi).

¡Cómo no insistir en los obstáculos naturales que constituyen dificultades concretas! Bouguer recuerda que el territorio andino sufre recurrentes inundaciones, derrumbamientos y avalanchas. A causa del clima y por la zona de alto riesgo en que se sitúa el virreinato, se producen también con frecuencia sismos y acciones volcánicas que se explican por el contacto entre el océano y el fuego de los volcanes. Notemos que existe una zona intermediaria calificada de templada, que se parece al clima de Francia. Bouguer escribe esto cuando alcanza el punto estratégico del Arenal, situado a más de 4000 m s. n. m.: «Creía ver Francia y la campiña tal como es en la mejor temporada» (p. xxx).

Pero el territorio virreinal es también un vivero de plantas alimenticias domesticadas de las que el planeta saca provecho. La orografía obligó al hombre a buscar las mejores especies para cada situación. «Se observa un gran número de arbustos y plantas que no tenemos en Europa y otras que crecen mucho mejor» (p. xv), señala a propósito de la zona costera. En cuanto al piedemonte del Chimborazo, descubría a lo lejos unas tierras bastante bien cultivadas (p. xxxii). Notemos que la comida aparece de manera recurrente para insistir en la diversidad, la novedad y la exquisitez: «esa fruta a la que no puedo comparar con ninguna otra y seré tentado de poner por encima se llama Chirimoya. Suele ser más gorda que nuestras manzanas más gordas» (p. 63). América es una tierra pródiga y, en las laderas volcánicas, la fertilidad es incommensurable y el suelo de los volcanes es único, como lo recuerda Bouguer. Las riquezas mineras son importantes en las entrañas de los montes: oro, plata, cobre, esmeraldas, entre otras. El bretón recuerda que la formación geológica de los montes favorece la formación de las riquezas minerales y que la erosión puede ser conveniente para la aparición de sedimentos enterrados a unos niveles más o menos profundos de la corteza terrestre: «Se actúa como si el oro, antes de que hubiera sido cubierto con dos capas superiores, hubiera sido arrastrado por unas aguas corrientes» (p. 60).

Describe también a los animales de manera positiva recordando que la introducción de las especies que no existían en América fue coronada de éxito. Bouguer afirma: «este país resultó muy adaptado a la multiplicidad de los caballos» (p. 11). Las aves aparecen magnificadas en el texto y los animales dañinos se detallan con precisión y cierta fascinación: leones, tigres, caimanes, iguanas, alacranes, arañas, bichos.

Al alabar todo este territorio, el discurso representa la medida espacial de un continente en tiempos en que está buscando su identidad y va asumiendo progresivamente sus diferencias. El territorio aparece aquí como inversión afectiva y cultural. El territorio virreinal se da a conocer, se defiende, se inventa y se reinventa. Es un lugar de arraigo, es el corazón de la identidad andina diversa.

Bouguer considera finalmente que las relaciones entre el hombre y su espacio son relaciones de conquista y de colonización: «a ese país lo pueblan los españoles que hicieron la Conquista, y los indios que fueron los antiguos pobladores y que no se distinguen de aquellos otros hombres a los que se conoce como Salvajes» (p. 93).

En un continente donde los adjetivos «indio» y «andino» se utilizan, y todavía en la actualidad, de manera despectiva, Bouguer insiste en la jerarquía social,

desde los peninsulares hasta los criollos, pasando por indios y mestizos, «cuya autoridad pesa más sobre los indios» (p. 95). Traducido en términos de espacio, el concepto de jerarquía remite al de territorio en la obra del académico. La existencia de la jerarquía crea el territorio y con este se encarna la relación simbólica que existe entre el nivel social y el espacio. El territorio se convierte así, aun cuando el concepto sea algo anacrónico, en un «geosímbolo» del poder español: un lugar, un itinerario, un espacio que toman un cariz simbólico e identitario de dominio.

Para decirlo de otra manera, Bouguer construye una serie de microcosmos en un macrocosmos donde se aventura para estudiar el hábitat bajo sus formas materiales, de naturaleza simbólica o emblemática. Acerca de los indios de la parte alta de la Cordillera, afirma que «no tienen ni un mueble en la pequeña choza. Duermen en el piso echados sobre pieles» (p. 32). En la parte media, el juicio hace hincapié en elementos más positivos: «las casas no están hechas con la caña como sucedía en la parte baja; se edifican sólidamente a veces hasta con piedras» (p. 95).

Bouguer insiste también en el hecho de que un territorio es un conjunto de lugares donde se expresa la cultura o una relación que une a los hombres con su tierra: «Es el sitio del mundo en que mejor se da la hospitalidad» (p. 93). Las relaciones humanas se describen detalladamente también cuando evoca la llegada a Puerto Viejo: «Nos instalamos bajo un techo que nuestros buenos amigos indios levantaron con facilidad, dada la sencillez extrema de la arquitectura que se usa en el lugar» (p. 9). La crítica de las costumbres indígenas aparece sin embargo de vez en cuando, sobre todo en los momentos de cansancio: «Todos son muy perezosos, son estúpidos, se pasan días enteros acucillados, en el mismo lugar, sin moverse ni decir nada» (p. 102).

En la época de la redacción del viaje, las concepciones europeas de la naturaleza, y en particular las teorías climáticas, seguían desarrollando la idea de una «tropicalización» de sus habitantes. No obstante, la indolencia o la decadencia de los indios nunca aparecen en la obra de Bouguer como una consecuencia de la acción del clima ecuatorial, lo que hubiera podido ser cómodo. Para el bretón, desarrollo y decadencia de la civilización solo se relacionan con la iniciativa y la actividad de los hombres.

Para concluir, podemos decir que, en el texto del académico Bouguer, los Andes no son únicamente objetos geofísicos, por desempeñar un papel geopo-

lítico como sitios de explotación y de dominación, sino que resultan lugares de encuentros privilegiados, lugares de cobijo, de pasajes o de fronteras. Ofrecen también recursos particulares que exaltan la sensibilidad y permiten al viajero identificarse con el territorio andino que constituye tanto un terreno de análisis como su patria de adopción.

Bibliografía

- BOUGUER, Pierre (1749). *La Figure de la Terre... Avec une Relation abrégée de ce voyage*. París: Jombert Libraire du Roy.
- BOURDIEU, Pierre (1980). «L'identité et la représentation. Éléments pour une réflexion critique sur l'idée de région». *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, (35), 63-72.
- BRUNET, Roger; Robert FERRAS y Hervé THÉRY (1997). *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*. París: La Documentation Française.
- CATALÁN PÉREZ-URQUIOLA, Manuel (1999). «El viaje a América ecuatorial para la medida del arco del meridiano». En Salvador García Castañeda (coord.), *Literatura de viajes. El Viejo Mundo y el Nuevo* (pp. 105-114). Madrid: Castalia / The Ohio State University.
- ESPINOSA BAQUERO, Armando (1989). «La obra de Pierre Bouguer en la Nueva Granada y el descubrimiento de la gravimetría». *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*, 17(64), 137-141.
- FERREIRO, Larrie D. (1998). «Bouguer au Pérou. Comment l'architecture navale est descendue de la montagne». En *Pierre Bouguer, un savant breton au XVIII^e siècle* (pp. 101-148). Vannes: Institut Culturel de Bretagne.
- LA CONDAMINE, Charles-Marie de (1751). *Journal du voyage fait par ordre du roi, à l'équateur, servant d'introduction historique à la mesure des trois premiers degrés du méridien*. París: L'Imprimerie Royale.
- MERCIER, Roger (1969). «Les Français en Amérique du Sud au XVIII^e siècle: la mission de l'Académie des sciences (1735-1745)». *Revue française d'Histoire d'Outre-Mer*, 56(205), 327-374.
- SASPORTAS, Léon (1944). «Godin, La Condamine et don Antonio de Ulloa. Une mise au point nécessaire». *Revue d'Histoire de la Pharmacie*, 32(114), 17-23.
- TAILLEMITE, Étienne (1999). *Marins français à la découverte du monde*. París: Fayard.
- VOLTAIRE (1827). *Œuvres complètes* (tomo III, volumen 2). París: Sautet & Cie / Verdière / Ambroise Dupont & Cie / Rapilly / Furne.
- ULLOA, Antonio de (1990). *Viaje a la América meridional*. Madrid: Historia 16.

Chorreras de oro, rayos pestíferos y vocerías de demonios. La leyenda de El Dorado en *Maravillas de la naturaleza* de fray Juan de Santa Gertrudis

Nelson Gasca Guzmán

Université Bordeaux Montaigne

RESUMEN

Entre las numerosas versiones de la leyenda de El Dorado, se encuentra la de *Maravillas de la naturaleza*, crónica de viaje de fray Juan de Santa Gertrudis, sacerdote español de misión en Nueva Granada entre 1756 y 1767. En la versión de Santa Gertrudis, radicalmente diferente a las anteriores, los buscadores de El Dorado no son europeos, sino habitantes de la zona minera de Barbacoas que parten a la exploración de sus tierras. A lo largo de su camino hacia el tesoro, los elementos sobrenaturales emergen y las particularidades de la representación del territorio se manifiestan, dejando entrever sus imaginarios y sus paradojas.

Palabras clave: El Dorado, Juan de Santa Gertrudis, Nueva Granada, minería, imaginarios culturales

RÉSUMÉ

Parmi les nombreuses versions de la légende de l'Eldorado, on trouve celle de *Maravillas de la naturaleza*, chronique de voyage de Juan de Santa Gertrudis, prêtre espagnol en mission à la Nouvelle Grenade entre 1756 et 1767. Dans la version de Santa Gertrudis, radicalement différente des précédentes, les chercheurs de l'Eldorado ne sont pas des Européens, mais des habitants de la zone minière de Barbacoas qui partent à la découverte de leur région. Sur leur chemin vers le trésor, les éléments surnaturels apparaissent et les particularités de la représentation du territoire se manifestent, insinuant chimères et paradoxes.

Mots clés: Eldorado, Juan de Santa Gertrudis, Nouvelle-Grenade, mines, imaginaires culturels

ABSTRACT

Among the many versions of the legend of El Dorado, there is the one of *Maravillas de la naturaleza*, a travel chronicle written by the Spanish priest Juan de Santa Gertrudis, a missionary in New Granada between 1756 and 1767. In this version, which is radically different than the previous ones, the prospectors of El Dorado are not Europeans, but inhabitants of the mining area of Barbacoas set off to discover their region. On the road to the treasure, the supernatural elements emerge and the particularities in the representation of the territory are disclosed, revealing their imaginaries and their paradoxes.

Keywords: El Dorado, Juan de Santa Gertrudis, New Granada, mining, cultural imaginaries

Una de las leyendas americanas más conocidas es El Dorado. Una versión tardía sobre esta historia fue escrita por el misionero español fray Juan de Santa Gertrudis (Palma de Mallorca, 1724-1799), a finales del siglo XVIII: *Maravillas de la naturaleza*. En este trabajo, compararemos su transcripción con las versiones predominantes durante los tiempos de la Conquista y los primeros tiempos de la Colonia en el Nuevo Reino de Granada, para constatar que el relato del misionero es una representación del territorio más vinculada a la explotación minera que a las visiones mágicas de antaño. Sin embargo, esta transformación en la concepción de El Dorado no impide la introducción de elementos sobrenaturales y la presencia del acecho del demonio en la imaginación de los exploradores. De igual forma, la conciencia territorial y geográfica que manifiesta esta versión de la leyenda será la expresión de una paradoja y una frustración para los neogranadinos, en cuanto al acceso y al aprovechamiento de sus riquezas.

Debido a la poca notoriedad del autor, es necesario precisar quién fue fray Juan de Santa Gertrudis y de qué trata su crónica *Maravillas de la naturaleza*, escrita hacia el final de su vida en Palma de Mallorca. Escasamente conocido en España, su país natal, Colombia adopta a fray Juan como uno de sus cronistas del período colonial (su misión en América la realizó entre 1757 y 1767)¹. En efecto, fray Juan recorrió de norte a sur el virreinato de la Nueva Granada, en los territorios que actualmente conforman Colombia, Ecuador y el norte del Perú, y se le asignó su misión en la Amazonía colombiana, a nueve días de camino desde la estación más cercana. Ningún otro misionero de su grupo estuvo tan inmerso en la jungla como él.

Además de ser un relato cronológico extremadamente detallado de su viaje, desde el momento de la partida hasta el regreso a España, *Maravillas de la naturaleza* es, entre otros, un compendio de extensas descripciones botánicas y zoológicas, sin rigor científico alguno; un registro de las costumbres, los vestidos y la alimentación de pueblos y grupos sociales muy diversos; una introducción a la lengua de los indígenas que evangeliza, los «encabellados», la cual aprende para

1 Debemos precisar que los manuscritos de la obra reposaron inéditos en la Biblioteca de Palma hasta la primera edición de 1956. Los estudios sobre *Maravillas de la naturaleza* datan de los últimos veinte años, con la excepción del estudio preliminar que realizó Jesús García Pastor para la primera edición. Además de este, en la presente investigación se utilizarán los trabajos de Luis Carlos Mantilla Ruiz (1992), historiador colombiano especialista en la presencia de los franciscanos en el país durante la Colonia; de Henry Luque Muñoz (1998), poeta y ensayista colombiano, quien centra su artículo en la «percepción de lo real» en la obra; y de John Lynch (1999), traductor al inglés de una selección de capítulos del libro. Con la excepción de Luque Muñoz, quien intenta profundizar en la mentalidad del misionero, los demás abordan el texto estudiando sus características generales.

cumplir eficazmente su misión; una mirada a las variantes del español utilizado en las diversas regiones del Nuevo Reino de Granada; una antesala a la independencia de Hispanoamérica, mediante la constatación de los conflictos frecuentes entre criollos y chapetones, que Santa Gertrudis vive en carne propia; y un copioso y divertido anecdotario de historias propias y ajenas, llenas de picardía, humor, aventuras y hechos sobrenaturales. Asimismo, es un preciso recuento de su labor como misionero y sus técnicas de evangelización y conversión, en donde la fe, la pasión, la crueldad y el pragmatismo se entremezclan. Finalmente, y para nuestro propósito, es una extensa visita a las minas de oro, particularmente a las de Barbacoas, en el sur de Colombia, muy cerca de la frontera del actual Ecuador, donde el misionero da cuenta del lujo y la fastuosidad del lugar, de la organización social y de las técnicas de explotación del mineral. Justamente, durante su estadía en tales minas, Santa Gertrudis escucha, de boca de un minero, la versión de la leyenda de El Dorado, la cual incluye en su crónica².

La incesante búsqueda de El Dorado

Al misionero le narran un viaje de exploración de un mestizo, acompañado de un indio guía y de tres negros³. Se dirigen hacia un cerro desbordante de oro, El Dorado. Tras varios días recorriendo ríos selváticos y montes agrestes, siguiendo la precisa información del indio, llegan al cerro en donde el oro fluye a chorros, como los rastros de la lava que ha fluido de un volcán. Se acercan más y alcanzan a tomar las primeras muestras del preciado metal, grandes trozos de oro sólido, cuando una tormenta eléctrica de dimensiones sobrenaturales se anuncia en el cielo. El oro entre sus manos empieza a arder, a producir chispas y rayos. Entonces el olor a azufre se vuelve insoportable y una algarabía como de demonios que baja del cerro termina por obligarles a huir dejando el oro atrás. Esa es, a grandes rasgos, la versión de la leyenda de El Dorado en *Maravillas de la naturaleza*. De entrada, esta versión se distingue por un hecho notable: El Dorado es hallado, suceso completamente inusual. Pero esta no será la única diferencia con las versiones más antiguas y conocidas de la leyenda. Vale la pena recordarlas, para ubicar mejor la versión de nuestro misionero⁴.

2 El relato tiene tres páginas de extensión. Ver: Santa Gertrudis (1970, t. III, pp. 206-209).

3 Con respecto a los grupos étnicos —mestizos, indios o negros—, utilizo las designaciones tal como aparecen en el texto del misionero.

4 Para rastrear las diversas versiones de la leyenda, he utilizado el trabajo del investigador venezolano Vladimir

Quizás en su variante más conocida, El Dorado ha sido asociado a un ritual en una laguna, donde, durante la posesión del trono, un cacique se sumerge recubierto de oro en polvo, y se arrojan grandes cantidades de joyas y piedras preciosas, antes de festejar por lo grande con danzas, música y chicha. El fondo de la laguna, por ende, debe albergar un tesoro acumulado a lo largo de varias generaciones. Se cree que la laguna en cuestión es la laguna de Guatavita, a un par de horas al norte de Bogotá. Actualmente, ninguna exploración de sus fondos ha revelado la existencia del tesoro. Sin embargo, mucho más arriba, en los altos páramos de esta región andina, otras lagunas sagradas permanecen inexploradas.

Por otro lado, El Dorado ha sido también una ciudad secreta en la selva, cuyas calles y muros están recubiertos de oro y plata, decorados con esmeraldas y rubíes. Algunos llamaron a esta ciudad Manoa, y la buscaron en las selvas del Perú, de Brasil, de Guyana, entre otros. Todavía no la han encontrado, aunque es sabido que sigue generando numerosas fantasías.

Existe una tercera variante de la leyenda, menos conocida que las anteriores, pero justamente la más próxima a nuestra versión. Se trata de Paititi, un cerro o cordillera en el Perú, en dirección de la selva, en donde se refugiaron descendientes de los incas tras la conquista de Pizarro. En Paititi se escondería una excelsa civilización, con sus respectivos tesoros. Así pues, encontrar el cerro Paititi es encontrar El Dorado. Su similitud con la versión de Santa Gertrudis es geográfica. No se busca una laguna ni una ciudad. Se busca una montaña.

Ahora que tenemos una mejor idea de quién es Santa Gertrudis y del contexto de la leyenda, vamos a buscar esta montaña, este cerro misterioso, de la mano del misionero, y nos detendremos en la marcha para comentar y analizar su discurso. Recordemos que estamos en Barbacoas, al sur de Colombia, alrededor del año 1760. Así inicia Santa Gertrudis (1970) su relato: «Un día me contó don Juan Quiñones el tiempo que estuve en su mina, que un indio había [sic] tiempo que le prometía que le enseñaría El Dorado» (t. III, p. 206).

Don Juan Quiñones es el propietario de una mina y la aventura que narra le ocurre a su padre. Esta versión es, entonces, el relato de un misionero, de una historia referida por un minero, quien a su vez retoma lo que le cuenta su padre, minero él también. Como ocurre en todas las variantes de la leyenda de El Dorado que hemos mencionado, es un indio quien le prometía enseñarle el

Acosta en su obra *El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana* (1998). Allí dedica el capítulo IV (pp. 125-169) a hacerle un seguimiento riguroso al mito de El Dorado como fenómeno de la historia de las mentalidades.

camino. El origen de la leyenda permanece indígena, como en las versiones de los siglos anteriores. Es así en los primeros registros escritos que conocemos de la leyenda, comenzando por las crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo y de Juan de Castellanos. Según ellos, en Quito, Gonzalo Pizarro y Sebastián de Belalcázar conocen, de boca de indios venidos del norte, del reino de los Muisca, la historia del cacique cubierto de oro en polvo. Esta versión del cacique impregnado de oro reaparece y evoluciona en crónicas posteriores, y culmina aproximadamente un siglo después, en la forma como la conocemos hoy en día, en la obra *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle (1997, pp. 14-16), del primer tercio del siglo XVII.

Debemos reiterar, entonces, que El Dorado es una leyenda netamente americana, incluso en la versión tardía de Santa Gertrudis. El deseo del oro está en el corazón de los conquistadores, pero el fundamento de las historias que entretejen la búsqueda de El Dorado surge en América. Los elementos que componen las versiones predominantes de la leyenda de El Dorado no acuden al repertorio del imaginario clásico ni medieval europeo, sino que se producen directamente sobre el terreno: su fuente es indígena. La versión de fray Juan de Santa Gertrudis es, en este sentido, en lo concerniente a las fuentes y a los protagonistas de la leyenda, una versión totalizadora y plenamente consciente de los componentes raciales de su lugar y su época. En efecto, su versión transcribe el relato de un mestizo guiado por un indio, y son acompañados por tres negros en la expedición, resumiendo así la diversidad humana de la Nueva Granada.

Durante dos siglos, El Dorado había sido un sueño de europeos: Gonzalo Jiménez de Quesada⁵ y Sebastián de Belalcázar, españoles; Nicolás de Federmán, alemán; y sir Walter Raleigh, inglés. En nuestra versión de la leyenda, el sueño de su búsqueda pertenece a neogranadinos. Sin embargo, aunque en la historia pareciera faltar el componente europeo, llamémoslo el blanco, pronto comprobamos que el blanco está allí, detrás de la página, y es quien escribe la historia. Se trata de Santa Gertrudis.

Fray Juan continúa así su relato:

Es tradición que entre Barbacoas y Panamá hay un cerro que lo llaman El Dorado, porque siendo mineral de oro de veta, abortó con tanta fuerza allí el metal, que empezó a liquidarse y a chorrear oro acendrado por todas partes, que la mayor parte

5 El caso de Jiménez de Quesada es ejemplar, pues era un «doradista convencido» que promovió expediciones en 1538 (al mando de su subordinado Juan de San Martín), 1541 (al mando de su hermano Hernán Pérez de Quesada) y 1569 (al mando del propio Quesada, quien partió a la búsqueda cuando ya tenía 64 años). En 1579 desea lanzarse de nuevo a la aventura, pero la muerte se le interpone (Gomez, 2014).

de este cerro lo fue tapando el oro derretido. Esta tradición que es de los indios antiguos, en toda la provincia de Barbacoas se tiene por verídica y constante. (t. III, p. 206)

Fray Juan de Santa Gertrudis nos cuenta algo que sabemos sobre los métodos de extracción del oro por parte de los indígenas, que consistía en un uso moderado de sus minas, y la recolección de oro en polvo que fluía en los ríos. Esta forma de extracción del mineral es muy diferente de la explotación masiva que, hasta el día de hoy, ha vaciado hasta la última gota las entrañas de las minas, como es el caso emblemático de Potosí. Justamente, fray Juan menciona la famosa mina de Potosí y el oro de Cajamarca, y los utiliza como argumentos de veracidad para su historia. Asegura que en ambos lugares se ha atestiguado la existencia de «lágrimas de oro» y «lágrimas de plata», de talla y peso extraordinarios. Por ello, el misionero deduce que es perfectamente posible que el cerro de El Dorado, tal como se lo narra don Juan Quiñones, pueda existir. Ideas similares, dos siglos atrás, impulsaron las expediciones de búsqueda de El Dorado. El oro dejó de ser una ilusión para Hernán Cortés y para Francisco Pizarro. Los espectaculares tesoros de Tenochtitlán y de Cajamarca revelaron que no se trataba de una fantasía.

El misionero dedica varios párrafos a la búsqueda de argumentos racionales y de ejemplos traídos de su propia experiencia, para justificar la veracidad de su historia. Su escrito, pues, responde a las intenciones de buena parte de las crónicas de la Conquista y la Colonia: la voluntad de contar la verdad. Santa Gertrudis, sin embargo, se encuentra a medio camino entre la razón y la superstición, y a todos sus ejemplos y argumentos agregará al final algunos elementos sobrenaturales. En este relato, las características fantásticas serán los humos y rayos que surgen de los pedazos de oro recogidos por los expedicionarios, los hedores pestíferos y las algarabías de los demonios que les seguirán los pasos.

La leyenda prosigue:

[Don Juan,] deseoso de oro, procuró a congraciarse al indio con regalitos, y ya que le tuvo la voluntad ganada, se estrechó con él para que le enseñase El Dorado. El indio le dijo: Mi amo, yo te enseñaré. De lejos lo verás, pero no podrás llegar allá, porque está encantado de los antiguos. Con todo porfió con el indio, hasta que se fue con tres negros y el indio que los guiaba con una canoíta mediana. (t. III, p. 208)

Aquí se ha tratado el tópico del encantamiento «de los antiguos», un patrón frecuente en este tipo de relatos a lo largo de la crónica de fray Juan. Otro tema común en estas historias es justamente la imposibilidad de conseguir el tesoro prometido, pues en el texto solo en un par de ocasiones se habla de hombres que pudieron encontrarlo y conservarlo. Son numerosas las historias en que Santa Gertrudis nos refiere ello, todas bajo el mismo patrón de su leyenda de El Dorado: un indio promete a un blanco o mestizo mostrarle la ubicación de un tesoro, el cual siempre está encantado; ello no impide que vayan a buscarlo y que alcancen a tener una visión del oro o un poco de él en las manos; repentinamente una tormenta se desata, el oro se desvanece y los aventureros deben huir para salvar la vida⁶. Es relevante también notar el vocabulario que el autor utiliza: «congraciar al indio con regalitos» o «la voluntad ganada»; aquí se puede pensar en una «deformación profesional», pues usa un lenguaje cercano al que le vemos en las páginas en las que detalla su labor de evangelizador.

La leyenda continúa con las indicaciones del camino a seguir para acceder a El Dorado. En tales instrucciones, Santa Gertrudis exhibe su ingenuidad o su sentido del humor, pues describe paso a paso la ruta, detallando ríos, distancias y bifurcaciones en el camino para llegar al cerro, casi como una invitación a sus lectores para que vayan a la búsqueda. Evidentemente, se trata de una estrategia de verosimilitud. Pero la precisión en la indicación de la ruta nos indica algo más: son también una muestra de que el territorio de la Nueva Granada ha sido explorado, recorrido, nombrado, bautizado y cartografiado. Evidentemente, aún entonces esconde muchos secretos, aún no ha llegado la Expedición Botánica de José Celestino Mutis, los viajes de Humboldt o la Comisión Corográfica de Agustín Codazzi, pero la conciencia de su geografía se ha desarrollado en los dos siglos y medio transcurridos desde la llegada de Colón a América, y la crónica de Santa Gertrudis es una gran testigo de la antesala de esta descripción rigurosa, científica, que no tardará en venir.

6 Sobre los tesoros en Colombia, el antropólogo Gerardo Reichel Dolmatoff (1997), gran autoridad en estudios de la Conquista y la Colonia de la Nueva Granada, nos ofrece un panorama que resume con elocuencia el contexto en el que se encontraba fray Juan de Santa Gertrudis: «Colombia es el país de El Dorado, de esmeraldas y tesoros enterrados, de oro escondido en montañas y lagunas, y de alhajas enterradas en tumbas y cavernas. Oro y perlas fueron el primer botín que los conquistadores españoles tomaron entre los indios de la costa del Mar Caribe, y de ahí en adelante el oro se volvió su obsesión. Lo raptaron de los vivos y de los muertos; extorsionaron las poblaciones, torturaron a los caciques, saquearon las tumbas y los santuarios. La búsqueda del oro pronto se convirtió en el factor decisivo en determinar las rutas de penetración de las huestes conquistadoras, así como en su escogencia de los lugares para establecer las primeras fundaciones permanentes. No es de sorprenderse pues si los frailes y capitanes que se volvieron los primeros cronistas de estas hazañas, al escribir de las riquezas, se maravillan de los tesoros indígenas encontrados por los soldados» (p. 19).

Finalmente, tras varios días de ruta por ríos y quebradas, así describe el misionero el fabuloso descubrimiento de los exploradores:

Encima de una lomita descubrieron El Dorado, que es un cerro que tendrá cosa de media legua de largo, siendo él de mediana altura, no es muy piramidal, sino con una subida descansada y con bastante llano en lo superior a lo que descubría la vista. Está de arriba hasta abajo todo lleno de chorreras de oro, y como relucen tanto a la vista parece que está todo cubierto de oro, no porque así sea en realidad, porque atendido de espacio, no son más que chorros que han ido chorreando por varias bocas. (t. III, p. 208)

En este punto, los exploradores están muy cerca del cerro y ya empiezan a recoger pedazos de oro en la quebrada. Pero cuando creemos que lo han conseguido, la escena se torna sobrenatural:

Cosa de un cuarto de legua de quebrada arriba se conmovió tal tempestad de relámpagos, truenos y rayos que todos se amedrentaron y determinaron no pasar adelante, antes de revolver atrás a toda prisa. Con todo el caballero cogió y cogieron los negros muchos pedazos de oro de aquella quebrada; pero presto lo hubieron de dejar, porque de aquellos mismos pedazos de oro y arenilla de oro en polvo empezaron a salir humos verdes, y éstos reventaban en rayos espantosos que los cruzaban por entre las manos y por delante la vista, reventando en hedor pestífero, con que todos se quedaron tan azorados que volvieron a lanzar todo el oro a la quebrada, porque les parecía que les venía en alcance una gran vocería de diablos que se venían corriendo ya por la quebrada, llevando ya cerca el rumor de sus movimientos. (t. III, p. 209)

La presencia abrumadora de relámpagos, rayos y truenos es típica en las escenas en las que fray Juan quiere transmitir la idea del miedo. Precisamente, nuestro misionero, en otras páginas de su crónica, confiesa una experiencia que lo marcó para siempre: una poderosa y terrible tempestad, como solo pueden existir en la selva tropical, que no ha podido olvidar y siempre lo aterroriza al evocarla. La explica así: «Esto es el diablo que ahora quiere despucarse por la guerra que yo le he hecho, enseñando estos pobrecitos negros y mulatos» (t. III, p. 214).

Curiosamente, la versión de la leyenda en *El carnero*, que mencionábamos antes como la culminación del mito, era también la primera en donde se asociaba

el ritual de la laguna al demonio⁷. Santa Gertrudis lo hace de la misma manera. Así, la leyenda de El Dorado va a terminar incluyendo a ese personaje que cruza el Atlántico en las primeras carabelas, en los corazones de sus tripulaciones, aquella invención occidental exportada a América: el diablo⁸. Se trata de Satanás, una figura que se incuba lentamente durante los siglos de formación del cristianismo, que evoluciona y toma forma durante la Edad Media y ataca con mayor vehemencia, paradójicamente, durante el Renacimiento, con sus despiadadas cacerías de brujas y la implacable Inquisición. El diablo en América es la figura que va a configurar las relaciones con el otro durante el período colonial y será un pilar de la evangelización.

En esta versión de la leyenda, Satanás es apenas evocado en la sensación de persecución de los expedicionarios, pero allí está, como en toda la crónica. Es un protagonista presente en cada fenómeno incomprensible, en cada animal amenazante y en cada ser humano reticente a las doctrinas cristianas. Debemos comprender que, para un misionero, preparar el viaje a América era un auténtico salto al campo de batalla en donde la lucha entre el Bien y el Mal estaba teniendo lugar. Significaba ser protagonista de la historia, por lo cual, con semejantes ideales, no se escatimaban esfuerzos ni sacrificios. Solo así se explica la fuerza de convicción de estos hombres para aventurarse en territorios inhóspitos y salvajes como las selvas del Amazonas, una fuerza equiparable a la codicia de tantos conquistadores. Ganar la lucha contra Satanás mediante la evangelización significaba una victoria espiritual para ellos y para la humanidad (Echeverri Pérez y Marulanda Arbeláez, 2008).

Debemos recalcar que en la versión de Santa Gertrudis no hay una aparición física del diablo. Los expedicionarios huyen debido a los rayos, a los truenos y a los hedores pestíferos, pertenecientes al imaginario del infierno cristiano. Pero no hay una encarnación del demonio, no se presenta en forma animal o humana. La clave está en la frase: «les parecía que les venía en alcance una vocería de diablos». Un «les parecía» bastó para hacer que decidan renunciar a la riqueza absoluta. El miedo al diablo, lentamente cultivado por la evangelización durante más de doscientos años, se manifiesta con toda su fuerza y su elocuencia en la huida del cerro

7 Rodríguez Freile (1997) narra que, para finalizar la ceremonia de posesión del cacique de los Muiscas, este se cubre de oro y junto a su séquito van «a la gran laguna de Guatavita a ofrecer y sacrificar al Demonio que tenían por su Dios y señor» (p. 14).

8 Así lo describe el historiador colombiano Jaime Borja Gómez (1998): «Al despuntar el siglo xvi, en las costas colombianas del Caribe asomaron los primeros galeones. El demonio desembarcaba con ellos. Este invisible pero también tangible personaje, se encontraba atrás, detrás de los cascos. Se había alojado en la conciencia y en las creencias forjadas en los últimos tres mil años» (p. 41).

dorado. El «les parecía» nos conduce hacia la subjetividad: el imaginario, ese reducto de libertad, ha sido colonizado y evangelizado. Así explica Serge Gruzinski (1991) el complejo proceso:

Sin embargo, los evangelizadores querían que los indios brindasen su adhesión al pivote más extraño de esa realidad exótica, sin referente visible, sin raíces locales: a lo sobrenatural cristiano. La empresa resultaba al mismo tiempo fácil e insuperable. Fácil, porque, pese a las distancias considerables que los separaban, ambos mundos estaban de acuerdo en valorar lo suprarreal al grado de hacer de ello la realidad última, primordial e indiscutible de las cosas. Insuperable, pues la manera en que la concebían difería por todos conceptos.⁹

El Dorado de Santa Gertrudis se caracteriza por ser una representación del territorio más centrada en la realidad geográfica que en las fantasías y los espejismos de los dos primeros siglos de la Colonia. El Dorado es una mina de oro y el misionero se puede permitir, por ello, dar las instrucciones para llegar a él. Esta versión de El Dorado, además, no es buscada por europeos, sino por pobladores nativos, lo que indica claramente una apropiación territorial de los neogranadinos, futuros colombianos. En este texto, asimismo, se asocia El Dorado al miedo, representado en los sucesos finales del relato, los rayos y humos y, sobre todo, a la sensación de la vocería de los diablos. En la leyenda se atestigua la conquista espiritual cristiana.

Así, la gran paradoja es, al mismo tiempo, la apropiación territorial y la imposibilidad de acceder a los lugares donde se concentra la mayor riqueza, simbolizados en El Dorado. El Dorado permanece inaccesible para los habitantes de la Nueva Granada. Pueden saber dónde se encuentra, pueden avistarlo, pero no pueden acceder a él, pues hay fuerzas poderosas e inexplicables que se los impiden. El control territorial se ejerce mediante el terror. Como resultado de esta paradoja, la leyenda expresa una intensa frustración de los habitantes neogranadinos que no tardará mucho en explotar: la búsqueda de la independencia. Habrá que esperar apenas unos pocos decenios para que esta se concrete durante

9 Gruzinski estudia con mucha pertinencia el caso mexicano en su libro; en particular, en el capítulo 5, dedicado a la cristianización del imaginario. Muchas de las ideas de su análisis tienen validez para el caso de la Nueva Granada, sin que se trate de procesos idénticos de colonización.

las campañas de Bolívar. Sin embargo, esa particular frustración expresada en la versión de Santa Gertrudis es de total pertinencia en estos días. La resolución de esa paradoja, de poder habitar el territorio sin miedo y de disfrutar de las riquezas de la tierra, aún está por concretarse en Colombia.

Bibliografía

- ACOSTA, Vladimir (1998). *El continente prodigioso. Mitos e imaginario medieval en la Conquista americana*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- BORJA GÓMEZ, Jaime Humberto (1998). *Rostros y rastros del demonio en la Nueva Granada. Indios, negros, judíos, mujeres y otras huestes de Satanás*. Bogotá: Ariel.
- ECHEVERRI PÉREZ, Antonio José y JOHANNIO MARULANDA ARBELÁEZ (2008). «Imaginario y utopía franciscana en Nueva Granada en el siglo XVI». *Revista Científica Guillermo de Ockham*, 6(1), 6177.
- GÓMEZ, Thomas (2014). *L'invention de l'Amérique. Mythes et réalités de la Conquête*. París: Flammarion.
- GRUZINSKI, Serge (1991). *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LUQUE MUÑOZ, Henry (1998). «La percepción de lo real en *Maravillas de la Naturaleza* de Fray Juan de Santa Gertrudis». *Revista Memoria*, 156-183.
- LYNCH, John (1999). *Fray Juan de Santa Gertrudis and the Marvels of New Granada*. Londres: University of London / Institute of Latin American Studies.
- MANTILLA RUIZ, Luis Carlos (1992). *El último cronista franciscano de la época colonial en el Nuevo Reino de Granada: fray Juan de Santa Gertrudis Serra*. Bogotá: Kelly.
- REICHEL-DOLMATOFF, Gerardo (1997). *Arqueología de Colombia. Un texto introductorio*. Bogotá: Editorial Presidencia de la República. Recuperado de <http://babel.banrepublicultural.org/cdm/ref/collection/p17054coll9/id/18>.
- RODRÍGUEZ FREYLE, Juan (1997). *El carnero. Según el otro manuscrito de Yerbabuena*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- SANTA GERTRUDIS, fray Juan de (1970). *Maravillas de la naturaleza* (4 tomos). Bogotá: Banco Popular.

Las ideas de Voltaire sobre los incas en *Alzira*

Francisco Castilla Urbano

Universidad de Alcalá

RESUMEN

Alzira o los americanos es la primera obra del ilustrado francés Voltaire dedicada enteramente al Nuevo Mundo. Aunque la preparó leyendo crónicas españolas y situó la tragedia en Perú, en ella el filósofo no se ocupa tanto del mundo incaico como de la defensa de sus ideas sobre la religión, la barbarie y la civilización, la tolerancia y la moral.

Palabras clave: Voltaire, *Alzira*, América, barbarie/civilización, religión

RÉSUMÉ

Alzire, ou les Américains est la première œuvre du Français Voltaire entièrement dédiée au Nouveau Monde. Bien qu'il ait préparé son texte en lisant des chroniques espagnoles, et que la tragédie ait lieu au Pérou, le philosophe s'intéresse moins au monde des incas qu'à la défense de ses idées sur la religion, la barbarie et la civilisation, la tolérance et la morale.

Mots clés: Voltaire, *Alzire*, Amérique, barbarie/civilisation, religion

ABSTRACT

Alzira or the Americans is Voltaire's first work entirely dedicated to the New World. Although he prepared his text by reading many Spanish chronicles and placed the tragedy in Peru, the philosopher is not so much concerned with the Inca world as he is with the defense of his ideas about religion, barbarism and civilization, tolerance and morality.

Keywords: Voltaire, *Alzira*, America, barbarism/civilization, religion

No son pocos los escritos de Voltaire que tratan sobre América, pero la primera obra íntegra que situó en aquel continente es la tragedia *Alzira o los americanos*, estrenada el 27 de enero de 1736.

Su trama, con acontecimientos y desenlace un tanto inverosímiles, comienza con Álvarez, gobernador de Perú, traspasando su cargo a su hijo Guzmán, cuyas ideas sobre los indios y el gobierno no son tan comprensivas como desearía. Guzmán va a casarse con Alzira, hija de Monteze, monarca autóctono convertido al cristianismo, que acepta el dominio hispano y quiere acabar con la resistencia indígena al nuevo poder. Alzira estaba comprometida con Zamora, caudillo indio al que cree muerto; acepta casarse por la insistencia de su padre, pero cuando descubre que su enamorado está prisionero, se arrepiente y se desencadena la tragedia: libera a Zamora, quien hiere de muerte a Guzmán, cuya crueldad se transforma en piedad, perdonando a su agresor, favoreciendo la unión de los dos amantes y procurando la conversión al cristianismo de Zamora. También Álvarez, salvado en una batalla por el mismo Zamora y que encarna la más compasiva creencia cristiana, evita su muerte y favorece el gobierno de sus Estados.

Influencias históricas

Aunque *Alzira*¹ transcurre en Perú, la valoración de la conquista española por Voltaire se extiende también a México². La información que el autor manejaba incluía a la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís y Ribadeneyra, que tenía en gran aprecio («Carta a D'Alembert», t. xxxviii, p. 125) y citaba con precisión en el *Ensayo sobre la poesía épica* (t. viii, p. 311; Chinard, 1913, pp. 236-237); también al Inca Garcilaso de la Vega, Francisco López de Gómara, Bartolomé de Las Casas, Agustín de Zárate y, probablemente, aunque su conocimiento podría ser posterior, a la *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano*, de Antonio de Herrera (Salvio, 1924, pp. 87 y 91).

1 La edición de *Alzira* con la que trabajaremos en este artículo es la que apareció en el volumen 14 de *The Complete Works of Voltaire*, referida en la bibliografía final. En lo sucesivo, se citará en el texto, entre paréntesis, la página de esta edición y, si procede, el acto (en números romanos) y la escena (en números arábigos). Las demás obras de Voltaire que se citen serán las que aparecieron en los 50 tomos de *Œuvres complètes*, referida en la bibliografía final. Para citarlos en el texto, se indicará, entre paréntesis, el título de la obra, el tomo y la página. Todas las traducciones son mías.

2 Ver la nota en Voltaire (p. 126, 1, 1).

A pesar de estas lecturas, los datos históricos y geográficos que aparecen en *Alzira* muestran algún anacronismo e imprecisiones. En realidad, en *Alzira*, Voltaire se preocupa más por la novedad temática, ya presente en el orientalismo de *Zaire* (1732), y por expresar sus ideas sobre la religión, la barbarie y la civilización, la tolerancia y la moral, que por la fidelidad histórica, que ni siquiera aparece entre sus intereses principales: «Se ha tratado en esta tragedia, toda invención y de una especie bastante nueva, de hacer ver cómo el verdadero espíritu de la religión se impone sobre las virtudes de la naturaleza» («Discurso preliminar», p. 117). Esto no implica que *Alzira* sea ajena a las crónicas citadas.

En 1943, Merle Perkins destacó una serie de datos basados en la *Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú*, de Agustín de Zárate, ya que no figuraban en la obra del Inca Garcilaso, fuente alternativa usada por Voltaire, o lo hacían con otra explicación: desde considerar al año 1525 (p. 125, I, 1) como el del inicio de la conquista del Perú por Pizarro (Zárate, 1853, p. 463), hasta las noticias sobre la religión peruana y la existencia de sacrificios humanos entre los incas (p. 128, I, 1), incluidos en la primera edición, en 1555, de la obra de Zárate y que Voltaire negaría en el *Ensayo sobre las costumbres* (t. XII, p. 388). También sería Zárate (1853, p. 470) la fuente de otra nota en la que Voltaire (p. 139, I, 5) aclara que usa la palabra «cacique» en sustitución de «inca» porque los españoles la tomaron de la América septentrional y la aplicaban en todas las Indias. Asimismo, la alusión a la destrucción del templo de los incas (p. 150, II, 4) pudo haberla tomado de Zárate o del Inca Garcilaso, al igual que parece claro que este último proporcionó las noticias sobre los conocimientos científicos de los incas (p. 142, II, 1).

Jean-Pierre Sanchez (1992, p. 33) ha señalado, para compararlos con la tragedia de Voltaire, algunos versos de *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1979):

Ayudó mucho el inorante engaño
de ver en animales corregidos
hombres que por milagro y caso extraño
de la región celeste eran venidos;
y del súbito estruendo y grave daño
de los tiros de pólvora sentidos,
como a inmortales dioses los temían!
que con ardientes rayos combatían. (p. 145)

Afirma que estos podrían estar presentes en *Alzira* en boca de un indio: «Este salitre encendido, que al principio para nosotros / parecía un fuego sagrado, lanzado por las manos de los dioses» (p. 157, II, 6), aunque también aparece el dato en la *Historia de la conquista de Méjico* de Antonio de Solís (pp. 236, 227, 253, etc.).

No lo señala Sanchez, pero el reconocimiento de la habilidad guerrera que muestran los indios cuando se disponen a atacar Lima, como indica el capitán Alonso a Guzmán: «En batallones apretados miden sus pasos / en un nuevo orden que no conocían; / y este pueblo, antes carga vil de la tierra, / parece aprender de nosotros el gran arte de la guerra» (p. 173, III, 6), podría basarse en *La Araucana* (Ercilla, 1979): «Algunas destas armas han tomado / de los cristianos nuevamente agora» (p. 132), pero también en Solís (1948, pp. 226 y 357), inspiración probable (pp. 253 y 301), asimismo, de la descripción volteriana de los barcos como castillos alados que vuelan sobre las aguas (p. 125, I, 1).

Jean-Pierre Sanchez (1992) también indica cómo, en la *Historia general del Perú* del Inca Garcilaso (2009, pp. 734-736), el nombramiento por el virrey Andrés Hurtado de Mendoza de su hijo García de Mendoza como gobernador del reino de Chile pudo inspirar la relación entre Álvarez y Guzmán. Además, el carácter reposado del virrey se corresponde con el del gobernador Álvarez, mientras que la forma de ser del autoritario y batallador Guzmán coincidiría con la que mostraba en su juventud García de Mendoza. Sanchez no cita un dato interesante de la *Historia general del Perú* (2009): Álvarez se alejó de los conquistadores por su ideal cristiano, mientras el virrey Andrés Hurtado de Mendoza, desautorizado por una sentencia de la metrópoli, «trocó el rigor que en el gobierno hasta allí había habido, con toda la suavidad y mansedumbre, que buenamente se puede decir» (p. 736).

El historiador francés se pregunta, atendiendo de nuevo a la *Historia general del Perú*, si las conversaciones entre Andrés Hurtado de Mendoza y el heredero inca Sayri Túpac, por las que renunció al imperio de su progenitor y se bautizó, no pudieron inspirar a Voltaire en el episodio de las relaciones entre Guzmán y Zamora, así como la conversión de Montezé; el bautizo de notables de Tlascala señalado por Solís y Ribadeneyra (1948, p. 350) supone un antecedente. Jean-Pierre Sanchez (1992, pp. 34-35) subraya asimismo que la revuelta de Zamora parece cercana a la rebelión de Túpac Amaru, que resiste a los españoles después de entregarse su hermano Sayri Túpac, aunque tras su apresamiento y conversión al cristianismo fue ajusticiado por el virrey Toledo.

Más discutible, por la endeble coincidencia y por la multiplicidad de fuentes, resulta la localización (Sanchez, 1992, p. 33) de la influencia lascasiana a partir del *Ensayo sobre las costumbres* (t. XII, p. 401), negando la condición de hombres a los negros y a los indios, y que tendría su antecedente en *Alzira*: «Uno de estos viles mortales en Europa ignorados, / que apenas del nombre de hombre se habría honrado» (p. 178, IV, 1).

La influencia de Las Casas en *Alzira* ha provocado numerosas atribuciones que no suelen remitirse a textos concretos, sino a actitudes del obispo que, aisladas de su pensamiento, no son fáciles de confirmar ni tampoco negar de manera tajante. Similar indefinición afecta a la afirmación de Braun (1989, p. 9), según la cual el personaje de Guzmán está inspirado en Pizarro.

Quizá el primero en la senda lascasiana fue Jean-François de La Harpe (1840) en el siglo XVIII: «Álvarez no es en efecto más que este venerable Las Casas, defensor tan valiente de los americanos como inexorable acusador de sus compatriotas» (p. 275). Esta equiparación, que nada tiene que ver con la vida de Las Casas, como señala Braun (1989), fue rechazada desde Gilbert Chinard (1913, p. 240), pero no ha dejado de repetirse. Así, recientemente, Fernanda Macchi (2009) ha querido ver en el cristianismo compasivo de Álvarez «un trasfondo casi lascasiano en su perspectiva» (p. 183). Ambas afirmaciones dada su generalidad pueden ser válidas, pero no hay que olvidar que Álvarez nunca recurre a la concesión papal para justificar la presencia española en las Indias, ni cuestiona la conquista en sí, sino lo que considera excesos de sus protagonistas; tampoco tiene dudas sobre la necesidad de mantener el dominio hispano sobre los indios por su inferior civilización, todo ello es propio de Las Casas.

También se han asociado las posturas sobre el gobierno de Álvarez y Guzmán con las de Bartolomé de Las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda (Cro, 1990, p.134; Carlson, 1998, pp. 48-49). Se deja de lado, no obstante, que Las Casas quiso disculpar los sacrificios indígenas que Álvarez quiere corregir con su doctrina civilizadora, lo que lo acerca a Sepúlveda (Castilla Urbano, 2013, pp. 164-179). Asimismo se ha querido ver en *Alzira*, junto con el ejemplo inspirador de Las Casas, «un discurso civilizacional que asume la asimilación de los indios como producto de la interacción cultural» (Brunstetter, 2012, p. 96), ideas que se contraponen.

Álvarez no es un defensor de los indios, como el obispo de Chiapas, sino un partidario de su evangelización pacífica. Esto anula la disyuntiva entre «conquistar para evangelizar o evangelizar a través de la persuasión» (Macchi, 2009,

p. 183). Álvarez propone que se use más la argumentación que la coacción solo tras la conquista, mientras que esta siempre fue cuestionada por Las Casas. Por otra parte, Solís y Ribadeneyra (1948, p. 269) muestra un ejemplo conocido por Voltaire de actitudes semejantes que no responden a la influencia lascasiana.

Además, es difícil aceptar que el súbito cambio de actitud de Guzmán tras ser herido por Zamora sea «un ejemplo de libro de texto del concepto lascasiano de la combinación cristiana de fuerza abrumadora y compasión» (Carlson, 1998, p. 49). Lo propio en esas circunstancias, conforme al *Confesionario* que tantos problemas le dio al dominico, sería la restitución, que no aparece en *Alzira*.

Por lo demás, la actitud de Guzmán moribundo tiene, según el mismo Voltaire, un origen por completo ajeno no ya a Las Casas, sino a las cosas de Indias:

Un hombre que tiene la venganza en la mano y que perdona pasa siempre por un héroe; y, cuando este heroísmo es consagrado por la religión, se hace más venerable al pueblo, que cree ver en estas acciones de clemencia algo divino. Me parece que estas palabras del duque Francisco de Guisa, que he puesto en boca de Gusman: *Tu religión te enseña a asesinarme y la mía a perdonarte*, siempre han despertado la admiración. El duque de Guisa estaba muy cerca de Gusman, perseguidor en buena santidad, y perdonando heroicamente cuando estaba en peligro. («Carta de Voltaire al conde D'Argental», t. xxxiii, p. 471)

Convendría distinguir entre la libertad del dramaturgo y la exactitud del historiador, sin empeñarse en pedir al primero lo que es propio del segundo. Además, la crítica opinión de Voltaire hacia la conquista española del Nuevo Mundo no le impidió mantener posiciones que hoy calificaríamos de racistas: «solo está permitido a un ciego dudar de que los blancos, los negros, los albinos, los hotentotes, los lapones, los chinos, los americanos, sean razas enteramente diferentes» (*Ensayo sobre las costumbres*, t. xi, p. 5). Estas opiniones le acercarían a Sepúlveda (Gerbi, 1993, p. 89). La desconfianza hacia los excesos de Las Casas por su exagerado celo estuvo presente en Voltaire y en la mayor parte de los ilustrados (Duchet, 1975, pp. 92-93), mientras su criticismo le hizo dudar de la exactitud de su testimonio (*Ensayo sobre las costumbres*, t. xii, p. 384; *Historia de los viajes de Scarmentado*, t. xxi, p. 128), e incluso interpretar contradictoriamente algunas de sus afirmaciones sobre los indios: en el *Ensayo sobre las costumbres* (t. xii, p. 401), señaló que

«representa a casi todos los americanos como hombres dulces y tímidos, de un temperamento frágil, que los hace esclavos naturales».

También conviene distinguir entre lo que era habitual en la época de Voltaire y las homologías con algún texto del obispo. Puede aceptarse que «El uso de la voz *bárbaro* en el texto [de *Alzira*] merece ser considerado a la luz de la disquisición que Las Casas introdujera en su *Apologética historia sumaria*» (Macchi, 2009, p. 189); pero, teniendo en cuenta que dicha obra solo se publicó en 1909 y que Voltaire nada supo de ella, recurrir a esa consideración puede confundir más que aclarar. La aplicación del término «bárbaro» y sus derivados a los españoles es el caso más frecuente en *Alzira*; Zamora en nueve ocasiones (pp. 145-146, II, 2; p. 148, II, 3; p. 150, II, 4; pp. 151-152, II, 4; p. 157, II, 6; p. 158, II, 6; p. 168, III, 5; p. 184, IV, 4; p. 195, V, 5), Alzira en tres (p. 182, IV, 3; p. 189, IV, 7; p. 194, V, 3) y Álvarez en dos (p. 129, I, 1) son los que más lo usan en esta dirección. Pero Guzmán lo utiliza dos veces para aludir a Zamora (p. 176, IV, 1; p. 180, IV, 2) y su subordinado Alonso una vez más dirigido a los indios (p. 173, III, 6). Además, la polisemia del término «bárbaro» le permite a Voltaire aplicarlo también contra los prejuicios hacia las mujeres, en la carta a Madame du Châtelet que figura al inicio de *Alzira*: «El mismo ridículo que Molière y Despréaux arrojaron sobre las mujeres sabias ha parecido, en un siglo pulido, justificar los prejuicios de la barbarie» (p. 110).

En resumen, el concepto de «bárbaro» que utiliza Voltaire a lo largo de su tragedia ni es unívoco ni deja entrever un uso necesariamente lascasiano, sino que remite a las valoraciones habituales de los *philosophes* (Duchet, 1975, p. 270). Incluso entre ilustrados españoles como Cadalso, ajeno a veleidades lascasianas, se aprecia un uso variado del término (Castilla Urbano, 2014).

De la forma a los contenidos de *Alzira*

Alzira se atiene a la regla de las tres unidades, que dominaba la concepción teatral de su tiempo. Cumple con la unidad de lugar, al situar los hechos en Lima; y con la de tiempo, al desarrollar la trama en un día. También presenta la unidad de acción, centrada en los efectos del amor y la guerra, con la mediación de la religión para darle una finalidad instructiva a la obra. La invención y especie nueva a las que aludía Voltaire no se referían, pues, a la estructura de la tragedia, sino al escenario exótico en el que se situaba.

Sin embargo, la elección de ese marco era más una adaptación que un producto de su imaginación: al situar su tragedia en América, Voltaire con toda probabilidad estaba siguiendo el ejemplo de John Dryden, un dramaturgo inglés del siglo xvii cuya obra *The Indian Queen* (1664) y, sobre todo, su continuación *The Indian Emperour* (estrenada en 1665 y publicada en 1667) habían atraído su atención durante su estancia en aquel país (1726-1729). Aunque Dryden situaba sus obras en México, los críticos le reprocharon a Voltaire el parecido e incluso la imitación (Maillet, 1938). Se llegue a esto último o no, Monteze, rey indígena derrotado, parece un trasunto del Montezuma de Dryden, y tampoco sorprende que Voltaire relacionara a Álvarez con Cortés y Pizarro, al recordar que Dryden incluyó a este como lugarteniente de Cortés.

La irrealidad de sus historias no impidió su éxito: la obra de Dryden fue adaptada como semiópera en 1695 (Máñez Champion, 2009; Núñez Ronchi, 2014), mientras que la de Voltaire, además de las representaciones y taquilla que cosechó en Francia (Braun, 1989), fue parodiada (Beuchot, 1877), sirvió de base a una ópera —presentada en Nápoles en 1845— de Verdi, influyó en otros textos literarios (Marcus, 1978), y fue traducida en varias ocasiones, sobre todo en España, donde también fue convertida en ballet y en ópera (Lafarga, 1989).

Voltaire, acorde con la función educadora del teatro predominante en su siglo (Russell, 1948), buscaba la reflexión del espectador. A este objetivo genérico hay que añadir la necesidad mucho más terrenal de congraciarse con unas autoridades que habían condenado sus *Cartas filosóficas* en 1734 (Braun, 1989). Un drama sobre la religión en el que el catolicismo no saliera malparado, pero en el que se defendiera la tolerancia y se abriese el camino a un deísmo que postulase el amor al prójimo sin necesidad de comprometerse con ritos, ceremonias, instituciones ni autoridades que monopolizan a Dios era ideal para alcanzar esta meta. A falta de la precisión geográfica, histórica y cultural, el carácter instructivo de su tragedia se muestra en las ideas que se ofrecen al público. Si, a su vuelta de Inglaterra, Voltaire era un hombre diferente (Neserius, 1926), en *Alzira* se manifiesta mediante la difusión de las ideas ilustradas. Es probable que también *El emperador indio*, con su modelo dramático más flexible y con hechos que se suceden rápidamente, haya facilitado que Voltaire pudiera adaptar el género heroico, más propio de la tradición francesa, a esa preocupación filosófica (Perkins, 1957). En cualquier caso, «Para el ilustrado, la historia es el material de observación de que se vale el filósofo» (Maravall, 1991, p. 30), por lo que sus datos pueden ser utili-

zados en tratados, enciclopedias, historias que muestren las leyes que hay detrás de esos acontecimientos o en tragedias como *Alzira*.

Esta preocupación descuida la identidad indígena, pues, a pesar de indicarse de inicio que «La escena transcurre en la villa de Los Reyes o, de otro modo, Lima», apenas se habla de los incas. Ni Zamora, cuando busca resarcirse de la derrota, habla en nombre de ellos, sino como un libertador: sus tropas «vienen a perecer bajo esos muros, o vengar América» (p. 151, II, 4). Tampoco Alzira los menciona cuando dice de los españoles que «piensan que el cielo hizo América para ellos» (p. 182, IV, 3) o se dirige a Zamora instándole a escapar: «América te llama, y la noche te secunda» (p. 183, IV, 4). El mismo Guzmán habla de Lima como una ciudad amenazada en la que «Al pueblo americano prohibimos la entrada» (p. 127, I, 1) y del «americano rudo [que] es un monstruo salvaje» (p. 127, I, 1), mientras que, poco antes de morir, se dirige arrepentido a Montezé y a los «americanos, que fuisteis mis víctimas» (p. 201, V, 7). Por su parte, Álvarez, que participa en la conquista de México y Perú, no distingue entre aztecas e incas ni alude al resto de pueblos del continente, y, a la vez que recuerda a Zamora como «un joven americano» que le salvó la vida, usa el colectivo para designar al «Americano, rudo en su simplicidad» (p. 129, I, 1). A pesar de la localización peruana de la tragedia, Voltaire ignora a los incas y cae en el anacronismo de aludir a América y a los americanos cuando no existía en ese momento ideal político o de conciencia que los englobara.

Tampoco es muy precisa la tragedia al señalar la época en la que transcurre, aunque son varios los datos que invitan a situar la acción a mediados del siglo XVI: la lejanía de la conquista de Perú (p. 126, I, 1; p. 171, III, 5); la referencia a la fundación de Lima (producida en 1535) como algo no muy lejano (p. 127, I, 1); las conversiones al cristianismo; las alusiones a Potosí, cuya fama crece desde 1545; e incluso la adopción por los indios del «gran arte de la guerra» (p. 173, III, 6), lo que requeriría un tiempo para su asimilación de los españoles.

A esta ambigüedad añade *Alzira* que los indios desarrollan su existencia en un medio inhóspito: «este salvaje hemisferio» (p. 126, I, 1), en el que la vida encuentra el inconveniente del clima: «estos climas ardientes» (p. 126, I, 1), «estos climas horribles» y «destructores implacables» (p. 128, I, 1), «áspero clima» (p. 183, IV, 3). El clima se extiende sobre «inmensas regiones» (p. 134, I, 2), aunque tristes (p. 130, I, 1), gobierna sobre bosques profundos, con arenas movedizas (p. 142, II, 1), sobre un «trópico ardiente» (p. 128, I, 1), e incluso sobre desiertos donde sueñan refugiarse Alzira y Zamora (p. 184, IV, 4; p. 187, IV, 5) para

huir e iniciar una nueva vida. Todo un contraste con las riquezas del Potosí, un «imperio» (p. 126, I, 1) del que Zamora era «soberano de una parte» y Monteze «de otra parte» (p. 124), antes de la conquista. Esta diversidad demuestra que Voltaire no mantiene una teoría del clima determinista. En el artículo «Climat» del *Dictionnaire philosophique* (t. XVIII), después de enumerar muchos ejemplos de cambios en los pueblos sin que varíe el clima, señala: «Todo cambia en los cuerpos y los espíritus con el tiempo. Tal vez un día los americanos vendrán a enseñar las artes a los pueblos de Europa. El clima tiene cierto poder, el gobierno cien veces más; la religión junto al gobierno todavía más» (pp. 199-200).

Antropología filosófica frente a antropología de campo

Voltaire supo transmitir la existencia de paisajes exóticos y llenos de contrastes a un público europeo que apenas podía imaginarlos. Esto provocaba que se confundieran los lugares o los personajes, lo que, como ha recordado Jean-Pierre Sanchez (1992), le disgustaba: «No sé porqué el público se obstina en creer que he hecho Montezuma. La escena ocurre en Perú, señores, lugar poco conocido de los poetas. La Condamine mide este país, los españoles lo empobrecen y yo le canto» (p. 28). Pero, aunque el disgusto resulte comprensible, lo cierto es que a Voltaire no le preocupaban los peruanos ni pretendía transmitir un mensaje sobre su destino ni, desde luego, estaba interesado en los resultados de la mezcla de culturas (Cherpack, 1959). Él quería elaborar un manifiesto sobre la barbarie y la civilización válido para cualquier lugar (Duchet, 1959). Por eso rechazaba el determinismo geográfico. Para Voltaire, el ser humano siempre puede superar los condicionantes. El clima y las tierras que aparecen en *Alzira* se ofrecen a la vez como fuente de promisión y de dificultad para vivir, mostrando su analogía con la forma de ser de los indígenas y de los mismos españoles. Como advierte Álvarez a su hijo: «Gobernad esta orilla, en desgracias muy fecunda, / que produce los tesoros y los delitos del mundo» (p. 125, I, 1).

Los conocimientos de astronomía, geografía y geometría (p. 142, II, 1) de los incas no impiden que permanezcan apegados a la naturaleza, compartiendo su aspereza y sentimientos primarios; el corazón de Alzira «de estos climas conserva la rudeza» (p. 177, IV, 1), y ella misma se define, frente a las mujeres españolas, que supone más capaces de sacar fruto a sus encantos y habilidades, como un «corazón simple, y formado por las manos de la naturaleza» (p. 180, IV, 2). Pero,

esos rasgos no son solo de los indios. Los tienen también buena parte de los europeos, a cuya crítica, como es habitual en la literatura sobre los llamados salvajes (Pagden, 1983), mira *Alzira* tanto como a los americanos. Los nobles indios, que pueden compartir los caracteres de sus degradados súbditos, tienen un comportamiento y motivación que les permite también equipararse a los europeos de su mismo rango, elevándose, por tanto, sobre la triste condición de sus semejantes. Voltaire, en eterno conflicto con Rousseau, no se deja arrastrar por el mito del buen salvaje (Cro, 1990) y ve a los indios envueltos en rasgos que, solo si fueran capaces de alcanzar la civilización, podrían dejar de lado, y que incluso les permitirían superar los problemas de fanatismo, intolerancia y crueldad que padecen los que se creen civilizados.

Esta visión de la naturaleza humana fundamenta la concepción volteriana del hombre (Duchet, 1975) y permite explicar que en *Alzira* se supone la existencia de los incas porque la acción transcurre en Lima, no porque los indígenas que aparecen presenten algún atributo que los identifique. Lo que le interesa al autor no son sus rasgos empíricos, sino sus posibilidades de mejora o estancamiento, como manifiesta en el «Discurso preliminar»: «Se encontrará en casi todos mis escritos esta humanidad que debe ser el primer carácter de un ser pensante, se verá (si se puede decir así) el deseo de felicidad de los hombres, el horror de la injusticia y la opresión» (p. 118).

Esta perspectiva es la que lleva a Voltaire a presentar en *Alzira* a los seres humanos, sin importar su origen o condición, desde tres puntos de vista: privados de civilización, sometidos a unos principios civilizadores erróneos, e instruidos en la doctrina más adecuada para alcanzar su plenitud como personas. No hay concesiones, por tanto, ni a la bondad natural de los salvajes ni a los que practican un cristianismo que no pone por delante el amor al prójimo. Además, Voltaire maneja una noción de civilización que no se fija tanto en lo material, esto es, en las costumbres más o menos alejadas de la vida de subsistencia, sino en lo que hay en las mentalidades de superstición y fanatismo o de tolerancia y respeto. Esa preferencia hace de la religión un rasgo privilegiado para medir el desarrollo de las personas y los pueblos. Convertida en un obstáculo para la libertad, cualquier creencia, en Europa o al otro lado del Atlántico, se convierte en superstición; por el contrario, cuando contribuye a expresar el amor por los demás, no solo es una verdadera religión, sino que sobrepasa el ámbito de la doctrina particular de un grupo para convertirse en instrumento de progreso universal.

Los indios caen en lo que Voltaire considera supersticiones, esto es, actos gratuitos y creencias sin fundamento, que les hacen perder su autonomía. Esta característica forma parte de la historia de la humanidad: «Los peruanos, que tenían sus fábulas como los pueblos de nuestro continente, creían que su primer Inca, que construyó Cusco, era hijo del Sol» (p. 150, II, 4), por eso «el grueso del género humano ha sido y será durante largo tiempo insensato e imbécil» (*Ensayo sobre las costumbres*, t. XI, p. 15).

Es la comprensión hacia los demás, la facilidad de vivir en común que permiten las distintas formas de vida, lo que Voltaire valora como síntoma de civilización, no unas ceremonias y ritos que ve con desconfianza porque las considera un obstáculo al entendimiento universal. Desde esta perspectiva, tanto importa entregarse a los sacrificios como confiar en unas prácticas carentes de utilidad social:

La religión de un bárbaro consiste en ofrecer a sus dioses la sangre de sus enemigos. Un cristiano mal instruido no es a menudo más justo. Ser fiel a algunas prácticas innecesarias e infiel a los verdaderos deberes del hombre, rezar algunas oraciones y mantener sus vicios; ayunar pero temer, intrigar, perseguir, es su religión. La del verdadero cristiano es considerar a todos los hombres como hermanos, haciéndoles bien, y perdonándoles el mal («Discurso preliminar», pp. 117-118).

Con el nombre de cristianismo, Voltaire entiende no un credo organizado, sino una religión natural que no necesita más que de un dios al que no están asociadas ni revelaciones ni ceremonias de ningún tipo (deísmo). Quienes, como el gobernador Guzmán, quieren extender la religión por medio de las armas, no son verdaderos cristianos. Este tiene una opinión negativa del indio: es rudo y un monstruo salvaje, que desprecia las leyes, dispuesto siempre a la venganza, al que solo se le gobierna por las armas y el temor a la esclavitud. En contraste con los castellanos, tan entregados al honor, «el resto del mundo, esclavo del miedo, / tiene necesidad de que se le oprima y sirva bajo control. / Los dioses adorados incluso en aquellos horribles climas, / si no están teñidos de sangre, no tienen seguidores» (p. 128, I, 1). Por eso Guzmán no se engaña en lo que debe ser la conversión de los indios: «Quiero que estos mortales, esclavos de mi ley, / tiemblen bajo un único Dios como bajo un único rey» (pp. 130-131, I, 1). Este cristianismo exalta la imposición, la superioridad de los españoles sobre los indios: «Héroes de Castilla, hijos de la victoria, / este mundo está hecho para vosotros, vosotros lo estáis para la gloria, / ellos para llevar vuestras armas, temeros, y serviros» (p. 173, III, 4).

El amor y la tolerancia que hay en el cristianismo de Álvarez expresan el ideal volteriano. Un ideal llevado al extremo cuando su hijo es herido de muerte por Zamora. No solo le perdona, sino que intenta evitarle la pena que acabe con su vida (p. 197, v, 5). Su concepción evangélica del cristianismo se ha esforzado por extenderla a su alrededor:

Escúchame, hijo mío; más que tú deseo
que la verdad funde un nuevo imperio,
que el cielo y España no tengan enemigos;
pero los corazones oprimidos nunca son sometidos.
He ganado más de uno, no he forzado a nadie;
y el verdadero Dios, hijo mío, es un Dios que perdona. (p. 131, I, 1)

Es la idea que le agradece el padre de Alzira: «Detestamos este Dios que anuncia su furor / lo amamos en ti, tal como se dibuja en tu corazón. / A lo que te da y yo, Monteze, y mi hija / instruidos por tus virtudes, somos tu familia» (pp. 133-134, I, 2). Es también Monteze el que ve en la conquista una oportunidad para instruirse, para elevarse a un nivel de civilización y conciencia del que los indios carecían:

Es el cielo el que guía este imperio,
menos para conquistarnos que a fin de instruirnos;
quien nos ha traído nuevas virtudes,
secretos inmortales y artes desconocidas,
la ciencia del hombre, un gran ejemplo a seguir,
finalmente, el arte de ser felices, de pensar y vivir. (p. 153, II, 4)

Este discurso civilizador expresa las ideas de Voltaire, y también aparece en boca del arrepentido Guzmán un momento antes de su muerte, cuando, en súbita conversión, adopta el cristianismo piadoso defendido por su padre: «Monteze, americanos, que fuisteis mis víctimas, / pensad que mi clemencia ha sobrepasado mis crímenes. / Instruid a América; aprended de sus reyes / que los cristianos han nacido para darles leyes» (pp. 201-202, v, 7). Cambia, por tanto, la forma de entender el cristianismo, pero no se abandona la idea de que hay que educar a los indios, de que la cultura europea bien entendida expresa una especie de razón universal a la que lo mejor que puede hacer cualquier persona o pueblo es

adoptarla como propia. Así se explica la superioridad de ese Dios cristiano que ha redescubierto Guzmán sobre el de Zamora: «Los dioses a los que servimos conocen la diferencia: / los tuyos te han ordenado el asesinato y la venganza; / y el mío, cuando tu brazo acaba de asesinarme, / me ordena lamentarme y perdonarte» (p. 202, v, 7).

Ni siquiera Zamora parece discutir este discurso civilizador. Su lucha está guiada más por la pérdida de Alzira que por la reivindicación política; no se empeña tanto en restablecer el antiguo orden, sino en destruir el nuevo (Carr, 1975). Lo que no le falta es la crítica a esa religión que es expresión de intolerancia, por eso plantea el contraste entre el Dios de los conquistadores y el del amor. Cuando le pregunta a Álvarez la razón de su liberación y este le responde que se trata de «Dios, mi religión y mi reconocimiento [por haberlo salvado anteriormente]», Zamora no puede menos que sorprenderse:

¿Dios? ¿Tu religión? Que estos tiranos crueles,
monstruos que beben la sangre de los mortales,
que despueblan la tierra, y cuya barbarie
en soledad inmensa ha cambiado mi patria,
¿cuya avaricia infame es la ley suprema!
Padre, ¿ellos no tienen el mismo Dios que tú? (pp. 145-146, II, 2)

Álvarez reconoce que muchos españoles, desde los primeros conquistadores a su propio hijo, no se comportan como cristianos e incumplen los preceptos del Dios que dicen obedecer. El dios de Guzmán no puede ser un Dios universal. Más bien, como llega a plantear Alzira, parece haber olvidado a los americanos: «¿No serás el dios de otro universo? / ¿Solo los europeos han nacido para agradarte? / ¡Eres tirano de un mundo, y el padre de otro! / Los vencedores, los vencidos, todos estos débiles humanos, / también son obra de tus manos» (p. 187, IV, 5).

Alzira plantea la contradicción entre un cristianismo que, contra toda justicia, santifica el dominio de los más fuertes, y unas exigencias morales que impiden a las desesperadas víctimas poner fin a su sufrimiento:

Este cuerpo vil y mortal es tan sagrado,
que el espíritu que lo mueve ¿no le quita su voluntad?
Este pueblo de vencedores, armados con truenos,
¿tiene el horrible derecho de despoblar la tierra,

de exterminar las mías, de desgarrarme
 ¡Y yo no podría disponer de mi sangre!
 ¿Yo no podría permitir a mi coraje
 lo que sobre el universo permite a su rabia? (p. 193, v, 3)

Voltaire se siente a gusto planteando una crítica que sobrepasa la situación de los incas o de su caudillo para denunciar el destino universal de las víctimas. En esas circunstancias, arremete contra los conquistadores, contra el cristianismo en nombre del cual quieren justificar sus acciones y contra cualquier elemento que impida el entendimiento entre los seres humanos. El rechazo de Zamora a la crueldad y la codicia de los españoles está motivado por su derrota, por la pérdida de todo cuanto tenían o eran los indios, pero sobrepasa esa circunstancia para elevarse a acusación general: «Perecer sin vengarse; expirar por las manos / de estos bandidos de Europa, y de estos asesinos / que intoxicados de sangre, de nuestros tesoros codiciosos / de este mundo usurpado desoladores pérfidos» (p. 144, II, 1). Es el sentir de Voltaire por la conquista de América, por una situación que no debería haberse producido con la crueldad que la caracterizó y para la que solo el amor y la compasión encuentran solución:

Me quedo inmóvil, desconcertado, confundido.
 ¡Pues los verdaderos cristianos tendrían tanta virtud!
 ¡Ah! la ley que obliga a este esfuerzo supremo,
 empiezo a creerla, es la ley del mismo Dios.
 He conocido la amistad, la perseverancia, la fe
 pero tanta magnanimidad está por encima de mí
 tanta virtud me abruma, y su encanto me atrae.
 Avergonzado de estar vengado, te quiero y te admiro. (p. 203, v, 7)

Bibliografía

- BEUCHOT, Adrien-Jean-Quentin (1877). «Avertissement». En Voltaire, *Œuvres complètes* (tomo III) (p. 372). París: Garnier Frères.
- BRAUN, Theodore E. D. (1989). «Introduction à *Alzire*». En Voltaire, *The Complete Works of Voltaire* (tomo 14) (pp. 1-103). Oxford: The Voltaire Foundation.

- BRUNSTETTER, Daniel R. (2012). *Tensions of Modernity. Las Casas and His Legacy in the French Enlightenment*. Nueva York: Routledge.
- CARLSON, Marvin (1998). *Voltaire and the Theatre of the Eighteenth Century*. Connecticut / Londres: Greenwood Press.
- CARR, Thomas M. Jr. (1975). «Dramatic Structure and Philosophy in *Brutus*, *Alzire* and *Mahomet*». *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, 143, 7-48.
- CASTILLA URBANO, Francisco (2013). *El pensamiento de Juan Ginés de Sepúlveda. Vida activa, humanismo y guerra en el Renacimiento*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- CASTILLA URBANO, Francisco (2014). «José Cadalso: sobre la barbarie (propia y de los otros)». En Jesús González Fisac (coord.), *Barbarie y civilización. XVI Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, América y Europa ante la modernidad, 1750-1850* (pp. 129-144). Cádiz: UCA.
- CHERPACK, Clifton C. (1959). «Gold and Iron in Voltaire's *Alzire*». *Modern Language Notes*, 74(7), 629-633.
- CHINARD, Gilbert (1913). *L'Amérique et le rêve exotique dans la littérature française au XVII^e et au XVIII^e siècle*. París: Librairie Hachette.
- CRO, Stelio (1990). *The Noble Savage. Allegory of Freedom*. Ontario: Wilfrid Laurier University Press.
- DUCHET, Michèle (1959). «Voltaire et les sauvages». *Europe*, (361-362), 88-97.
- DUCHET, Michèle (1975). *Antropología e historia en el siglo de las luces*. México: Siglo XXI.
- ERCILLA, Alonso de (1979). *La Araucana* (volumen I). Madrid: Castalia.
- GERBI, Antonello (1993). *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica. 1750-1900*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LA HARPE, Jean-François de (1840). *Lycée ou Cours de Littérature Ancienne et Moderne* (tomo II). París: Firmin Didot.
- LAFARGA, Francisco (1989). *Voltaire en Espagne (1734-1835)*. Oxford: The Voltaire Foundation.
- LION, Henri (1970). *Les tragédies et les théories dramatiques de Voltaire*. Ginebra: Slatkine Reprints.
- MACCHI, Fernanda (2009). *Incas ilustrados: reconstrucciones imperiales en la segunda mitad del siglo XVIII*. Madrid / Frankfurt: Vervuert / Iberoamericana.
- MAILLET, Albert (1938). «Dryden et Voltaire». *Revue de Littérature Comparée*, 18, 272-286.
- MARAVALL, José Antonio (1991). «De la Ilustración al Romanticismo: El pensamiento político de Cadalso». En *Estudios de la historia del pensamiento español (siglo XVIII)* (pp. 29-41). Madrid: Mondadori.

- MARCUS, Raymond (1978). «Le mythe littéraire de Las Casas». *Revue de Littérature Comparée*, 52(2), 390-415.
- MÁYNEZ CHAMPION, Samuel (2009). «Como turquesas que vagan en el tiempo...». *Destiempos*, 3(18), 553-577. Recuperado de http://www.destiempos.com/n18/mayne_z_champion.pdf.
- NESERIUS, Philip George (1926). «Voltaire's Political Ideas». *The American Political Science Review*, 20(1), 31-51.
- NÚÑEZ RONCHI, Ana (2014). «Los indios americanos en las escenas líricas europeas: de los hermanos Purcell (1695) a Carl Heinrich Graun (1755)». *Revista de Indias*, 74(261), 483-505.
- PAGDEN, Anthony (1983). «The Savage Critic: Some European Images of the Primitive». *The Yearbook of English Studies*, 13, 32-45.
- PERKINS, Merle (1943). «The Documentation of Voltaire's *Alzire*». *Modern Language Quarterly*, 4(4), 433-436.
- PERKINS, Merle (1957). «Dryden's *The Indian Emperour* and Voltaire's *Alzire*». *Comparative Literature*, 9(3), 229-237.
- RUSSELL, Truisten W. (1948). «Dryden, inspirateur de Voltaire». *Revue de Littérature Comparée*, 22, 321-328.
- SALVIO, Alfonso de (1924). «Voltaire and Spain». *Hispania*, 7(2), 69-110.
- SANCHEZ, Jean-Pierre (1992). «Voltaire et sa tragédie américaine *Alzire* (1736)». *Caravelle*, (58), 17-37.
- SOLÍS Y RIBADENEYRA, Antonio de (1948). «Historia de la conquista de Méjico». En *Historiadores de sucesos particulares* (tomo II) (pp. 205-387). Madrid: Atlas.
- VEGA, Inca Garcilaso de la (1976). *Comentarios reales de los incas* (tomo I). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- VEGA, Inca Garcilaso de la (2009). *Historia general del Perú*. Lima: SCG. Recuperado de <http://www.museogarcilaso.pe/mediaelement/pdf/2-HistoriaGeneraldelPeru.pdf>.
- VOLTAIRE (1989). «*Alzire*». En *The Complete Works of Voltaire* (volumen 14) (pp. 105-210). Oxford: The Voltaire Foundation.
- VOLTAIRE (1877-1885). *Œuvres complètes* (50 tomos). París: Garnier. Recuperado de http://c18.net/vo/vo_pages.php?nom=vo_oe_19_liste.
- ZÁRATE, Agustín de (1853). «Historia del descubrimiento y conquista de la provincia del Perú». En *Historiadores primitivos de Indias* (tomo II) (pp. 463-574). Madrid: M. Rivadeneira.

SEGUNDA PARTE

**Guerrear o gobernar
entre América y Europa**

Faire la guerre ou gouverner entre l'Amérique et l'Europe
War or rule between America and Europe

Entre el deber y la «crueldad»: Mariano Ricafort, la independencia del Perú según un oficial español¹

Ascensión Martínez Riaza

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN

En la independencia del Perú, el papel de los militares fue decisivo porque fueron elementos de poder que tomaron decisiones que afectaron no solo a la guerra, sino también al gobierno del virreinato. El testimonio de los oficiales realistas ayuda a reconstruir aspectos diversos sobre la guerra. Este es el caso de Mariano Ricafort, que entre 1815 y 1821 ocupó puestos en el gobierno regional y tuvo un papel decisivo en la defensa de la sierra. Es además uno de los militares españoles que fueron acusados de crueldad hacia la población civil.

Palabras clave: Independencia, Perú, guerra, oficiales realistas, Ricafort

RÉSUMÉ

Au cours de l'indépendance du Pérou, le rôle des militaires a été décisif parce qu'ils furent des éléments de pouvoir qui prirent des décisions qui affectèrent non seulement la guerre mais aussi le gouvernement de la vice-royauté. Le témoignage des officiers royalistes permet de reconstruire différents aspects de la guerre. C'est le cas de Mariano Ricafort, qui, entre 1815 et 1821, a occupé différents emplois dans le gouvernement sur place et a joué un rôle décisif dans la défense des Andes. Ricafort est aussi l'un de ces officiers espagnols qui ont été mis en cause pour leur cruauté à l'égard de la population civile.

Mots clés: Indépendance, Pérou, guerre, officiers royalistes, Ricafort

ABSTRACT

The role of the military was decisive in the independence of Peru, as they were power elements who made crucial decisions—not only about the war but also about the government of the viceroyalty. The royalist officers' testimonies help to reconstruct various aspects of the war. This is the case of Mariano Ricafort, who between 1815 and 1821 held positions in the regional government and played a decisive role in the defense of the *Andes*. He is also one of the Spanish officers who were accused of cruelty to the civilian population.

Keywords: Independence of Peru, war, royal officers, Ricafort

1 Este trabajo forma parte del Proyecto de Investigación I+D Retos, Cambios e innovaciones sociales: España y el Perú de la crisis del Imperio transoceánico al Estado Liberal HAR2015-67197-R, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad de España.

La independencia del Perú se consiguió a través de la guerra y, en tiempos de guerra, la opinión y la actuación de los militares no puede soslayarse. Los oficiales, en este caso realistas², comandaban los ejércitos; se enfrentaban al enemigo diseñando estrategias y ejecutándolas; se ocupaban de reclutar a la tropa, de disciplinarla y abastecerla; también trataban de incorporar a su bando a guerrillas y montoneras, mayoritariamente indígenas. Recorrieron la costa y la sierra del Perú y, en los partes de guerra y la correspondencia que mantuvieron con los superiores, tanto del virreinato como de la Península, con los subalternos y con autoridades regionales y locales, dieron testimonio de una realidad geográfica, social y económica muy distinta de la que habían dejado atrás en la metrópoli. Formados, salvo excepciones, en la carrera de las armas (en la Academia Militar de Segovia), tuvieron capacidad para elaborar un discurso que fue eminentemente pragmático y que ofrece una visión, mediatizada por valores e intereses castrenses, de un país en guerra³.

Conocemos testimonios de los integrantes de la cúpula militar del ejército realista, los virreyes Joaquín de la Pezuela y José de La Serna, y los oficiales de mayor graduación José de Canterac y Gerónimo Valdés. Y fue un oficial realista, García Camba, el autor de la primera historia de la independencia del Perú desde la perspectiva de las armas realistas⁴. Nodos de complejas redes relacionales, son cabezas visibles de una larga nómina de militares cuyas trayectorias relacionadas están aún por componer. En su entorno pivotaron jefes de distinta graduación que estuvieron al frente de batallones y regimientos, muchos de ellos constituidos en la Península y con nombres peninsulares. Aunque se pueden rastrear desavenencias entre ellos, motivadas, sobre todo, por desacuerdos debido a la política de ascensos o a decisiones en torno a la conducción de la guerra; respetaron la cadena de mando y las reglas vigentes, incluso cuando un grupo de ellos encabezó el pronunciamiento de Aznapuquio que depuso al virrey Pezuela⁵. No hubo fisuras en torno a la cuestión central, la lealtad a la Corona. Aunque la ideología fue un factor que planeó como un condicionante que la historiografía ha tratado,

2 «Realista» es la expresión utilizada para hacer referencia a quienes combatían en el bando de la Corona.

3 Las hojas de servicio de los principales oficiales del Archivo General Militar de Segovia (AGMSeg) están en buena medida digitalizadas en el Archivo General Militar de Madrid. Muy heterogéneas en cuanto a la información que proporcionan, son fuente ineludible para componer su trayectoria. Han sido utilizadas por investigadores como Luqui Legleyze (1995), Albi (2009), entre otros. También, desde el lado del ejército patriota, las han revisado Thibaud (2003), Sobrevilla Perea (2012) y Ossa Santa Cruz (2014).

4 Se trata de las *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú* (1846).

5 Ese fue uno de los argumentos que esgrimieron en su manifiesto justificativo, que se sujetaban a las leyes de Indias (Marks, 2007).

ante todo eran hombres del rey: los ejércitos eran «del Rey» en absolutismo y «de la Nación» en liberalismo⁶.

La propuesta sigue la estela de autores que, como Thibaud (2003), tratan la guerra en su dimensión política y social, en el entendimiento de que los militares fueron elementos de poder, centrales en el complejo tránsito del Antiguo Régimen a la modernidad, y que el ejército constituye un punto de observación para seguir las dinámicas de los procesos de independencia en Hispanoamérica⁷. Se acerca a la manera como entendió la guerra Mariano Ricafort Palacín, uno de tantos oficiales realistas que pasaron muchos años en el Perú y ocuparon puestos en la administración político-militar entre 1815 y 1821, un tiempo de encrucijada en el proceso de la independencia que se abre con la decisión de Fernando VII de pacificar por las armas la insurgencia en América una vez hubo recuperado los poderes absolutos en 1814⁸. En febrero de 1815 partía de Cádiz la expedición de Pablo Morillo que terminaría combatiendo en Costa Firme. Algunos de los oficiales y batallones que estuvieron a sus órdenes pasaron después al Perú. Es el caso de Baldomero Fernández Espartero, Andrés García Camba, José Carratalá, Mariano Ricafort y, algo más tarde, José de Canterac (Quintero Saravia, 2005). Otro contingente de oficiales destinado a la defensa del virreinato fue el encabezado por José de la Serna que llegó a Santiago de Cotagaita en noviembre de 1816 para sustituir a Pezuela en la comandancia militar del Alto Perú. En 1821 ya se había producido el tránsito al segundo liberalismo, el trienio liberal (1820-1823), una vez que en marzo de 1820 Fernando VII se había visto obligado a jurar la Constitución de 1812 tras el detonante que supuso en enero el levantamiento del coronel Riego, precisamente negándose a formar parte de la segunda expedición militar programada con destino a Buenos Aires.

Del otro lado, en 1816 se producía en el virreinato un relevo en el mando cuando Joaquín de la Pezuela, comandante en jefe del ejército del Alto Perú, sustituía a José Fernando de Abascal⁹. El escenario de la guerra se complicaría progresivamente bajo su gobierno al tener que atender a distintos frentes de guerra: la reconquista por Abascal de Chile y Quito se revertiría y, desde el norte del Río de la Plata, los insurgentes tenían en jaque al bastión del Alto Perú

6 Sobre el factor ideológico, ver: Wagner de Reyna (1985), Marks, (2007, pp. 196-197), Mazzeo (2009), Puente Brunke (2012) y Martínez Riaza (2014 y 2016a).

7 El hecho de no introducir historiografía sobre la independencia desde el lado «patriota» no supone que no se entienda la necesidad de cruzar las dinámicas de uno y otro lado. Para una revisión reciente, ver: Contreras y Glave (2015).

8 Sobre la política americana de España, ver: Hamnett (1985), Anna (1986) y Costeloe (1989).

9 Real Orden de octubre de 1815, recibida en Lima el 6 de abril de 1816.

(Audiencia de Charcas). Pezuela tendría que priorizar la defensa del virreinato, para lo que situó a militares en cargos públicos e incrementó las contribuciones, con el consiguiente descontento de las élites (Hamnet, 2011)¹⁰. La presencia de oficiales llegados de la Península dificultó el gobierno de Pezuela. José de la Serna encabezaría la disidencia manteniendo desde su llegada un pulso con el virrey con el apoyo de oficiales en desacuerdo con su manera de conducir la defensa del virreinato, que se encontró tras la pérdida de Chile en 1818 y las alarmantes noticias de que el general San Martín preparaba desde Valparaíso una expedición para invadir el Perú. El 29 de enero de 1821, con San Martín asediando Lima y fracasados los intentos de negociación de Miraflores, el pronunciamiento militar de Aznapuquio le obligaba a entregar el mando. A comienzos de julio, siguiendo el plan trazado desde hacía tiempo, La Serna se dirigía a la sierra y en diciembre se establecía en el Cusco.

A pesar de la pérdida de Lima, y antes de las regiones del norte (Quito y Trujillo declaraban la independencia a finales de 1820), y de otros reveses como la captura de la Esmeralda, la defección del Batallón Numancia y la capitulación el 21 de septiembre de 1821 del Callao, que se había mantenido como bastión realista; durante meses los realistas sumarían importantes victorias. En 1824 la balanza pasaría a inclinarse del lado de los patriotas. Fueron factores decisivos el que la alternativa independentista haya ido calando en la sociedad y la llegada de refuerzos procedentes de Colombia comandados por Simón Bolívar, que desembarcaban en el Callao el primero de septiembre de 1823. Desde la mirada de los oficiales realistas, había otras razones. La fundamental era el abandono en que les tenían las instancias centrales, que no proporcionaban los imprescindibles auxilios navales con hombres e infraestructura; el consiguiente descenso del número de peninsulares, que eran los que proporcionaban la necesaria disciplina; y paralelamente las deserciones en la tropa formada mayoritariamente por indígenas¹¹.

10 Para Anna (2003), dos elementos fundamentales destruyeron el gobierno de Pezuela entre 1816 y 1820: el colapso financiero del régimen causado por el cese total de envíos marítimos de España y la acertada estrategia de San Martín de cruzar los Andes para liberar a Chile en lugar de atacar el Alto Perú.

11 A ello se sumaría la «traición» de Pedro Antonio de Olañeta, un comerciante y oficial realista que a comienzos de 1824 se levantaba en el Alto Perú contra el virrey, abriendo un nuevo frente en la sierra. Ver: Torata (1898) y Peralta e Irurozqui (2014).

Uno de esos oficiales que pasaron de la guerra contra Napoleón a la experiencia americana

La escasa cobertura que la historiografía sobre la independencia del Perú ha dado a los oficiales realistas como elementos de poder que participaron en la toma de decisiones políticas, además de conducir la guerra, alcanza a Mariano Ricafort Palacín. Fue uno más entre los militares que tras luchar contra Napoleón se trasladaron a América a partir de 1815. Durante su tiempo en el virreinato no solo fue una pieza fundamental en la defensa del Alto Perú y de la sierra central y sur, sino que ejerció cargos políticos en el gobierno regional (en Cusco y La Paz). Es, además, uno de los oficiales señalados por su crueldad hacia la población. Se han localizado dos referencias biográficas elaboradas desde perspectivas distintas. La primera es del militar, político e historiador peruano Manuel de Mendiburu, autor de un monumental *Diccionario histórico-biográfico del Perú* (1887), que incluye una larga entrada (pp. 70-74) sobre la actividad de Ricafort en el Perú en la que no obvia su dureza con los enemigos. La segunda es de un cronista local, Antonio Baso Andreu (1958), que pretende «la consagración» de un oscense desconocido con el ánimo «de equilibrar sus más altos valores, exaltar sus mejores prendas de moral y, ante todo, realzar su mérito indiscutible aunque nada más sirva de ejemplaridad para quienes cómo él vinieron al mundo en este mismo solar» (p. 266).

Su actividad en el Perú, entre 1815 y 1821, fue una etapa más de una larga e intensa trayectoria militar en la que se sucedieron los cargos y reconocimientos¹². Nacido en Huesca el 20 de febrero de 1776 y fallecido en Madrid en 1846, su primera intervención en una campaña militar se registra en 1793 contra la Francia revolucionaria, pero fue en la guerra de independencia cuando se afirmó en su carrera. Su principal centro de operaciones fue Extremadura, cuya defensa le valió el ascenso a capitán en 1808 y donde adquirió propiedades que mantuvo mientras estuvo lejos. En 1811 recuperó Badajoz, razón por la que Wellington le nombró gobernador militar de la ciudad, el primero de la larga secuencia de cargos político-militares que detentaría. En septiembre de 1814 ascendía a coronel con destino en el Regimiento de Infantería de la Legión Extremeña. Se trasladó

12 Baso (1958, pp. 299-300) reproduce una hoja de servicio del Archivo Histórico Militar de Segovia (hoy Archivo General Militar, AGMSeg) expedida en Arequipa el 31 de enero de 1820 por José Carratalá, en el mando accidental y, según el original que allí estaba depositado, una copia que luego sería ratificada en Madrid el 22 de diciembre de 1831. Además, se ha consultado otro documento con el mismo encabezado e igualmente del AGMSeg, Leg. R. 1073.

a América al terminar la guerra contra Napoleón alistándose voluntariamente en la expedición de Pablo Morillo que zarpaba de Cádiz el 17 de febrero de 1815 (Quintero, 2005)¹³.

Estuvo poco tiempo en Costa Firme. Su participación en la toma de la isla Margarita ha sido valorada de manera diferente según los autores. Según Baso (1958), «se lanzó con arrojo a la cabeza de sus hombres sobre la isla Margarita y expuso su vida en el incendio del navío *San Pedro de Alcántara*» (p. 280), lo que le valió que Fernando VII le nombrara segundo comandante de la cuarta división destinada al Perú. Salía en la fragata *Neptuno* vía Panamá el 5 de abril de 1815 con un contingente de 2000 hombres (del Batallón Extremadura más una compañía de artillería) y desembarcaba en el Callao el 14 de septiembre. Le acompañaban, entre otros, Espartero y Carratalá, con quienes compartiría acciones de guerra en la sierra.

A diferencia de otros oficiales que en el curso de la guerra recorrieron la costa y sierra del virreinato, el ámbito de actuación de Ricafort fue la sierra, con fugaces estancias en Lima y el Callao. Fue gobernador y presidente interino de la Audiencia del Cusco por nombramiento de Abascal de 4 de octubre de 1815 y ejerció el gobierno de La Paz desde octubre de 1816 (García Camba, 1846; Roca, 2007). Tras la pérdida de Chile, Pezuela le confió el mando del Ejército de Reserva de Arequipa, que detentaba a finales de julio de 1818. En julio de 1816 era promovido a brigadier¹⁴.

En el gobierno y en la guerra. Cusco, La Paz y Arequipa

En el gobierno del Cusco y La Paz se ocupó de recaudar fondos y reclutar efectivos para enviar a lugares requeridos del Alto Perú. También se encargó de imponer el orden, actuando con dureza, especialmente en La Paz. Al frente del Ejército de Reserva de Arequipa, una vez que Pezuela decidió que era prioritaria la defensa de Lima, su misión fue mantener las comunicaciones entre la sierra y Lima, repeler el avance del general Álvarez de Arenales y socorrer a la capital en caso necesario. Los testimonios de y sobre Ricafort permiten reconstruir algunos aspectos de la realidad social, política y militar en la que operó. Apenas se había instalado en

13 Sobre la trayectoria del Batallón Extremadura en el Perú, al que Ricafort estuvo vinculado, ver: Albi (1990), Luqui Lagleyze (1995) y, sobre todo, Pavón Soldevila (2013).

14 AGMSeg, documentos del teniente general don Mariano Ricafort, fol. 6 (citado en Baso, 1958, p. 281).

Cusco, dirigió una proclama a sus habitantes anunciando su propósito de enviar refuerzos al Alto Perú para contribuir a poner término a la desastrosa guerra que había destruido las mejores provincias del virreinato de Buenos Aires e interrumpido el comercio, privando a la ciudad de mercancías de las que antes disponía.

Se había encontrado un erario sin fondos, por lo que apelaba a la población con la certeza de que sacrificaría sus intereses y comodidades para salvar al país. Por su parte, él se encargaría de informar al virrey, «digno jefe de todos nuestros respetos», de la fidelidad de la ciudad¹⁵. Posteriormente se publicaron los nombres de los donantes y las cantidades, empezando por el propio Ricafort¹⁶. Hay que recordar que la ciudad aún estaba bajo las secuelas de los acontecimientos de 1814, sofocados por orden de Pezuela desde la comandancia militar del Alto Perú. Por eso buscó interlocutores que proporcionaran un testimonio amable sobre los españoles. Los encontró en un ciudadano del Cusco que relataría los beneficios que Ricafort había deparado a la ciudad, que había recuperado la tranquilidad y esplendor, y ganado en seguridad resguardada con tropas aseadas y disciplinadas. Singularizaba al segundo batallón de Extremadura, creado por Ricafort, que estaba bien equipado con 680 plazas de fusil y tres vestuarios, uno de marcha, otro diario para el ejército y el tercero de parada¹⁷.

Fue relevado de la presidencia del Cusco y pasó a desempeñar el gobierno político-militar de La Paz. Allí, el primero de diciembre de 1816, firmaba como gobernador intendente un documento que publicaba la *Gaceta del Gobierno de Lima* en la cual dejaba constancia de su diligencia en reunir el préstamo forzoso que había pedido el virrey para auxiliar al ejército. Lo había solicitado por bandos, a través de los curas en los sermones, y también «por amenazas»; el resultado había sido la recaudación de 161 200 pesos en plata labrada, más 35 000 pesos procedentes de Puno. Con esa cantidad, además, había pagado por un mes a arrieros que aseguraran el transporte de la plata hasta Potosí evitando el ataque de caudillos insurgentes¹⁸.

15 «Proclama de D. Mariano Ricafort Palacín y Abarca, coronel del regimiento de infantería ligera cazadores de Extremadura, comandante general de las armas de la provincia del Cusco y presidente de su Real Audiencia», en *Gaceta del Gobierno de Lima*, n.º 55. Lima, 11 de julio de 1816.

16 *Gaceta del Gobierno de Lima*, n.º 6. Lima, 22 de enero de 1817.

17 *Gaceta del Gobierno de Lima*, n.º 58. Lima, 23 de julio de 1816. Ver: Correspondencia de Pedro Antonio de Cernadas a José de La Serna y Martínez de Hinojosa, virrey del Perú, remitiendo un informe sobre los servicios que ha prestado Mariano Ricafort, brigadier y presidente interino que fue de la Real Audiencia del Cusco. Cusco, 13 de febrero de 1821, Archivo General de la Nación del Perú (AGNP) Superior Gobierno Colonial GO-C02, caja 214, exp. 4635.

18 *Gaceta del Gobierno de Lima*. Lima, 4 de enero de 1817.

Pero su principal cometido fue combatir a las republiquetas que alteraban el orden en Charcas. Por entonces, la estrategia del virrey Pezuela en la región consistía en organizar una gran ofensiva hacia Tucumán. Salta era una posición estratégica y, estando allí La Serna, los enemigos aprovecharon para tomar Tarija el 15 de abril de 1817. Desde Tupiza, Ricafort daba cuenta al virrey de la capitulación de la ciudad y del apoyo que los habitantes de las provincias daban a los caudillos, especialmente a La Madrid, que contaba con la connivencia de sus habitantes (Pezuela, 1947; García Camba, 1846). También se reportaba a La Serna, jefe del Ejército Real del Perú, el 3 de octubre. Había sabido que varios caudillos, entre ellos La Madrid, se habían reunido para atacarle y decidió pasar a la acción. Los derrotó y se hizo de un pingüe botín que detallaba lo siguiente: proclamas «seductivas», 12 carabinas, 2 cañones, 3 llaves, 3 sables, 60 caballos útiles, 3 cananás, 20 lomillos, 60 vacas y 600 ovejas. Los sucesivos partes de guerra de Ricafort sobre las operaciones en Charcas eran enviados por La Serna al virrey a lo largo de 1818. En uno de ellos, desde Cochabamba, el 9 y 16 de mayo informaba que dos caudillos de esa provincia se habían presentado pidiendo el indulto a cambio de favorecer el apresamiento de algunos de sus compañeros, así lo hizo Ricafort con resultados satisfactorios¹⁹.

La derrota de Maipú, el 5 de abril de 1818, que sentenció la pérdida de Chile y la posibilidad de que San Martín invadiera por mar el virreinato, llevó a Pezuela a redefinir su estrategia priorizando la defensa de Lima, en el entendimiento de que si se perdía la capital se perdía el Perú. Una de sus decisiones, que ahondaría en las diferencias con La Serna, fue la formación de un Cuerpo de Reserva de Arequipa que defendiera la línea del oriente de Charcas y que pudiera acudir a Lima o ayudar a La Serna si era atacado. Para comandarlo designó a Ricafort, que estaría a las órdenes directas del virrey y no de La Serna, quien mostró su desacuerdo en distintos comunicados y para hacerlo patente no envió para el refuerzo del Cuerpo los efectivos que le fueron exigidos²⁰.

El 31 de julio de 1818 Pezuela había confirmado a Ricafort que la capital estaba amenazada por tropas enemigas procedentes «del Reino de Chile». Para el virrey, de la seguridad de la capital dependía la suerte de América meridional y por eso había convocado una Junta de Guerra que decidió que marchara hacia Lima un batallón del Ejército de Reserva. Ricafort reunió al gobernador intendente de Arequipa Juan Bautista Lavalle, al comandante general de caballería Melchor

19 *Gaceta del Gobierno de Lima*, n.º 44. Lima, 11 de julio de 1818.

20 Ver: Pezuela (1947), García Camba (1846), Paz Soldán (1868) y Albi (1990 y 2009).

José Lavín y al jefe del estado mayor Joaquín Oliveras²¹, quienes dispusieron que se aprestaran de inmediato víveres y aguadas para que, cuando llegaran los buques que se esperaban de Talcahuano y de Lima, se trasladara el batallón de Granaderos y Escuadrón de Cazadores de Arequipa, ambos cuerpos de reciente creación. Advertían al virrey que carecían del armamento y otros recursos; que, debido a ello, los reclutas no habían podido hacer instrucción, por lo que no iban preparados; y que tampoco había suficientes caballos. Además no irían europeos porque apenas había 120 pertenecientes al batallón Extremadura y 40 al de Dragones que se necesitaban en Arequipa²².

El 8 de septiembre de 1820 San Martín desembarcaba en Pisco. El Ejército de Reserva de Arequipa se movilizaría y Ricafort tendría una actuación decisiva en el cumplimiento de las instrucciones de Pezuela de enviar refuerzos a Lima y neutralizar la primera campaña del general Juan Antonio Álvarez de Arenales que, entre el 4 de octubre de 1820 y el 8 de enero de 1821, fracasadas las negociaciones de Miraflores, penetró en la sierra. El 31 de octubre Arenales estaba en Huamanga y tras apoderarse del estratégico puente de Mayoc se dirigió al pueblo de Pampas y luego al valle de Huancayo. El 21 de noviembre estaba en Jauja y de ahí pasaba a Tarma. El siguiente objetivo era Cerro de Pasco, donde se halló el 6 de diciembre. A finales de mes emprendía el regreso a la costa para reunirse con el grueso del ejército de San Martín (García Camba, 1846; Albi, 1990). Al conocer la noticia, Pezuela ordenó a Ricafort que se dirigiera a Lima lo más rápidamente posible siguiendo el camino más corto y sin importar que en la marcha se perdieran caballos, bagajes y equipajes. El 11 de enero de 1821 Ricafort entraba en la capital²³. Al día siguiente hacía llegar al virrey un informe con propuestas concretas sobre los pasos que en su criterio se podrían seguir. Entendía que era fundamental que él controlara la provincia de Tarma y mantener así la comunicación entre Lima y las provincias del interior. «Desmembrado el Ejército del Alto Perú», era necesario que el contingente del Cusco se uniera a sus fuerzas y que se reorganizaran distintos efectivos, especialmente los de Huancavelica y

21 Sobre Juan Bautista Lavalle, ver: Mazzeo (2009). Joaquín Oliveras pertenecía a la legión Extremadura y se trasladó al Perú junto a Ricafort, habría sido un hombre cercano a Espartero (Pavón Soldevila, 2013). Melchor José Lavín había sido ayudante del virrey Liniers hasta que se trasladó al Alto Perú a combatir a los insurgentes. En abril de 1816 participó en la toma de Tarija y allí protagonizó episodios violentos. Fue destinado a la guarnición de Arequipa. Participó en un intento de motín y Ricafort dispuso en octubre de 1820 su traslado al Cusco, donde fue sometido a juicio. Un nuevo intento de conspiración terminó con su muerte (Bischoff, 1968).

22 Mariano Ricafort al virrey Pezuela. Arequipa, 16 de agosto de 1818 (Denegri Luna, 1971, p. 34).

23 Joaquín de la Pezuela, Expediente Personal. AGM Segovia, copia AGM Madrid Personal, sección primera Personajes Célebres, caja 133, exp. 1 (citado en Torata, 1896, pp. 143-146).

Huamanga. Solicitaba que se le enviaran fusiles, espadas y caballería, de los que se carecía porque habían quedado arrasados en los enfrentamientos contra los enemigos. También era oportuno que se restituyeran a sus diócesis los obispos del Cusco y Huamanga, ya que así los párrocos tendrían un referente necesario, porque su doctrina influía en los pueblos. Se debía premiar por su lealtad a los pueblos de Huanta y Huancavelica para dar ejemplo, «pues estoy convencido que el premio y el castigo son los únicos resortes que pueden proporcionar algunas ventajas en la actual crisis». Por fin, pedía auxilios para su compañero de armas José Carratalá. Sobre esas bases, y si el virrey lo disponía, se dirigiría con toda celeridad a la capital²⁴. Pezuela siguió sus advertencias y en consecuencia dispuso que saliera enseguida —el 13 de enero— para continuar al mando del Cuerpo de Reserva (Pezuela, 1947).

Ricafort no intervino en el pronunciamiento de Aznapuquio y no se manifestó al respecto. Desde la sierra atendió a las órdenes del nuevo mandatario y realizó una serie de movimientos en las provincias de Huancavelica y Jauja. De ahí se encaminó a Tarma y Pasco para dirigirse de nuevo a Lima, dejando a Carratalá al mando. En el trayecto, bajando a Canta, fue hostilizado por guerrillas e indios y el 25 de abril fue herido de gravedad y trasladado a Lima en una camilla. Tras la salida de La Serna se refugió en el Callao y tuvo lugar entonces un extraño acontecimiento. San Martín había sido informado de que a consecuencia de la evacuación por las tropas españolas el brigadier se había retirado al castillo del Callao para curar sus heridas. Lo consideraba un jefe valiente y de dilatados servicios y por eso tenía derecho a ser protegido. Lo invitó a trasladarse a la capital a curarse y le ofreció proporcionarle la seguridad y los auxilios que necesitara. Una vez restablecido, se le permitiría marchar libremente al destino que eligiera²⁵. Ricafort aceptó la propuesta, pero al tener noticia de que el realista Canterac se dirigía a Lima entendió que su vida peligraba y preparó su fuga.

No volvió al campo de batalla. Dejaba el Perú herido, sin recursos y de una manera que no se correspondía con la trayectoria de un oficial que había cosechado victorias y reconocimiento. Dos documentos cruzados, uno de Ricafort y el otro de Pezuela, reconstruyen momentos y situaciones que profundizan en su experiencia peruana. Ambos se encontraban en Río de Janeiro después de su salida clandestina y arriesgada. Ricafort firmaba, el 21 de noviembre de 1821, la *Memoria del general Mariano Ricafort sobre las ocurrencias de Lima a la llegada del*

²⁴ Ricafort al virrey Pezuela. Lima, 12 de enero de 1821 (Barra, 1971, pp. 290-293).

²⁵ *Los Andes Libres*, n.º 2. Lima, 31 de julio de 1821.

general de los insurgentes San Martín y sobre el estado general de Chile y del Perú, con el propósito de que llegara al conocimiento del rey su versión sobre la situación del virreinato y que supiera que siempre había actuado en el cumplimiento del deber, anteponiendo a todo la lealtad a la Corona y a la nación. No era optimista acerca de la Lima que dejaba. Su opinión era que la población estaba a favor de la independencia, que apenas San Martín desembarcó en Pisco recibió cartas de adhesión y sometimiento; que si las provincias del Cusco, Arequipa, Potosí, La Paz y Cochabamba se mantenían pasivas cuando él salió de Lima, no sabía cuál había sido su reacción al conocer la ocupación de la capital por San Martín, porque entendía que su aparente tranquilidad dependía «únicamente del temor a la fuerza y de la política de los jefes, que con sagacidad procuraban distraerles». Hacía referencia al «europeo» Arenales que en sus incursiones por las provincias centrales introdujo «la más horrorosa insurrección en ellas», y alababa «el celo infatigable» de Pezuela que había evitado que los enemigos llegaran hasta el Cusco.

Hacía un balance de su actuación una vez que La Serna asumió el mando y San Martín tomó posiciones en el cerco a Lima. Siguiendo órdenes del nuevo virrey, se había movido en auxilio de la capital desde su posición en las provincias centrales de Tarma, Huancavelica y Huamanga, al frente del Cuerpo de Reserva que había dirigido desde su creación. Había sido herido de bala en un encuentro con el enemigo en Canta, refugiándose en el Callao, bastión español tras la ocupación de la capital por San Martín. Fue herido nuevamente y dejado por muerto en un ataque sorpresa sobre la plaza. Como se encontraba en estado crítico decidió «admitir la garantía que el general San Martín le había ofrecido con anterioridad» para que se repusiera de la primera herida. Se movió entonces a Lima con el permiso del gobernador del Callao La Mar y de la Junta de Generales. Sin embargo, a los cinco o seis días tuvo conocimiento de que se aproximaba el general Canterac y que el ejército enemigo se preparaba a hacerle frente con el concurso «de la plebe y todas las castas» y el silencio «de las gentes de clase». Como advirtió que su vida estaba en riesgo, decidió fugarse buscando la protección del pabellón británico «que me admitió con la mayor generosidad y me ha conducido a este punto», es decir, a Río de Janeiro.

Lima se había mantenido tranquila «a pesar de las sagaces maquinaciones del enemigo». Pero los habitantes, una vez que se vieron abandonados por las tropas españolas, ya fuese porque siempre estuvieron conformes en su interior con las ideas generales de la independencia, ya por los efectos de la «vastísima plebe» y «esclavitud», ya por la escasez de recursos, manifestaron el mayor entusiasmo ha-

cia San Martín, «pero principalmente a la independencia». Debido a sus heridas, no participó en asuntos políticos ni militares, pero consideraba que la decisión de dejar la capital fue acertada porque se afianzaría la defensa del interior. No quería silenciar el estado en el que había dejado a «los desgraciados europeos que existían en Lima, que fueron perseguidos “tumultuosamente”» el día de la conmoción general que se originó por la aproximación de Canterac. Tampoco quería omitir que, antes de la retirada del virrey, San Martín le había propuesto la independencia reconociendo una testa coronada de una familia real; a cambio España obtendría ventajas comerciales o de otra clase que acordarían San Martín, el rey, el Gobierno y las cortes. Ricafort sugería la conveniencia de que el gobierno mandara «nuevos diputados de elevado talento, política y sagacidad con amplísimas facultades» para poner término a tantos males²⁶. En cualquier caso, como militar, consideraba que ese tipo de propuestas tenían el riesgo de poner al Ejército del rey en un compromiso. Y como militar terminaba afirmando que era «de toda exigencia» que desde España se ayudara al virrey del Perú tanto con buques como con infantería y caballería²⁷. La *Memoria*, dirigida al secretario de Guerra, fue transportada por el navío de guerra Owen Glen Dower y llegó al ministro español en Londres, Luis de Onís, que agradecía al gobierno británico el trato que su Marina había dado al brigadier Ricafort y demás españoles que le acompañaron en la penosa situación en que se encontraban en Valparaíso²⁸.

En un momento de incertidumbre, Ricafort encontraría en Pezuela un apoyo y un posible valedor. Atendiendo a su petición, el primero de diciembre de 1821 Pezuela hizo un escrito en que hacía constar los servicios prestados por Ricafort desde el Alto Perú hasta que pasó a la provincia de Arequipa para formar su ejército de reserva, el cual dirigió durante tres años y medio. Cuando San Martín desembarcó en Pisco, se puso en movimiento para encontrarlo, impidiendo que Arenales, que se había «desparramado» sobre Huamanga, se internase en la provincia del Cusco, obteniendo victorias en Huamanga y Morochuco, entre otras. En Huancayo hizo frente a un contingente enemigo de más de 12 000 hombres y los batió completamente. También se empleó en la provincia de Tarma contra el coronel Gamarra que había superado los Andes. Siguiendo la estrategia diseñada por Pezuela, reunió milicias y logró una sucesión de victorias, arrebatando armas a los enemigos. «Este jefe infatigable ejecutó las operaciones realizando

26 Se estaba refiriendo a las negociaciones de Punchauca (Martínez Riaza y Moreno Cebrián, 2014).

27 Archivo General Militar de Madrid, Sección de Ultramar, Ministerio de Guerra, Sg. 5590, 18.

28 Londres, 23 de enero y 26 de febrero de 1822. AGI, Estado, 104.

grandes marchas por terrenos escabrosos, cordilleras y ríos, sin cesar en ningún momento». Fue herido gravemente y conducido a Lima, «en ocasión de hallarme yo violentamente despojado del mando». Después supo que estaba en el Callao curándose y que fue «nuevamente sacrificado» en una incursión que intentaron los enemigos sobre la plaza, por lo que tuvo de nuevo que pasar a Lima «con garantía de Sanmartín y anuencia de la Junta de Generales en vista del riesgo en que se hallaba porque se estaba asesinando a todos los europeos». Pudo evadirse arrojando peligros inexplicables y abandonando todo su equipaje. Pezuela le vio llegar a Río convertido en un cuadro lastimoso²⁹.

Pasado el tiempo, el 2 de abril de 1825, a punto de embarcar en Cádiz para hacerse cargo del gobierno de Filipinas, mostraba satisfacción porque se había solucionado un asunto pendiente desde su estancia en el Cusco: el rey había resuelto que le fueran reembolsadas por las cajas reales de Manila las cantidades que había suministrado al ejército del Perú «en efectivo y plata labrada», lo que le iba a permitir «satisfacer a los distintos acreedores que en circunstancias perentorias me facilitaron intereses». El 8 de febrero de 1825, Ricafort había escrito al secretario de Estado del despacho de Hacienda, explicándole que ese préstamo a la Real Hacienda lo hizo ante «las privaciones» que sufrían los soldados en el virreinato del Perú, además de entender que esta circunstancia le facilitaba «dar un público testimonio de que mi gloria se cifraba en mantener aquel hermoso ejército»³⁰. Adjuntaba un ejemplar de la *Gaceta del Gobierno de Lima* del sábado 10 de julio de 1819, en que se publicaba una carta que había dirigido desde Arequipa el 24 de marzo de 1819 al virrey del Perú dando detalles del préstamo por el que no buscaba agradecimiento, sino «aumentar el número de buenos vasallos: he aquí la recompensa y la idea más halagüeña que ocupa mi fantasía». La otra deuda la había contraído en Río de Janeiro, cuando, al no tener recursos para regresar a España, se vio obligado a solicitar a acreedores cantidades que no había podido pagar al no haber recibido sus salarios desde junio de 1820. Le daba la razón Antonio Luis Pereyra, encargado «confidencial e interinamente» de los negocios de España y su consulado en la corte del Brasil, que hacía constar que el 17 de noviembre de 1821 había llegado Ricafort «desproveído de todo auxilio y equipaje», con una «muy grave herida de bala en una pierna, que anunciaba el mayor riesgo de su vida, y convaleciente de otras varias en la cabeza y rostro», que al carecer de medios su legación no había podido «suministrarle cantidad algu-

29 AGMSeg, sección 1.ª Leg. R. 1073.

30 AGI, Ultramar 599.

na», por lo que hubo de «empeñarse considerablemente, al crecido pero corriente interés de este país, de un 12%» (Río de Janeiro, 16 de marzo de 1822)³¹.

La crueldad ¿«justificada»?

Ricafort, junto con José Carratalá y Juan Antonio Monet, es uno de los oficiales sobre los que pesaron acusaciones de crueldad hacia la población de la sierra. Así lo ha recogido cierta historiografía, desde la obra pionera de Mariano Felipe Paz Soldán (1868)³². Dos escenarios, La Paz y la sierra durante la guerra contra Arenales, permiten calibrar el alcance de esta imputación. Como gobernador intendente y comandante general de la provincia de La Paz, Ricafort se había dedicado a afianzar el orden imponiendo castigos ejemplares a quienes lo infringieran. El 16 de enero de 1817 escribía al virrey una lista de los nombres de los afectados con las correspondientes sentencias, y pedía que se publicaran en la *Gaceta* para que sirviera de ejemplo³³. Detrás de esta nota protocolaria había una trama compleja de sangre y venganza, cuyo origen había que buscarlo en los acontecimientos sucedidos en la ciudad en 1814. El entonces gobernador marqués de Valde Hoyos trató de impedir que entraran en la ciudad «revolucionarios» procedentes del Cusco y para ello militarizó calles y edificios. No pudo detenerlos y los enfrentamientos y una inexplicable explosión acabó con la vida de varios de los levantados. En respuesta, el 28 de septiembre una muchedumbre asesinó a palo y cuchillo al gobernador y otros realistas. La insurrección, como la del Cusco, fue sofocada por Juan Ramírez, siguiendo órdenes de Pezuela, entonces comandante general del Alto Perú (Roca, 2007).

Ricafort terminó la tarea. Al poco tiempo de llegar a La Paz, el 6 de noviembre de 1816, «Tan astuto y vigilante como implacable en su rigor estableció un consejo militar para aterrar con pronto castigos y dispuso que lo presidiese el teniente coronel Carratalá que le igualaba sino le excedía en actos de crueldad». Hizo fusilarlos por la espalda, atados a las columnas de la Casa del Cabildo, y los colgó después en la horca a Joaquín Leiva, Manuel Paredes, Tiburcio Guaracui, Valentín Oré, Vicente Velacopa y Sebastián Castilla. Los días 7 y 11 fueron pasados por las armas otros sospechosos. Los ajusticiamientos fueron crueles, con

31 AGI, Ultramar 599.

32 Es la línea que sigue Mendiburu (1887). En contrapartida, desde el otro lado, García Camba (1846) obviaba cualquier atisbo de dureza en su acción militar.

33 *Gaceta del Gobierno de Lima*. Lima, 12 de febrero de 1817.

descuartizamientos y cabezas colocadas en los caminos. En total, el número de castigados pudo ascender a 83 (Mendiburu, 1887).

Un largo documento que Ricafort dirigía a Pablo Morillo desde La Paz el 2 de enero de 1817 descubría luces y sombras de su comportamiento. Le relataba que, siguiendo su ejemplo, había gobernado La Paz poniendo orden en todos los ramos. Había castigado a los infames asesinos del gobernador marqués de Valde Hoyos y otros europeos y realistas que habían dado su vida por el rey el desgraciado día 28 de septiembre de 1814. Aunque la matanza fue obra de una multitud, Ricafort instaló una corte marcial para juzgar a una treintena de acusados, que sufrieron prisión, confiscación de bienes y destierro, y algunos fueron fusilados atados a postes y ahorcados. La causa fue instruida por José Carratalá y se celebró en la misma sala del cabildo donde en 1814 se habían perpetrado los crímenes. En el documento adjuntaba la sentencia con los pormenores de cómo se habían llevado a cabo las ejecuciones los días 6, 7 y 11 de noviembre (Roca, 2007)³⁴.

La fama de hombre cruel le acompañaría a Arequipa. Un anónimo que circuló por la ciudad provocaba su reacción y la de sus subordinados, que asumían su defensa ante el virrey. El 17 de marzo 1819, Ricafort escribía a Lavín, primer jefe de caballería del Ejército de Reserva, para agradecer a los jefes y compañeros de cuerpo, la *Memoria* que habían redactado rechazando el mencionado anónimo. Estaba fechada el 6 de marzo y encabezaba la lista de firmantes el coronel José Carratalá. Los oficiales hacían causa común con su superior, un hombre

que nació para mandar porque la naturaleza le había dotado de cualidades excepcionales: una cuna ilustre, una salud robusta, destreza en los ejercicios del cuerpo, espíritu vivo y penetrante adornado de conocimientos exquisitos: un ingenio perspicaz y sublime, tan propio para el manejo de asuntos políticos como para el gobierno militar: alma grande y generosa: una afabilidad que se concilia todos los afectos y todos los respetos: en fin un lenguaje persuasivo y encantador que arrastra todos los corazones: cualidades tan bellas le forman hombre raro y amable. La Nación le ciñó la espada. Fiel a sus juramentos ha vivido 26 años sujeto a los toques del Tambor.

En el Perú había luchado con la inclemencia y «con los riesgos continuados de unos insurgentes osados y veleidosos». Había sido encomiable su labor en el Cusco, donde había levantado «asilos de seguridad», unas instituciones sabias que

34 El documento se puede consultar en el Archivo Nacional de Bolivia.

habían llevado la paz en medio de los estragos de la guerra. Cuando terminaba de restañar las heridas que la destructora revolución había infringido a la ciudad y logró recaudar una suma de 400 000 pesos para el ejército, fue destinado a La Paz, donde castigó a los asesinos del 28 de septiembre de 1814. Ricafort exigía justicia, pero también practicaba la magnanimidad haciendo suya la frase de Artajerjes «no debe emplearse la espada sino cuando el castigo más suave no produce el mismo efecto». Sus sentencias siempre se ajustaban a ley; sus subordinados habían visto rodar cabezas sobre el cadalso, pero también le habían visto descender de su tribunal para consolar al condenado y reparar en lo posible a su familia. Además, era sabido que en ocasiones había mediado ante el virrey y obtenido el perdón para el delincuente³⁵.

Según Paz Soldán (1868), mostró su dureza durante la campaña de Arenales. Siguiendo los pasos del general patriota, ocupó pueblos en los que había estado Arenales «y en castigo del entusiasmo que manifestaron en favor de la Patria, cometió atentados y crueldades que parecerían increíbles si hasta hoy no existieran las ruinas de los pueblos incendiados y los hijos de los que fueron víctima de su tiranía» (pp. 126-127)³⁶. En sus movimientos por la sierra dio igualmente pruebas de crueldad. El 29 de noviembre de 1820 los indios de Huamanga habían intentado batirlo y en respuesta hizo una verdadera carnicería en las cercanías de Cangallo, pueblo que luego saqueó e incendió (Otero, 1932)³⁷.

Los ecos de estos episodios llegaron a Lima, donde Ricafort encontró cobertura en la prensa oficial del virreinato. Un comunicado sin firma al editor de *El Triunfo de la Nación* lo reivindicaba frente a las acusaciones de la prensa patriota de que su corazón era «bárbaro» y su alma «cruel». Su participación en defensa de la causa española había sido sobresaliente, «sus marchas brillantes», «sin ellas y su fina política, la revolución habría ya minado hasta los fundamentos de los pueblos y ciudades por donde ha hecho sus campañas». Además, se preocupaba de aminorar los males de la guerra anticipando indultos y dictando providencias oportunas y enérgicas. Para reforzar sus argumentos, el comunicante acompañaba tres documentos. El primero era una orden de Ricafort del 12 de marzo de 1821, con motivo de que la tropa había quemado dos ranchos del pueblo de Tongos y había saqueado una que otra casa en Huancayo: «Hechos repetidos con

35 *Gaceta Extraordinaria del Gobierno de Lima*. Lima, 16 de abril de 1819.

36 García Camba (1846, pp. 340-342) narra el mismo episodio, sin mencionar que hubiera atisbo alguno de crueldad.

37 Cangallo fue el lugar de la provincia de Huamanga donde, a finales de 1821, José Carratalá protagonizó una acción de una crueldad sin precedentes que la historiografía ha recogido sin ambages.

infracción de mis órdenes, sensibles a mi carácter, contrarios al honor de las armas y opuestos a la política de los pueblos, me han obligado a expedir esta orden general que protesto hacer cumplir con la firmeza del honor comprometido». Los consideraba excesos que bastaban «para exasperar mi sufrimiento, excitar mi indignación y atraernos el odio de los pueblos», porque contravenían la causa general que sostenían las armas del rey, de la que en última instancia él era responsable, por lo que no temblaría en castigar a oficiales y soldados que cometieran cualquier tipo de vejaciones. El segundo era una orden al comandante Ramírez para que identificara al agresor de una mujer encontrada muerta y mutilada en el camino de Chongos³⁸. El tercero era una proclama a los habitantes de Colca después de haber pasado por las armas al agresor de la mujer que se mencionaba en el documento anterior.

Colcanos [sic]. El cadáver lastimoso de una mujer que hallé ayer sobre la marcha mezclado «con los de los indios revoltosos», excitó mi compasión, y di inmediatamente una orden terminante, bajo la imposición del castigo más severo, al que incurriese en igual delito; ese cadáver que os dejo en la plaza, es el de un soldado víctima de la infracción de mi orden, que fue el bárbaro agresor. Vosotros quedáis satisfechos con la imposición del justo castigo, pero yo no lo quedaré hasta saber si le habéis dado sepultura eclesiástica, de lo que os haré responsables a mi vuelta.³⁹

El editor de *El Triunfo de la Nación* se sumaba a las alabanzas y reivindicaba el honor de las «armas nacionales», pero advertía que, si se presentaban pruebas de la crueldad de un militar, en este caso Ricafort, también se harían públicas⁴⁰. En contrapartida, la prensa patriota hacía su campaña de deslegitimación. En un documento que había sido interceptado por los independentistas, Ricafort pedía al rey que le concediera la Orden de Isabel la Católica en premio a los servicios que había hecho desde que llegó a América, según el comunicante, «con el hombre más cruel que ha nacido en España D. Pablo Morillo», cuya conducta Ricafort había imitado fielmente⁴¹.

38 Ricafort a Mateo Ramírez. Colca, 28 de marzo de 1821.

39 Colca, 29 de marzo de 1821.

40 *El Triunfo de la Nación*, n.º 34. Lima, 8 de junio de 1821.

41 *El Pacificador del Perú*, n.º 2. Huaura, 20 de abril de 1821.

A modo de balance

Ricafort puede incluirse entre los llamados «Ayacuchos» porque, aunque como el general Espartero a quien se debe el nombre, dado por sus enemigos políticos, no estuvo en la «desgraciada batalla» de la Pampa de Quinua el 9 de diciembre de 1824, participó en las guerras carlistas del lado de la regente María Cristina y luego de Isabel II contra las aspiraciones del pretendiente absolutista y hermano de Fernando VII, don Carlos. Como otros de sus compañeros de armas en el Perú alternó cargos de alta responsabilidad con tiempos de cuartel en función de las alternativas políticas que se sucedieron en la España de la primera mitad del siglo XIX. El primer encargo de importancia fue el de gobernador y capitán general de Filipinas, del 15 de octubre de 1825 al 23 de diciembre de 1830; el segundo fue la capitanía general de Cuba, que ejerció desde marzo de 1832 al 7 de marzo de 1834 en que fue destituido⁴².

En el Perú afianzó relaciones que ya venían de antes e inició otras. No interrumpió su vinculación con Pablo Morillo, en cuya expedición se alistó voluntariamente. Pero su principal compañero de armas fue José Carratalá, con quien se había trasladado a Costa Firme y después al Perú. Con él compartió acciones de guerra en la sierra y protagonizó algunos episodios de crueldad hacia la población. También coincidió con Espartero que, mientras gozó de poder, le encumbrió en destinos privilegiados. Mantuvo buenas relaciones con el virrey Pezuela y no se pronunció cuando fue depuesto en Aznapuquio. Ello no fue impedimento para que, como militar, acatara la cadena de mando y siguiera las órdenes de su superior en el Alto Perú y después virrey La Serna.

Su historia es la de uno más de tantos militares realistas cuyo rastro ha sido apenas atendido a pesar de que los documentos lo permiten. Es un eslabón más de una trama de hombres que detentaron cargos políticos y tuvieron capacidad de decidir sobre el curso de la guerra. Su reconstrucción, desde las herramientas metodológicas de las biografías relacionadas, permitiría avanzar, desde una de las múltiples posibles miradas, la de los oficiales, en el descubrimiento de las dinámicas del proceso de la independencia del Perú.

42 Sobre el gobierno de Ricafort en Filipinas, ver: Martínez Riaza (2016).

Bibliografía

- ALBI, Julio (1990). *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- ALBI, Julio (2009). *El último virrey*. Madrid: Ollero y Ramos.
- ANNA, Timothy E. (1986). *España y la Independencia de América*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ANNA, Timothy E. (2003). *La caída del gobierno español en el Perú. El dilema de la independencia*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BASO ANDREU, Antonio (1958). «Un oscense casi olvidado: Mariano Ricafort Palacín». *Argensola*, (36), 265-302.
- BARRA, Felipe de la (1971). *Juntas de Guerra (1820-1821)* (tomo VI, volumen 3). Lima: Comisión Nacional para el Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- BISCHOFF, Efraín U. (1968). «Melchor José Lavín: un hombre en la borrasca». *Trabajos y Comunicaciones*, (18), 67-106.
- CONTRERAS, Carlos y Luis Miguel GLAVE (eds.) (2015). *La independencia del Perú. ¿Concedida, conseguida, concebida?* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- COSTELOE, Michael (1989). *La respuesta a la Independencia. La España imperial y las revoluciones hispanoamericanas, 1810-1840*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DENEGRI LUNA, Félix (1971). *Defensa del Virreynato* (tomo VI, volumen 1). Lima: Comisión Nacional para el Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- GARCÍA CAMBA, Andrés (1846). *Memorias del general García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú* (2 volúmenes). Madrid: Establecimiento Tipográfico de D. Benito Hortelano.
- HAMNETT, Brian R. (1985). *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HAMNETT, Brian R. (2011). *Revolución y contrarrevolución en México y el Perú. Liberales, realistas y separatistas, 1800-1824*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LUQUI LAGLEYZE, Julio Mario (1995). *El ejército realista en la guerra de independencia. Estudio orgánico y sociológico del ejército real*. Buenos Aires: Instituto Nacional Sanmartiniano.
- MARKS, Patricia H. (2007). *Deconstructing Legitimacy. Viceroy, merchants, and the military in Late Colonial Peru*. Pensilvania: The Pennsylvania State University Press.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2014). «Poder político y poder militar. Los oficiales españoles en la independencia del Perú, 1820-1824». En *Perspectivas y novedades de la Historia Militar: una aproximación global* (tomo II) (pp. 877-897). Madrid: Ministerio de Defensa.

- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2016a). «“Donde dije digo...”». El gobierno del Perú y el cambio político en España, 1820-1833». En Encarna Monerris, Ivana Frassetto y Carmen Monerris (eds.), *Cuando todo era posible. Liberalismo y antiliberalismo en España e Hispanoamérica (1740-1842)* (pp. 95-126). Madrid: Sílex.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2016b). «Ayacuchos en el Gobierno de Filipinas (primera mitad del siglo XIX)». En Salvador Bernabéu Albert, Carmen Mena García y Emilio Luque Azcona (coords.), *Filipinas y el Pacífico. Nuevas miradas, nuevas reflexiones* (pp. 485-516). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión y Alfredo MORENO CEBRIÁN (2014). «La conciliación imposible. Las negociaciones entre españoles y americanos en la independencia del Perú, 1820-1824». En Ascensión Martínez Rianza (ed.), *La independencia inconcebible. España y la «pérdida» del Perú (1820-1824)* (pp. 99-211). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú / Instituto Riva Agüero.
- MAZZEO, Cristina (2009). «Los nudos de la desunión: conflictos y divergencias en la dirigencia del ejército realista durante la emancipación del Perú, 1810-1824». *Revista de Indias*, 69(247), 105-136.
- MENDIBURU, Manuel de (1887). *Diccionario histórico-biográfico del Perú* (tomo VII). Lima: Imprenta J. Francisco Solís.
- OSSA SANTA CRUZ, Juan Luis (2014). *Armies, Politics and Revolution. Chile, 1808-1826*. Liverpool: Liverpool University Press.
- OTERO, José Pacífico (1932). *Historia del libertador don José de San Martín* (tomo III). Buenos Aires: Cabaut y Cía.
- PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe (1868). *Historia del Perú independiente. Primer período, 1819-1822*. Lima: Imprenta de Alfonso Lemale.
- PAVÓN SOLDEVILA, Ignacio (2013). «La Leal Legión Extremeña y su aventura ultramarina (1815-1824)». En Felipe Lorenzana de la Puente (coord.), *España, el Atlántico y el Pacífico y otros estudios sobre Extremadura. v Centenario del Descubrimiento de la Mar del Sur (1513-2013)* (pp. 219-236). Llerena: Sociedad Extremeña de Historia.
- PERALTA, Víctor y Marta IRUROZQUI (2014). «Locos adoradores de Fernando. Pedro Antonio de Olañeta y el liberalismo hispánico en Charcas (1821-1825)». *Anuario Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos*, (20), 44-88.
- PEZUELA, Joaquín de la (1947). *Memoria de Gobierno, 1816-1821*. Sevilla: Escuela de Estudios Hispanoamericanos.
- PUNTE BRUNKE, José de la (2012). «Todo fue atolondramiento, todo confusión. Los militares realistas en la guerra de independencia del Perú y sus desavenencias». En Carmen Mc Evoy, Mauricio Novoa y Elías Palti (eds.), *En el nudo del imperio. Independencia y*

- democracia en el Perú* (pp. 187-206). Lima: Instituto de Estudios Peruanos / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- QUINTERO SARAVIA, Gonzalo (2005). *Pablo Morillo. General de dos mundos*. Bogotá: Planeta.
- ROCA, José Luis (2007). *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*. La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural.
- SOBREVILLA PEREA, Natalia (2012). «Ciudadanos en armas: el ejército y la creación del Estado, Perú (1821-1861)». En Juan Carlos Garavaglia, Juan Pro Ruiz y Eduardo Zimmermann (eds.), *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina, siglo XIX* (pp. 161-182). Rosario: Prohistoria.
- THIBAUD, Clément (2003). *Repúblicas en armas. Los ejércitos bolivarianos en la guerra de independencia en Colombia y Venezuela*. Bogotá: Planeta / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- TORATA, Conde de (1896). *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú* (tomo III). Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- TORATA, Conde de (1898). *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú* (tomo IV). Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos.
- WAGNER DE REYNA, Alberto (1985). «Ocho años de La Serna en el Perú. (De la “Venganza” a la “Ernestine”)». *Quinto Centenario*, (8), 37-59.

De emigrado a rebelde: José Canterac, un militar indeseable en busca de la identidad perdida

Isabelle Tauzin-Castellanos

Université Bordeaux Montaigne

Institut Universitaire de France

RESUMEN

José de Canterac, hijo de emigrados contrarrevolucionarios franceses, llegó a ser un oficial modelo de los reales ejércitos de Fernando VII. Fue enviado al virreinato del Perú para luchar contra los insurgentes. Después de obedecer durante más de tres años, en 1821 formó parte del grupo de altos oficiales que obligaron al virrey a renunciar, en el primer golpe militar de la historia del Perú. Los años siguientes tampoco fueron favorables para una recuperación histórica de la figura de Canterac, pues firmó las capitulaciones de Ayacucho, con las que España perdió la América continental. Canterac regresó a Francia en 1825 e intentó acercarse a Fernando VII. En esta biografía, los informes y cartas de diversas fuentes, todos ellos escritos olvidados, ayudarán a la presente investigación a participar en la construcción de una historia renovada de las independencias, por encima de las limitaciones de las historias nacionales.

Palabras clave: Independencia del Perú, Canterac, Revolución francesa, Ayacucho, historia militar

RÉSUMÉ

Fils d'émigrés contre-révolutionnaires français, Canterac est arrivé à être un officier modèle des armées royales de Ferdinand VII. Il fut envoyé au Pérou pour combattre les insurgés. Après avoir obéi pendant plus de trois années, en 1821 il fit partie du groupe des officiers supérieurs qui ont obligé le vice-roi à se démettre, dans le premier coup d'État de l'histoire du Pérou. Les années suivantes ne sont pas favorables à une récupération historique du personnage de Canterac, parce qu'il a signé la capitulation d'Ayacucho, par laquelle l'Espagne a perdu l'Amérique continentale. Canterac est retourné en France en 1825 et a essayé d'approcher Ferdinand VII. Dans cette biographie, les rapports et les lettres de diverses sources sont autant d'écrits longtemps oubliés grâce auxquels la présente recherche veut prendre part à la construction d'une histoire renouvelée des indépendances, au-delà des limites des histoires nationales.

Mots clés : Indépendance du Pérou, Canterac, Révolution française, Ayacucho, histoire militaire

ABSTRACT

Son of French counterrevolutionary emigrants, Canterac came to be a model officer of the Royal army of Fernando VII. He was sent to the viceroyalty of Peru to fight the insurgents. After obeying for more than three years, in 1821 he was part of the group of senior officers who forced the viceroy to renounce, in the first coup in the history of Peru. The following years were not opportune for rewriting the history of the figure of Canterac, as he had signed the capitulation of Ayacucho because of which Spain lost continental America. Canterac returned to France in 1825 and tried to approach Fernando VII. In this biography the forgotten reports and letters from various sources will help the present research to take part in the construction of a renewed history of independence, beyond the limitations of national histories.

Keywords: Independence of Peru, Canterac, French Revolution, Ayacucho, military history

Interesarse por José Canterac es volver a unas fuentes a menudo descuidadas, pues la historiografía latinoamericana ha enfocado la construcción de la historia de la independencia en base a escritos patrióticos y privilegiando la afirmación nacional con fines educativos. Aquí se intenta completar ese acercamiento acudiendo a otra versión de los hechos, igualmente trunca, a partir del dossier del Archivo Militar de Segovia¹ y documentos comunicados por Ascensión Martínez Riaza, cuyo punto de vista es compartido sobre la confusión de nombres existente en la versión popular peruana de la independencia, que condena a Canterac como represor encarnizado, al igual que a otros oficiales españoles, como Carratalá y Ricafort.

Canterac fue uno de los generales partícipes del motín de Aznapuquio, considerado como el primer golpe militar en el Perú, pues implicó el derrocamiento del virrey Pezuela y el ascenso de La Serna, en enero de 1821. La independencia del Perú fue proclamada en julio de este año y Lima fue evacuada por las autoridades de la Corona. La guerra iniciada en los territorios integrantes del virreinato desde 1816 perduró como lucha fratricida hasta 1824. El 9 de diciembre de 1824, apresado el virrey por las tropas patriotas, en el lugar de La Serna, Canterac firmó las capitulaciones de Ayacucho, lo que le valió ser retratado en el cuadro de Daniel Hernández, a los cien años de la victoria patriota². La documentación del Archivo Militar permite además completar la información sobre el destino de Canterac después de desembarcar en el puerto de Burdeos en junio de 1825.

Una tradición militar y familiar

Hijo del capitán de los reales cuerpos de artillería Alexandre Pierre de Canterac d'Ornezan³, César José de Canterac nació el 29 de julio de 1786 en Casteljaloux,

1 Las referencias remiten a los legajos C. 1004-0 y a la caja 25, exp. 3, carpetas 1, 2, 3, 4 microfilmadas. El expediente consultado en Segovia no proporciona información sobre los años 1816-1825, desde la partida de España hasta el regreso después de la batalla de Ayacucho.

2 Una noticia biográfica se debe a Martín-Lanuza Martínez (2012, pp. 167-168) y me fue facilitada por el historiador francés Jean-René Aymes, especialista en la guerra de independencia española.

3 Hallé el certificado de bautismo de Canterac en los archivos parroquiales digitalizados del departamento de Lot-et-Garonne. Ese documento permite conocer el primer nombre de Canterac «César», hijo de «Alexandre», o sea que fue predestinado a la vida militar y formaba parte de la nobleza rural de Guiena. El padre de José Cantérac, Pierre de Cantérac d'Andiran, jefe de batallón de artillería, nacido en 1746, fue dado de baja en 1791. Con motivo del centenario de la batalla de Ayacucho, en 1924, el comandante Labouche publicó en la *Revue de l'Agenais* una primera biografía de Canterac (pp. 444-451)

un pueblecito ubicado en el suroeste de Francia⁴. Siguió los pasos de su padre, emigrado contrarrevolucionario radicado en Castilla. Los bienes de la familia fueron embargados y vendidos en pública subasta el 23 de diciembre de 1792. El inventario archivado en Agen⁵ da cuenta de sillas, sillones y todo tipo de muebles, prendas de vestir, una bañera, un «muy hermoso billar casi nuevo» en una habitación separada, unos carruajes y una librería con varios centenares de libros repartidos entre los cinco pisos de la casa, treinta y nueve volúmenes de la *Encyclopedie*, varios diccionarios (uno de italiano), así como colecciones de un diario titulado *El amigo del rey* (*L'ami du roy*).

Alejandro de Canterac obtuvo el ingreso de su hijo de quince años a las guardias valonas, un cuerpo de infantería española mandado por oficiales francófonos. Entre dos nacionalidades y dos tradiciones lingüísticas, el cadete tuvo que adaptarse constantemente a sus interlocutores y transar con la identidad para integrarse, pero a la vez siguió siendo discretamente fiel a las raíces francesas: un vaivén identitario que se observa en las variaciones a la hora de firmar. En 1803, al solicitar el ingreso a un cuerpo de artilleros, se presenta como Josef Cesáreo de Canterac D'Ornezan. Después de cuatro años, en 1807, él mismo suprime la primera partícula («de»), pero conserva la segunda, con la virgulilla tan propia del francés: Josef Canterac D'Ornezan, en una carta a la que desde Madrid se le contesta catalanizando el apellido en «Canterach». Para recuperar bienes requisados en tiempos de la Revolución, el padre de José Canterac se dirige al general que lo manda para que autorice una estadía de varios meses en Francia. El pedido es urgente y dramáticamente revelador de la situación de apuros económicos (29 de agosto de 1807); además, la carta escrita desde Barcelona cuando José está en Palma comprueba la dependencia de su padre y su hermana:

él tiene una urgente necesidad de acorrer [sic] a Francia para presentarse como acreedor mío y reclamar con esa calidad sobre la Sucesión [sic] del Conde De Saluces que se abrió el 28 del mes de julio próximo pasado, por haber llegado en ese época

4 Según consta en el registro de casamiento, Alexandre Pierre de Cantérac d'Ornezan, capitán de los reales cuerpos de artillería, es casado el 8 de junio de 1785 en Casteljaloux con doña Julie Marie Dorlie, hija de Jacques Gratien Benou y Marie Caillau. Se calcula la hacienda de Alexandre Canterac d'Andiran en 40 000, no hay indicación sobre la dote de la novia.

5 La lectura del legajo 1Q109 «Bien des émigrés» es reveladora; da la impresión de que hay un ensañamiento contra padres y abuelos, a lo que se suma el hecho de que el notario firmante del casamiento y el escribano encargado del embargo llevan el mismo apellido (Lartigue). El documento incluye el decreto del 28 de marzo de 1793 contra los emigrados «civilmente muertos y cuyos bienes pertenecen a la República». Se agrega que solo se salvan de la condena a muerte los hijos de emigrados menores de catorce años e inermes.

de heredero de esa casa a ser mayor de edad; reclamar; digo, una deuda de 80.000 Ns que me pertenecen como prestados, y no han sido denunciados a la nación, que son el único resto de la fortuna mía considerable que perdí; y aun he perdido el derecho de formar pretensión sobre este mismo pequeño resto, pues soy reputado muerto *civilmente* [subrayado por el autor de la carta] y quedo privado en calidad de emigrado de todo fuero judicial [sic] pero la misma ley, que me mata, y excluye todo recurso mío, ha conservado a mis hijos, el Derecho de reclamar ese efecto, por ser hipoteca de una porción de la Dote de su madre, que yo había alienado, hipotecando mis bienes, para representar su valor. Digo ser urgente que se presente mi hijo porque siendo crecidísimas las deudas de la casa Desaluces, que era tan empeñado, como pudiente, es probable que la sucesión [...] quede en totalidad absorta por los acreedores vs no dejara de perdonar al afectuoso y bien fundado cuidado de mi hijo y el mío, que no tenemos otro recurso para dar una dote a mi desdichada hija [...].

Pese a la autorización otorgada, la situación familiar siguió igual de mala. El expediente del archivo militar no incluye ninguna información sobre algún resultado favorable para los Canterac. En el archivo del departamento del Lot-et-Garonne (Legajo 1Q109), figura una carta del 13 de diciembre de 1808 con una petición al inspector de impuestos sobre la situación de los activos del emigrado Dandiran Canterac, con la finalidad de una indemnización. La contestación, que no está en el legajo, fue enviada al director de los Registros el 20 de mayo de 1809.

A partir de 1808, el joven emigrado participó en la guerra de independencia de España en la caballería castellana. Herido en el sitio de Gerona, fue ascendido al grado de teniente coronel. El teniente general Enrique O'Donnell atestiguó en una carta fechada del 1 de abril de 1810 la «vizarría» en la acción de Vic y más adelante en las trincheras de Tarragona y otras batallas que le valieron medallas de honor. Después de combatir con las tropas napoleónicas en distintos frentes (derrota de Sagunto, 1811; victoria de Sevilla y Pamplona, 1813), ascendido a coronel, estuvo en la batalla contra los franceses en Toulouse (1814), junto al inglés Wellington. En julio de 1814, derrotado Napoleón y restablecida la monarquía en Francia, Canterac solicitó un permiso para ir a Burdeos. Sobre esa presunta segunda visita no se da más información en el legajo «Canterac».

Considerándose completamente integrado a los ejércitos españoles, Canterac reclamó otro ascenso en 1815, a los 29 años. Esa solicitud fue tachada como muestra de excesiva ambición por el inspector de caballería, quien censuró ante

el rey Fernando VII «la notable falta de subordinación en que ha incurrido [...] contemplando en este sujeto el verdadero carácter de un francés emigrado y de muy cortos servicios excesivamente premiados por SM y siempre descontento»⁶. A pesar de ello, José Canterac fue recompensado como caballero de la orden de San Fernando. Ante el pedido de ir a América, desde el Ministerio de Guerra, otra carta se opuso a la petición de Canterac (6 de agosto de 1816): «puede ser peligroso al servicio de SM, pues estando en la península su amor propio no le permitió sujetar su ambición en los justos y precisos límites que exigen la prudente moderación». No obstante, llegó la autorización y Canterac pidió que fuera asignada a su padre y su hermana parte del sueldo que le correspondía desde Valladolid (22 de noviembre de 1816), una información reveladora de las necesidades familiares y solidaridad del oficial con los suyos. Había de llevar al Perú una división de tres mil hombres⁷ pasando por Panamá. En Porto Belo, le llegó una contraorden para que fuera a reunirse con la expedición de Morillo en el litoral venezolano.

La etapa venezolana: de mayo a septiembre de 1817

La división bajo las órdenes de Canterac debía reconquistar la isla de Margarita ganada por Morillo en 1815 y recuperada por Bolívar al año siguiente. Las tropas peninsulares fueron derrotadas en los combates en julio y agosto de 1817; así, la Esparta venezolana quedó en manos de los patriotas. Canterac permaneció de mayo a septiembre de 1817 en la Costa Firme; la actuación del francés se devela en las cartas que envió a Morillo⁸. Canterac se dirige a Morillo mezclando respeto, familiaridad y a la vez sincerándose, un tono que, sin duda, se explica por la camaradería militar y el desparpajo de quien sigue siendo un extraño al momento de escribir un correo. La frase de despedida varía entre la cordialidad: «siempre su affmo y pa siempre amigo y servidor que vbm» (f. 113) y la sequedad de un simple «adiós» (f. 112). Algunas torpezas lingüísticas están diseminadas en las cartas, así como otros tantos indicios que revelan que Canterac no tenía un

6 Carta del inspector de Caballerías, Ballesteros (citado en Santos Rodrigo, 1975).

7 Julio Albi en *Banderas olvidadas. El ejército realista en América* (1990, p. 189) da la composición de la división bajo las órdenes de Canterac: dos batallones de Navarra, el II batallón de Burgos, un escuadrón de lanzas, otro de cazadores a caballo y una compañía de artilleros.

8 76 folios del año 1817 han sido digitalizados por la Real Academia de Historia. Además, se puede ver: Contreras (1985).

secretario que le corrigiera («Echavarria que me parece un gran collon», f. 112). Sugiere operativos y recibe información de un espía francés sobre la situación en la isla de Trinidad.

Pero este epistolario se distingue sobre todo como pliego de reclamos. Los soldados están pasando penurias; muchos, incluidos los oficiales recién llegados de España, padecen disentería. Canterac protesta: «es inútil nos mantengamos en la miseria y privaciones de toda especie [sic] que aquí experimentamos» (ff. 114-115). Anuncia que recurrirá a los prisioneros para catar el agua de los pozos, a falta de vino. Espera recibir carne para cambiar de pescado cogido *in situ*; confiesa: «no puede escribir más largo impedido de un horrible dolor de caveza [sic] que he pillado aguantando sol y agua para hacer la pesca con el chinchorro» (f. 113). Desde Cumaná, el 26 de agosto de 1817, observa que las dos mil raciones que les corresponden siempre llegan en cantidad inferior; los soldados españoles no han recibido pantalones, chaquetas, zapatos ni camisas desde hace meses, los uniformes están terrosos por falta de jabón y no se les ha pagado, por lo que presenta las cuentas detalladas de todo lo que se les debe. Pide encaminarse al Perú con la división a sus órdenes, tal y cual fue previsto en la salida de Cádiz. Después de semanas de inútiles protestas, enfrentando las negativas de Morillo, el general de origen francés es autorizado a partir rumbo al Perú a bordo de la goleta La Patriota, solo acompañado por un edecán. Pablo Morillo informa al ministro de Guerra sobre las quejas de Canterac, lo cual refuerza la mala fama de este en Madrid.

Epistolario íntimo: 1818-1823⁹

A diferencia de la etapa de unos meses en Venezuela, el francés permaneció seis años, entre 1818 y 1824, en el vastísimo territorio peruano, encabezando numerosas batallas hasta perder en Ayacucho. Después de veinticuatro años fuera de Francia, desembarcó en el puerto de Burdeos y a los pocos días publicó una carta en un diario de esta ciudad el 21 de julio de 1825¹⁰ para justificar su actuación y responsabilizar al secesionista Olañeta del fracaso.

Una primera parte de las cartas dirigidas al intendente de la provincia de Arequipa fue escrita desde Oruro y Tupiza. Canterac fue enviado a los confines

9 Cristina Mazzeo me facilitó el acceso al epistolario que obtuvo de los descendientes de la familia Lavalle.

10 *Memorial Bordelais*, n.º 4650. Burdeos, 21 de julio de 1825.

del virreinato, cerca de los salares de Uyuni y de la ciudad de Tarija por casi dos años. Aunque acantonado a unas cincuenta leguas de Potosí, nunca menciona el centro minero. Tan alejado de Lima como de Buenos Aires, no obstante, tiene una visión de la situación continental, desde ese frente en que la guerra es un conflicto de baja intensidad, unas tierras limítrofes de las provincias del Río de la Plata, del virreinato del Perú y de la capitanía general de Chile. En los primeros meses de esa estadía en el altiplano altoperuano, Canterac trata de vislumbrar el porvenir político, pues, pese al alejamiento geográfico, recibe noticias de Chile, primero alentadoras y repentinamente abrumadoras por no llegar la escuadra imprescindible anunciada de Cádiz. Desde entonces, el Pacífico queda en manos de los insurgentes, como los denomina Canterac, o sea, los patriotas.

El general francés relata su deseo de actuar, apunta los errores en la estrategia española y critica las vacilaciones del poder en Lima, siendo el virrey Pezuela muy cercano a Osorio, incluso por lazos familiares. Canterac sueña con lanzar una ofensiva en lugar de estar obligado a permanecer en la defensiva. Observa cómo el caos se apodera de aquellos territorios que formaron el virreinato del Río de la Plata. A su parecer, cada caudillo impone sus leyes y la apertura del comercio internacional ha empobrecido a los lugareños. Ese es otro motivo de desacuerdo con Pezuela, quien permite en Lima el comercio exterior, en condiciones extremadamente provechosas a extranjeros como el capitán Camille de Roquefeuil, enviado por un armador bordelés para abrir nuevas rutas comerciales que le permitan trocar productos entre Europa, América y China. En cambio, Canterac es menos prolijo sobre los operativos de «pacificación» que lleva a cabo en Salta. Parece contento por los primeros trofeos que consigue; dispone de ochocientos caballos y más de mil sillas, según refiere a Juan Bautista Lavalle. En el Alto Perú, se dedica a formar una caballería, instruyendo hombres que nunca se destinaron a la guerra. Cumple ese cometido y, lleno de orgullo, registra la formación de los escuadrones ante el general en jefe Ramírez.

En esas cartas íntimas, curiosamente, Canterac resulta muy reservado. Apenas evoca una enfermedad de la que se va restableciendo gracias a la altura en 1818. En la segunda parte del epistolario, aquella que corresponde a los años 1821-1824, al contrario, reincide en el tema de su salud. Con frecuencia, en las confidencias al amigo arequipeño alude a su debilidad física. Alguna vez precisa que, así las tercianas y fluxiones le incomoden, no se desviará del propósito por el que arribó al Perú, liberar el virreinato de sus «destructores y opresores» para devol-

verlo a España, a la que define como «la Madre Patria», una fórmula que asevera la integración del general de origen francés al mundo hispánico.

En Lima, la independencia fue proclamada en julio de 1821. Desde entonces los «nacionales», esto es, los realistas, se replegaron en la sierra, convirtiendo la ciudad del Cusco en la capital del virreinato. Durante tres años, los dos ejércitos se acuartelan esperando refuerzos y llevando ataques que no determinan un cambio favorable a unos o a otros. Se trata de una guerra de desgaste, una situación indefinida que en parte se explica por la inestabilidad de la monarquía en la Península, después de que Fernando VII se vio obligado a aceptar la constitución liberal por el éxito del pronunciamiento de Rafael de Riego. Canterac refiere que en el bando nacional cunde el rumor de que San Martín ha muerto (febrero de 1822) y el general realista espera la llegada de la armada española. Ascendido a brigadier, vence a la División del Sur en abril del mismo año y describe el espectáculo de los oficiales patriotas heridos: «Gamarra lleva una cuchillada en la cabeza que se le ven los sesos, Eléspuru y Bermudes el brazo roto: muchos jefes muertos» (17 de abril de 1822, carta 54). El triunfalismo define ese momento que parece «fijar la suerte del Perú». En febrero de 1823, Canterac nuevamente resulta vencedor en Torata y Moquegua y, según escribe, anhela que llegue una «paz octaviana». Ascendido a teniente general, llega a ocupar nuevamente Lima en junio de 1824 y cree que la victoria es aún posible; la considera solo retrasada por «las desavenencias con Olañeta [...] más perjudiciales que lo que puedan hacer los más malos caudillos y así es que si cesan [...] pronto concluirá la guerra del Perú» (carta a Juan Bautista La Balle [sic]. Huancayo, 15 de marzo de 1824). Olañeta tachaba a La Serna y a los demás generales de su entorno de liberales, a la vez que reivindicaba un apoyo constante a Fernando VII y al régimen absolutista restablecido después de la ejecución de Rafael del Riego¹¹.

Ese epistolario íntimo deja una sensación de frustración; pero lo implícito y el silenciamiento se explican por los riesgos de ver embargada la correspondencia. Algunos mensajes parecen repeticiones y formulismos que solo sabría descifrar el destinatario. De hecho, los patriotas constantemente infiltran y espían el bando realista. La reserva en las cartas intercambiadas contrasta con las informaciones muy precisas que encontramos en los resúmenes mensuales de 1818 desde el Alto Perú, y luego con los partes sobre las campañas sucesivas a partir de 1821.

11 Ver: Martínez Riaza (2014). La «década ominosa» se prolongó hasta la muerte de Fernando VII en 1833.

Los partes oficiales: de junio a noviembre de 1818

Los «resúmenes históricos» fueron escritos en distintos lugares del Alto Perú, hoy colindantes con Argentina y Chile (Dunbar Temple, 1971, pp. 17-25). Allí Canterac refiere las peculiaridades locales a sus superiores alejados del campo de batalla. Cita una serie de provincialismos con una sensibilidad lingüística que no se transparentaba en las cartas escritas en Venezuela. Desde el cuartel general de Tupiza en junio de 1818, describe la topografía que le asombra: las vastas llanuras «llamadas pampas», un territorio «pedregoso y árido», «los arbustos llenos de pinchos y abrojos» adaptados al clima inhóspito, las dificultades respiratorias que atribuye a «gases que se desprenden de [la] superficie llamada [sic] en el país soroché». Luego retrata a los soldados bajo sus órdenes, aquellos «a los que llaman de Jujuy abajo por apodo cuicos [...] son hombres en lo general pequeños, robustos sobrios, fuertes, callados, humildes y valientes»; siempre van acompañados con su «moza (llamada chola)»: «en el mismo acto de quitárseles no queda uno»; por lo que hace falta «el tolerantismo de parte de los Gefes».

Además, Canterac expone su preferencia por la quinta antes que la leva propicia a la desertión en masa que suele observarse cuando llegan los tiempos de cosechar. El ejército nacional se compone sobre todo de soldados nacidos en tierras americanas, situación que no dejará de reforzarse con el paso del tiempo y por el distanciamiento militar de España, enfrentada a las luchas internas entre liberales y conservadores desde 1820.

Los enemigos, que son los gauchos, se ven comparados con «cosacos» acostumbrados a embestir al enemigo, también con los guerrilleros que participaron en la guerra de independencia de la propia España. Sorteando el cuerpo a cuerpo y anteponiendo las emboscadas para acosar a las tropas realistas. La situación que viviera Canterac en la Península antes de 1816 se invierte en tierras americanas, como él mismo lo comprueba recurriendo a un colectivo «nosotros» que revela el apego y la identificación completa con España, a la que sirve contra los «rebeldes» y por «la justa causa de nuestro amado Soberano» (p. 23).

Canterac observa cómo las armas de los enemigos son heteróclitas: desde fusiles ingleses o rifles de mucho alcance y sables esgrimidos con destreza, hasta lazos y hondas que le inspiran admiración por ser empleados desde muy lejos y con increíble puntería para inmovilizar a hombres y caballos. Sucede que las tropas porteñas incendiaban la pampa y los insurgentes lanzaban peñascos desde lo alto de los cerros, ello obligaba a que los soldados transiten por las quebradas más an-

gostas. Para los nacionales, el objetivo es apoderarse de las reses (Canterac apunta la captura de 1000 cabezas de ganado vacuno en agosto de 1818 y 2000 en septiembre del mismo año) y «exterminar» a los «revolucionarios». En Chuquisaca, el 8 de agosto, las cabezas de los jefes han de permanecer expuestas en la horca «para público escarmiento» (p. 29).

El tono de los escritos de Canterac es contradictorio, entre violencia de la represión y amabilidad, a imagen y semejanza de un conflicto que es a la vez una guerra colonial y una guerra civil, un conflicto en el que el francés encuentra a oficiales que conoció en España o bien cuya formación comparte. San Martín, quien combatió en España las tropas napoleónicas, es citado por la formación militar que ha llegado a inculcar a los gauchos, como quiere hacerlo el propio Canterac, convirtiendo en veteranos a los conscriptos levados y a los reclutas voluntarios. Un croquis hecho por Canterac ilustra a la vez el frente al que fue destinado al llegar de Venezuela, momento que corresponde a la internacionalización del conflicto, y enseña las posiciones hacia las que se desplaza en los años de 1821 a 1824, desde el derrocamiento de Pezuela hasta la victoria/derrota de Ayacucho, dos acontecimientos en los que Canterac desempeñó un rol de primer plano a expensas de los intereses de la metrópoli que representaba.

1821-1824: desde el motín de Aznapuquio hasta la batalla de Ayacucho

Julio Albi (2009), especialista del ejército español en América, define a José Canterac como el «más notable [entre los oficiales] que llegaron con los cuerpos peninsulares» (p. 125), pues permitió «un salto cualitativo en la evolución de las fuerzas realistas» y «lo que no era frecuente, Canterac militó sucesivamente en infantería, artillería y caballería para acabar en el estado mayor, prueba de que se le tenía por oficial excepcionalmente capaz» (p. 126). La tropa aumentó de 5823 efectivos a 7870 soldados; el número de monturas creció de 1082 a 1839; se fabricaron más de 700 000 balas y 200 000 cartuchos, también 6000 vestuarios, 5000 juegos de herraduras (p. 267). En enero de 1821, los jefes militares, entre ellos Canterac, obligaron al virrey a que abdicara, reprochándole pasividad e incapacidad para detener la avanzada patriota reforzada por el desembarco de porteños y chilenos bajo el mando de San Martín. José Joaquín de la Pezuela retornó a España; luego Canterac presenció las negociaciones de Punchauca entre el virrey La Serna y San Martín, paso hacia una eventual regencia. El proyecto

conservador fracasó. En julio de 1821, el ejército realista evacuó Lima y se replegó en la sierra, haciendo de Cusco la capital del virreinato, situada a más de 180 leguas, mientras que se proclamó la independencia en Lima. En dos operativos inesperados, Canterac intentó recuperar Lima en 1821 y en 1824.

La primera expedición, en agosto de 1821, con 2400 soldados y 900 caballos, fue descrita por el general en el parte oficial al virrey después de fracasar. El informe oficial de siete páginas¹² es informativo, aunque a veces lírico, con estilo florido muy distinto del recato de las cartas íntimas ya mencionadas en este trabajo. Escrupulosamente apunta los lugares y horarios. A los enemigos los define como «vandidos [sic], negros de todas las haciendas a quienes el Jeneral San Martín había armado»; esa «chusma» da muestras de cobardía cuando se enfrenta a las tropas nacionales, que reúnen a «soldados valientes» que demuestran un «ardor increíble», «sufrimiento y constancia en dificultades insuperables» y «no necesitan más parapetos que sus pechos a diferencia de la infantería enemiga parapetada detrás de tres órdenes de tapias». Canterac insiste también en los cerros escabrosos, la falta de agua en los largos tramos por la costa. Se exaspera al recordar los días anteriores:

A la vista de [el Callao] recordaron estos infames los vicios en que habían vivido en él encenegados y que tantos males ha traído a la disciplina de este ejército [...] se abandonaron al más detestable crimen, olvidando el honor y constancia que siempre ha distinguido a los soldados españoles

Más de 30 oficiales y 500 reclutas desertaron; los realistas se vieron obligados a replegarse hacia la sierra central, pasando por Puruchuco y Huamantanga. En Puruchuco «los bizarros granaderos» y su «valioso capitán» fueron cercados por 400 montoneros a los que se enfrentaron, en un cuerpo a cuerpo, a bayonetazos y cuchilladas. Desde la mirada patriota, la pasividad de San Martín, quien disponía de medios para deshacer la expedición de Canterac, fue un argumento para cuestionar la actuación del Protector, acusado de complicidad con los realistas.

Las cartas que San Martín le dirigió a Canterac a finales de 1821, y que han sido estudiadas por Lorenzo Silva Ortiz (1999), son reveladoras de la insistencia de San Martín por negociar a favor de un gobierno monárquico afín a la situación

12 *Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde 29 de Enero de 1821, en que tomó el mando el señor La Serna hasta el fin de marzo de 1824, dispuesta por el Estado Mayor Jeneral del Ejército.*

de México. También ponen de manifiesto la negativa de Canterac por sustituirse a La Serna en esa reiterada propuesta de negociaciones secretas.

El 5 de febrero de 1822, Canterac difunde desde el cuartel general de Huancayo un bando sumamente amenazador hacia los habitantes de Lima: «Si ciegos a vuestro interés favorecéis los designios de los *revoltosos*, tened a la vista el castigo que acaban de sufrir los *habitadores* del Huayhuay Chacapalpa y otros, cuyos pueblos *por su obcecación* han sido entregados a las llamas»¹³.

La segunda acción de Canterac es más exitosa y tiene lugar el 7 de abril de 1822. Se trata de la batalla de Ica, que resulta secundaria al final de la guerra, pero que valora con creces el general en momentos en que informa al Estado Mayor de su éxito¹⁴. Compara esa batalla con la guerra europea en la que participó entre 1808 y 1814: «En Europa centenares de millares de hombres fijan en una acción la decisión de una campaña, y en América el corto número de cinco o seis mil combatientes entre ambas partes deciden la suerte de un Imperio».

El balance es preciso como siempre: 1000 soldados y 50 oficiales prisioneros, 4 piezas de artillería, 2000 fusiles, 2 banderas y una imprenta de campaña. La batalla de Ica tuvo lugar de noche, cuando los soldados patriotas intentaban evacuar la ciudad: el orden y el entusiasmo de los nacionales posibilitaron el paso inesperado de los Andes y la llegada de improviso a la costa. Ciertamente, el punto de vista patriota es diferente: si los generales criollos considerados como culpables de la derrota son condenados y separados de sus cuerpos por unos meses, parte de los prisioneros fueron ejecutados por los nacionales obedeciendo la orden despiadada de Canterac.

Este tuvo un segundo éxito en enero de 1823: fueron las batallas de Torata y Moquegua (1000 prisioneros entre ellos 69 oficiales, 3000 fusiles, 3 piezas de artillería), por las que ironiza sobre el ejército «libertador» del sur derrotado. A partir de entonces, desde esa visión colonialista que tiene Canterac, lo que le falta es reconquistar Lima.

Con un ejército de 9000 soldados, entre los cuales muchos eran prisioneros, Canterac regresa a Lima el 18 de junio de 1823. En esa ocasión, el capitán Prescott tiene una entrevista el 23 de junio con el alto oficial hispanofrancés y lo retrata luego otro testigo inglés, Robert Proctor: «Se me ha dicho que perso-

13 CDIP, *Documentación oficial española*, tomo XXII, vol. 3; *Gobierno virreinal del Cuzco*, Lima, 1973, 143.

14 «Batalla de Ica», 7 de abril de 1822, pp. 7-10. *Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde 29 de Enero de 1821, en que tomó el mando el señor La Serna hasta el fin de marzo de 1824, dispuesta por el Estado Mayor General del Ejército*

nalmente no es valiente; cierto que no es querido por los soldados como Valdez, más intrépido y audaz en el mando. Es de baja estatura, rubio, con finas barbas ensortijadas»¹⁵. Al cabo de un mes debe evacuar la capital después de imponer un cupo e intentar recuperar la platería virreinal para acuñar moneda. En ese repliegue, ordena llevar vestuarios para 10 000 soldados y 800 fusiles; los realistas vuelven al punto de partida, cruzando los Andes a marchas forzadas hasta el Cusco, seguidos por 3000 civiles atemorizados por el regreso de los patriotas (Albi, 2009, p. 460).

Los escritos de Canterac desvían la interpretación de aquellos años de conflicto colonial. Otra imagen de la guerra, del todo opuesta, está en los mensajes de los guerrilleros sobre el actuar de las tropas «nacionales». Todos los movimientos son vigilados discreta y constantemente, de manera que el discurso de la represión ausente de los informes oficiales dedicados a celebrar los éxitos y matizar los fracasos trasciende en los testimonios precisos de los montoneros, hombres de palabra más que de escritura.

Así informan sobre la orden de detener a las familias de los hombres que sorteaban el alistamiento, y de incendiar las casas hasta arrasarlas. Incluso el ganado es requisado sin cuidar la supervivencia de los pobladores:

El treinta de Agosto llegaron los enemigos que fueron al Serro, trajeron como cuarenta mil cabezas de ganado lanudo, como quinientos a seiscientos vacuno, algunos prisioneros de la gente paisana; dicen aber entrado hasta Guamantaga, y an traido otras muchas cosas que an robado.

En toda la Provincia están acopiando con mucha fuerza.

Montoneras con orden de Canterac, que en su dicha orden manda que si alguna persona se retirase de su casa sean apresados sus familias que quedasen en dicha su casa y que sean quemadas y arruinadas hasta el último, con esta orden la mayor parte se ban obligando a la fuerza.¹⁶

Otra carta del 6 de agosto de 1822, dirigida al teniente 50 y firmada número 30, avisa sobre los uniformes de los realistas y expone el mismo ensañamiento propio del engranaje en la guerra:

15 CDIP, Relaciones de viajeros, vol. 2, Proctor «El Perú entre 1823 y 1824», pp. 213-214.

16 Carta a Tadeo Téllez de Antonio Aliaga, 12 de agosto de 1822, CDIP, t. v, vol. 1, p. 433.

Ahora están con mas fuerzas en toda la Provincia para que harmen sus Montoneras en cada Pueblo, que nos hamenasan al que huvediciese que quieren dejarle en cenisa todas sus cosas (que ha dado ese vando Canterac).¹⁷

El hispanofrancés aparece como responsable del régimen de terror, que comprendía la tortura; las ejecuciones en masa de prisioneros comprometidos o no con los patriotas, de mujeres y niños; y toda clase de represalias y maniobras para atemorizar a la población. Cuando se investiga la historia personal de Canterac, parece indudable que esa insensibilidad nació en la experiencia precoz de la violencia política impulsada por la Revolución francesa y que alcanzó hasta los poblados más apartados del sur de Francia. Las campañas de terror en los Andes fueron réplicas de ese cataclismo decretado por los revolucionarios franceses que arrasaban con todas las huellas de la antigua nobleza para empezar una nueva era.

La situación entre los dos bandos evoluciona muy poco hasta 1824, pese a la llegada de las tropas y los libertadores procedentes de la Gran Colombia. Los refuerzos independientes reciben vestuarios y pertrechos gracias a la labor de los cajamarquinos. La situación en España, el restablecimiento del absolutismo fernandino después del trienio liberal (1820-1823), tiene repercusiones decisivas en el Alto Perú. El general Olañeta desconoce la autoridad del virrey La Serna, a quien censura como liberal. Ese segundo pronunciamiento después de Aznapuquio debilita y divide al ejército realista en dos frentes, que luchaban con los patriotas y con las tropas rebeldes de Olañeta.

Como lo investigó Fernando Barrantes Rodríguez Larraín (2006), los franceses fueron numerosos en el bando patriota. Uno de los oficiales napoleónicos llegados con San Martín, Brandsen, hizo un pronunciamiento el 1 de mayo de 1823 contra Canterac, para condenar a los extranjeros que no fueran ni españoles ni americanos y empuñaran armas contra el ejército realista.

Más allá del discurso nacionalista y de reivindicación patriótica que construyen y legitimizan la historia del Perú republicano, las batallas de Junín y Ayacucho, a la vez, son productos de las hazañas de los patriotas y de los errores tácticos de la defensa realista. Como comandante en jefe, Canterac fue responsable de la derrota de Junín que se libró en presencia de Bolívar el 6 de agosto de 1824, y, como jefe de Estado Mayor, sin quererlo contribuyó en el fracaso de la batalla de Ayacucho, en la que el virrey La Serna fue hecho prisionero. Canterac firmó las capitulaciones condenándose a ser un «Ayacucho», nombre infamante

17 Carta a Tadeo Téllez de Antonio Aliaga, 12 de agosto de 1822, CDIP, t. v, vol. 1, p. 436.

para los españoles, como autor de la vergonzosa rendición después de tres siglos de dominio imperial.

La batalla de Junín se caracterizó por el enfrentamiento de dos caballerías (1300 realistas, 900 patriotas). Canterac decidió desplegar los jinetes en línea, en un combate al sable y a la lanza. Bajando por un terreno pantanoso, ordenó perseguir al enemigo derrotado. Los realistas —lanzados a toda velocidad demasiado temprano, dispersos en el desfiladero, debilitados por el manejo de las armas desde sus monturas, sin el tiempo de recuperar fuerzas por la distancia recorrida desde la víspera y cansados por el cuerpo a cuerpo sangriento— fueron sorprendidos por el contrataque de un escuadrón de húsares que causó la estampida de quienes habían resultado vencedores unos minutos atrás. Canterac dio la orden de replegarse y nuevamente mandó recorrer cuarenta leguas en menos de tres días, sufriendo el acoso de la guerrilla patriota. En esas circunstancias desastrosas, no pudo evitar que desertaran 3000 soldados.

El 9 de diciembre de 1824, en la pampa de Quinua se enfrentaron dos ejércitos numéricamente desiguales: 9000 soldados del rey y 5700 soldados de la patria. El virrey fue hecho prisionero por los montoneros patriotas. En ese momento, según Miller (1910), «mientras los realistas iban trepando a las alturas, los patriotas desde el pie de ellas, los cazaban a su salvo y muchos de ellos se vieron rodar hasta que algún matorral o barranco los detenía» (p. 176). Al comprobar la dispersión de las tropas realistas y las cumbres ya tomadas por las divisiones patriotas, Canterac negoció la rendición de las tropas españolas.

Retorno a España

Los oficiales perdedores salieron del Perú y llegaron a Francia, al puerto de Burdeos en dos grupos, el virrey La Serna con Valdés, Ferraz y Maroto, entre otros, a bordo de la Ernestine (Wagner de Reyna, 1985), mientras Canterac regresó a la tierra de sus antepasados a bordo del Ternaux, después de concertar una explicación provisoria de la derrota con los demás vencidos en Ayacucho.

William B. Stevenson (1826), secretario de Cochrane, apuntó en su relato de viaje que Canterac escribió el 12 de diciembre de 1824 una carta ofreciendo sus servicios a Bolívar (p. 380). El tradicionista Ricardo Palma (2000) cita esa carta en la narración dedicada a la batalla de Ayacucho, «Pan, queso y raspadura»:

Excelentísimo señor Libertador don Simón Bolívar: Como amante de la gloria, aunque vencido, no puedo menos que felicitar a vucencia por haber terminado su empresa, en el Perú, con la jornada de Ayacucho. Con este motivo tiene el honor de ofrecerse a sus órdenes y saludarle, en nombre de los generales españoles, su afectísimo y obsecuente servidor que sus manos besa, José de Canterac. Guamanga, a 12 de diciembre de 1824

Si bien ello es conocido, falta la respuesta de Bolívar a Canterac, la cual presentaremos a continuación. Bolívar le agradece los cumplidos por la victoria y contesta con otros tantos elogios a la vez que envía los pasaportes para salir del país. Todo lo cual matiza la acusación de falsedad y corresponde a la natural cortesía:

la conducta de Uds. en el Perú como militares merece el aplauso de los mismos contrarios. Es una especie de prodigio que Uds. han hecho en este país. Ustedes solos han retardado la emancipación del Nuevo Mundo, dictada por la naturaleza y por los destinos.¹⁸

Las memorias de Miller (1910), escritas en 1829¹⁹, son sumamente instructivas acerca de Canterac, y del todo opuestas a la más mínima sospecha de traición del alto oficial. Miller traza la biografía de Canterac desde la emigración a España, la carrera militar iniciada muy precozmente y en la que «se señaló por su inteligencia y valor» (p. 185). Continúan los elogios: «Canterac es organizador, un excelente táctico y tiene muy buenas maneras», con lo cual se diferencia del general Valdés²⁰, quien es «violento, precipitado, despótico y descortés [...] temido de los oficiales, pero idolatrado de la tropa» (p. 187).

Desde Río de Janeiro, el 1 de abril de 1825, Canterac solicita ser recibido por el rey y narra lo sucedido durante los últimos meses de la guerra : «Estábamos siempre rodeados de puñales que agitaban manos invisibles, que cada momento amenazaban [...] varias revoluciones promovidas por jefes y oficiales que parecían de nuestra confianza». Pero tampoco olvida las penurias por las que pasaban los soldados rasos: «el vestuario del soldado se buscaba y tejía por la misma tropa

18 Oficio del libertador para el teniente general José de Canterac, fechado en Lima el mes de diciembre de 1824. Documento 10040. Recuperado de <http://www.archivodellibertador.gob.ve/escritos/buscador/spip.php?article9900>.

19 La versión electrónica citada en la bibliografía incluye, entre los anexos, oficios fingidos con falsas noticias y cartas interceptadas por Miller para engañar a los realistas.

20 Valdés fue edecán de Ballesteros, quien se opuso al ascenso de Canterac en 1816.

del modo más económico, y el alimento a pesar de parco tenía que buscarse a grandes distancias».

Al desembarcar en Francia, Canterac tiene dos prioridades: presentarse ante el rey para explicar lo sucedido y recibir la indemnización prevista desde la Restauración francesa para los emigrados, según explica en carta del 20 de junio:

Dé cuenta que a su vuelta a Francia se halla con el caso de que toda su fortuna consiste en la indemnización acordada por aquel Gobierno a los emigrados o sus herederos que para una disposición de la ley, deve darse todos los pasos para el recobro de sus derechos y además por hallarse también extremadamente su salud, retardan su entrada en España, aunque procuraría ser cuanto antes.

La administración francesa deseaba informarse lo antes posible sobre los derrotados. Un informe fue enviado desde la prefectura de Gironda a París, con las noticias comunicadas por el vicecónsul interino de España, quien manifestó celo y «afecto a los Borbones de Francia y España» en esa pesquisa²¹. Resultaba sumamente interesante por mostrar el amplio abanico de testimonios e interpretaciones. Quien acompañaba al secretario del prefecto y hacía las veces de traductor era nada menos que el vicecónsul español, representante de la Corona. Exculpa a La Serna, como víctima de los liberales entre los cuales ubica a Valdés:

En circunstancias en que creyó útil manifestar su autoridad, lo detuvo el general Valdés, diciéndole: «No se le prestará atención... Usted es el virrey, es cierto, pero tiene que saber que si somos capaces de hacer virreyes, también sabemos derrocarlos». Obligado a obedecer los caprichos de sus subalternos, por tanto Laserna sólo fue un instrumento que aquellos usaron a su antojo. Por lo demás, es un hombre bueno, sacrificado al Rey; pero no tiene ni los medios ni el genio que conviniera al jefe de una colonia alejada.

Y Valdés es el genio del mal en esa lectura de la historia del Perú por el cónsul español.

Los derrotados hubieran cantado cantos sediciosos al abandonar el Perú, con excepción del general Maroto, quien retornaba a España con su mujer y los cinco hijos de la pareja y terminó por amenazar de muerte a los pasajeros para que se quedaran callados:

21 Ascensión Martínez Riza me proporcionó la copia de ese informe manuscrito de 9 folios, dirigido al ministro de Asuntos Exteriores francés.

Durante la travesía los españoles a bordo de la *Ernestine* hasta Río de Janeiro no dejaron de cantar contra el Rey de España, los Borbones y el gobierno francés, la canción más ruin, en lo que tomaron parte el capitán, el cirujano de a bordo y varios otros individuos de la tripulación. Varias veces el general Maroto suplicó al Virrey que interpusiera su autoridad para acallar esos cantos sediciosos; no obtuvo nada de éste.

A eso se suma el relato de la batalla de Ayacucho, con una victoria debida a traiciones internas en el ejército del Rey, pues se habrían encendido fogatas convirtiendo a los soldados en fáciles blancos para los patriotas:

A las once de la noche, en medio de las tinieblas más espesas, los generales dieron la orden de encender unas fogatas delante del campamento. Ejecuta la orden, el enemigo se dio prisa en disparar a las tropas realistas y las fogatas sólo fueron apagadas cuando muchos soldados y dos altos superiores resultaron muertos.

Por último, el informante de Burdeos plantea que, después de echarle la culpa de la derrota a Canterac, los retornados llegaron a un acuerdo sobre la versión oficial que iban a presentar:

los jefes del ejército no dejaron de echarle la culpa al general Canterac, pero llegado éste a Río, antes de la salida de la *Ernestine*, cambiaron de lenguaje y acordaron con él el relato que habían de dar para justificarse. Es de notar que Canterac, después de haber capitulado, no quiso viajar con el Virrey, que se quedó con los independientes y fue con ellos hasta Cusco.

Con esa indirecta recae la suspicacia sobre Canterac. Y el diplomático español satisface plenamente a las autoridades francesas y españolas que solicitaron sus servicios al agregar insistiendo en su papel de testigo fehaciente:

Los republicanos con los que conversé, no creen que el Perú siempre se mantenga fuera de España. Dan como razón que la mayor parte de los habitantes se inclina por la madre-patria, que las tropas Realistas aún ascienden a 7 o 8.000 hombres, descontando a los que están en el Callao y cuyo número se calcula en unos 3.000 hombres. Con unos jefes sacrificados, según dicen, pronto a los independientes se les expulsará del Perú.

Cuestionado por un artículo publicado en el diario *Memorial Bordelais*²², el 8 de julio de 1825 (n.º 4637), José de Canterac contesta con una carta abierta redactada en francés, en ese mismo periódico, el 21 de julio siguiente (n.º 4650). Explica su ausencia de Burdeos en los días anteriores por problemas de salud y los intentos de recuperar la herencia familiar. Anuncia la decisión de ir a Madrid para dar cuenta de su actuación y pide que se tome en cuenta el impacto de la rebelión de Olañeta en el debilitamiento de las tropas y la derrota. Curiosamente la noticia de la muerte de Olañeta, ocurrida en abril de 1825, se da a conocer en el *Memorial Bordelais*, solo al día siguiente de las justificaciones de Canterac (n.º 4651). La Francia de 1825, gobernada por el rey Carlos X, políticamente se identifica con el absolutismo de Fernando VII.

El dossier del Archivo Militar de Segovia permite seguir los pasos del general derrotado por España. Pese a las órdenes de impedirle acercarse a la Corte por ser agente principal de la capitulación poco decorosa a las Armas, según escribe el marqués de Zambrano (carta del 8 de agosto), Canterac ya está en Alcobendas a finales de julio y denuncia «la perversidad de [sus] enemigos ocultos». En vano solicita ser destinado a las provincias vascongadas por «aquel temperamento más análogo a su salud que el de Castilla la Vieja» y «para el arreglo de sus intereses» (carta del 3 de agosto de 1825). Es asignado al cuartel de Burgos a mediados de agosto. Al año siguiente, la vida de Canterac toma otro rumbo; es autorizado por el Consejo de Guerra a casarse con la hija del intendente general de Valladolid, Manuela Domínguez, nacida en Ceuta, de dieciocho años, con quien tendrá cinco hijos²³. De esa manera, la situación económica del francés queda definitivamente solucionada. Acuartelado en Valladolid, José Canterac no recibe destino militar a su medida hasta 1833, cuando es nombrado comandante general de Gibraltar²⁴, y luego, en 1835, capitán general de Castilla. Murió en el intento de sofocar un motín militar en Madrid en enero de ese mismo año.

Después de su muerte, la viuda recibirá el título de condesa de Canterac y no escatimará esfuerzos para recibir una pensión no solo de la Corona, sino que también llegó a reclamar, en carta del 29 de septiembre de 1843, 40 179 pesos

22 El diario *Memorial Bordelais* está conservado en las colecciones patrimoniales de la Biblioteca Municipal de Burdeos.

23 El padre del intendente Domínguez nació en Bayona y el abuelo materno fue teniente del rey. Esta, entre otras informaciones, fueron entregadas por Manuela Domínguez para el casamiento con José Canterac.

24 El puesto de Gibraltar conllevaba un riesgo político pues en la primera guerra carlista contra la regenta María Cristina quien permitió la reintegración de Canterac, radicaban en el peñón los exiliados liberales. Además de mantener el orden público, Canterac mandó remodelar la ciudad de Algeciras dotándola de un jardín público a la francesa.

del Gobierno peruano, con el argumento de imitar a otros militares españoles en semejante petitoria.

La guerra en la América meridional, vista por esa figura máxima como lo fue José de Canterac, se emparenta con las guerras europeas, tal como él mismo lo observó, por el espacio continental en conflicto, las distancias recorridas de un frente a otro, y la presencia de oficiales formados en la guerra de independencia de España²⁵ y que siguen la carrera militar ya sea en el bando realista o entre los insurgentes, de los cuales el ejemplo más relevante es San Martín. Sin embargo, el armamento y las fuerzas desplegadas fueron más de diez veces inferiores. En los Andes, como los demás altos oficiales llegados de la Península, Canterac se vio sumido en una realidad incomprensible, comandando tropas en las que los peninsulares eran poco numerosos, los soldados hablaban quechua —idioma inentendible para el general nacido en Europa—, y los prisioneros se veían integrados a la fuerza —a pesar de que requerían una vigilancia constante—. Los refuerzos esperados no llegaron a causa del trienio liberal y de la guerra interna en España; faltaron en el momento de la secesión de Olañeta en el Alto Perú.

Ningún otro francés desempeñó un papel tan notable en el ejército colonial. Un buen número de oficiales del ejército de Napoleón emigraron a América en 1815 y se incorporaron en las filas patriotas, reverenciando al emperador y, a la par, al ideal igualitario de la Revolución. Los relatos de viajes publicados después de 1821 suelen recordar a esos oficiales que forman la élite militar de las nuevas repúblicas junto a capitanes de otras nacionalidades.

Cuando, a los diez años del regreso a España, Canterac solicita nacionalizarse y se enfrenta a una oposición difuminada, él mismo escribe un discurso para defenderse. La nacionalidad no le será concedida. El alegato *pro domo sua* merece ser recordado: se trata de una carta pública que homenajea tardíamente a Napoleón, contra quien Canterac peleó durante los siete años de la guerra de independencia: «He tenido la honra de que se haya dicho, que la expedición que mandé en el año 1821 sobre el Callao, haría honor al primer capitán de nuestro siglo»²⁶.

25 En la guerra de independencia española, la deportación de soldados y oficiales a Francia representó entre 50 000 y 60 000 hombres. Ver: Aymes (1983, pp. 169-171).

26 En esa carta redactada en Algeciras el 15 de octubre de 1834, para solicitar la «naturalización», Canterac pasa lista de los combates en que participó en España e insiste en su fidelidad a la Corona española. La carta fue publicada por Santos Rodrigo (1975).

ANEXO

Informe presentado desde la prefectura de Gironde a París*

Prefectura de Gironde / Despacho

folios numerados 269-273

Burdeos 9 de junio de 1825/14 de junio

Informe

Monseñor

[Al margen izquierdo figuran anotaciones de un lector no identificado que resume los párrafos]

Las informaciones que recogí junto a los principales oficiales del antiguo ejército real del Perú y también de algunos empleados civiles que llegaron con ellos me permiten hacerle un informe sobre los sucesos de la América del Sur y sobre la situación de esa comarca. Voy a empezar dándole a conocer al teniente general Laserna y los distintos individuos que lo acompañaron.

Su Excelencia no ignora que, en 1820, Laserna solo fue enviado al mando de las tropas y al virreinato a causa de la defección de los generales españoles que quisieron librarse de la autoridad del virrey Pezuela, varón íntegro y enteramente fiel al rey. Desde entonces, el general Laserna se vio en la posición más falaz y, cuando quiso actuar por los intereses de Su Majestad, casi siempre se enfrentó con obstáculos insuperables. En circunstancias en que creyó útil manifestar su autoridad, lo detuvo el general Valdés, diciéndole: «No se le prestará atención... Usted es el virrey, es cierto, pero tiene que saber que, si somos capaces de hacer virreyes, también sabemos derrocarlos». Obligado a obedecer los caprichos de sus subalternos, por tanto, Laserna solo fue un instrumento que aquellos usaron a su antojo. Por lo demás, es un hombre bueno, sacrificado al rey; pero no tiene ni los medios ni el genio que conviniera al jefe de una colonia alejada y cuya situación desde hacía años resultaba insegura y a menudo crítica. Aunque realista, se cree a Laserna atraído por el gobierno constitucional.

El mariscal de campo Valdés reveló su genio por las palabras que acabo de citar. Es un hombre vicioso y un partidario acérrimo de la independencia; solo combatió con los realistas para asegurarse mejor el enriquecerse a expensas de todos aquellos a los que pudo sacrificar. De él se refieren rasgos que anuncian un alma negra y cruel. En campaña, a la cabeza de su división, se asegura que cobró una contribución enorme a las ciudades, villas y pueblos por donde estuvo y que no descartó ni la prisión ni los azotes para hacerse pagar: se llega a decir que mandó fusilar a funcionarios que resistían a sus órdenes. Enemigo acérrimo de Canterac, el general Valdés no vio en él sino a un temible antagonista que contrariaba sus planes.

* Traducción de Isabelle Tauzin-Castellanos

Esa rivalidad fue la que impidió en 1820 que se proclamara la independencia del Perú que Canterac había estipulado con el general San Martín. Enterado de esa circunstancia, Valdés no descuidó nada para que no hubiera una continuación, no tanto por amor al rey como por despecho de que se le anticipara. Desde aquella época se allegó a Canterac; hasta se cree que existe entre ambos un tratado secreto y se atribuye a esos dos hombres con mucha verosimilitud los éxitos de Bolívar.

El mariscal de campo Villalobos, satélite de Valdés, constitucional independiente como él, siempre fue el agente más activo del dominador del Perú. A ese general hoy le afecta demencia; aquí está según me aseguraron la única y verdadera causa: Villalobos, quien, mejor que ningún otro, se conoce a fondo todas las intrigas de Valdés y demás, hizo unas confidencias, al marcharse del Perú, al mariscal de campo Maroto, hombre profundamente convencido a favor de la monarquía. Valdés y los suyos se enteraron y se lo reprocharon y le amenazaron tanto que enloqueció.

El mariscal de campo es un excelente realista, sacrificado a su rey, honesto, con genio fuerte y que por eso siempre fue apartado por Valdés y demás. Un solo hecho bastará para dar una idea del general Maroto. Durante la travesía los españoles a bordo de la Ernestine hasta Río de Janeiro no dejaron de cantar contra el rey de España, los Borbones y el gobierno francés, la canción más ruin, en lo que tomaron parte el capitán, el cirujano de a bordo y varios otros individuos de la tripulación. Varias veces el general Maroto suplicó al virrey que interpusiera su autoridad para acallar esos cantos sediciosos; no obtuvo nada de este; algunos de los más rabiosos quedaron en Río de Janeiro, creía que semejantes cantos ya no llegarían a sus oídos; pero no sucedió así. Un día en que estaba en el camarote mientras cantaban, envió al subteniente Joseph Roda para acallar a los cantantes; este fue despedido con menosprecio. Maroto subió entonces a cubierta y en presencia del capitán de navío, quien profesa los peores principios (lo señalé al procurador del rey), acalló a esos energúmenos, diciéndoles que le reventaría los sesos al primero que siguiera atreviéndose a decir palabras sediciosas. Desde entonces terminaron los cantos sediciosos. La firmeza del general es tanto más meritoria que lo acompañaban su mujer y cinco hijos.

El brigadier Landazuri oriundo del Perú, siempre fue el confidente de Valdés, cuyos principios comparte.

El brigadier Valentín Ferraz es aún peor.

El coronel Santa Cruz, secretario del virrey, tal vez sea más peligroso que el anterior, por el fanatismo de sus opiniones liberales.

El coronel Ruperto Delgado y el teniente coronel Vigil son hombres nulos.

Los coroneles Bravo y Francesco Arce son militares valientes, sacrificados al rey.

El tesorero del Perú Sanchez Chabez es un hombre de bien en todos los aspectos; en todas las circunstancias dio las pruebas de la mayor abnegación, razón por la cual el dominador del Perú siempre lo mantuvo apartado.

El inquisidor Enselmo de la Canal es un hombre nulo.

El administrador de la aduana de Arequipa, Narciso de Benavidez se doblega en cualquier circunstancia.

El capitán Siol y Antonio Morati y el teniente Salvador Armar son realistas. El cirujano Minier o Miner, quien hoy cuida al virrey, el teniente Philippe Mechandre y el subteniente francés Quiroga son hombres muy peligrosos. Ellos eran los más empeñados en pronunciar palabras contrarias al rey y cantar canciones sediciosas. Una de aquellas canciones terminaba con el estribillo: mueran los Borbones.

Con un ejército en el que la mayoría de los jefes eran liberales y acérrimos contra el rey, era difícil que el Perú siguiera conservado por España.

Si se cree en el virrey, el general Valdés y demás, ellos son los causantes que explican la derrota del Ejército Real.

Desde hacía cuatro años, ninguna fuerza de la metrópoli fue enviada al Perú. Reducido a 800 hombres regulares, el virrey reunía a indígenas lo más que podía, entre los cuales repartía viejas tropas para contenerlos; pero sus esfuerzos no podían hacer unas tropas fieles; batallones enteros pasaban al enemigo.

En mayo de 1824, el Ejército Real esperaba refuerzos y mantenía observado el ejército enemigo, acuartelado en las inmediaciones de Trujillo: en cuanto a Bolívar, esperaba tropas de Colombia para actuar. En ese momento había de enviarse un destacamento con el general Valdés contra el general Olañeta, quien desconocía la autoridad del virrey y quería ser el dueño absoluto del poder, de La Paz, Potosí, etc., la más rica región del Perú, de la que era gobernador.

El Ejército Realista, demasiado débil para iniciar las hostilidades contra los generales de Bolívar, se mantenía en la defensiva; pero habiendo recibido los refuerzos desde finales de junio, este empujó a Canterac hasta Cusco. Aquí, Valdés, quien había reducido a Olañeta o, mejor dicho, había tratado con él, alcanzó las tropas realistas y el virrey tomó el mando del ejército. Este ejército, al salir de Cusco, contaba con 9000 soldados de infantería y 1000 de caballería, pero, exceptuando 800 hombres, eran indígenas, entre los cuales más de 3000 desertaron antes del asunto decisivo. Sin embargo, el virrey atacó a los independientes, los venció en varias ocasiones y los expulsó hasta la posición de Ayacucho donde se inició la batalla. Las tropas realistas del país se desbandaron pronto, pasaron al bando enemigo, un capitán y un teniente que quisieron impedirlo fueron matados por los desgraciados; el virrey

fue herido, hecho prisionero y los generales Canterac y Valdés, después de ver segados en torno suyo a los que les seguían fieles, se retiraron.

De ahí el tratado de Canterac, con los generales de Bolívar, Sucre y Lamar.

El general Laserna considera que el ejército de estos contaba con 6000 o 7000 hombres, buenas tropas en momentos del enfrentamiento. De los mensajes hallados en las fuerzas del general Sucre, caídos en poder de los realistas unos días antes, ascendían el total del ejército a 12 o 14 000 hombres.

El virrey denuncia a Olañeta como la principal causa de sus reveses y lo acusa de querer ser independiente de cualquier autoridad en la provincia de la que es gobernador, y ocultar sus ambiciones bajo el ropaje del realismo. Olañeta se separó de él, con el pretexto de que no quería reconocer el gobierno de las Cortes, y cuando la noticia del derrocamiento de ese gobierno y la confirmación de la autoridad del virrey por SM le hubieron llegado (en octubre de 1824) no dejó de persistir en la rebelión.

Por fin, el general Laserna no cree que el general Olañeta pueda resistir largo tiempo; es —dice— un soldado que ha ascendido, valiente, pero sin medios cuyos recursos pronto estarán agotados; no tiene más de 2000 soldados consigo. Para reconquistar el Perú, agrega, se necesitaría un ejército de 10 000 soldados mandados por un jefe y generales con experiencia y que conocieran los lugares, apoyada por una escuadra de dos naves de línea, dos o tres fragatas y unos cuantos barcos pequeños, y reforzada cada año por al menos 2 o 3000 hombres de la metrópoli.

Los oficiales y empleados realistas distan mucho de compartir la opinión del virrey acerca de Olañeta y atribuyen el éxito de Bolívar a otras causas que las que acabo de referir. Aquí tiene lo que he aprendido con ellos.

Olañeta solo se separó del virrey porque conocía sus debilidades y las metas pérfidas de sus oficiales. Pese a todo, no dejó de enviar a Cusco, sede del gobierno del virrey, todas las contribuciones recaudadas en las provincias bajo sus órdenes; e informado que Bolívar, en una de sus proclamas lo había citado como partidario de la independencia, le escribió al virrey para ofrecérsele con su División como auxiliar. Ese ofrecimiento permaneció sin respuesta.

La pérdida del Perú se explica por dos causas principales. Una fue la estancia demasiado larga en Lima del Ejército Realista; en 1824, después de la rendición de la fortaleza del Callao entonces en manos de los independientes. Si Canterac y los demás generales en lugar de entregarse a todo tipo de exceso y desenfreno, se hubiesen ocupado a perseguir a Bolívar (en mayo), le hubieran asestado el último golpe a la Independencia de esa parte de América. Otra causa fue el empeño de los jefes por negarse siempre a encabezar sus ejércitos con los 1500 soldados y oficiales del batallón de Buenos Aires que habían abandonado a Bolívar para formar parte de las tropas. Al contrario, esos militares fueron enviados a las costas meridionales

a más de 200 leguas del teatro de la guerra. A esas dos causas cabe sumar dos sucesos: 1.º la víspera de la batalla de Ayacucho, los realistas estaban acampados al alcance de los fusiles de los independientes. A las once de la noche, en medio de las tinieblas más espesas, los generales dieron la orden de encender unas fogatas delante del campamento. Ejecutada la orden, el enemigo se dio prisa en disparar a las tropas realistas y las fogatas solo fueron apagadas cuando muchos soldados y dos oficiales superiores resultaron muertos. 2.º El general Valdés, quien mandaba una división, no tomó parte en la acción; solo le había confiado dos batallones al brigadier Pacheco, quien peleó como valiente. Al ver el asunto perdido, Valdés dejó su división, la cual, con excepción de los dos batallones que acabo de mencionar, no había disparado ni una vez y se disponía a reunirse con el general Sucre cuando su edecán corrió hacia él y le preguntó adónde iba: —A capitular, contestó Valdés — ¡Infame! —repuso Pacheco— Vuelva a encabezar su división o le cruzo el cuerpo con mi espada. Obedeció Valdés; pero Canterac pronto llegó para capitular.

El brigadier Pacheco está a bordo del navío Le Ternaux que se espera en Burdeos de un día para otro; podría proporcionar muchas informaciones. Ese alto oficial es realista; y como se conocía todos los manejos de Valdés y demás, ese general lo tomó como edecán y lo llenó de favores, pensándose así cerrarle la boca.

Durante el viaje de L'Ernestine de Quilca a Río de Janeiro, los jefes del ejército no dejaron de echarle la culpa al general Canterac, pero llegado este a Río, antes de la salida de la Ernestine, cambiaron de lenguaje y acordaron con él el relato que habían de dar para justificarse. Es de notar que Canterac, después de haber capitulado, no quiso viajar con el virrey, que se quedó con los independientes y fue con ellos hasta Cusco.

Los republicanos con los que conversé no creen que el Perú siempre se mantenga fuera de España. Dan como razón que la mayor parte de los habitantes se inclina por la madre-patria, que las tropas realistas aún ascienden a 7 u 8000 hombres, descontando a los que están en el Callao y cuyo número se calcula en unos 3000 hombres. Con unos jefes sacrificados, según dicen, pronto a los independientes se les expulsará del Perú. En cuanto a Olañeta, podrá mantenerse largo tiempo, aun cuando España no le envíe auxilios con tal que el gobernador de la provincia de Santa Cruz, oriundo del Perú, sacrificado al rey, siga fiel a su juramento, lo cual parece probable. En el caso contrario, Olañeta se vería obligado a retirarse a los cerros, donde podría permanecer hasta que lleguen tropas de la Metrópoli.

Estos, son, Excelencia, las informaciones que he podido recoger hasta ahora, y según las cuales no cabe duda de que el Perú fue entregado por aquellos que lo debían guardar. Sin embargo, como es de temer que la pasión no entre de alguna manera en los informes que me fueron dados, y que varios hombres entre aquellos a los que me dirigí hayan tratado de valorarse a expensas de otros, sigo recogiendo información, cuyo resultado notificaré a Su

Excelencia. La llegada del navío Le Ternaux, a bordo del que viajan Canterac, Pacheco y otros, me permitirá controlar las informaciones proporcionadas por el pasaje de L'Ernestine.

El Señor Estebán Ducot, vicecónsul interino a cargo del consulado de España, me ayudó mucho para obtener esas informaciones: en esas circunstancias nuevamente dio muestras de su sacrificio a los Borbones de Francia y España, así como de su celo para cumplir con el servicio que se le confió.

Soy con profundo respeto,

Monseñor

de Su Excelencia

El muy humilde y muy obediente servidor.

Por el Prefecto en licencia, el secretario general delegado

Firma

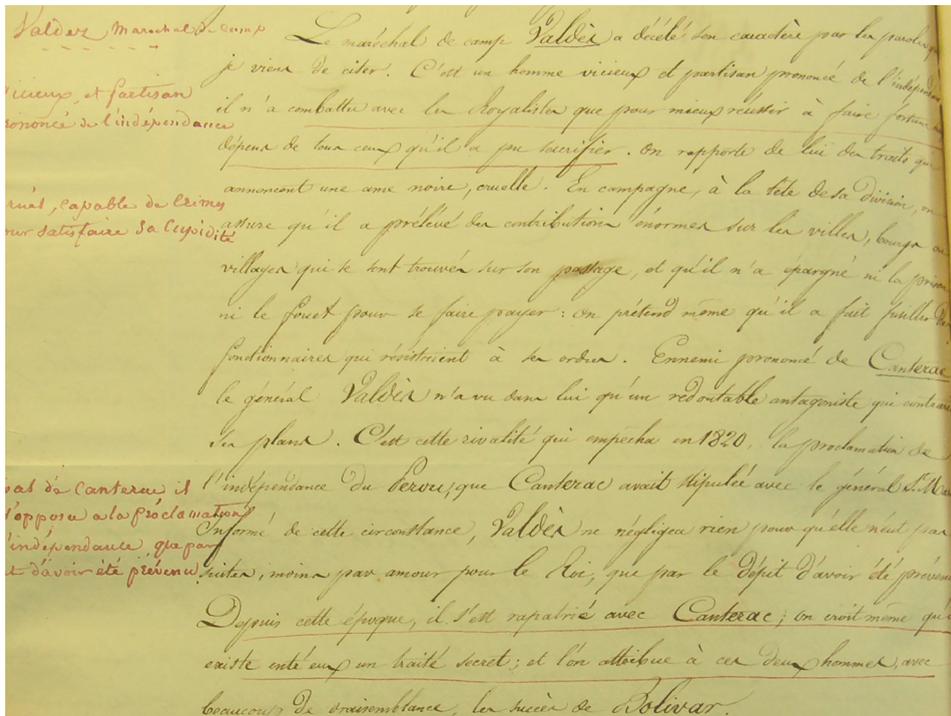


FIGURA 1. Informe presentado desde la prefectura de Gironde, 9 de junio de 1825, f. 2

Bibliografía

Fuentes primarias

Archive Ministère des Affaires Etrangères

Informe sobre los acontecimientos de América y los principales oficiales del ejército español llegados a Burdeos a bordo de la Ernestine, 9 de junio de 1825.

Archivo Militar General de Segovia

Legajos C. 1004-0 y a la Caja 25, Exp. 3, carpetas 1, 2, 3, 4 microfilmadas

Archivos Departamentales de Lot-et-Garonne, Francia.

Legajo 2C570C

- Registro de casamientos desde 1 de septiembre de 1782 hasta pradiel año 12 (n.º 44, f. 16)

Legajo 1Q109

- Bienes de los emigrados (incluye la ordenanza sobre embargo de los bienes de los padres de emigrados, los decretos de la Convención 25 de noviembre de 1792; 28 de marzo de 1793; 3 de junio de 1793; 25 de julio de 1793)
- Cartas desde 22 de brumario del año III, 13 de diciembre de 1808; 20 de mayo de 1809.

Cartas de Canterac y Lavalle recolectadas por Cristina Mazzeo (documentación privada).

Colección de los principales partes y anuncios relativos a la campaña del Perú desde 29 de Enero de 1821, en que tomó el mando el señor La Serna hasta el fin de marzo de 1824, dispuesta por el Estado Mayor Jeneral del Ejército, digitalizada por John Carter Brown Library. Recuperado de <https://archive.org/stream/colecciondelospr00tern#page/n5/mode/2up>.

Colección Documental de la Independencia del Perú (tomo v, volumen 1; tomo xxii, volumen 3). Lima, 1973.

Fuentes secundarias

ALBI, Julio (1990). *Banderas olvidadas. El ejército realista en América*. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

ALBI, Julio (2009). *El último virrey*. Madrid: Ollero y Ramos.

AYMES, Jean-René (1983). *La déportation sous le premier empire. Les Espagnols en France (1808-1814)*. París: Publications de la Sorbonne.

BARRANTES RODRÍGUEZ LARRAÍN, Fernando (2006). *Los ciudadanos franceses y francesas en la República del Perú*. Lima: Sociedad Francesa de Beneficiencia.

- CONTRERAS, Remedios (ed.) (1985). *Catálogo de la colección de Pablo Morillo, conde de Cartagena* (tomo II). Madrid: Real Academia de la Historia.
- DUNBAR TEMPLE, Ella (1971). *La acción patriótica del pueblo en la emancipación. Guerrillas y montoneras* (tomo V, volumen 1). Lima: Comisión Nacional del Sesquicentenario de la Independencia del Perú.
- LABOUCHE, Commandant (1924). «Un Agenais, général en chef des armées espagnoles». *Revue de l'Agenais*, (60), 444-451.
- MARTÍN-LANUZA MARTINEZ, Alberto (2012). *Diccionario Biográfico del Generalato Español. Reinados de Carlos IV y Fernando VII (1788-1833)*. Navarra: Foro para el Estudio de la Historia Militar de España.
- MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (2014). «Todos eran realistas. Liberalismo y absolutismo en el gobierno del virreinato del Perú, 1820-1824». En Izaskun Álvarez Cuartero y Julio Sánchez Gómez (coords.), *Visiones y revisiones de la independencia americana. Realismo, pensamiento conservador: ¿una identificación equivocada?* (pp. 121-143). Salamanca: Universidad Salamanca.
- MAZZEO, Cristina (2009). «Los nudos de la desunión: conflictos y divergencias en la dirigencia del ejército realista durante la emancipación del Perú, 1810-1824». *Revista de Indias*, 69(247), 105-136.
- MILLER, Guillermo (1910). *Memorias del general Guillermo Miller al servicio de la República del Perú*. Madrid: Librería General de Victoriano Suarez. Recuperado de <http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.do?control=BVPB20070012864>.
- PALMA, Ricardo (2000). *Tradiciones peruanas. Segunda serie*. Alicante: Biblioteca Virtual de Cervantes. Recuperado de http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/tradiciones-peruanas-segunda-serie--0/html/ff16c636-82b1-11df-acc7-002185ce6064_6.html#I_49_.
- SANTOS RODRIGO, Eugenio de (1975). «Canterac: apuntes biográficos». *Revista de Historia Militar*, (39), 76-98.
- SANTOS RODRIGO, Eugenio de (1975). «Canterac: apuntes biográficos». *Ejército. Revista de las armas y servicios*, (439), 13-18.
- SILVA ORTIZ, Lorenzo (1999). «La correspondencia entre San Martín y Canterac en diciembre de 1821». En Lusi Navarro García (coord.), *José de San Martín y su tiempo* (pp. 231-246). Sevilla: Universidad de Sevilla.
- STEVENSON, William B. (1826). *Relation historique et descriptive d'un séjour de vingt ans dans l'Amérique du Sud* (tomo III). París: A. J. Kilian.
- WAGNER DE REYNA, Alberto (1985). «Ocho años de La Serna en el Perú. (De la "Venganza" a la "Ernestine")». *Quinto Centenario*, (8), 37-59.

Armas, ciencias y administración: las estrategias de los gobiernos chilenos para dominar el territorio en el siglo XIX

Nathalie Jammet-Arias

Universidad de París x Nanterre

RESUMEN

El artículo muestra la importancia de la noción de territorio en Chile durante el siglo XIX y estudia las medidas que tomó el Estado chileno para hacer efectiva la posesión del territorio, primero con el movimiento emancipador con respecto a la Corona de España y luego mediante la definición precisa de las fronteras con los países vecinos. Estas primeras medidas aseguraron una soberanía que distaba mucho de ser efectiva y, para lograr el objetivo, los gobiernos chilenos elaboraron una serie de estrategias para conocer y dominar el territorio gracias al desarrollo de los medios de transporte, al despliegue de la administración pública en todo el territorio nacional y al control sobre las fuerzas armadas.

Palabras clave: Territorio, Chile, siglo XIX, administración, educación, fuerzas armadas

RÉSUMÉ

L'article montre l'importance de la notion de territoire au Chili au XIX^e siècle et étudie les mesures prises par l'État chilien pour en prendre possession, dans un premier temps par les armes vis-à-vis de l'Espagne, puis par la définition plus précise des frontières avec les pays voisins. Ces premières mesures assurèrent une souveraineté bien loin de refléter la réalité de la domination du territoire qui fut un processus plus lent, donnant lieu au déploiement de plusieurs stratégies qui ont visé à accroître la connaissance du territoire, à créer des moyens de communication et à rendre effectif le contrôle de la population grâce au développement des institutions publiques et à la mise au pas des forces armées.

Mots clés : Territoire, Chili, XIX^e siècle, administration, éducation, armée

ABSTRACT

This article shows the importance of the notion of territory in Chile during the 19th century and examines the decisions taken by the state of Chile to take the possession, first through the use of weapons against Spain and then by a more precise definition of the borders with the neighboring countries. These first steps ensured sovereignty far from reflecting the reality of territorial domination, which was a slower process leading to the deployment of several strategies that aimed to increase knowledge of the territory, create means of communication and make effective the control of the population through the development of public institutions and the delimitation of the army effective.

Keywords: Territory, Chile, 19th century, administration, education, army

La independencia chilena se enmarca en el movimiento de emancipación de las colonias españolas continentales de América de principios del siglo XIX. Como en la mayoría de aquellas, no se trata de un proceso lineal, sino de etapas con desafíos distintos. Así, los avances en la apropiación del territorio por el Estado chileno constituirán el tema del artículo.

En los primeros textos de la Independencia, la noción de territorio carece de realidad, se percibe sobre todo de manera afectiva, se evoca la «patria» en vez del territorio propiamente dicho, o el «suelo». «Podemos llamar NUESTRA PATRIA a este suelo en que vimos la primera luz» podemos leer en el Manifiesto de la Independencia de Chile¹. La evocación siempre positiva de este territorio mal definido muestra el entusiasmo y el optimismo de los dirigentes del movimiento emancipador. En los textos de aquella época, el territorio chileno parece excepcional y se subraya que, si no está desarrollado, la culpa la tiene la antigua metrópoli por su mala administración. Se evocan la «bondad del clima», «la fertilidad del terreno», «la situación ventajosa», un territorio que «jamás siente los extremos del calor», «defendiéndole por el Oriente los Andes y refrescándole los venticiellos marítimos»². Se trata de regiones «bendecidas del Creador»³.

Los primeros ensayos constitucionales de la «Patria vieja» se interesaron más en la organización de los poderes públicos que en la definición del territorio. A partir de la victoria del Ejército de los Andes en Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, las autoridades chilenas de la «Patria nueva», y particularmente el director supremo Bernardo O'Higgins, juzgaron necesario dar a conocer el acontecimiento a los otros países. Para ello se redactaron textos como el Acta de la Independencia y la larga Proclamación de la Independencia, el 12 de febrero de 1818, mientras el territorio —¿qué territorio?— solo quedaba parcialmente emancipado. Estos textos, cuyo objetivo era ratificar la independencia, no contenían referencias concretas al territorio nacional, un elemento también ausente de la constitución provisoria de 1818.

La primera constitución chilena que evoca de manera directa la independencia con respecto a España fue la de 1822 que establecía: «La Nación chilena es libre e independiente de la Monarquía española y de cualquier otra potencia

1 *Manifiesto de la Independencia de Chile*, 1818.

2 *Aurora de Chile*. Santiago de Chile, 27 de febrero de 1812.

3 *Manifiesto de la Independencia de Chile*. Se puede comparar esta presentación del territorio con la evocación que hizo Miguel Hidalgo en el Congreso de Guadalajara de 15 de diciembre de 1810: «las riquísimas producciones de nuestros fércaces países», «las delicias que el soberano autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente».

extranjera». También define brevemente el territorio sobre el cual se ejerce: «El territorio de Chile conoce por límites naturales al Sur, el Cabo de Hornos, al Norte, el Despoblado de Atacama, al Oriente los Andes, al Occidente, el Mar pacífico»⁴.

Posteriormente, la evocación directa a España desaparece y es reemplazada por una afirmación de independencia de orden más general, como en la constitución de 1828: «Es libre e independiente [la Nación chilena] de todo poder extranjero», sin más explicaciones. Es de notar que este artículo aparece idéntico en la constitución del Perú, redactada el mismo año. Esta modificación marca una etapa y significa que el peligro de reconquista de las antiguas colonias por España parece alejarse.

Las constituciones se dedicaron entonces a determinar cada vez de manera más detallada el territorio nacional, ya no se trata de afirmarse en contra de la antigua metrópoli, sino más bien de definirse con respecto a los países limítrofes. Si en una primera etapa, en el momento de la independencia, la causa chilena hizo frente común con la de las otras antiguas colonias españolas; muy rápidamente, en unos diez años y al disminuir el peligro monárquico español, el anclaje nacional se hizo cada vez más fuerte, hasta tal punto que la desconfianza hacia España se transformó en suspicacia por los países fronterizos.

Después de declarar a la faz del mundo la independencia de Chile en relación con España y respecto a cualquier otro país, y después de definir por escrito los límites del territorio nacional, las autoridades chilenas se dieron cuenta de que estos elementos eran insuficientes para garantizar una verdadera apropiación del espacio y preservar la soberanía nacional. Se trató, entonces, de elaborar estrategias con el objetivo de conocer el territorio, unificarlo con medios de transportes adecuados e incluirlo en el seno de la república gracias al desarrollo de la administración pública y el control de las fuerzas armadas. A estos elementos se referirá el artículo que se presenta a continuación.

El conocimiento del territorio

Si las costas de Chile ya habían sido largamente exploradas en la época de la capitania general, algunas zonas del interior del país seguían desconocidas y las autoridades chilenas se empeñaron en favorecer las iniciativas que permitieran adquirir un mejor conocimiento del espacio.

⁴ Constitución de Chile de 1822, título 1, artículo 2.

Chile acogió a numerosos científicos extranjeros atraídos por la afición a la aventura. Entre ellos, muchos fueron los que llegaron contratados para ejercer la docencia, pero luego realizaron expediciones hacia lugares desconocidos por su aislamiento geográfico o por ser zonas fronterizas con los territorios araucanos. Charles-Ambroise Lozier, en los años 1820, trazó un mapa del sur de Chile. Poco después, Claudio Gay, un destacado naturalista francés, llamado a Chile para enseñar en el prestigioso Colegio de Santiago, fue encargado por el Gobierno para la realización de una misión de descubrimiento del país⁵. El *Atlas de la historia física y política de Chile*, que elaboró, no cuenta únicamente con mapas, sino también con un gran número de informaciones sobre el desarrollo económico, cultural y educacional de las regiones. Los archivos de Claudio Gay representan, hasta la actualidad, una de las mejores fuentes para entender el Chile de los años 1830. Después, otros extranjeros contribuyeron a un mejor conocimiento del espacio y de sus riquezas; por ejemplo, el francés Aimé Pissis y el polaco Ignacio Domeyko revelaron el patrimonio geológico y mineral de Chile. Más tarde, el sabio prusiano Rodolfo Armando Philippi dio a conocer la fauna y la flora chilenas; mientras su hermano, Bernardo, organizó varias expediciones de descubrimiento en el sur del país⁶. Descubrió por ejemplo el lago Llanquihué, que fue una de las futuras tierras de la colonización germana.

La creación de la Universidad de Chile, en 1842, dio un fuerte impulso a las investigaciones sobre el territorio nacional. Numerosos trabajos efectuados por sus miembros, tanto profesores como estudiantes, permitieron entender las realidades nacionales en todos los ámbitos: historia, leyes, datos meteorológicos, riquezas (Jammet-Arias, 2016). Los resultados de aquellos estudios se publicaron en los *Anales de la Universidad de Chile* —revista que sigue editándose—. Así, los gobiernos se apoyaron en los trabajos realizados por los investigadores de la Universidad de Chile para la elaboración de políticas públicas, el desarrollo de la enseñanza, la creación de la historia oficial, la constitución de manuales escolares, la reforma de los códigos de leyes, las políticas de sanidad pública y la valorización del territorio.

Esta necesidad de conocer el territorio e integrar criterios científicos en la gestión de los asuntos del Estado incitó al gobierno conservador pero progresista de Manuel Bulnes a crear una Oficina de Estadísticas, en 1847. El objetivo de esta institución fue realizar censos con regularidad. La oficina disponía de tres seccio-

5 Carta del Gobierno al Congreso de Chile, 19 de agosto de 1830.

6 Participó en la toma del Estrecho de Magallanes en nombre de la República de Chile en 1843.

nes: la primera reunía principalmente datos físicos; la segunda se interesaba en la población; y la tercera en el desarrollo económico y social de las regiones (el nivel de instrucción, el número de escuelas, las instituciones, las fuerzas armadas...). Esta voluntad de realizar censos era antigua —ya estaba presente en el período colonial— y fue reactivada en el momento de la independencia. El primer censo del período republicano se hizo en un tiempo marcado por los disturbios políticos, en 1813, en el «Núcleo central». Estableció datos cuantitativos de la población, las características raciales, los oficios, y, teniendo en cuenta el contexto de guerra, las fuerzas humanas disponibles para el combate. El decreto que establecía el censo estipulaba así su objetivo:

Sin saber el número de la población, las profesiones y demás circunstancias de los ciudadanos, casi no se puede emprender con cálculos seguros ningún objeto de beneficencia pública que corresponde a un sistema popular.⁷

Después de ello, se realizaron otros censos parcialmente concluyentes, por la falta de organización y de medios para realizarlos y las reticencias de la población que relacionaba, con razón, el censo con la tributación y el reclutamiento para las fuerzas armadas. La creación de la Oficina de Estadísticas permitió pensar en la constitución de censos más completos que se hicieron posibles gracias al aumento constante desde el año 1830 de los empleados públicos necesarios para ello. Los censos que se efectuaron después profundizaron en las informaciones acerca de la población al describir también las condiciones de vida, las riquezas del territorio y la actividad económica, así como la presencia de empleados civiles y militares en las distintas provincias⁸.

A finales del siglo XIX, el territorio bajo dominio chileno, que ya parecía mejor controlado desde el enfoque del conocimiento, fue definido con mayor precisión con la firma del polémico Tratado de 1881 con Argentina. Se amplió con la conquista de la Araucanía (1883, Villarrica) y con la guerra del Pacífico (1879-1884), que tuvo como consecuencia la anexión del Gran Norte. De hecho, el mapa de Chile de finales del siglo XIX mostraba un país mucho extenso que aquel representado por el atlas de Claudio Gay.

El desarrollo de las redes de comunicación fue fundamental para la unificación e integración del territorio bajo dominio chileno. De ese modo, tras la

7 Decreto del 31 de mayo de 1813.

8 Los censos establecieron listas de todos los empleados de las instituciones aduaneras y administrativas.

conquista de la Araucanía, los ingenieros siguieron los pasos de los militares para instalar con la mayor prontitud los rieles del ferrocarril, participando en la anejió definitiva de los territorios conquistados.

El desarrollo de los transportes

En el momento de la independencia, los medios de transportes públicos casi no existían en Chile. La red de carreteras se limitaba a tres vías transitables, dos que reunían Santiago con el puerto de Valparaíso y otra que conectaba Santiago con Concepción.

Durante mucho tiempo, los medios más adecuados para desplazarse por Chile fueron el caballo o la diligencia —que de «diligente» solo recibió el nombre—. Sin embargo, la larga extensión de las costas chilenas condujo a las autoridades a alentar el desarrollo de líneas de barco de vapor. La iniciativa fue primero de inversionistas privados, en particular del estadounidense William Wheelwright. El esfuerzo financiero del Estado se centró más en el desarrollo de la marina de guerra que en la marina mercante y el transporte de personas. Se explica por el hecho de que la marina de guerra fue imprescindible en el conflicto de la independencia y después para asegurar la vigilancia de las costas y la soberanía de Chile en los territorios más apartados como el Estrecho de Magallanes⁹ donde se fundaron primero Fuertes Bulnes y, en 1848, la ciudad de Punta Arenas. El ministro Portales había sido un ferviente defensor de la marina. En 1832, escribió en una de sus celebérrimas cartas:

es de necesidad [...] que el Gobierno esté siempre en contacto con los pueblos mediante un buque de guerra; se les infunde respeto y también gratitud cuando se les haga ver esta medida por el lado de que tiende a cuidarlos y protegerlos¹⁰.

A pesar de anhelar el desarrollo de la Marina, los medios concedidos fueron insignificantes hasta la víspera de la guerra del Pacífico, cuando la Marina y el Ejército empezaron a recibir presupuestos separados (1873).

Por otro lado, a mediados del siglo XIX, los propietarios de minas del norte juntaron capitales para construir el ferrocarril que unió, en 1851, la región mi-

9 Expedición encabezada por el capitán de fragata John William Wilson.

10 Carta de Diego Portales a Antonio Garfías. 17 de abril de 1832.

nera de Copiapó al puerto de Caldera. Esta primera línea respondió sobre todo a una necesidad logística de transporte de minerales. Otros ferrocarriles fueron construidos después en la misma región, siempre según el mismo esquema, desde las minas hacia los puertos de embarque. A petición del Gobierno, las ferrovías particulares se abrieron después al transporte de representantes del Estado y viajeros. Las compañías se vieron obligadas a llevar a mitad de precio a las tropas y el material militar, y gratuitamente el correo. El Estado empezó a comprometerse en el desarrollo del ferrocarril en 1851¹¹, cuando fue fundada una sociedad mixta, con capitales privados y públicos, para la construcción de la línea Santiago-Valparaíso. La Compañía de Ferrocarriles de Valparaíso a Santiago realizó así la construcción de la línea que se extendió sobre el período 1856-1863. Por último, en 1858, el Estado adquirió la totalidad del ferrocarril porque unía las dos principales ciudades del país en las que se concentraban las representaciones diplomáticas, las instituciones centrales del Estado y los organismos involucrados en el comercio.

A partir de entonces, el Estado chileno no dejó de desarrollar la red para permitir la integración de los territorios del sur. En 1855, fue creada la sociedad mixta Compañía de Ferrocarriles del Sur con el objetivo de construir la línea Santiago-Talca. Además, el Estado reforzó el control de las compañías concesionarias. La «ley sobre la materia» del 6 de agosto de 1862 estableció los principios generales que debían regir la construcción y el funcionamiento de los ferrocarriles (normas de seguridad, inspección por empleados públicos, responsabilidades, plazos, financiamiento). En agosto de 1873, el Estado chileno se convirtió en el único propietario de las líneas del sur, excepto algunos tramos construidos según el modelo del norte y que unían las minas y los puertos de embarque.

La construcción del ferrocarril del sur era parte de un plan estratégico obvio. Los «caminos de hierro» seguían a las tropas y aseguraban la integración al territorio nacional de las regiones conquistadas a los indios de la Araucanía. Así, el ferrocarril llegó a San Rosendo en 1870, a Los Ángeles en 1875, a Mulchén en 1878, a Victoria en 1884, a Angol en 1888 y a Traiguén en 1889. El ferrocarril resultaba una herramienta ineludible para concretar el control del Estado sobre el territorio, ya que permitía reducir los tiempos para desplazarse entre las provincias y ofrecía la posibilidad de una intervención militar rápida, además de ser una condición previa al desarrollo económico regional.

11 Ley de 28 de agosto de 1851.

Así como a principios de la República se creyó en la magia de las leyes y de la imprenta, a finales del siglo XIX se creyó en la magia del ferrocarril. El discurso del presidente Balmaceda cuando se celebró la inauguración del puente sobre el Malleco ilustra esta idea: «todos los problemas económicos del porvenir de Chile están ligados a la construcción de nuevas líneas férreas». La construcción de un viaducto de 406 metros de largo sobre el Malleco fue una hazaña con un gran impacto simbólico al representar la integración definitiva de los territorios del sur (Jammet-Arias, 2011). La gestión de los ferrocarriles públicos, que se había vuelto compleja debido al gran número de líneas, quedó centralizada en Santiago por la ley del 4 de enero de 1884, cuando fue creada la Compañía de Ferrocarriles del Estado chileno. En 1884, se fundó un Departamento de Ferrocarriles que conllevó, a causa de la política de obras monumentales, a la creación en 1888 del Ministerio de Obras Públicas que se organizó en cuatro secciones: Ferrocarriles y Telegrama, Puentes y Calzadas, Arquitectura y Minas¹².

El desarrollo de infraestructuras hizo necesario la creación de nuevas instituciones que acentuaron los esfuerzos de racionalizar de parte del Estado chileno, aumentando así el número de empleados públicos.

El despliegue de la administración pública en el territorio chileno y el control de las fuerzas armadas

Durante todo el siglo XIX, el número de empleados públicos fue incrementando por la creación de puestos e instituciones. Sin embargo, debido al bajo número de habitantes instruidos y a la debilidad del erario, las instituciones eran muy a menudo cáscaras semivacías (Jammet-Arias, 2010a).

El desenvolvimiento de la enseñanza secundaria (Jammet-Arias, 2010b), desde la independencia con la fundación del Instituto Nacional y más tarde con la de los institutos de provincias, así como el saneamiento de la hacienda pública permitieron sin embargo la contratación continua de empleados públicos, primero en Santiago y luego en las provincias. En efecto, la división administrativa cada vez más precisa del territorio implicó, de hecho, un despliegue de los representantes del Estado en las provincias.

12 Los territorios recién conquistados, Araucanía y el Norte Grande tuvieron una comunicación inmediata con la capital mediante el telégrafo. Ya en 1873, se comunicaba Angol con Los Ángeles y con Santiago, y, en un tiempo muy breve, se instaló el teléfono en todas las provincias en las que pudiera ser discutida la soberanía nacional.

Aquellas divisiones cada vez más numerosas del territorio se pueden observar en los mapas de Chile, que indican una red poco a poco más densa. Las provincias pasaron de tres en el momento de la independencia, a ocho en 1828, a quince en 1856, y a veinticuatro a finales del siglo XIX¹³. Estas nuevas divisiones administrativas contribuyeron a unificar el territorio y visibilizar el aparato del Estado.

La independencia conllevó una renovación del personal administrativo debido al exilio de los antiguos empleados públicos españoles y a la depuración administrativa cuyas víctimas fueron aquellos que no dieron pruebas fehacientes de su compromiso con el movimiento emancipador. Quienes accedieron a los cargos y empleos públicos provinieron en un primer momento principalmente de las élites criollas adictas al nuevo régimen. La legislación relativa a los empleados públicos fue precoz en Chile. O'Higgins ya había establecido algunas normas con el fin de dar cierta estabilidad a la «función pública» naciente: el decreto del 3 de abril de 1819 prohibía los despidos no justificados. Se tomaron varias medidas para formar «una autoridad constituida», la cual consiste, según Max Weber, en un proceso de racionalización de la administración, una tarea iniciada en Chile por el ministro de Interior, Diego Portales.

La Ley de Ministerios del 1 de febrero de 1837 estableció que estos serían cuatro: Interior¹⁴, Guerra, Justicia e Instrucción Pública y Hacienda. Poco después, se promulgó otra ley cuyo objetivo fue desglosar las competencias necesarias para acceder a cada ministerio¹⁵.

Después de organizar las instancias centrales, se organizó la representación del Poder Ejecutivo en las provincias. No obstante, aunque el decreto del 31 de julio de 1837 estipulaba las condiciones necesarias para obtener un puesto de «subdelegado» o de «inspector», fue necesario esperar hasta 1844¹⁶ para que se organizaran eficientemente las instituciones del Estado en las provincias.

La constitución chilena de 1833 había establecido una pirámide del Poder Ejecutivo:

13 Veintitrés provincias y el territorio de colonización de Magallanes.

14 El Departamento de Asuntos Exteriores dependía del Ministerio de Interior.

15 Ley de 15 de febrero de 1837: «Ninguno podrá ser admitido en clase de oficial de número o auxiliar en cualquier secretaría sin estar completamente instruido en la gramática castellana, en la constitución del Estado y en alguna de las principales lenguas vigentes en Europa». Además de esos criterios generales, cada entidad definió criterios propios: para conseguir un puesto de oficial en los ministerios de Interior o de Justicia se necesitaba haber cursado estudios superiores de Derecho y Humanidades, pero no se requería un título universitario.

16 Ley de 10 de enero de 1844.



FIGURA 1. Pirámide del Poder Ejecutivo en Chile de acuerdo a la constitución de 1833

El jefe del Estado nombraba directamente y por un período de tres años a los intendentes, los cuales a su vez nombraban a los gobernadores, previo acuerdo con el presidente de la república.

Los poderes de los intendentes eran muy amplios, desde nombrar a los empleados públicos hasta mantener el orden, además de algunos asuntos religiosos, el desarrollo de las vías de comunicación, la construcción de carreteras, las cuestiones relativas al urbanismo, así como la aplicación y la difusión de las leyes y decretos. Como para el presidente de la república, se establecieron un criterio de nacionalidad y nacimiento en el territorio nacional y un criterio mal definido de probidad moral. En cambio, no se definieron las aptitudes o competencias propias para las plazas de estos. Ello parece revelar que la elección de altos representantes del Ejecutivo respondía más a criterios estratégicos y políticos que a una voluntad de racionalización. El esfuerzo normativo que se realizó en la administración tardó en imponerse para los altos cargos.

Las tablas de sueldos que encontramos para los altos cargos y los empleados de los servicios técnicos del Estado ponían de manifiesto fuertes desigualdades según los destinos. Los intendentes eran los funcionarios mejor pagados. En 1858, recibían entre 4000 a 7000 pesos.

Sus sueldos podían alcanzar los 10 000 o 12 000 pesos a finales del siglo XIX, particularmente en las provincias del norte, Atacama, Antofagasta y Tarapacá. Sin

embargo, este no era el caso de los gobernadores, quienes ocupaban el escalón administrativo inferior. Ellos cobraban entre 1000 y 2000 pesos en 1858. Los sueldos resultaban tan bajos que, a pesar de la normativa vigente desde O'Higgins, se les permitía ocupar varios empleos. Se otorgaban bonificaciones (mediante dietas elevadas) a los funcionarios destinados en Tocopilla, Arica, Taltal y Pisagua en el norte, así como en Mulchén, Cañete, Angol, Temuco y Llanquihué en el sur.

Las fuerzas armadas también entraron en un proceso de racionalización. Después de las guerras de independencia y, sobre todo, después de la batalla de Lircay, el gobierno conservador que carecía de legitimidad, ya que se había impuesto a raíz de un golpe de Estado, se empeñó en descartar a los jefes supuestamente más peligrosos —aquellos que se habían lucido en los campos de batalla y más fama tenían—. Por ello, fueron despedidos o deportados. Los conservadores se preparaban para tener toda libertad con el fin de reforzar su autoridad y subordinar las fuerzas armadas al poder civil.

Además, la estrategia de Portales fue desunir para gobernar¹⁷. Creó así, paralelamente a la Academia de Guerra fundada por O'Higgins, una Escuela Náutica y una Guardia Cívica. Poco a poco, las fuerzas armadas se volvieron un instrumento al servicio del Estado, a pesar de algunos intentos de desestabilización. La importancia de la legislación relativa a los militares refleja el papel que desempeñaron, durante la independencia, los conflictos que definieron la historia del Chile decimonónico; pero también expresa una voluntad del Estado por dominar la institución militar. La primera ley relativa a las fuerzas armadas fue la ley de reforma del Código militar de 1839, que se esforzó por incorporar a los oficiales y suboficiales en un cuerpo especial. Esta fue la primera medida de racionalización de las fuerzas armadas que hasta aquel momento estaban mal organizadas. Las leyes siguientes trataron de los montepíos y cajas de socorro del Ejército, la definición de la invalidez y las correspondientes pensiones, la jubilación, los sueldos, los premios.

Sin explicar detalladamente estas leyes (Jammet-Arias, 2014b), se pueden hacer algunas observaciones sintéticas: el hecho de definir con mucha precisión los grados y el escalafón militar modificó la relación soldado-jefe, porque el hecho de que el jefe entrase en una tabla llevó a situarlo en una escala, a situar su autoridad en un contexto nacional, a darle una legitimidad de derecho capaz de esfumar la

17 La constitución de 1833 ofrecía muchos recursos legales al presidente para que pudiese gobernar cualesquiera fuesen las circunstancias del país. En caso de guerra o conmoción interna, el Congreso podía otorgar facultades extraordinarias y el presidente tuvo la posibilidad de decretar el estado de sitio, de juzgarlo necesario al orden público.

imagen del caudillo al desconectarlo de un territorio regional. En el caso de las remuneraciones de los militares, existían las mismas desigualdades que para el personal civil, ya que los militares destinados a la Araucanía y al Norte Grande cobraban sobresueldos.

Durante gran parte del siglo XIX, el Ejército recibió el mayor presupuesto y los ascensos más numerosos. Esta tendencia se atenuó durante la guerra del Pacífico y se alteró cuando el almirante Jorge Montt llegó a la presidencia, tanto más cuanto que en la guerra civil de 1891 el Ejército había defendido preferentemente al partido vencido de J. M. Balmaceda.

Los presupuestos se establecieron teniendo en cuenta un criterio de utilidad, circunstancial, de las fuerzas armadas. En los albores de la República, se trata más bien de operaciones de mantenimiento del orden, de conquista interna en el marco de la «pacificación de la Araucanía» y de una guerra sobre todo terrestre contra la Confederación Perú-Boliviana. Se cambió la perspectiva a partir de la guerra hispano-chilena, que provocó el bombardeo de Valparaíso por falta de buques de guerra para defender la bahía y especialmente con la guerra del Pacífico, durante la cual los combates marítimos fueron decisivos.

La dominación del territorio por las autoridades chilenas fue un proceso largo. Resultó de varios factores: guerras exteriores y civiles, conocimiento del territorio, desarrollo de las comunicaciones, de la administración y también se realizó gracias a muchos actores: militares, sabios, exploradores, altos mandos y empleados administrativos. El esfuerzo normativo en todos los ámbitos contribuyó a homogeneizar las prácticas y unificar, por la razón o la fuerza, el territorio nacional. El apego al territorio nunca se redujo a lo largo de la historia de Chile y hasta la época más reciente se observa en los criterios relativos a la nacionalidad y ciudadanía chilenas que atribuyen mucha importancia al nacimiento y residencia en el territorio de Chile (Jammet-Arias, 2014a).

Bibliografía

ANGUITA, Ricardo (1912). *Leyes promulgadas en Chile desde 1810 hasta el 1.º de junio de 1912*.

Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.

BARROS ARANA, Diego (1884-1902). *Historia jeneral de Chile* (tomos I-XVI). Santiago de Chile: Rafael Jover.

- BRAVO LIRA, Bernardino (1986). *Historia de las instituciones políticas de Chile e Hispanoamérica*. Santiago de Chile: Jurídica de Chile.
- BRAVO LIRA, Bernardino (1992). *La universidad en la historia de Chile. 1622-1992*. Santiago de Chile: Pehuén.
- FERNÁNDEZ DOMINGO, Enrique (2011). *El nacimiento de la cultura política de la nación en el Río de la Plata y Chile (1808-1818)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- GAY, Claudio (1854). *Atlas de la historia física y política de Chile*. París: Imprenta de E. Thunot.
- GÓNGORA DEL CAMPO, Mario (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: La Ciudad.
- GUERRA, François-Xavier (1992). *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*. Madrid: Mapfre.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2010a). «El espíritu de las leyes: construir el Estado para fundar la nación». *Némesis*, (8), 41-54.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2010b). «La constitution d'une élite républicaine au Chili : un engagement au service de l'Etat». *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine. Histoire & Mémoire*, (19), 109-124.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2011). «Les chemins de fer chiliens (1852-1890) : de la modernité économique ou logique de pouvoir». En Isabelle Tauzin-Castellanos (dir.), *À pied, à cheval, en voiture : l'Amérique indépendante et les moyens de transport* (pp. 155-167). Pessac: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2012). «L'immigration scientifique au Chili au XIX^e siècle : de l'importation du modèle européen à la création de l'identité nationale». En Laurent Dornel, Michèle Guicharnaud-Tollis, Michael Parsons y Jean-Yves Puyo (dirs.), *Ils ont fait les Amériques* (pp. 129-140). Pessac: Presses Universitaires de Bordeaux.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2013). «De la volonté politique à l'action publique : le lent développement de la navigation au Chili au XIX^e siècle». En Valérie Joubert Anghel y Lise Segas (dirs.), *Contre courants, vents et marées. La navigation maritime et fluviale en Amérique latine (XVII^e-XIX^e siècles)* (pp. 129-149). Pessac: Presses Universitaires de Bordeaux.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2014a). «Nationalité et citoyenneté : la difficile reconnaissance de l'exil chilien» [Ponencia]. *Jornada de estudio en homenaje a Fernando Casanueva*. Université Michel de Montaigne-Bordeaux III, Burdeos.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2014b). «De l'abondance à l'absence de lois : le travailleur dans la législation chilienne au XIX^e siècle». *Les Cahiers ALHIM. Amérique Latine. Histoire & Mémoire*, (28). Recuperado de <https://journals.openedition.org/alhim/5029>.
- JAMMET-ARIAS, Nathalie (2016). «L'Université du Chili pendant le rectorat d'Andrés Bello (1842-1865) : un appareil idéologique de l'État chilien». En *Université, académies litté-*

raires et bibliothèques dans les mondes ibérique, ibéro-américain et méditerranéen du XVIII^e siècle à nos jours (pp. 83-97). París: Université Paris Nanterre

JOCELYN-HOLT, Alfredo (1992). *La independencia de Chile. Tradición, modernización y mito*. Madrid: Mapfre.

MARÍN VICUÑA, Santiago (1909). *Los ferrocarriles de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Universo.

PATILLO BERGEN, Alejandro (1989). «Desarrollo histórico de los puertos». En *Valparaíso busca su destino. IV Jornadas Territoriales* (pp. 65-78). Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile / Instituto de Investigación del Patrimonio Territorial de Chile.

PORTALES, Diego (1974). *Pensamiento de Portales*. Santiago de Chile: Gabriela Mistral.

ROSANVALLON, Pierre (1990). *L'Etat en France de 1789 à nos jours*. París: Seuil.

SAGREDO BAEZA, Rafael (2014). *Historia mínima de Chile*. Madrid / México D. F.: Turner / El Colegio de México.

SAGREDO BAEZA, Rafael (2001). *Vapor al norte, tren al sur. El viaje presidencial como práctica política en Chile. Siglo XIX*. Santiago de Chile / México D. F.: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos / El Colegio de México / Centro de Investigaciones Diego Barrios Arana.

SERRANO, Sol (1994). *Universidad y nación. Chile en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Universitaria.

URZÚA VALENZUELA, Germán (1970). *Evolución de la administración pública chilena (1818-1868)*. Santiago de Chile: Jurídica de Chile.

WEBER, Max (1995). *Économie et société*. París: Pocket.

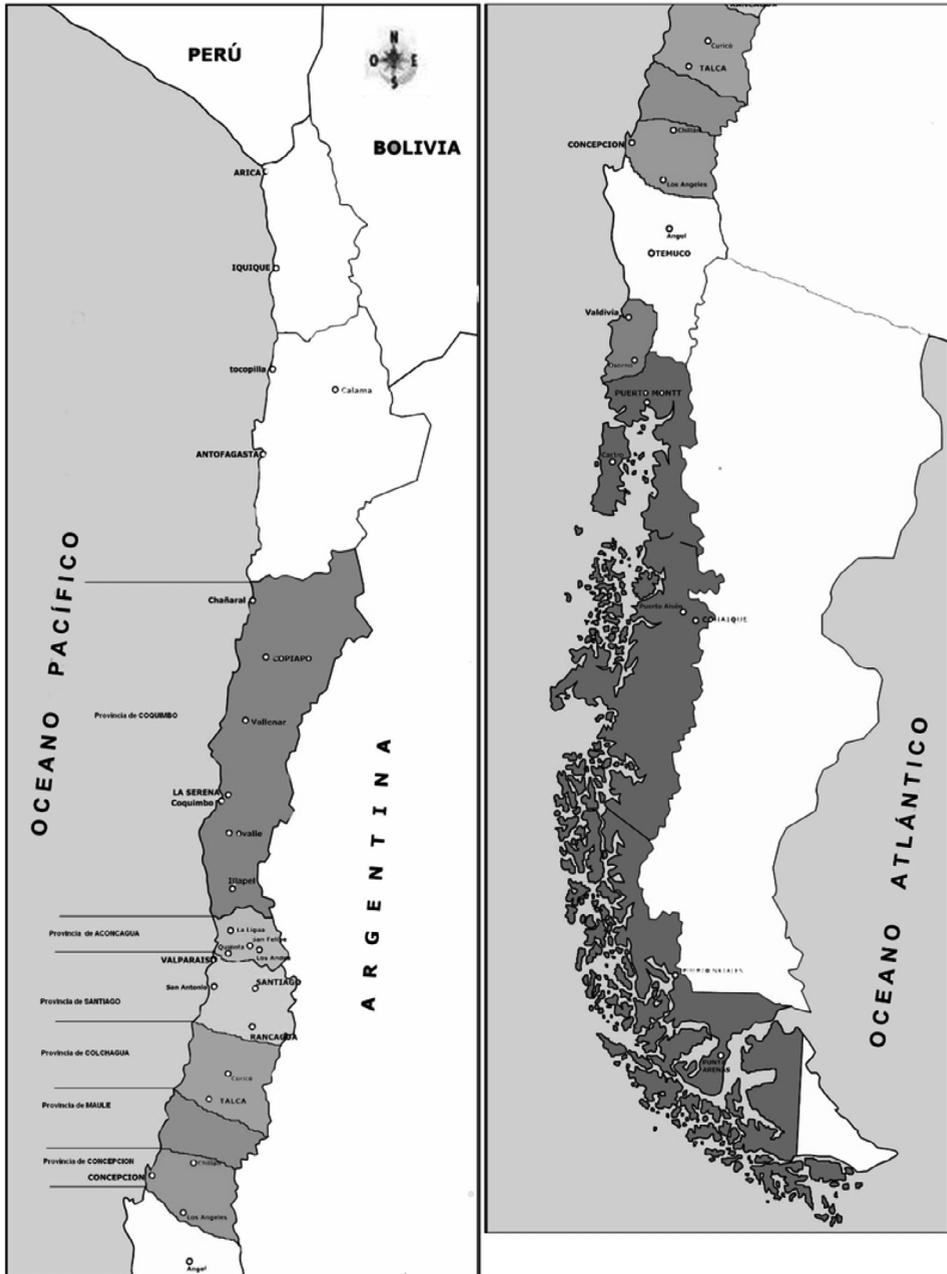


FIGURA 2. Las divisiones administrativas de Chile en 1828

Fuente: J. Jammet y N. Jammet-Arias

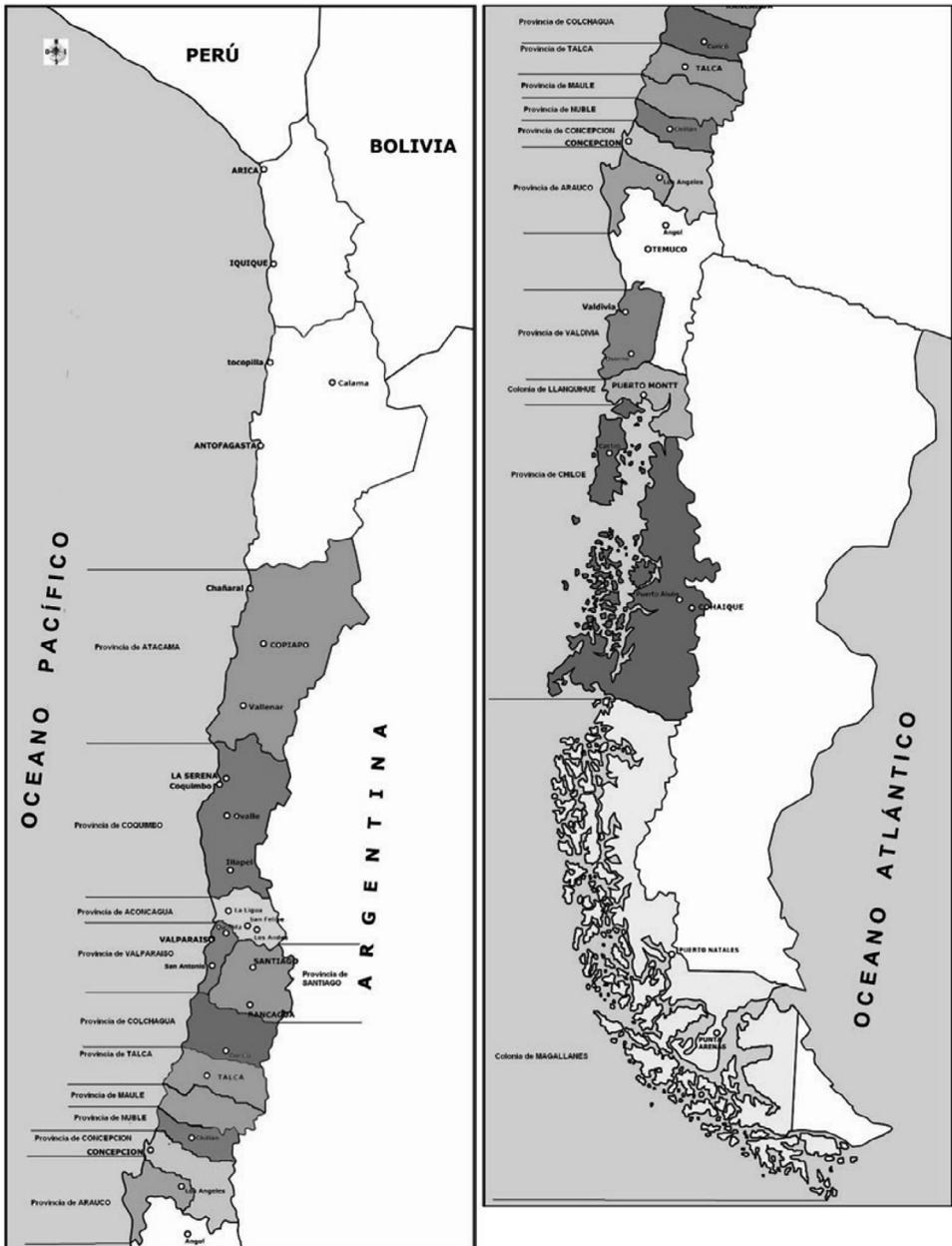


FIGURA 3. Las divisiones administrativas de Chile en 1856
Fuente: J. Jammet y N. Jammet-Arias

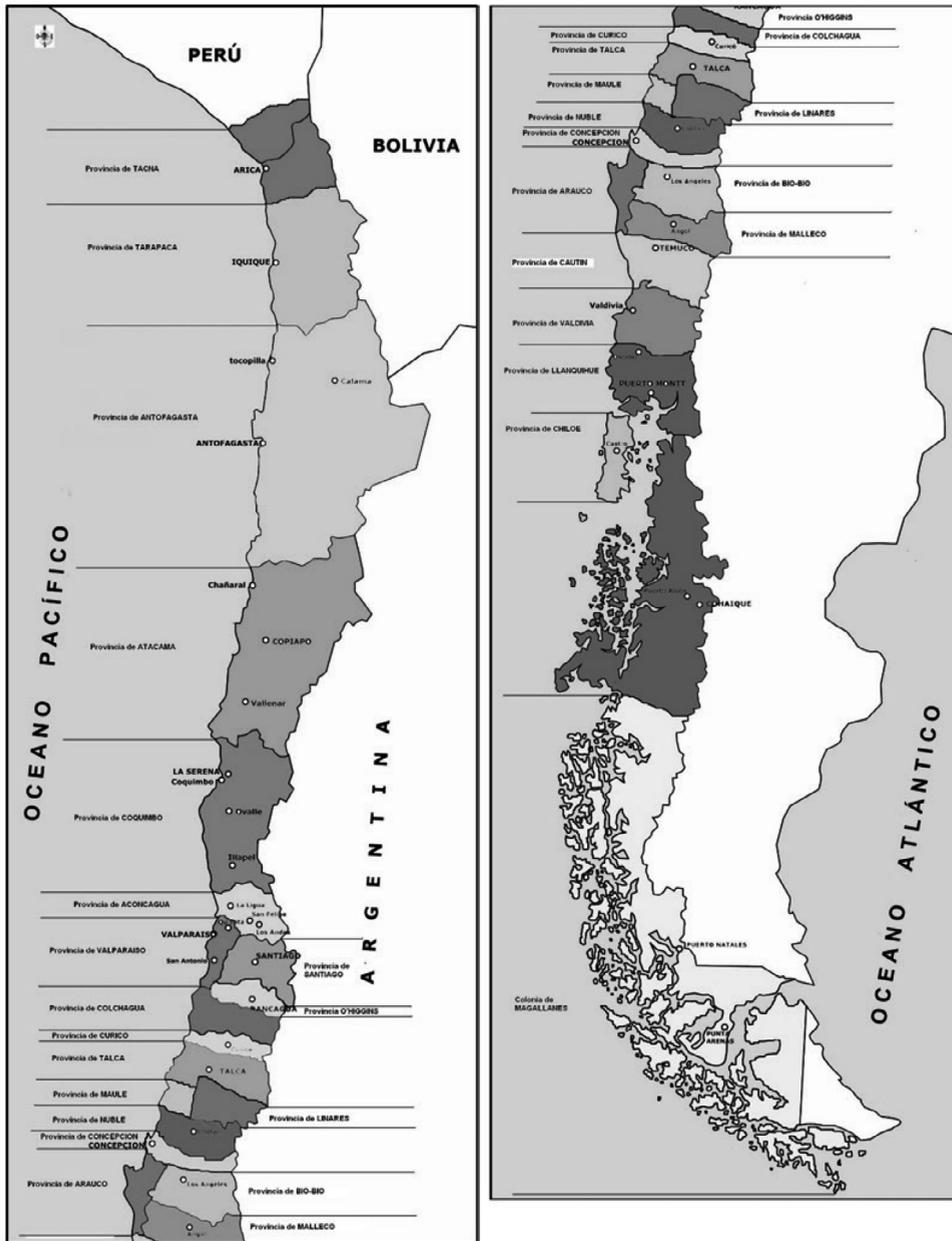


FIGURA 4. Las divisiones administrativas de Chile a fines del siglo XIX
Fuente: J. Jammet y N. Jammet-Arias

San Luis en los Andes: la biografía de García Moreno por el reverendo padre Auguste Berthe

Emmanuelle Sinardet

Universidad de París x Nanterre. CRIIA-EA 369-Centre d'Études Équatoriennes

RESUMEN

Las diferentes versiones de la biografía hagiográfica de Gabriel García Moreno (1821-1875) por el padre Auguste Berthe (1830-1907) tuvieron un éxito extraordinario en Francia desde la primera edición en París en 1887. Pintan al caudillo ecuatoriano García Moreno como a un estadista providencial cuya acción salvadora demuestra no solo la superioridad, sino también la modernidad del Estado teocrático. Retratado como el mártir de una cruzada contra el liberalismo, García Moreno guía a Ecuador hacia la vía de una contrarrevolución católica. Totalmente desconocido para los lectores franceses, García Moreno sin embargo les resulta cercano porque Berthe lo presenta como un nuevo San Luis, figura popular en el imaginario colectivo católico francés. Este mito de un San Luis ecuatoriano y moderno contribuyó en Europa a la duradera representación de América Latina como un continente prometedor, capaz de regenerar política y moralmente a la cristiandad y al mundo.

Palabras clave: Ecuador, García Moreno, catolicismo, liberalismo, San Luis, biografía

RÉSUMÉ

Les différentes versions de la biographie hagiographique de Gabriel García Moreno (1821-1875) par le Révérend Père Berthe (1830-1907) ont connu, depuis la première édition en 1887 à Paris, un extraordinaire succès en France. Le caudillo équatorien García Moreno y est représenté en homme d'État providentiel, démontrant non seulement la supériorité mais aussi la modernité de l'État théocratique. En tant que martyr d'une croisade contre le libéralisme, il guide l'Équateur sur la voie d'une contre-révolution catholique. Bien que totalement inconnu des lecteurs, García Moreno leur devient proche et familier parce que Berthe le dépeint en Saint Louis, figure populaire de l'imaginaire collectif catholique français. Ce mythe d'un Saint Louis équatorien et moderne contribue en Europe à façonner durablement une représentation de l'Amérique latine comme un continent de promesses, capable de régénérer politiquement et moralement la chrétienté et le monde.

Mots clés : Équateur, García Moreno, catholicisme, libéralisme, Saint Louis, biographie

ABSTRACT

The different versions of the hagiographic biography of Gabriel García Moreno (1821-1875) by Father Auguste Berthe (1830-1907) were an extraordinary success in France since the first edition in 1887 in Paris. They depict the Ecuadorian caudillo García Moreno as a providential statesman, demonstrating not only the superiority but also the modernity of the theocratic state. As a martyr in a crusade against liberalism, he guides Ecuador on the way to a Catholic counter-revolution. Although completely unknown to the French readers, García Moreno becomes familiar and close to them because Berthe shows him as a new Saint Louis, a popular figure of the French Catholic collective imaginary and memory. This myth of a modern and Ecuadorian Saint Louis contributed to shape, in Europe, the representation of Latin America as a continent of hope and promise, able to politically and morally regenerating both Christianity and the world.

Keywords: Ecuador, García Moreno, Catholicism, Liberalism, Saint Louis, biography

*En memoria de Jaime Roselló,
docente de la Universidad Paris III*

La biografía *García Moreno, président de l'Équateur : vengeur et martyr du droit chrétien (1821-1875)*, escrita por el sacerdote y misionero francés Auguste Jean Baptiste Berthe (Merville, 1830-Roma, 1907), fue un éxito extraordinario en Francia desde su primera edición, en París en 1887. A pesar de sus 800 páginas densas y arduas, se vendieron 20 000 ejemplares (Berthe, 1896, p. vii). El oscuro Gabriel García Moreno, nacido en Guayaquil en 1821 y asesinado en Quito en 1875, un caudillo ultramontano poco conocido más allá de sus fronteras, antiguo presidente de una república lejana que los lectores franceses difícilmente situaban en un mapa, se convirtió entonces en el ecuatoriano más famoso y adquirió en Francia una gloria póstuma. La biografía conoció numerosas reediciones y fue adaptada en 1890 en una versión ilustrada y abreviada de 400 páginas: *García Moreno. Le héros martyr*, igualmente reeditada, que aceleró su difusión. Asimismo, en formatos breves destinados a jóvenes lectores, la biografía se convirtió en un clásico de los institutos privados de enseñanza católica hasta entrada la década 1930. Ya en 1890, Pellissier-Séguier había establecido en base a la biografía de Berthe un compendio de unas 70 páginas, el cual fue titulado *García Moreno. Une république catholique dans l'Amérique du Sud*.

Después de la traducción al inglés en 1889, la traducción al español en 1892 también le permitió a la biografía de Berthe una gran difusión en América Latina. En el Ecuador, fue de inmediato una obra de referencia para los sectores conservadores, en y por el clima tenso de combate ideológico contra el proyecto de la revolución liberal —Eloy Alfaro tomó el poder en 1895— y contra la separación del Estado y la Iglesia, finalmente proclamada por la Constitución de 1906.

En Francia, a lo largo del siglo xx y hasta entrado el xxi, se ha seguido leyendo la obra de Berthe. La biografía está reeditada, incluso la versión primera, la más larga. Así lo hizo, por ejemplo, en 2009, la editorial Saint-Rémi en su colección «Vie de saints et de héros» (Vida de santos y héroes). En la actualidad, está presente en la web, dándole internet una nueva visibilidad, de forma que la figura de García Moreno tal y como la pintara Berthe en 1887 sigue siendo hoy una referencia para los católicos conservadores y tradicionalistas franceses. No se trata aquí de enumerar las varias menciones a la biografía de Berthe, pero citemos el sitio web *La Contre-Réforme Catholique au xxi^e siècle*, que retrata al ecuatoriano como al único estadista moderno verdadera y abiertamente católico. Remite por

lo demás a una de las versiones abreviadas, titulada *Le sacrifice du président Garcia Moreno*, también publicada en la revista *Renaissance catholique*. Asimismo, en su blog *Quicumque*, cuyo propósito es ofrecer «documentación y reflexión sobre la fe católica tan maltratada en estos tristes días», el padre Hervé Belmont (2007) invita a sus lectores a descargar e imprimir dos de las versiones de la obra de Berthe, que «quitan todo pretexto para dispensarse de conocer a una de las glorias más grandes de la política cristiana»: una versión sintética de 32 páginas establecida por J. M. Villefranche, y la versión abreviada por Berthe en 1890, corregida y reeditada por Hervé Belmont en 2008. En Canadá, ciertos capítulos de la biografía incluso sirvieron de inspiración a Benoît Caron en una obra de teatro en dos actos, *L'élection de Garcia Moreno ou les secondes Noces de Cana*, representada en la Maison Sainte-Thérèse por jóvenes falangistas canadienses en julio de 2004. Finalmente, desde 2015, existe una página en *Wikipedia* dedicada a Augustin Berthe, que menciona la biografía de García Moreno como su obra emblemática.

Cabe constatar que la biografía de García Moreno por el reverendo padre Berthe, aunque circula y sigue siendo leída en sectores católicos principalmente, representa un texto de mayor importancia para quienes se interesan en la representación de Latinoamérica en los imaginarios europeos. De hecho, el discurso de Berthe elaboró un mito que contribuyó duraderamente a construir cierta imagen del Ecuador, una imagen que también, desde Francia, fue la de Latinoamérica. En 1921, Monseñor Baudrillart, en su *Éloge de Garcia Moreno prononcé en l'Église Saint-Sulpice* (1922), definió así al ecuatoriano: «indiscutiblemente uno de los hombres más grandes —el más grande afirman unos— que América Latina haya producido».

El presente ensayo pretende volver al mismo texto —muchas veces citado, pero poco estudiado como tal— en sus diferentes versiones: la primera, *Garcia Moreno, président de l'Équateur : vengeur et martyr du droit chrétien* (1821-1875); la versión abreviada e ilustrada, *Garcia Moreno. Le héros martyr, édition abrégée*, por ser esta la más difundida desde finales del siglo XIX; además de los compendios. Todas las versiones, compendios incluidos, hacen de Gabriel García Moreno un mártir que encarna valores universales, anunciando una posible regeneración política y moral, conforme al proyecto conservador católico defendido por Berthe. Desde luego, se trata de un discurso militante, que defiende el ideal de un catolicismo capaz de actuar en el ámbito político por combinar religión y modernidad, y así enfrentar los nuevos desafíos del siglo. Pero la figura ejemplar de García Moreno, por más exótica que primero les pareciera a los lectores franceses, les es expresiva

y les «habla» espontáneamente, porque Berthe la construye con mucha habilidad, conforme a una figura popular del imaginario colectivo francés: la de San Luis de Francia. Habiendo sido el testigo directo de parte de los sucesos narrados en calidad de antiguo secretario de García Moreno, Berthe afirma narrar una versión verídica de los hechos. Con todo, por muy documentada y detallada que parezca, la biografía principalmente procura elaborar una nueva leyenda católica, la de un San Luis ecuatoriano.

La biografía como demostración política: religión y modernidad

La versión abreviada *García Moreno. Le héros martyr*, que desarrolla la vida de Gabriel García Moreno en 32 capítulos según un orden cronológico, es emblemática por insistir en el recorrido político del estadista, siendo en definitiva este el verdadero tema de la biografía; de hecho, el lector poco aprende de la vida personal del hombre. Los primeros ocho capítulos describen los años de formación y la entrada en política, de 1821 a 1856, recalando ya las increíbles cualidades y el genio de un hombre al que Dios reserva un gran destino. Luego, los capítulos del 9 al 13 analizan las etapas de la conquista del poder, de 1853 a 1860, una conquista presentada como el sacrificio abnegado de un humilde ciudadano por el bien de su nación, desprovisto de ambiciones personales y conducido por las circunstancias, a pesar suyo, a convertirse en el líder de los conservadores ecuatorianos.

La tercera parte, los capítulos del 14 al 22, corresponde a la primera presidencia, de 1861 a 1865. García Moreno aparece entonces como un constructor de nación: es el hombre providencial que salva al país de la anarquía y del caos para ponerlo en la senda del «progreso» y de la «civilización», según los términos recurrentes de Berthe. Efectivamente, el biógrafo subraya los esfuerzos para restablecer la autoridad del Estado, modernizar las instituciones públicas, desarrollar la educación y construir nuevas vías de comunicación. El capítulo 15 («El Concordato») pone énfasis en el establecimiento de un Concordato con la Santa Sede en 1863, mostrando cómo la Iglesia está asociada al proyecto de construcción nacional y exaltando la virtud política que hace del bien común el norte de todas las reformas garcianas.

Por fin, en una última parte, los capítulos del 23 al 30 describen las excepcionales realizaciones de la segunda presidencia, de 1869 a 1875, en las que se fundan el Estado teocrático y la república cristiana, promesas de un progreso no

solo material, sino también intelectual y moral. Demuestran que García Moreno es aquel «vengador del derecho cristiano», evocado en el título de la primera versión. El estadista de hecho procura «socavar las instituciones anárquicas creadas por la Revolución» para «realizar la obra de civilización católica» (p. 268, la traducción es mía), cuyas bases ha echado durante su primera presidencia. La progresión de los capítulos, por lo tanto, deja de ser meramente cronológica para hacerse temática y describir detenidamente las reformas realizadas con el apoyo y participación del clero: instrucción pública, ciencias, comercio (capítulo 25), misiones en el oriente amazónico (capítulo 26), asistencia pública (capítulo 27), grandes obras de infraestructura, reforma administrativa, control sobre las instituciones por un Estado fuerte y centralizado (capítulo 28), entre otras. Edifican una nación nueva que García Moreno consagra al Sagrado Corazón en 1873.

A manera de epílogo, los capítulos 31 y 32, respectivamente, cuentan las circunstancias del asesinato de García Moreno, urdido por la «Revolución» y ejecutado por la masonería, según Berthe; así como el duelo espontáneo con el que los ecuatorianos expresan su afecto sincero al difunto, un luto también llevado por «el mundo civilizado», o sea, por «todas las naciones católicas sin excepción» (p. 400). El «vengador» se ha convertido en «mártir del derecho cristiano», conforme al título de la primera versión, y en «héroe mártir», según el título de la versión abreviada. De hecho, al expirar, el mártir pronuncia estas palabras que suenan como un lema y un grito de batalla: «¡Dios no muere!» («¡Dieu ne meurt pas!», p. VI).

Pero la biografía, también y sobre todo, descansa en construcciones binarias, según un juego de contrapuntos que hacen de la descripción de la carrera política de García Moreno una demostración eficiente. Esta se articula en torno a varios ejes que se solapan y superponen en función de la argumentación de Berthe: desorden-anarquía-caos-guerra civil versus orden-paz; miseria versus prosperidad; egoísmo-impericia-incuria versus bien común-inteligencia-energía; degeneración versus progreso; tinieblas versus luz; vicio versus virtud; bien versus mal. Todos estos ejes con sus respectivas oposiciones convergen y se unen en una última tensión: laicismo versus catolicismo.

Con tales dicotomías, no se retrata a uno, sino a dos protagonistas: a García Moreno desde luego, pero también a la *Révolution*. A través del término genérico «revolución», omnipresente a lo largo del discurso, Berthe designa tanto al liberalismo como filosofía política, como a todos los que, según él, lo defienden: conservadores progresistas, liberales moderados, radicales y miembros de

la «Secta», esto es, masones. García Moreno resulta ser una figura paradigmática por tener como función asumir y encarnar en aquel juego de contrapuntos las nociones positivas de paz, progreso y religión. Luminosa e infatigable, la figura de García Moreno es el objeto de los ataques constantes de la «Revolución», pérfida, embustera y conspiradora, necesariamente enemiga de la Iglesia y sistemáticamente asociada con el desorden, el vicio y las tinieblas. El mal absoluto que la «Revolución» encarna se declina en numerosas anécdotas, mediante una multitud de protagonistas retorcidos y repugnantes que, por contraste, aumentan las cualidades y virtudes de García Moreno.

La construcción en base a oposiciones binarias fue un recurso frecuente en los discursos de los conservadores franceses del siglo XIX, bajo la influencia de Maistre y de Bonald. García Moreno, que también leyó abundantemente a Veillot y a Donoso, lo usó constantemente. Al respecto, Berthe reproduce en la biografía numerosos pasajes de artículos, cartas y mensajes políticos de García Moreno. Tanto con la biografía que redacta como mediante los textos garcianos que en ella incluye, Berthe en realidad procura demostrar la superioridad de la «civilización cristiana como condición esencial para el verdadero progreso material, intelectual y moral» (p. 89). La designa incluso como «la civilización», oponiéndola a la barbarie de la «Revolución».

En ciertos aspectos, la biografía de García Moreno evoca la de Facundo Quiroga por Sarmiento, *Facundo. Civilización y barbarie*, teniendo presente, desde luego, que se trata de dos obras diferentes en sus planteamientos y finalidades. Ambas construyen un arquetipo: el del estadista cristiano en la primera y el del caudillo zafio y brutal en la segunda. Ambas tienen una violenta carga política: contra la «Revolución» en la primera y contra el gobierno de Rosas en la segunda. Ambos textos también exploran la idiosincrasia y la historia de un país: el Ecuador y la Argentina, desde su independencia. Cabe señalar que la versión primera de la biografía de García Moreno dedica largos capítulos a describir a la población ecuatoriana y a presentar las modalidades y condiciones de la creación de la república independiente. Aunque tales capítulos ya no constan en la versión abreviada ni en los compendios, resúmenes de ellos dan al lector numerosas informaciones geográficas e históricas. Es más, si bien sus propósitos ideológicos difieren radicalmente, ambos discursos se organizan en última instancia en torno a la dicotomía civilización-barbarie.

Pero Berthe se dirigió principalmente a los lectores franceses, en su idioma y contexto inmediato, aunque la obra estuviera traducida luego y circulara en las

Américas. En opinión del historiador Michel Lagrée (2003), que se ha preguntado por los motivos de tan entusiasta recepción en Francia, Berthe pintaría a García Moreno como a un Napoleón III ideal, es decir, católico. Efectivamente, las reformas garcianas en favor del progreso material, minuciosamente expuestas por Berthe, evocarían a los lectores franceses de la época el proyecto modernizador del Segundo Imperio; un proyecto al que le faltaría, sin embargo, la dimensión moral y espiritual que, según el biógrafo, guió y dictó todas las decisiones de García Moreno. Por ello, este personifica un catolicismo políticamente viable, al unir religión y modernidad.

La figura de García Moreno también representa «el catolicismo intransigente en su combate contra la Revolución» en el que se reconocen hasta hoy las corrientes tradicionalistas. Por eso conoció en Francia una nueva popularidad a comienzos del siglo XX, cuando los debates acerca de la ley de separación de la Iglesia y del Estado de 1905 crearon entre los conservadores católicos el sentimiento de revivir el clima de la Revolución francesa. En suma, la figura de García Moreno sirve de referencia para «la adhesión a una democracia autoritaria y cristiana» de la que la ecuatoriana República del Sagrado Corazón se convirtió, bajo la pluma de Berthe, en el modelo y el emblema¹.

Un llamamiento a la contra-«Revolución»

Es desde esta perspectiva como se estructura otra dicotomía, en un antes y un después. Existe un «antes» de García Moreno, el de un país que vegeta en la miseria, los desórdenes y las guerras civiles, que se opone a un resplandeciente «después», el de las reformas garcianas, del progreso y de la civilización. «Antes» asume los valores eminentemente negativos asociados con la «Revolución», declinados a lo largo de los ejes presentados anteriormente; «después» remite a la edificación de la República del Sagrado Corazón. La dicotomía temporal participa de la argumentación ideológica, haciendo de la biografía un magistral estudio de caso, en el que Berthe expone concretamente hechos —supuestamente— verdaderos para llegar a un examen procesual completo a favor de la superioridad del Estado teocrático.

Como se ha mencionado, las diferentes versiones de la biografía describen las condiciones de la creación de la República del Ecuador y las primeras décadas

¹ Esta observación también vale para la recepción de la obra de Berthe en el Canadá francés, como lo muestra Bélisle (2002).

de vida independiente; son incluso el objeto específico de varios capítulos en la primera versión. Insisten todas en la corrupción, la ruina y la anarquía de aquel «antes de García Moreno». De ello da fe el cuadro del Ecuador en 1852, a raíz del golpe de Estado de Urbina. Si la historiografía tiende a asociar a Urbina con el decreto de abolición de la esclavitud en 1851, Berthe recuerda su ideario de inspiración liberal y la expulsión de los jesuitas en 1852, retratándolo como un corruptor de nación:

Dueño absoluto del país, Urbina se instaló en la capital como un sultán en su serrallo, bajo la guardia de sus mamelucos, los célebres Tauras, especie de salvajes, a quienes él llamaba en broma «sus canónigos». Los generales Robles y Franco, principales fautores del pronunciamiento que había volcado á Noboa, vigilaban las provincias marítimas en calidad de gobernadores de Guayaquil y Manabí. El robo, el saqueo, el asesinato y el sacrilegio quedaron a la orden del día, así como las contribuciones forzosas y las deportaciones al Napo. El Ecuador saboreaba las delicias del radicalismo democrático, es decir, del estado salvaje. Los Tauras, armados de lanzas y puñales, hechos unos zánganos, vagaban á su antojo atacando á ciudadanos inofensivos, insultando á las mujeres, y asesinando sin compasión á los que osaban defenderse. Si alguien osaba quejarse de ellos, contestaba el tirano que toda persona honrada debía encerrarse en su casa desde las seis de la tarde pues él no respondía del orden público después de puesto el sol. Para darse buena vida con sus pretorianos, Urbina saqueaba el tesoro público y disponía las más infames exacciones contra los particulares. (Berthe, 1892, t. I, pp. 185-186)

El «estado salvaje» se declina a través de «el robo, el saqueo, el asesinato», una anarquía promovida por un gobierno enemigo de la religión, que autoriza el «sacrilegio», arruina las finanzas públicas, viola el derecho y la Constitución, y burla la justicia. El «tirano» actúa como déspota, conservando el poder por el terror que imponen sus milicias de esclavos manumitidos, los «Tauras», presentados por Berthe, quien los asimila a «mamelucos», como otras figuras de «salvajes» y de la barbarie. Berthe retrata a Urbina como un «sultán en su serrallo», entregado a la holgazanería y a la lujuria según una representación fantaseada del oriente; como mahometano que reniega de la religión, es también una figura de la impiedad. Como contrapunto, García Moreno es el doble inverso de Urbina: es el hombre providencial, el salvador al que los ecuatorianos esperaban. El «después» no viene sino confirmando su papel regenerador que vivifica a una nación moribunda.

No se trata de defender solo la posibilidad, sino la necesidad de una contra-«Revolución». El padre Berthe lleva a cabo un diagnóstico desolador de la independencia, cuyas bases liberales estima que son malsanas y dañosas. Por ende, hace del proyecto garciano, y con él de la contra-«Revolución», las únicas salidas posibles. En todas sus versiones, la biografía formula la contra-«Revolución» como un contraproyecto a las ideas liberales. Ciertamente es que Berthe activa un vocabulario sumamente liberal —«progreso», «civilización», «pueblo soberano»— para describir la República del Sagrado Corazón; sin embargo, asume estas nociones clave del liberalismo para inyectarles un contenido cató compatible —permítase el neologismo— y mostrar con ello la modernidad del modelo teocrático.

En definitiva, la biografía da un mentís mordaz a los argumentos liberales que desacreditan y descalifican aquel modelo. Berthe de hecho presenta explícitamente cada uno de ellos para mejor refutarlos en base al análisis del caso ecuatoriano. Efectivamente, reproduce en el texto numerosas declaraciones liberales, en estilo directo, indirecto o indirecto libre:

Otro axioma del mundo moderno: no se consigue el progreso material, sino a condición de establecer en todos los Estados gobiernos materialistas, y por lo tanto, hostiles a la Iglesia. Demasiado místico, y dado a la contemplación de las cosas celestiales, el católico no comprende la importancia de los problemas económicos, ni mucho menos logra encontrar su solución. Por otra parte ¿no llama el evangelio bienaventurados a los pobres, no maldice la riqueza? Luego, si queréis aumentarla, y con ella el bienestar de una nación; si queréis fomentar la agricultura y la industria, utilizar todos los descubrimientos de la economía social y política, para llegar a la mayor suma posible de felicidad en la tierra, tenéis que entregar el timón a los materialistas. Con el pretexto de salvar vuestra alma, los católicos harán descansar vuestro cuerpo en la paja y le darán a roer el negro pan, anterior a 1789.

Cien veces se han refutado tales necesidades; pero ¿qué sirve razonar con sofistas enemigos de la razón? Lo mejor es anonadarlos con un hecho palpable, como vamos a hacerlo; con el ejemplo de García Moreno, el de más bulto, sin contradicción alguna, en la historia moderna. (Berthe, 1892, t. II, pp. 249-250)²

2 A este respecto, la versión abreviada de 1890 hace más presentes todavía a los partidarios del liberalismo, por insertar Berthe en el texto original múltiples formulaciones como «disent-ils» (según dicen): «Demasiado místico, según dicen, el católico no podría entender la importancia del problema económico ni tampoco hallarle una solución» (Berthe, 1896, p. 328, el énfasis es mío).

Además de tales recursos discursivos, la presencia sistemática de preguntas, exclamaciones y apóstrofes da al texto un tono vivo, una expresión ágil que hacen del lector parte interesada en la demostración. Contribuyen a crear una forma de diálogo con los partidarios del liberalismo que, en última instancia, siempre están presentes, aunque en filigranas. Evidentemente, tratándose de un diálogo trunco, ya que el interlocutor no puede responder, Berthe tiene la última palabra y sus argumentos siempre triunfan.

García Moreno se convierte, por lo tanto, en una figura providencial que designa y señala las trampas urdidas por el liberalismo; representa por antonomasia el guía hacia la contra-«Revolución». Prueba de ello es la anarquía que sigue a su asesinato en el Ecuador. La muerte del salvador, el único en poder luchar contra el mal y sus manifestaciones políticas, no puede sino provocar el retorno al «antes» de la dicotomía antes-después, al «caos primitivo» (p. 298). El mismo García Moreno había anunciado semejante catástrofe, como recuerda el biógrafo, por lo que se convierte también en una figura profética que indica al mundo, y a Francia primero, la vía que tienen que seguir para salir de las tinieblas: «¡Dígnese el Dios, que no muere, hacer fecundar la sangre del noble mártir y suscitar sobre su tumba otros regeneradores bastante inteligentes para comprenderle y asaz valerosos para imitarle!» (Berthe, 1892, t. I, p. 72).

Aunque pretenda presentar la verdad histórica, el biógrafo narra una versión partidaria de los hechos. No describe, por ejemplo, cómo García Moreno enérgicamente recuperó el control sobre el clero ecuatoriano para ponerlo al servicio de su proyecto de construcción nacional (Berthe, 1892, t. II, pp. 249-250)³. Tampoco insiste en las polémicas que mancillan el patriotismo del estadista, como esta solicitud de 1862 —a la que el gobierno francés no apoyó— para hacer del Ecuador un protectorado francés. Berthe la justifica pintando la situación desesperada del país; evoca el interés supremo de una nación amenazada por deslocarse y desmembrarse: «¿Por qué una nación habría de morir sin pedir socorro?» (Berthe, 1892, t. I, p. 354).

Con todo, el biógrafo no puede eludir las prácticas autoritarias cuando no dictatoriales del caudillo, considerado por sus opositores como un tirano, que han sido denunciadas en una plétora de artículos, panfletos, ensayos y pasquines desde su llegada al poder. Berthe deslegitima las críticas presentándolas como ofensas sin fundamento y meras calumnias. Asimismo, desacredita a los detrac-

3 Ver: Demélas y Saint-Geours (1989).

tores retratándolos como traidores cobardes y engañosos, cuando no los acusa de los peores vicios. Les opone la pureza de las intenciones de García Moreno y disculpa las eventuales torpezas del estadista invocando la sinceridad del hombre: «Jamás García Moreno cometió a sabiendas una injusticia para con el prógimo. Los menores perjuicios, aun involuntariamente causados, turbaban su conciencia por extremo delicada» (Berthe, 1892, t. II, p. 288).

La crítica negativa está invertida para inspirar una crítica positiva, con lo cual Berthe pinta a un cristiano ejemplar, cuyas virtudes va exponiendo capítulo tras capítulo, mediante numerosos toques y múltiples anécdotas.

No es ingenua aquella construcción hagiográfica de la figura ideal del estadista cristiano. Solicita el imaginario cultural de los lectores franceses, que la relacionan con otras gloriosas figuras de estadistas cristianos, Carlomagno y San Luis. Berthe por cierto compara explícitamente al ecuatoriano con estos dos héroes de la historia francesa. La versión primera de la biografía evoca «en toda su grandeza la sublime figura de García Moreno, al lado de las de Carlomagno y San Luis» (Berthe, 1892, t. I, p. 391). En la versión abreviada, la «gran alma» de García Moreno, convencido del papel político que debe desempeñar la Iglesia y «que tantos estadistas morirán sin conocer», está penetrada y trascendida por «el espíritu de Carlomagno y de San Luis» (Berthe, 1896, p. 82). Tales asociaciones consolidan la demostración ideológica en pro de la contra-«Revolución»: García Moreno sí es un estadista que une política y espiritualidad, capaz de edificar una nación cristiana pacificada, como lo hicieron en sus tiempos los admirados Carlomagno y San Luis, según los mitos historiográficos franceses asumidos por Berthe. Simultáneamente, el biógrafo permite que los lectores franceses aprehendan a García Moreno, que lo representen y se apropien de él, aun cuando ignoren todo del Ecuador, de su historia y de su realidad. Al proyectar sobre el Ecuador una mirada y unas referencias francesas, Berthe dibujó una imagen familiar de García Moreno e instauró una proximidad entre este y el lector.

García Moreno, San Luis andino

A nuestro parecer, la figura de San Luis, antes que la de Carlomagno, es la que prevalece en la actualización moderna del arquetipo del cristiano constructor de nación:

Treinta años después de Bolívar, sin respeto alguno á los *inmortales principios*, aquel hombre por la fuerza de su voluntad, había barrido de la faz del país a los miserables que se estaban cebando en las entrañas del pueblo soberano, e instalado un gobierno tan católico, como el de San Luis, sacando a la nación del caos en que agonizaba. (Berthe, 1892, t. I, p. 68)

En la versión abreviada, la comparación con San Luis incluso aparece en la primera página del prólogo (Berthe, 1896, p. v). La figura de García Moreno, en realidad, reúne todos los atributos en que se funda el mito de San Luis en el imaginario francés, desde una perspectiva política, moral y espiritual, tanto en las acciones públicas como en la vida privada, por el carácter y por el comportamiento.

En primer lugar, García Moreno permanece como una figura ejemplar en toda circunstancia, como lo recuerda el capítulo 29, lacónicamente titulado «El cristiano». Como se ha mencionado, las anécdotas que retratan en acción al católico modelo dan a la biografía una dimensión netamente hagiográfica: es hijo devoto, marido tierno, padre cariñoso y duramente afectado por la pérdida de su hija, amigo fiel; generoso y caritativo, modesto y abnegado, huye de los honores y lleva una vida austera, monacal incluso, ritmada por misas y oraciones. Es que, como San Luis, se entrega totalmente a la nación y a Dios:

Para él no había fiestas, placeres, diversiones más o menos honestas, pasatiempos más o menos lícitos, sino vida de trabajo regular y uniforme. En pie desde las cinco de la mañana, a cosa de las seis, iba a la iglesia para oír misa, y penetrarse por la meditación, de los grandes deberes que tenía que cumplir aquel día. (Berthe, 1892, t. II, pp. 278-279)

Sin embargo, no bastan una fe inquebrantable y una vida ejemplar para construir la leyenda de un San Luis ecuatoriano; es necesario, como Luis IX de Francia, instaurar un orden cristiano en el que modernización y moralización vayan juntas. En cuanto a modernización, García Moreno, precisamente, es un reformador que promueve la instrucción pública, las ciencias y el ferrocarril en el Ecuador. De la misma forma que Luis IX limitó el poder de los señores feudales y consolidó la *Curia Regis*, García Moreno restablece la autoridad del Estado. Asimismo, sus reformas institucionales y financieras recuerdan en su propósito a las grandes *ordonnances* de Luis IX. Por fin, el país vive en paz: como San Luis, García Moreno incansablemente se desplaza y viaja para restablecer el orden en las provincias

y estabilizar las fronteras de un territorio amenazado por sus vecinos. Y como la Francia de Luis IX, el Ecuador garciano resulta próspero, gracias al aumento de la producción agrícola, al desarrollo del comercio interior y exterior, y a la introducción de actividades industriales.

Sobre todo, la acción política de García Moreno, como San Luis al purificar su reino, siempre está subordinada a un planteamiento moral y espiritual. Berthe describe cómo el ecuatoriano hace de la Iglesia el instrumento de una profunda reforma institucional con la que el fin del Estado y el fin de la Iglesia se confunden, de modo que se deba borrar la diferencia fundamental entre los medios evangélicos y los medios humanos, y por la que el sentido de las leyes civiles se asemeja al de las leyes eclesiásticas. El Estado nacional es necesariamente católico para García Moreno, como lo estableció la Constitución promulgada en 1869, celebrada por Berthe, porque en ella «la autoridad divina y humana se daban la mano para trabajar de consuno en la felicidad eterna y temporal del pueblo» (Berthe, 1892, t. II, p. 172). El biógrafo incluso la considera como «el esfuerzo más magnífico que se ha hecho de cien años á esta parte, y aun desde la misma reforma protestante, para contrarrestar el paganismo revolucionario» (p. 72).

Tratándose de moralización, Berthe recalca cómo García Moreno se dedica a regenerar las instituciones, su funcionamiento, el comportamiento de sus representantes, hasta en el Ejército, como lo describe el capítulo 27 con título programático: «Moralización». También combate el vicio para «llegar a la reforma de las costumbres» (Berthe, 1896, p. 318).

San Luis castigaba la prostitución y el juego, García Moreno procura extirpar la prostitución, el concubinato y la embriaguez, a la par que obra por la rehabilitación y salvación de las prostitutas y de los delincuentes. Para las primeras, funda en Quito un refugio dirigido por las religiosas del Buen Pastor; para los últimos, construye un moderno panóptico y reforma el reglamento de las prisiones, dando en ellas más protagonismo a los religiosos para hacer de la cárcel una escuela de moralidad. La acción de estos para la conversión de los ladrones a una vida cristiana, según Berthe, habría sido tan efectiva que habría permitido erradicar «aquella calamidad del bandolerismo que en todos tiempos había desolado el país» (Berthe, 1896, p. 322). Es más, como un hecho sin precedente en la historia, la regeneración moral de los delincuentes habría vaciado las prisiones, de forma que el panóptico, una vez acabado en 1875, no tuvo detenidos que recibir.

Al elaborar el mito andino de San Luis, Berthe no podía sino desarrollarla adaptando la figura del rey justo, al que cualquier súbdito puede dirigirse, inde-

pendientemente de sus nacimiento y rango. Trozos que remiten a García Moreno bien podrían describir a Luis IX:

Su amor a la justicia le hizo inexorable con cualquiera que se valía de su posición o de su autoridad para despojar a los desdichados. Tan notorio era su respeto al derecho, que los débiles oprimidos por los poderosos, preferían tomarlo por árbitro de sus diferencias, a recurrir a los tribunales. (Berthe, 1892, t. II, p. 285).

Además, el ecuatoriano a veces impartía justicia personalmente, según Berthe; este entonces evoca explícitamente el tópico del rey bajo su encina, tan emblemático de San Luis en el imaginario colectivo francés:

En sus excursiones por las provincias, en los caminos, en las posadas estaba siempre asaltado de pobres que pedían justicia. Acogíalos con la mayor bondad; escuchaba sus quejas, como san Luis bajo el roble de Vincennes; y cuando había pronunciado su fallo, ambas partes se marchaban contentas. (p. 285)

Lejos del caudillo arbitrario, cruel y sanguinario pintado por sus detractores, García Moreno aquí es el avatar moderno del monarca sencillo, justo y bondadoso, igualmente benevolente y magnánimo. Como San Luis, presta toda su atención a las quejas de los más humildes, en anécdotas edificantes. En la versión latinoamericana del mito, estos son personificados por los indios:

Unos indios le contaron un día que un rico propietario no había encontrado nada más ni mejor para redondear su hacienda, que trazar la línea que le pareció conveniente, haciendo entrar en su coto parcelas de terreno que les pertenecía. Muy pobres para pleitear contra semejante adversario, esperaban en el camino al presidente para pedir justicia: el señor y el indio eran iguales ante el tribunal de García Moreno: condenó al rico propietario a restituir los terrenos usurpados, y además, como ocupaba altos puestos, le destituyó vergonzosamente de todos sus cargos. (Berthe, 1892, t. II, pp. 285-286)

Por fin, es en calidad de cruzado como también asume García Moreno los rasgos de San Luis, promotor de las séptima y octava cruzadas. ¿Acaso el propósito de la biografía no es definir la acción garciana como una cruzada contra el liberalismo? El texto se cierra con aquella figura del cruzado, pues, al evocar

el homenaje que desde su prisión rinde el papa Pío IX a García Moreno, Berthe retrata a ambos como «cruzados contra la Revolución, el uno martirizado por ella, el otro encarcelado» (Berthe, 1896, p. 401). Efectivamente, de la misma forma que San Luis agonizó ante las puertas de Túnez, García Moreno muere «víctima de su fe y de su caridad hacia su patria» (p. 401), en palabras de Pío IX. La figura del cruzado se superpone entonces a la del mártir muerto bajo los golpes de la «Revolución».

Al encarnar una referencia tan prestigiosa de la cristiandad, García Moreno retratado por Berthe traspasa y trasciende las fronteras del Ecuador, hasta convertirse en una figura universal cuya ejemplaridad vale para Francia y el mundo. No es casualidad que la versión primera concluya con esta exclamación:

¡Ojalá que Francia, al fijar sus miradas en este nuevo pueblo de Cristo, se acuerde de que ella también ha sido en otro tiempo la nación cristianísima, y comprenda que para salir del abismo en que la revolución la ha sumergido, necesita un GARCÍA MORENO! (Berthe, 1892, t. II, p. 465)

La versión abreviada, por su parte, insiste en ello desde el prólogo. Es más, las numerosas cartas que mandan lectores «bajo la impresión que deja en el alma el encuentro inesperado con un salvador de pueblos» invariablemente acabarían con: «¡Déle Dios a nuestra querida Francia un García Moreno!» (Berthe, 1896, p. VII).

Aquel retrato hagiográfico alimentó la leyenda dorada de un caudillo que los liberales en cambio, y particularmente Juan Montalvo, pintaron como un déspota liberticida y fanático, arquetipo del oscurantismo religioso, construyendo paralelamente la leyenda negra de García Moreno. La leyenda dorada, que persiste con vigor hasta entrado el siglo XXI, contribuyó a las iniciativas para la canonización de García Moreno en el Ecuador. En 1939, el arzobispo de Quito, Carlos María de la Torre, formó una comisión encargada de reunir y estudiar todos los documentos relativos al asesinato de García Moreno, con el propósito de demostrar que murió como un mártir de la fe. Si bien el proceso está hoy estancado —el carácter ideológicamente polémico, polarizador y clivante del personaje, incluso después de su muerte, no ha sido ajeno, en nuestra opinión, a la prudencia de la Iglesia ecuatoriana en el siglo XX—, unos grupos católicos se reúnen todos los

años el 6 de agosto, día del asesinato de García Moreno, en Quito y en Guayaquil, para conmemorar al mártir y apoyar la causa de su canonización.

En Francia, el enorme éxito de la obra de Berthe contribuyó a crear, a finales del siglo XIX, en el imaginario católico, una nueva representación de América Latina: la de un continente dolido, afectado por los sobresaltos de la historia, pero con una fe profunda y sincera, cuya energía y cuyo valor pueden revivificar al Viejo Continente. Se ha prolongado en el siglo XX hasta hoy aquella imagen de un «continente de sufrimientos pero también de promesas» (Lagrée, 2003) que hace de Latinoamérica una joven cristiandad capaz de iluminar y de guiar al mundo. En la actualidad, la elección de un papa argentino en 2013 sigue alimentando esa idea.

Bibliografía

- BAUDRILLART, Alfred (1922). *Éloge de Garcia Moreno prononcé en l'Église Saint-Sulpice le 22 décembre 1921*. París: Bloud y Gay. Recuperado de http://www.academie-francaise.fr/elogie-de-garcia-moreno-prononce-en-leglise-saint-sulpice#_ftn3.
- BÉLISLE, Jean-François (2002). «García Moreno *de carne y hueso* ou le caractère mythique du modèle d'homme d'État chrétien dans les milieux ultramontains du Canada français». En Jean-Pierre Wallot, Pierre Lanthier y Hubert Watelet (eds.), *Constructions identitaires et pratiques sociales* (pp. 344-358). Ottawa: Universidad de Ottawa Presse.
- BELMONT, Hervé (2007). «García Moreno pour les gens pressés». *Quicumque*. Recuperado de <http://www.quicumque.com/article-5364678.html>.
- BERTHE, Auguste (1887). *García Moreno, Président de l'Équateur : vengeur et martyr du droit chrétien (1821-1875)*. París: Rétaux-Bray.
- BERTHE, Auguste (1889). *García Moreno, President of Ecuador (1821-1875)*. Londres: Burns & Oates.
- BERTHE, Auguste (1892). *García Moreno, Presidente de la República del Ecuador: vengador y mártir del derecho cristiano (1821-1875)*. [Traducido por Francisco Navarro Villoslada]. París: Rétaux.
- BERTHE, Auguste ([1890] 1896). *García Moreno. Le héros martyr, édition abrégée*. París: Rétaux-Bray.
- BERTHE, Auguste ([1890] 2008). *Vie de Garcia Moreno*. Cholet: Pays et Terroirs. Recuperado de <http://ddata.over-blog.com/xxxyyy/0/18/98/43/histoire/vie-de-garcia-moreno.pdf>.
- BERTHE, Auguste ([1887] 2009). *García Moreno*. París: Saint-Rémi.

- DEMÉLAS, Marie-Danielle y Yves SAINT-GEOURS (1989). *Jérusalem et Babylone. Politique et Religion en Amérique du Sud : l'Équateur, XVIII^e-XIX^e siècles*. Paris: Editions Recherche sur les Civilisations.
- LAGRÉE, Michel (2003). «García Moreno, la Révolution et l'imaginaire catholique en France à la fin du XIX^e siècle». En *Religion et modernité: France XIX^e-XX^e siècles* (pp. 137-146). Rennes: Presses Universitaire de Rennes.
- PELLISSIER-SÉGUIER, A. (1890). *García Moreno. Une république catholique dans l'Amérique du Sud*. Paris: Desclée de Brouwer y Cía.
- VILLEFRANCHE, Jacques-Melchior (1892). «Brève biographie de Gabriel Garcia Moreno». Recuperado de <http://ddata.over-blog.com/xxxyyy/0/18/98/43/histoire/garcia-moreno-villefranche.pdf>.
- SARMIENTO, Domingo Faustino (1993). *Facundo. Civilización y barbarie*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

TERCERA PARTE

Viajeros, testimonios escritos e interculturalidad

Voyageurs, témoignages écrits et interculturalité
Travellers, written testimonies and interculturality

Entre historia y representación. A propósito de la (re)invención de Guarayos, 1825-1880¹

Pilar García Jordán

Universidad de Barcelona. TEIAA

RESUMEN

El objetivo de este trabajo es analizar la «representación» que hicieron de Guarayos y su población dos determinados tipos de «viajeros» —científicos y misioneros— que pasaron por la región y/o radicaron por varios años en ella entre 1825 y 1880. Por otro lado, se trata de dilucidar en qué medida el relato elaborado por estos se vio permeado por los supuestos ideológicos europeos en torno a la «civilización» y el «progreso»; y, finalmente, averiguar si tales relatos (re)inventaron Guarayos. Las fuentes trabajadas, prioritariamente, son las elaboradas por los agentes implicados, los relatos de viaje en estricto sentido, además de informes y memoriales relativos al territorio y población guaraya.

Palabras clave: Guarayos, representación, literatura de viajes, imaginarios, Bolivia, siglo XIX

RÉSUMÉ

Cette étude porte sur la «représentation» de Guarayos et de sa population chez deux types déterminés de voyageurs (scientifiques et missionnaires) qui ont parcouru la région et/ou y ont vécu plusieurs années entre 1825 et 1880. Il s'agit de déterminer dans quelle mesure leurs récits ont été affectés par les pré-supposés idéologiques européens sur la «civilisation» et le «progrès», et de comprendre si ces récits ont (ré)inventé Guarayos. Les sources utilisées sont prioritairement celles qui ont été élaborées par les agents impliqués, les récits de voyage au sens strict, ainsi que des rapports et mémoires relatifs au territoire et à la population de Guarayos.

Mots clés: Guarayos, représentation, littérature de voyages, imaginaires, Bolivie, XIX^e siècle

1 Este trabajo es un avance de resultados del proyecto I+D+i, HAR015-64891-P (MINECO/FEDER, UE), que se desarrolla en el seno del TEIAA (2014SGR532), grupo de investigación consolidado por el Comissionat per a Universitats i Recerca del DIUE de la Generalitat de Catalunya.

ABSTRACT

This paper attempts on the one hand to analyze the «representation» that certain type of travelers —scientists and missionaries— who passed through Guarayos and/or settled down there for a few years, between 1825 and 1880. On the other hand, it is assessing the extent to which their account were affected by the European ideological assumptions about «civilization» and «progress» and finding out if those accounts (re)invented Guarayos. The sources referred to are mainly those elaborated by the involved actors, travel records as well as other reports about the territory and population of Guarayos.

Keywords: Guarayos, representation, travel literature, imaginaries, Bolivia, 19th century

Este trabajo es parte de una investigación que tiene por objeto, por un lado, analizar los aspectos más significativos de la (re)invención de Guarayos² y sus habitantes realizada por diversos actores, aquí denominados «viajeros» en sentido lato (científicos, funcionarios públicos, misioneros, intelectuales), a partir de los relatos de viaje (textos escritos)³ y objetos materiales (fotografías, colecciones museísticas, películas) en la Bolivia republicana (de 1825 a la década de 1950). Por otra parte, también busca estudiar en qué medida las representaciones que dichos «viajeros» hicieron de la región y la población guaraya permearon los proyectos «civilizatorios» elaborados por los «viajados», los bolivianos, proyectos destinados a la incorporación de los guarayos a la «nación» y al «progreso»⁴.

De ese modo, en este ensayo se plantea un triple objetivo. Por un lado, analizar la «representación» que hicieron de Guarayos y su población dos determinados tipos de viajeros⁵ que pasaron por la región y/o radicaron por varios años en ella entre 1825 y 1880. Por otro, dilucidar en qué medida, el relato elaborado por estos se vio permeado por los supuestos ideológicos europeos en torno a la «civilización» y el «progreso». Finalmente, averiguar si aquellos relatos (re)inventaron Guarayos.

La hipótesis que pretendo demostrar es que estos «viajeros» —el científico d'Orbigny y los misioneros Lacueva, Cors y Viudez—, que se pensaban portadores de la «civilización», elaboraron un relato primero ilustrado, más tarde positivista, en el cual los guarayos fueron percibidos como «salvajes» y/o «bárbaros»⁶;

2 La denominación «Guarayos» es la utilizada en las fuentes documentales a lo largo del siglo XIX por autoridades políticas, religiosos y viajeros para referirse en forma holística al territorio, ecosistema y población.

3 Estos «relatos de viaje», en sentido lato, incluyen una amplia diversidad de productos, desde el relato de viaje propiamente dicho, hasta informes, memoriales, guías, artículos de prensa y relatos de ficción, entre otros. Un análisis introductorio al tema es el escrito por Youngs (2013); asimismo, estudios que abordan este tipo de discurso desde diversas disciplinas pueden hallarse en Hulme y Youngs (2002).

4 Genéricamente, se considera que la idea de «progreso» es aquella que sostiene que la humanidad, que ha partido de una situación inicial de «primitivismo», ha avanzado en el pasado y seguirá avanzando en el futuro. El problema es tratar de dar un contenido a la noción de progreso y, entre otras cuestiones, plantearse qué significa avanzar. Sobre dicha problemática, ver: Bury (1971) y Nisbet (1996).

5 Una interesante reflexión sobre los viajeros como mediadores culturales, particularmente en el siglo XIX, es Franco (2011, pp. 6-86).

6 Según el Diccionario de la Real Academia Española, la «barbarie» es la «falta de cultura», mientras que el «salvajismo» es «el modo de ser o de obrar de los salvajes», los cuales son definidos como «los pueblos que no se han incorporado al desarrollo general de la civilización y mantienen formas primitivas de vida». En el siglo XVIII se consideró el binomio «salvajismo», quien vivía en «estado de naturaleza», frente a «civilización», quien vivía en «estado de sociedad». No interesa aquí hablar de las clasificaciones hechas a lo largo de la historia, sobre todo entre los siglos XVI y XVIII. En cambio, sí conviene anotar que, en el siglo XIX, el antropólogo norteamericano Lewis Morgan en *La sociedad primitiva* (1970), a partir de los diversos «grados de desarrollo» de las sociedades, señaló que la historia de la humanidad tenía tres etapas: el «salvajismo», la «barbarie» y la «civilización». Con todo, aquellos que utilizan «civilización» y «cultura» como sinónimos adoptan también el binomio «barbarie», ausencia de cultura, frente a «civilización», existencia de aquella. Por ello, y en ese estado de la cuestión, nos

por ende, (re)inventaron un Guarayos cuyo «atraso» solo podía ser superado tras la implantación del correspondiente proceso «civilizatorio»⁷. Las fuentes trabajadas aquí son las elaboradas por los agentes implicados, básicamente los relatos de viaje en estricto sentido, además de informes y memoriales relativos al territorio y la población guaraya. El estudio que desarrollaré se nutre, entre otros trabajos, de los análisis inspiradores de diversos autores en torno a la representación (Marin, 1994; Chartier, 1991)⁸, a la literatura de viajes (Pratt, 2010)⁹ y a la transculturación (Ortiz, 1947). Antes de abordar el estudio de los «viajeros» y los textos por ellos producidos¹⁰, conviene dar algunas informaciones relativas a la historia de la conquista y reducción de los guarayos¹¹.

Los intentos por controlar a los guarayos —grupo étnico-cultural guaraní, radicado en la actualidad en el noroeste del departamento de Santa Cruz, Bolivia— se remontan al siglo XVIII, aunque en forma sistemática no se desarrollaron hasta la década de 1820. Los avances en el proyecto reduccionista, llevados a cabo por franciscanos españoles, se vieron frenados con la independencia de Bolivia, en 1825. No fue hasta la década de 1840 cuando, en el contexto de la construcción del Estado-nación boliviano, y con el apoyo gubernamental, la misma orden franciscana retomó la «conquista» de los guarayos y obtuvo «éxitos» inmediatos. Efectivamente, como consecuencia de algunos cambios en la estrategia reduccionista, diseñados por los franciscanos españoles Fr. José Cors y Fr. Manuel Viudez y adscritos al Colegio de Propaganda Fide de Sucre, los guarayos fueron pro-

encontramos entre quienes consideran útil establecer diferencias entre «civilización» y «cultura» (Elías, 1987).

- 7 Este proyecto en alguna medida recordaba al que se había manifestado en el siglo XVI, aunque con los cambios derivados del pensamiento ilustrado, cuando, como notó Gruzinski (1994), «El Occidente proyectó sobre la América india unas categorías y unas redes para comprenderla, dominarla y aculturarla» (p. 16).
- 8 Representación que, siguiendo a Chartier (1991 y 1992), permite articular diversos modos de relación con lo «social»: el primero, la clasificación de las configuraciones intelectuales por las que la realidad es construida por los grupos sociales; el segundo, las prácticas que permiten hacer reconocible una identidad social y significarse simbólicamente; y el tercero, las formas institucionalizadas y objetivadas gracias a las que unos representantes (individuales o colectivos) marcan la visibilidad y permanencia del grupo. Sobre algunas consideraciones acerca de estos modos, ver: García Jordán y Heymann (2014).
- 9 Me interesa particularmente la propuesta de la autora cuando, en relación a la intervención de algunos países europeos en el mundo, sostiene que desde mediados del siglo XVIII se produjeron «diversas formas de intervención euroimperial y nuevas ideologías de legitimación como fueron la misión civilizadora, el racismo científico y los paradigmas de base tecnológica del progreso y el desarrollo» (Pratt, 2010, p. 147), y como consecuencia de dicho proyecto, «reinventaron» una América atrasada y necesitada de la intervención europea para transformar territorios y poblaciones.
- 10 El viaje produce varios tipos de documentos escritos, tanto el relato del viaje en sentido estricto como informes, memoriales, obras científicas, artículos en prensa, etc. Además, coincido con Junqueira (2011, pp. 48 y ss.) en que los elementos a considerar en el análisis de los relatos son, entre otros, la biografía del autor, su corpus de ideas, el tiempo en que aquellos fueron escritos y publicados —no necesariamente coincidentes—, las eventuales referencias a fuentes pasadas, el destinatario de los mismos.
- 11 Proceso que he desarrollado ampliamente en García Jordán (2006 y 2009).

gresivamente reducidos en las misiones conocidas como Ascensión, Urubichá, Yaguarú y Yotaú. Las razones que lo permitieron fueron, primero, el interés económico de algunas élites locales y regionales de Santa Cruz y el Beni, deseosas de mantener abierta una vía de comunicación expedita y relativamente segura que facilitara el tránsito de mercaderías, primero ganados, y, más tarde, la necesaria para el comercio vinculado a la incipiente industria gomera. Segundo, el interés tanto de la Santa Sede, a través de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide, como de la misma orden franciscana, única congregación que había permanecido en Bolivia dedicada a la conversión de los «infeles». Finalmente, el interés del aún frágil e inestable Estado boliviano por hacerse presente en unas regiones —los llamados «orientes»— que hasta entonces habían escapado a su control.

En todo caso, a mediados del siglo XIX, se estimó que el número de familias guarayas reducidas eran 538, con un total aproximado de 2300 individuos¹². Las décadas sucesivas vieron una consolidación de las misiones entre los guarayos hasta el punto de que, en la década de 1880 —momento de cierre temporal por lo que hace a este trabajo— algunas autoridades y sectores propietarios cruceños demandaron, sin éxito, la secularización de las mismas¹³. Para entonces, el Gobierno boliviano había aprobado el primer reglamento de misiones que, propuesto en 1871 por el prefecto comisario de Misiones de Tarija, Alejandro Ercole, regulaba la autoridad y administración de las misiones existentes en Bolivia y sus relaciones con el mundo exterior¹⁴. El largo escrito del comisario Ercole en defensa del reglamento contenía los elementos fundamentales del discurso franciscano sobre las funciones a cumplir por los misioneros, la transformación de los «bárbaros» e «improductivos» indígenas habitantes de las fronteras orientales en individuos «civilizados», en «ciudadanos» e, implícitamente, «individuos productivos» incorporados al orden republicano.

12 Los guarayos ascendían a 2306, si a los 1481 radicados en Ubaiminí y Yaguarú agregamos los, aproximadamente, 825 individuos que conformarían el total de 184 familias ubicadas en Ascensión y de cuyos integrantes no se da la cifra. Borrador del Informe del Prefecto fr. P. Bianchi a SCPF en Archivo de Tarata, de 6 ff. anv. y rev. sin fecha, aunque redactado a inicios de 1851. El informe fue recogido en García Jordán (2006, pp. 502-511).

13 La secularización, que se produjo en 1939, implicó que los poblados misionales y sus habitantes pasaran a formar parte del organigrama político-administrativo republicano. El impacto de la secularización en la región y sus pobladores ha sido analizado en García Jordán (2015).

14 Ley en *Anuario Legislativo* (1872, pp. 82-85); el reglamento en Ercole, 1871. Es el reglamento que reconoció al conversor como la máxima autoridad política, civil y religiosa en el interior de la misión e intermediario de todo contacto entre los indígenas y el exterior, que implicaba tanto la sociedad civil como el Estado (García Jordán, 1998).

El viajero en acción. Prácticas y representaciones

Los aquí denominados genéricamente como «viajeros» describieron los territorios por ellos recorridos y las sociedades contactadas en los relatos, informes, cartas y memoriales. En estos textos los viajeros nombraron, clasificaron, ordenaron, en suma, intervinieron los territorios americanos y, en buena medida, (re)inventaron a la región y a sus habitantes; y lo hicieron, como bien analizó Pratt (2010) en el caso de los viajeros centro y noreuropeos a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, en base a categorías, percepciones y representaciones «científicas» de las sociedades europeas a las que pertenecían. Estos actos de clasificación y representación conllevaban la (re)presentación de sí mismos como portadores de la civilización europea y su intervención en América, proporcionando los conocimientos científicos necesarios para facilitar el desarrollo económico y el «progreso» de la región. Clasificación y representación que, dicho sea de paso y no obstante no sea tratado en este trabajo, permearon el proyecto «civilizadorio» de los grupos dirigentes americanos. Abordaremos estas cuestiones a partir del análisis de los relatos elaborados sobre Guarayos y sus habitantes por el científico Alcides d'Orbigny y por los religiosos franciscanos que desarrollaron su actividad misional entre los guarayos, Francisco Lacueva, José Cors y Manuel Viudez.

Guarayos: una «segunda tierra prometida» para Alcides d'Orbigny¹⁵

El primero y, probablemente, el más celebrado de los viajeros que recorrió Bolivia y pasó por Guarayos fue el francés Alcides d'Orbigny¹⁶. El joven, sobre cuya formación científica tuvo gran influencia su progenitor (D'Orbigny, 2002, t. I, p. 14), entró en contacto, en 1824, con varios de los reconocidos naturalistas del museo parisino dedicado a la historia natural. De ahí que, cuando los directores de la institución concibieron la idea de enviar a América a un «naturalista-viajero», pensaran en él para el cargo, al tiempo que le proporcionaron la formación científica correspondiente. El naturalista se interesó también por las por él denominadas «ciencias auxiliares» —la geografía, la etnología y la historia— y visitó a Humboldt, a quien dedicó el relato de su viaje, publicado originalmente como

15 Ver: D'Orbigny (2002, t. III, p. 1343). Este punto ha sido tratado ampliamente, junto con un análisis de los grabados dedicados a Guarayos en la citada obra, en García Jordán (2017).

16 Nació en Couëron el 6 de septiembre de 1802 y falleció en Pierrefitte-sur-Seine el 30 de junio de 1857. Sobre D'Orbigny, ver: Arze Aguirre (2002), Chaumeil (2003) y Moreau y Dory (2005).

Voyage dans l'Amérique Méridionale (1835-1847)¹⁷. Tras la partida, ocurrida en Brest el 31 de julio de 1826, viajó durante ocho años por Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, Perú y Bolivia, país en el que permaneció cuatro años. Su travesía concluyó durante los primeros días de febrero de 1834, cuando arribó a las costas francesas. En Bolivia, de cuyas autoridades recibió importantes apoyos¹⁸, estuvo entre 1830 y 1833, desde el Altiplano a los Orientes, pasando por Chiquitos y Moxos; de ahí que en su recorrido hacia el noroeste pasó por la región ocupada por los guarayos, donde permaneció alrededor de cuarenta días (D'Orbigny, 2002, t. III, p. 1342). Antes de concluir su *Voyage*, publicó *L'Homme Americain* (1839)¹⁹, indicador del interés etnográfico del francés. Además, en cuanto a lo que le interesa a este trabajo, a petición del presidente boliviano José Ballivián —el primero en proyectar un plan integral para el conocimiento, ocupación y control de los territorios, entonces denominados «fronteras»—, D'Orbigny publicó una ínfima parte de la información por él recogida en *Descripción geográfica, histórica y estadística de Bolivia* (1845).

En suma, D'Orbigny fue un representante de «naturalista-viajero» con múltiples intereses científicos, portador de un proyecto de «progreso» para implementar en Bolivia²⁰; y, además, ya en los años en que permaneció en el país y más aún, tras su regreso a Francia y la publicación de sus trabajos, ejerció una gran influencia en la construcción del conocimiento «científico», del pensamiento, las artes, en suma, de la cultura boliviana contemporánea²¹.

El *Viaje a la América meridional* es un relato de viaje que se adscribe tanto a la literatura «científica» como a la «sentimental». Se trataría de literatura científica

17 Obra publicada entre 1835 y 1847 en 9 tomos y 11 volúmenes. La primera versión en castellano fue publicada en Buenos Aires, por la editorial Futuro, en 1945. La versión que se utiliza aquí es la editada en 2002 por el Instituto Francés de Estudios Andinos, en la que no se recogen las láminas. La edición original de *Voyage*, que también ha sido consultada, recoge, en el tomo 8 y bajo el título de *Atlas historique, géographique, géologique, paléontologique et botanique* (1846), las láminas diseñadas originalmente por D'Orbigny y algunos de sus colaboradores, y litografiadas por reconocidos grabadores franceses.

18 Su llegada a Bolivia se produjo en la gestión del presidente Andrés de Santa Cruz. El viajero contó con la asistencia de un oficial y de varios jóvenes científicos bolivianos (D'Orbigny, 2002, t. I, p. 10).

19 Publicación que extrajo del volumen IV de *Voyage* y cuya primera versión en castellano fue también publicada en Buenos Aires, por la editorial Futuro, en 1944.

20 D'Orbigny propuso al gobierno de Andrés de Santa Cruz la realización, entre otros proyectos, de la apertura de un nuevo camino entre Cochabamba y Mojos; la mejora en la explotación de los recursos naturales existentes en el país; la exploración, como una necesidad, de la navegabilidad de los ríos que permitieran la comunicación del país por el Atlántico; y el envío de becarios bolivianos a Francia para recibir la formación científica adecuada que aplicarían a su retorno al país.

21 El impacto de la obra de D'Orbigny en distintos ámbitos científicos y artísticos del país —que aquí es leído como asunción por parte de la sociedad boliviana, de sus grupos dirigentes en particular, de los paradigmas europeos de «civilización» y «progreso»— ha sido señalado por Gabriel René Moreno, Gunnar Mendoza, Marie Daniele Demélas y tratado, entre otros trabajos, en Arze Aguirre (2002).

porque el viajero, el científico, nombra, representa, toma posesión produciendo la «realidad del orden»²² y pretende construir una «ciencia objetiva». Sin embargo, el relato es también literatura sentimental porque transmite la experiencia sensorial vivida por el viajero y sus acompañantes en el hábitat por donde estos pasan y en relación con las personas contactadas, relato en el que la distancia entre el sujeto y el objeto desaparece. Además, el texto permite a D'Orbigny reivindicar su propia cultura, su «nosotros» francés, frente a los «otros» bolivianos o americanos, cuando a la vista de Río de Janeiro, primer puerto americano al que arribó, señala la emoción experimentada, el «pesar [ante] la imposibilidad de comunicar a alguien [francés, naturalmente] los diversos sentimientos» que su corazón albergaba —subrayando así la imposibilidad de compartir tales sentimientos y experiencias con los «otros» extraños a tu propia cultura— y, con ello, hacer del territorio americano el «teatro de investigaciones a las que involuntariamente ligaba nobles ideas de gloria y devoción a la patria y a la ciencia» (D'Orbigny, 2002, t. I, p. 33), patria y ciencia francesas, naturalmente.

Antes de analizar la representación que hace D'Orbigny del territorio y grupo guarayo en el capítulo que denomina «Viaje al territorio de los Guarayos; descripción de esos indios y de las comarcas que habitan» (t. III, pp. 1339-1356), conviene tener presente dos cuestiones. La primera es que el contacto del viajero con la región y sus pobladores se produjo cuando ya llevaba cuatro años de viaje y, en lo inmediato, venía procedente de Chiquitos, donde había conocido de cerca los otrora poblados misionales devenidos en parroquias tras la expulsión de los jesuitas²³. La segunda es referida a Guarayos, donde la mayoría de sus pobladores —teóricamente reducidos en los últimos años de la tardocolonia— vivían fuera del control misional (t. III, p. 1345) e incluso los concentrados en los tres poblados entonces existentes continuaban con sus creencias y praxis social tradicional²⁴.

La región a la que llega D'Orbigny es presentada en el mapa como el «espacio blanco» existente entre los llanos de Moxos y Chiquitos (t. III, p. 1339), lo

22 Ver: Pratt (2010, p. 74). D'Orbigny sostiene la importancia que tienen los relatos de viajes como literatura científica (D'Orbigny, 2002, I, p. 14) para la época de «regeneración y progreso» en la que vive.

23 De hecho, la expedición la hace con varios ayudantes —que debemos suponer eran bolivianos— que iban a caballo y con sesenta indios chiquitos, a pie, quienes llevaban los equipajes sobre sus hombros (D'Orbigny, 2002, t. III, p. 1340).

24 Los guarayos eran alrededor de 1000 individuos, concentrados en su mayor parte en los poblados de Ascensión, Trinidad (más tarde Ubaiminí, y posteriormente Urubichá), y Santa Cruz (más tarde Yaguarú). En Ascensión había un total de 300 individuos junto a un número indeterminado de chiquitanos huidos de Concepción; por su parte, la población de Trinidad y Santa Cruz ascendía a unos 544 individuos, 279 hombres y 265 mujeres (D'Orbigny, 2002, t. III, pp. 1343 y 1353). Sobre la historia de los primeros contactos y la conquista, y la reducción de los guarayos en misiones, ver: García Jordán (2006, pp. 134-139).

que para el naturalista es indicador de la ausencia de informaciones geográficas. Es un buen motivo pues para recorrerla y obtener datos sobre la historia natural de esas «regiones desconocidas» —conocimiento con el que se pone orden en el caos— y, al mismo tiempo, estudiar «con cuidado y en sus menores detalles la vida privada de mis nuevos amigos salvajes» (t. III, p. 1348). Este espacio en blanco se presenta al viajero francés como «una segunda tierra prometida», dada la existencia de una vegetación exuberante y gran cantidad de recursos naturales susceptibles de ser explotados. Y aquí no se puede dejar de ver a D'Orbigny como «viajero», exponente de lo que Pratt (2010) llama «vanguardia capitalista», ante el cual los hábitats de subsistencia son espacios vacíos que tienen sentido en cuanto son susceptibles de ser explotados y producir excedentes para el comercio. Y, efectivamente, el francés —que, señala, desarrolla su travesía por «comarcas deshabitadas» en las que hay gran diversidad de vegetales y animales, entre ellos los pájaros cuyos sonidos «alegraban [...] la soledad de esta tierra virgen para el hombre», naturalmente europeo— observa el territorio como zona idónea para la colonización. Potencialidades económicas a las que implícitamente se refiere cuando, recién llegado a Ascensión, anota que se halla en medio de las «tierras más fértiles del mundo» y que «sólo algunas parcelas están cultivadas y rinden el céntuplo, en tanto que la naturaleza virgen más pomposa brilla en todas partes, exhibiendo sus tesoros» (D'Orbigny, 2002, t. III, pp. 1343-1344).

Sin embargo, no deja de ser paradójico que el naturalista, cuyo viaje obedece fundamentalmente a la recolección de especies vegetales y animales, dedique la mayor parte del texto relativo a Guarayos a hablar de sus pobladores, cual etnógrafo. E incluso en las escasas referencias a la recolección de especies, aparecen involucrados los indígenas de Ascensión y Trinidad, todos ellos «ayudantes naturalistas» del científico, quienes le proporcionaban insectos, conchas, etc., a cambio de «agujas de coser y otras chucherías» (t. III, p. 1348). Palabras que permiten ver la ambivalencia del viajero en relación con los guarayos a los que, si, por un lado, valora al incorporarlos a su proyecto científico en calidad de «ayudantes»; por otro, ofreciéndoles aquellas «chucherías»²⁵, establece con ellos una relación asimétrica, pues los guarayos se contentan con estas, evidentemente objetos de muy escaso valor para el científico.

25 Este intercambio desigual es reiterado en otras situaciones descritas por el viajero. Con todo, lo importante no es aquí tanto esa desigualdad, sino la percepción de D'Orbigny del escaso o nulo valor de los dones que él hacía a cambio de lo por él recibido, alimentos sin los cuales su supervivencia estaría en peligro.

La ambivalencia señalada es más significativa si cabe considerar la relación binaria salvaje/civilizado existente en el relato de D'Orbigny, que presenta diversas aristas. Una primera tiene que ver con el estado «salvaje» de los guarayos, pues el viajero, desde su primer contacto con ellos, no alberga duda alguna de que se encuentra con una «nación todavía salvaje», que se alegra encontrar al hallar «en su *estado primitivo* los restos de una de las antiguas migraciones de guaraníes o caribes» (t. III, p. 1342, el énfasis es mío). Esto es, nación «salvaje» y sociedad «primitiva» pues, pero también libre, aunque libertad esté asociada al «salvajismo»; así, son numerosas las ocasiones en que D'Orbigny habla de las «bellas proporciones» de los varones, la «nobleza» de los rasgos y el «orgullo en la postura» de los ancianos que, dice, deben ser «características del hombre libre» (t. III, p. 1343) y que confirma cuando, reiterando las muchas cualidades que presentan los guarayos, anota «Buenos padres, buenos maridos, aunque graves por hábito, se creen, en medio de la abundancia y de la *libertad salvaje*, los más felices de los mortales» (t. III, p. 1353, el énfasis es mío). Una segunda tiene que ver con la «civilización», que aborda tangencialmente cuando compara el citado orgullo de los varones guarayos en contraste con el «tono sumiso de los indios de las misiones» (t. III, p. 1353) de Chiquitos que, recordemos, ha visitado antes y algunos de los cuales forman parte de la expedición.

Ciencia y emoción, civilización y salvajismo están presentes cuando D'Orbigny, cómodo entre los guarayos, con quienes comparte una cotidianeidad aparentemente exenta de conflictos y, por el contrario, gozosa en el intercambio de «saberes», señala:

Quise proporcionarles otro placer: el de mirar en un excelente largavista y en un microscopio. Nada podría pintar su sorpresa y su éxtasis al ver de cerca objetos alejados o de contemplar tan voluminosos a los seres pequeños. A partir de ese instante, ya no era yo para ellos un extraño, y todos me miraban como a un ser extraordinario, y me llamaban con respeto y alborozo su hermano (Cherú), lo que era mucho para un guarayo, el más orgulloso de todos los salvajes, pues, por la libertad de que goza, se cree el primero de los hombres, al punto de que se enfada cuando lo tratan de indio, sosteniendo con altanería: -Sólo los chiquitos son indios, pues son esclavos; yo soy libre y no indio: soy guarayo. (t. III, p. 1345)

Este párrafo es bien interesante, primero, por la alegoría que hace del largavistas —prismáticos— y del microscopio, instrumentos del científico e indicadores del

conocimiento, de la tecnología europea, del «progreso», de los que el «civilizado» viajero es portador, que provoca el «éxtasis» de los «salvajes» guarayos que ven al primero como ser «extraordinario». Segundo, porque se trata nuevamente de la paradoja de la que se hace eco el viajero, que observa el rechazo de los guarayos a ser denominados «indios». Ellos atribuyen esta nominación a los chiquitos, quienes han sido «civilizados» y, por ende, esclavizados por los jesuitas, como nos ha recordado D’Orbigny, a diferencia de los guarayos, que no son indios porque son libres. El francés confirma esta cuestión cuando, comparando conductas de varones y mujeres de uno y otro grupo, señala: «Me atrevo a decir que el contraste entre los guarayos completamente salvajes y los chiquitos semicivilizados es ventajoso para los primeros» (t. III, p. 1348), posición cercana a las tesis del buen salvaje ilustrado sobre la bondad del individuo en estado natural —salvaje por ende— que la civilización corrompe²⁶. Concluyo este punto con un largo párrafo muy ilustrativo de la posición que asume D’Orbigny como portador del proyecto civilizatorio europeo y, paralelamente, de la representación que hace de los guarayos:

Tenía conmigo dos indios jóvenes de la provincia de Chiquitos, y deseaba obtener otro de los guarayos. Mi intención por aquel entonces era traerlos a todos a Europa y pedir al gobierno que los hiciera estudiar en los colegios con el objeto de determinar la capacidad de los *indígenas americanos*²⁷. Expuse este propósito al padre Lacueva y al cacique guarayo, quienes prometieron darme un niño. Efectivamente, un día vi llegar al cacique con toda su familia, compuesta por lo menos de sesenta personas. Este patriarca de la larga barba, después de darme los buenos días, me presentó a un joven guarayo, espetándome un discurso solemne, cuyo sentido aproximado es el que sigue: «Este niño que te traigo es mi nieto; se llama *Mbuca ori* (Risa gozosa). *Te lo doy porque perdió a su padre, y te creo digno de reemplazarlo*; míralo como a tu hijo y *haz de él un hombre*; sobre todo que no sepa nunca lo que es el robo, que tanto detestamos, y que sea digno de llamarse guarayo». Le pregunté qué quería que le diese. «Dame un hacha y un machete —me dijo—; dale un hacha a su madre y un cuchillo a su hermano; son las cosas que estimamos más y que más útiles nos serán si algún día, para huir de la esclavitud, estamos obligados a volver a la selva de donde

26 Sobre el mito del buen salvaje, en particular en la ilustración, y las reflexiones de Todorov cuestionando la participación de Jean Jacques Rousseau, ver: García Jordán (2017).

27 D’Orbigny (2002) señala en nota que se halla en el original «Más tarde, una vez en Santa Cruz de la Sierra, me vi obligado, muy a mi pesar, y por falta de fondos, a renunciar a este proyecto y a mandar de vuelta a mis tres indiecitos a sus respectivas patrias» (t. III, p. 1349, nota 15).

hemos salido». Le di lo que me pedía y *me convertí en el propietario del indiecito. Lo hice vestir inmediatamente*. (t. III, p. 1350, el énfasis es mío, excepto el nombre del pequeño guarayo, que figura en cursiva en el original)

Es útil en mi argumentación por cuanto, primero, el viajero portador de la ciencia, de la cultura europea, directamente o en palabras atribuidas al cacique guarayo, asume el rol de padre y, por ende, la posibilidad de imponer normas y actitudes reguladoras y, como padre también, los mecanismos de coerción correspondientes. Segundo, la analogía paternofilial se complementa con la exigencia del cacique a D’Orbigny de que haga del niño un hombre que sea digno de llamarse guarayo, con lo que el proceso de transculturación²⁸ operado entre la población indígena parece haber concluido. Tercero, el viajero introduce la modalidad y contenido del intercambio que se concreta en herramientas útiles para los guarayos y aquel se convierte en propietario del indiecito al que hace vestir, como signo de «civilización». D’Orbigny, padre-propietario-regulador de los guarayos-indígenas americanos-salvajes, duda de la «capacidad» mental de estos para devenir individuos «civilizados»; así, el buen discípulo de los enciclopedistas, sin duda partidario de la «observación» y de la «ciencia natural», hace de las instituciones escolares francesas, el laboratorio en el que el científico europeo somete a observación y análisis a su objeto de estudio, el guarayo²⁹.

Los relatos misioneros, de «salvajes» a «ciudadanos útiles a la Patria»

En la década de 1840, como señalé antes, llegaron a Guarayos —donde Francisco Lacueva era el único misionero ahí radicado³⁰— los franciscanos José Cors y Ma-

28 La transculturación, categoría utilizada por Fernando Ortiz hace más de cincuenta años en su clásico trabajo sobre el azúcar y el tabaco en Cuba (1947), es preferible a la aculturación —adquisición que un grupo hace de la cultura impuesta por otro, de la que resulta el desplazamiento de la cultura original— y refiere al proceso por el que los grupos subordinados eligen y elaboran los ingredientes transmitidos e impuestos por la cultura dominante.

29 Ignoro si D’Orbigny había leído el trabajo de Joseph-Marie de Gérando —originalmente Degérando— *Considerations sur les diverses méthodes à suivre dans l’observation des peuples sauvages*, publicado en 1800 por la Société des Observateurs de l’Homme. El autor fue figura clave del cientificismo —uso de la ciencia para fundamentar una ideología— en Francia, que postuló la conveniencia de estudiar a los «salvajes» en un laboratorio. Con esta operación, como señala Todorov (2013), el trabajo etnológico se desplaza al estudio de la naturaleza y, por ende, «La inclusión de la ciencia del hombre entre las ciencias de la naturaleza, implica la inmediata reducción del ser humano a la condición de objeto» (p. 38).

30 Lacueva fue autor de unas notas sobre la lengua guaraya, una gramática y un diccionario guarayo-castellano, según se deduce de las anotaciones de Viudez (1865, p. xxi) y Cors (1988, p. 54), ratificadas por Gorleri (1875, pp. 22-23).

nuel Viudez. Los tres son autores de diversos relatos sobre el territorio y la población que serán objeto de análisis aquí³¹. Aunque Lacueva fue quien permaneció por más tiempo en las misiones, los textos más interesantes para mi propósito son los redactados por Cors y Viudez, quienes, cual etnógrafos, proporcionaron una muy completa información sobre los guarayos.

Antes de pasar a analizar los escritos me interesa ofrecer unos muy breves datos biográficos de estos religiosos, sobre cuyo origen y formación desconocemos casi todo. El primero, Francisco Lacueva, nació en Aliaga (Zaragoza, España), donde tomó los hábitos y fue ordenado sacerdote. Destinado, a fines del siglo XVIII, a la Audiencia de Charcas, fue elegido guardián del Hospicio de San Agustín de Collpa (Cochabamba) donde, al parecer, promovió la actividad misional y la construcción del colegio de Tarata, al que se trasladó en 1801 y en el que permaneció hasta 1805. Misionó a partir de entonces entre los yuracarés y fue elegido, en el Capítulo Guardianal de 1818, comisario prefecto de misiones del colegio tarateño. En 1822 recibió la petición gubernamental de que se hiciera cargo de las misiones entre los guarayos, a las que llegó en 1823 y donde permaneció por algo más de veinte años, lo cual le permitió retirarse a Tarata únicamente poco antes de su muerte, en 1849³². El segundo, José Cors, nacido en Santa Coloma de Farners (Gerona, España)³³, entró en el Noviciado en Berga (España) en 1831 y, tras la exlaustración española, marchó a Italia (1835), donde fue captado por fray Andrés Herrero para desarrollar actividades misionales en Bolivia. Ingresó en el Colegio de Propaganda Fide de Sucre (1837) donde, tras ser ordenado sacerdote, impartió clases en el seminario hasta que en 1840 fue destinado a Guarayos —tras la adscripción de las misiones al colegio tarateño, se afilió al mismo en 1849—, donde permaneció hasta 1877³⁴. Finalmente, Manuel

31 Escasa es la documentación de Francisco Lacueva, aunque la que aquí se analizará es, primero, el informe por él enviado (Yaguarú, 24 de mayo de 1845) al obispo electo de Santa Cruz, Manuel Angel de Prado, sobre el estado de las misiones: *Informe sobre las reducciones de Guarayos*. El segundo es el relato manuscrito de Cors sobre el origen, historia, cosmovisión y praxis social de los guarayos, titulado *Noticias de Guarayos* y conservado en la Biblioteca de la Recoleta de Sucre; redactado a lo largo de los años, habría sido concluido, probablemente, en torno a 1875 (Cardús, 1886, p. 75). El tercero es el texto de Viudez (1865), escrito en 1849, *Guarayos. Descripción de sus habitantes, tierras, costumbres, religión*. La mayoría de los escritos de Cors fueron reproducidos en diversos números del Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia (Tarata) entre 1911 y 1912, y más tarde, en 1957, fueron publicados en el quinto número, año xvii, de la *Revista del Instituto de Sociología Boliviana*; en *Los Guarayú* de Perasso (1988, pp. 9-75); y, parcialmente, en la *Guía de fuentes franciscanas* en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (1994, pp. 526-534). Las referencias que haré aquí del texto de Cors serán a partir de lo recogido por Perasso.

32 Notas biográficas extraídas del manuscrito elaborado en 1875 por fray Ugolino Gorleri, editado con notas por fray Mauricio Valcano.

33 Nació el 27 de septiembre de 1813 y falleció, en Sucre, el 19 de junio de 1878.

34 Es autor, además de diversos textos inéditos, de las ya citadas *Noticias de Guarayos y Cartilla y Catecismo de la*

Viudez, originario de Alicante (España), llegó a Bolivia con el resto de religiosos captados por Herrero en su segundo viaje a España e Italia (1836-1837). Estuvo adscrito inicialmente al colegio de Sucre, después al de Tarata; fue enviado a inicios de la década de 1840 a las misiones guarayas junto a José Cors. Nos consta que fue conversor de Yaguarú hasta inicios de la década de 1850 y que falleció en 1858 (García Jordán, 2006, pp. 42 y 406-407)³⁵.

Este párrafo, cuya autoría es de Viudez, es una buena introducción al análisis que aquí haremos. Se trata de un escrito enviado a uno de sus superiores el 1 de julio de 1846, en el que, rememorando la actividad desplegada por Cors y por él mismo, anotó:

Hace cinco años que estamos en dicha Misión. Los tres primeros años los empleamos en aprender el idioma i buscar lugar aparente para trasladar los tres pueblos que cuidava [sic] el R. P. Lacueva y que estaban situados en el *centro del bosque, lugar solamente a propósito para vivir perpetuamente los Indios en su estado de salvajes porque no tenían proporción para criar animales domésticos o ganado para su sustento*, y de sus conversiones, y no tenían otro recurso que la *caza que es el fomento de la vida errante y salvaje*. Hace dos años [1843] que hallamos el deseado lugar, para trasladarlos junto a los terrenos abiertos para la cría de ganado y contiguo al bosque para la chacarería, con bastantes dificultades superadas hemos conseguido su traslación, y en la actualidad ya están formados los dos pueblos en distancia uno de otro seis leguas, y ya tienen la Iglesia, casa parroquial y todo el cuadro de la plaza con casa hecha y techada con hojas de palma al estilo del lugar, cuyo techo suele durar ocho a diez años sin necesidad de retechar. Se han hecho algunas plantaciones de café, chocolate y algodón. *Los indios están en la mayor disposición de convertirse y civilizarse*, de suerte que dentro de dos o tres años ya podrán estar en estado de poderse entregar al Ordinario. Se les dedica al *ejercicio de las artes mecánicas y útiles cuales son herrería, carpintería y tejeduría*. Para todo están dóciles y obedientes aunque todavía tenemos que manifestar mala cara para obligarlos a que sigan y no vuelvan pies atrás. Tenemos una estancia de trescientas cabezas de ganado vacuno y más de veinte yeguas para las necesidades de los dos pueblos. En cuanto a lo espiritual se les administran los sacramentos de que se van haciendo capaces; la mayor parte son bautizados y los que se van dispo-

Doctrina Cristiana en el idioma de los Indios de Guarayos, con el castellano al frente por el conversor de aquellas Misiones (1854).

35 Viudez es autor de un escasamente conocido manuscrito *Arte de la Lengua Guaraya o Chiriguana. Vademecum de las Misiones Catequistas de Indios Bárbaros de las Repúblicas Boliviana, Paraguaya y Argentina, compuesto el año 1841, por el R. P. Fr. Manuel Viudes (franciscano), Misionero apostólico de Bolivia y natural de Alicante en España*.

niendo se les administran los demás sacramentos de penitencia, comunión y matrimonio. En cada uno de los pueblos hay como 700 a 800 almas, siendo pocos los que quedan por el bosque. Los pueblos son tres, dos los ocupamos nosotros [Viudez y Cors] y uno un clérigo [José M. Bejarano] que hace 9 o 10 años que está allí. (García Jordán, 2006, pp. 140-141)

Vemos aquí, claramente descrito, el binomio salvajismo/civilización y algunos de los ingredientes asociados a una y otra categoría. Los guarayos son «salvajes» porque viven en los bosques, son nómadas —vida errante— y tienen una economía de subsistencia basada en la caza. Por el contrario, podrán acceder a la «civilización» tras su traslado a zonas donde desarrollarán una economía excedentaria, con tierras aptas para el cultivo y las estancias, aprenderán oficios —artes mecánicas y útiles—, y también implementarán una nueva praxis social en el espacio «civilizado» constituido por los chacos y por el poblado donde podrán ser adoctrinados, por lo que, en última instancia, los guarayos estarán en «la mayor disposición de convertirse y civilizarse». Tanto el binomio señalado como los atributos asociados a uno y otro concepto figuran en los tres relatos escritos por los misioneros, cuyo objetivo, a diferencia del escrito de D’Orbigny, no pretendía ser «científico», aunque, como veremos, por un lado, los religiosos ofrecen datos etnográficos que proporcionarán las informaciones relevantes para analizar la cosmovisión y praxis social del grupo, y, por otro, nombran, ordenan y clasifican como aquel.

La representación de Guarayos en el informe de fray Francisco Lacueva

El primero de los escritos es el informe enviado por Lacueva al obispo de Santa Cruz, Manuel Ángel de Prado, en mayo de 1845 en respuesta a la petición del prelado de un «proyecto de reglamento económico» para el desarrollo de las misiones. Este proyecto fue requerido a Prado por el gobierno de Ballivián con vistas a potenciar las actividades misionales³⁶. El texto, en realidad, no es un reglamento, ni tampoco un relato etnográfico, sino un informe sobre los recursos humanos y económicos necesarios para el desarrollo de las misiones y, en este sentido, una parte significativa del escrito está dedicada a narrar los logros de los misioneros en el pasado.

Lacueva sostiene que la reducción de los guarayos tuvo «éxito» cuando en 1823 se contaba con ambos ingredientes considerando que «Se reconoció, y em-

36 Informe sobre las reducciones de Guarayos por F. Lacueva, f. 1 (citado en García Jordán, 2006, p. 488).

padronó la Nación hasta su ultimo rancho, que se extendía [sic] por el bosque» para cuyos miembros

se hicieron Capillas, casas, chacras, y una pequeña estancia: Se iban haciendo huertas, y plantaciones útiles: se abrió el camino a la Provincia de Mojos: Se fueron entablado la Tejeduría, y con el beneficio del Algodón se iba vistiendo a la gente, que no se avergonzaba de su total desnudez; y los oficios de Herrería, Carpintería, etc.³⁷

Notemos aquí la necesidad de poner «orden» en el «desorden» en el que vivían los guarayos, y de construir un espacio «civilizado» que posibilite el desarrollo de una economía excedentaria. Así, era menester «apropiarse» de la lengua guaraya para después abrir vías de comunicación, implementar los cultivos y enseñar oficios, consiguiendo así el objetivo de las misiones que no era otro sino

El atraer [sic] a los infelices gentiles a una vida propia del hombre, que es la racional y civil; [...] y en una palabra a vivir según la doctrina christiana, y de consiguiente al ser útiles a la Republica, a sí mismos, y a sus semejantes.³⁸

Y es así, como consecuencia de la falta de recursos que siguió a la independencia de Bolivia, que lo poco conseguido hasta entonces se perdió tras la marcha de los religiosos españoles y el desinterés de las nuevas autoridades políticas. Es entonces cuando el religioso informa de las misiones entre los guarayos y habla de estos³⁹. Los guarayos —a quienes Lacueva llama también «naturales»⁴⁰ y «gentiles», y nunca menciona como «bárbaros», aunque en una ocasión habla de ellos como «salvajes»— se caracterizan por vivir «[algunos] errantes en los páramos y desiertos; otros por los lúgubres bosques sentados en las tinieblas y sombras de la muerte; y muerte eterna» (seres asociales); por alimentarse de la caza y de la pesca (economía de subsistencia); por ser indolentes que «aborrecen el trabajo»; y, en última instancia, por ser inútiles. Vemos pues recogidos en el escrito todos los ingredientes que, en la época, caracterizaban el «salvajismo», opuesto a la «civilización».

37 Informe sobre las reducciones de Guarayos por F. Lacueva, f. 5 (citado en García Jordán, 2006, p. 493).

38 Informe sobre las reducciones de Guarayos por F. Lacueva, f. 3 (citado en García Jordán, 2006, p. 490).

39 El territorio está prácticamente ausente de la narración y solo aparece en relación con la disposición de terrenos para reducir a la población.

40 Sería fácil decir que la denominación derivaba de ser los guarayos cercanos al estado natural, aunque sabemos que ella fue utilizada comúnmente para hablar de las poblaciones indígenas americanas a lo largo de la colonia.

Para concluir, y sin olvidar que el texto tiene como destinatario último el Gobierno boliviano, del que se espera ayuda económica para el desarrollo de las actividades misionales, Lacueva radicaliza su discurso sobre los guarayos. Es entonces cuando requiere la protección gubernamental para acabar con la existencia en la república «cristiana», de los «vicios contrarios a la Ley Natural» como el asesinato, el infanticidio, la poligamia, la desnudez, la embriaguez, la ociosidad, la inobediencia, y la idolatría⁴¹.

Los Apuntes o Noticias de fray José Cors

El texto de este religioso es tanto un relato histórico sobre la conquista y reducción de los guarayos como un relato etnológico sobre estos. Sus *Apuntes*, basados inicialmente en las informaciones transmitidas por Lacueva y, probablemente también, en las recibidas del por entonces anciano líder indígena, Luis Curubaré⁴², a las que agregó sus propias observaciones, fueron iniciados a los pocos años de su llegada a Guarayos y retomados en sucesivas etapas hasta su conclusión poco antes de su retorno definitivo a Sucre, en 1877.

La mirada de Cors debe ser analizada sin perder de vista una cuestión: la resistencia de los guarayos a su reducción que, por ende, permite valorizar en mayor medida el «éxito» conseguido tanto por él como por sus compañeros a lo largo de los años en que redactó el escrito. Es por ello que, probablemente, enfatiza los, por él considerados, aspectos negativos de los guarayos. De hecho, el objetivo central del texto de Cors es «narrar» la historia de la «conquista» y «reducción» de los guarayos, a la que dedica dos terceras partes; solo en una tercera parte se hace un relato etnológico del grupo, su cosmovisión y su praxis social. Sin embargo, en ambos relatos —histórico y etnológico— se observa que frente al «salvajismo» y la «barbarie» se opone la «civilización», que implica el adoctrinamiento y las prácticas religiosas vinculadas al cristianismo, y la praxis social «civilizada» en los poblados misionales. Esta problemática es reiterada a lo largo de los *Apuntes*, donde la «civilización» implicaba ordenar, domesticar la naturaleza y la población. Este «ordenamiento» implicaba la concentración de los guarayos en un poblado y la

41 Informe sobre las reducciones de Guarayos por F. Lacueva, f. 14 (citado en García Jordán, 2006, p. 502).

42 Coincido con Pereira Soruco (1998, p. 61) en cuanto a que el autor de las informaciones sobre la cosmovisión guaraya no pudo ser otro que el por varios años (circa 1793-1799) «muchacho» del padre Gregorio Salvatierra, por entonces un hombre de alrededor de sesenta y cinco años y reconocido líder indígena: Luis Curubaré, quien, como nota Cors (1988), «Murió bárbaro en Ascensión en el año 1852» (p. 37, nota 21). Ver más adelante el uso que hace el religioso del concepto «bárbaro».

construcción del «espacio civilizado» correspondiente del que formaban parte el núcleo urbano —las casas-habitación, la iglesia, los talleres para la enseñanza de los diversos oficios, la escuela— y las tierras en las que se implementaban las actividades agrícolas para la sedentarización del grupo (Cors, 1988, pp. 45 y 61).

Entre las cuestiones más relevantes a considerar, la primera es la relativa al concepto «conquista», que el autor utiliza reiteradamente a lo largo del texto. La conquista es desarrollada por un individuo o un grupo sobre otro para imponer su dominio. En el caso que nos ocupa, el proyecto misional aparece como «vanguardia civilizadora» al servicio del Estado boliviano y de la Iglesia católica. La segunda cuestión es que en las escasas anotaciones dedicadas al territorio, este es descrito en forma «objetiva», como infraestructura que debe permitir —bosques, terrenos fértiles, susceptibles de ser explotados y producir gran variedad de alimentos y medicinas, cría de ganados, caza y pesca— u obstaculizar la conquista —gran diversidad de insectos, la «oscura selva», las «guaridas», hábitat de los reticentes a la «civilización»— (pp. 33 y 61).

La tercera cuestión es la ausencia en el relato del vocablo «salvaje» para referirse a los guarayos, identificados genéricamente como «bárbaros». Por el contrario, los «salvajes» son los sirionós, «hordas de salvajes errantes de origen chiriguano enteramente desnudos, muy crueles, y antropófagos que se devoran unos a otros» (p. 33). La paradoja se resuelve si consideramos que, probablemente, reserva el concepto «salvaje» para aplicar a las poblaciones indígenas antes del contacto con los «civilizados» o aquellos que, aun habiendo sido contactados, han rechazado toda relación con estos desde el principio. De ahí que, al tratar a los guarayos en tiempo presente, utiliza dos conceptos: por un lado, el de «neófitos» o «cristianos», para quienes viven en los poblados y que, usualmente, han sido bautizados; y, por otro, el de «bárbaros», para designar a los que, reducidos inicialmente, huyen después al monte o viven en los alrededores de los pueblos. En todo caso, siempre que refiere los atributos característicos de los «salvajes», utiliza el tiempo pasado —una o dos generaciones anteriores a algunos de sus informantes—. Los guarayos eran considerados «salvajes» cuando entre ellos se practicaba la antropofagia, la poligamia, el aborto o la «idolatría», común en los *tocai*, «especie de capillas» en las que rendían culto al Tamoi o «Abuelo»⁴³; cuando carecían de autoridad alguna, eran nómadas y se alimentaban de la caza y la pesca (economía de subsistencia). No se escapan tampoco del «salvajismo» los sonidos producidos

43 Sobre el mito de origen, Perasso (1988, pp. 85-87) ofrece en su obra dos versiones recogidas en el pueblo de Ascensión en 1988.

por los instrumentos o cantos guarayos antes de ser conquistados, que eran solo «ruido» y, además, «lúgubre»⁴⁴, ya que la música era producto de la «civilización».

La percepción de los guarayos y su territorio en el relato de fray Manuel Viudez

El tercer escrito es el redactado por Manuel Viudez que, como el texto de Cors, es tanto un relato histórico en torno a la conquista y reducción de los guarayos como un relato etnológico del grupo⁴⁵. El interés prioritario del autor se centra en los cambios implementados en la estrategia misional para conseguir la reducción del grupo⁴⁶. Con todo, a propósito de los reiterados intentos de los sacerdotes por reducir a los guarayos, anota el empeño de los primeros por hacer de los segundos «útiles para sí mismos y para sus semejantes» y «vivir una vida racional» (Viudez, pp. XIX y XXII) que sería, como Lacueva notó y Cors repitió, el objetivo de la actividad misional.

Las cuestiones más relevantes por considerar en la representación que de Guarayos y sus habitantes hace Viudez son tres. La primera es referida al territorio, el cual es descrito en forma «objetiva», considerando coordenadas geográficas, orografía e hidrografía, recursos naturales existentes, sin calificativos precisos sobre todo ello; solo en una ocasión anota el religioso que en las zonas cultivables la tierra es «fertilísima, porque es tierra virgen» (p. XXVI).

La segunda es la relativa a la utilización en el relato de los vocablos «salvaje» y «bárbaro». El «salvaje» no es una categoría que designe a los guarayos, sino a la vida que estos llevaban antes de ser reducidos o continúan llevando, en el caso de haberse remontado al bosque. El «salvajismo» es un modo de vida, entonces, que se caracteriza por vivir «desparramados» en las rancherías, por la desnudez de los cuerpos, por la «idolatría» que practicaban los guarayos en sus «mezquitas» —notemos aquí la asociación negativa que el autor realiza con la religión musulmana, considerada igualmente como idolatría por Viudez— y por alimentarse de la pesca y la caza, «principal motivo de perpetuarse su estado bárbaro y salvaje» (pp. XIX y XXI). En este fragmento, el vocablo «bárbaro» es usado como calificativo, al igual que «salvaje»; a diferencia de la utilización como sustantivo que se hace del mismo en todo el texto. En este caso, son «bárbaros» los guarayos que

44 La noción de ruido es subjetiva, puesto que, desde el punto de vista físico, no hay diferencia entre sonido musical y no musical, por lo que la vinculación del «ruido» al mundo «salvaje» tiene otras connotaciones.

45 El título del escrito, del que ignoro si es el original dado por Viudez o bien del editor de la obra en que este fue recogido, es *Guarayos. Descripción de sus habitantes, tierras, costumbres, religión* (1865).

46 He abordado el cambio de estrategia misional en García Jordán (2006, pp. 139 y ss.).

no aceptan reducirse o quienes, viviendo en los poblados, no aceptan las reglas impuestas por los misioneros; es menester anotar que este adjetivo sirve incluso para nombrar otras poblaciones indígenas, como los chiriguano. Notemos que, para caracterizar el salvajismo, no se hace ninguna referencia a la ausencia de autoridad —al contrario, se habla repetidamente de la influencia que ejerce el «caudillo», o «líder», Luis Curubaré (pp. xvi-xvii y xxiii)—.

La tercera es la referida específicamente a los guarayos, en cuya «civilización, poco han progresado», si bien se espera conseguir la «completa conquista» de los mismos prontamente. Recordemos que el relato de Viudez es escrito contemporáneamente al proceso reduccionista —mediados del siglo xix—, cuando se está implementando el cambio en la estrategia misional con las correspondientes reglas en la vida social, económica, política y religiosa al interior de los poblados. Por entonces, los guarayos son «soberbios, tanto que solo ellos se tienen por hombres [...] Embusteros por naturaleza [...] Viciosos hasta el extremo [sic], particularmente de Baco y Venus, pasan su miserable vida en una perpetua embriaguez y sordidez» (p. xxxi) y muestran escasa dedicación al trabajo. Por el contrario, pasan el tiempo en «hacer sus arcos y flechas, y en ir a cazar, y pescar» (p. xxxiii). La economía de subsistencia aparece, una vez más, como obstáculo para la «civilización» que solo se asocia a su contrario, la economía excedentaria implementada por los misioneros.

Los relatos aquí analizados —con fines científicos uno y fines religiosos los otros— utilizan categorías —«salvaje», «bárbaro», «civilización»— surgidas de un pensamiento europeo que, como creo haber demostrado en el análisis, al «nombrar» y «ordenar», (re)inventa a Guarayos y sus pobladores. La imagen construida por los viajeros de Guarayos es la de una región ausente de «cultura», de «civilización», poblada por individuos «salvajes» e «improductivos»; territorio cuya feracidad solo puede ser «explotada» tras la implantación de un proyecto «civilizatorio» del que aquellos son portadores. El éxito de este proyecto deberá propiciar la transformación del «salvaje» en «ciudadano» en tanto aquel será «útil» a sí mismo y a la sociedad; y, paralelamente, permitirá, siempre según el relato, superar el «atraso» económico y social de la región y, por ende, de Bolivia.

Bibliografía

- Archivo de la Comisaría Franciscana de Bolivia*, vol. III, n.º 36, Tarata, 1911, 836-837; vol. VIII, n.º 91 y 92, Tarata, 1916, 313-321 y 355-356.
- ARCHIVO Y BIBLIOTECA NACIONALES DE BOLIVIA (1994). *Guía de fuentes franciscanas en el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia*. Sucre: Provincia Misionera de San Antonio.
- ARZE AGUIRRE, René D. (dir.) (2003). *El naturalista francés Alcide d'Orbigny en la visión de los bolivianos*. La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural.
- BURY, John (1971). *La idea del progreso*. Madrid: Alianza.
- CARDÚS, José (1886). *Las misiones franciscanas entre los infieles de Bolivia. Descripción del estado de ellas en 1883 y 1884, con una noticia sobre los caminos y tribus salvajes. Una muestra de varias lenguas, curiosidades de historia natural y un mapa para servir de ilustración*. Barcelona: Librería de la Inmaculada Concepción.
- CORS, fray José (1854). *Cartilla y Catecismo de la Doctrina Cristiana en el idioma de los Indios de Guarayos, con el castellano al frente por el conversor de aquellas Misiones*. Sucre: Imprenta de López.
- CORS, fray José (1988). «Apuntes sobre Guarayos». En José Perasso (ed.), *Los Guarayú. Guaraníes del oriente boliviano* (pp. 9-75). Asunción: R. P. Ediciones.
- CORS, fray José (1957). «Apuntes de Guarayos». *Revista del Instituto de Sociología Boliviana*, 17(5), 101-165.
- CHARTIER, Roger (1991). «El mundo como representación». *Historia Social*, (10), 163-175.
- CHARTIER, Roger (1992). *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*. Barcelona: Gedisa.
- CHAUMEIL, Jean-Pierre (2003). «Dos visiones del hombre americano: D'Orbigny, Marcoy y la etnología sudamericana». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 32(3), 459-465.
- D'ORBIGNY, Alcides (1959). *El hombre americano*. Buenos Aires: Futuro.
- D'ORBIGNY, Alcides (2002). *Viaje a la América meridional* (4 tomos). La Paz: Instituto Francés de Estudios Andinos / Plural.
- ELIAS, Norbert (1987). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- ERCOLE, fray Alejandro (1871). *Reglamento de misiones de infieles en el territorio de Bolivia presentado por el R. P. Fr., Prefecto de las de Tarija y aprobado y puesto en vigencia el día 13 de setiembre por el poder ejecutivo en virtud de la autorización de la Asamblea Constituyente por su acto lejislativo de 9 del dicho mes de 1871*. Sucre: Imprenta de Pedro España.

- FRANCO, Stella Maris (2011). «Relatos de viagem: reflexões sobre seu uso como fonte documental». En Mary Anne Junqueira y Stella Maris Franco (orgs.), *Cadernos de Seminários de Pesquisa* (volumen 2) (pp. 62-86). Sao Paulo: Universidade São Paulo / Humanitas.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (1998). «Estado boliviano, misiones católicas e indígenas amazónicas. Una reflexión sobre los reglamentos misioneros y la secularización de la Prefectura de Guarayos (1871-1939)». En John R. Fisher (ed.), *Actas del XI Congreso Internacional de AHILA* (pp. 248-265). Liverpool: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos / Instituto Estudios Latinoamericanos / Universidad Liverpool.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2006). «*Yo soy libre y no indio: soy guarayo*». Para una historia de Guarayos, 1790-1948. Lima: Instituto Francés de Estudios Americanos / Programa de Investigación Estratégica en Bolivia / Instituto de Investigación para el Desarrollo / Taller de Estudios de Investigación Andino-Amazónicos.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2009). *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2012). «La representación de los Guarayos en la “Esposizione d’Arte Sacra e delle Missioni ed Opere Cattoliche” (Turín, 1898)». *Boletín Americanista*, (65), 107-129.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2015). *El Estado propone, los carai disponen y los guarayos devienen ciudadanos. El impacto de la secularización en Guarayos*. Cochabamba: Instituto Latinoamericano de Misionología / Itinerarios.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2017). «El “espacio blanco” recorrido por d’Orbigny, 1831-1832. Una representación de Guarayos y sus habitantes». *Revista Complutense de Historia de América*, 43, 237-258.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar y Catherine HEYMANN (2014). «Pour une représentation de la Bolivie contemporaine». *Caravelle*, (103), 9-17.
- GOBIERNO DE BOLIVIA (1834). *Colección oficial de leyes, decretos, órdenes, resoluciones, etc. que se han expedido para el régimen de la República Boliviana, reimpresa por orden del Gobierno con anotaciones e índices*. Paz de Ayacucho: Imprenta del Colegio de Artes.
- GORLERI, Ugolino (1875). *El Colegio de Tarata y sus misiones*. Tarata: Convento San José.
- GRUZINSKI, Serge (1994). *La guerra de las imágenes. De Cristóbal Colón a «Blade Runner» (1492-2019)*. México: Fondo de Cultura Económica.
- HULME, Peter y Tim YOUNGS (eds.) (2002). *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press.
- JUNQUEIRA, Mary Anne (2011). «Elementos para uma discussão metodológica dos relatos de viagem como fonte para o historiador». En Mary Anne Junqueira y Stella Maris

- Franco (orgs.), *Cadernos de Seminários de Pesquisa* (volumen 2) (pp. 44-61). Sao Paulo: Universidade São Paulo / Humanitas.
- MARIN, Louis (1994). *De la représentation*. París: Hautes Études / Gallimard / Le Seuil.
- MOREAU, Christian y Daniel DORY (dirs.) (2005). *Alcide d'Orbigny, entre Europe et Amérique. Textes et contextes d'une œuvre*. Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- MORGAN, Lewis H. (1970). *La sociedad primitiva*. Madrid: Ayuso.
- NISBET, Robert (1996). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- ORTIZ, Fernando (1940). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Barcelona: Ariel.
- PERASSO, José (1988). *Los Guarayú. Guaraníes del oriente boliviano*. Asunción: R. P. Ediciones.
- PEREIRA SORUCO, Hugo (1998). *Sociología de la historia del pueblo guarayo en su realidad actual*. Santa Cruz: Mimeo.
- PRATT, Mary Louise (2010). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. México: Fondo de Cultura Económica.
- TODOROV, Tzvetan (2013). *Nosotros y los otros*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- VÍUDEZ, fray Manuel (1865). «Guarayos. Descripción de sus habitantes, tierras, costumbres, religión». En Ernesto Rück, *Guía General* (pp. xiv-xxxiv). Sucre: Imprenta Boliviana.
- YOUNGS, Tim (2013). *The Cambridge Introduction to Travel Writing*. Cambridge: Cambridge University Press.

¿Distintos «otros»? Las representaciones de los chinos, negros e indios en la prensa limeña de 1870

Maud Yvinec

Universidad de París I Panthéon-Sorbonne

RESUMEN

En 1870, la rebelión de los *coolies* chinos del valle de Pativilca (costa norte del Perú) dio lugar a la publicación de numerosos artículos en la prensa limeña, los cuales tratan no solo de los inmigrantes asiáticos, sino también de las poblaciones negras e indígenas. Si bien los textos parecen comparar estas poblaciones en la supuesta «escala de la civilización», las representaciones que construyen se fundamentan en los mismos paradigmas y contribuyen a reunir a los chinos, negros e indios en una misma alteridad. El discurso es por lo tanto excluyente, sin embargo, participa en una paradójica visibilización de los subalternos.

Palabras clave: Perú, rebelión, representaciones sociales, discurso, poblaciones subalternas

RÉSUMÉ

En 1870, la rébellion des *coolies* chinois de la vallée de Pativilca (Côte nord du Pérou) donne lieu à la publication de nombreux articles dans la presse liménienne, qui traitent non seulement des immigrants asiatiques mais aussi des populations noires et indigènes. Si les textes semblent vouloir comparer ces populations entre elles en les évaluant sur la supposée «échelle de la civilisation», les représentations qu'ils construisent, reposent, au fond, sur les mêmes paradigmes, et contribuent à réunir Chinois, Noirs et Indiens dans une même altérité. Ce discours est donc excluant, mais il participe aussi, paradoxalement, à la visibilisation des subalternes.

Mots clés : Pérou, rébellion, représentations sociales, discours, populations subalternes

ABSTRACT

In 1870, the Chinese coolies uprising in the Pativilca Valley (north coast of Peru) gave rise to numerous articles in the Limenian press, which refer to not only Asiatic immigrants but also Black and Indigenous people. If the texts appear to be intended to compare those populations to one another by estimating them on the so-called «scale of civilization» the representations they establish are based on the same paradigms, and contribute to bring Chinese, Blacks and Indians together into the same otherness. This argumentation is therefore but it paradoxically also improves the visibility of subordinate people.

Keywords: Peru, rebellion, social representations, discourse, subaltern people

En septiembre de 1870, los *coolíes* chinos de la hacienda Araya, en la costa central peruana, se sublevaron contra sus patrones, quienes los obligaban a trabajar en condiciones sumamente difíciles. A continuación, la rebelión llegó a las haciendas vecinas y, al poco tiempo, se extendió a todo el valle de Pativilca, llegando a ser más de mil quinientos los insurrectos, por lo que los hacendados requirieron a los soldados de Lima para aplastar el sublevamiento. Tal como lo notan Humberto Rodríguez Pastor (1979) e Isabelle Lausent (1997), esta fue la primera insurrección de semejante importancia desde 1849, año en que empezó la introducción de *coolíes* en el Perú, con el fin de suplir la mano de obra africana en las plantaciones de caña de azúcar o algodón —la esclavitud iba a ser abolida apenas cinco años después— y recoger el guano, cuya explotación se estaba desarrollando.

En este contexto, los periódicos limeños del año de 1870 publicaron numerosos artículos sobre la rebelión, los cuales mencionan no solo a los *coolíes* chinos, sino también a otras poblaciones subalternas. Dichos artículos tratan, por una parte, de las poblaciones negras, lo cual se explica por dos motivos: los africanos y afrodescendientes eran los que habían trabajado en las haciendas costeñas hasta los años 1850 y, desde 1860, varios proyectos de reintroducción de africanos habían aparecido (Tardieu, 2003). Por otro lado, los artículos se enfocan también en las poblaciones indígenas. Al respecto, se pueden encontrar tres explicaciones. Primero, cabe señalar que antes de que se promulgara la ley que favoreció la entrada de chinos, algunos políticos emitieron la idea de desplazar a indígenas serranos hacia la costa para hacerlos trabajar en las plantaciones¹. También hay que recordar que, si bien se hablaba sobre todo de la inmigración en términos económicos, muchas veces se evocaba al mismo tiempo una llamada «cuestión moral», la cuestión de la convivencia con nuevas poblaciones y, por ende, del mestizaje entre estas nuevas poblaciones y las antiguas, indígenas en particular². Por último, la rebelión de los chinos de Pativilca de 1870 pudo hacer pensar en la rebelión de los indios de Huancané (región de Puno), sucedida entre 1867 y 1868, que, a pesar de haber ocurrido muy lejos de la capital, hizo correr ríos de tinta en Lima y caló hondo en la población³.

Esta imbricación de discursos sobre los chinos con discursos sobre los negros y los indígenas en la prensa limeña de 1870 nos lleva a reflexionar sobre

1 Proyecto de Francisco de Rivero, ministro plenipotenciario en Londres, de 1845. El proyecto también preveía una inmigración europea al Perú.

2 Muchos artículos publicados con motivo de la rebelión de Pativilca mencionan una «cuestión social» y una «cuestión moral».

3 Ver: Yvenc (2014).

las representaciones de estas poblaciones. En efecto, el estudio de los periódicos resulta muy interesante para analizar la manera como se elaboran las representaciones sociales —siendo entendidas estas en el sentido en el que las define Roger Chartier (1998), es decir, un conjunto de estrategias simbólicas encaminadas a ordenar la sociedad mediante la construcción de identidades de grupos al interior de esta—. Así, el libro *La civilisation du journal* (Kalifa, Regnier, Therenthy y Vaillant, 2011), fruto de un reciente trabajo interdisciplinario, muestra cómo el desarrollo de la prensa francesa en el siglo XIX contribuyó, gracias a la aparición de nuevas producciones discursivas y su difusión a gran escala, a forjar nuevas representaciones. De la misma manera, quiero estudiar la prensa peruana —también en pleno auge en el siglo XIX— postulando que participó en la construcción de identidades y alteridades socioculturales, en un momento en que los peruanos intentaban, precisamente, crear una nación, vale decir, «imaginar una comunidad», para retomar las famosas palabras de Benedict Anderson (1983).

¿Cuáles son las representaciones de los chinos, negros e indios que construyen los periódicos limeños de 1870? Y a través de estas representaciones, ¿qué lugar(es) se le(s) atribuyen a estas poblaciones en la sociedad peruana? Observaremos primero cómo los artículos de prensa las evalúan y clasifican en la supuesta «escala de la civilización» para tratar de diferenciarlas. No obstante, veremos a continuación que la construcción de la alteridad es la misma, puesto que los paradigmas de representación y procedimientos de rechazo son iguales. Dicho de otro modo, los chinos, negros e indios son también muy parecidos porque se definen ante todo por su otredad. Pero surge una paradoja, objeto del tercer punto de este corto análisis: aunque quedan excluidas y, de alguna manera, apartadas de la comunidad nacional que se está formando, estas poblaciones subalternas son, al mismo tiempo, visibilizadas, por el mero hecho de aparecer en un discurso, el periodístico, en este caso.

La clasificación de los chinos, negros e indios en la supuesta «escala de la civilización»

Los relatos de la rebelión de Pativilca en la prensa limeña de 1870 dan primero la impresión de que cada artículo intenta determinar el «grado de civilización» de los chinos, en comparación, no solo con los blancos, sino también con los negros e indígenas.

El contexto de racialización de las representaciones sociales

Esta voluntad de clasificar las distintas poblaciones se enmarca en un contexto de progresiva racialización de las representaciones sociales. En Europa, las tesis racistas científicas alcanzaron su apogeo a mediados del siglo XIX —en 1853 fue publicado el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Gobineau, por ejemplo—. Si bien se difundieron muy rápidamente en algunos países hispanoamericanos, Argentina en particular, estas ideas tardaron un poco más en ser adoptadas por las élites criollas peruanas. De hecho, fue después de la guerra del Pacífico, vale decir, a finales de siglo, cuando se afianzó el darwinismo social en el Perú: Clemente Palma y Juan Francisco Pazos Varela fueron dos de sus mayores representantes (García Jordán, 1992).

Sin embargo, queda claro que el deseo de blanqueamiento de la población ya estaba en germen en los años 1860-1870, sobre todo entre los intelectuales progresistas modernizadores. Eran numerosos los que, como Manuel Pardo (futuro fundador del Partido Civil y presidente de la república), defendían una inmigración blanca para «civilizar» a los peruanos. Se hablaba de una influencia positiva de la «raza caucasiana», sobre todo en términos culturales y morales, si bien lo biológico no estaba ausente: el mismo Pardo elogiaba las «cualidades artísticas» de «la gente blanca y de ojos azules», y diferenciaba claramente «la raza blanca» de «las razas inferiores»⁴. También se puede citar al pedagogo Agustín de la Rosa Toro, quien declaró en 1868 que era necesario «cruzar [los indios] con razas fuertes»⁵, o al jurista Francisco García Calderón, quien dijo en 1873 que había que «favorecer la traslación de los indígenas de unos lugares a otros y hacer que se mezclen con razas para mejorarlos con el cruzamiento»⁶. «Mejorar la raza» aún no era una obsesión, pero la idea ya aparecía. Ahora bien, los artículos que nos interesan fueron publicados, precisamente, en una época en que empezaban a desarrollarse las reflexiones sobre las «razas».

Una clasificación diferente en función de intereses diferentes

Dichos artículos fueron escritos por personas muy diversas, desde algunos hacendados afectados (o que temían ser afectados) por la rebelión de los *coolies*, hasta

⁴ *La Revista de Lima*, t. II, n.º 21 y 22, pp. 102-108 y pp. 145-162; *La Revista de Lima*, t. IV, n.º 45, pp. 103-110.

⁵ *El Comercio*. Lima, 31 de octubre de 1868.

⁶ *El Correo del Perú*. Lima, 31 de diciembre de 1873.

representantes de la élite urbana limeña. Es imprescindible tomar en cuenta esta diversidad de autores, más que la línea editorial de los periódicos, ya que muchos artículos fueron publicados bajo la forma de «comunicados», textos pagados para que sean publicados.

Como es de suponerse, los representantes de los hacendados se esmeran en describir pormenorizadamente la crueldad de los chinos rebeldes, pintándolos como monstruos. Así, un tal Jenero Venda, en *El Heraldo de Lima*, afirma que es normal que la gente diga que «los chinos no son hombres ni próximos nuestros» y no vacila en declarar que son seres desprovistos de razón y sentimientos⁷. De la misma manera, un tal Wences evoca, en sus comunicados publicados en *El Nacional*, la ausencia de moral de los chinos, y los tilda de «desalmados»⁸. Otro, al que no hemos podido identificar, habla de la «raza más ingrata, feroz, abyecta de la tierra»⁹. De este modo los chinos toman la figura del Otro por excelencia, lo cual viene reforzado por el hecho de que algunas prácticas suyas en las rebeliones, como el suicidio, resultaban muy extrañas en el Perú. El objetivo de los hacendados queda claro: quieren demostrar que, frente a la supuesta inhumanidad de los chinos, no se puede responder sino de manera inhumana. Según ellos, se debe reprimir la rebelión sin piedad alguna y promulgar leyes más severas. Jenero Venda reclama, por ejemplo, «un código penal aparte, mucho menos humano»¹⁰.

Por lo demás, los representantes de los hacendados se valen de la metáfora de la enfermedad que se propaga en el cuerpo social: en sus artículos describen a los chinos como «el cáncer de la sociedad» o «la lepra»¹¹. Y es que los hacendados necesitan la mano de obra china (y lo confiesan), pero no quieren que los chinos se queden en el Perú tras haber terminado su contrato, pues temen la influencia de los libres que puedan participar en la organización de rebeliones: de ahí la idea de un mal que hay que extirpar. Así debe entenderse la siguiente declaración de Wences: «el cruzamiento [de los chinos] con nuestra raza indígena la haría retrogradar»¹². Respaldándose en el latente racismo científico de la época, Wences utiliza a los indígenas (al evocar su necesario blanqueamiento) para difundir la idea de que los chinos no pueden quedarse en el Perú.

7 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870.

8 *El Nacional*. Lima, 9 de septiembre de 1870.

9 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870. El autor del artículo aparece como «corresponsal» de *El Comercio*. Sin embargo, en otros artículos, los defensores de los chinos critican a este «pretendido corresponsal» y presumen que se trata de Wences o un amigo suyo.

10 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870.

11 *El Nacional*. Lima, 9 de septiembre de 1870; *El Comercio*. Lima, septiembre de 1870.

12 *El Nacional*. Lima, 9 de septiembre de 1870.

Los sectores urbanos conservadores, cuyas voces pueden escucharse en el periódico *La Sociedad*, apoyan a los hacendados, pintando a los chinos con los peores aspectos y pidiendo castigos ejemplares. Pero si bien los representantes de los hacendados hablan de los mayordomos negros como «seres inferiores»¹³ a los chinos (lo que, según ellos, podría explicar la rebelión de estos últimos), los periodistas de *La Sociedad* «valoran» más a los africanos, como lo muestran estas líneas de un editorial de septiembre de 1870:

El negro es un salvaje, es un ente incivilizado, sin educación ninguna; pero susceptible de tenerla. El negro es fácilmente cristianizable y asimilable al cuerpo social, y regularmente sumiso, leal, y fidelísimo. El chino es un bárbaro, es un ente anticivilizado, que tiene una contra-educación humanamente imposible de destruir.¹⁴

El autor expresa su nostalgia de la época de la esclavitud. También puede suponerse que los negros eran menos «otros» por haber estado presentes en el Perú desde hacía mucho más tiempo que los chinos.

Sin embargo, pese a sus declaraciones más «favorables» a los negros que a los chinos, el periódico *La Sociedad* no llega a declararse afín a los nuevos proyectos de inmigración africana. Cabe recordar que una forma de paternalismo hacia los africanos y afrodescendientes había reaparecido entre algunos criollos peruanos después del inicio de la introducción de *coolies* chinos (Tardieu, 2003), lo que añadió la controversia «¿asiáticos o africanos?» a la disputa «¿asiáticos o europeos?». Un comunicado publicado en *El Comercio* con motivo de la rebelión de Pativilca declara, por ejemplo, que se debe abandonar la inmigración de los chinos que conforman «una raza depravada y decrepita que pesa en el país como una calamidad» para privilegiar la inmigración de los negros que constituyen «una raza viril, sufrida y dócil»¹⁵. Este proyecto, sin embargo, seguía suscitando reacciones muy fuertes en su contra. Algunos se empeñan en demostrar que los negros son «peores» que los chinos, por lo cual retoman el argumento de los indígenas: un artículo de *El Comercio* afirma, por ejemplo, que «la raza negra es enemiga de la raza blanca y mucho más de la raza indígena», otro declara que «sería una aberración traernos aquí gente que tiña de negro nuestras masas indígenas en lugar de propender a conservarlas siquiera del color que son»¹⁶. Los autores

13 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870.

14 *La Sociedad*. Lima, 12 de septiembre de 1870.

15 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

16 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

de estos artículos se muestran tan opuestos a la llegada de africanos que aceptan explicar la rebelión de los chinos por los malos tratamientos.

Pero quienes defienden a los chinos son, sobre todo, los liberales filántropos de Lima (aun cuando se declaran más favorables a la inmigración europea que a la asiática, por ser más favorables a la pequeña propiedad que a las grandes haciendas). Ahora bien, resulta interesante notar que los filántropos emplean los mismos términos paternalistas para referirse a los chinos y a los indígenas: el «desgraciado asiático» recuerda, por ejemplo, el «desgraciado indio», expresión que se basa en el concepto colonial de la *persona miserabilis*. El paralelo entre chinos e indios se lee también en la manera como los protectores se presentan a sí mismos, pues firman varios artículos sobre la rebelión de Pativilca con la mención «los amigos de la justicia», que ya se había empleado en el momento de la rebelión de Huancané o para el caso Basagoitia —un prefecto de Puno que quiso restablecer el trabajo forzado de los indígenas en 1846¹⁷. Añadiremos que los filántropos limeños declaran luchar contra «los señores feudales» que hacen trabajar a los chinos como «bestias de carga», lo que otra vez corresponde al vocabulario que utilizan para hablar de los indios. En cuanto a sus detractores, los hacendados, tachan a los defensores de los chinos de «seudo-Las Casas», y se burlan de ellos diciendo que se van a formar una «sociedad amante de los chinos»¹⁸ —alusión clarísima a la Sociedad Amiga de los Indios creada a raíz de la rebelión de Huancané—.

Lo que resalta de la lectura de los artículos sobre Pativilca publicados en los periódicos limeños de 1870 es, entonces, la variedad de los enunciadores de discursos. De hecho, estos últimos se constituyen en un determinado número de grupos sociales, más que los chinos, negros e indios, a quienes atribuyen una posición siempre diferente en la supuesta «escala de la civilización». Cabe añadir que semejante voluntad de diferenciación no impide las frecuentes comparaciones. Se explica por la construcción de una misma alteridad.

La construcción de una misma alteridad

Podríamos tener la impresión de que los chinos, negros e indios son considerados como «otros» más o menos interiores, puesto que en algunos artículos se encuentra el posesivo de la primera persona del plural para designar a los indígenas o,

17 Ver: Yvinec (2014, pp. 285-290).

18 *El Heraldo de Lima*. Lima, 6 de octubre de 1870 y 5 de septiembre de 1870.

con menos frecuencia, a los afrodescendientes («nuestra raza indígena», «nuestras personas de color»). Sin embargo, el desprecio sigue presente; y detrás de las descripciones aparentemente diferentes de los chinos, negros e indios, se ocultan representaciones sustentadas en los mismos paradigmas.

Los mismos paradigmas de representación

Las representaciones de los subalternos se fundamentan en ideas generales que suelen ser las mismas para todos. La obra de Edward Said (1980) evidenció la manera como los europeos forjaron la imagen del oriental perezoso y sensual. Pero la apatía y la lascivia también forman parte del discurso colonialista sobre el África negra¹⁹, y las poblaciones indígenas de América fueron a menudo descritas como seres pasivos y llenos de vicios.

La pereza no aparece mucho en las descripciones de los chinos publicadas por la prensa limeña de 1870; se entiende que los hacendados hayan preferido poner de realce su supuesta ferocidad y agresividad para llamar a la represión. A pesar de ello, Wences afirma que el opio «es una de las causas de su odio al trabajo»²⁰.

La plaga del opio sí es un tema recurrente, junto con el gusto por el juego (el juego y el opio «infestan la plaza del mercado de la capital» afirma por ejemplo un autor de comunicados en *El Comercio*²¹). Ahora bien, el opio no es sino una de las declinaciones del «vicio» de las poblaciones subalternas. Por lo demás, se puede equiparar las descripciones de «cuerpos saturados por el opio [...], almas degradadas por el vicio» y «una raza degradada y llena de los vicios más odiosos»²², con las frecuentes descripciones de los indios borrachos. Al respecto, es de subrayar el empleo del participio «degradado» que se usaba mucho para calificar a los indígenas peruanos de la misma época, así como a las clases populares en Europa²³. De la misma manera es criticada la falta de higiene de los chinos, tal como se hacía con los indios.

Esto contribuye a representar a los chinos como seres «abyectos», término reiterado en los artículos sobre los chinos de Pativilca (ya hemos citado «la raza

19 Ver: Fanoudh-Siefer (1968).

20 *El Nacional*. Lima, 9 de septiembre de 1870.

21 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

22 *El Nacional*. Lima, 18 de febrero de 1870; *La Sociedad*. Lima, 5 de septiembre de 1870.

23 *L'Assommoir* de Zola constituye un buen ejemplo.

más ingrata, feroz, abyecta de la tierra»²⁴) como en los artículos sobre los indígenas del mismo período (Yvinec, 2014, pp. 326-327). En un ensayo, Julia Kristeva (1980) define lo abyecto como «lo que perturba la identidad, un sistema, un orden, lo que no respeta los límites, las posiciones, las reglas» (p. 12), vale decir, lo que constituye algo extraño y provoca un movimiento de repulsión: bien se trata de la construcción de la alteridad.

Otro aspecto del vicio, también típico de la representación de poblaciones subalternas, es la sexualidad. Muchos escritos del siglo XIX, en relatos ficcionales y no ficcionales, representan a los hombres indígenas como seres muy poco viriles y a las mujeres como muy poco femeninas (basta pensar en las descripciones de los soldados y sus acompañantes, las llamadas rabonas)²⁵. De igual manera, algunos textos publicados en los periódicos con motivo de la rebelión de Pativilca desvirilizan a los chinos. Se afirma, por ejemplo, que el celibato —todos los *coolies* eran hombres— no era un problema para ellos²⁶ (lo que, sin embargo, niegan los liberales²⁷). Otros artículos insisten en el onanismo o la pederastia: el de Venda en *El Heraldo de Lima* menciona «los vicios abominables y solitarios que espantan ante la moral, la religión y el pudor»; por su parte, un comunicado de *El Comercio* evoca las «casas de prostitución masculina» que se encuentran en los barrios de «nuestra Lima civilizada», por donde vagabundean los chinos libres²⁸.

Semejante representación de los chinos permite a los defensores de la inmigración africana alabar la virilidad de los negros (conformarían «una raza viril, sufrida y dócil»²⁹), pero esta alabanza se fundamenta en otro estereotipo que los animaliza y, por ende, los rechaza.

Las mismas formas de exclusión de la «comunidad»

Las representaciones de chinos, negros e indios se fundamentan en los mismos paradigmas, por ser todos ellos excluidos de una comunidad: la comunidad peruana tal y como la piensan —la «imaginan»— los criollos. Esta es una comunidad culturalmente europea, siendo elocuente el empleo de «nuestras costumbres»

24 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

25 Ver: Yvinec (2014, pp. 297-301) y Oliart (1995).

26 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870.

27 «Sería menester que estos hombres tuviesen todas las facilidades para reproducirse que tenemos los hijos del país». *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

28 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870; *El Comercio*. Lima, septiembre de 1870.

29 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

como sinónimo de «costumbres civilizadas», lo cual en la época significaba que eran europeos³⁰.

Con el fin de apartar a los «otros», sean chinos, negros o indios, se utiliza el miedo. Por eso, algunos comunicados publicados a raíz de la rebelión de Pativilca agitan el espectro de la «guerra de castas» o «guerra de razas»: el representante de los hacendados Jenaro Venda, por ejemplo, compara la rebelión de los chinos de Pativilca con «una invasión y guerra de razas»³¹. En el Perú, la expresión «guerra de castas», que transforma los conflictos sociales en raciales, evoca en primer lugar las rebeliones anticoloniales de Túpac Amaru y Pumacahua —el virrey Abascal la utilizó para sumar a todos los no-indígenas a las fuerzas realistas—. Resulta interesante notar que se había reactivado con bastante fuerza en el momento de la rebelión de Huancané de 1867 y 1868, esto es, apenas algunos años antes de la rebelión de Pativilca. En el caso de Huancané, el objetivo quedaba claro: tanto las autoridades locales favorables a la represión violenta como los filántropos liberales de la Sociedad Amiga de los Indios se empeñaban en reanimar un miedo ancestral³² para provocar una reacción, sea el envío de tropas contra los indígenas sublevados, sea una forma de ayuda paternalista que permitiese evitar una quiebra entre los peruanos (Yvinec, 2014, pp. 403-407).

En el caso de Pativilca los representantes de los hacendados son los únicos en emplear la expresión «guerra de castas». Sin embargo, nos muestra hasta qué punto las formas de exclusión son similares: se infunde el miedo al chino tal y como se infundía el miedo al indio. En cuanto al miedo al negro, aparece en los artículos periodísticos sobre Pativilca a través de la evocación de la guerra de secesión en Estados Unidos («Fíjese la atención en lo que está pasando en Estados Unidos con ellos [los negros] a causa de que quieren ser perfectamente iguales en derechos a los blancos, lo cual da lugar frecuentemente a conflictos que no tendrán fin jamás») o las rebeliones en Cuba («la isla de Cuba se halla al borde de un abismo con los muchos negros que hay allí»³³) y en Brasil.

De vez en cuando, el espectro de la «guerra de castas» viene acompañado del tema de la «masa». Así un comunicado de *El Comercio* afirma que en el año 1900 la mayoría de la población peruana podría ser asiática; otro, como respuesta, dice que los negros podrían llegar a ser más de doscientos o trescientos mil³⁴.

30 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

31 *El Heraldo de Lima*. Lima, 15 de septiembre de 1870.

32 Sobre el miedo, ver: Rosas Lauro (2005).

33 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

34 *El Comercio*. Lima, 13 de septiembre de 1870.

Semejantes afirmaciones —sin fundamentos— no pueden sino hacer pensar en el miedo a las «masas» indígenas expresado a lo largo del siglo XIX (Yvinec, 2014, pp. 312-317).

En el discurso de prensa de 1879, los chinos, negros e indios son entonces contruidos como «otros», los cuales representarían un peligro para la integridad de un Perú «civilizado». Ahora bien, la formulación de un peligro supone una forma de preocupación...

La paradójica visibilización de poblaciones subalternas

Si bien la construcción de la alteridad de los chinos, negros e indios significa discriminación y exclusión, no es menos cierto que se «habla» de ellos en los periódicos limeños de 1870, lo cual contribuye, de alguna manera, a la visibilización de estas poblaciones subalternas.

El discurso visibiliza

La revisión completa de la prensa de un país en determinada época permite darse cuenta de la frecuencia de tratamiento de ciertos temas. En el caso del Perú decimonónico, es significativa la relativa ausencia del indígena hasta 1867³⁵. Todo cambia con la rebelión de Huancané y la creación de la «sección de indios» en *El Comercio*, pasando a ser este periódico el órgano de prensa de la Sociedad Amiga de los Indios. Dicha sección dio importancia al indio, pues lo hizo surgir como tema importante en la sociedad peruana. El mismo aspecto visual del periódico permite comprobarlo: a lo largo de los años 1867, 1868 y 1869, el término «INDIOS» aparece, en mayúsculas y en negritas, no siempre en la primera página, pero por lo menos en la segunda o tercera, varias veces a la semana. En 1870, desapareció la «sección» propiamente dicha, pero el título «Indios» siguió siendo recurrente en *El Comercio*, así como en otros periódicos.

En lo que respecta a los chinos, desde la segunda mitad de los años 1840, la prensa trataba, con bastante regularidad, asuntos sobre la inmigración en general y la inmigración asiática más precisamente. Publicaba, por lo demás, algunos artí-

35 Se revisó la integralidad de la prensa peruana que se conserva archivada del período 1821-1879. Esto permite afirmar la relativa ausencia del indígena hasta 1867, con la excepción de 1854, año de la abolición del tributo indígena. Para más precisiones, ver: Yvinec (2014).

culos de vulgarización científica y cultural sobre la lejana China. En el momento de la rebelión de Pativilca, los chinos ya no parecen tan lejanos —ya eran muchos los que habían llegado al Perú— pues podría decirse que pasaron del *alius* al *alter*, esto es, de una alteridad absoluta a una alteridad relativa. Los debates sobre la inmigración se reavivan y el término «chinos», como título de artículo, en negritas, figura de manera más frecuente en los periódicos.

En cuanto a los africanos y afrodescendientes, no se hablaba mucho de ellos desde la abolición de la esclavitud en 1854. La rebelión de Pativilca también reactiva los debates que los implican.

El hecho de hacer figurar a estas tres poblaciones subalternas, de hablar de ellas de manera más frecuente en los periódicos indudablemente las hace más visibles. Al respecto, parece pertinente recordar los trabajos de Michel Foucault sobre el discurso. En su obra *Histoire de la sexualité* (1976), demuestra que la multiplicación de discursos prohibitivos sobre el sexo a partir del siglo xvii no puede interpretarse solo como un aumento de la represión sexual; al contrario, Foucault interpreta esta «explosión discursiva» como la prueba de la creciente importancia del sexo. Parece posible proponer una hipótesis parecida en el caso de los chinos, negros e indios en el Perú decimonónico: el discurso visibiliza, por más negativo que sea.

La aparición de nuevas preocupaciones nacionales

A partir de la rebelión de Huancané, el indio iba a ser una verdadera preocupación nacional en el Perú (Yvenc, 2014), lo cual dio nacimiento al movimiento indigenista de finales del siglo xix e inicios del xx.

Sería exagerado decir lo mismo sobre Pativilca y los chinos; sin embargo, la inquietud que surgió con esta rebelión mostró la importancia de la población en el país, siendo relevante la publicación de varios artículos sobre el tema no solo como comunicados, sino también en las secciones «Interior» de los periódicos.

Por último, los africanos y afrodescendientes no parecen ser motivo de una verdadera inquietud, pero los debates sobre su presencia en el Perú se reactivan, con lo cual sí es posible afirmar que están presentes en las preocupaciones de la época.

Un artículo de *El Comercio* titulado «Chinos. Cuestión de interés público» afirma en noviembre de 1870, o sea, poco tiempo después de la rebelión de los *coolies* de Pativilca:

La inmigración asiática fue traída al Perú con el importante fin, de que sirviese de brazos a nuestra agricultura. Su objeto pues, no podía ser más laudable, pero desgraciadamente se están tocando con inconvenientes que son una rémora para su progreso, todo debido a la raza de los chinos y a sus depravadas tendencias [...], las que producen alarmas y trastornos.³⁶

Tres años antes, en el momento de la rebelión de Huancané, podíamos leer en el mismo periódico: «La raza indígena es [...] aislada, separada, por su traje, por su dialecto, por sus costumbres y sus tendencias. Esa heterogeneidad no puede menos que ser una rémora del progreso»³⁷. En ambos casos, se insiste en la «otredad» de los sublevados, considerada como un obstáculo al progreso positivista. A finales de los años 1860 e inicios de los 1870, la prensa contribuye a la construcción de la alteridad de varias poblaciones subalternas del Perú, sean chinas, indígenas o afrodescendientes; las compara y las asimila; las rechaza, pero también las visibiliza.

Bibliografía

- ANDERSON, Benedict (1983). *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- CHARTIER, Roger (1998). *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitudes et inquiétude*. París: Albin Michel.
- FANOUDH-SIEFER, Léon (1968). *Le Mythe du nègre et de l'Afrique noire dans la littérature française (de 1800 à la 2^e Guerre Mondiale)*. París: Klincksieck.
- FOUCAULT, Michel (1976). *Histoire de la sexualité*. París: Gallimard.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (1992). «Reflexiones sobre el darwinismo social. Inmigración y colonización, mitos de los grupos modernizadores peruanos (1821-1919)». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andino*, 21(3), 961-975.

³⁶ *El Comercio*. Lima, 16 de noviembre de 1870.

³⁷ *El Comercio*. Lima, 13 de agosto de 1867.

- KALIFA, Dominique, Philippe RÉGNIER, Marie-Ève THÉRENTY y Alain VAILLANT (dirs.) (2011). *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*. París: Nouveau Monde.
- KRISTEVA, Julia (1980). *Pouvoirs de l'horreur: Essai sur l'abjection*. París: Seuil.
- LAUSENT-HERRERA, Isabelle (1997). «Les Asiatiques du Pérou». *Espaces Latins*, 33-35.
- OLIART, Patricia (1995). «Temidos y despreciados: raza y género en la representación de las clases populares limeñas en la literatura del siglo XIX». En Maruja Barrig y Nadia Enríquez (comps.), *Otras pieles: género, historia y cultura* (pp. 73-87). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- RODRÍGUEZ PASTOR, Humberto (1979). *Pativilca 1870. La rebelión de los rostros pintados*. Huancayo: Instituto de Estudios Andinos.
- ROSAS LAURO, Claudia (ed.) (2005). *El miedo en el Perú. Siglos XVI al XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SAID, Edward (1980). *L'Orientalisme. L'Orient créé par l'Occident*. París: Seuil.
- TARDIEU, Jean-Pierre (2003). «Proyectos de inmigración africana en el Perú (1860-1871)». *Histórica*, 27(1), 97-139.

El *Atlas geográfico del Perú* (1865) de Mariano Felipe Paz Soldán: entre representación y proyección de un Estado-nación en construcción

Estelle Amilien

Universidad de París x Nanterre. CRIIA-EA 369

RESUMEN

En este trabajo la noción de representación es abordada a través del *Atlas geográfico del Perú* de Paz Soldán (1865). El objetivo es cuestionar la representación de los Andes como una zona de contacto entre dos espacios distintos del Perú. En efecto, si nos alejamos de la interfaz que representan, la descripción y el análisis de las representaciones de los territorios permiten discutir la progresión de la construcción del Estado-nación en el Perú.

Palabras clave: Perú, Amazonía, representación, integración, cartografía, Mariano Paz Soldán

RÉSUMÉ

Dans cet article, la notion de représentation est abordée par le biais de l'*Atlas géographique du Pérou* de Paz Soldán (1865). Le but est ici d'interroger la représentation des Andes et de voir la cordillère comme zone de contact entre deux espaces différents du Pérou. En s'éloignant de l'interface que représentent les Andes, une approche descriptive et analytique permet de questionner la progression de la construction de l'État-nation au Pérou.

Mots clés: Pérou, Amazonie, représentation, intégration, cartographie, Mariano Paz Soldán

ABSTRACT

This article analyses the concept of representation through the work of Paz Soldán, *Atlas geográfico del Perú* (1865). The purpose here is to question the representation of the Andes as a contact zone between two different spaces in Peru: indeed, describing and analyzing these different spaces, we can get to a balance of the construction of nation state's progress in Peru.

Keywords: Peru, Amazonia, representation, integration, map, Mariano Paz Soldán

Cuando remite a la práctica de la geografía durante el período republicano, Raúl Porras Barrenechea (1963) escribe lo siguiente en cuanto a Mariano Felipe Paz Soldán y su trabajo: «[e]ste eminente historiador y bibliógrafo comenzó a reunir todos los documentos necesarios para formar el primer mapa general del Perú republicano». Esta manera de poner de realce el modo de actuar de Paz Soldán se explica por el hecho —ya señalado por el viajero Antonio Raimondi (1824-1890)— de que no era un geógrafo: «[Paz Soldán] no fue un geógrafo de campo, ni un astrónomo ni matemático» (Porras Barrenechea, 1963, p. 439). En este contexto, cabe volver a los primeros pasos de una geografía propia del período republicano. La publicación del *Atlas geográfico del Perú*, en 1865, fue la primera de su tipo. Es necesario precisar las definiciones y características de los distintos soportes geográficos, para entender mejor la realización, la publicación y la difusión-recepción de esta obra. Si para Lévy y Lussault (2013) un mapa es «el ejemplo de un objeto híbrido: es una representación del espacio plasmado materialmente y constituye en sí mismo un espacio propio, soporte de usos específicos» (p. 319), podemos atenernos a la definición elaborada por Ferras para entender las especificidades de un atlas:

[un atlas es] de ahora en adelante y antes que todo una *colección de mapas* en un sentido restringido y, en un sentido más amplio, una compilación de láminas que ilustran una obra. [...] Mientras que un mapa da una imagen a partir del Mundo, un atlas puede incluir mapas del cielo o de los océanos, o el mapa del Mundo, mapamundi o planisferio allanado gráficamente. (Brunet, Ferras y Théry, 1992, p. 48)

Los dos tipos de documentos pueden ser considerados como «imágenes retóricas», así como lo caracterizan Ferreira, Ferreira Dantas y Simonini (2013), refiriéndose a las teorías de Harley:

la noción de mapa como «imagen retórica», o sea, un documento histórico, una construcción social del mundo que, por medio de imágenes y de textos (muchas veces subyacentes), da a conocer determinadas realidades o, incluso, las representaciones (y su aparato técnico, político, social, económico) sobre la realidad. (p. 231)

Dicha imagen retórica también plantea el problema de la intencionalidad de la producción y la dimensión política que cobra, en el marco de un Estado-nación joven, cuando se publicó el atlas en el Perú. Harley (2005) pone de relieve la

relación fundamental entre la historia de los mapas y el advenimiento de aquella modalidad política, para interrogar, precisamente, los objetivos que estos soportes, emitidos por potencias del mundo moderno, se proponen seguir¹. A partir de estos elementos, cabe entonces preguntarse qué representa concretamente el *Atlas* de Paz Soldán y en qué medida puede ser considerado como un revelador del proceso de construcción del Estado-nación peruano en los años 1860, tanto en su consolidación como en las proyecciones que pretende desarrollar. Para contestar a estas preguntas, primero mencionaremos el contexto de producción y reedición del *Atlas geográfico del Perú* (1865). Luego, estudiaremos y compararemos dos láminas entre sí, y las relacionaremos con otras más de la obra. Estos momentos permitirán, para terminar, analizar la dimensión política de aquel primer atlas de la república peruana.

Publicación y reedición del *Atlas geográfico del Perú*

Para empezar, nos parece útil precisar el contexto de producción de la obra. Mariano Felipe Paz Soldán era oriundo de la ciudad de Arequipa y pertenecía a una familia importante, cuyos miembros se destacaron en la vida política peruana: José Gregorio fue periodista, político y diplomático; Mateo, matemático, geógrafo y astrónomo; y Pedro, abogado y político. Por su parte, Mariano trabajó como funcionario del Estado y estudió el tema de las cárceles comparándolas con Estados Unidos (que visitó por este motivo en 1858) o Europa. Buscó y compiló datos sobre planes y geografía en el momento de redactar informes para la localización de cárceles, y cuando ayudó a su hermano, Mateo Paz Soldán. Este último fue geógrafo, pero falleció antes de poder publicar su *Geografía del Perú*. Entonces, fue Mariano quien se encargó de publicarla póstumamente en París en 1862 —intervino algo en ella, «completándola y aumentándola» (Porrás Barrenechea, 1963, p. 357)—. Este fue el primer paso que, en estos oficios, dio Mariano Paz Soldán, el cual publicó su *Atlas* en 1865 —veinte años después de las primeras investigaciones, un plano de la ciudad de Trujillo en 1845—. La producción del *Atlas* se inserta entonces en una doble perspectiva, desarrollada por Jean-Pierre

1 «La historia de los mapas se encuentra inextricablemente vinculada al surgimiento del Estado-nación en el mundo moderno» (Harley, 2005, p. 87).

Chaumeil (2012): la síntesis de los datos geográficos que tenía el Perú y los avances de la imprenta en Francia².

Más allá de la trayectoria personal de Paz Soldán, a inicios del año 1865, la geografía parece suscitar un interés particular en el Perú. Era un período de prosperidad debido al boom del guano; por ello, el Perú mostró interés en conocer mejor el espacio nacional. Para referirnos solo a los primeros meses de 1865, basta consultar las reacciones en torno a un libro publicado por Antonio E. Larrañaga: un «vivo interés [...] por lo que pueda contribuir al verdadero progreso de la juventud, no podemos menos que recomendar a los padres de familia y muy especialmente a las personas que se ocupan en la enseñanza»³. Con todo, hay que indicar que no de forma sistemática se trataban las informaciones recopiladas, a pesar de un balance ya formulado y de medidas abarcadas en la ley de 1849, sancionada por el presidente Ramón Castilla:

se había dado la orden a los prefectos para que entregaran expedientes informando acerca de la nueva demarcación de sus departamentos, provincias y distritos. En esta nueva Ley se indicaba la dificultad de la topografía del territorio nacional y se ordenaba levantar la carta geográfica del Perú y una carta topográfica de los límites con Ecuador y Bolivia. (Chaumeil, Delgado Estrada y Lomné, 2011)

El *Atlas* de Paz Soldán no fue entonces el único libro de su tipo, en 1865, en ser publicado; no obstante, sí marcó un hito. Se estrenó en Francia, pero es necesario poner de relieve la importancia de la publicación en el Perú, así como lo apuntó Jean-Pierre Chaumeil (2012): «Por su amplitud y excepcional calidad de su impresión litográfica, el Atlas es una obra monumental y, sin duda alguna, la más emblemática del Perú de entonces» (p. vi). Una prueba de esto fue el premio que se le otorgó en la Exposición Universal de 1867, mencionado por Juan Manuel Delgado Estrada (p. x). Si no pude encontrar indicaciones o reacciones en cuanto a la primera edición del año 1865, Pascal Riviale, en la introducción a la reedición, señala algunas respuestas que tuvo el libro en Perú en 1867.

2 La versión del *Atlas geográfico del Perú*, de Mariano Felipe Paz Soldán, del 2012 fue preparada por Jean-Pierre Chaumeil y Juan Manuel Delgado Estrada, y editada por el Instituto Francés de Estudios Andinos, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y la Embajada de Francia en el Perú. Cabe indicar que el atlas no solo se puede consultar en su reedición física, sino también en el sitio <http://www.davidrumsey.com/>.

3 *El Comercio*. Lima, 13 de enero de 1865, p. 3.

La reedición de 2012 representó una suma de trabajo y unas cuantas dificultades. Chaumeil, Delgado Estrada y Lomné describieron esta labor cuando faltaba poco por terminar, en 2011:

Volver a publicar, 150 años después, la magna obra que constituye el *Atlas*, verdadera joya editorial y bibliográfica, no solo colmaría una importante carencia en la historia de la geografía peruana sino que haría justicia a un ilustre peruano que muchos de sus paisanos siguen ignorando. En rigor, es difícil entender por qué esta obra nunca fue reeditada a pesar de su innegable prestigio. (p. 601)

Ahora bien, a la hora de consultar el *Atlas*, nos interrogamos sobre la clase de informaciones que contiene y qué objetivos se propone alcanzar.

Análisis de dos láminas: los Andes como zona de contacto

Antes de analizar detenidamente dos láminas, proporcionaremos una descripción general del *Atlas*, realizada por Pablo Sendón (2013):

El *Atlas geográfico del Perú* cuenta con 68 láminas (a las que se agrega, en la presente edición, el mapa del Perú adornado con viñetas de 1964 [sic]) antecedidas por una serie de materias relativas a las posiciones geográficas y elevación sobre el nivel del mar de algunos lugares y puntos del territorio; las distancias, expresadas en leguas, de los itinerarios existentes en el interior de los respectivos departamentos, entre ellos y algunas carreteras que los cruzan; la discusión sobre algunas observaciones relativas a la latitud, longitud y altitud de algunos sitios realizadas por diversos autores durante los siglos XVIII y XIX; las observaciones sobre el magnetismo terrestre, el clima y la superficie; la división política del país que, por entonces, contaba con 13 departamentos y 3 provincias fluviales; la descripción de los dibujos y viñetas que ilustran el mapa general de 1964 [sic] y la explicación de algunos de los mapas, cuadros y vistas contenidos en el *Atlas*. La lista de materias es coronada con una de por sí impresionante bibliografía comentada que recopila, con perspicacia aguda y juicio crítico, gran parte de las obras dedicadas al Perú por parte de expedicionarios, viajeros y hombres de ciencia publicadas en castellano, francés, inglés y alemán. (p. 226)

Para la reflexión presente, la metodología elegida fue la siguiente: focalizarse en la representación de una sección andina del Perú. La zona escogida es un espacio de transición y conexión, llamado por Pilar García Jordán (2001a) «Amazonía andina», «entendiendo por tal el territorio de la cuenca alta del Amazonas y regado por sus tributarios cuyas nacientes se hallan en los Andes tropicales» (p. 487). Paz Soldán (2012) ya se refería a ello con la representación y la denominación de la fracción de esta región, cruzados los Andes, con la expresión «Montaña o región de los Bosques» (p. 50). La primera lámina que vamos a examinar, entonces, es la del departamento de Amazonas, el cual se había constituido como tal desde 1832. En 1865, su capital era Chachapoyas (lámina II).

La lámina viene en color, como otras muchas del *Atlas*: las de los departamentos o provincias de Lima, Piura, Cajamarca, Junín, Huancavelica, Ayacucho, Puno. Esta primera representación incluye componentes frecuentes en las publicaciones de aquel entonces, como la escala (abajo y al centro de la página), la indicación del grabador y su dirección (a la izquierda, a pie de página), el nombre del geógrafo que llevó a cabo la compilación, y una leyenda, cuyo título es «Explicación». En cuanto a los Andes, comprobamos una doble indicación-representación: la indicación simbólica de los picos (1) viene acompañada por una delimitación con una línea de puntos (2), rematada con la denominación «Cordillera central» en este caso. La representación iconográfica respeta las normas de producciones vigentes entonces en París, cuyo paradigma se encuentra en una síntesis redactada por Eugène Sautrez (1865). Las recomendaciones para representar el declive eran las siguientes:

Las montañas suelen ser representadas por líneas negras que van esfumándose; la parte más oscura indica la altitud más elevada. [...] Las montañas en elevación, así llamadas porque el espectador, ubicado en su base, las ve alzadas ante sí, son representadas por una imitación de su aspecto. (pp. 66-67)

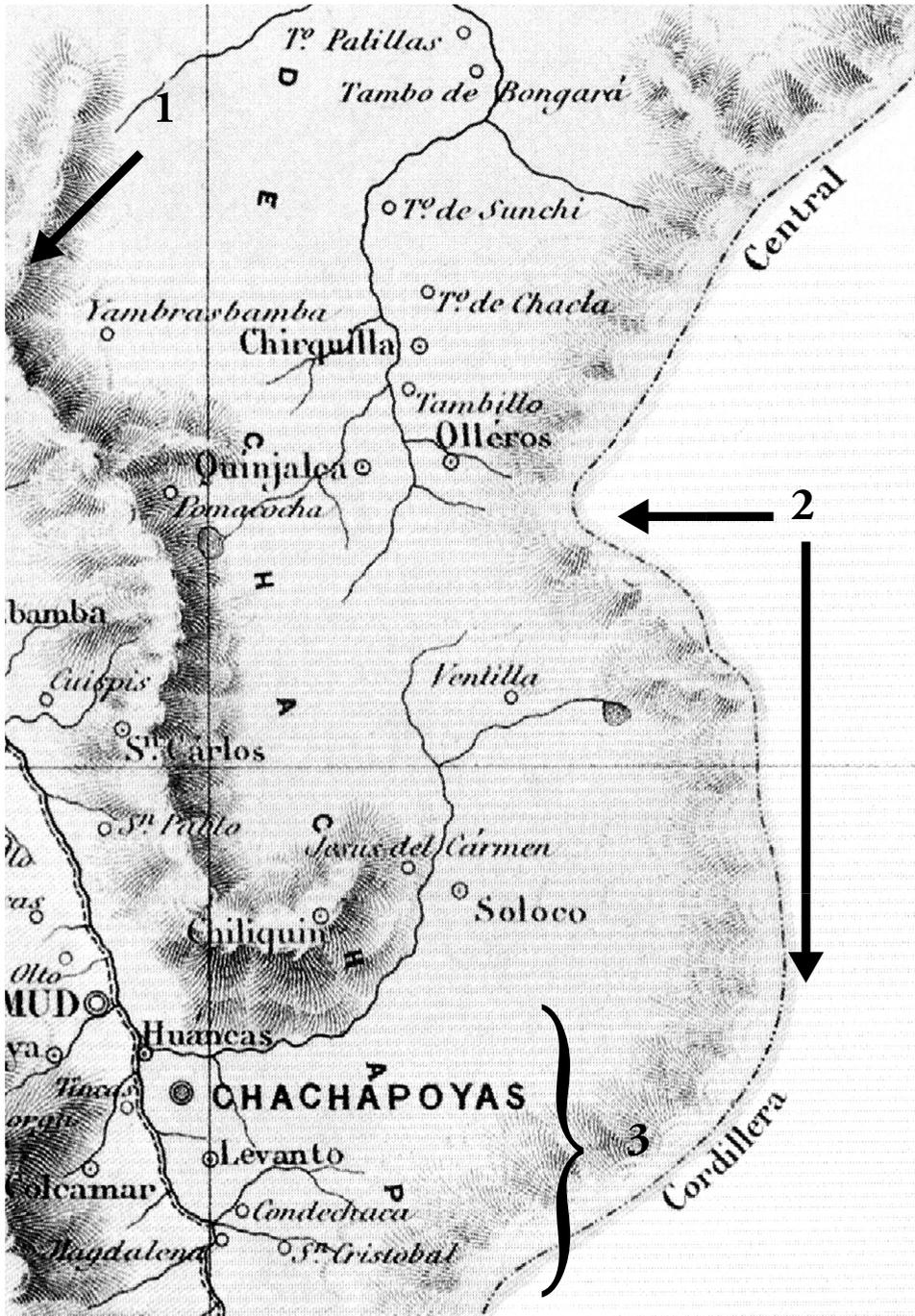


FIGURA 1. Departamento de Amazonas y representación de la cordillera
Fuente: Paz Soldán (2012)

Una jerarquía entre las ciudades además está incluida en la representación: se hace patente a través del uso de diferentes círculos para ubicar las ciudades (oscuros o claros, simples o dobles) y de la tipografía: el nombre de la capital se escribe con mayúsculas y en negritas mientras que las demás localidades están señaladas con minúsculas. Esta precisión y la acumulación de informaciones en el pie del documento manifiestan el conocimiento que se tenía del territorio y cierto control, tanto topográfica como administrativamente. Si cruzamos los Andes, notamos que una de las zonas vecinas, Loreto, tiene un aspecto muy diferente.

El segundo ámbito que vamos a examinar es la provincia fluvial de Loreto, porción geográfica del Perú, cuyo estatuto administrativo cambió a lo largo del siglo XIX, entre departamento y provincia. En 1865, desde hacía ocho años tenía la categoría de «provincia litoral»; en 1866, se convirtió en «departamento marítimo y militar», antes de ser «departamento de Loreto» a partir de 1868 (Barclay Rey de Castro, 2009). En 1865, la capital es Moyobamba (láminas LIII y LIV).

Las láminas son en blanco y negro, así como otras en el *Atlas*: las de los departamentos o provincias de La Libertad, Áncash, Cusco, Moquegua e Ica. El espacio de transición que representan los Andes se indica con el mismo dibujo: evidencia cierta continuidad y un control del territorio, en la zona andina, ejercido por las autoridades y élites peruanas. La incorporación de estas láminas indica incluso el conocimiento de otra región del Perú: la de la vertiente amazónica de los Andes. La noción de representación cobra un sentido pleno aquí, ya que no solo constatamos la presencia de una base iconográfica⁴, sino también porque pone de manifiesto un proceso mental de visualización de la provincia litoral. La topografía representa la mayoría de los símbolos presentes, para indicar la declividad, los ríos o la vegetación.

El uso de los símbolos refleja una percepción, la cual es restituida al lector o espectador del mapa. Mientras que uno de los departamentos tiene una estructura similar a la de los demás en la república peruana; el otro parece estar más bien poblado por árboles y grupos sin localizar, los que ni siquiera son calificados como peruanos, sino con las expresiones «indios» o «tribus» más el nombre del grupo étnico. El contraste entre las dos demarcaciones vecinas, representadas de forma cada vez más diferente al alejarse de los Andes, se observa en otros lugares, incluso a veces en unos departamentos en los que las dos zonas son colindantes. Desde el primer mapa del *Atlas*, un mapa general del Perú, observamos esta dua-

⁴ Nótese que, otra vez, el hecho de remedar la vegetación y hacerla visible corresponde a los criterios de Eugène Sautrez (1865): «Por fin, los árboles vienen indicados por la imitación de árboles o de follajes» (p. 67).

lidad y el papel desempeñado por los Andes, que es al mismo tiempo contacto y separación entre una parte del país y la otra, llamada «Montaña o región de los Bosques».

Si cotejamos otros espacios con aquellos que ya describimos, se verifica la repetición del paralelismo con zonas de contacto, en distintos espacios andino-amazónicos del Perú. El primer caso es el departamento de Cusco, al sur del país. La lámina propone una representación tradicional de los Andes y vuelve a utilizar el motivo iconográfico de los árboles. La configuración pone de relieve la zona de transición de una sección del territorio a otra. Volvemos a encontrar la ubicación de grupos indígenas sin delineación precisa —abajo, en el mapa, podemos encontrar «indios antis o campos», «indios sirineris»—.



FIGURA 2. Departamento de Cusco, detalle

Fuente: Paz Soldán (2012)

Otra mención de las poblaciones de esta zona de transición asoma en el departamento de Ayacucho, en la franja noroeste del departamento. Allí, no solo reparamos en los elementos iconográficos (declive y vegetación), sino también en la indicación «Montaña habitada por los Salvajes». Con todo, no hay ninguna referencia más precisa o explícita a los grupos indígenas presentes en esta parte

del Perú. Podemos imaginar, entre otras posibilidades, que se debe a la diminuta superficie de la porción territorial o a la dimensión regional de los mapas levantados, que indicaban lo que se conocía en una y otra región del país.

En la lámina del departamento de Junín, solo se indican los detalles topográficos: los ríos Perené y Pachitea, las localidades o regiones como los cerros de San Matías, San Antonio o El Matador. Las ciudades están indicadas. Son más numerosas en la sierra y respetan una organización simbólica y tipográfica: Tarma y Jauja son las ciudades principales; Panao o Huacrachuco son menos conocidas; y Chanchamayo o Sabiroque, entre otros muchos, se representan como pueblos.

Un atlas sumamente político

«Los mapas pueden leerse como textos de poder-conocimiento, al igual que cualquier otro sistema de signos fabricados» (Harley, 2005, p. 143). Este juicio de John Brian Harley, aunque centrado en los mapas, puede extenderse a la producción de Paz Soldán y permite dar paso a múltiples interpretaciones, a partir de las observaciones anteriores. El trabajo de recopilación de Paz Soldán y su afán por una mayor difusión de la obra, la primera de este tipo en el Perú, subrayan esta índole política, lo cual se evidencia en varios aspectos.

Primero, notamos que los símbolos comunes resaltan lo que se conoce y, parcialmente, se controla: los Andes y las ciudades presentes en ambas vertientes. Recurre a una representación tradicional que respeta las indicaciones de Sautrez. La jerarquía entre las ciudades es evidente e inapelable en las láminas del departamento de Amazonas o Junín, sin estar totalmente ausente tampoco en la provincia litoral de Loreto —se patentiza que Moyobamba es la capital, por ejemplo—. La mayor diferencia corresponde entonces a los espacios y su trasposición gráfica, conforme nos alejamos del punto de referencia y de contacto que representa la cordillera. El control y la organización del territorio son visibles para el departamento de Amazonas, mientras que parecen más borrosos para la provincia litoral y unas porciones del departamento de Cusco. Más allá de la omnipresencia gráfica del árbol, constatamos que las poblaciones indicadas solo se sitúan aproximadamente: no se hallan delimitaciones precisas entre un grupo y otro, ninguna caracterización se proporciona para los grupos mencionados como los campos o sirineris en el caso de Cusco, o, con el mismo proceder, los orejones y los uchuas en Loreto. Sin embargo, cabe señalar el verdadero esfuerzo

para localizarlos, más allá de las imprecisiones. En efecto, a diferencia de otros mapas del Perú anteriores o de otros territorios amazónicos, la fracción selvática no es ni virgen, ni singularizada como «tierra incógnita»⁵. Esta precisión nos lleva entonces a reflexionar sobre el alcance simbólico que cobra el *Atlas*, a través de las láminas y en su conjunto.

De hecho, se puede considerar el *Atlas* de Paz Soldán como una modalidad de inscribir en el papel una suma de informaciones compiladas sobre el Estado peruano⁶ y también proyectar una imagen que pretende ser nacional, tanto en lo representado como en la difusión que se le quería dar a la obra⁷. Aunque Paz Soldán se vanagloriara de no ceder ante el patriotismo en el momento de situar las fronteras, es imprescindible poner de realce la importancia de cierta ideología vigente, noción desarrollada por Harley (2005): «Tanto a través de su contenido como de sus formas de representación, el trazado y el uso de los mapas han sido influenciados por la ideología» (p. 108). El proceso empieza con el acto de compilación: si seguimos la teoría de Harley, el cual vuelve a utilizar los conceptos de Rouse, es una de las características de un poder llamado externo al documento. Se trata de mostrar aquello que, en un determinado momento, se conoce y, en cierta medida, se controla. Chaumeil menciona esto cuando habla de las fronteras representadas en el *Atlas*, subrayando debilidades del Estado peruano, basándose en una cita de Cueto y Lerner: «los límites fijados en el mapa de Paz Soldán tienen poco que ver con la capacidad que tenía el Estado peruano para establecer su soberanía en los territorios que se le atribuían» (citado en Chaumeil, 2012, p. VII). Además, ya que se trata del primer atlas del período republicano, podemos seguir el juicio siguiente: «comenzó a moldear las estructuras mentales» (Harley, 2005, p. 144).

También cabe resaltar el profesionalismo de Paz Soldán cuando inscribe menciones como «límite desconocido» en las láminas (Ayacucho, Puno) o cuando

5 Pilar García Jordán desarrolla el caso en *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia 1820-1940* (2001b). En el caso de Brasil, una situación similar en la denominación se evoca en Ferreira, Ferreira Dantas y Simonini (2013).

6 Estas son las primeras palabras, que encabezan el atlas: «Hace veintiún años que me propuse reunir cuanto tuviera relación con la Geografía e Historia del Perú: desde entonces no he cesado de compilar todo lo que ha podido llegar a mi noticia, cuidando siempre de señalar el origen de mis extractos o copias» (Paz Soldán, 2012, p. 2).

7 Cabe recordar dos asuntos. Primero, la publicación en París solo pudo realizarse con el apoyo del Gobierno peruano, como lo indica Delgado Estrada (2012): «le permitió viajar a París en 1861 para grabar y editar las cartas geográficas y el atlas del Perú» (p. IX). Segundo, más allá de estos aspectos, una de las aspiraciones de Paz Soldán era que el mapa se difundiera por todo el país y que estuviera presente en las escuelas, como lo observamos en su dedicatoria a la juventud peruana.

reproduce los datos transmitidos y presentes en mapas realizados a nivel regional y que él compiló para elaborar el *Atlas*. Esta conjetura se ve reforzada también por la percepción *a posteriori*, entre otros aspectos, cuando se volvió a editar la obra. Por ejemplo, aquí vienen las palabras de Juan Manuel Delgado, en la entrevista que realizó con el periódico limeño *La República*: «El trabajo es la construcción del Perú imaginado. Una imaginación de una persona, de la elite peruana, que comienza a construir una identidad peruana a través de un Atlas, y que era necesario mostrar qué era el Perú» (Silva, 2012). Entonces, el *Atlas* no puede ser resumido a una mera representación gráfica, ya que también caracteriza los Andes como un ámbito conocido y dominado e incorpora la Amazonía, aquí llamada «Montaña o región de los Bosques», aunque de forma limitada con el predominio de la topografía, en la representación mental de los ciudadanos de la idea de nación.

Hay que añadir que la denominación de los habitantes de distintos lugares de Amazonía es reveladora: la ausencia de delimitación y la repetición de las menciones —como en el caso de los orejones, en la lámina de Loreto— pueden remitir al nomadismo de estos grupos, sinónimo de amenaza para el Estado. Al mismo tiempo, el hecho de adscribirlos e indicarlos permite asignarlos ficticiamente a cierto lugar. La consideración de «salvajes», en la lámina del departamento de Ayacucho, apunta hacia otras problemáticas: esta palabra no se utiliza, en el *Atlas*, para designar a otros grupos que, no obstante, eran considerados como violentos —podemos pensar aquí en la fama de los campas, cuyo nombre se debe a los españoles y que actualmente son reconocidos como ashaninkas—. En el *Atlas*, Paz Soldán compiló informaciones, entre las cuales están algunos trabajos regionales, así como la falta de informaciones. A partir de estos datos y la ausencia de otros, propuso una síntesis que transcribió en sus mapas. Este juicio puede relacionarse, quizás, con la diminuta banda del departamento en contacto con el espacio amazónico, adoptando el punto de vista de los habitantes: la mayoría de ellos radicaban sobre todo en los Andes y era probable que tuvieran una percepción reducida y reductora de los moradores del otro lado de la cordillera. La presencia de esta denominación en el primer atlas del período republicano también pone de manifiesto lo que aún les quedaba por hacer a las instancias del Estado, en cuanto al territorio, a la integración de ciertas poblaciones, de las que ni siquiera se da el nombre y que se ven limitadas al adjetivo «salvaje». La «civilización» de la población presente en el suelo peruano representado parece ya avanzada, si la relacionamos con la precisión de la mayor parte de las láminas del *Atlas*, aunque

por supuesto no ha culminado su desarrollo. Con facilidad se puede imaginar que este tipo de mención indica que este proceso seguía llevándose a cabo mientras se recopilaban las informaciones y se realizó la publicación. Tampoco se puede descartar el hecho de que mencionar a los grupos de personas lleve a justificar medidas tomadas por el Gobierno como la reagrupación de «tribus» indígenas en lugares controlados.

Si el *Atlas* puede ser considerado como una síntesis de ciertos tipos de elementos, también puede verse como una obra política, cuya meta más bien se dirigía al porvenir. La mención y la designación de las poblaciones indígenas no son los únicos componentes que nos llevan a detectar, en la obra, una forma de proyección, e incluso de afirmación y reivindicación. No se trataba solo de hacer un balance del avance del Estado-nación como construcción, dominación y difusión de referencias comunes, sino también de anclar un punto a partir del cual se pueda proyectar. Así se puede interpretar el uso del símbolo del árbol como una manera para el Perú de definirse y de no reducirse a un país costeño y andino. Era un modo para significar que ya había empezado a arrimar esta porción, selvática, al territorio nacional para homogeneizarlo, a pesar de las informaciones incompletas que tuvo cuando se diseñó el *Atlas*, o de las dudas del mismo Paz Soldán (Chaumeil, Delgado Estrada y Lomné, 2011). El otro aspecto sumamente político en el *Atlas* es su inscripción en la formulación de una identidad colectiva a través de un soporte concreto. El análisis de Chaumeil (2012) lo apunta: «se trataba, por lo tanto, más bien de la representación de un anhelo y de la valorización de una interpretación de la historia de los límites que de la expresión de una realidad» (p. vii). Más allá de la proyección deseada, la cuestión de la homogeneización ya fue evocada por Delgado Estrada (2012): «[e]n efecto, la construcción de la peruanidad por el Estado moderno a través del *Atlas* de Mariano Felipe Paz Soldán era para homogeneizar el territorio hostil para el nuevo cuerpo hegemónico en el gobierno del territorio y crear una imagen de este mismo territorio con una topofilia» (p. x).

Esta dimensión se ve consolidada por el deseo de difusión del *Atlas* en el sistema educativo peruano⁸. La «topofilia» puede relacionarse con una forma de representación, si pensamos en la definición propuesta por Jodelet: el *Atlas* y su difusión pueden ser percibidos como una «forma de conocimiento socialmente

8 Chaumeil (2012, p. vii) lo menciona, aunque sea posible matizar el impacto de este uso. Así, en la entrevista para *La República*, Delgado Estrada evidencia una de las intenciones manifiestas de la reedición: volver a evocar y poner de relieve el trabajo de un geógrafo peruano, ya que en muchos contextos y ocasiones se refería más a Raimondi que a Paz Soldán en las salas de clase (Silva, 2012).

elaborada y compartida, que tiene una finalidad práctica y forma parte de la construcción de una realidad común a un conjunto social» (Moliner, 1996, p. 51). El matiz que se puede aportar sería en cuanto a la idea de construcción, ya que en nuestro caso el *Atlas* fue publicado unos cuarenta años después de la independencia del Perú —a no ser que consideremos dicha construcción como una empresa jamás acabada y que siempre hay que mejorar—. En esta perspectiva, cuestionar el interés que pudo provocar la reedición de la obra es necesario. No se trata aquí de limitarse al contenido literal del *Atlas*, sino más bien de realzar la hazaña que representó científica y litográficamente, interrogando por otra parte las fuentes locales o regionales que condicionaron la primera producción de la obra por Paz Soldán. Se puede indagar la visión del Perú reactualizada a través de la reedición. Más allá del interés científico y del trabajo destacable de un geógrafo peruano, se podrían sondear unos aspectos para ver si se fortalece en el imaginario colectivo prejuicios aún vigentes. En la actualidad, el territorio se domina mejor y se ve con una caracterización tripartita, pero permanecen los estereotipos. La mayoría de las veces están asociadas a nuevos cuestionamientos, como en el caso de las comunidades nativas.

A partir de un elemento compartido en las láminas del *Atlas* de Paz Soldán, los Andes, constatamos una representación idéntica de esta realidad topográfica; subraya el papel de zona de contacto que desempeñan. En esta configuración, nos llaman la atención los espacios alejados de los picos. Allí, radica la diferencia en términos de representación y se produce una sensación de desfase. Esta impresión debe relacionarse con el conocimiento, el dominio y la organización del territorio que habrían de ser comprobados o abarcados. Parte del suelo nacional parece bajo control del Estado o se (re)presenta como tal, con la jerarquía de las informaciones proporcionadas en la leyenda. Esta integración contrasta con una suerte de aproximación en la lámina de la provincia litoral de Loreto, en la que varios espacios no tienen límites precisos y parecen poblados o invadidos por un océano de árboles. El *Atlas* da cuenta de la suma de informaciones recopiladas y escogidas por Paz Soldán, como lo delata el recelo que tenía hacia los datos proporcionados por viajeros extranjeros. El balance pone de relieve el avance del Estado-nación, en su construcción, a través del dominio de su territorio y cierta reivindicación. Las indicaciones de las ciudades muestran la predilección por los espacios evoca-

dos y la integración en un modelo, que establece jerarquías, del pueblo a la capital de departamento. Este control convive con una forma de reivindicación sobre el espacio andino-amazónico que pasa por la presencia iconográfica de los árboles, así como por la identificación y la localización aproximativa de las poblaciones indígenas nómadas. El proceso de construcción del Estado-nación aún seguía desarrollándose cuando se publicó por primera vez el *Atlas*: Paz Soldán admite la perfectibilidad de su trabajo y el tratamiento de las poblaciones del espacio andino-amazónico es revelador de la voluntad de territorializar a estas. El proceso de «civilización» que lo acompaña también estaba produciéndose: su avance era desigual si nos referimos al departamento de Ayacucho y a la mención de «salvajes» para hablar de poblaciones indígenas. La reedición del *Atlas*, en 2012, vuelve a evocar las etapas de la construcción del Estado-nación en el Perú de la segunda mitad del siglo XIX, al mismo tiempo que nos lleva a cuestionar la situación actual de las diferentes partes del Perú, en el siglo XXI, pensado y representado como país tripartito.

Bibliografía

- BARCLAY REY DE CASTRO, Frederica (2009). *El Estado federal de Loreto, 1896. Centralismo, descentralismo y federalismo en el Perú, a fines del siglo XIX*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Centro de Estudios Regionales Andinos Bartolomé de las Casas.
- BRUNET, Roger; Robert FERRAS y Hervé THÉRY (1992). *Les mots de la géographie. Dictionnaire critique*. París: La Documentation Française.
- CHAUMEIL, Jean-Pierre (2012). «Mariano Felipe Paz Soldán y el avance de la ciencia geográfica en el Perú decimonónico». En Mariano Felipe Paz Soldán, *Atlas geográfico del Perú* (pp. VI-VIII). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Embajada de Francia en el Perú.
- CHAUMEIL, Jean-Pierre; Juan Manuel DELGADO ESTRADA, y Georges LOMNÉ (2011). «Proyecto de publicación del *Atlas geográfico del Perú* de Mariano Felipe Paz Soldán, París 1865». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 40(3), 599-601 Recuperado de <https://bifea.revues.org/1346>.
- DELGADO ESTRADA, Juan Manuel (2012). «La construcción del pensamiento geográfico del Perú en el siglo XIX a través de las obras de Mariano Felipe Paz Soldán». En Mariano Felipe Paz Soldán, *Atlas geográfico del Perú* (pp.

- IX-XI). Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Embajada de Francia en el Perú.
- FERREIRA, Angela Lúcia; George Alexandre FERREIRA DANTAS y Yuri SIMONINI (2013). «El (de)sertão de Brasil: una cartografía en formación, siglos XIX y XX». En *Quim Bonastra y Gerard Jori (eds.), Imaginar, organizar y controlar el territorio. Una visión geográfica de la construcción del Estado-nación* (pp. 227-251). Barcelona: Icaria.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2001a). «Presentación». *Revista de Indias*, 61(223), 487-491.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2001b). *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos.
- HARLEY, John Brian (2005). *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LÉVY, Jacques y Michel LUSSAULT (dirs.) (2013). *Dictionnaire de la géographie et de l'espace des sociétés*. París: Belin.
- MOLINER, Pascal (1996). *Images et représentations sociales. De la théorie des représentations à l'étude des images sociales*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble.
- PAZ SOLDÁN, Mariano (2012). *Atlas geográfico del Perú*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Universidad Nacional Mayor de San Marcos / Embajada de Francia en el Perú.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1963). *Fuentes históricas peruanas. Apuntes de un curso universitario*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea.
- SAUTREZ, Eugène (1865). *Topographie. Teintes et signes conventionnels (classés par ordre alphabétique) adoptés par les deux commissions de topographie pour le dessin et la gravure des cartes et des plans exécutés par les divers services publics*. París: Chez Sautrez y Cía.
- SENDON, Pablo (2013). «Chaumeil, Jean-Pierre y Juan Manuel Delgado Estrada (eds.). *Atlas geográfico del Perú por Mariano Felipe Paz Soldán*». *Journal de la société des américanistes*, 99(1), 224-230. Recuperado de <http://jsa.revues.org/12701>.
- SILVA, José Miguel (8 de noviembre de 2012). «Una joya bibliográfica: El primer Atlas Geográfico del Perú ha sido reeditado». *La República*. Recuperado de: <http://larepublica.pe/08-11-2012/una-joya-bibliografica-el-primer-atlas-geografico-del-peru-ha-sido-reeditado>.

Diplomacia, antigüedades indígenas y nación. La construcción de la representación del pasado de las naciones andinas en la conmemoración de 1892

María Elena Bedoya Hidalgo

Pontificia Universidad Católica del Ecuador

RESUMEN

¿Cómo operaron las prácticas diplomáticas para construir una representación de la nación en la Exposición histórico-americana de Madrid de 1892? Mediante la revisión de ciertos elementos clave presentes tanto en el diseño de colecciones nacionales como en los procesos de recolección, donación y exhibición de objetos precolombinos, se reconstruirá la compleja trama de interpretaciones sobre el pasado y el lugar de las antigüedades indígenas en el discurso de la nación. Se presentan primero algunas herramientas fundamentales para entender el hispanismo en su perspectiva transatlántica, y luego se plantea la idea de la «diplomacia zalamera» en estas gestiones, así como la relevancia de «lo inca» a la hora de construir un discurso de la nación acerca del Perú, Ecuador y Colombia.

Palabras clave: Diplomacia, hispanismo, exposición de 1892, antigüedades indígenas, países andinos, Colombia, Ecuador, Perú

RÉSUMÉ

Comment les usages diplomatiques ont-ils servi à une représentation des jeunes nations andines à l'occasion de l'Exposition historique-américaine de Madrid de 1892? Certains éléments clés dans la conception des collections nationales de l'Exposition de 1892, ainsi que les processus de collecte, de donation et de valorisation des objets précolombiens, la trame complexe des interprétations du passé et la place des antiquités indigènes dans les discours nationaux permettent de répondre à cette interrogation historiographique. Des outils essentiels pour comprendre l'hispanisme dans sa perspective transatlantique sont d'abord présentés avant de proposer le concept d'une «diplomatie de la flatterie» à l'oeuvre dans les relations internationales, tandis que la préférence institutionnelle pour ce qui est «inca» reste très marquée vis-à-vis du Pérou et de l'Équateur, lorsqu'il s'agit d'élaborer un récit de la nation, sans oublier le cas colombien.

Mots clés : Diplomatie, hispanisme, exposition de 1892, antiquités indigènes, pays andins, Colombie, Équateur, Pérou

ABSTRACT

How did the diplomatic practices serve as a representation of the nation at the Exposición histórico-americana de Madrid of 1892? Certain key elements in the conception of the national collections of the 1892 Exhibition, the process of collecting, donating and valorizing of pre-Columbian objects; the complex basis of the different interpretations of the past, as well as the place of Indigenous antiques in the national speech, allows to answer this historiographical interrogation. We first present some fundamental tools to understand Hispanicism in its transatlantic perspective, and then introduce the idea of a «diplomacy of flattery» at work in international relations while the institutional preference for what is «inca» remains very pronounced concerning Peru and Ecuador when the aim is to develop a national narrative.

Keywords: Diplomacy, Hispanicism, Exposition 1892, indigenous antiquities, Andean countries, Colombia, Ecuador, Peru

Y así, puede decirse que el descubrimiento de Colón no solo reveló la existencia de un mundo nuevo, sino que aseguró para siempre la preponderancia del elemento europeo, dándole el dominio material de un hemisferio y la expansión indefinida de su raza y de su cultura en el tiempo y en el espacio.

Fiestas Cívicas en Celebración del 4.º Centenario, Lima, 1892

A finales del siglo XIX, la conmemoración de los cuatrocientos años del «descubrimiento» de América cobró relevancia como fenómeno histórico en el panorama internacional y fue objeto de una serie de disputas culturales y diplomáticas entre países, como es el caso de Estados Unidos y España. La figura de una fiesta universal que solemnizara la llegada de Colón a estos territorios fue una estrategia político-cultural a partir de la cual he podido observar un variopinto escenario de discursos y tácticas de sus participantes, de cara al acto celebrativo. La exposición de Madrid de 1892 da cuenta de este proceso de gestión y negociación de la nación en horizontes particulares y de escala transatlántica.

En este trabajo intento comprender la dinámica de las prácticas diplomáticas promovidas desde los países andinos, que tuvieron lugar en torno a la organización de la Exposición histórico-americana de Madrid en 1892. Me interesa ubicar la diversidad de transacciones, negociaciones y reinterpretaciones implicadas en la configuración de la representación de un pasado nacional que se vive universalmente alrededor de la figura del «descubrimiento» y conquista de América, tópico recurrente en las exposiciones universales¹ de la última década del siglo². Algunos autores³ han señalado la importancia de las relaciones entre España y sus antiguas colonias a finales del siglo XIX. El interés español se enmarcó en restablecer la unidad espiritual y la necesidad de posicionar a la «raza transatlántica» (Pérez Montfort, 1992, p. 15) desde la valoración del efecto de la conquista en es-

1 La primera exposición con carácter universal se realizó en el conocido Crystal Palace en Londres en 1851. Esta exposición fue organizada por la Royal Society for Encouragement of Arts, Manufactures and Commerce, de Londres, y su gestor fue Henry Cole, diseñador inglés. Si bien, en años pasados se habían realizado varias exposiciones en las diferentes capitales europeas, fue a partir de la experiencia británica que estas asumen un carácter «universal» para ser presentadas dentro del concierto de naciones. Para estos años del período victoriano, Inglaterra es la potencia industrializadora que fomenta el libre comercio y, consiguientemente, la expansión comercial. Sobre las exposiciones universales hay una extensa bibliografía en inglés. En nuestro caso en particular, hemos recogido algunas perspectivas teóricas respecto a estas prácticas expositivas: Bennet (1988), Greenberg (1996) y Kirshenblatt-Gimblett (1998). Existe una interesante recopilación bibliográfica sobre la historia de estos eventos internacionales hasta su actualidad realizada por Geppert, Coffey y Lau (2006), publicado por la California State University y Freie Universität Berlin.

2 Me refiero a la exposición de Madrid, pero también a las organizadas en Génova en el mismo año y en Chicago en 1893.

3 Entre los trabajos más relevantes están los de Sarabia (1992), Martínez (2001), López-Ocón (1990 y 2002) y Pérez Montfort (1992).

tos territorios. Esta comunidad hispana universal estaba caracterizada por cuatro aspectos clave, desde la promoción de la «religión católica, el idioma castellano, la organización jerárquica o corporativa de la sociedad, hasta de un acentuado etnocentrismo cultural que privilegiaba las contribuciones del espíritu hispano en todas las interacciones con pueblos diferentes» (Bustos, 2007, p. 117).

El hispanismo, en un sentido de «panhispanismo», es decir en su nivel transnacional de transcendencia entre la Península y las antiguas colonias, se vería activado —desde la dinámica propia de cada país en el que fue recibido— en el escenario de la celebración colombina a través de los distintos usos y formas de representación atribuidas al «ser histórico» de cada nación. Además, para aquel entonces, la herencia española, amparada en el credo cristiano, la lengua y la raza, se convertía en el movilizador de una moral pública que colocaba a la Iglesia como ente tutelar de la cultura y de la lucha contra las corrientes materialistas y aquello considerado como inmoral venido del mundo de las ideas (Urrego, 2002, p. 43). España, punto de referencia de esta corriente de pensamiento, se convertía en el eje articulador y difusor de esta forma de «gobierno imaginado» de lo hispánico.

Mi hipótesis central es que las acciones diplomáticas enmarcadas en las exposiciones de carácter universal como la Exposición histórico-americana de Madrid dan cuenta de las distintas maneras en que opera un tipo de «imperialismo informal»⁴, es decir, de empresas de re-conocimiento del territorio que promocionan ciertas prácticas culturales para elaborar un conjunto de representaciones que avalan y justifican una presencia en el territorio colonizado o de antigua colonización, como se muestran en este caso. Esta estrategia opera como un ejercicio de «gobierno imaginado», basado en una circulación de narrativas y de construcciones textuales, sean discursivas, visuales o performáticas, del *hinterland* y sus formas de intervención (Salvatore, 2006, p. 13). Según Bennet (1998), las exposiciones se convertirán en una suerte de «tecnologías culturales» en donde operan un conjunto de estrategias de tipo educativo y civilizatorio de difusión diversa y que se despliegan en los escaparates de las naciones, así como en los eventos y acciones asociados a dicho escenario.

En suma, este artículo analizará las motivaciones, expectativas y transacciones realizadas desde los diplomáticos andinos en torno a la Exposición histórico-americana de Madrid de 1892, tomando en cuenta, particularmente, el caso de

4 Sobre la noción de imperialismo formal e informal, es menester señalar que ello depende de los modos en que estos operan en el ámbito de la cultura, construyendo narrativas textuales que «enaltecen» su propia misión frente a los pueblos sobre los que se ejerce dicha dominación, y apropiándose y revalorizando los distintos recursos naturales, humanos y simbólicos. Ver: Salvatore (2005 y 2006).

la donación del tesoro Quimbaya, la fuerte presencia del discurso de lo incaico y las preocupaciones territoriales de la época. Para ello, presento algunos puntos de reflexión clave que me permiten entender la práctica de lo que he denominado «diplomacia zalamera», de cara al hispanismo en boga de la época.

De la «diplomacia zalamera»: entre el tesoro y el laudo

El interés español en generar una especie de comunidad total y fraternal hispano-americana marcaba el horizonte de negociación del país ibero sobre el escenario de conmemoración en 1892. Así, la valoración positiva de Colón, la conquista, colonización y cristianización de América aparecían como elementos fundamentales para celebrar la llegada de la civilización a este continente. Era el «regalo» de la Península a estos territorios y era el espíritu de la época. He querido iniciar el análisis con el caso del regalo de piezas del tesoro Quimbaya a la reina regente María Cristina de Habsburgo-Lorena de España, acción que comenzó durante la presidencia en Colombia de Carlos Holguín Mallarino (1888-1892) y se materializó en la de Miguel Antonio Caro (1892-1898), durante el período conservador conocido como «La Regeneración», asociado a un pensamiento marcadamente hispanista. La dádiva fue entregada como acontecimiento cumbre en el marco de la organización de la exposición madrileña de 1892.

Pero, ¿por qué regalar antigüedades indígenas? Ante todo, la dádiva del tesoro debe entenderse en la lógica del Arbitraje Español. Este fue un convenio que se firmó en Caracas en el año de 1881, en el que se estipulaba que ambas repúblicas, Colombia y Venezuela, acordaban someter al juicio de un árbitro neutral sus controversias limítrofes. En aquel entonces, la figura arbitral recaía en el rey de España, Alfonso XII. El arbitrio tenía como premisa resolutive el ser inapelable y definitivo. Para el año de 1886 se amplían las funciones de árbitro de derecho a la reina María Cristina. Años después, el laudo arbitral favoreció a Colombia⁵, permitiéndole el acceso a la zona del alto Orinoco, región oriental, con el interés de desarrollar la «industria pecuaria en las sabanas de Casanare»⁶.

5 La noticia del Laudo Regio definitivo fue recibida con beneplácito por el Gobierno colombiano y publicada en la *Gaceta de Madrid* el martes 17 de marzo de 1891.

6 En los documentos de época revisados se señala la «posesión colombiana» sobre la región, con énfasis en los asentamientos de poblaciones en la zona. Ver: *Cuestión de Límites entre Colombia y Venezuela. Apéndice a la Sección 5ta del Cuadro Sinóptico. Razones de equidad para conservar la línea del statu quo en la región de Casanare*. AGN, Bogotá, Sección República, Ministerio de Relaciones Exteriores, tomo 120, ff. 94-95.

El 20 de julio de 1892 en uno de los últimos mensajes presidenciales a las cámaras legislativas, el presidente Holguín Mallarino puso de relieve que había enviado a Madrid «la colección más completa rica en objetos de oro que habrá en América, muestra del mayor grado de adelanto que alcanzaron los primitivos moradores de nuestra patria». Además, señala que «la hice comprar con el ánimo de exhibirla» para las exposiciones conmemoratorias de 1892, tanto en Madrid como en Chicago. Su decisión de obsequiarla al Gobierno español respondía al enorme agradecimiento «por el gran trabajo que se tomó en el estudio de nuestra cuestión de límites con Venezuela y la liberalidad con que hizo todos los gastos que tal estudio requería. Como obra de arte y reliquia de una civilización muerta, esta colección es de un valor inapreciable». Holguín Mallarino sugería que dicha colección debería reposar en algún museo de la Península.

Para entender esta singular transacción diplomática, me he referido a ella desde la categoría de «diplomacia zalamera», es decir, una práctica contingente que se asienta en un tipo de degradación moral y de reciprocidad negativa, amparada en una matriz civilizatoria que sirve para acceder a ciertos beneficios, en este caso, territoriales. La distancia que se genera con los pueblos indígenas y sus antigüedades depende de la adhesión a las lógicas del tiempo de Occidente y a la aceptación de las «bondades» de la conquista: se trata, entonces, de una mirada en una línea temporal marcada por la ideología del progreso bajo la égida del hispanismo. Por consiguiente, el ejercicio diplomático fundamenta su gestión en el aprovechamiento máximo, obsecuente y adulador, acorde con una «política del favor», que se concretiza en el regalo de objetos confeccionados en metales preciosos o de diversa índole. Estos vestigios son, ante todo, cosas sin procedencia real reconocida, sino imaginada, dentro un pasado muerto, visto solo a través del prisma y el aval universal.

Esta construcción de imaginarios en tramas sociales articulan las nociones mismas sobre la nación/historia-nación/riqueza, y son, en cierta forma, escenarios en donde se puede indagar cómo se materializan dichos imaginarios en acciones sociales y simbólicas concretas. Como bien lo menciona Maurice Godelier (1998), para que lo imaginario se convierta en algo social «debe materializarse en relaciones concretas que tomen forma y contenido en instituciones»; además, es necesario que eso se concrete «en símbolos que las representen y las hagan responderse unas a otras, comunicarse». De esta manera, al existir esta materialización en las relaciones sociales, «lo imaginario deviene una parte de la realidad social» (p. 47). Por eso, en estos procesos que analizamos, los objetos precolom-

binos serán los vehículos a partir de los cuales se materializa esta relación social, como evidencia misma del sentido que se quiere otorgar a este vínculo.

En este discurso del mandatario Holguín Mallarino, se enlaza el grado de civilización con la producción de objetos de oro en una doble dimensión: por un lado, esta construcción vincula al metal en el prisma civilizatorio de la riqueza donde el patrón es el oro —fuente de todo tipo de intercambios— y a la vez es arte y reliquia de un pasado muerto; y, por otra parte, el reconocimiento del oro histórico es un mensaje de adscripción desde aquello reconocido como perdido en el horizonte de lo civilizado que debe ser guardado en los escenarios museísticos de la «Madre Patria» en sus fiestas y como regalo por su arbitraje.

Años antes de la consumación de la dádiva, el mandatario Holguín Mallarino le había enviado una comunicación personal el 13 de diciembre de 1891 a Antonio Cánovas del Castillo, presidente en aquel entonces del Consejo de Ministros español, informándole que se había adquirido una colección de «oro finísimo»⁷ hallada en Colombia. Para el entonces mandatario colombiano, la adquisición de dicho acervo respondía más bien a una «pequeña muestra de nuestro agradecimiento por el servicio que nos prestó sirviéndonos de árbitro en nuestro pleito con Venezuela sobre delimitación de fronteras, esperando que ella adorne algún Museo de Madrid». En esta comunicación, estas son «solo» piezas de oro y muestras del metal precioso por excelencia, que para el escenario de 1892 ya se convertirían en las únicas pruebas de la civilización muerta que habitaba en el antiguo territorio de lo que era Colombia.

De antigüedades incas y límites

El Perú participó en la celebración de 1892, pero de manera bastante limitada debido a su delicada situación de posguerra tras el conflicto con Chile. En estos años surge, de mano del por aquel entonces presidente, el militar Andrés Avelino Cáceres (1886-1890; 1894-1895) y del también militar, y sucesor de Cáceres, Remigio Morales Bermúdez (1890-1894), un programa de reconstrucción nacional que preveía el mejoramiento y desarrollo económico del país frente a la debacle sufrida tras el enfrentamiento bélico del Pacífico. En el gobierno de Morales Bermúdez se apoyó de manera tangencial las iniciativas vinculadas con Chicago

7 Carta de Carlos Holguín a Antonio Cánovas del Castillo, 13 de diciembre de 1891, citada por Ramírez Losada (2009, p. 290).

y se adscribió al evento de Madrid, expresando que la participación se acomodaría a las «aflictivas circunstancias del Erario nacional»⁸. En este contexto, los homenajes de conmemoración de 1892 se llevaron a cabo con la declaratoria de «fiesta nacional», que fue acompañada con un sinnúmero de festejos en la capital limeña. En estas circunstancias, la participación oficial en la fiesta universal precolombina fue, hasta cierto punto, modesta, pero no por ello, despreocupada en asuntos que se tornaban relevantes: los límites territoriales y la conmemoración de lo hispánico.

Frente a las ajustadas cuentas del Estado peruano para la asistencia oficial a la exposición, el Gobierno volcó el interés celebratorio en las actividades realizadas en Lima y en la presentación de un escaparate acomodado a estas circunstancias. La Sociedad Geográfica de Lima, creada por el presidente Cáceres el 22 de febrero de 1888 y motor del pensamiento científico de la época en el Perú, fue participante en el evento de Madrid y sugirió una intervención importante de académicos vinculados con ella. Para las actividades programadas en el marco de la exposición, se invitó a varias universidades —entre las que figura la Universidad de San Marcos—, así como a la Escuela de Ingenieros, el Ateneo de Lima, la Sociedad de Agricultura y Minería, la Sociedad de Amantes de la Ciencia e incluso una denominada «Sociedad Literaria de Arequipa y Tacna».

El primero de agosto de 1892, Carlos M. Elías, entonces ministro de Gobierno, remite al ministro de Relaciones Exteriores una comunicación en la que menciona que la representación del Perú ante la exposición de Madrid, en cuanto al carácter y extensión de las exhibiciones, debía ser modesta por los presupuestos. Sin embargo, al señalar la necesidad de presentar «objetos de la época incásica», consideraba que estos tendrían que ir, *«no con el fin de que el Perú sea debidamente representado con ellos sino para demostrar que no se olvida el grandioso hecho que se conmemora con el descubrimiento de América y que al Perú le es común con España»*⁹. Esta idea de que los objetos «no representan»¹⁰ al Perú resulta bas-

8 Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (AMRREE), Lima, Ministerio de Gobierno, Policía y Obras Públicas. De Carlos M. Elías al Ministro de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Agosto 1 de 1892, f. 84.

9 AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, Lima, 15 de julio de 1892, f. 75. El énfasis es mío.

10 Esta idea es recurrente en las élites peruanas. Ya en 1878, Charles Wiener fue el comisario de la Exposición Universal de París, para la que presentó, junto con Clovis Lamarre, un texto sobre sus viajes y observaciones en la región, titulado *L'Amérique centrale et méridionale et l'Exposition de 1878*. En dicho folleto se señalaba el interés del científico por presentar el pasado arqueológico; se trataba de hacer algo «absolutamente arqueológico» e inspirado, al parecer, en Huánuco Viejo y Tiahuanaco. Incluía dos garitas laterales, en las que se colocaron dos «guerreros», ataviados con las prendas exóticas del caso. Esto no fue del agrado, en absoluto, de los miembros

tante interesante. Frente al gran interés que había por las civilizaciones asociadas con lo incaico, desde el ámbito científico, y que repercutía en la visita constante de misiones e investigadores extranjeros con el fin de explorar la arqueología de la zona, el Gobierno se mostraba poco interesado en presentarse como heredero de lo inca en el discurso nacional, más bien se inscribía en los festejos del momento del quiebre de la conquista, desde donde estos vestigios parecerían tener una pertinencia histórica.

En otra de las comunicaciones enviadas por la Legación en España, dirigida al ministro de Relaciones Exteriores el 6 de noviembre de 1891, con motivo de los preparativos de la exposición de Madrid, una de las principales figuras de esta representación, Pedro del Solar, mencionaba lo siguiente:

Por mi nota del 19 se habrá impuesto Ud. de lo interesado que está el Gobierno Español, en que el Perú mande a la Exposición que se prepara con motivo del Centenario de Colón, *todo aquello que manifestando el grado de civilización incaica, haya en el Perú, tanto perteneciente al Estado, como en poder de particulares.*¹¹

De hecho, Del Solar mencionaba en una de sus cartas que, al asistir a un banquete convocado por Cánovas, el principal tema de conversación fue el Centenario, por lo que Del Solar consideró:

No me parece pues conveniente, si queremos alcanzar algo favorable en las cuestiones que resuelven sobre nuestros límites con el Ecuador, que no los ayudemos por nuestra parte, al buen éxito de un certamen, el primero de este género que se celebra en Madrid y en que está de por medio el no desmentido orgullo español. Consecuentemente en mis instrucciones, he expresado al Señor Cánovas y á los Señores Ministros que mi Gobierno se ocupa preferentemente de la manera como el Perú sea dignamente representado en la Exposición del Centenario. Díguese pues Ud. comunicarme todo aquello que yo pueda hacerles conocer y que justifique los propósitos del Gobierno para secundar los deseos de los iniciadores de esta gran fiesta universal. Disimule Ud. mi insistencia, teniendo en cuenta que es mi amor al Perú la causa que la motiva; y el deseo que

de la colonia peruana en París, que pusieron el grito en el cielo. «Manifestaron —cuenta Wiener— que Europa podía pensar que el Perú estaba habitado por gentes pintorescas como estos centinelas, siendo así que, como era notorio, toda la buena sociedad (peruana) se hacía vestir por Alfred Godchau (y otros sastres elegantes de la capital francesa) [...] el presidente de la Comisión Peruana, J. M. de Goyeneche, mandó retirar tan llamativos guardianes» (Rivera, 1998, p. xxxii).

11 AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es mío.

reporte las ventajas que esta oportunidad le ofrece y que el Supremo Gobierno no conoce perfectamente.¹²

El asunto limítrofe aparece nuevamente en el horizonte de la conmemoración, bajo una práctica de diplomacia zalamera, en este caso, la participación aseguraba conseguir «algo favorable» para resolver el asunto de límites con Ecuador. Tal problema limítrofe correspondía a una franja de terreno entre Tumbes y Zarumilla, en la parte occidental, y en la parte oriental desde Chinchipe al Maraón, hasta la desembocadura del río Napo y Payaguas. Para resolver el diferendo entre ambas partes se suscribió, el 2 de mayo de 1890, el Tratado Herrera-García, firmado por los ministros plenipotenciarios Pablo Herrera, por parte del Ecuador, y Arturo García, por el Perú. Sin embargo, el acuerdo, aunque justificado por Cáceres, no fue aprobado por el Congreso peruano, ya que grandes zonas de la Amazonía se cedían al país vecino del norte. Esta situación acarreó un nuevo conflicto de límites que debía considerarse bajo la figura del arbitraje español.

La postura de Pedro del Solar es clave para la negociación con España en búsqueda de los favores limítrofes. Este personaje era consciente de la importancia del certamen para el país ibérico, y la necesidad de ponderar el «no desmentido orgullo español». En cierta forma, las acciones tomadas en la organización del escaparate nacional respondieron a una contingencia del momento presente y a la importancia que tenía el tema de la «civilización incaica» para los festejos de 1892. Este tema es recurrente en algunas de las comunicaciones como, por ejemplo, la enviada desde Madrid el 21 de marzo de 1892, en donde se reiteraba la importancia de la participación, «Aquí se da preferente importancia histórica al Perú y a Méjico en el certamen que se prepara, sobre las demás naciones americanas, hasta en los detalles, como lo verá V. S. confirmado [...] esta ventajosa situación es conveniente no perderla»¹³.

La importancia de las civilizaciones antiguas como las asentadas en México y Perú aparecen como elementos trascendentales para el festejo en su valoración trasatlántica y forman parte de un imaginario de fama mundial: los indígenas aztecas e incas como las grandes civilizaciones muertas. Para ello, el Gobierno peruano se organizó para recuperar algunos vestigios precolombinos «incas» con el fin de que sean enviados. En una comunicación, fechada el 5 de septiembre

12 AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 360, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 21, Madrid, 6 de noviembre de 1891. El énfasis es mío.

13 AMRREE, Lima, Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 373, Carpeta 2, Código 5-13, Oficio 13, Madrid, 21 de marzo de 1892.

de 1892 en Lima, el Ministerio de Gobierno y Policía notificaba al ministro de Estado en el despacho de Relaciones Exteriores que «en el vapor que sale mañana del Callao será remitida la colección de objetos incásicos que el Gobierno ha comprado para la Exposición de Madrid. Dicha colección se ha acondicionado convenientemente en tres cajones y se han pagados los fletes y seguro marítimo»¹⁴.

Al envío de estos vestigios se suma la conferencia de Pedro del Solar presentada en el Ateneo de Madrid, del 11 de febrero de 1892, titulada «El Perú de los Incas», en donde ponía de relieve la monumentalidad inca y recogía la recurrente comparación de lo inca con lo europeo o con civilizaciones «famosas», como la egipcia o la etrusca. Empero, lo que Del Solar (1892) resaltaba era el papel de España en el continente americano, según sus palabras, la labor de la Península «se le llevó, en efecto, la regeneradora semilla de las ciencias en todos los ramos del saber humano. Fue ésta fecundada por los rayos caloríficos de la civilización europea» (p. 17). Finalmente, aceptado el poderío de la conquista, terminaba considerando que «así operó la transformación, que hizo de un conjunto de pueblos incultos, una nación civilizada».

Ecuador y los «modestos ramos de flores»

Ecuador se preparó un año antes para la celebración colombina y fue durante la presidencia de Luis Cordero que se organizó la representación del país, con Leonidas Pallares Arteta, ministro del Interior y de Relaciones Exteriores, como el encargado oficial de dicha Junta. En el informe que presentó Pallares Arteta, el 17 de mayo de 1892, como presidente de la Junta Central, al presidente de la república, se recogen algunas perspectivas interesantes sobre la manera en que se programaron las acciones y colecciones allí presentadas. Entre las prioridades de objetos adquiridos están aquellos considerados como «incas», así como medallas y monedas. Según señala su colector, la recopilación de estos fue una tarea muy compleja:

Entre los objetos incásicos merecen citarse el facsímile en escala del Inga-Pirca, hecho en madera por el reputado escultor cuencano Sr. Vélez y mandado trabajar por la Junta; dos grandes ánforas pintadas de colores, un mortero de piedra verdosa,

¹⁴ AMRREE, Lima, Comunicaciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Caja 369, Carpeta 9, Código 2-0, f. 98, Lima, 5 de septiembre de 1892.

primorosamente tallado, y cinco figuras de piedra, excavadas en San Pablo, que son de estilo algo semejante al de las momias yacentes de las necrópolis egipcias, y que han debido ser trabajadas indudablemente de muchísimos años, o acaso siglos, antes del descubrimiento de América.

También debo hablar de la colección de vistas fotográficas de algunos de los arruinados monumentos incásicos que aún subsisten como Inga-Pirca, Inga-Chungana, Culebrillas, Paredones.¹⁵

Leonidas Pallares Arteta se mostró confiado en haber recopilado la mayor cantidad de «objetos incásicos», si bien mencionaba que «aunque la Exposición de Madrid está circunscrita a “objetos incásicos”» se deberían presentar artefactos de las provincias del oriente. Además señaló que los pobladores, en ese entonces de dichas provincias, conservaban «hábitos primitivos» que guardaban relación con los incas, pero cuyas indumentarias serían «pintorescas» para la decoración. Estas aseveraciones dan cuenta de varios aspectos relevantes. En primer lugar, emparenta las producciones locales al ámbito incaico —al parecer era la exigencia de la metrópoli para la exposición—; no obstante, señala que otros pueblos como los de la Amazonía podrían contribuir con ciertos artefactos «para decoración». Esto nos resulta interesante, en tanto que la valoración y contravaloración parte de un imaginario incaico que toma su valor como civilización por prestigio, pero termina emparentando a los pueblos orientales, en un prisma que devela la profunda jerarquía en las concepciones de raza y de estadios de civilización.

En segundo lugar, Pallares menciona en su informe que, en Madrid, quieren reproducir un «parque» con viviendas y «monumentos» primitivos, para lo cual se debería «enviar indios». Como lo señala Blanca Muratorio (1994), el relato de Pallares Arteta presenta: «dos imágenes vívidas y contrastantes de los indios ecuatorianos de su tiempo: los “salvajes” ejemplificados por los jívaros y záparos¹⁶, y los “indios de Otavalo”» (p. 125). Los primeros indígenas son retratados por el presidente de la Junta Central como «salvajes», «aficionados al alcohol», «sin moral y decencia», así como poco higiénicos; mientras que los indígenas de Otavalo, «aunque no está pura su raza», son inteligentes, laboriosos y de buenas costumbres, además de ser atractivos «para entretener al público». En estas razones, Pallares Arteta fundamenta la participación de los indígenas en el Parque

15 *Informe del Ministro del Interior y Relaciones Exteriores al Congreso Ordinario de 1892* (Quito: Imprenta del Gobierno).

16 Entre las colecciones presentadas también figuró la etnográfica del expresidente Antonio Flores Jijón.

de Madrid, a la luz clara de una visión profundamente racista y discriminatoria que actúa en ambas vías, los indígenas amazónicos son la clave del «salvajismo» de la época, y los otavaleños, aparecen en el sentido de «vistosos y pintorescos» (Muratorio, 1994, p. 126). Pallares termina su relato acerca de la exposición de Madrid ensalzando la fiesta universal y la «semilla de la civilización» que fue la «Madre Patria».

Antonio Flores mantuvo una extensa comunicación con el ministro de Relaciones Exteriores sobre lo que acontecía en Madrid los meses anteriores y posteriores a la exposición. En una de las anécdotas contada, escrita el 19 de noviembre de 1892¹⁷, Flores relataba que Guatemala obsequió un «álbum y un abanico, cuyos primores relatan los periódicos». El entonces ministro se lamentaba porque «nosotros, por no tener que obsequiar, nos limitamos a tres modestos ramos de flores». Esta incómoda situación le hizo sugerirle al ministro la confección de otra «reproducción de Inga-Pirca» en madera, como aquella que figuraba en la exposición de Madrid, realizada por el artista azuayo José Vélez, para la Exposición de Chicago. Como vimos, las imágenes de los incas fueron las que primaban a la hora de enseñar las antigüedades del país, ponderando la existencia de ruinas como las de Inga-pirca o Culebrillas que iban a ser las que se regalarían en copias facsímiles.

La incorporación del indio en los relatos históricos y en el escaparate de la nación no fue del «indio genérico, sino el Inca, quien era objeto de fascinación en Europa desde el Renacimiento y particularmente en la literatura del Iluminismo francés, hecho que no era desconocido por la elite criolla andina» (Flores Galindo, citado en Muratorio, 1994, p. 130). Para Blanca Muratorio, la conexión directa con los incas es un tipo de «racismo aristocrático», es decir, que se emparenta con la idea de una «nobleza indígena» considerada «real o mítica», sin embargo, no creemos que este «racismo» haya operado como esta autora lo propone. Más bien, lo interesante de las transacciones hasta aquí analizadas es que, a través de los usos de los objetos, la diplomacia zalamera activa sentidos del pasado anclados a necesidades del presente.

Desde esta perspectiva, es importante caracterizar la relación de los objetos antiguos con este momento conmemorativo en tres coordenadas: en primer lugar, un hispanismo que quiere verse universal, legitimando una línea del tiempo

17 AMRREE, Quito, 1839 a 1905. *Tomo 1. Comunicaciones recibidas de la legación del Ecuador en España*. En este tomo se recogen varias comunicaciones, a manera de diario, entre Antonio Flores Jijón y el ministro de Relaciones Exteriores, que relatan la estancia del primero durante la celebración de 1892 en España.

histórico que pondere sus frutos; en segundo lugar, la estratégica posición española respecto a los arbitrajes territoriales, muy comunes en la época; y, tercero, un tránsito indiscriminado de vestigios, desconocidos y exóticos, pero que maravillaban por su confección manual y material. Más que reconocer una «nobleza indígena», o sujetos particulares adscritos a ella, estas antigüedades precolombinas brindan experiencias estéticas y contemplativas, no sujetos de la historia.

El imperialismo como proyecto neocolonial está sujeto a una visión de la potencialidad de las estrategias de tipo cultural sobre los territorios. Las exposiciones sirvieron como plataformas perfectas para dichos proyectos, puesto que hicieron visible una diferencia sostenida desde el prisma civilizatorio hacia una mirada que localiza a las naciones en una jerarquía medida en la trama internacional y acorde con la «utilidad» para el desarrollo del capitalismo global. Las naciones andinas atravesaron este escenario transatlántico con distintas tácticas. Allí la nación era vista como una contingencia particular, es decir, desde las posibilidades, intereses y dinámicas políticas de los individuos particulares y los gobiernos, que se abrían en relación con la potencialidad que encontraron en los objetos e imágenes que provenían de sus respectivas latitudes y que entronizaban sentidos diversos sobre el ser de la nación, de la caracterización de su conjunto, de su historicidad y proyección como continuas fuentes de riqueza y prestigio.

Más allá de una lectura sobre la identidad nacional asociada o adscrita a estos objetos indígenas como un hecho consumado, he querido develar cómo, a través de una serie de negociaciones y transacciones, estos vestigios fueron parte de una trama de intereses privados —de personajes y agendas particulares—, así como de proyectos de corte público, enmarcados en las relaciones y estrategias diplomáticas de los países. El valor asociado a su tenencia o donación se mide, no solo desde la óptica de su existencia, sino más bien, desde su valía y prestigio en el intercambio o visibilización en contexto, en este caso, el de la Exposición Universal. Las estrategias interpretativas de los escaparates, en las ferias universales, enuncian y reconstruyen un discurso sobre el pasado.

Las antigüedades indígenas fueron colocadas en un horizonte ubicuo y deslocalizado más allá de los linderos del Estado-nación. Ellas se explican en la trama civilizatoria europea, y en particular de lo hispánico, operando como medidores del grado de adelanto alcanzado en un pasado muerto y son, además, ubicadas

en un particular lugar de la historia que festeja y ve como positiva la llegada de Colón a América. Es así como el imaginario hispanista se establece como movilizador de sentidos universales y de una «diplomacia zalamera» que actúa a favor de los intereses económicos, políticos y territoriales del momento.

Bibliografía

- BENNET, Tony (1988). «The exhibitionary complex». *New Formations*, (4), 73-102.
- BUSTOS, Guillermo (2011). *La urdimbre de la Historia Patria. Escritura de la historia, rituales de la memoria y nacionalismo en Ecuador (1870-1950)*. (Tesis doctoral). Universidad de Michigan, Michigan.
- GEPPERT, Alexander; Jean COFFEY y Tammy LAU (2006). *International Exhibitions, Expositions Universelles and World's Fairs, 1851-2005: A Bibliography*. Recuperado de <https://library.fresnostate.edu/sites/all/assets/doc/scrc/worldfairs/ExpoBibliography3ed.pdf>.
- GODELIER, Maurice (1998). *El enigma del don*. Barcelona: Paidós.
- GREENBERG, Reesa; Bruce FERGUSON y Sandy NAIRNE (eds.) (1996). *Thinking about Exhibitions*. Londres: Routledge.
- KIRSHENBLATT-GIMBLETT, Barbara (1998). *Destination Culture: Tourism, Museums, and Heritage*. Berkeley: University of California Press.
- LÓPEZ-OCÓN, Leoncio (1990). «Las relaciones científicas entre España y la América Latina en la segunda mitad del siglo XIX. Un balance historiográfico». *Revista de Indias*, 50(188), 305-334.
- LÓPEZ-OCÓN, Leoncio (2002). «La América Latina en el escenario de las exposiciones universales del siglo XIX». *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, (18), 103-126.
- MARTÍNEZ, Frédéric (2001). *El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900*. Bogotá: Banco de la República / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- MURATORIO, Blanca (1994). «Nación, identidad y etnicidad: imágenes de los indios ecuatorianos y sus imaginarios a fines del siglo XIX». En Blanca Muratorio (ed.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX* (pp. 109-196). Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- PÉREZ MONTFORT, Ricardo (1992). *Hispanismo y Falange. Los sueños imperiales de la derecha española y México*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RAMÍREZ LOSADA, Dení (2009). «La exposición histórico-americana de Madrid de 1892 y la ¿Ausencia? de México». *Revista de Indias*, 69(246), 273-306.

- SALVATORE, Ricardo (comp.) (2005). *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- SALVATORE, Ricardo (2006). *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación en América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SARABIA, María Justina (coord.) (1992). *Europa e Iberoamérica. Cinco siglos de intercambios*. Sevilla: Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos / Junta de Andalucía.
- SOLAR, Pedro Alejandrino del (1892). *El Perú de los Incas*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.
- URREGO, Miguel Ángel (2002). *Intelectuales, Estado y nación en Colombia. De la guerra de los Mil Días a la constitución de 1991*. Bogotá: Universidad Central / Dirección de Investigación de la Universidad de Cuenca / Siglo del Hombre.

Representación europea del Nuevo Mundo a partir de los documentos: de la obra de Juan Bautista Muñoz a la colección de Ternaux-Compans

Fermín del Pino Díaz

Consejo Superior de Investigaciones Científicas

RESUMEN

Se trata de relacionar la tarea archivística de Juan Bautista Muñoz (1745-1799), creador del Archivo General de Indias, con el coleccionismo americanista de Henri Ternaux-Compans (1807-1864), valorando su labor editorial en Francia sobre fuentes para la historia antigua de las sociedades americanas, y la incidencia en la Sociedad Francesa de Geografía, así como en la formación de colecciones documentales en bibliotecas norteamericanas importantes.

Palabras clave: Juan Bautista Muñoz, Henri Ternaux-Compans, Archivo de Indias, coleccionista, Sociedad Francesa de Geografía, bibliotecas americanistas

RÉSUMÉ

Il s'agit ici de mettre en relation le travail de collecte de manuscrits de Juan Bautista Muñoz (1745-1799), initiateur des Archives des Indes, avec l'activité de collecte américaniste réalisée par Henri Ternaux-Compans (1807-1864), en valorisant l'activité éditoriale de ce dernier en France, sur les sources de l'histoire ancienne des sociétés américaines et les conséquences pour la Société Française de Géographie, ainsi que le mode de formation de collections documentaires dans d'importantes bibliothèques des États-Unis.

Mots clés: Juan Bautista Muñoz, Henri Ternaux-Compans, Archives des Indes, collectionneur, Société Française de Géographie, bibliothèques américanistes

ABSTRACT

This paper aims to link the manuscripts collection work of Juan Bautista Muñoz (1745-1799), initiator of the General Archive of the Indies with the americanist collection work of Henri Ternaux-Compans (1807-1864), while valuing the latter's publishing activity in France on American societies and the consequences for the French Geographical Society as well as the mode of creation of documentary collections in important libraries of the United States.

Keywords: Juan Bautista Muñoz, Henri Ternaux-Compans, General Archive of the Indies, collectionism, French Society of Geography, American Libraries

Juan Bautista Muñoz Ferrándiz (1745-1799), el famoso ilustrador valenciano que fue nombrado oficialmente en 1779 «cronista de Indias», es ya suficientemente conocido en el mundo americanista. A él se debe la selecta colección de documentos de más de un centenar de voluminosos legajos (depositada principalmente en la Real Academia de la Historia, y una parte pequeña de ella en el Palacio Real de Madrid). Una copia de casi toda ella (que el mismo Muñoz poseía en su casa) se halla depositada en la Biblioteca Pública de Nueva York, y es usada por muchos investigadores norteamericanos o residentes en los Estados Unidos. Quizás se conozca menos que se debe al mismo la erección del Archivo General de Indias en Sevilla (AGI, la «biblioteca del Vaticano» del americanismo, como le gustaba llamarla al historiador Rafael Altamira¹), lugar al que los americanistas del mundo recurren en sus investigaciones del período colonial. Puede que haya otro repertorio documental tan temprano y abultado como este en el campo de los estudios coloniales, pero aun así el Archivo General de Indias es el más importante para los americanistas. Finalmente, fue Muñoz quien publicó en 1793 *Historia del Nuevo Mundo*, el famoso libro en que se han basado originalmente la mayor parte de los estudiosos de Cristóbal Colón, y que tuvo traducciones inmediatas al francés, inglés y alemán, y del que se ha hecho alguna reedición española reciente².

Suele destacarse que, de esta obra, solo salió el primer tomo (de un total de los ocho pensados originalmente). La serie prometida, que gozaba de toda la protección real, quedó interrumpida porque el autor murió poco después tras una larga enfermedad de cinco años (1793-1798). Solo recientemente ha salido publicado un segundo tomo (Valencia, 2012, a cargo de su biógrafo principal, el Dr. Nicolás Bas), que dejó el autor preparado en la Academia de la Historia, aunque aún le falta la documentación probatoria prometida. Suele creerse, por algunos críticos posteriores, que su esfuerzo editorial no mereció la pena, comparado con las ventajas derivadas de la amplia documentación reunida, y aun hubo en su tiempo un crítico que creyó que se trataba de la peor historia elaborada por

1 «En el Archivo General de Indias reposan los documentos oficiales de América en tiempos de la Colonia. Este es también el repositorio más grande del planeta, después del Archivo Vaticano. Y fue, además, el primer archivo en el mundo en digitalizar sus documentos, proceso que empezó en 1986 [...]. El Archivo General de Indias cuenta actualmente con 17.000 legajos digitalizados y un total de dos millones de visitas al portal web sólo durante el año 2014» (Malagón, 17 de septiembre de 2015).

2 La primera traducción fue alemana, *Geschichte der Neuen Welt* (1795), a cargo de Mathias C. Sprengel. Luego apareció la versión francesa, *Histoire du Nouveau Monde* (1796), publicada en Hamburgo por la Casa Conrad Müller; y finalmente la versión inglesa, tomada del alemán, *The History of the New World from the Spanish* (1797). Las ediciones españolas posteriores han sido las de 1975, con la introducción y edición de José Alcina; y la edición facsimilar de 1790, preparada por Antonio Mestre.

un autor hispano, con el demérito añadido de seguir al propio Robertson, que era justamente el autor cuya obra se trataba de emular. Ese fue el exjesuita argentino Francisco Iturri (Madrid, 1998) que obtuvo el apoyo decidido del conde de Campomanes (Furlong, 1955)³.

Una investigación reciente ha permitido apreciar mejor el mérito de esta *Historia del Nuevo Mundo*, tanto de su escritura refinada (que Menéndez Pelayo calificaba en 1892 como la mejor prosa castellana del siglo XVIII, después de la de Jovellanos) como en su intención historiográfica, *stricto sensu*: basta considerar las numerosas críticas dirigidas al comportamiento hispano en las Antillas (privado y oficial), la novedad constituida por ofrecer apoyo documental a cada afirmación (a condición de recurrir cuidadosamente a su colección en la RAH y Palacio), y al carácter fundacional que tuvo su modo de proceder. Es a partir de Muñoz que comienzan a salir las sucesivas «co.do.ine.s» de la Real Academia de la Historia⁴, que fue la principal institución oficial capaz de superar el tipo de historia filosófica habitual en la Ilustración, a pesar de las propuestas de hombres como Voltaire y Robertson.

En este ensayo, se ofrece una mirada muy panorámica sobre la incidencia directa ejercida por la obra de Muñoz sobre la historiografía americanista internacional, especialmente en Francia y Estados Unidos. Así, merece la pena destacar la novedad de un personaje relevante para la etnohistoria americanista, como lo es Henri Ternaux, tal vez poco estudiado aún en la academia francesa. De un modo paralelo a Muñoz, pero con más eficacia editorial, la amplia colección de manuscritos y libros reunidos por él desde los años 30 dará lugar poco después a un decenio de masivas publicaciones bibliográficas y etnohistóricas (entre 1836 y 1845) que constituyen 33 gruesos tomos, en la sección Léonce Angrand, de la Biblioteca Nacional de París. Es trascendental añadir que esta colección francesa de libros y manuscritos españoles, a partir de 1848, fue luego a engrosar los fondos manuscritos de la Lenox Library (incluida poco después en la famosa Biblioteca Pública de Nueva York), principalmente; pero también, y de modo complementario (sección libros editados), de la Biblioteca del Congreso de Washington, e incluso de la selecta biblioteca John Carter Brown (Providence). Estas son probablemente las tres bibliotecas americanistas más importantes de los Estados Unidos.

3 Sobre este debate, ver: Pino Díaz (2016).

4 Ver: Fernández de Navarrete (1829-1859) y Fernández de Navarrete, Salvá y Sainz de Baranda (1842-1895). Sobre la contribución excepcional de la RAH a la nueva historiografía, ver: Pasamar Alzuria (1993).

El esfuerzo de estas colecciones documentales no fue baldío, sino que alimentó en Francia la obra científica de la Société de Géographie, editora de *Nouvelles Annales des Voyages* (revista que llegó a dirigir entre los años 1840 y 1854); allí contó con personajes relevantes a su alrededor, como François Arago y Alejandro de Humboldt. Por otra parte, estas colecciones luego reunidas en Estados Unidos alimentaron la formación de la obra histórico-literaria de W. Prescott, W. Irving y G. Ticknor, que se escribieron para ello con Ternaux o con su heredero, el cónsul Obadiah Rich. Pero, antes de proseguir esta suma de elogios librescos, se dedicará un espacio mínimo a tratar del ánimo con que se decidió llevar a cabo tales colecciones documentales, tanto en España y Francia como en Estados Unidos. Independientemente del inevitable contexto colonialista en que se realizaron (buscando legitimar intereses e identidades colectivas europeas), pretendían reclamar el estatuto de verdad histórica, basándose en que no podía llevarse a cabo ninguna polémica interpretativa sin un apoyo documental que avalase las concurrentes versiones historiográficas sobre el pasado, propio y ajeno.

El esfuerzo de Muñoz en su contexto nacional e internacional

Como se sabe de modo generalizado, la obra de Muñoz surge en directa relación con la obra del profesor escocés William Robertson, *History of America* (1777), editado al año de la independencia norteamericana. No se ha interpretado correctamente el poder desencadenante de Robertson, tanto del lado americanista como del hispanista, cuando se subraya el estatuto de inferioridad concedido por el autor a las sociedades americanas y a la administración española. Es verdad que las referencias sistemáticas de tipo evolucionista aplicadas a las sociedades americanas por el historiador escocés se atenían a una «teoría de los cuatro estadios» (que amparaba una historia conjetural, reconocida como marca de identidad de la escuela escocesa), por lo cual no era capaz de contabilizar los logros «civilizadores» de las sociedades del valle de México o de los Andes centrales. Eso es lo que impugnó entonces el jesuita mexicano Francisco Javier Clavijero en 1782 en su famosa *Storia antica del Messico*.

Pero como Jorge Cañizares-Esquerria (2001) ha mostrado, lo que desencadena la historia de Robertson no es solamente una reacción apologética, sino, sobre todo, una discusión sobre las fuentes empleadas. Por eso es que el debate se inclinará a favor del jesuita incluso en Inglaterra (Sebastiani, 2012), porque

las fuentes clásicas de las crónicas de Indias y los manuscritos, aducidos primeramente por el autor inglés con sumo cuidado, eran mejor conocidos por el jesuita (las hispanas y, sobre todo, las criollas y mestizas de Ixtlixóchitl y Tezozómoc)⁵. La disputa del Nuevo Mundo, que había sido estudiada con tanta audiencia por Antonello Gerbi, tenía como telón de fondo la discutida naturaleza de las Indias y de los indios; pero el argumento por el cual los defensores americanos podían competir con los orgullosos europeos era el de su método de estudio (historiográfico, filológico, arqueológico e incluso etnológico). Por eso se hicieron escuchar, porque podían mostrar una información más puntual que se derivaba de su mayor experiencia, debido a una larga residencia y al conocimiento de las lenguas americanas. En realidad, volvía a plantearse nuevamente el debate tenso que se esconde detrás de las primeras crónicas, acerca de quién tenía más autoridad para opinar sobre cosas del Nuevo Mundo, si los sabios humanistas o los experimentados viajeros: Fernández de Oviedo disputaba a Pedro Mártir su saber americano, a pesar de su dominio de la lengua latina (señal del letrado), y Bernal Díaz o el Inca Garcilaso cuestionaban a López de Gómara por lo mismo, por no haber pisado el territorio americano ni saber bien su lengua.

Pues bien, a lo largo de la disputa contra la autoridad del prestigioso historiador William Robertson, el verdadero yunque contra el que martilleaban los indigenistas era el de su desconocimiento directo de la realidad americana (que no era reconocido ni a Raynal, a pesar del apoyo posterior de Diderot, ni a De Paw, cuyas ignorancias americanas eran evidentes). Ni siquiera era respetado el famoso conde de Buffon, que no se había movido de su gabinete parisino. Basta ver, por ejemplo, la opinión fundamentalmente negativa del erudito norteamericano Thomas Jefferson sobre el ilustre conde de Buffon (quien era embajador en París), y su respeto por el marino Antonio de Ulloa: es que el segundo sí había visitado personalmente el Nuevo Mundo. Hay numerosos párrafos al respecto en *Observations sur la Virginie* (1786), traducida por el abate Morellet de su original «Notes on Virginia», en 1782⁶. William Robertson no conocía el continente americano, pero había hecho un notable esfuerzo para documentarse: había dedicado un capítulo aparte a las fuentes hispanas, para decidir el valor comparado de cada una como autoridad testimonial, había enviado cuestionarios a diversas personalidades, e incluso había querido emplear al embajador inglés en Madrid para tener acceso directo a los archivos españoles, en especial al de Simancas. En

5 Ver: Pino Díaz (2015).

6 Ver: Pino Díaz (2014).

la introducción a su *Historia de América* expresaba una queja significativa, que debe ser considerada causa fundamental de la obra de Muñoz, porque era verdadera: la falta de acceso abierto a los fondos españoles de materia americana.

El gobierno español, por un exceso de preocupación [«excess of caution»], ha encubierto constantemente con un misterioso velo sus operaciones en América, y las ha ocultado a los extranjeros sobre todo con un cuidado particular. El archivo de Simancas no se abre, aun a los nacionales, sin orden expresa de la corte; y después de haberla obtenido, son tales los gastos que deben pagarse en la secretaría por copiar los papeles, que exceden a los sacrificios que pueden hacerse por satisfacer una [mera] curiosidad literaria. Es de esperar que los españoles conocerán algún día que este espíritu misterioso es tan contrario a la buena política como a la generosidad. *Mis investigaciones me han persuadido que si las primeras operaciones de la España en el Nuevo Mundo pudieran profundizarse más circunstanciadamente, por reprobables que apareciesen las acciones de los individuos, la conducta de la nación se manifestaría bajo un aspecto más favorable.* En otros puntos de Europa he hallado disposiciones bien diferentes relativamente a mi objeto [Viena, San Petersburgo, Portugal, Francia, Norteamérica...]. (Robertson, 1840, p. xxix)

El verdadero motivo⁷ por que la obra de Robertson no es traducida inmediatamente (como propuso el director de la RAH, Campomanes, que inició esta tarea colectiva e incluso nombró al autor corresponsal de la institución real) es precisamente la dificultad para acceder a los archivos. No se trata de un supuesto antihispanismo del autor escocés, sino de una acusación de no colaboración documental a las autoridades españolas. Por eso, se le financia al joven Muñoz una visita detenida a los repositorios españoles y portugueses (que le lleva casi diez años y por la que debió pasar más de dos en el frío castillo de Simancas, Valladolid, entre 1783 y 1785), que seguramente fue lo que provocó su desgraciada afección de cabeza y garganta, por la que terminará muriendo poco después. Esa es la razón por la que se decide oficialmente concentrar en Sevilla todos los fondos americanos dispersos por parte del ministro de Indias José Gálvez, y por eso también el esfuerzo mayor del autor fue reunir toda la documentación posible y organizar un archivo nacional con ello, de lo que se vanagloria reiteradamente en el largo prólogo a su obra de 1793.

7 Ver: Pino Díaz (2016).

A pesar de que no pudo coronar su proyecto con una historia general de América, como se le había pedido, su empresa archivística resultó innovadora en el mundo americanista (crear un fondo documental real para uso de investigadores, no del Gobierno, y darle una organización minuciosa con índices varios, pero con respeto del orden de su procedencia institucional, para facilitar las búsquedas varias). Asimismo, es un hecho excepcional que esta empresa haya sido llevada a cabo por una sola persona, aunque ayudada por las autoridades y con libre disposición de escribientes. Los archivistas Margarita Gómez (1985) y Manuel Romero Tallafigo (1981) han esclarecido los precedentes respecto de Muñoz en el estudio sistemático en los fondos españoles (por obra de personalidades destacadas como Gregorio Mayans, Martín Sarmiento, Enrique Flórez y Andrés Marcos Burriel), y la posterior trascendencia europea del sistema de archivo acordado en Sevilla. No era del todo nueva en España la empresa de Muñoz, pero el AGI resultó finalmente un proyecto muy novedoso, porque ponía el énfasis del debate político en una solución historiográfica, que satisfacía a todas las partes.

Es muy interesante que la apología hispana que emprende Muñoz se base —siguiendo a su maestro valenciano Mayans, interlocutor de Voltaire, Robertson, Boturini o Llano Zapata, y aspirante frustrado al cargo de «cronista de Indias» en los años 30, cuando ya era bibliotecario real— en lo que se llama durante la Ilustración española una «apología crítica», cuyo mérito no consiste en cargar de razones devotas y prestigiosas el argumento histórico propio, sino en poder sostener las explicaciones actuales en hechos verificables del pasado, testados en documentos fehacientes. Es de sobras conocido, gracias a Antonio Mestre (2003), que Mayans sufrió la marginación oficial real, por no creer en la venida a España de Santiago, ni en la aparición de la Virgen del Pilar, ni en el testimonio granadino de los plomos de Sacromonte... Acusó a historiadores como el P. Flórez por tolerar la prueba falsa de estos «milagros». Y, en cuanto a la historia americana, estaba de parte de Las Casas, por lo que discutió incluso con el criollo peruano Llano Zapata.

A pesar de que quien se expresa aquí tiende a dar preferencia al método de campo, por su formación de procedencia antropológica, debe reconocer que una parte relevante del conocimiento de las sociedades originarias escapa al horizonte del investigador actual, por lo que tiene que recurrir para el mejor conocimiento del mundo antiguo al testimonio documental o al arqueológico. Por eso, el debate etnohistórico sobre las sociedades antiguas a que dio origen la «disputa americana» durante la Ilustración halla una primera solución en el establecimiento

de archivos bien ordenados y abiertos al investigador. No solo en la actualidad es una obligación recurrir al registro histórico, sino que ya entonces lo primero que hacían las expediciones ilustradas era proveerse de buena documentación de relatos misionales y libros de viaje: en ello fue especialmente cuidadoso el brigadier Alessandro Malaspina. Por su parte, ya demostró hace tiempo Michelle Duchet (1975) que los *philosophes*, amigos del viaje y la experiencia personal, tenían su biblioteca llena de relatos misionales (especialmente jesuitas, en cuyo colegio se educaron casi todos).

A su vez, Muñoz, formado en la filosofía moderna, admiraba mucho a los filósofos ilustrados, por lo que se propuso escribir su historia al modo cartesiano, poniendo en duda metódica todo lo historiado hasta entonces y siguiendo su propio criterio personal sin prejuicios, una vez consultados todos los testimonios. A él se le sometieron también informes de los viajes arqueológicos de Palenque a fines del siglo XVIII (Del Río, Dupaix), que tanto interesaron luego en Francia, donde se convocó por años un premio a los viajeros franceses que lograran superarlo⁸. El amplio uso dado por el bibliófilo Ternaux-Compans a los manuscritos reunidos por Muñoz, y en especial su interés por las culturas originarias americanas (particularmente de México, Brasil y Perú) prueban la virtualidad antropológica de su obsesión documentalista.

La colección Ternaux-Compans y sus resultados para el conocimiento del antiguo Nuevo Mundo en Francia

El apellido compuesto con Compans fue adoptado en 1836 a partir de la boda con la hija del general Compans, que formaba parte de la oficialidad napoleónica. Un detalle que debería tenerse en cuenta es que el joven Ternaux, hijo y sobrino de una familia enriquecida con ganadería ovina (que usaba como *exlibris* la cabeza de una oveja), había gozado de una formación refinada. Pasó cinco años, de 1821 a 1826, en la Universidad de Gotinga, donde se doctoró con una tesis latina sobre la antigua historia de Marsella, construida en base a fuentes romanas: *Historia Reipublicae Massilinisium a Primordiis ad Neronis Tempora*. Es un texto relativamente breve, de 111 páginas, que se puede consultar en la Biblioteca Nacional de París. Contiene un articulado variado (forma de la república, leyes, alianzas,

8 Ver: Prévost Urkidi (2009).

agricultura, etc.), a base de textos griegos y romanos que visitaron la ciudad, y antiguos textos franceses recogidos en la rica biblioteca de Gotinga. Se advierte una considerable erudición del joven autor a lo largo de sus 313 notas latinas, muchas de las cuales estaban en griego, y la fe de erratas, escrita en alemán. Un rasgo sobresaliente del autor será su facilidad para aprender nuevas lenguas, gracias a la cual sus traducciones incluyen el alemán, el griego, el latín, el español y el italiano. Habría aprendido inglés durante los dos años de estudio en Inglaterra (1826-1828), antes de ser destinado en misión diplomática a Colombia (donde debió haber aprendido español), y posteriormente a Baviera.

Su formación humanística lo capacitó ampliamente para sacar partido interpretativo de la literatura antigua sobre pueblos lejanos, uniendo su esfuerzo al de los numerosos viajeros y geógrafos que formaban parte del círculo de amigos alrededor de *Nouvelles Annales des Voyages*. Así como había ocurrido en el Renacimiento, donde el respeto a los pueblos paganos y el interés por ellos se vio incrementado por la lectura de fuentes clásicas sobre pueblos exóticos (como Heródoto sobre los persas, Tácito sobre los germanos o César sobre los galos); la Ilustración usó asimismo al mundo clásico como eje de comparación cultural con los pueblos nuevos agregados al mapa etnográfico por los recientes descubrimientos. Así lo enunció el arqueólogo incaista John H. Rowe (1965) en un artículo sobre los orígenes de la antropología, o el propio Lévi-Strauss en «Les trois humanismes», un texto de unos años antes, publicado en el número 35 de la revista *Deamin* en 1956, como respuesta a una encuesta, el cual está incluido en *Anthropologie structurale deux* (1973).

La personalidad de Ternaux-Compans no ha recibido todavía el interés que merece su contribución al conocimiento real —basado siempre en documentos— por parte del americanismo en general, y tampoco del francés, aunque deberían exceptuarse solo dos trabajos⁹. Tal vez, como prueban los títulos de estos dos ensayos, el hecho de no haber visitado mucho tiempo los países americanos

9 Propiamente hablando solo hay dos ensayos en Francia que nos desvelen el interés etnohistórico de sus publicaciones, y ambos son recientes, relacionados con Burdeos. El primero estuvo a cargo de Joëlle Chassin, «Quand le XIX^e siècle français fait exploration et lecture des premiers récits sur l'Amérique: l'exemple de Ternaux-Compans» (1994), el cual ha sido repetido en forma abreviada en «Ternaux-Compans, collectionneur des premiers récits sur le Nouveau Monde» (2001). El otro, de Philippe Billé, se titula «Les œuvres de Henri Ternaux et leur postérité» (2007). En estos dos ensayos se citan otros homenajes, especialmente en el trabajo muy documentado del doctor Billé, donde aparece la interesante necrología de Ch. Rémusat de 1864, por ejemplo; sin embargo, en general, todos son breves o coyunturales. El trabajo de Chassin insiste en la devoción documentalista de Ternaux por los viajes dentro del contexto en que se presentó, y el de Billé es un análisis minucioso de las ediciones originales de Ternaux y sus reediciones recientes, basado en dos ensayos del bibliófilo norteamericano Henry R. Wagner (1954 y 1957).

—apenas una estancia de dos años entre 1828 y 1830, acompañando a una misión francesa a la Colombia recién independizada—, y haber reducido su acción al mundo de los libros y documentos, ha debido hacer pensar a los especialistas que no se trataba de uno de sus pares. Como se sabe, atraen más al americanismo como «tribu» los estudios arqueológicos, lingüísticos y antropológicos: la mera erudición libresca parece un oficio tabú.

A Ternaux-Compans le dedicaron numerosas menciones Raúl Porras Barrenechea¹⁰ y Francisco Esteve Barba (1964) para referirse tanto a sus bibliografías como a sus traducciones. Llamaba la atención el uso que hiciera de Ternaux-Compans y sus traducciones francesas el etnohistoriador suizo Adolph F. Bandelier, en sus cartas al famoso Lewis H. Morgan (para quien traducía las crónicas españolas de México: Ixtlilxóchitl y Tezozómoc): le parecían elegantes y por ello tenía escrúpulos para usarlas¹¹. Estaba perfectamente al día del curso seguido por la colección Ternaux en su traslado a Nueva York y la Lenox Library. Eso se nota asimismo en sus cartas a Joaquín García Icazbalceta, con quien discutía sobre los códices Tovar y Ramírez para descifrar la compleja sociedad azteca¹².

Lo extraordinario de la incidencia favorable de Ternaux no es que enriqueciera la información etnohistórica temprana, desde finales del siglo XIX (lo que ya es relevante), sino que continúa haciéndolo en el presente. Las traducciones de Ternaux han vuelto a ser reconocidas por expertos en etnohistoria andina como Pierre Duviols, quien aprovecha su traducción de la crónica Francisco de Jérez —secretario de cartas de Pizarro, versión de 1547— en 1982, o como Jean-Paul Duviols y Marc Bouyer en 1979, expertos en imágenes de la antigua América, quienes utilizan la crónica de Hans Staden sobre el canibalismo tupi-guaraní. Ambos textos de Ternaux fueron publicados en 1837. Es interesante la crítica de Philippe Billé acerca de que no tiene sentido que los editores hayan respetado demasiado fielmente el texto de Ternaux traducido del alemán («avec ses erreurs, sans correction ni aucune note explicative»), pero que sí hayan eliminado el prefacio de Ternaux y un comentario de Jean de Léry sobre la obra coetánea de Staden, quien había sido un testigo relevante de la etnografía descrita. A cambio, los editores agregaron su propio prefacio y páginas de otra fuente contemporánea francesa, André Thevet, a partir del testimonio profesional de A. Métraux.

10 El texto de Porras Barrenechea es *Los cronistas del Perú (1528-1650)* (2014), un clásico publicado póstumamente en 1962, pero conocido por los apuntes de sus alumnos desde 1944.

11 Ver: White (1940).

12 Ver: White y Bernal (1960).

Asimismo, las dos relaciones de Cabeza de Vaca —las de sus dos largos viajes al norte y sur americano, entre 1527 y 1536, y 1540 y 1544, en su lado atlántico— publicadas por Ternaux el mismo año han sido reeditadas por el conocido antropólogo amazoniano Patrick Menget en Librairie Fayard (1980), con retoques y reconstrucciones, pero reconociendo en Ternaux «une lecture agréable». Es bien sabido el interés de Menget por la antropología *avant-la-lettre* de los cronistas de la Edad Moderna, y en este caso la personalidad semilascasiana de Cabeza de Vaca goza de un reconocido prestigio en el ámbito antropológico. El primer viaje por las tierras de Norteamérica mereció una traducción, sin recurrir a Ternaux, en Actes Sud, y el mismo año de 1980, la propia traducción de Ternaux gozó de otra reedición en Mercure de France, donde se reconocía que el texto de Ternaux era «digno de reeditarse pese a un tono anacrónico que no carece de atractivo», según el editor y traductor Jean-Marie Saint-Lu.

Otro tanto ocurre con una parte menor de la *Historia general y natural de las Indias*, de Fernández de Oviedo, que Ternaux quiso editar (solamente el libro 42 sobre Nicaragua, de un total de 50 que tenía la obra, aunque afirmó poseer 30 de ellos) y que ha sido reeditada por Louise Bénat-Tachot¹³. La anotación y establecimiento del texto a traducir fue realizada por especialistas americanos —León Portilla, especialmente—, quienes recogieron las numerosas notas de Ternaux, las cuales son comparadas generalmente con los pocos apuntes (casi exclusivamente bibliográficos) que Amador redactó pocos años más tarde (1851-1855), y de Pérez de Tudela en nuestros días. Pero, a fuer de justicia ecdótica, la labor de Ternaux queda ensombrecida por la meticulosidad requerida en su edición actual. Aunque la editora valore la intención documentalista de los editores españoles (Vedia y sobre todo Amador, que incluye sus dibujos, aunque retocados), creo que queda en la oscuridad el mérito del enorme esfuerzo comparativo de Ternaux, recurriendo frecuentemente a otros cronistas españoles, e incluso a vocabularios indianos comparativos para esclarecer la información de Oviedo. En este caso, a pesar de la insistencia en respetar el original de Oviedo y la transcripción de Amador (así como sus propias sugerencias), es sintomático que se haya respetado fundamentalmente el resto de la traducción de Ternaux en 1840, señalando con detalle sus muchos aciertos y errores¹⁴.

13 La traducción de Henri Ternaux-Compans, *Singularités de Nicaragua, de Gonzalo Fernández de Oviedo (1529)* fue reeditada en 2002 por Presses Universitaires de Marne-la-Vallée. Incluye textos españoles como este, o el famoso de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*.

14 La opinión de la autora sobre esta traducción es más positiva en su ensayo del mismo año «La trayectoria editorial de la *Historia General y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés» (Bénat-Tachot, 2002). En todo caso, no hay otro reeditor de Ternaux tan consciente del compromiso editorial.

Ternaux no valoraba los torpes dibujos de las crónicas indianas, que nunca agregó a sus ediciones, ni los «descriptivos» de Oviedo, ni tampoco los gráficos más teatrales sobre canibalismo, en el caso de Hans Staden. En la época de la expedición francesa a Egipto, de la Enciclopedia de D'Alembert, después de las expediciones de Cook, La Pérouse o de Malaspina —que seleccionaban sus dibujantes profesionales o eran ellos mismos magníficos ilustradores, como Humboldt— era natural que no se apreciaran ya las ilustraciones rudimentarias que solían acompañar aquellas crónicas. Del famoso intento ilustrador de la familia De Bry es conocida su tendencia manierista (Déak, 1992) para embellecer las imágenes, que los editores los adjuntaban como medio complementario de los textos, cosa que las reediciones actuales de la obra olvidan al seleccionar solamente los dibujos¹⁵.

Este proceso revisor ocurre solamente en alguna de las reediciones actuales de Ternaux. Lo normal es que se haya respetado su versión, como ocurre en los casos de Magalhaes de Gandavo (1995)¹⁶, Ulrich Schmiddel (1998), Ixtlilxóchitl (1967), Pedro de Ursúa (1989, 1997), Juan de Vargas (realmente Pedro Ordóñez de Cevallos, 1982) y Anelo Oliva (1979). Para ellas vale especialmente el artículo de Phillippe Billé, cuyo informe (construido a partir del bibliófilo norteamericano Henry R. Wagner) ya permite adivinar la inmensa empresa editorial, en que se comprometió el joven Henri Ternaux, a partir del año 1831, en que parece adquirir la colección de Muñoz, heredada por su amigo valenciano Antonio Uguina¹⁷. Poco después, en 1836, Ternaux decide publicar un catálogo de su librería (bajo nombre supuesto, Trubwaser, que parece ser una traducción alemana de su apellido), a partir de su colección documental: *Catalogue des livres et manuscrits de la bibliothèque de feu de M. Ratzel*. Al año siguiente publica además una lista ideal, en la misma editorial que hará en adelante la edición de los trabajos originales: *Bibliothèque américaine, ou Catalogue des ouvrages relatifs à l'Amérique...* Su dedicación a la tarea bibliográfica la extendió a otros territorios (África y Asia), e incluso al estudio de las imprentas europeas y no europeas en 1842 y 1849. Para completar su interés generalizado por la documentación disponible en Francia, dirigió en el mismo año 1837 una carta abierta al ministro de Instrucción pú-

15 Ver: Pino Díaz (2005).

16 En Brasil, donde una descendiente tuvo cargo diplomático, Georges Raeders ha escrito otro artículo, «Henri Ternaux-Compans (1807-1864)» (1956), que en realidad se dedica a examinar el contenido de dos relaciones brasileñas publicadas por Ternaux-Compans, las de Staden y Gandavo.

17 Colección de libros y manuscritos heredada que, al sentir pronta su muerte —lo que ocurrió en 1833—, había autorizado a su familia vender para pagar las deudas. Parece que lo hizo a través del librero español Vicente Salvá, con librería en París (Raeders, 1956).

blica, donde propuso que se hiciera un catálogo disponible y ordenado, y se llevara a cabo un control de préstamos y una elevación del número y salario de los bibliotecarios.

Con todas las distancias salvadas, coincide bastante con las reclamaciones españolas del siglo anterior, desde 1733, cuando el bibliotecario real Gregorio Mayans dirige una «Carta dedicatoria al Ministro José Patiño» pidiendo reconocer los archivos públicos, para luego editar ordenadamente un catálogo de sus ejemplares e incluso editar sistemáticamente historias originales no impresas, así como colecciones de documentos inéditos. La misma reclamación oficial repetirán sus coetáneos «intelectuales»: los padres Enrique Flórez (agustino), Martín Sarmiento (benedictino) y Andrés Burriel (jesuita). El paralelo con Muñoz se establece en cuanto que todos ellos acometen una labor personal de ordenamiento de colecciones dispersas y de ediciones cuidadas, de la que se beneficiarán sus compatriotas y herederos internacionales. La diferencia a favor de Ternaux es que la financiación de este programa bibliográfico y editorial relativamente exhaustivo se realiza con el propio peculio, decisión semejante a la del barón de Humboldt, quien residía en París entre 1805 y 1825, de financiarse las publicaciones numerosas y lujosas a costa de su propio dinero hasta agotar su propia fortuna.

La colección Ternaux-Compans en un contexto internacional

Esa llamada de atención de Ternaux sobre las bibliotecas públicas de París en 1837 se acompaña de un programa editorial propio, el cual inició ese mismo año con la publicación del tomo I de su colección *Voyages, relations et mémoires originaux pour servir à l'histoire de la découverte de l'Amérique*. A dos tomos por año, la colección alcanzará el volumen xx el año 1841. Cada tomo suele tener solo una obra, aunque a veces una obra puede ocupar dos tomos, como los vi y vii dedicados a Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Otras veces un solo tomo contiene varias relaciones, como ocurre en el x y el xvi sobre la conquista de México o el xx sobre la Florida. De estos veinte volúmenes solamente los últimos doce son de material inédito, a partir del tomo ix, a pesar de que todas habían sido anunciadas como «originales» (tal vez sí fuera su primera versión francesa).

La colección de Ternaux-Compans que puede consultarse hoy en la Biblioteca Nacional de Francia perteneció a un propietario privado, con intereses en antigüedades americanas, el diplomático Léonce Angrand, al que ha dedicado aten-

ción particular Pascal Riviale (2001)¹⁸. Normalmente se ha distinguido al personaje como un diplomático aficionado a la arqueología y con dotes para la pintura de paisajes y retratos, pero era asimismo un bibliófilo, y este fondo Ternaux-Compans procede de una parte de su propia biblioteca, donada en vida¹⁹.

En esta colección se pueden consultar asimismo otros 13 volúmenes, compuestos fundamentalmente de artículos sueltos (ahora reunidos en grupos) publicados en la revista *Nouvelles Annales des Voyages, de la géographie et de l'histoire*, de la que fue director Ternaux entre 1840 y 1854, años en los que su participación es más intensa. Se trata de una revista centenaria, que cambió alguna vez de título, pero que permanece viva larga cantidad de años a partir de 1819. En el período de Ternaux se publicaron 20 volúmenes. En ella se da noticia de viajes recientes, como los realizados en el año 1829 a Siberia por Alejandro de Humboldt —que participa con cierta asiduidad en la revista, sea como autor o como objeto de reseña—, a Sudamérica por D'Orbigny, o al Mediterráneo oriental por Saint-Hilaire. Pero también salen al mismo tiempo relatos de viajes antiguos, con gran frecuencia españoles por América, que son objeto de comentarios o reseñas interesantes. El volumen ininterrumpido de noticias de interés etnográfico es considerable en esta revista geográfica, y tanto sobre Europa como del resto del mundo.

Una de las colecciones de viajes más reseñadas en esta revista es la de Martín Fernández Navarrete²⁰, *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo xv*. Fernández Navarrete llevó a cabo esta cuidada edición siguiendo los pasos de Muñoz, muchos de cuyos documentos aprovecha o le fueron mostrados por el heredero de la colección muñoziana, Antonio Uguina. Mr. de la Rocquette, editor de otra revista de geografía²¹, fue el traductor de la obra de Fernández Navarrete y pidió ayuda a Humboldt para

18 Como en el caso de Chassin, Riviale ha estudiado más ampliamente a Angrand, en otras obras tempranas. Ver: Riviale (1996).

19 Emanuela Prosdoti (2010) destaca a esta donación como una de las tres más importantes recibidas por la Biblioteca Nacional, antes de 1940. La colección completa de la revista *Nouvelles Annales des Voyages* es consultable y fotocopiable digitalmente. Léonce Angrand (1808-1886) era cónsul de Francia en América Latina; fue al mismo tiempo un sabio y un escritor que se apasionó por la historia y arqueología del Nuevo Mundo. Legó en 1885 su biblioteca particular (1200 volúmenes, también manuscritos, estudios, mapas, fotografías, cuadernos de dibujos y de viaje).

20 Se anuncia la salida en el número xxv (1825, pp. 445-448), se notifica la traducción francesa en el xxxi (1826, pp. 287-288), y se comentan volúmenes sucesivos en el xl (1829, pp. 397-400), xliii (1829, pp. 381-384), etc.

21 Jean-Bernard-Marie-Alexandre Dezos de la Roquette, secretario de la Société de Géographie, fue correspondiente frecuente de Humboldt, y terminó publicando su epistolario: *Œuvres d'Alexandre de Humboldt. Correspondance inédite, scientifique et littéraire, recueillie et publiée par M. de La Roquette... suivie de la biographie des principaux correspondants de Humboldt et de notes...* (1869). Fue asimismo editor de Fernández de Navarrete y la *Collection des voyages et des découvertes des Espagnols. Ire partie* (1828).

este trabajo, así como para la *Histoire de l'Amérique*, de William Robertson, que Humboldt propone corregir recurriendo justamente a los trabajos de Muñoz y Navarrete (se hicieron seis ediciones francesas en el siglo XVIII).

Esta consulta es emitida en una larga carta de 15 de setiembre de 1825, recogida con el n.º 134 de sus *Cartas americanas*, donde el autor se excusa de no poder seguir ayudándolo en la tarea editora porque se ausenta de París, para residir por largo tiempo en Berlín. Allí le comenta: «He conversado en estos últimos días acerca de este tema [colombino] con el amigo de M. Navarrete, el célebre geógrafo M. Bauzá (calle de S. George, 23) que acaba de llegar» (Humboldt, 1980, p. 200)²². La tarea de Humboldt como difusor de fuentes hispanas del Nuevo Mundo en París, a comienzos de siglo, es secundada por Ternaux en el segundo cuarto de siglo. Es él quien primero logra establecer en Francia la continuidad entre los viajes marinos del Siglo de Oro hispano y los de la Ilustración europea, a través de la búsqueda de nuevas fuentes y traducciones, y de tratados histórico-científicos, como su voluminoso *Examen critique de l'histoire de la géographie du Nouveau Continent, et des progrès de l'astronomie nautique aux XV^e et XVI^e siècles* (París, 1836-1839, 5 volúmenes). Definitivamente, es el ámbito de la geografía donde se debe ubicar la labor etnohistórica de Ternaux-Compans, que ha sido una de las disciplinas fuertes de la tradición francesa.

Tras su continuada tarea traductora y comentadora (ya que agregaba a los numerosos textos traducidos, casi siempre, una breve introducción y precisas notas explicativas, que han sido apreciadas por sus editores actuales), Ternaux decide regresar a su vida privada y propone vender tanto su colección de libros antiguos (cercana al doble centenar, por lo que pide 600 libras) como su abultada colección de manuscritos, que en la Biblioteca Pública de Nueva York ocupan 102 cajas. De su colección se había vanagloriado ante el presidente de la Sociedad de Anticuario del Norte (Dinamarca) del siguiente modo: «Poseo, según creo, la colección más completa de manuscritos y antiguas obras relativas a América que existen en Europa. Los manuscritos inéditos son unos cuatrocientos y pertenecieron a Juan Bautista Muñoz» (Chassin, 1994, p. 333, la traducción es de Isabelle Tausin-Castellanos).

22 La fama personal de Felipe Bauzá venía de su participación en la expedición Malaspina, aunque luego ocupó la dirección del Depósito Hidrográfico de Madrid, que intentó defender de las tropas francesas (escondiendo documentación, de la cual terminó legando una gran colección a la Biblioteca Británica en su exilio en Londres). Sobre Humboldt hispanista, ver: Pino Díaz (1999).

El estudio de Philippe Billé desde Burdeos aparece con ocasión del bicentenario del nacimiento del autor (1807-1864). El trabajo de Joelle Chassin sobre Ternaux-Compans se dio en la misma universidad bordelesa en 1992, año memorable por la conmemoración del quinto centenario del arribo de los europeos a América. Una referencia del joven Humboldt, de paso por Burdeos a su regreso del viaje americano de cinco años, fue al desembarcar a orillas del Garona cuando escribió a sus amigos. Desde ese mismo puerto el joven norteamericano Washington Irving recibió la noticia de la edición del libro de Navarrete, *Colección de viajes*, por la que el embajador de su país en Madrid lo invitó para empezar a escribir *Vida del almirante Colón* (así lo reconoce él mismo al comienzo de su libro).

Él también se aprovechó de la colección reunida por Juan Bautista Muñoz, que terminó instalada definitivamente —aunque por partes— en Nueva York, Washington y Rhode Island, tras el filtro de Ternaux-Compans y de su comprador americano el diplomático Obadiah Rich. El intermediario entre Ternaux y Rich, Henry Stevens, sirvió tanto para esta colección de manuscritos como para muchos otros pedidos de textos antiguos en Europa de los historiadores de Nueva Inglaterra, William Prescott y George Ticknor. Prescott reconoció, en carta personal dirigida a Humboldt, que su *Historia de la conquista de México* de 1843 pudo evitar caer en los descuidos de William Robertson sobre la antigua cultura del valle de Anáhuac, gracias a sus ensayos de la Nueva España y también a la fe depositada en fuentes antiguas, aunque procediesen de clérigos ingeniosos²³. Así se expresaba Humboldt (1980) en carta a A. La Roquette sobre las cosas que debía evitar la traducción francesa de Robertson: «Robertson... ha rechazado con excesivo desdén lo que los misioneros (en obras que por otra parte conocía perfectamente), habían expuesto con admirable candor, refiriéndose a la religión y a las artes del México y del Perú» (p. 187). Francia era sensible a la aportación etnográfica de la obra histórica de Prescott, cuya obra mexicana se publicó enseguida (1843, 1846), pero su éxito fue tal que a los dos años de la primera edición ya era miembro correspondiente del Institut de France (Section Academie des Sciences Morales et Politiques), justo en el puesto de Fernández Navarrete, muerto en 1845. A ese puesto aspiraba asimismo el propio Ternaux-Compans (Wagner, 1954, p. 294), que se veía reconocido en los créditos de la nueva historiografía americana: «A esos nombres (Muñoz, Navarrete...) debo agregar el

23 «23 de diciembre de 1843... Pese a que me he dedicado en particular a la conquista de los españoles, consagré la mitad de un volumen a la civilización de los Aztecas, y frecuentemente vuestras luces me han guiado en medio de la oscuridad de este tema» (Humboldt, 1980, pp. 243-244).

del señor Ternaux-Compans, dueño de la importante colección literaria de Don Antonio de Ugina, que incluye los manuscritos de Muñoz, cuyos frutos comunica al mundo literario por sus excelentes traducciones» (Prescott, 1846, p. xi).

Bibliografía

- BÉNAT-TACHOT, Louise (2002). «La trayectoria editorial de la *Historia General y natural de las Indias*, de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés». En Carmen Castañeda (coord.), *Del autor al lector. Libros y librerías en la historia* (pp. 221-225). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social.
- BILLÉ, Philippe (2007). «Les œuvres de Henri Ternaux et leur postérité». *Bulletin hispanique. Université Michel de Montaigne Bordeaux*, 109(1), 301-314. Recuperado de <https://journals.openedition.org/bulletinhispanique/93?lang=en>.
- CAÑIZARES-ESQUERRA, Jorge (2001). *How to Write the History of the New World. Histories, Epistemologies, and Identities in the Eighteenth-Century Atlantic World*. Stanford: Stanford University Press.
- CHASSIN, Joëlle (1994). «Quand le XIX^e siècle français se fait exploration et lecture des premiers récits sur l'Amérique: l'exemple de Ternaux-Compans». En *Découvertes et explorateurs* (pp. 331-341). Burdeos: Maison des pays ibériques / L'Harmattan.
- CHASSIN, Joëlle (2001). «Ternaux-Compans, collectionneur des premiers récits sur le Nouveau Monde». *Alma*, 2, 37-40.
- DÉAK, Gloria (1992). *Discovering America's Southeast. A Sixteenth Century View Based on the Mannerist Engravings of Theodore de Bry*. Birmingham: Birmingham Public Library Press
- DEZOS DE LA ROQUETTE, Jean-Bernard-Marie-Alexandre (1869). *Œuvres d'Alexandre de Humboldt. Correspondance inédite, scientifique et littéraire, recueillie et publiée par M. de La Roquette... suivie de la biographie des principaux correspondants de Humboldt et de notes...* París: L. Guérin.
- DEZOS DE LA ROQUETTE, Jean-Bernard-Marie-Alexandre (1828). *Collection des voyages et des découvertes des Espagnols. Première partie*. París: Treuttel et Würtz.
- DUCHET, Michèle (1975). *Antropología e historia en el siglo de las Luces*. Madrid: Siglo XXI.
- ESTEVE BARBA, Francisco (1964). *Historiografía indiana*. Madrid: Gredos.
- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín (1829-1859). *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos concernientes a la historia de la marina castellana y de los establecimientos españoles en las Indias coordinada e ilustrada por...* (5 volúmenes). Madrid: Imprenta Nacional.

- FERNÁNDEZ DE NAVARRETE, Martín, Miguel SALVÁ y Pedro SAINZ DE BARANDA et al. (1842-1895). *Colección de documentos inéditos para la historia de España* (113 volúmenes). Madrid: Real Academia de la Historia.
- FURLONG, Guillermo (1955). *Francisco Iturri y su «Carta crítica» (1797)*. Buenos Aires: Librería del Plata.
- GÓMEZ, Margarita. (1985). «Crítica histórica y archivos: el caso de España en el siglo XVIII». *Historia. Instituciones. Documentos*, (12), 199-231.
- HUMBOLDT, Alejandro de (1980). *Cartas americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- LÉVI-STRAUSS, Claude (1973). «Les trois humanismes». *Anthropologie structurale deux*. París: Plon.
- MALAGÓN, Sara (17 de septiembre de 2015). «El segundo archivo más grande». *El Espectador*. Recuperado de <https://www.elespectador.com/noticias/cultura/el-segundo-archivo-mas-grande-articulo-586871>.
- MENÉNDEZ Y PELAYO, Marcelino (1892). «De los historiadores de Colón, con motivo de un libro reciente». *Revista El Centenario*, (2), 433-454.
- MESTRE, Antonio (2003). *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*. Madrid: Marcial Pons.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1793). *Historia del Nuevo Mundo* (tomo I). Madrid: Ibarra.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1795). *Geschichte der Neuen Welt*. Weimer: Verlag des Industrie-Compptoir.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1796). *Histoire du Nouveau Mond*. Hamburg: Conrad Müller.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1797). *The History of the New World from the Spanish*. Londres: Printed for G. G. / J. Robinson, Paternoster-Row.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1975). *Historia del Nuevo Mundo*. México: Aguilar / Biblioteca Americana.
- MUÑOZ, Juan Bautista (1990). *Historia del Nuevo Mundo*. Valencia: Generalitat Valenciana.
- PASAMAR ALZURIA, Gonzalo (1993). «La configuración de la imagen de la “decadencia española” en los siglos XIX y XX. (De la historia filosófica a la historiografía profesional)». *Manuscrits*, (11), 183-214.
- PINO DÍAZ, Fermín del (1999). «Humboldt y la polémica de la ciencia española». *Cuadernos Hispanoamericanos*, (586), 35-43.
- PINO DÍAZ, Fermín del (2005). «Texto y dibujo. La Historia indiana del jesuita Acosta y sus versiones alemanas con dibujos». *Jahrbuch für Geschichte LateinAmerikas*, (42), 1-31.
- PINO DÍAZ, Fermín del (2014). «Lecturas tempranas norteamericanas de las crónicas de Indias españolas: un recuerdo personal». En Francisco Castilla Urbano (ed.), *Discursos legitimadores de la conquista y colonización de América* (pp. 59-74). Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

- PINO DÍAZ, Fermín del (2015). «Concepto jesuita de civilización, y su aplicación a la época ilustrada». En María José Villaverde Rico y Gerardo Lopez Sastre (eds.), *Civilizados y salvajes. La mirada de los ilustrados sobre el mundo no europeo* (pp. 155-178). Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- PINO DÍAZ, Fermín del (2016). «La defensa crítico-apologética de Juan B. Muñoz, ante la leyenda negra ilustrada». En María José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (coords.), *La sombra de la leyenda negra* (pp. 326-365). Madrid: Tecnos.
- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (2014). *Los cronistas del Perú (1528-1650)*. Lima: Biblioteca Abraham Valdelomar / Instituto Raúl Porras Barrenechea / Academia Peruana de la Lengua.
- PRESCOTT, William (1843). *History of the Conquest of Mexico*. Nueva York: Harper and Brothers
- PRESCOTT, William (1846). *Histoire de la Conquête du Mexique*. París: Amédée Pichot.
- PRÉVOST URKIDI, Nadia (2009). «Historiographie de l'américanisme scientifique français au XIX^e siècle : le "Prix Palenque" (1826-1839) ou le choix archéologique de Jomard». *Journal de la Société des Américanistes*, 95(2), 117-149.
- PROSDOTI, Emanuela (2010). «Las colecciones sobre América Latina en la Biblioteca Nacional de Francia». *Anuario Americanista Europeo*, (8). Recuperado de <http://www.red-redial.net/revista/anuario-americanista-europeo/article/viewFile/136/107>.
- RAEDERS, Georges (1956). «Henri Ternaux-Compans (1807-1864)». *Revista de Universidade Católica de Sao Paulo*, 9(17), 3-16.
- RIVIALE, Pascal (1996). *Un siècle d'archéologie française au Pérou (1821-1914)*. París: L'Harmattan.
- RIVIALE, Pascal (2001). «Léonce Angrand, le charme discret d'un collectionneur américaniste». *Alma*, (2), 28-34.
- ROBERTSON, William (1840). *Historia de América* (tomo 1). Barcelona: J. Oliveres y Gavarro.
- ROMERO TALLAFIGO, Manuel (1981). «La instalación del archivo general de Indias en Sevilla: vicisitudes de un proyecto archivístico». *Primeras Jornadas de Andalucía y América: La Rábida*, 2, 151-162.
- ROWE, John H. (1965). «The Renaissance Foundations of Anthropology». *American Anthropologist*, 67(1), 1-20.
- SEBASTIANI, Silvia (2012). «L'Amérique des Lumières et la hiérarchie des races: disputes sur l'écriture de l'histoire dans l'Encyclopaedia Britannica (1768-1788)». *Annales, histoire, sciences sociales*, (2), 327-361.
- WAGNER, Henry R. (1954). «Henri Ternaux Compans: the first collector of Hispanic-Americana». *Revista Interamericana de Bibliografía*, 4(4), 283-298.

- WAGNER, Henry R. (1957). «Henri Ternaux Compans: a bibliography». *Inter-American Review of Bibliography*, 7(3), 239-254.
- WHITE, Leslie (ed.) (1940). *Pioneers in American Anthropology. The Bandelier-Morgan Letters, 1873-1883* (volumen 2). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- WHITE, Leslie e Ignacio BERNAL (eds.) (1960). *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.

CUARTA PARTE

Ut pictura poesis

Los viajeros franceses y la iconografía costumbrista del Perú en el siglo XIX: una historia interactiva

Pascal Riviale

Archives Nationales, París. LESC/EREA

RESUMEN

Este ensayo se propone analizar la relación estrecha establecida en el siglo XIX entre el Perú y Europa (y más particularmente Francia) en la producción iconográfica relativa a la población de esta parte del continente sudamericano. Esta relación, tanto comercial como artística, no se caracterizó solamente por una dependencia económica, sino también por influencias mutuas en la manera de definir estereotipos iconográficos. Estas imágenes —primero los dibujos y acuarelas y más adelante las fotografías— difundidas a través de las estampas, sobrepasaron el estricto registro del arte popular para adquirir luego un valor antropológico, el cual permitió corroborar los prejuicios europeos sobre los habitantes del Perú.

Palabras clave: Perú, siglo XIX, viajeros franceses, iconografía, arte popular, antropología

RÉSUMÉ

Cet essai se propose d'analyser la relation étroite établie au XIX^e siècle entre le Pérou et l'Europe (et plus particulièrement la France) en matière de production iconographique relative aux populations de cette partie du continent sud-américain. Cette relation, à la fois commerciale et artistique, ne se caractérisait pas seulement par la sujétion économique du Pérou, mais aussi par des influences mutuelles dans la définition des stéréotypes iconographiques. Ces images —en premier lieu des dessins ou des aquarelles, puis plus tard des photographies— diffusées ensuite par le biais de l'estampe, dépassèrent le strict registre de l'art populaire pour acquérir très vite une valeur anthropologique qui permettait de corroborer auprès du grand public les préjugés formés en Europe concernant le Pérou et ses habitants.

Mots clés : Pérou, XIX^e siècle, voyageurs français, iconographie, art populaire, anthropologie

ABSTRACT

This essay aims to analyze the close relation between Peru and Europe (France in particular) in the 19th century regarding the iconographic production pertaining to the people in this part of the South American continent. This relation, both commercial and artistic was not only characterized by the economic subordination of Peru, but also by mutual influences in the definition of iconographic stereotypes. These images —firstly drawings and watercolors and later photographs— widely spread through engravings, went from being part of the popular art to acquiring an anthropological value that made it possible to widely corroborate European prejudices about Peru and its inhabitants.

Keywords: Peru, 19th century, French travelers, iconography, popular arts, anthropology

Ya se sabe el interés y hasta la fascinación que el Viejo Mundo tuvo por el Perú, desde la conquista por los españoles. En momentos de las independencias hispanoamericanas, ese interés se incrementó por la apertura de las fronteras de los nuevos Estados y, por tanto, por las oportunidades que iban a ofrecer a los empresarios, comerciantes, artesanos, marineros y aventureros que viajaran para descubrir por sí mismos aquellas partes del mundo tan poco conocidas y calcular los beneficios que podrían obtener. El público francés, que no podía emprender tales viajes, estaba pendiente de conocer nuevas descripciones que habrían de ser más cercanas a la realidad en comparación a aquellas leídas en las antiguas crónicas de la Conquista o en los relatos de viajes que ya databan del siglo anterior, como los de Frezier y La Condamine.

Esas descripciones, a menudo completadas por ilustraciones, permitían a los lectores que tuvieran representaciones más precisas de esa parte del Nuevo Mundo. Lejos de resumirse a una simple recopilación de vistas dibujadas (y luego en el segundo medio siglo XIX, fotografiadas), trasladadas y difundidas como grabados, la producción iconográfica exuberante resultó de intercambios recíprocos entre Perú y Europa. En el marco de este trabajo, deseamos interesarnos por la relación cultural existente entre Perú y Francia, especialmente en cuanto a la iconografía costumbrista. Así, evocaremos primero el nacimiento del repertorio costumbrista durante la Independencia; luego observaremos la influencia europea en esa clase de representación; por último, analizaremos la evolución de ese repertorio por el advenimiento de la industria fotográfica.

La emergencia de un repertorio costumbrista

El costumbrismo peruano se inscribe en un movimiento más amplio, tanto literario como pictórico, que se expandió también en España. Los primeros agentes de ese movimiento se proponían observar la sociedad peruana —entonces enfrentada a un trastorno inédito, entre la tradición virreinal y la irrupción de la República— desde los aspectos anecdóticos y pintorescos. El costumbrismo, que tuvo como forma de expresión la literatura y la prensa, el arte popular y luego la pintura, se caracterizó por mezclar crítica social, humor y nostalgia. Más adelante, la corriente costumbrista se dedicó a determinar y magnificar las que se interpretaron como señas de la construcción de una identidad, al menos desde la mirada criolla de la costa.

No obstante, las primeras imágenes vinculadas a ese repertorio costumbrista se enraizaron en la producción iconográfica naciente al final del siglo XVIII, en el contexto de la Ilustración española. El reinado de Carlos III, a partir de 1759, fue un período en el que se alentó la búsqueda de información documentada sobre las posesiones coloniales, lo cual se explicaba por distintas causas, entre ellas, la de contrarrestar la «leyenda negra» difundida por autores ingleses y franceses, como Cornelius de Pauw, el padre Raynal o Robertson, quienes dieron una imagen sumamente negativa de la América española. En esas circunstancias, era necesario reunir una amplia documentación historiográfica, naturalista y técnica que demostrara que la política colonial hispánica no había sido indigente ni inhumana, como lo pretendían varios autores. Juan Bautista Muñoz recibió el encargo del monarca de recopilar todos los datos necesarios y redactar un texto que contradijera esa historia del Nuevo Mundo.

A la vez, para la Corona era evidente que aquellos lejanos reinos sufrían de ciertas carencias por estar expuestas a la arbitrariedad de autoridades locales y a la inercia de esa administración. Si hacían falta reformas, primero era necesario hacer un balance, de ahí la necesidad de organizar encuestas sobre el estado de las sociedades y los recursos locales (población, riquezas naturales, conocimientos técnicos). Por último, cabe recordar que Carlos III manifestó desde joven, y por ser rey de las Dos Sicilias, un singular apego a las antigüedades y demás curiosidades. En 1771, el «peruano» Pedro Franco Dávila¹ fue el encargado del rey para recoger el gabinete de curiosidades fundado en 1753 por Antonio de Ulloa y continuar dicha labor. Para ello, en 1776, Dávila redactó instrucciones para la recopilación de historias naturales, y luego, al año siguiente, Ulloa compuso instrucciones para recolectar especies de los tres reinados de la naturaleza, así como objetos arqueológicos.

En ese contexto se ubica la obra excepcional de Baltasar Jaime Martínez Compañón durante su estadía en el Perú. Ordenado sacerdote en 1761, Martínez Compañón llegó a Lima en 1767, antes de ser nombrado obispo de la diócesis de Trujillo en 1788. Creó un amplio programa de reformas para desarrollar esa parte del Perú, pero primero le hizo falta un estudio panorámico. Durante las visitas a su diócesis (entre 1782 y 1786), y gracias a las encuestas distribuidas entre los parroquianos, llegó a acumular una ingente documentación, que mandó ilustrar en asombrosa síntesis iconográfica sobre diversos temas: los paisajes,

¹ Nació en Guayaquil y vivió largo tiempo en Francia, donde reunió y vendió en 1767 un extraordinario gabinete de curiosidades (Calatayud, 1988).

los recursos naturales, las antigüedades prehispánicas, las tradiciones populares y los distintos pueblos del obispado. En total, fueron 1411 acuarelas reunidas en nueve tomos² empastados, acuarelas pintadas por artistas locales (algunos de ellos indios jóvenes instruidos precisamente para esa labor), entre las cuales había un número importante de representaciones visuales de los componentes étnicos de la población. Estas permitían distinguir los grados de mestizaje, tales como fueron codificados por la legislación española. Sin llegar a ser tan sistemáticas como las denominadas «pinturas de castas», también se puede identificar a los españoles americanos, mulatos, indios de la sierra, indios «salvajes» de la selva, negros, mestizos, zambos, mulatos, cuarterones, etc., ya representados solos, ya «en situación», ya en cuadros de costumbres.

Tales acuarelas participan a la vez de una iconografía científica, etnográfica y pintoresca. En cuanto al pintoresquismo, los temas no se alejan de las series de grabados difundidos con gran éxito en Europa para representar tipos y trajes provincianos, oficios y escenas callejeras. Además, aparecen entre esas acuarelas varias figuras femeninas (la «mulata» o la criolla que oculta el rostro y pronto será denominada como «la tapada», por ejemplo), que llegarían a fascinar a los viajeros de paso por las ciudades costeñas. La inspiración originaria de esas acuarelas resulta confusa, pues Fernando Villegas ha sugerido que uno de esos dibujos se inspiró en un grabado hecho en París en 1774 por el pintor peruano Julián Dávila «Dame Créole du Pérou vêtue selon l'usage de Lima» - «Señora criolla de Lima», la cual sería inspirada en un grabado que ilustraba el relato de viajes de Amadeo de Frezier, publicado en 1714 (Villegas, 2011, pp. 21-22). Con este ejemplo se observa cómo desde temprano hubo influencias mutuas más allá de los dos océanos.

Martínez Compañón seguía siendo obispo en Trujillo cuando la expedición naval mandada por Alessandro Malaspina abordó las costas del Perú por primera vez. Esa misión con fines científicos —aunque también políticos— había sido organizada para competir con las circunnavegaciones de potencias rivales: Gran Bretaña (con James Cook, quien realizó varias circunnavegaciones de gran nombradía) y Francia (con la circunnavegación de Louis Antoine de Bougainville). Estos debían centrar su atención en las posesiones españolas, tanto en las Indias Occidentales como en Filipinas —se recolectó también mucho material en la parte nororiental del continente americano—. Como las demás expediciones ma-

2 Esos álbumes siguieron inéditos hasta 1991, cuando se publicó, en Madrid, *Trujillo del Perú. Manuscrito de la Biblioteca del Real Palacio*, por Cultura Hispánica.

rítmicas contemporáneas, Malaspina había contratado a dos artistas, José del Pozo y José Guio, especialmente encargados de dibujar los paisajes y tipos humanos observados en el viaje. Durante la travesía, Pozo y Guio fueron reemplazados por otros dos artistas, Juan Ravenet y Fernando Brambilla, quienes se reunieron con Malaspina en Acapulco en 1791. Además de esos artistas, el comandante también podía contar con las competencias artísticas de otros miembros del estado mayor, entre otros, Felipe Bauza, quien debía trazar los mapas (Sotos Serrano, 1982).

La abundante iconografía reunida en ese viaje sin duda debía servir para ilustrar el relato de la expedición al regresar a España. Pero el libro no llegó a publicarse y gran parte del material está aún por estudiar. Salidos de Cádiz el 30 de julio de 1789, las naves llegaron al Callao el 20 de mayo de 1790, de donde partieron el 20 de septiembre. La expedición Malaspina regresó a Cádiz en septiembre de 1794. Las representaciones visuales de los pobladores del Perú en ese corpus de dibujos producidos en momentos del viaje suelen corresponder a un acercamiento etnográfico de los temas: «habitante castizo del Perú con su traje», «Peruano serrano», «India del Perú», los cuales son tratados en modo muy académico y realista (especialmente los dibujos realizados por Ravenet). Algunos dibujos hechos por Bauza se inscriben ya en el registro pintoresco y no parecen tan alejados de los personajes diseñados en los álbumes de Martínez Compañón: «Señora de Lima», «Mulata de Lima» (Sotos Serrano, t. II, pp. 237-243)³.

Años más tarde había de salir en Madrid una obra pictórica singularísima: un cuadro pensado como síntesis visual del Perú con toda su diversidad humana y natural. Este es el «Quadro de historia natural, civil y geográfica del Reyno del Perú», una pintura al óleo de muy grandes dimensiones, encargada en 1799 al artista de nacionalidad francesa Louis Thiébaud, para el ministro de Hacienda e Indias. En torno a un mapa del virreinato y de un paisaje montañoso, ubicados en el centro del cuadro, están varias series de miniaturas que representan distintas especies animales (mamíferos, peces, aves) y plantas propias de esa parte del continente americano. La parte superior del cuadro se dedica al género humano, también con la diversidad étnica: en la parte izquierda, dieciséis dibujos ilustran las «naciones civilizadas», mientras los otros dieciséis en la parte superior al lado derecho van dedicadas a las «naciones salvajes» del Perú (o sea, los pobladores de la Amazonía peruana). Ese «Cuadro del Perú» fue estudiado con minuciosidad por el equipo reunido por Fermín del Pino; sus observaciones demuestran que

3 Las vistas de Lima por Brambilla en 1793 también son tratadas de forma pintoresca, con personajes que animan las escenas callejeras.

muchas de las representaciones se hicieron en base a las acuarelas encargadas veinticinco años antes por el obispo Martínez Compañón, y otras se inspiran en los dibujos traídos por la expedición Malaspina⁴. Se puede deducir que, al contrario de lo que se creyó largo tiempo, esas imágenes no cayeron en el olvido, apenas registradas; sino que las representaciones iconográficas de arquetipos circulaban entre el Perú y la metrópoli, y eventualmente fueron reproducidas por varios artistas⁵.

Finalmente, se puede considerar que estas sirvieron para la formación de los jóvenes artistas locales con vistas a contribuir a una producción iconográfica dedicada a las ciencias naturales y la etnografía, relacionadas con la emergencia de una nueva demanda en materia de imágenes típicas del Perú: constituyeron la semilla de un registro artístico llamado a una suerte feliz en los siguientes decenios. La independencia del Perú y la apertura de las fronteras consecutiva causaron la llegada de un número cada vez mayor de viajeros europeos y norteamericanos (marinos, comerciantes o aventureros), a veces deseosos de llevarse un recuerdo como antigüedades prehispánicas, muebles u objetos artísticos del virreinato, artesanías, etc. Son varios los relatos que atestiguan el interés precoz de tales viajeros por las representaciones iconográficas correspondientes a la categoría «tipos y trajes» entonces de moda en Europa y en América del Norte. Por ejemplo, es conocido el gran éxito de un libro de Joseph Skinner *The Present State of Peru* (1805), ilustrado con una serie de grabados que representan los distintos tipos peruanos, una galería de personajes sacados de un gran cuadro hallado en un buque español capturado por un corsario británico. Natalia Majluf y Marcus Burke (2008) también refieren el testimonio de un joven peruano, Santiago Távora y Andrade, quien hizo de tercero en 1818 con la tripulación del navío estadounidense Ontario para encargar a Francisco Javier Cortés una serie de dibujos pintorescos que representarían a los pobladores del lugar.

Ese artista, oriundo de Quito e instalado en Lima, había colaborado anteriormente con Celestino Mutis en Nueva Granada. Por lo demás, en ese mismo trabajo, Majluf y Burke proporcionan como ilustración una acuarela que representa

4 Ver: Pino Díaz (2014). Quien encargó el cuadro, José Ignacio Lecuanda, había sido un antiguo colaborador de Martínez Compañón, lo cual refuerza los lazos entre la obra iconográfica del obispo de Trujillo y el cuadro. Puede que otras fuentes del «Quadro del Perú» se identifiquen más adelante.

5 Además, cabe señalar que otras versiones de las acuarelas encargadas por Martínez Compañón permanecieron en América: una serie está en Bogotá y otra en Lima. Sobre esta última, ver: Macera, Jiménez Borja y Franke (1997).

una limeña con saya y manto, que había sido comprada por un oficial de marina inglés hacia 1825, y que ella también atribuye a F. J. Cortés⁶.

Por lo demás, se observa, en distintos relatos de viajeros de los tiempos de la Independencia, cómo los fascina el tipo costumbrista peruano de la tapada. Ya había sido evocada en el diario de a bordo del cirujano del Bordelés, un navío francés que en 1817 intentó explorar con fines comerciales las costas del océano Pacífico bajo el dominio español:

Cuando salen caminando, la vestimenta compartida por todas las mujeres independientemente de clases y edades, es de lo más extraña [...]. Resulta difícil dejar de asombrarse al ver semejante atuendo que le conviene tanto al bello sexo en Lima, que dudo de que llegue a cambiarlo mientras no se alteren las costumbres. (Vimont, 2015, pp. 63-65)

Después de esa circunnavegación comercial, muchos barcos franceses llegaron a abordar las costas peruanas. Desde los primeros momentos de la guerra de independencia, se consideró la gran inestabilidad generada por la situación impredecible. El ministerio francés de Marina envió una escuadra como observadora permanente, denominada a partir de 1822 «la estación naval del Pacífico» (Riviale, 1996, p. 239). Los distintos puertos de la costa peruana solían recibir las visitas de las tripulaciones francesas. Cuando estaban en el Callao, los marinos, y sobre todo los oficiales, solían ir a Lima. Así se les puede integrar de alguna manera al grupo de los primeros turistas del Perú poscolonial, descubriendo ese país completamente desconocido para ellos y conformando una clientela interesante para los mercaderes de todo tipo de artesanías.

En aquellos años (1820-1840), el ministro de Marina apoyó una serie de expediciones de circunnavegación. Los objetivos eran múltiples: experimentar la resistencia de los navíos y del material; adiestrar las tripulaciones; «enseñar el pabellón francés» hasta en los lugares más apartados del planeta con el fin de asentar el poderío marítimo y político; realizar estudios hidrográficos, geográficos y científicos; y, en caso de necesidad, prestar ayuda a los buques franceses y connacionales en peligro. Una de las primeras expediciones fue la de la corbeta La Coquille, mandada por el capitán Louis-Isidore Duperrey. El navío hizo escala en el Callao en febrero de 1823. Se conocen varios relatos de ese viaje:

6 Ver: Majluf y Burke (2008, p. 26, fig. 8). El dibujo habría sido comprado por un denominado James Barber, oficial a bordo del Cambridge.

uno publicado por el propio capitán (Duperrey, 1825-1828), otro del botánico René Primevère Lesson (1838-1839). El Archivo Nacional de Francia conserva en el fondo «Marine» otros cuatro diarios de bitácora inéditos redactados por los oficiales Lottin, Jacquinot, Desblois y Blosseville. Cabe apuntar que los cuatro cuentan las mismas anécdotas, hacen las mismas descripciones, apuntan los mismos detalles. Tal vez conversaran o compartieran sus impresiones y por tanto se influyeran mutuamente. Todos cuentan sus paseos por la ciudad y otorgan la misma atención a esas limeñas descaradas a las que divisan por las calles vestidas con ese singular atuendo que es la saya y el manto. Jules de Blosseville escribe:

Si en Lima las costumbres son liberales, hace falta inculpar a aquél que favoreció el traje femenino, un traje especial, en todo diferente de lo que se ve en otros lugares del mundo, y exclusivo de la capital del Perú: se trata de dos prendas principales: la saya y el manto [...] Por su excesiva elasticidad esa prenda dibuja perfectamente las formas y se estrecha en la parte baja del cuerpo a tal punto que estorba un poco al caminar [...] El manto suele ser casi siempre negro. Es un simple chal de seda que desde el punto en que se ata la saya, cubre el tronco, los brazos, la cabeza y todo el rostro, las manos encerradas también sirven para guiar el manto, o sea ocultar un ojo o disimular la mitad de la cara, aumentando o suprimiendo la apertura del manto con la que se puede mirar sin ser visto. Siendo transparentes los chales, se puede ver la cara, sin que nadie vislumbre las facciones [...] El traje que acabo de describir no conviene al interior de las casas, pero apenas sale una dama para ir de paseo o a la iglesia, o para sus visitas, se tapa, o más bien se enmascara y se dice entonces que es una tapada.⁷

Otro oficial del estado mayor, un tal Lejeune dejó una serie de dibujos realizados en el viaje. Si los más de esos bocetos conciernen a las islas y los pobladores del océano Pacífico, algunos fueron hechos en Chile y en el Perú (Lima, Paita, Colán). Se trata, probablemente, de una de las primeras representaciones de la tapada⁸.

Los artistas peruanos que no tenían un taller ni clientes fieles, sin duda, se dieron cuenta del potencial representado por esos prototuristas, posibles compra-

7 Archives nationales, 5JJ/82. Viaje de *La Coquille*, diario de Blosseville. La descripción que da del traje es mucho más completa que nuestra transcripción; los detalles minuciosos dejan suponer que esa apariencia le inspiró e interesó muchísimo.

8 Los dibujos están archivados en la biblioteca del servicio histórico francés de Defensa en Vincennes. Fueron publicados en 2005 por Morgat.

dores que se acomodaban con los temas pintorescos al uso (tipos y trajes, escenas callejeras, etc.): era una oportunidad para ganarse la vida. Así fue como empezaron a producir —a menudo de forma repetitiva y estereotipada— unos dibujos apenas bocetados (y probablemente baratos) adrede para los marinos y demás viajeros de paso en busca de recuerdos para llevar a casa. El más famoso de aquellos artistas populares es Francisco Fierro (1807-1879), de quien se halla hoy en numerosas entidades y también en colecciones particulares dibujos representativos de la abundante producción. El diplomático francés Léonce Angrand (cónsul de Francia en Lima entre 1834 y 1839, y otra vez de paso por Lima en 1847), que disfrutaba mucho con el trabajo de Pancho Fierro y compró unas cincuenta acuarelas, brinda un testimonio del éxito de Fierro en ese repertorio turístico:

Todos esos dibujos, desde el 2 hasta el 50 son productos de un arte o más bien una industria local. Fueron ejecutados por un hombre de color llamado Pancho (Francisco) Fierro que nunca aprendió el dibujo, pero que a pesar de eso, durante mucho tiempo, consiguió buenos ingresos vendiendo a los forasteros esos productos de su trabajo cuyo mérito es la gran precisión en los tipos como en todos los detalles.⁹

Pero Fierro no había de ser el único artista activo en Lima que pintara esos dibujos al estilo de los «tipos y costumbres» en los primeros decenios del siglo XIX; ya mencionamos a Cortés, citado por Majluf y Burke (2008, pp. 24-25). En realidad, sigue siendo una pregunta sin resolver por los historiadores del arte, pues casi todas las acuarelas realizadas en tal estilo suelen ser atribuidas a Pancho Fierro, aunque no se pueda creerlo. En efecto, ¿cómo imaginar que produjo solo, sin rivales en ese mercado, todas las acuarelas pintorescas que han llegado hasta nosotros, y que no se sepa nada de otros artistas peruanos, probablemente activos en el mismo momento? Aun cuando el estilo de Fierro es muy conocido, cabe subrayar la gran diversidad de dibujos, por no decir la desigualdad estilística de las acuarelas que se le atribuye. Habida cuenta de su longevidad —Pancho Fierro debería haber sido activo casi hasta su muerte en 1879—, no está prohibido suponer una evolución entre todas las acuarelas ubicadas en el mundo, o bien que fueron obras de varias manos. Nos parece que es muy posible que, al comprobar el éxito de esa clase de estampas, otros artistas callejeros imitaran el estilo¹⁰.

9 Léonce Angrand comenta esto en una nota de *Costumes péruviens, scènes de la vie religieuse et populaire à Lima. 1a parte, 1834-1837*, álbum conservado en la Biblioteca Nacional de Francia (departamento de los grabados y fotografías).

10 Natalia Majluf y Marcus Burke (2008), en el libro que le dedican al pintor mulato, emiten dudas acerca de

Manuel Cisneros Sánchez (1975) había hablado de un «panchoferrismo» en un libro ya antiguo dedicado a Pancho Fierro, eso para sugerir la idea de una actividad artística que se inscribiera en ese registro iconográfico; sin embargo, no lo siguió investigando. La colección de acuarelas conservadas por la Universidad de Yale, así como la recientemente adquirida por el Museo de Arte de Lima, revelan formas de dibujar distintas de Pancho Fierro. En un artículo dedicado a la iconografía pintoresca en el Perú y las vinculaciones con Francia, habíamos tomado como ejemplo la colección de los dibujos conservados en Yale y emitimos la hipótesis de que podrían haber sido propiedad de Amadeo Chaumette des Fossés (1782-1841), primer cónsul de Francia en Lima, a partir de 1827 (Riviale, 2011). Los dibujos comprados hace poco en París por el Museo de Arte de Lima serían, según Natalia Majluf, otra parte de la misma colección formada por el diplomático francés entre 1827 y 1841¹¹. Serían la prueba de ese eslabón perdido entre las producciones del siglo XVIII y las obras atribuidas a Pancho Fierro.

Ante el éxito aparente de aquellos dibujos de parte de los viajeros, puede que la producción local no llegara a satisfacer la demanda. Al menos así es como debe interpretarse el extraño fenómeno artístico y comercial que se ha de observar hacia los años 1840. Ya en los años 1820 parece abrirse una nueva ruta comercial entre China y América del Sur, que permite intensificar los flujos de mercaderías y personas. En unos decenios, decenas de miles de chinos migraron al Perú para trabajar —a menudo en condiciones espantosas— en las haciendas, en las islas guaneras y en la construcción de los ferrocarriles. Se sabe poco sobre las circunstancias que impulsaron esa migración; lo cierto es que uno o varios viajeros llevaron a China unos modelos de los dibujos peruanos (especialmente acuarelas de Fierro o en su estilo) y se fabricaron copias en los talleres chinos. Algunos de esos talleres (en Cantón), como el de un artista conocido con el nombre de Tingqua¹²,

la hipótesis de artistas imitadores, porque consideran que el número y la semejanza entre las obras atribuidas a Pancho Fierro también podría explicarse simplemente por el acercamiento repetitivo y comercial de esa producción (pp. 36-40). Lo repetitivo y comercial es notorio, pero no explica el aspecto monopolístico de esa producción iconográfica costumbrista en el Perú republicano que implicaría atribuirle a Pancho Fierro todas las obras descubiertas hasta ahora en el mismo estilo.

- 11 En lo tocante a algunos dibujos que hemos podido ver de esa serie recientemente aparecida, la cercanía de estilos aboga por esa hipótesis; también hemos podido establecer un vínculo indiscutible entre Chaumette des Fossés y el último dueño de esos dibujos a partir de las fuentes notariales conservadas en el Archivo Nacional de Francia (Riviale, 2016b).
- 12 Natalia Majluf demostró ese asombroso tráfico de copias chinas. En el libro *Tipos del Perú* (Majluf y Burke, 2008), cita los nombres de Tingqua y Sunqua (pp. 33-35). Esos artistas habían de ser muy afamados, ya que gracias a ellos la misión comercial francesa en China, dirigida por Theodore de Lagrené, encargó en 1845 varios álbumes de dibujos que ilustran múltiples procedimientos de producciones chinos (arroz, seda, porcelana, etc.). Ver: Riviale (2016a, p. 108).

empleaban varias decenas de obreros que producían dibujos por encargo. Esa producción se reconoce a menudo por la mayor minuciosidad, la apariencia muy lisa de los dibujos y el uso frecuente de un papel muy delgado¹³. Si la mayoría de ellos, sin duda, eran llevados como simples recuerdos, estos podían también ser empleados como fuente documental y servir de modelos para los grabados producidos en Francia. Así parece seguro que es una versión cercana a la acuarela titulada «Zamba criada en procesión»¹⁴, atribuida a Pancho Fierro, la que inspiró la litografía de Blanchard «Domestique zamba de Lima» que fue a formar parte de los grabados del atlas pintoresco del viaje de la corbeta *La Venus*, mandada por Abel Aubert du Petit-Thouars. Esas temáticas costumbristas también inspiraron a los artistas franceses durante sus estancias en el Perú. Sus obras, a menudo más aferradas a la tradición académica, probablemente ejercieron alguna influencia en la producción local.

La influencia europea

El artista viajero francés más conocido en ese campo sin duda es Léonce Angrand, cónsul de Francia en Lima entre 1833 y 1839. Hábil observador de la sociedad peruana contemporánea, aprovechaba sus peregrinaciones por el Perú para dibujar escenas callejeras, figuras y paisajes pintorescos. Cabe señalar que Angrand también supo apreciar el talento de Pancho Fierro, ya que le compró unas cincuenta acuarelas que anotó con varios detalles sobre oficios y escenas representadas. Aunque no le hacían falta esos modelos para tener inspiración, no se puede dejar de observar semejanzas en el tratamiento de determinados temas. La obra de Angrand, sin embargo, siguió durante mucho tiempo muy poco conocida —casi no hay trabajos sobre esos dibujos, que debía guardar para sus relaciones íntimas—. En cambio, otros artistas difundieron más ampliamente sus obras. Es

13 Se conocen numerosos ejemplos de esas imitaciones en distintas entidades europeas o americanas. En 2002 una exposición tuvo lugar en Madrid sobre dibujos conservados en el Museo de América, sin por tanto llegar a la conclusión de que se trataba de acuarelas procedentes de China. Más bien se adelantaba la hipótesis de que los dibujos fueran producidos en el Perú por imitadores de Pancho Fierro en papel importado de China (Varios autores, 2002).

14 Esa acuarela forma parte de las colecciones de la Hispanic Society de Nueva York. Se ve una reproducción en Majluf y Burke (2008, p. 115, fig. 109). También habíamos relacionado la producción de Fierro con otras litografías incluidas en el atlas del viaje de *La Venus* en nuestro ensayo titulado «La etnografía pintoresca de los viajeros a las Américas durante la primera mitad del siglo XIX» (Riviale, 2009), pero en el caso evocado aquí la inspiración es innegable. ¿Será Petit-Thouars u otro oficial el que trajo los modelos? ¿O bien el editor dispuso de una reserva de dibujos peruanos? Se pueden plantear ambas hipótesis.

el caso de un contemporáneo de Angrand entre 1842 y 1844. Max Radiguet ocupó el cargo de secretario del contralmirante Petit-Thouars, entonces comandante de la estación naval del Pacífico, lo que le dio la oportunidad de realizar varias visitas a Lima y relacionarse con algunas de las hermosas limeñas cuyos retratos esbozó. Unos años después de regresar, publicó entre 1852 y 1853 en la revista *L'Illustration* una serie de artículos sobre sus viajes, los cuales fueron adornados con grabados sacados de sus propios dibujos. Sin embargo, a veces puede haber alguna duda: especialmente en el caso de una escena de baile «Zamacueca», que tal vez fue hecha a partir de una acuarela atribuida a Pancho Fierro y de la que se conoce un ejemplo en Hispanic Society¹⁵.

Más curioso aún, ese grabado tuvo un camino iconográfico especial, pues fue retomado por Maurice du Kerret, un joven de la nobleza bretona que se embarcó como dibujante de a bordo en el buque de guerra La Forte, enviado en misión en el Pacífico, entre 1852 y 1855. Así, uno puede imaginar que, al regresar a Francia, Kerret vio el grabado publicado en *L'Illustration* en 1852 y la copió en su propio álbum de viaje, tal vez porque le recordaba una escena vista en el viaje¹⁶. También se recordará la obra sudamericana de otro artista viajero por los mismos años: Auguste Borget (1808-1877). Ese pintor oriundo de Issoudun en Francia permaneció dos años en América del Sur (1837-1839) y unas semanas en el Perú, antes de ir al Extremo Oriente. Si se le conoce por los dibujos sobre China, casi no se mencionan sus trabajos sobre el Perú¹⁷. Manuel Cisneros Sánchez (1975) publicó no obstante una serie de bocetos de «tapadas limeñas» a partir de su colección particular (p. 71), subrayando así la curiosidad evidente del pintor por las limeñas y sus atractivos trajes. Pintados por los viajeros o comprados *in situ* a los artistas peruanos, esos dibujos del repertorio costumbrista sirvieron para alimentar una producción casi industrial de álbumes (o estampas vendidas por unidad) dedicadas a los viajes, a los trajes y a las costumbres del mundo entero (D'Orbigny, 1836; Lacroix, 1843; Wahlen, 1844).

15 Ver la acuarela publicada por Majluf y Burke (2008, p. 137, fig. 125).

16 Kerret parece haberse inspirado especialmente de los grabados que ilustran el artículo de Radiguet «Les gens de medio pelo et les esclaves au Pérou» (1852). Además de «La zamacueca», copió el grabado titulado «Las balsas» (del que existía una primera versión publicada en 1846 en la revista *Le magasin pittoresque*). En la parte superior de ese mismo dibujo se observa un boceto, copia de otro grabado, según Radiguet, titulado «Las rabonas». [Esos dibujos fueron publicados por Kerros (1997, pp. 56 y 59). En los viajes de Lafond de Lurcy (1843, t. II, p. 328) un grabado a color representa a dos mulatos bailando ante un par de viajeros (N. E.).]

17 Al regresar a Francia, Auguste Borget publicó en 1842 un magnífico álbum de litografías a partir de sus bocetos: *La Chine et les Chinois* (Archives Nationales, 2016, p. 87). Es de notar que antes de ir al Perú, Borget tuvo ocasión de pasar por Chile, donde se amistó con Rugendas, el otro gran artista que expresó en numerosas obras su fascinación por las tapadas de Lima.



FIGURA 1. Dos mulatos bailando ante un par de viajeros
Fuente: Lafond de Lurcy (1843, t. III)

Esas ediciones de vulgarización de gran tirada, en general hechas para niños y adolescentes, contribuyeron a configurar las mentalidades del gran público con una serie de estereotipos que representan la costa y la sierra peruana¹⁸, estereotipos a menudo sacados de esa iconografía costumbrista que nació entre finales del XVIII e inicios del XIX y no dejó de evolucionar en adelante. En realidad, esa producción iconográfica se ubica en un proceso de intercambios culturales de doble sentido: si los viajeros franceses se han interesado por esa iconografía costumbrista, recopilando dibujos realizados por los artistas locales o inspirándose de ello; por otro lado, los artistas peruanos, o los artistas extranjeros establecidos en Lima, contestaron o se adaptaron a esa demanda internacional a la vez interesante a nivel económico y valorable en el plan personal, por significar una forma de reconocimiento. Ello a menudo llevó a esos artistas a conformarse con los cánones estéticos europeos.

Muchos artistas peruanos viajaron a Europa para descubrir el Viejo Mundo o bien para aprender, en el caso de algunos, en la Escuela de Bellas Artes de París. Ignacio Merino (1817-1876) fue enviado a Francia para estudiar la secundaria y seguir una carrera universitaria. Al regresar a Lima, habría realizado sus primeras litografías de inspiración costumbrista (especialmente una serie dedicada a las limeñas)¹⁹. En 1850 volvió a viajar a Francia con la finalidad de vivir por su arte; llevó consigo algunas obras, así como acuarelas hechas por Pancho Fierro que quería explotar en algún proyecto editorial. Se sabe, por los testimonios contemporáneos, que Merino habría mostrado esas acuarelas en los salones parisienses, las que habrían despertado un gran interés (Cisneros Sánchez, 1975, p. 26). El pintor participó con variable éxito en el prestigioso salón anual de bellas artes que tenía lugar en el Louvre, presentando a veces cuadros de temas costumbristas²⁰. En 1852 Merino se relacionó con un joven escritor para un proyecto lite-

18 Los habitantes de la selva casi no aparecen en esa iconografía, hasta el último cuarto del siglo XIX, cuando se expande el uso de la fotografía. Por lo demás, cabe subrayar que la iconografía costumbrista del Perú en el siglo XIX suele representar la costa: los pobladores de la sierra resultan muy poco numerosos.

19 Una primera serie de dibujos de Merino habrían sido producidos por los litógrafos franceses Dedé y Ducasse; otra, entre 1840 y 1845, por el litógrafo Jullian (Majluf y Burke, 2008, pp. 28-29).

20 En 1850 Merino presentó siete obras ante el jurado del salón que solo aceptó cuatro de ellas: «El apóstol del Perú», «San Francisco Solano», «Mujeres de Lima, trajes de la villa» y «Mujeres de Lima en la iglesia». Los cuadros rechazados fueron «El hombre entre el vicio y la virtud», «Lavanderas de Lima» y «Farniente». Los cuadros presentados en los salones de 1852 y 1853 fueron rechazados en totalidad; entre los cuales estaban «Recuerdos de Lima» e «Improvisador (costumbres peruanas)». Los datos son tomados del Archivo Nacional de París 20150431/66 à 71: Registros de los salones (1850-1853). En cuanto al salón extraordinario que tuvo lugar en 1855 con motivo de la exposición universal, Merino pudo exponer tres obras. Fue notable «Pascana de indios peruanos» (Beaux-Arts, 1855, p. 170). Ese mismo año, el otro exponente peruano fue Francisco Laso, especialmente con su «Habitante de las Cordilleras del Perú», cuyo tema fue mal comprendido por los cronistas que comentaron el salón (Majluf, 1997).

rario: Julio Verne, de 24 años, se alistaba para publicar en la revista *Le Musée des Familles* una novela breve titulada *Martín Paz*, cuya historia sucedía en el Perú; le propuso a Merino ilustrarlo gracias a un álbum que el artista peruano preveía publicar en París²¹. Estas son las palabras que introdujeron *Martín Paz* para publicarlo con episodios:

Nuestros lectores apreciarán una vez más, sin duda alguna, el trabajo de un género tan diferente, en el cual el Perú entero —historia, razas, usos, paisajes, trajes, etc.— les será revelado por el Sr. Jules Verne a través de las peripecias de un drama a la manera de [Fenimore] Cooper. [...] El Sr. Merino no sólo ejecutó cuadros brillantes, también trajo y terminó un álbum de acuarelas inestimables, que incluyen todos los tipos y todos los trajes peruanos, dibujados al natural, con un carácter de verdad nunca igualado o reemplazado. Este álbum es un tesoro único en el mundo. Cuando el eminente artista lo entregue a los editores, todos los aficionados se disputarán los grabados, para hacer, sin abandonar su silla, un viaje completo al Perú. En la espera de ese día, y para agradecerles a nuestros lectores el Sr. Merino autorizó los dibujantes del *Musée des Familles* que copiaran las páginas más características de su álbum inédito. Al ver el palpitar del Perú entero en nuestros grabados, el Sr. Verne, después de haberse documentado con todos los viajes a ultramar y de haberse minuciosamente sido informado por los turistas limeños, escribió la novela histórica y pintoresca *Martín Paz*, en la cual deja actuar y hablar a todos los tipos creados por el Sr. Merino. ¿Con qué interés y con qué energía? Eso lo juzgarán nuestros lectores. En cuanto a la exactitud y a la verdad, los mismos que vivieron en Lima creerán estar viviendo ahí de nuevo con los héroes del Sr. Verne. Ningún otro país merece que uno pase en él algunas horas con la imaginación. (Verne, 1852)

Varios grabados se inscriben nítidamente en el registro pintoresco desarrollado por Pancho Fierro (representaciones de diferentes tipos de limeños, danza de «la zamacueca», escenas en Amancaes, por las fiestas tradicionales que tienen lugar cada año). En 1854, Merino explotó la misma veta iconográfica realizando las ilustraciones de una edición de lujo del texto *Lima por dentro y fuera* (Teralla y Landa, 1854)²². Entre los grabados se puede admirar a las tapadas, también una

21 Parece que esa publicación no llegó a salir, o bien se trata de los mismos dibujos que ilustraron la edición parisiense de *Lima por dentro y fuera* de 1854.

22 Al final del siglo XVIII fue publicada en Lima una primera recopilación de la poesía de Esteban de Teralla y Landa, vuelta a editar en Madrid en 1842. Merino colaboró en 1854 a una edición modernizada y agregó hermosas ilustraciones hechas por el grabador A. Jourdain a partir de los dibujos de Merino. Algunos de esos

vendedora ambulante en un burro, pregoneros, una escena de corrida de toros, etc. Así tenemos dos ejemplos de esa relación compleja entre los artistas peruanos y los artistas y editores franceses, donde se mezclan temas populares peruanos, estilo europeo (ya que Merino se formó en Francia) y expectativas del público francés. Tal transposición del dibujo al grabado también sucede en el Perú. Merino fue uno de los primerísimos en hacerlo (¿hacia 1838?).

Un tiempo después, el francés A. A. Bonnaffé²³ publicó en 1856 en Lima un primer álbum de láminas (litografías hechas por Emile Prugue), inspiradas en acuarelas de Fierro y titulado *Recuerdos de Lima*. Otro fue publicado en París en 1857 (bajo la dirección de Lemercier). Solo el título indica la causa de esa actividad editorial: un hermoso objeto tal vez dedicado a ser exportado.

Después de Merino, Bonnaffé fue uno de los primeros en insertar la obra informal de Pancho Fierro —según los cánones estéticos del momento— en un repertorio patrimonial peruano entonces en pleno proceso de realización. No se sabe con certeza qué recepción tuvieron los dos álbumes de Bonnaffé en momentos de su publicación; en cambio, se observa en el último cuarto de siglo cómo acuarelas y litografías de Prugue-Bonnaffé fueron empleadas en otros proyectos editoriales con la finalidad de dar a conocer ese repertorio costumbrista, convirtiéndolo en patrimonio de Lima. Así sucedió con la publicación del libro dedicado a la capital peruana de Manuel Atanasio Fuentes, *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* (1867), y después en 1890, *Lima antigua*, editado por Carlos Prince. La dimensión documental y memorial de la obra de Pancho Fierro fue vislumbrada por los intelectuales del segundo medio siglo XIX. Así, Agustín de La Rosa Toro, autor de numerosos libros escolares a partir de los años 1860, le encargó al artista costumbrista una serie de dibujos destinados a «preservar el recuerdo de los trajes, usos y costumbres e instituciones de la época», que podrían ser útiles en el estudio. Esa serie quedó inconclusa por la muerte de Fierro. La Rosa Toro habría resuelto entonces ofrecérsela a Ricardo Palma para inspirarle tradiciones (Cisneros Sánchez, 1975, p. 155).

grabados (como la escena en el confesionario) no dejan de recordar las que ilustraron poco antes una composición de Radiguet (y estuvieron en los viajes de Lafond de Lurcy, 1843, t. II, p. 316). Resulta difícil —con los conocimientos actuales— determinar en esta producción primeriza qué parte tuvo Merino y qué parte tuvo Jourdain (y hasta el ilustrador encargado de preparar el trabajo), pero parece interesante subrayar esa cercanía en el trato de los temas.

23 Probablemente sea André Anguste Bonnaffé, comerciante bordelés instalado en Lima hacia 1848 (Riviale, 2011, p. 25).



FIGURA 2. «El biscochero»
Fuente: Bonnaffé (1857)

El advenimiento de la fotografía

En el segundo medio siglo XIX, la fotografía tendió a reemplazar el dibujo, al menos en determinados usos, especialmente con fines documentales. La sistematización de los clichés así como la duplicación indefinida de las tiradas a partir de un negativo, hechas posibles gracias a nuevas técnicas fotográficas, dejaron que los científicos imaginaran gran número de tipos físicos de individuos fotografiados en las mismas poses, con la finalidad de identificar y clasificar «tipos étnicos» de toda la humanidad. Los fotógrafos profesionales se aprovecharon en seguida de las posibilidades de esa mirada: con el fin de enriquecer sus catálogos, comprometían a algunos (tal vez conocidos en la calle) para que posaran en el taller e ilustraran diferentes tipos físicos o regionales, o bien realizaran series por oficios. También querían enviar operarios en gira al interior del Perú para reunir nuevas vistas de los paisajes, las producciones industriales (especialmente las construcciones vinculadas con los ferrocarriles) o los habitantes de las regiones visitadas. Esas fotos fueron muy bien recibidas por los viajeros, según se puede deducir del número de clichés conservados hoy en los museos etnográficos en Europa²⁴ y Estados Unidos. Aquí también, si para unos viajeros la causa de la compra fue simplemente llevar recuerdos, también hubo quienes recopilaron fotos para explotarlas al regresar a Francia.

Fue el caso en especial de Charles Wiener en su viaje científico al Perú. A ese joven profesor de idiomas de origen austriaco, el ministerio francés de Instrucción Pública le había encargado en julio de 1875 una misión arqueológica y etnográfica. Llegado al Callao en febrero de 1876, realizó un gran recorrido por el Perú hasta inicios de 1877. Al regresar a París, sus observaciones y colecciones científicas fueron premiadas por el Gobierno francés. En 1880, Wiener publicó en la casa Hachette un magnífico relato, *Pérou et Bolivie. Récit de voyage, suivi d'études ethnographiques et archéologiques et de notes sur l'écriture et les langues des populations indiennes*, ilustrado con el lujo de unos 1500 grabados y viñetas, para que los lectores visualizaran las descripciones y anécdotas referidas por el autor. Así un determinado número de personajes que el explorador supuestamente había conocido iban apareciendo en el relato con forma de grabados hechos a partir de

24 A modo de ejemplo, el Etnologisches Museum de Berlín mandó digitalizar su hermosa colección de fotos antiguas procedentes de América Latina (Fisher y Kraus, 2015). El fondo fotográfico del Leibniz Institut für Länderkunde de Leipzig —con unos tesoros fotográficos, pero pocos medios— merecería ser mejor cotizado y explotado científicamente; uno de los donantes había sido Alfons Stübel, el geólogo conocido por su gran viaje a América Latina con Wilhelm Reiss.

las fotos. Las fuentes originales que sirvieron para realizar ese hermoso objeto editorial desgraciadamente hoy han desaparecido²⁵. Una serie de datos hoy permite creer que el relato de viajes de Charles Wiener fue más bien el resultado de una construcción literaria imaginaria y no el simple reflejo de la realidad (Krauskopf, 2002; Riviale, 2003). Un ejemplo entre otros muchos es el grabado de un aguador supuestamente visto en Cajamarca (Wiener, 1993, p. 196); en realidad, se hizo a partir del retrato de un indio tomado en foto en La Paz²⁶. Esa foto parece haber conseguido mucho éxito con los viajeros, pues se vuelve a encontrar en numerosas publicaciones de fines del XIX, e incluso en el álbum de dibujo del vizconde de Saint-Genys, secretario de la legación francesa en Lima entre 1883 y 1885²⁷.

Si ese álbum está conformado sobre todo por muy hermosos y asombrosos dibujos originales, también ofrece algunas fotografías y sobre todo grabados vistos por Saint-Genys y sacados del libro de Manuel Fuentes *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres* (1867). Se comprueba que las élites peruanas se adueñaron de ese nuevo medio para reproducir y difundir las imágenes vinculadas con el costumbrismo y que se volvieron un elemento de la identidad cultural de la capital, y por tanto de alguna manera, del Perú. Vimos que, en su libro dedicado a Lima, Manuel Atanasio Fuentes incorporó un buen número de grabados²⁸, recurriendo como modelos a las acuarelas atribuidas a Pancho Fierro, así como a las litografías de Bonnaffé, lo cual significaba que las figuras típicas dibujadas por el pintor mulato, ya con cariño ya con burla, habían entrado en el paisaje cultural e histórico local. Con esas imágenes pintorescas, Fuentes relacionó las litografías más realistas hechas con los clichés de los estudios fotográficos de la capital (Maunoury, Courret, Castillo, Richardson, etc.). Se incluyó así un doble nivel de lectura de las imágenes inscritas en el libro de Fuentes, según la impresión que el autor quiso dar de los tipos representados: ya se tenía la evocación pintoresca y costumbrista de la plebe en la sociedad limeña en forma de viñetas

25 Wiener, sin embargo, donó al museo etnográfico de París una serie de clichés recopilados por oficios u otras categorías: así es como se tiene a los curanderos, arrieros, pescadores, criados, llameros, aguateros, mendigos, bandoleros... Esas fotografías hechas en talleres y compradas durante el viaje se conservan ahora en el Museo del Quai Branly, en París.

26 Una reproducción de esa foto está en el catálogo de la exposición dedicada a los alemanes Reiss y Stübel (Varios autores, 1996, p. 110).

27 Ese álbum de dibujos fue presentado en 2015 en la exposición *Curiosité(s). Un certain goût pour l'Ailleurs* en el Museo de Bellas Artes de Angers.

28 Poquísimas viñetas están firmadas, pero hay algunas que remiten a un grabador parisiense. Nos hallamos ante la situación de imágenes producidas en el Perú y que sirvieron de modelos para ser reinterpretadas por los grabadores y litógrafos europeos que las difundieron extensamente tanto en Europa como en América del Sur.

caricaturescas, ya la representación de la parte más «respetable» (de origen europeo) de la población con forma de litografías de gran tamaño, fieles a la realidad (Poole, 1997, pp. 157-163).

El análisis de Deborah Poole globalmente nos parece aceptable, no obstante, cabe apuntar que varias personalidades de la alta sociedad limeña aparecían también en dichas viñetas: bajo la entrada «vestidos nacionales» se podía también leer una descripción de la saya y del manto, ilustrada con varias figuras de tapadas, grabados también hechos a partir de fotografías (Fuentes, 1867, pp. 101-104). Se conocen numerosos ejemplos de esos clichés que llegaron a constituir parte de la «Lima de antaño», incluso para los últimos años del siglo XIX (Thorndike, 1979, p. 12). Algunos de esos grabados difundidos por Fuentes llegaron a ser retomados años más tarde por el equipo editorial de *El Correo del Perú*, semanal con vocación cultural publicado por varios miembros de la élite ilustrada del Perú civilista. En un «número extraordinario» publicado el 31 de diciembre de 1873, se inserta a plena página una composición titulada «Costumbres nacionales», donde aparecen uno tras otro «el indio bizcochero», «la fresquera ambulante», «el negro mantequero», «la rabona trasandina», «la pescadora del mercado», y junto a cada viñeta se lee un breve diálogo²⁹ que remata el costumbrismo de la estampa.

Los mismos grabados a partir de los dibujos o fotografías fueron sacados del libro de Fuentes y retomados en 1890 por Carlos Prince en una serie dedicada a la Lima antigua. En esas publicaciones, las distintas técnicas gráficas experimentadas a lo largo del siglo (dibujo, grabado, litografía, fotografía) se hallaban reunidas y puestas al servicio de un repertorio costumbrista desde ya empapado de nostalgia.

Mediante este análisis del repertorio iconográfico peruano, esperamos haber demostrado que hubo influencias recíprocas, intercambios en las dos direcciones entre el Perú y Europa (y más específicamente en este ensayo, con Francia). Las primeras imágenes relacionadas con ese repertorio, producidas en el Perú del siglo XVIII, se realizaron según las preocupaciones europeas y debieron adaptarse —a veces de modo bastante torpe, como en el caso de las acuarelas encargadas por

29 A modo de ejemplo la india granadillera pregona: «¡Señorita! Granadilla fresca», a lo cual el interlocutor contesta: «¡Ay! Hijita, ya no se usa comer fruta».



FIGURA 3. «India granadillera» en Lima
Fuente: Fuentes (1867, p. 216)

el obispo Martínez Compañón— a los cánones europeos; unos grabados franceses (publicados por Frezier) llegaron a servir a veces de modelos. La producción iconográfica peruana de inicios de siglo tuvo un verdadero éxito, puesto que los primeros compradores fueron viajeros que llevaron a casa muchas imágenes que luego sirvieron de modelos para los grabados y litografías destinados a ilustrar los relatos de viaje. Esas estampas (obras de artistas franceses o peruanos, como Merino) fueron difundidas e imitadas a nivel internacional y contribuyeron a la formación de un repertorio pintoresco ampliamente compartido. Por eso se puede considerar que el apego hacia esa iconografía de parte de la élite peruana contribuyó a valorar ese patrimonio y explotarlo con fines patrimoniales y de identidad nacional. Sin embargo, cabe observar que, si esas imágenes podían ser compartidas en ambos continentes, su percepción podía modificarse según la mirada dirigida por los distintos agentes de la historia. Si para algunos correspondían sobre todo al exotismo pintoresco y anecdótico, para otros brindaban una documentación de tipo etnográfico, y también para otras personas, ofrecían ya un reflejo nostálgico de un pasado terminado, ya un asomo de la identidad cultural de la capital del Perú.

Bibliografía

- ARCHIVES NATIONALES (2016). *Des voyageurs à l'épreuve du terrain : études enquêtes, explorations (1800-1960)*. París: Archives Nationales.
- BEAUX-ARTS (1855). *Exposition universelle de 1855. Explication des ouvrages de peinture, sculpture, gravure, lithographie et architecture*. París: Beaux-Arts.
- BONNAFFÉ, A. A. (1857). *Recuerdos de Lima. Álbum. Tipos, trajes y costumbres II*. París: Carlos Mindroit y Emilio Prugue.
- CATALAYUD, María de los Ángeles (1988). *Pedro Franco Dávila y el real gabinete de historia natural*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- CISNEROS SÁNCHEZ, Manuel (1975). *Pancho Fierro y la Lima del 800*. Lima: Librería García Ribeyro.
- D'ORBIGNY, Alcide (1836). *Voyage pittoresque dans les deux Amériques. Résumé général de tous les voyages*. París: L. Tenré.
- DUPERREY, Louis (1825-1828). *Voyage autour du monde, exécuté par ordre du Roi, sur la corvette de Sa Majesté, La Coquille, pendant les années 1822, 1823, 1824 et 1825*. París: Arthus Bertrand.

- FISCHER, Manuela y Michael KRAUS (eds.) (2015). *Exploring the Archives. Historical Photography from Latin America. The Collection of the Ethnologisches Museum Berlin*. Colonia / Weimar / Viena: Böhlau Verlag.
- FUENTES, Manuel Atanasio (1867). *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. París: Firmin Didot.
- KERROS, Tugdual de (2004). *Journal de mes voyages autour du monde, 1852-1855*. Saint-Thonan: Cloîtres.
- KRAUSKOPF, Gunther (2002). *Tres viajeros europeos precientíficos en Bolivia del siglo XIX: Fallb, Wiener y Ber*. La Paz: Instituto de Arqueología Boliviana de la Universidad San Francisco de Asís.
- LACROIX, M. de (1843). *L'Univers. Histoire et description de tous les peuples. Pérou*. París: Firmin Didot Frères.
- LAFOND DE LURCY, Gabriel (1843). *Voyages autour du monde et naufrages célèbres (3 tomos)*. París: Pourrat.
- LESSON, René-Primevère (1838-1839). *Voyage autour du monde, entrepris par ordre du gouvernement ; sur la corvette La Coquille*. París: N.-J. Gregoir, V. Wouters et C^{ie}.
- MACERA, Pablo, ARTURO JIMÉNEZ BORJA e IRMA FRANKE (1997). *Trujillo del Perú. Baltazar Jaime Martínez Compañón, acuarelas, siglo XVIII*. Lima: Fundación Banco Continental.
- MAJLUF, Natalia y Marcus B. BURKE (2008). *Tipos del Perú. La Lima criolla de Pancho Fierro*. Madrid: El Viso / The Hispanic Society of America.
- MAJLUF, Natalia (1997). «Ce n'est pas le Pérou» or, the Failure of Authenticity: Marginal Cosmopolitans at the Paris Universal Exhibition of 1855». *Critical Inquiry*, 23(4), 868-893.
- MORGAT, Alain (2005). *Le tour du monde de La Coquille. 1822-1825*. París: Gerfaut.
- MUSÉES D'ANGERS (2015). *Curiosité(s). Un certain goût pour l'Ailleurs*. Angers: Musée d'Angers
- PETIT-THOUARS, Abel Aubert du (1840). *Voyage autour du monde sur la frégate La Vénus, pendant les années 1836-39, publié par order du roi, sous les auspices du ministre de la marine (4 volúmenes)*. París: Gide.
- PINO DÍAZ, Fermín del (2014). «Lecturas tempranas norteamericanas de las crónicas de Indias españolas: un recuerdo personal». En Francisco Castilla Urbano (ed.), *Discursos legitimadores de la conquista y colonización de América* (pp. 59-74). Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- POOLE, Deborah (1997). *Vision, Race and Modernity. A Visual Economy of the Andean Image World*. Princeton: Princeton University Press.
- PRINCE, Carlos (1890). *Lima antigua. Tipos de antaño; Fiestas religiosas y profanas; La limeña y otros tipos de antaño*. Lima: Imprenta del Universo.

- RADIGUET, Max (1852). «Les gens de médio pelo et les esclaves au Pérou». *L'Illustration*, 407-409.
- REISS, Wilhelm y Alphons STÜBEL (1996). *Tras las huellas. Dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República.
- RIVIALE, Pascal (1996). *Un siècle d'archéologie française au Pérou (1821-1914)*. París: L'Harmattan.
- RIVIALE, Pascal (2001). «Léonce Angrand. Le charme discret d'un collectionneur américaniste». *Alma*, 2, 28-34.
- RIVIALE, Pascal (2003). «Charles Wiener o el disfraz de una misión lúcida». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 32(3), 539-547.
- RIVIALE, Pascal (2009). «La etnografía pintoresca de los viajeros a las Américas durante la primera mitad del siglo XIX». En Fermín del Pino Díaz, Pascal Riviale y Juan José Villarías Robles (eds.), *Entre textos e imágenes. Representaciones antropológicas de la América indígena* (pp. 181-191). Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- RIVIALE, Pascal (2011). «Entre lo pintoresco, el costumbrismo y la etnografía: relaciones e influencias recíprocas en las artes gráficas peruanas y francesas en el siglo XIX». *Histoire(s) de l'Amérique latine*, 6. Recuperado de <http://www.hisal.org/?journal=revue&page=article&op=view&path%5B%5D=Riviale2011-6-1&path%5B%5D=119>.
- RIVIALE, Pascal (2016a). *Des voyageurs à l'épreuve du terrain. Études, enquêtes, explorations (1800-1960)*. París / Pierrefitte: Musée des Archives nationales.
- RIVIALE, Pascal (2016b). «Amedee Chaumette des Fosses: primer consul general de Francia en el Perú». En Natalia Majluf (ed.), *La creación del costumbrismo. Las acuarelas de la donación Juan Carlos Verme*. Lima: Museo de Arte de Lima / Instituto Francés de Estudios Andinos.
- SKINNER, Joseph (1805). *The Present State of Peru... The whole drawn from original and authentic documents, chiefly written and compiled in the Peruvian Capital; and embellished by twenty engravings of costumes, etc.* Londres: Printed for Richard Phillips.
- SOTOS SERRANO, Carmen (1982). *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina*. Madrid: Real Academia de la Historia.
- TERALLA Y LANDA, Esteban de (1854). *Lima por dentro y fuera*. París: A. Mézin.
- THORNDIKE, Guillermo (1979). *Autorretrato. Perú 1850-1900*. Lima: Promoinvest.
- VARIOS AUTORES (1996). *Tras las huellas. Dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República / Biblioteca Luis Ángel Arango.
- VARIOS AUTORES (2002). *Figuras transparentes. Tipos y estereotipos del Perú decimonónico*. Madrid: Museo de América.
- VERNE, Jules (1852). *Martín Paz*. Le Musée des Familles

- VILLEGAS, Fernando (2011). «El costumbrismo americano ilustrado: el caso peruano. Imágenes originales en la era de la reproducción técnica». *Anales del Museo de América*, 19, 7-67.
- VIMONT, Yves Thomas René (2015). *Le voyage du Bordelais. Le tour du monde d'un jeune Breton, chirurgien de la marine (1816-1819)*. Besanzón: La Lanterne Magique.
- WAHLEN, Auguste (1844). *Moeurs, usages et costumes de tous les peuples du monde, d'après des documents authentiques et les voyages les plus récents* (volumen 4). Bruselas: Librairie historique-artistique.
- WIENER, Charles (1993). *Perú y Bolivia*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Lima y sus alrededores de Camille Pradier-Fodéré (1897). Un testimonio sobre la capital peruana antes de la guerra con Chile

Víctor Arrambide Cruz

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

RESUMEN

En 1897, Camilo Pradier-Fodéré publicó en París *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*, una descripción de la capital peruana y las costumbres de sus habitantes en el quinquenio anterior a la guerra con Chile. En el tiempo en que Pradier-Fodéré vivió en Lima (1874-1880), la ciudad estaba en un proceso de transformaciones urbanas y sociales, producto de la era del guano. Este artículo busca reconstruir la vida del autor en el Perú y analizar la obra, rescatando la importancia como testimonio de su época.

Palabras clave: Viajeros franceses, Pradier-Fodéré, Lima, siglo XIX, costumbres peruanas

RÉSUMÉ

En 1897, Camille Pradier-Fodéré publie à Paris *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*, c'est une description de la capitale péruvienne et des coutumes des habitants pour les cinq années précédant la guerre du Pacifique. À l'époque où Pradier-Fodéré vécut à Lima (1874-1880), la ville connaissait un processus de transformations urbaines et sociales, résultant de l'ère du guano. Cet article vise à reconstruire la vie de l'auteur au Pérou et à analyser son ouvrage, en mettant en évidence l'importance de ce témoignage.

Mots clés : Voyageurs français, Camille Pradier-Fodéré, Lima, XIX^e siècle, mœurs péruviennes

ABSTRACT

In 1897, Camille Pradier-Fodéré published in Paris *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*, a description of the Peruvian capital and the customs of its inhabitants in the five-year period before to the War with Chile. At the time Pradier-Fodéré lived in Lima (1874-1880), the city was in a process of urban and social transformations as a result of the guano era. This article aims to reconstruct the life of the author in Peru and analyze his book, highlighting the importance of this testimony.

Keywords: French travellers, Camille Pradier-Fodéré, Lima, 19th century, peruvian customs

Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes fue un libro publicado por Pradier-Fodéré en París en 1897. Resulta un interesante testimonio de los años finales de aquella «época dorada» que vivió la ciudad gracias a las ganancias del guano y que terminó con la guerra con Chile. La importancia de esta obra radica en que presenta una imagen amante y crítica de la ciudad y sus habitantes, así como datos e impresiones sobre el Perú en general, que dan otra perspectiva a las visiones de otros viajeros.

En primer lugar, se presenta cómo fueron los cambios urbanos y sociales en la ciudad gracias a la venta del guano. Seguidamente, se hace una reseña biográfica del autor, para explicar cuáles fueron las causas de su llegada al Perú y cómo fue su estancia en el país. En tercer lugar, se presentan algunas características de la obra y su publicación. Finalmente, se brinda un panorama general de la obra, resaltando algunos pasajes como muestra de la forma en que Pradier-Fodéré recordaba a la capital del Perú.

Lima y la era del guano

Como señala Paul Gootenberg (1998, p. 93), desde mediados de la década de 1850 y comienzos de la década siguiente, la economía peruana se caracterizó por el triunfo del liberalismo exportador, gracias a la demanda mundial por el guano peruano. La venta de este producto aumentó con el pasar de los años, hasta llegar a los \$ 20 millones anuales en la década de 1860. La explotación del guano cambió la economía pública, porque influyó en la conformación del primer presupuesto de la república, en 1845, y la supresión de los ingresos fiscales que mantenía el tesoro público desde inicios de la República, sobre todo el de las contribuciones personales (Tantaleán Arbulú, 2011, p. 39). Terminada la época más cruenta del caudillismo, las élites políticas y sociales percibieron la necesidad de tener un Estado fuerte y centralizado, capaz de emprender las reformas necesarias que lleven al país hacia el progreso. Con las rentas del guano, el Estado peruano tuvo el dinero suficiente para iniciar una serie de reformas y obras públicas, además de reconstruir su alicaído aparato estatal (Mc Evoy, 1997, p. 25).

Las principales obras públicas se ejecutaron en la capital, con una serie de proyectos de intervención en la urbe, en los que la élite modernizante no solo buscaba mejorar la infraestructura, sino que pretendía «recuperar» la ciudad (Ramón, 1999, p. 49). En la década de 1850, se iniciaron los grandes cambios

para Lima. A inicios de esa década, los habitantes de la ciudad vieron cómo el viejo hospital San Juan de Dios fue convertido en la primera estación del tren de Sudamérica con destino al Callao. En 1852, se inauguró el Mercado Central, en el lugar que funciona actualmente, para alojar allí a todos los comerciantes que se encontraban en las plazas públicas. En 1855, las noches de Lima empezaron a alumbrarse con gas. En 1858, se estableció la línea hacia Chorrillos y se inauguró el monumento a Bolívar en la plaza de la Inquisición. A finales del decenio, se inauguró el manicomio en el Cercado y se empezó a construir la penitenciaría cerca de la puerta de Guadalupe, que empezó a funcionar en 1862. También se decidió por el cambio del nombre de las calles. Se quiso dejar atrás los nombres peculiares con que se conocía a cada cuadra de la ciudad, y adoptar un patrón único: el uso de jirones con el nombre de departamentos, provincias y ríos del país. No obstante, en la práctica, hasta muy entrado el siglo xx, se seguían utilizando los antiguos nombres (Ramón, 1999, pp. 95-100).

La transformación de Lima tomó un fuerte impulso con el gobierno de Balta, cuando se concibió un plan para transformar la capital a semejanza de lo sucedido en París durante el gobierno de Napoleón III, obra del prefecto parisino, el barón Haussmann (1853-1870). La transformación de la capital francesa —de una ciudad incómoda a una metrópoli moderna— fue imitada por varias ciudades, incluyendo Lima. Es por ello que se dispuso el derrumbe de las antiguas murallas, construidas en el siglo xvii, y su reemplazo por amplios bulevares. Además, en el proyecto urbano se estipulaba el ensanchamiento de calles, la construcción de puentes sobre el río Rímac (donde solo se construyó el puente Balta) y la creación de nuevos espacios públicos como el jardín botánico y el Parque de la Exposición, entre otros. Este proyecto urbano de Lima se puede apreciar en el plano que elaboró el ingeniero Luis Sadá en 1872. En ese contexto, y con el advenimiento del cincuentenario de la independencia del Perú en 1871, el país tuvo la oportunidad para mostrar al mundo el «progreso» experimentado. Debido también a ello se realizaron las exposiciones nacionales de 1869, en la Escuela de Artes y Oficios (hoy Colegio Real de San Marcos), y de 1872, en el Palacio de Exposición, construido a extramuros de la ciudad.

La transformación de la urbe vino acompañada de cambios en las costumbres de sus habitantes. Progresivamente, viejos hábitos coloniales fueron dejados de lado por la moda proveniente de Europa, incrementándose el consumo de perfumes, ropa y telas. El caso más emblemático fue sin duda la desaparición de la tapada frente a los vestidos provenientes de Francia. Asimismo, los nuevos espacios

públicos produjeron profundos cambios en la relación entre las clases sociales, en la medida que hubo una reafirmación de la élite como agente civilizatorio frente a la plebe (Águila, 2003, pp. 133-134 y 145). La «era dorada», como la denominan Juan Günther Doering y Guillermo Lohmann Villena (1992, pp. 209-211), terminó con la guerra con Chile, y tuvo que esperarse hasta fines del siglo antes de que volvieran a ejecutarse importantes obras para la ciudad.

Como se puede apreciar, la era del guano está marcada por una fuerte influencia de Francia. En efecto, entre 1850 y 1870, la predilección por lo francés fue muy fuerte en América Latina. Además, el Segundo Imperio Napoleónico había iniciado una política de financiamiento de viajes de investigación científica que llegaron a esta parte del mundo, incluido el Perú (Riviale, 2000, p. 113). La enseñanza universitaria en la filosofía, la medicina, el derecho y las ciencias políticas se nutría de lo que se publicaba en Francia, y muchos escritores peruanos publicaron sus obras en las imprentas de París (Núñez, 1997, pp. 11-13). Como parte de este intercambio cultural, a mediados de la década de 1860, se empezó a publicar en Lima la obra de un profesor de la Escuela Libre de Ciencias Políticas de París, que tuvo una buena acogida. Su nombre respondía a Paul Pradier y llegó al Perú en 1874 junto a su familia, entre ellos, su hijo Camille.

Camille Pradier-Fodéré (1854-1935)

Adrián María Camilo Pradier nació en París el 24 de noviembre de 1854¹. Cuando llegó al Perú contaba con 20 años. Su padre, el connotado jurista Paul Pradier-Fodéré² fue contratado por el gobierno de Manuel Pardo en 1874, para que organizara la Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas de la Universidad de San Marcos. Esta misión respondió a la necesidad del Estado peruano de conformar un cuerpo de funcionarios con una sólida formación, con miras a mejorar la administración pública. También participaron del viaje la madre de Camille, Marie-Agustine Moullard, y su abuela paterna, Marie-Cécile. Manuel Atanasio

1 La fecha de su nacimiento se menciona en Pedone (1897, p. 161) El hecho de utilizar el nombre de Camille ha confundido a algunos autores, que lo consideraban como hija de Paul Pradier.

2 Paul Pradier (1827-1904) fue un importante académico francés autor de muchos tratados de derecho administrativo y ciencias políticas. Algunas de sus obras fueron traducidas en el Perú por Manuel A. Fuentes en la década de 1860, convencido de implementar la doctrina del derecho administrativo francés. Cuando estaba próxima su llegada, Fuentes, que en aquel entonces editaba *La Gaceta Judicial*, redactó una nota sobre Paul Pradier, adhiriendo a cada ejemplar una fotografía del futuro decano, una práctica desconocida en los periódicos de aquel entonces.

Fuentes, uno de los gestores de la traída de Paul Pradier al Perú, y que seguro conoció cuando el primero y su familia radicaron en París entre 1866 y 1867, alojó a los Pradier por un tiempo en su casa, en los altos del local de la imprenta del Estado, hasta que se ubicaron finalmente en una casa en el barrio de San Marcelo.

Camille se matriculó en la Facultad creada por su padre en 1875, como parte de la primera promoción³, y obtuvo el grado de bachiller en 1877 con la tesis *De los derechos y deberes de las Naciones en tiempo de Paz, en tiempo de Guerra, y en el estado de neutralidad*, sustentada ante su propio padre, decano de la Facultad, aunque este, por obvias razones, se abstuvo de votar⁴. Ese mismo año, se casó con Dominga Molina Torres⁵ y fue nombrado secretario de la Dirección de Estadística, que estaba bajo la dirección de Manuel Atanasio Fuentes. En 1878, presentó su tesis de licenciatura titulada *Los deberes principales de los agentes diplomáticos*, y obtuvo el grado de doctor con la tesis *Legislaciones diversas sobre el matrimonio*, siendo el primer estudiante de la nueva facultad en llegar a ese grado. Por ello se le otorga la plaza de profesor adjunto de Derecho Internacional Privado en la facultad que dirigía su padre (Ribeyro, 1878, pp. 380-381). A pesar de la intención de la familia de vivir permanentemente en el Perú, la guerra con Chile sería un factor que cambiaría sus planes. Paul Pradier dejó de ser decano en San Marcos al finalizar el período académico de 1879 y, al siguiente año, la familia, excepto la abuela que murió en Lima, retornó a Francia.

Camille y su padre apoyaron en los tribunales europeos la causa peruana⁶. En 1881 se casó en París con Marie Adrienne Pauline Fodéré, de quien se divorció en 1901. Colaboró con su padre en algunos trabajos para la publicación de su monumental obra *Tratado de derecho internacional* (1885-1906) y desarrolló una carrera como juez, primero como sustituto en Montbrison, en 1889, y luego como juez principal del Tribunal de Saint-Etienne desde el 23 de octubre de 1894 (Pedone, 1897, p. 161). Durante el ejercicio de este cargo publicó *Lima et*

3 Camille se matriculó con el nombre castellanizado de Camilo Pradier. Uno de sus compañeros de aula sería Manuel Abelardo Fuentes, tercer hijo del conocido «Murciélagu». Archivo Histórico Domingo Angulo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Libro de Alumnos. Libro Matrícula. Registro 1875-1880. Caja 120 365/380.

4 Archivo Histórico Domingo Angulo de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Facultad de Ciencias Políticas y Administrativas. Expedientes de Grados. Expedientes de Grados y Tesis. Solicitud, certificado, tesis, recibo, actas 1877. Caja 121 419/395. El jurado estuvo compuesto por Ramón Ribeyro, Antenor Arias y Manuel Aurelio Fuentes.

5 Archivo General de la Nación. Registros Civiles. Registros de matrimonios, 1877, f. 83. No se han encontrado más datos referentes al destino de este matrimonio.

6 Es célebre el libro de Paul Pradier *Le Chili et le droit des gens: Extrait du journal l'Amérique*, publicado en 1883, sobre los vejámenes cometidos por las tropas chilenas a los ciudadanos peruanos.

ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes (1897). Allí, en la capital del departamento de Loira, llegó a ser vicepresidente del Tribunal Civil condecorado con la Legión de honor. Se casó por tercera vez en 1922, con Antoinette Giraud. Murió en Saint-Etienne el 18 de diciembre de 1935⁷.

Características de *Lima y sus alrededores*

Lima et ses environs o *Lima y sus alrededores* es una pormenorizada descripción de la capital del Perú, dirigida al público francés. La obra consta de 21 capítulos, escritos en un lenguaje sencillo, donde nos habla de la geografía del valle de Lima, los campos que rodean la urbe, los poblados cercanos a la capital, los monumentos públicos, los edificios religiosos, las características de la población, sus costumbres, sus fiestas cívicas y religiosas, las comidas y bebidas nacionales, los trajes, las creencias populares, las curiosidades y los personajes pintorescos⁸. Si bien esta narración se centra en los años en que Camille Pradier-Fodéré estuvo en Lima (1874-1880), hay referencias a sucesos anteriores y posteriores a su estadía en la capital, como la ocupación chilena. Evidentemente, escribe desde la nostalgia, recordando el lugar «donde había pasado los años más felices» de su vida. Por eso el tono es amistoso con la ciudad. Macera (1999) considera que Pradier-Fodéré tiene un exceso de identificación con la ciudad; de esa manera, su obra parece escrita por algún peruano (p. 85). La visión de la capital peruana no fue unánime entre los viajeros que llegaron a visitarla, algunos se mostraron reacios a la extranjerización de la población que dejaba atrás sus costumbres, y otros, a pesar de las nuevas obras públicas, la consideraban fea y sucia. En cambio, Pradier-Fodéré siempre fue un defensor entusiasta de la ciudad (pp. 108-110).

¿Por qué esa defensa entusiasta de la ciudad? ¿Qué motivó a Camille Pradier-Fodéré para escribir sobre la ciudad y sus habitantes luego de dieciséis años?

7 Algunos datos biográficos de Pradier-Fodéré en Francia fueron proporcionados por Douglas Siler, del fórum de James Pradier (www.jamespradier.com). James Pradier fue un reconocido escultor francés que era primo de Paul Pradier. Se tiene información de que Camille tuvo una hija que nació en 1882, cuyo nombre fue Émilie Camille Marie Émilina, pero de allí no se cuenta con más información.

8 La obra se divide en los siguientes capítulos: 1. «Lima, por la mañana»; 2. «Lima, por la tarde»; 3. «Los monumentos de Lima»; 4. «Iglesias y conventos»; 5. «La población de Lima»; 6. «Los paseos en Lima»; 7. «Los alrededores de Lima»; 8. «El carnaval en Lima»; 9. «Los funerales en Lima»; 10. «Los *Angelitos* en Perú»; 11. «Las procesiones en Lima»; 12. «Fiestas religiosas y nacionales»; 13. «La civilidad en Perú»; 14. «Costumbres monacales»; 15. «Las corridas de toros y las peleas de gallos»; 16. «Comidas del país - Bebidas nacionales»; 17. «Vestimentas - Costumbres y uniformes»; 18. «Soldados y *Rabonas*»; 19. «Supersticiones y creencias populares»; 20. «Las plagas del Perú»; y 21. «Otras penalidades».

Planteo como hipótesis que la intención del autor es mostrar una buena imagen del país luego de los sucesos en Lima entre el 17 y 19 de marzo de 1895, que fueron de conocimiento de la opinión pública en Francia a través de los cables internacionales⁹. En esos días la capital limeña se convirtió en el escenario de una encarnizada lucha entre pierolistas y caceristas, que dejó un saldo de más mil muertos regados por las calles y más de dos mil heridos en hospitales (Basadre, 2005, pp. 11 y 24). Camille, enterado de los sucesos, sea a través de la prensa o de la correspondencia con amigos de Perú, se propuso escribir una obra donde contaría sus vivencias de juventud y daría a conocer algunas características del país que no se conocían y que, según él, demostraban que el Perú podía ponerse a la par con cualquier civilización de Europa:

Su clima delicioso, las costumbres dulces y hospitalarias de sus habitantes, su bella capital, que no tiene nada que envidiar a las grandes ciudades europeas, su civilización, parecida en general, a la de los países más cultos del antiguo Continente... Europa no sabe nada del Perú, ni de su cielo, ni de sus costumbres, ni de sus instituciones, ni de su sociedad, ni de todo lo que constituye, en una palabra, la vida propia de ese país. (Pradier-Fodéré, 1897, pp. VII-VIII)

La obra pudo haberse concluido entre 1896 y 1897. Primero, porque en varias líneas se remite a la ley electoral de 1896, promulgada el 20 de noviembre de dicho año, que establecía una serie de restricciones para que la mayoría de la población no pudiera votar, en especial la indígena por ser analfabeta, y que, a opinión del autor, suprimía los escándalos de las elecciones de ese siglo (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 436-437); y segundo, por una nota publicada en julio de 1897 en *Le Salut Public*¹⁰ donde se reseñaba la obra. Así, lo más probable es que habría salido de las imprentas en junio de dicho año. No se descarta que mucho del material utilizado en el libro haya provenido de algún diario personal escrito durante la estadía en el Perú, pero al carecer de noticias sobre sus archivos personales solo lo podemos dejar como hipótesis.

9 Los sucesos de la guerra civil de 1894-1895 llegaron a los principales periódicos de Francia, narrándose «los sangrientos combates» entre ambas facciones. En 1895, extensos artículos se publicaron, por ejemplo, en el *Journal des débats politiques et littéraires* del 15 de marzo de 1895, y en la *Revue Diplomatique* del 24 de marzo. A los pocos días de decretarse el fin de las hostilidades, luego de la toma de la capital, medios parisinos como *Le Matin* o *La Croix* referían los primeros cables que llegaban a través de Buenos Aires.

10 *Le Salut Public*. Lyon, 3 de julio de 1897.

¿Pradier-Fodéré fue un viajero? Pablo Macera y Estuardo Núñez consideran que Pradier-Fodéré más que un viajero es un cronista, aunque el segundo considera que se le incluye en los viajeros por su carga costumbrista y su capacidad de observación:

La obra de Pradier-Fodéré [...] constituye un trabajo minucioso, no exento de notas irónicas o de agudezas. Frente a las vaciedades y lugares comunes de los viajeros coetáneos constituye un libro útil, ponderado, con información de primera mano y seguro criterio de apreciación. (Núñez, 1989, p. 579)

Tal como lo señala Núñez, la obra está relacionada con el costumbrismo, en específico, con el cuadro de costumbres, tal como lo señala el subtítulo (*Tableaux de mœurs péruviennes*). Un cuadro de costumbres es una forma literaria caracterizada por ser un relato breve en prosa, donde se retratan las costumbres y hábitos característicos de una sociedad, combinando humor, sátira y afinidad por temas actuales, y que parecen ser escritas más por el placer de reconstruir un ambiente que por contar un suceso (Cornejo Polar, 2001, pp. 14-15; Watson, 1980, p. 9). La obra de Pradier-Fodéré presenta todos estos elementos. Aunque no alude a otros autores, no es de extrañarnos que en su forma de escribir no solo haya influido el costumbrismo francés, sino también el peruano, donde Manuel Atanasio Fuentes fue uno de sus principales expositores. La influencia del Murciélago se dio por la estrecha relación amistosa y laboral con Pradier-Fodéré, y por su producción sobre la capital peruana, en especial por *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*, cuya primera edición fue en francés, en 1867 (algunos datos de Pradier-Fodéré al parecer fueron sacados de ese libro). Entre otras fuentes de información, podemos considerar a las *Tradiciones peruanas*, de Ricardo Palma (cuya primera serie apareció en 1872), y al periódico *La Broma*, publicado entre 1877 y 1878, con artículos de Manuel Atanasio Fuentes, Ricardo Palma, Juan de Arona, Acisclo Villarán, etc.

En cuanto al editor, *Lima et ses environs* se publicó en París por la casa editorial de Auguste Pedone. Fundado en 1836, este establecimiento se dedicaba a obras relacionadas con el derecho internacional y la historia diplomática¹¹. En 1894, había iniciado la publicación de la *Revue générale de droit international public*, donde uno de los patrocinadores era Paul Pradier. El connotado jurista

11 En la actualidad, la editorial Pedone funciona en París, en el mismo local que en el siglo XIX, en el centro del Barrio Latino.

publicaría en ese mismo lugar su *Tratado de derecho internacional*. Este vínculo fue determinante para que Camille Pradier-Fodéré escogiera esa casa para la publicación de su libro. Sin embargo, al parecer Pedone solo se encargó de la parte final del trabajo, porque en el verso de la anteportada y al final del índice se lee «Lyon - Imprimerie Mougin-Rusand», lo que indicaría que el texto fue impreso en dicha ciudad¹².

Sobre la recepción de la obra, se ha encontrado la nota anteriormente referida en *Le Salut Public*, publicado en Lyon. En esta se destacan los detalles históricos, científicos y anecdóticos, escritos con talento y mucho humor:

Después de la lectura del libro de M. Pradier-Fodéré, parece que habitamos en Lima. El escenario es escrito con una precisión minuciosa que no perjudica a la poesía y a la originalidad de las descripciones. En este escenario, vemos evolucionar la ciudad, los jueces, los militares, los políticos, los aristócratas, los comerciantes y los industriales. Asistimos a las elecciones, a las revistas, a las fiestas, a los banquetes, a las cabalgatas, a la caza, a las corridas de toros. Podemos apreciar el lujo de los coches y de los baños, los enjaezamientos de los caballos, los baños de mujeres, el menú de los almuerzos y el entusiasmo de los bailes.¹³

Aún es tarea pendiente encontrar alguna nota sobre la recepción de esta obra en el Perú. Se tiene conocimiento de que han sido utilizadas algunas de sus páginas para contar anécdotas sobre la vestimenta y los alimentos típicos de la capital. Asimismo, se han traducido algunos extractos de la obra en compilaciones sobre viajeros franceses y los alrededores de Lima¹⁴.

12 La historia de la casa Mougin-Rusand comienza con Mathieu Placide Rusand (1768-1839), quien empezó con la edición de obras clásicas y de religión a partir de 1783. Su yerno adquirió imprentas y licencias, y gestionó la casa Mougin-Rusand. A su muerte, su esposa, Euphrosine Rusand se encargó del establecimiento hasta 1855. El hijo, Benoît Paul Mougin-Rusand (1838-1897), fue quien trabajó la impresión de *Lima et ses environs*.

13 *Le Salut Public*. Lyon, 3 de julio de 1897.

14 Zapata (2008, p. 161) traduce un extracto de la obra de Pradier-Fodéré donde narra como la comida criolla fue desplazada por la gastronomía francesa entre las élites, pero permaneció en las familias más tradicionales y de escasos recursos. Ver: Macera (1999, pp. 343-345) y Rivera Martínez (2006, pp. 98-104).

Lima según Pradier-Fodéré

«Aquel que recorre, la mañana, las calles de Lima, goza de un espectáculo pintoresco». Así comienza Pradier-Fodéré (1897) sus apreciaciones sobre la capital del Perú. En los primeros capítulos («Lima, por la mañana» y «Lima, por la tarde») nos presenta un panorama general de la capital y su valle, que le permite a la ciudad «una atmósfera fresca y pura»:

Es una inmensa meseta, grandiosa terraza, que se avanza a una altura de alrededor de 80 pies sobre el nivel del mar, y que, barrida por las brisas venidas del océano, y quemada por los ardientes rayos de sol, es rebelde a toda vegetación. No se encuentra, por tanto, ni verdura, ni sombra, ni frescor, mas solamente una naturaleza salvaje y calcinada. Se diría que un huracán de arena se ha precipitado sobre esta parte de la costa, ha hecho los caminos difíciles dándoles un suelo movedizo, y ha dejado su polvorienta huella sobre algunas *chacras* diseminadas acá y allá, así como sobre los árboles de los caminos, sobre la hierba de las praderas, y ha pasado sobre todo el paisaje como un barniz de desolación. (p. 125)

Su narración fresca nos lleva a esa Lima que aún no pasaba los límites de la muralla y estaba rodeada de haciendas y ríos. Nos cuenta cómo uno podía levantarse y desde las grandes mansiones de la ciudad podía apreciar las dos barreras naturales que protegían la ciudad: el mar «extendido y grandioso en su sublime belleza» y la cordillera «triste, abrupta y rocosa». Luego salimos de Lima para dirigirnos al Callao, el puerto principal del Perú. Desde ese lugar aprecia «la roca alargada» frente a esta, la isla San Lorenzo, habitada solo por unos pocos pescadores, que más sirve como un refugio de bandas considerables de focas, focas comunes y aves marinas. De allí camina hacia el sur, por una costa «uniforme» que es interrumpida por el «Cerro» de Chorrillos (el Morro Solar). En esta costa es donde se encuentran los poblados de La Punta, Magdalena, Miraflores, Barranco y Chorrillos. Desde el valle de Lima, con dirección a la ciudad, se pueden ver las primeras ramificaciones de la cordillera, donde el cerro San Cristóbal, «un cerro en forma de cono, una montaña siniestra, pedregoso y de polvo negro», se muestra imponente frente a la ciudad, y en la base de este, la pampa de Amancaes (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 1-5)

Luego de su periplo por las afueras de la ciudad, el relato regresa a la urbe, de la que nos cuenta:

Sus calles derechas, bien cortadas, que se cruzan con una regularidad perfecta, sus construcciones confortables y originales, que le dotan de un carácter oriental, sus monumentos, sus plazas, sus iglesias, le dan un sobrecogedor pero monótono aspecto. (p. 6)

Entre las construcciones eclesiásticas menciona a la torre octogonal de Santo Domingo, la más alta de la ciudad; la gruesa torre de San Agustín y la torre de La Merced. En el barrio de Abajo el Puente, a donde se llega luego de cruzar el arco del puente, con su frase «Dios y Patria», y el puente de piedra, están las iglesias de San Francisco de Paula, San Lázaro y la tradicional alameda de los Descalzos («ordenados con pinos de altura prodigiosa»).

Lima era una ciudad donde los edificios más altos eran las torres de las iglesias. Así lo menciona él al referirse a las dos torres de tejas rojas de San Pedro, la Catedral, San Sebastián, San Marcelo, Santa Rosita de las Monjas, la Recoleta, etc. Pero esta arquitectura colonial, con la etapa de modernización de la ciudad, pronto se vería desplazada por los nuevos edificios públicos, como la penitenciaría («que sigue por su construcción el modelo de las prisiones más célebres de los Estados Unidos»), y el Palacio de la Exposición, al que considera la construcción de mayor riqueza y de mejor gusto: «el más bello edificio de Lima». Luego describe a los animales del zoológico y destaca a «Pancho» un elefante imponente y gracioso, que estaba atento a las órdenes de su cuidador. También le dedica unas líneas a la estación de Monserrate, donde habla de la obra del estadounidense Henry Meiggs y la importancia de los ferrocarriles para el progreso del país.

Como varios de los viajeros del siglo XIX, al jurisperito francés le llamaron la atención los personajes pintorescos de Lima, a quienes les dedicó varias líneas, describiendo con detalle las actividades que realizaban e incluso cómo iban vestidos: el arriero que transporta la alfalfa; la lechera, «una india que viene de la campiña llevando leche a las casas»; el panadero, que porta «dos enormes fuentes, cuya estructura de madera está cubierta con una piel extremadamente dura y tensa como un tambor (capachos)»; la tisanera, «una negra con una barba blanca, cara malhumorada, hablando sola, fumando un cigarro largo y llevando en la cabeza una jarra de gres llena de té de cebada»; el aguador, «vestido de una camisa en la que uno siempre ve el escapulario de Nuestra Señora del Carmen»; el bizcochero, portando una tabla sobre su cabeza; y de otros muchos empleos que iban desapareciendo por el cambio de vida en la ciudad. Tal como señala Macera, Pradier-Fodéré hace agudas observaciones sociológicas, al dedicar unas

líneas sobre las bondades de los indios y la fortaleza de los negros para los trabajos manuales.

Es crítico cuando se refiere al papel que cumplen estos en la época de las elecciones:

Unas semanas antes del domingo fijado para la votación, bandas de negros y de *zambos*, tantos como partidos políticos habían que les pagaban y los emborrachaban con el *aguardiente*, circulando amenazantes en la capital [...] Los adoquines volando, la lucha se hizo feroz, se dejaban inconscientes, la sangre fluía, la calle estaba llena de muertos y heridos, y cuando el partido más fuerte, más violento, había conseguido eliminar urnas, se coloca solo sus boletines y la elección había terminado. (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 433-435)

Por otra parte, como antiguo alumno de la Universidad de San Marcos, dedica algunos párrafos a su antigua casa de estudios. Allí presenta las bondades del establecimiento, con cierto aire de nostalgia:

El claustro de San Carlos [...] es uno de los más grandes monumentos de Lima [...] pertenece actualmente a la Universidad de San Marcos, que ha reunido en sus paredes diversas Facultades [...] [cuenta con] patios espaciosos, organizados en jardines, en los cuales los estudiantes vienen a estudiar, y que contrastan agradablemente con la austeridad del lugar. (p. 43)

La universidad en aquellos años contaba con las facultades de Jurisprudencia, Ciencias Políticas y Administrativas, Letras y Ciencias. La Facultad de Medicina ocupaba el Colegio de San Fernando, en la Plaza de Santa Ana. Cada mañana, el «antiguo templo de silencio y retiro recibe a los estudiantes de las diversas Facultades», a quienes consideraba como una «tropa amable, inteligente, entusiasta y brillante» (p. 379). El salón general era el más importante del antiguo claustro carolino. Allí, en presencia del presidente de la república y los ministros de Estado se realizaban «las sesiones tan imponentes y tan concurridas de la apertura y la clausura de los años escolares». Los recuerdos de la universidad, y de otros edificios públicos, van acompañados de denuncias por las atrocidades de la tropa chilena cuando ocuparon la capital:

Un gran laboratorio reunía, antes del pillaje chileno, todos los instrumentos de la Facultad de Ciencias. Había también una muy rica biblioteca. Bonitos salones, decorados y amoblados con el más grande lujo, y en las cuales la Universidad tiene sus juntas, también fueron muy admirados. Los chilenos robaron y destruyeron todas estas riquezas. (p. 44)

En efecto, las consecuencias de la guerra están presentes en su discurso, por ejemplo, al describir cómo era el poblado de Miraflores, que fue escenario de la última batalla de la defensa de la capital:

Siguiendo la calle que va de la plaza del mercado a la iglesia, se llega a una tercera plaza sombreada, sirviendo de explanada al *rancho* cuyo parque posee los espléndidos pinos que, saliendo de Lima, producen en la lejanía pintoresco efecto. Apoyándose sobre la derecha, se levanta la gran construcción del hotel principal. Rancho y hotel desaparecieron en el incendio que siguió a la batalla de Miraflores. (p. 141)

Además, es común encontrar en varias partes del texto algunas referencias a la historia de la ciudad, como al tratar de los terremotos que azotaron Lima, de algunas instituciones que ya no existen, como el Convictorio de San Carlos, y sobre todo de algunos eventos relacionados con la época del caudillismo militar:

A la izquierda se extiende una llanura inmensa, verdadero desierto de arena calcinado por el sol, conocida con el nombre de *Pampa de la Palma*. Es en esta llanura que en 1854, las tropas de Rufino Echenique se encontraron con las de Ramón Castilla, y se libró la batalla llamada de la Palma. Las ruinas de las *huacas* que se erizan aquí y allá esta pampa célebre, muestran aún la huella de las balas y exhiben numerosas osamentas. Estos lugares no son frecuentados actualmente más que por las negras aves de la noche, confundándose por su plumaje con los tintes oscuros de las cavidades que les sirven para reposar durante las horas cálidas del día, y por *lagartos*, que cavan en la arena sus huecos circulares. (pp. 135-136)¹⁵

Otro aspecto que describe está relacionado con las costumbres, pues considera que el Perú es el país, a diferencia de otros de la región, que ha conservado más fielmente las costumbres procedentes de España. De estas, la que más le llamó la atención fueron los juegos de los carnavales que, a diferencia de Europa, coin-

15 La batalla de la Palma fue el 5 de enero de 1855. Pradier-Fodéré define a las huacas como «tumbas antiguas».

ciden con la estación de verano, por lo que es común que en estos días el que se atreva a salir de la calle sea mojado completamente. Nos cuenta con detalle cómo los jóvenes juntaban las cascarillas de huevos todo el año para luego llenarlos de agua y utilizarlos como proyectiles para mojar a sus víctimas (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 164-171). Por ejemplo, una de las costumbres de los carnavales se resume en estas líneas:

Durante todo el año, hacíamos una amplia provisión de cáscaras de huevos. El huevo era vaciado por medio de un agujero practicado en una de sus extremidades. Conservábamos la cáscara, y la llenábamos con cualquier perfume. Sellábamos con cera la abertura donde pasábamos el líquido, y obteníamos así un proyectil ligero y frágil que los caballeros arrojarán a las damas y las damas a los caballeros. A veces, se sustituía la cáscara de huevo por una envoltura de cera, más fuerte y de mayor peso. (p. 165)

Así como la población de Lima disfrutaba al máximo la fiesta de los carnavales, también era intensamente devota. A Pradier-Fodéré le parecía muy peculiar cómo las procesiones eran seguidas de mucho fervor por los feligreses. De ese modo sucedía con Santa Rosa de Lima, Nuestra Señora del Rosario, Nuestra Señora de la Merced (la más importante, al ser la patrona de las armas del Perú), y el Señor de los Milagros, que para ese entonces contaba con mayor número de feligreses. También describe cómo se celebraban la Semana Santa, la Navidad, el día de los muertos, etc. Una mención especial merece el panteón, construido en las postrimerías del período colonial, residencia perpetua de nombres como «Gamarra, Santa Cruz, Salaverry, Balta, Castilla, Echenique, y otros ilustres personajes». El panteón era el destino de una de las ceremonias «más originales y variadas que se puede encontrar»: los funerales, seguidos con mucha devoción y rigurosidad. Por último, sobre la forma de los entierros en la capital, le llamaba la atención cómo diferían de las costumbres europeas:

En Lima, la manera de inhumar difiere de lo usual en nuestro país. No han de depositar los muertos en el suelo, sino una costumbre más respetuosa de colocarlos en nichos, elevados a una cierta distancia del sol y separados los unos de los otros. (p. 49)

En contraste con el fervor con que se enterraban a los muertos en la ciudad, Pradier-Fodéré verá con horror las costumbres en las poblaciones indígenas cada

vez que había el funeral de un «angelito». Cuenta que la ocasión es aprovechada para tomar chicha y aguardiente, para servirse comidas como cuyes, tamales y humitas, y sobre todo para realizar bailes escandalosos:

La madre, las hermanas, los hermanos y los que han sido convidados a esta fiesta monstruosa, se entregan a danzas lascivas y hacen oír canciones obscenas, hasta que el exceso de bebida los reduce al silencio. Las danzas ejecutadas en estas circunstancias son la *Chilena*, y, de preferencia, la *Zamacueca*. La orquesta se compone de uno o dos intérpretes de *biguela*, y de la voz nasal de los bailarines. Se acompaña el paso de estos últimos aplaudiendo en la palma de la mano, o bien golpeando con el puño sobre un cajón al cual se le han desclavado las tablas para comunicarle más sonoridad. El indio, como el negro, sobresale en tocar el cajón, en observar el compás y en entrenar a los bailarines. (p. 188)¹⁶

En el capítulo sobre comidas típicas y bebidas nacionales encontramos interesantes descripciones sobre los alimentos que comían los limeños sin importar la clase social: el estofado, el sancochado, los anticuchos, el chicharrón como típico desayuno dominguero, acompañado de tamal, las humitas, los picantes, el ajiaco, el ceviche, el chupe de camarones, la carapulcra, entre otros. Los dulces como las mazamorras, la leche asada, el champú, el turrón, y bebidas como la chicha, la bebida nacional, que fermentada (chicha de jora) era generalmente consumida por los indios en sus reuniones. También evoca la chicha morada («Chicha color de mora»), el pisco, el guarapo (caña de azúcar fermentada), los vinos, los jugos de frutas, los frescos de piña, de cereza y limón, y los emolientes (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 299-318).

Pradier-Fodéré describe maravillado la ciudad de Lima y algunas de sus costumbres. Sin embargo, es crítico en otras; no estaba de acuerdo en la forma cómo se manejaban las elecciones, o en las costumbres nada «civilizadas» de las clases populares. También era crítico con las élites. Sobre todo, la acusaba de ser rentista y de no aprovechar el recurso del guano para industrializar el país. Esta actitud de vivir de un solo recurso fue fatal cuando se perdió la guerra de 1879.

Otra de las costumbres que criticaba tenía relación con los «comunicados» (también llamados «remitidos»), aquellos artículos pagados por los interesados en participar en los debates públicos, donde incluso se ventilaban asuntos perso-

16 La grafía empleada es *biguela*, por vihuela, instrumento parecido a la guitarra.

nales, que eran causa de los juicios sobre difamación y contra del honor, frente a los jurados de imprenta. En estos artículos, los adversarios se acusaban de todo, tratando de escudriñar en el pasado de cualquier personaje público con tal de destruirlo ante la opinión pública (Pradier-Fodéré, 1897, pp. 235-239).

Por último, se quiere recoger en este breve artículo el testimonio sobre la costumbre limeña de responder con un «vuelva mañana», es decir, aplazar indefinidamente la resolución de un tema, lo cual, al parecer, es una costumbre aún en vigencia, y que, para nuestro autor, era necesario desterrar si se quería lograr el mejor funcionamiento de la administración pública:

Vuelva siempre *mañana* es, en los peruanos, el estado habitual. Hay que saber que en el Perú *mañana* no es, en realidad, jamás el mañana, pero sigue siendo un día antes, y por lo tanto que de *mañana* en *mañana*, se ve fluir los días, las semanas y los meses. Hay pocos países en los que se observa una mayor brecha entre la voluntad y la acción. La voluntad es excelente, útil, dedicada, pero la acción está como paralizada por una indiferencia, una flojera, que hay que atribuir a la influencia debilitante del clima sobre el temperamento. (p. 424).

Aunque se ha sintetizado en este artículo la obra de Pradier-Fodéré, vemos cómo la Lima que estaba en un proceso de modernización aún conserva algunas tradiciones de la Lima colonial. Costumbres, trajes, personajes que van cambiando a medida del tiempo que quedan en un pasado añorado, de una Lima que se fue, como lo dijo alguna vez José Gálvez. El testimonio de Pradier-Fodéré va en esa línea, la nostalgia de una Lima que vio trunco su proceso de reforma urbana por una guerra, un proyecto estatal y político por parte del Partido Civil, del cual él fue partícipe junto a su padre. La intención de Camille Pradier-Fodéré fue dar su testimonio sobre un país que fue su hogar por varios años. La traducción de la obra completa permitirá estudios comparativos con otros testimonios de extranjeros espectadores del siglo XIX peruano.

Bibliografía

- ÁGUILA, Alicia del (2003). *Los velos y las pieles: cuerpo, género y reordenamiento social en el Perú republicano (Lima, 1822-1872)*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- BASADRE, Jorge (2005). *Historia de la República del Perú (1822-1933)* (18 tomos). Lima: El Comercio.
- CORNEJO POLAR, Jorge (2001). *El costumbrismo en el Perú. Estudio y antología de cuadros de costumbres*. Lima: Petroperú.
- FUENTES, Manuel Atanasio (1867). *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. París: Firmin Didot.
- GOOTENBERG, Paul (1998). *Imaginar el desarrollo: las ideas económicas en el Perú postcolonial*. Lima: Banco Central de Reserva del Perú / Instituto de Estudios Peruanos.
- GÜNTHER DOERING, Juan y Guillermo LOHMANN VILLENA (1992). *Lima*. Madrid: Mapfre.
- MACERA, Pablo (1999). *Viajeros franceses siglos XVI-XIX*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú / Embajada de Francia en el Perú.
- MC EVOY, Carmen (1997). *La utopía republicana. Ideales y realidades en la formación de la cultura política peruana (1871-1919)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- NÚÑEZ, Estuardo (1989). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: Villanueva.
- NÚÑEZ, Estuardo (1997). *Las letras de Francia y el Perú. Apuntaciones de literatura comparada*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- PEDONE, Auguste (1897). *Annuaire de la Magistrature. France, Algérie, Colonies*. París: A. Pedone.
- PRADIER-FODÉRÉ, Camille (1897). *Lima et ses environs. Tableaux de mœurs péruviennes*. París: A. Pedone.
- RAMÓN, Gabriel (1999). *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima: Sidea / PromPerú.
- RIBEYRO, Juan Antonio (1878). *Anales Universitarios del Perú* (tomo 11). Lima: Imprenta del Estado.
- RIVERA MARTÍNEZ, Edgardo (2006). *Los balnearios de Lima. Antología. Miraflores, Barranco, Chorrillos*. Lima: Fundación Manuel J. Bustamante de la Fuente.
- RIVIALE, Pascal (2000). *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Pontificia Universidad Católica del Perú.
- TANTALEÁN ARBULÚ, Javier (2011). *La gobernabilidad y el leviatán guanero. Desarrollo, crisis y guerra con Chile*. Lima: Banco Central de Reserva de Perú / Instituto de Estudios Peruanos.

WATSON, Maida (1980). *El cuadro de costumbres en el Perú decimonónico*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.

ZAPATA ACHA, Sergio (2008). *«Patrimonialización» de la gastronomía peruana y planteamiento de un proyecto de desarrollo*. Barcelona: Icaria.

Marcel Monnier, ¿explorador moderno de un Perú regeneracionista?

Morgana Herrera

Universidad de Toulouse II Jean Jaurès

RESUMEN

En su relato de viaje *Des Andes au Para. Équateur-Pérou-Amazone* (1890), el explorador francés Marcel Monnier cuenta su travesía por el continente sudamericano desde la costa del Pacífico hasta el Atlántico, de enero a diciembre de 1886. Escribe en la introducción de su diario que a finales del siglo XIX «el explorador moderno se limitará a observar lo que otros ya han visto». Postulamos, sin embargo, que el relato de viaje de Marcel Monnier es innovador por dos motivos: es un testimonio valioso de la mentalidad regeneracionista del Perú de la posguerra del Pacífico y un documento que se asemeja más a los grandes reportajes del siglo siguiente que a los clásicos relatos de expediciones científicas del siglo XIX.

Palabras clave: Marcel Monnier, relato de viaje, regeneracionismo, guerra del Pacífico

RÉSUMÉ

Dans son récit de voyage *Des Andes au Para. Équateur-Pérou-Amazone* (1890), l'explorateur français Marcel Monnier raconte sa traversée du continent sud-américain de la Côte Pacifique à l'Atlantique, de janvier à décembre 1886. Il écrit dans l'introduction de son journal qu'à la fin du XIX^e siècle «l'explorateur moderne se contentera d'observer ce que d'autres ont déjà vu». Nous postulons cependant que le récit de voyage de Marcel Monnier est innovant pour deux raisons: c'est un témoignage précieux sur la mentalité régénérationniste du Pérou de l'après-guerre du Pacifique et un document qui ressemble plus aux grands reportages du siècle suivant qu'aux récits classiques d'expéditions scientifiques du XIX^e siècle.

Mots clés : Marcel Monnier, récit de voyage, régénérationnisme, guerre du Pacifique.

ABSTRACT

In his travel story *Des Andes au Para. Équateur-Pérou-Amazone* (1890), French explorer Marcel Monnier transcribes his journey across South America starting at the Pacific coast and ending at the Atlantic coast, from January to December 1886. In the introduction to his journal, he states that at the end of the 19th century, «the modern explorer will limit himself to observe what has already been seen by others». Nonetheless, Marcel Monnier's travel log is innovative for two reasons: it is both a valuable testimony of Peruvian regenerationist mentality in the aftermath of the War of the Pacific, and a document that bears more resemblance to 20th century reportages than classical 19th century scientific mission reports.

Keywords: Marcel Monnier, travel literature, regenerationism, War of the Pacific

El siglo XIX es conocido como el siglo de los grandes viajes de exploración en América del Sur y particularmente de las misiones científicas a la Amazonía, que aparecía como *terra incognita* en la mayoría de los mapas. Con el final del ciclo de las independencias hispanoamericanas, se abre la era de un «redescubrimiento de América Latina», según Michel Bertrand y Laurent Vidal (2002). Este redescubrimiento es tal que, en las últimas décadas del siglo, cruzar el continente desde la costa del Pacífico hasta el Atlántico, verificando la navegabilidad de los ríos de la hoya amazónica, se había vuelto un lugar común de los viajes de exploración. A pesar de ello, proponemos seguir la trayectoria de un explorador finisecular, el francés Marcel Monnier, quien reconoce de antemano el carácter poco novedoso de su viaje por Ecuador, Perú y Brasil, de enero a diciembre de 1886. Escribe en la introducción de su relato de viaje *De los Andes hasta Pará. Ecuador-Perú-Amazonas*: «No queda ninguna América por descubrir [...] el explorador moderno se limitará a observar lo que otros ya han visto» (Monnier, 2005, «Presentación»)¹. Si bien este tipo de precaución oratoria es un tópico de la literatura de viaje², el texto de Monnier carece efectivamente de aportes al conocimiento científico de la región. El único aspecto innovador de su misión era un proyecto de exploración del río Pastaza que tiene que abandonar al inicio de su viaje a causa de la erupción del volcán Tungurahua en Ecuador en enero de 1886. Son otras, entonces, las razones que nos llevan a subrayar la originalidad del relato.

Este trabajo se propone leer *De los Andes hasta Pará* a la luz de dos elementos que hacen de este texto un documento digno de interés. Por una parte está el contexto particular de su producción, poco después de la guerra del Pacífico, sellado por la derrota peruana ante Chile en 1883. El periplo de Marcel Monnier de Lima hacia la Amazonía coincide por lo tanto con el desarrollo del discurso considerado como «regeneracionista» por los medios políticos e intelectuales peruanos, que plasman la conquista de la selva como una manera de regenerar el país después del trauma de una guerra internacional que cedió el paso a guerras civiles y a la grave crisis económica de un Estado en bancarrota. Monnier fija en su relato esta mentalidad. Por otra parte, el texto en sí revela una escritura innovadora; una escritura que se asemeja más a la de los grandes reportajes que

1 Para el presente artículo hemos trabajado con el texto original en francés, editado por Plon y Nourrit en 1890; pero hemos incluido las citas de la edición del Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), traducida por Edgardo Rivera Martínez.

2 «Ya no hay pueblos salvajes, es lo que se repite, ya no hay espacios desconocidos ni peligros por desplazarse. Es un tópico del siglo XIX que todos los lugares ya son conocidos» (Venayre, 2012, p. 485, la traducción es de Isabelle Tausin-Castellanos).

conocerán sus horas de gloria en la centuria siguiente que a los relatos de exploración del siglo XIX. Así, aunque Marcel Monnier se autodenomine «explorador moderno», es sobre todo su futura carrera de periodista lo que está anunciado en la redacción de su diario.

Informaciones biográficas

Marcel Monnier es el seudónimo de Jean Marie Albert Marcel, conocido según varias de sus biografías³ como viajero y periodista francés. Nace en París el 8 de febrero de 1853 en una familia de acaudalados industriales de la región del Jura. Su primer escrito conocido es una comedia en verso, *L'auberge du soleil d'or*, publicada en 1878. La calidad de la prosa de Monnier fue a menudo celebrada como en la necrología de la revista de la Sociedad de Geografía de París:

Los que leyeron sus libros saben qué encanto, qué pintoresco, qué vida más intensa se unieron en él a la observación atenta, a la ciencia amable, a la rigurosa precisión. Antes de correr mundo, Marcel Monnier había sido un literato. (Froideveaux, 1918, p. 633, la traducción es mía)

A la vuelta de un viaje por el Pacífico, publica en 1885 su primer relato de viaje, *Un printemps sur le Pacifique-Iles Hawaï*, reeditado en 1887 y premio Montyon de la Academia Francesa. En un capítulo de este libro, titulado «Un reportero en Oceanía», Monnier transcribe la entrevista que le hace un periodista americano en Honolulu. El reportero quiere averiguar si es comerciante, si está haciendo un estudio del terreno para plantar caña, si es funcionario del Gobierno francés, cura, científico o trotamundos. Sus preguntas nos brindan un panorama de las razones de viajar en 1884 y Monnier le contesta que se define como trotamundos. Pero para su segundo viaje por América del Sur, deja de considerarse como un simple turista. Son razones científicas las que motivan su viaje, puesto que Monnier para ese entonces ya es miembro de la Sociedad de Geografía de París, ante la cual hará un largo informe a su regreso en la junta de socios del 4 de mayo de 1888, en la que subraya los objetivos científicos de la misión.

3 Poco se ha escrito sobre Monnier. Existen, sin embargo, varias entradas sobre el explorador en distintos diccionarios sobre viajeros europeos como los de Numa Broc (1988), Estuardo Núñez (1989), Pablo Macera (1999), Jean-Georges Kirchheimer (1986) y Svetlana Gorshenina (2003). No obstante, en la mayoría de estas reseñas, Monnier aparece como un explorador de África y Asia, pero no de América del Sur.

La publicación de *De los Andes hasta Pará* en 1890, premio Montyon de la Academia de ese mismo año, le vale a Monnier un éxito que sobrepasa la esfera del público especialista. Gracias a esa publicación, el periódico francés *Le Temps* lo contrata como periodista asociado. En 1892 participa como fotógrafo y bibliógrafo en la segunda expedición de Louis Gustave Binger, encargada por el Gobierno francés para delimitar la frontera entre la Costa de Marfil y la *Gold Coast* británica. A partir de ese momento, su carrera como reportero despegó, sobre todo gracias a su periplo de cuatro años por Asia como corresponsal especial de *Le Temps* entre 1895 y 1898. Sus impresiones de viaje se publican en el periódico y en un libro, *Le tour d'Asie*, editado en varios tomos. Publica en un volumen separado su informe sobre los eventos de la revuelta de los bóxers en China en 1900, *Le drame chinois*. Muere el 15 de septiembre de 1918 en el Jura.

El relato

De los Andes hasta Pará. Ecuador-Perú-Amazonas es, según Marcel Monnier, el resultado de los apuntes tomados de su diario de viaje. El libro cuenta con varios grabados de Georges Profit hechos según los croquis y las fotografías de su autor e, incluso, con algunas fotografías de Monnier⁴. Se divide en tres partes más o menos equilibradas que corresponden a una tripartición muy esquemática del continente sudamericano: la costa (145 páginas), la cordillera (165 páginas) y la Amazonía (115 páginas). Esta última, parte inicialmente prevista como núcleo del viaje ya que era el objeto de la exploración científica, acaba siendo la más corta en el relato editado. Volveremos a encontrar la importancia acordada al viaje por los afluentes del Amazonas en la presentación en la Sociedad de Geografía que hace Monnier al regreso.

Además de la división principal en tres partes, el relato se compone de varios capítulos que corresponden, la mayoría de las veces, a las etapas del viaje. Monnier llega en enero de 1886 a Panamá, lugar que abandona pronto para dirigirse a Guayaquil. El relato se caracteriza en esta primera etapa por el interés

4 Como lo indica Pascal Riviale en *Una historia de la presencia francesa en el Perú* (2008), citando el ejemplo de Marcel Monnier, solo es a finales del siglo XIX cuando es posible integrar fotografías a las publicaciones gracias a las nuevas técnicas de impresión. Queda todo un trabajo por hacer sobre el importante corpus fotográfico de Marcel Monnier. Ver la tesis de doctorado en historia que está realizando Pierre Guivaudon en la Universidad de Lille III, *Photographies de l'exploration. Production, circulation et usages des photographies amateurs rapportées des missions d'exploration françaises outre mer (années 1870-1914)*.

político del autor. Su llegada a Guayaquil coincide con la del presidente del Ecuador, quien, a causa de una insurrección de montoneros, «ha considerado oportuno bajar de Quito, como Júpiter de su nube, para seguir de cerca los acontecimientos» (Monnier, 2005, primera parte, cap. 1). Este tono que mezcla humor e información sobre el contexto político de los países que visita es una constante del diario. A finales de marzo de 1886, deja Guayaquil rumbo a Quito. En el camino, se detiene en Baños, pueblo termal en el que se encuentra la fuente del Pastaza. A causa de la erupción del volcán Tungurahua, define el pueblo como un «pequeño Herculanium» y empieza a dudar seriamente de la navegabilidad del río.

Diez días después de su partida de Guayaquil, llega a Quito donde toma la decisión de repensar su itinerario. El Pastaza no solo no es navegable en tales condiciones, le es además imposible encontrar guías que acepten acompañarlo en tan arriesgada misión. Se le recomienda seguir la vía del río Napo pero Monnier decide adentrarse en la Amazonía desde la costa peruana, con el fin de evitar un camino ya tomado por un ilustre explorador que lo antecedió, Charles Wiener⁵. No es ni la primera ni la última vez que Monnier menciona a otro explorador cuya ruta quiere evitar. Aunque sea un viajero independiente que no ha sido financiado por la Sociedad de Geografía, tiene como objetivo llevar a cabo una misión de exploración y recorrer por lo tanto nuevas rutas. Nombrar constantemente a sus antecesores es también una manera de hacer un balance de las misiones de exploración en estos últimos años del siglo. Describe a menudo los paisajes atravesados, consciente del filtro de otros relatos, así hayan sido de los primeros conquistadores y las crónicas de Indias o de La Condamine o Humboldt, para citar los ejemplos más destacados.

Monnier vuelve a Guayaquil para seguir el viaje hacia Perú. Su recorrido por este país será el más largo del relato y el más positivo. Se queda varios meses en Lima, mientras espera que misioneros franciscanos de Santa Rosa de Ocopa pasen por la capital antes de regresar a la selva central, hacia donde Monnier quiere seguirlos. Durante esa espera, pasa unos días por Santiago de Chile en mayo de 1886 y allí se entera de que los misioneros de Ocopa no acudirán a Lima a causa de unas revueltas en su región misionera. Una vez más, tiene que repensar su itinerario. Sin escribir una palabra sobre Chile, se embarca de nuevo para salir

5 Charles Wiener realizó la mayor misión de exploración arqueológica en Perú y Bolivia entre 1875 y 1877. Su relato de viaje *Pérou et Bolivie* se publica en París en 1880.

esta vez desde el norte del Perú, por Trujillo, con la idea de evitar la zona de insurrección de la selva central.

La segunda parte del viaje, «La Cordillera», comienza entonces por el trayecto de Trujillo hasta Cajamarca en junio de 1886. Monnier explica que el principal obstáculo al que tendrá que enfrentarse es político: la insurrección de Justo Villacorta en la orilla derecha del Marañón:

el viajero, después de una permanencia más o menos prolongada en América ecuatorial, no ignora que, de todas las dificultades que pueden estorbar su marcha, la más común, si no la más grave, resultará de los trastornos políticos. (Monnier, 2005, segunda parte, cap. II)

Permanece un mes en Cajamarca, ciudad que le incita a evocar su historia y en particular, el episodio de la captura de Atahualpa, lo cual dará lugar a un texto publicado aparte⁶. A pesar de las noticias de la insurrección creciente y de prefectos y gobernadores que no podrán venirle en ayuda, Monnier parte de Cajamarca el 8 de julio para alcanzar el río Marañón. Ante la negativa de sus compañeros de ruta de cruzar el río, acaba por hacerlo solo a nado, antes de ser apresado por los insurrectos de Villacorta que le prohíben el paso hasta Chachapoyas. Consigue dar marcha atrás y decide que llegará a Chachapoyas por otra ruta, alterando de nuevo su itinerario inicial. Así es como, el 23 de agosto, penetra la región de la montaña e inicia su recorrido de la Amazonía⁷. Cruza el Huacamayo el 7 de septiembre y llega a Pisana en el Huallaga el 11 de septiembre. La llegada a este afluente del Amazonas marca el inicio de una circulación mucho más fluida gracias a la red de ríos de la cuenca amazónica.

Comienza entonces la última parte de su diario de viaje: «Amazonía». Después de haber encontrado guías cholones y habiendo construido una balsa, Monnier empieza su navegación del Huallaga el 20 de septiembre. Llegando a Juanjuí, cambia de tripulación y prosigue el viaje el 3 de octubre. La navegación por el Huallaga es relativamente fácil, unas veces frenada por los rápidos que Monnier enumera en su diario. El 6 de octubre llegan a la desembocadura del

⁶ Ver: Monnier (1899).

⁷ En el capítulo dedicado a la montaña, zona tropical en la que se cultiva —entre otros productos— la hoja de coca, nos enteramos de que Monnier tenía como proyecto llevar esta planta a Francia para plantarla en la colonia de Argelia. La expedición de Monnier coincide con el primer fracaso de importación de la coca por la legación francesa de Lima a causa de la esperanza de vida muy limitada de sus semillas. Monnier decide llevar a Francia todo el arbusto cocalero, proyecto que fracasa en mayo de 1887 con el naufragio del buque a unas millas de la costa francesa.

río Chipurana y toman la vía terrestre. Llegan el 8 de octubre a Yurimaguas, primer puerto conectado a los puertos fluviales brasileños por servicios irregulares de vapores. A partir de esta etapa del viaje, el explorador ha llegado a la zona de intercambios comerciales en torno a la economía del caucho: describe a la vez las factorías amazónicas y los abusos de los caucheros contra las poblaciones indígenas con una mirada extremadamente crítica, años antes del llamado «escándalo del Putumayo» de 1912, cuando se dio a conocer internacionalmente las masacres de indígenas huitotos y boras en la explotación cauchera de Julio César Arana. Monnier escribe ya en 1886:

Únicamente absorbida por estas azarosas transacciones, la raza blanca no ha dado aquí todavía cuanto puede dar. No se asegura los servicios del indígena sino suscitando en él necesidades superfluas; le trasmite de la civilización no el barniz sino las verrugas. (Monnier, 2005, tercera parte, cap. II)

Cuando llega a una factoría en la confluencia del Marañón con el Huallaga, duda entre esperar ahí que pase un vapor para llevarlo directamente hasta la desembocadura del Amazonas o intentar navegar el Pastaza río arriba, el cual era el primer objetivo de su expedición. Optando por la segunda alternativa, alquila por un mes una lancha a vapor y un boga aguaruna. Parte el 17 de octubre, navega por tres semanas el Pastaza, empresa cuya dificultad subraya en su relato, y da media vuelta el 24 de octubre llegando al afluente Huagaza por falta de herramientas y de acompañantes europeos más fiables, según Monnier. Regresa al Marañón el 8 de noviembre y acelera su vuelta al Atlántico ya que, según él, el viaje está «virtualmente acabado». El 14 de noviembre llega a Iquitos en el momento en que José Samanez y Ocampo entra en funciones como gobernador. El 27 de noviembre deja atrás Loreto, el último puesto peruano del Amazonas para llegar al fuerte brasileño de Tabatinga. Su balsa cruza un vapor en el río Javari al que se sube el 28 de noviembre y llega a Manaos el 7 de diciembre, donde se queda unos días antes de emprender la ruta hasta Pará, que alcanza el 22 de diciembre. Embarca en el transatlántico Río de Janeiro y llega el 7 de mayo al canal de la Mancha. Monnier le dedica las últimas páginas de su diario al naufragio del Río de Janeiro a causa de un choque con otro buque. Este incidente nos permite conocer, en la conclusión del viaje, cuáles son sus más preciadas pertenencias:

He tomado en mi cabina lo que tengo de más precioso, la valija que contiene mis libretas de notas, mis esbozos y algunos clichés. Vuelvo a buscar la pequeña cámara fotográfica que me ha servido durante todo mi viaje (Monnier, 2005, tercera parte, cap. III)

Marcel Monnier: ¿explorador moderno o primer reportero del Perú?

Hemos descrito detalladamente el itinerario de Marcel Monnier con el fin de mostrar hasta qué punto su periplo sembrado de imprevistos es una trayectoria conocida por todos a finales del siglo XIX⁸. Más allá del tópico de la literatura de viaje de no proponer nada nuevo, parece tener razón cuando escribe acerca de las tres semanas sobre el río Pastaza: «Su único mérito, si lo hay, será de haber hecho bogar por primera vez una canoa a vapor por aguas surcadas solamente, hasta ahora, por la piragua india» (Monnier, 2005, tercera parte, cap. II). ¿En qué radica entonces la originalidad del relato de viaje *De los Andes hasta Pará*? Un primer elemento que se puede destacar es lo que llamaremos la «temporalidad del *flâneur*» que acepta Monnier. Como ya lo hemos señalado, no viaja por América del Sur en tanto que turista, modalidad del viaje que ya había experimentado en la isla de Hawái. Tiene una misión científica, explorar el Pastaza y, luego, el Huallaga. Sin embargo, acoge los distintos contratiempos de su proyecto como otras tantas oportunidades de *flâner* —según la expresión que emplea repetidas veces— y, por lo tanto, de describir sus impresiones. Así pues toda su estadía en Lima, etapa del viaje caracterizada por el tiempo de la espera, se describe bajo el signo de la *flânerie* traducido por «paseo». Según sus propias palabras: «Para quien sabe ver, un simple paseo a través del mercado, o a lo largo de las arquerías de la Plaza Mayor, equivale a una lección de antropología» (primera parte, cap. IV).

Se toma el tiempo de escribir de manera pormenorizada y apuntando anécdotas que lo alejan de un estilo de escritura científica. Es curioso, por ejemplo, que mencione más de una vez la etnografía como una ciencia nueva sin jamás adoptar la perspectiva etnográfica para describir las poblaciones con las que se cruza. Lo que le llama la atención a Monnier es sobre todo la política. Es cierto que, de manera general, como lo indican Michel Bertrand y Laurent Vidal

8 Señalemos sin embargo que, en su momento, la obra de Monnier sí fue recibida como un aporte al conocimiento geográfico de la región, sobre todo su exploración del Huallaga, como se nota en la reseña que le dedica Charles Maunoir (1895).

(2002), en el siglo XIX «la mirada de los viajeros europeos se desplaza lentamente de la esfera de lo biológico hacia lo social y político» (p. 8) y en ese sentido este relato no es más que el reflejo de su época. Pero Monnier opera ese cambio de ámbito adoptando una mirada que nos parece nueva y que llamaremos la «mirada del reportero». Según la definición de esta carrera por Sylvain Venayre (2012) a partir de la aparición de los primeros reporteros a finales de la década de 1850, el reportaje es «un viaje financiado por el periódico en el que será publicado el relato del periplo» (p. 293). Marcel Monnier no es entonces un reportero propiamente dicho ya que su viaje por América del Sur no ha sido financiado por un periódico, como sucederá con sus viajes posteriores como corresponsal de *Le Temps*. Algunos elementos de su relato nos invitan, sin embargo, a leer *De los Andes hasta Pará* como un reportaje en ciernes.

Lo notamos primero en el lector imaginado por Monnier. A pesar de que este relato no estaba destinado a publicarse en un periódico o en las grandes revistas francesas de viaje como *Le Tour du Monde* o *La Revue des deux Mondes*, es a ese tipo de letrado que se dirige Monnier al desarrollar una serie de técnicas narrativas capaces de suscitar el interés del receptor y de seducir a su lector. No se está dirigiendo a sus pares de la Sociedad de Geografía, así que la diferencia de estilo y de puesta en valor de las etapas del viaje es notable en el informe de viaje que hace ante la junta de dicha institución. Este informe de sesenta páginas empieza en la etapa de Trujillo, Monnier le dedica la mitad del texto a su itinerario en la Amazonía, subrayando las dificultades de navegación a las que se enfrentó en el Huallaga y Pastaza, dificultades que habían sido minimizadas en el relato de viaje. De hecho, resulta extraño que incluya en este informe el relato de la muerte de uno de sus acompañantes en el Pastaza, cuando este incidente no aparece en *De los Andes hasta Pará*⁹.

En el relato de viaje, una de las técnicas narrativas que más destaca es el humor. Desde las primeras páginas del diario, Monnier combina humor con informaciones serias, como las coordenadas geográficas del principal puerto de Ecuador:

Si se me invitara a redactar, para un diccionario geográfico, el párrafo relativo a Guayaquil, creo que podría ser resumido como sigue: *Guayaquil*. - Ciudad portuaria

9 «Tuve que deplorar la pérdida de uno de mis compañeros pues en un acceso de fiebre se precipitó al río. Antes de ayudarlo, ya se vio la sangre a borbotones en el lugar donde acababa de hundirse, víctima de un caimán o despedazado por las pirañas, esa variedad de peces más voraces y que pululan en las aguas de los ríos amazónicos» (Monnier, 1889, p. 596).

del Ecuador, a 2° 11' 25" de latitud sur y 1° 12' 40" de longitud oeste. Población: 25 000 habitantes. Productos: cacao, fiebre amarilla y revoluciones. Este último es de lejos el más abundante en el mercado. (Monnier, 2005, primera parte, cap. I)

A la hora de admirar los avances técnicos del ferrocarril de Henry Meiggs en Perú, logro de ingeniería que varios viajeros tanto peruanos como extranjeros alabaron antes de Monnier, este añade un guiño humorístico describiendo la maravilla del ferrocarril de Meiggs desde el punto de vista de una llama:

Marcha el camello de los Andes a razón de un kilómetro por hora, con el cuello tendido, el labio desdeñoso, mirando pasar con desdén al tren semanal casi siempre vacío. Tiene conciencia de su valor. Es la competencia triunfante, el vehículo económico. [...] Pero ¿qué importa? Ningún poder humano podría obligarlo a acelerar el paso. (primera parte, cap. IV)

Para Monnier, ser un explorador finisecular implica observar el estilo usual del informe geográfico y las proezas técnicas o paisajes clásicos que ya han sido descritos por otros viajeros para darle un desvío humorístico.

Un segundo recurso narrativo que no deja de sorprendernos en el relato es la utilización de puestas en escena para reconstruir hechos históricos. Durante su estadía en Lima, Monnier adopta el papel del turista y se deja guiar por varios monumentos. Pero no transcribe el discurso de sus guías, sino sus propios recuerdos de lecturas históricas que reconstituye en un estilo muy vivo. Mientras su guía le presenta el cráneo de Francisco Pizarro en Lima, hace revivir como una escena teatral el asesinato del conquistador:

mi espíritu vagabundeaba bien lejos en el pasado. Pensaba en la lucha trágica que se libraba a unos pasos de aquí, en el palacio de gobierno, en una clara mañana de junio de 1541. Asistía al desenlace de esa epopeya de aventurero, tal como es contada por el contemporáneo Agustín de Zárate. Se diría un final de ópera. Los conjurados, dirigidos por Juan de Herrada, acaban de invadir el palacio, las habitaciones privadas del gobernador. (primera parte, cap. IV)

Prosigue con una descripción animada de la muerte de Pizarro, todo en presente e involucrando al lector. Monnier ha leído crónicas coloniales, cita más de una vez sus fuentes, pero siempre para transformarlas en escenas vivas que tienen

lugar ante él. Encontramos estas teatralizaciones históricas repetidas veces en el relato, en Cajamarca con la reconstitución del rescate de Atahualpa o en la Amazonía con la evocación de la expedición de Francisco de Orellana:

los enfermos son cada vez más numerosos, los hombres se arrastran en harapos, semidesnudos. Y esta horda de espectros, cuyas filas se aclaran de hora en hora, marcha siempre, semejante a esos personajes de las viejas danzas macabras apresurándose detrás de la muerte que los arrastra a los sonidos de la viola. (tercera parte, cap. III)

Hemos citado este último ejemplo ya que nos parece casi llenar un vacío del relato de Monnier, quien no sufre de ninguna dificultad en su recorrido de la Amazonía y considera que la hostilidad que se le atribuye a esta región es un exceso.

Además del empleo de técnicas narrativas destinadas a cautivar el interés del lector, un rasgo esencial de todo reportaje es el centrarse en la actualidad. Y es en ese sentido que *De los Andes hasta Pará* se distingue nítidamente de los otros relatos de exploración de su época: Monnier adopta el papel del testigo de una guerra y de sus consecuencias¹⁰. Es cierto que no podemos hablar de noticias actuales en el caso de este relato de viaje a causa de la recepción del texto, que solo se publica en 1890, es decir, cuatro años después de los hechos que describe. Pero Monnier adopta la posición del reportero en su mirada y escritura al querer fijar el momento particular que está viviendo. Uno de los extractos más citados, e integrado a antologías¹¹, es la descripción que hace de una Lima tras la guerra del Pacífico:

Las personas con que me relacioné en Ecuador, tanto en Quito como en Guayaquil, no me habían ocultado, en el momento de mi partida, sus temores en relación con mis proyectos de viaje en el país peruano. Iba a encontrar allí la ruina, la miseria, una población diezmada y puesta a rescate, una ciudad en duelo, el indescriptible caos que sigue a las catástrofes; [...] desembarqué en Lima en el estado de ánimo de alguien que penetra en el dormitorio de un enfermo en agonía. Error. El moribundo tenía muy buena cara. (primera parte, cap. IV)

10 Históricamente se vincula, de hecho, el nacimiento del reportaje con el reportaje de guerra, cuando enviaban a periodistas para informar sobre la guerra de Crimea de 1850.

11 En la *Pequeña antología de Lima. (1535-1935)* de Raúl Porras Barrenechea aparece un extracto del texto de Monnier bajo el título «Lima después de la guerra de 1879». Encontramos el mismo texto en una antología posterior, *Festival de Lima: edición antológica* (1959).

Monnier describe ampliamente la ciudad dentro de ese contexto, para confirmar o cuestionar la imagen de un país arruinado por la guerra. Las ruinas del conflicto despiertan más su interés que las ruinas prehispánicas. Si había empezado su relato advirtiendo que no quedaba nada por descubrir, al cambiar la ruina precolumbina por las destrucciones contemporáneas, entrega un relato original. Alude de hecho a Charles Wiener, quien había encabezado una misión arqueológica unos años antes, para distanciarse aún más de él. Citemos a manera de ejemplo la descripción que hace de los escombros de los barrios de Miraflores y de Chorillos:

tenían la solemnidad melancólica de las ruinas desgastadas por el tiempo. La desolación parecía allí tan completa, tan definitiva, como en la antigua Pachacamac [...]. Unas horas de pillaje habían hecho tanto como los esfuerzos conjugados de los siglos y de los hombres. (primera parte, cap. iv)

Monnier aprovecha plenamente la oportunidad de hacer el retrato de una sociedad al salir de una guerra internacional y civil. Su actitud es así contraria a Olivier Ordinaire, su compatriota y socio de la Sociedad de Geografía. Ordinaire había desembarcado en el puerto del Callao en medio de la contienda con Chile, había tenido que esperar el final de la guerra durante tres años en Lima y sin embargo no le dedica más que un párrafo a la guerra del Pacífico al inicio de su relato de viaje *Du Pacifique à l'Atlantique*¹².

Todo el relato de Monnier es el reflejo del contexto particular del final de una guerra. En efecto, su itinerario clásico de la costa del Pacífico hasta el Atlántico, pasando por la cuenca amazónica, coincide con la visión regeneracionista de las esferas políticas e intelectuales peruanas que vuelcan su mirada hacia la Amazonía a finales de siglo. Como lo señala Pilar García Jordán (2001), la década de 1880 se caracteriza por este discurso regeneracionista que propone a la selva amazónica como la solución a los problemas del país, no solo porque permite fortalecer el patriotismo peruano después de la derrota ante Chile, sino también porque se empieza a explotar el caucho de la Amazonía. Este discurso es construido entre otros por los miembros de cierta élite a la que frecuenta Monnier en Lima y que

12 «Cuando desembarqué por primera vez en el Callao, en 1882, el Perú estaba en guerra con Chile. Los chilenos dueños de la Costa desde hacía un año, pero teniendo que luchar todavía contra las tropas del General Cáceres, juzgaron oportuno cortar las comunicaciones entre el territorio que ocupaban y el interior del país. Para este fin, cortaron la línea de ferrocarril que une la ciudad de Lima y el Callao, su puerto principal, a las mesetas de los Andes. De tal manera que me encontraba de cierto modo preso sobre la lengua de tierra que separa la Cordillera del Océano» (Ordinaire, 1988, cap. 1).

lo aconsejan para su expedición. Cita explícitamente a aquellos con quienes conversa y resume todo el ambiente regeneracionista en una sola frase:

Hoy día todavía publicistas, valientes exploradores, los Raimondi, los Martín Albornoz, los Samánez y Ocampo, para no citar sino aquellos con quienes me he relacionado, no cesan de decir a sus conciudadanos: «Allá [en la Amazonía] está la salvación, el retorno a la prosperidad perdida». (Monnier, 2005, primera parte, cap. iv)

La idea de la existencia de grandes riquezas por descubrir en la Amazonía que contribuirían a la gloria del país tiene raíces antiguas. Como lo recuerda el propio Monnier, desde los escritos de La Condamine y Humboldt e, incluso, con la asimilación de esta región con El Dorado, la selva se observa a menudo a través de ese filtro. Pero en el texto de Monnier la parte que se le dedica a este tipo de mitificación es mucho mayor que en los relatos de viaje de sus predecesores. Las reflexiones regeneracionistas toman el paso sobre descripciones geográficas y topográficas. Monnier se adhiere también a la doctrina del darwinismo social que está en boga en esos años (García Jordán, 1992) y el relato es la ocasión para hacer un llamado a la inmigración en la Amazonía, muy similar a las políticas regeneracionistas de fomento de la inmigración europea. Citemos un ejemplo que ilustra cabalmente esta mentalidad finisecular, la conclusión a la que llega cuando trata del tema de la insurrección de Justo Villacorta:

Estos disturbios no cesarán sino el día en que la inmigración vendrá a llenar los vacíos, a inocular en estas anticuadas sociedades nuevas ideas, una sangre más joven, que desempeñen, en estas querellas de familia, el papel de árbitro y de pacificador. (Monnier, 2005, segunda parte, cap. ii)

Lo hemos mencionado, todo el viaje por la Amazonía de Monnier se caracteriza por una ausencia de dificultades que rompe con la visión tópica del bosque como un infierno verde. La selva amazónica en el momento en que Monnier escribe está representada con impresiones favorables. Monnier (2005) reanuda de hecho la tradición de comparar el bosque con catedrales cuando describe los «árboles de tronco liso, rectos como pilares de catedral» (segunda parte, cap. v) o los «árboles de poderoso tronco se arquean formando ojiva» (tercera parte, cap. i). La Amazonía es tierra de promesas en todo el relato, en particular el valle del Huallaga, que describe como un lugar perfecto para renovar el país:

Pocas localidades, en definitiva, en la zona intertropical, me han parecido más adecuadas para recibir poblaciones sedentarias y agrícolas, así fuesen originarias de los climas templados. [...] Por la riqueza del suelo, la suavidad relativa del clima, por su posición a medio camino del Pacífico y del Brasil, estos territorios parecen destinados a convertirse tarde o temprano en una admirable base de operaciones para la puesta en valor de las posesiones peruanas situadas al este de los Andes. (tercera parte, cap. 1)

A pesar de las advertencias de Marcel Monnier al inicio de su relato de viaje, *De los Andes hasta Pará* es la señal de una mirada nueva sobre un itinerario clásico para los exploradores del siglo XIX. Hemos denominado a esta mirada nueva «mirada del reportero». Este estudio pormenorizado del relato de Monnier permite confirmar y concordar con Pablo Macera que escribe respecto a este explorador:

Como buen periodista, Monnier cuidó de recoger detalles minúsculos y sintomáticos, que dieran a sus lectores franceses una impresión viva de este país [...]. No quiso ser un historiador de la guerra sino un viajero a quien también le interesaban las costumbres o el paisaje. (Macera, 1999, p. 121)

Estuardo Núñez inscribe de hecho por primera vez la palabra «periodista» en su cronología y clasificación de viajeros extranjeros junto al nombre de Marcel Monnier. El «explorador moderno» de las últimas décadas del siglo XIX acaso no descubra nuevos horizontes, pero sí nuevas maneras de abordarlos. Sus antecedentes a los que tantas veces cita —Humboldt, Castelnau, D'Orbigny, Wiener y Ordinaire— le han abierto una vía que transita en 1886 tomando en cuenta todos los cambios y avances de su época. El explorador moderno es también fotógrafo, anunciando el final de la era de los grabados y el inicio del fotoperiodismo. Por todas estas razones, *De los Andes hasta Pará* puede ser leído como el primer reportaje de un periodista francés en el Perú.

Bibliografía

- BERTRAND, Michel y Laurent VIDAL (eds.) (2002). *A la redécouverte des Amériques : les voyageurs européens au siècle des indépendances*. Toulouse: Presses Universitaires du Mirail.
- BROC, Numa (1988). *Dictionnaire illustré des explorateurs et grands voyageurs français du XIX^e siècle* (tomos II y IV). París: Comité des Travaux Historiques et Scientifiques.
- CONCEJO PROVINCIAL DE LIMA (1959). *Festival de Lima: edición antológica*. Lima: Concejo Provincial de Lima.
- FROIDEVEAUX, Henri (1918). «Nécrologie». *La Géographie. Bulletin de la Société de Géographie*, 32(1), 633-634.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (1992). «Reflexiones sobre el darwinismo social. Inmigración y colonización, mitos de los grupos modernizadores peruanos, 1821-1919». *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 21(3), 961-975.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2001). *Cruz y arado, fusiles y discursos: la construcción de los Orientales en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos.
- GORSHENINA, Svetlana (2003). *Explorateurs en Asie centrale. Voyageurs et aventuriers de Marco Polo à Ella Maillart*. Ginebra: Olizane.
- KIRCHHEIMER, Jean-Georges (1986). *Voyagers francophones en Amérique hispanique au cours du XIX^e siècle : Répertoire bio-bibliographique*. París: Bibliothèque Nationale.
- MACERA, Pablo (1999). *Viajeros franceses siglos XVI-XIX*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú / Embajada de Francia en el Perú.
- MAUNOIR, Charles (1895). *Rapports annuels sur les progrès de la géographie, 1867-1892* (volumen 3). París: E. Leroux.
- MONNIER, Marcel (1885). *Un printemps sur le Pacifique. Iles Hawaiï*. París: Plon-Nourrit.
- MONNIER, Marcel (1889). «Du Pacifique au Para». *Bulletin de la Société de Géographie*, 10(7), 548-605.
- MONNIER, Marcel (1890). *Des Andes au Para. Equateur-Pérou-Amazone*. París: Plon-Nourrit.
- MONNIER, Marcel (1899). *Cajamarca: la capitale de l'Inca*. París: Plon.
- MONNIER, Marcel (2005). *De los Andes hasta Pará. Ecuador-Perú-Amazonas*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos. Recuperado de <http://books.openedition.org/ifea/564>.
- NUÑEZ, Estuardo (1989). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú. Apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: Concytec.
- ORDINAIRE, Olivier (1988). *Del Pacífico al Atlántico*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos. Recuperado de <http://books.openedition.org/ifea/6916>.

- PORRAS BARRENECHEA, Raúl (1935). *Pequeña antología de Lima (1535-1935). Lisonja y vejamen de la ciudad de Los Reyes del Perú*. Madrid: G. Saez.
- RIVIALE, Pascal (2008). *Una historia de la presencia francesa en el Perú, del Siglo de las Luces a los Años Locos*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- VENAYRE, Sylvain (2012). *Panorama du voyage. 1780-1920. Mots, figures, pratiques*. París: Belles Lettres.

El oriente peruano en la obra de José Santos Chocano: una fábrica de exotismos

Catherine Heymann

Universidad de París X Nanterre. CRIIA-EA 369

RESUMEN

Se trata de analizar la imagen del oriente peruano en la obra poética de José Santos Chocano (1875-1934), considerado como el «poeta nacional del Perú» y autoproclamado «Cantor de América». Si su representación del mundo andino-amazónico integra la Amazonía en la incipiente literatura nacional, la geografía y la historia que privilegia son una construcción exótica, tanto en el sentido propio como figurado.

Palabras clave: Oriente peruano, José Santos Chocano, «El derrumbamiento», Juan Santos Atahualpa, exotismo, construcción nacional

RÉSUMÉ

Il s'agit d'analyser l'image de l'orient péruvien dans l'œuvre poétique de José Santos Chocano (1875-1934), considéré comme le «poète national du Pérou» et auto-proclamé «chantre de l'Amérique». Si sa représentation du monde andino-amazonien inscrit l'Amazonie dans la littérature nationale alors en cours de formation, la géographie et l'histoire qu'il privilégie sont une construction exotique, au sens propre comme au sens figuré.

Mots clés : Orient péruvien, José Santos Chocano, «El derrumbamiento», Juan Santos Atahualpa, exotisme, construction nationale

ABSTRACT

The aim is to study the image of the Peruvian East in the poetic works of José Santos Chocano (1875-1934), considered as «The National Poet of Peru» and self-proclaimed «Cantor of America». If his representation of the Andean-Amazonian region includes Amazonia into the national literature, then in a process of formation, his vision of geography and history is an exotic construction, literally and figuratively.

Keywords: Peruvian East, José Santos Chocano, «El derrumbamiento», Juan Santos Atahualpa, exoticism, national construction

Será el Perú amazónico el pueblo sin rencores,
 que enjugará los llantos de todos los dolores
 y partirá entre muchos las hostias de su altar;
 porque la Raza al borde del Marañón nacida
 penetrará cien años en la futura vida,
 como penetra el río cien leguas en el mar.

Alma América (1906), «La tierra del sol»

Si a fines del siglo XIX ya había empezado la articulación del oriente peruano al país recién independizado, la exploración del inmenso espacio amazónico seguía activa. Tal proceso se ve reflejado en la producción de una literatura de viaje, en el sentido amplio de la palabra, que integra esta larga etapa de reconocimiento de la región, destinado a permitir la explotación de sus recursos naturales. Abundaron los estudios geográficos —escritos por viajeros nacionales o extranjeros, civiles o militares, por agentes del Estado peruano o de otros países, americanos o europeos—, los informes de ingenieros, los relatos de viaje de diplomáticos, de comerciantes o las narraciones que se inspiraban en la realidad circundante.

A estos escritos hace falta añadir la producción de una literatura nacional en gestación. Si a mediados del siglo el muy aristocrático limeño Felipe Pardo y Aliaga había dedicado tres estrofas de su largo poema titulado «El Perú» (1856) a la «varia y gentil naturaleza / que en el Oriente nuestro linde esmalta» en el que subrayaba la majestuosidad de su paisaje y sus riquezas económicas; fue Fabriciano Hernández, nacido en 1844 en Chachapoyas, capital del departamento del Amazonas creado en 1832¹, quien escribió un «Canto al Amazonas» (1868), considerado el inicio de la producción poética regional. Su autor, miembro de la Sociedad de los Obreros del Porvenir, que sufragó los gastos de algunos viajes de exploración por el Amazonas y sus afluentes (Ramírez, 1982), quería convertirse en el cantor de la peruanidad, e incluso de la americanidad, celebrando por ello al río más poderoso del mundo. Al poetizar la reciente internacionalización del tráfico sobre el Amazonas (1851), su representación romántica del paisaje fluvial proyectaba al gran río en el mundo «moderno». Hernández evocaba de manera muy concreta las posibilidades comerciales², sinónimas de progreso. Si existieron seguidores que pasaron a formar parte de un grupo de poetas llamado «Cantores

1 El texto de la ley de creación precisaba «que la elección de un Departamento compuesto de las tres provincias de La Libertad, situadas en la otra banda del Marañón, tendrá una grande influencia en los adelamientos de la navegación, y del comercio y en la civilización de las tribus salvajes».

2 «los productos valiosos, / de tus inmensos bosques seculares / y los ricos metales y preciosos / que avaro guardas en tu virgen seno!» (Hernández, 1942, p. 63, vv. 180-184).

del Amazonas»³ por haber celebrado todos al río, las representaciones que estuvieron en condiciones de integrar el oriente al paisaje literario nacional a principios del siglo xx fueron las de escritores forasteros o extranjeros. Estos viajeros escribieron «desde fuera», con una mirada exótica en el sentido etimológico de la palabra.

En las últimas dos décadas del siglo xix, la Amazonía, principalmente en sus partes nororiental y sudoriental, había salido al escenario económico nacional (e internacional) con el desarrollo de un nuevo ciclo extractivo, el del caucho. El interés de los escritores de la costa, y de Lima en particular, por esta región obedecía muy a menudo a un mismo esquema: a raíz de un proyecto económico más o menos preparado, decidían irse a la parte oriental, a buscar la «aventura» que implicaba el mundo de la selva. Al hacerlo, se sentían actores de una gesta heroica. Habiéndose frustrado las perspectivas económicas, regresaban a Lima y convertían su (corta) experiencia, sus impresiones y sus vivencias en composiciones poéticas. Un ejemplo paradigmático de este viaje a la selva es el de Carlos Germán Amézaga y su largo poema «La leyenda del caucho». En el mismo período en que esto ocurría, estaba elaborándose una reflexión sobre la literatura peruana tanto desde una perspectiva histórica cronológica —*Carácter de la literatura del Perú independiente* de Riva Agüero en 1905 y *El genio de la lengua y la literatura castellana y sus caracteres en la historia intelectual del Perú* de Javier Prado en 1918— como a partir de un intento de sistematización del proceso —*Posibilidad de una genuina literatura nacional* de José Gálvez en 1915.

Enmarcado en el doble contexto de la visibilización del oriente peruano y el proceso de construcción del Estado-nación, el presente trabajo analiza la representación de la parte oriental en la obra de José Santos Chocano (1875-1934), a quien Manuel González Prada otorgó el título de «poeta nacional del Perú» (Chocano, 1901, p. 14) y Ventura García Calderón el de «cantor peruanísimo por antonomasia» (Chocano, 1938). Si la reflexión trató de abarcar el conjunto de la producción de Chocano, nos enfocaremos más precisamente en una composición publicada en 1899. Titulada inicialmente «El derrumbe», su temprana publicación le brindó al joven poeta —que aún tenía 24 años— un éxito considerable antes de ser integrada, en una versión notablemente reducida, a la que suele presentarse como la obra maestra de Chocano: *Alma América. Poemas indo-españoles* (1906). Deteniéndonos en las características de la que se considera

3 Entre ellos, Antonio del Carmen Sotelo, Miguel Abraham Rojas Mesía y Manuel Pasión Zegarra.

la primera imagen del oriente en las letras nacionales, elaborada por un poeta limeño de conocido protagonismo tanto en el arte como en la acción, trataremos de recalcar cómo su evocación del mundo andino-amazónico se convierte en una fábrica de exotismos.

El cantor de una selva tópica

Caracterizado muy a menudo como el modelo del escritor aventurero del siglo XIX, poeta adulado, incluso idolatrado durante buena parte de su vida, tanto en América Latina como en España; y muy devaluado después de su muerte, Chocano tuvo una vida agitada. Hijo de un militar oriundo de Tacna, nació en 1875 en Lima y vivió durante su infancia el episodio traumático de la guerra del Pacífico (1879-1883). Utilizó temprano sus dotes literarias para gravitar en el orbe del mundo político y de los negocios. En 1901, el presidente Eduardo López de Romaña, a quien el poeta le había dedicado la primera edición de *El canto del siglo*⁴, lo mandó a América Central para que intentara conseguir el apoyo de los presidentes de la región antes de la Conferencia Panamericana de México (1902). En ella debía darse el arbitraje del diferendo del Perú con Chile en lo relativo a los territorios de Tacna y Arica, cuya restitución al Perú tenían prevista los tratados. Al igual que varias figuras literarias de la época (como Rubén Darío, por ejemplo), Chocano tuvo una larga actividad diplomática en América Central, en México, en Guatemala, donde participó en el gobierno del dictador Estrada Cabrera, antes de que lo encarcelara el sucesor de este y que lo salvaran de la muerte las intervenciones de personalidades como el mismo rey de España Alfonso XIII. Regresó al Perú en 1921, después de una larga ausencia y la polémica no tardó en nacer.

Mientras la sociedad latinoamericana conocía cambios importantes, en particular entre la juventud (con la llamada generación de la Reforma Universitaria de 1918⁵), Chocano se halló en el centro de enconadas discusiones (en Perú y México, en particular) por sus declaraciones repetidas a favor de los regímenes dictatoriales. En *Idearium tropical. Apuntes sobre las dictaduras organizadoras y la gran farsa democrática: ante los EE. UU. de América; el programa de la revolución*

4 Este poemario, cuyo subtítulo es «Poema finisecular», reconstituye las grandes líneas del siglo XIX en una perspectiva euroamericana.

5 Movimiento estudiantil iniciado en la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina) que se extendió a las demás universidades del país y de América Latina.

*mexicana*⁶, el poeta expresaba sus opiniones en cuanto a la vida política de su tiempo. Apoyaba al presidente peruano Augusto Leguía, que había disuelto el Congreso en 1919, mandado aprobar una nueva constitución en 1920 y aplicaba una política represiva.

La polémica se desarrolló en la prensa de Lima entre Chocano y numerosos intelectuales, entre los cuales estaba Óscar Miró Quesada, director del periódico *El Comercio*. Las declaraciones de Chocano lo privaron del favor de los diputados a la hora de conseguir una pensión vitalicia. A cambio, gozó de una memorable «coronación nacional», apoyada por la Municipalidad de Lima y la de otras ciudades del Perú, que se celebró en noviembre de 1922⁷. Tres años más tarde después de haber sido condenado por el homicidio de un joven escritor, Edwin Elmore, y haber conseguido una suspensión del juicio criminal, el poeta viajó a Chile en 1928, donde a partir de los años 1930 se dedicó a buscar los supuestos tesoros que habrían escondido los jesuitas en el momento de su expulsión en 1767. Murió asesinado en Santiago de Chile en 1934.

La fuerte personalidad de Chocano y su afición a la aventura se reflejan en su obra. El investigador mexicano Pablo Yankelevich (2000) recuerda que, como varios autores que pertenecieron a la misma generación modernista (Rubén Darío, Ricardo Jaimes Freyre, entre otros), Chocano llevaba una propuesta estética que contenía la idea de verse llamado a ocupar cargos de mando. En su caso particular, su ego sobredimensionado y temperamento exaltado lo llevaron a pensar que un destino continental lo esperaba. Organiza su poesía alrededor de un «yo» protagonista, ególatra y enfático (Araujo, 2009), construyendo un personaje que se definía como heredero del pasado precolombino y de la conquista española. Hasta en su obra póstuma *Oro de Indias* (1939) ilustra Chocano, por su «novomundismo» militante, la idea de una síntesis de las culturas (incaica e hispánica) de la que debe nacer una nueva espiritualidad latina, en que prima el componente hispánico.

A esta concepción corresponde la representación de un paisaje americano tópico, hecho de grandes telones y trops abundantes, fácilmente reconocibles. «En verdad, Chocano es mejor poeta cuanto más superficial es, cuanto más tópi-

6 Publicado por la casa editora La Opinión Nacional, en 1922.

7 Durante la ceremonia, Chocano leyó su «Nocturno a la coronación», enfatizando la dimensión nacional: «La corona con que ciñen mi frente los pueblos del Perú, no halaga mi amor propio tanto como mi amor patrio; así quisiera levantar la cabeza lo bastante como para que del mundo entero fuera vista esta corona como un emblema dedicado a la solemne cultura nacional. ¡Bienaventurados los pueblos que aman a sus poetas, porque de ellos es el reino de la Inmortalidad!» (Chocano, 1922).

co resulta, cuanto menos personal se nos presenta», escribe Julio Ortega (1987). Expresión de un arte que privilegia el rasgo estilístico más que la esencia, así aparecen muchos poemas de su obra más emblemática, *Alma América*. Es el caso de los sonetos dedicados a la naturaleza americana, que describen los componentes de la fauna, de la flora o de la geografía física: «Los pantanos», «Los volcanes», «El sinsonte», «El maíz», «Las orquídeas», considerados sus mejores poemas. Estas descripciones se parecen a las de los cronistas españoles, redactadas en el contexto del descubrimiento de América y de los grandes viajes marítimos occidentales, haciéndonos recordar que entonces fue cuando apareció el adjetivo «exótico» (Fléchet, 2008).

La selva aparece temprano en la obra de Chocano, con un primer poemario titulado *Selva virgen*⁸, publicado en 1898 cuando el autor tenía 23 años.

El título del libro se debe a un viaje que realizó Chocano al valle de Chanchamayo, en 1897, con el proyecto de instalar una plantación de café⁹. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, el éxito de las haciendas cañeras, que eran propiedad de unas familias de Tarma, convirtió a la selva central en una «empresa nacional que debía asegurar el “porvenir de la república”» (Santos Granero y Barclay Rey de Castro, 1995, p. 59). La colonia de San Ramón (1847) —apoyada por el Gobierno central, que veía en ella la cabecera de la «reconquista»¹⁰ de la región— y la colonia de La Merced (1869) formaban parte de las estrategias y políticas de ocupación, aunque la escasez de medios de transporte¹¹ limitara el desarrollo de estos asentamientos y el de la inmigración europea¹².

Sin embargo, *Selva virgen* no desarrolla el tema de la naturaleza selvícola, sino el del amor y el erotismo, construyéndose la selva como el lugar del exotismo sexual. El artista se vuelve así el explorador¹³ de una selva mitologizada y tropicalizada, asociada la mayor parte del tiempo con el cuerpo de la mujer:

8 En el prefacio que escribió, Manuel González Prada indica que fueron poemas elaborados de 1892 a 1900 y que se encontraban dispersos en los periódicos de la época. Luis Alberto Sánchez menciona las ediciones de 1901, 1909 y 1923 en Garnier Frères en París (Chocano, 1954).

9 Yankelevich (2000) subraya que unos años más tarde, cuando estuvo recorriendo América Central, el poeta «se demora frente a los aspectos “estéticos” del comercio del café y del banano» (p. 3). En la actualidad, Chanchamayo y Satipo se convirtieron en zonas emblemáticas de este producto de bandera.

10 A raíz de la sublevación de Juan Santos Atahualpa en 1742, los españoles que no lograron vencerlo durante diez años decidieron prohibir el paso a la selva central, que permaneció «cerrada» durante unos cien años.

11 Sobre el tema de los caminos y los transportes, ver: Riviale (2015).

12 Aparecen estos temas en *La epopeya del Pacífico (Alma América, 1906)*.

13 En «La voz de la selva» («¡Oh selva virginal! El arte es huella / de explorador en selva enmarañada») y en «El amor de las selvas» («Yo apenas quiero ser humilde araña, / que en torno suyo su hilazón tejiera; / y que, como explorando una montaña, se enredase en tu misma cabellera»). El énfasis es mío.

Yo soy bosque sin traba: abre el sendero.
 Yo soy antro sin luz: prende la tea.
 Cóndor, boa, caimán, jaguar, ¡yo quiero
 ser lo que quieras tú que por ti sea! («El amor de las selvas»)

Si, como lo escribe Luis Alberto Sánchez, *Selva virgen* se revela como un libro «titubeante», es de subrayar ya la importancia de la descripción del paisaje andino-amazónico. De ese modo, fluyen las imágenes múltiples de una naturaleza majestuosa y la mención, emblemática de la época en que escribe Chocano, del tren visto como un vector del progreso. La apertura de la línea Lima-La Oroya en 1893 había sido un acontecimiento mayor por ser una construcción extraordinaria¹⁴.

En 1899 dos composiciones «histórico-geográficas» consagraron al poeta: *La epopeya del Morro (poema americano)* y «El derrumbe», poema americano que nos interesa aquí.

Del teatro de la selva a la selva como teatro: de «El derrumbe» (1899) a «El derrumbamiento» (1906)

Este poema, cuya versión original constaba inicialmente de más de 1300 versos, fue publicado primero en 1899 y luego en 1902 en *Poesías completas*, con una dedicatoria al presidente Eduardo López de Romaña¹⁵. Fue revisado posteriormente por el poeta que lo publicó con el nombre de «El derrumbamiento» en *Alma América* (1906), habiéndolo reducido de la mitad, práctica frecuente en él.

El resultado fue una composición de 672 versos. A pesar de unos cortes drásticos que no facilitan la comprensión de los enlaces, el poema está organizado en «cuadros». La reducción del contenido muestra la voluntad de poner de realce el aspecto épico-dramático del conjunto¹⁶. El título cuya etimología (*rupes*) remite

14 La comunicación fluvial fue otro tema importante con los barcos de vapor. Si la salida de los productos al Atlántico era entonces hegemónica, Chocano celebró también la articulación del oriente con el Pacífico. En «La epopeya del Pacífico. (A la manera yanqui)», poema de 1906, subraya la importancia del canal de Panamá: «El Canal será el golpe que abrir le haga las manos / y le quite las llaves del gran río al Brasil; / porque nuestras montañas rendirán sus tributos / a las naves que lleguen hasta el puerto feliz, / cuando luego de Paita, con enérgico trazo, / *amazónica* margen solicite el carril / y el Pacífico se una con el viejo Dorado / y los trenes galopen sacudiendo su crin». El énfasis es mío.

15 Primer presidente ingeniero (1899-1903) que participó de la etapa llamada desde Basadre la «República Aristocrática», es decir oligárquica.

16 Rodríguez-Peralta (1970), por su parte, nota que la comparación entre ambas versiones «clearly indicates the

al «precipicio», al «ribazo» —imagen omnipresente en el poema (I, vv. 203, 244, 301; II, v. 223)— designa el desmoronamiento¹⁷. Puede interpretarse, primero, de manera muy concreta, desarrollándose la acción del poema en la selva alta a pesar de que escaseen los datos geográficos precisos.

El marco natural

Construido en dos partes levemente desiguales (350 y 291 versos), dividida cada una en cinco «episodios» definidos por un título más metafórico que realista¹⁸, el poema da mucha importancia a la descripción del marco natural (más o menos la mitad de los versos). Si no aparece ningún topónimo, al final de la primera parte, seis versos brindan una definición metafórica de esta parte más alta de la selva, también llamada ceja de selva¹⁹:

Y entre los pliegues de esas mismas faldas
 la cumbre circunfleja
 donde el cóndor estuvo, alza su ceja
 a la manera de cortante quilla,
 como un titán que se tendió de espaldas
 y que dobló hasta el cielo una rodilla. (vv. 345-350)

Este marco montañoso, cuya naturaleza grandiosa está expresada a través de varios binomios adjetivo/substantivo, baña a la expresión de una teatralidad religiosa en que las vertientes de las sierras parecen «dos manos juntas / en la actitud de una oración cristiana» (v. 4), donde el trazado de los ríos que aparta la montaña recuerda a Moisés (v. 13) abriendo el mar Rojo (vv. 105-106) en medio de un ruido ensordecedor («clamor de fraguas», v. 18).

El primer cuadro funciona como un imponente decorado que encierra una de las escasas alusiones concretas del poema: la mención de los proyectos de

degree of change of the poet [...]. The result is the change from unchecked spontaneity to artistry» (p. 66).

17 En la edición de 1906, un «Vocabulario» compuesto por once términos (de origen indígena) incluía la voz «Derrumbe: efecto de derrumbar».

18 «El salmo de las cumbres», «Corazón de montaña», «El hogar del colono», «Flor de las selvas», «De tránsito» para la primera parte; y en la segunda parte, «La oración de las selvas», «Amor de fieras», «¡Al bosque!», «Tempestad» y «Cuadro final. Atahualpa», nombre este último que no aparece en la versión de 1906, sino en la de las *Poesías completas* (1954).

19 Ceja de selva o ceja de(l) monte es una expresión con la que se designa toda franja de selva que se ve a lo lejos.

construcción de los ferrocarriles, vistos como una promesa de unificación del territorio, como un hilo de hilvanar:

Y hasta ahí... por las cúspides bifrontes
 con pie de acero y corazón de brasa,
 irá el tren de lejanos horizontes,
 que superpuestos túneles traspasa
 como una aguja que cosiera montes... (vv. 35-39)

En el mismo centro de este «dispositivo» natural monumental, se alberga la presencia humana, dando fe del frente pionero que fue esta zona. «El hogar del colono» (título de uno de los cuadros) es el verdadero epicentro del poema. La casa «se erige, construida / en la cresta mortuoria de un derrumbe / como un penacho de rebelde vida» (vv. 202-204). Dos suertes de acotaciones escénicas enmarcan así un paisaje vegetal con la descripción romántica de la música producida por una ceiba (vv. 120-121) y la mención de cafetales que delatan una presencia humana (v. 195). Unidas estas dos menciones a la del tren, concretan la idea de la expansión de la colonización en la selva central con la avanzada del frente pionero, que tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo XIX.

De manera simétrica se abre la segunda parte con la celebración de la misma selva. El poeta elabora una descripción muy visual —con tropos consagrados— dominada por la imagen del laberinto (vv. 13, 26, 46) y de un teatro de sombras (vv. 13-17). En este espacio descomunal, característico del exotismo geográfico que impregna la poesía de Chocano, el penúltimo cuadro da lugar a la evocación de una tempestad que provoca la caída de la casa del colono al abismo (vv. 244-250), prefigurando la tempestad humana con que termina el poema.

Como una composición binaria, el poema está construido sobre dos espacios antagónicos, en una escenificación dialéctica de lo lejano y lo cercano: el primero descrito a porfía (la selva alta), el otro solo referido. En efecto, la ciudad, supuesto centro de la civilización (v. 191), solo aparece a través de la conciencia del personaje que une los dos espacios: el indio. El binomio ciudad/selva se sitúa en el conocido marco de la oposición civilización/barbarie, siendo el bárbaro el salvaje, el indio selvático, como lo indica la misma raíz de la palabra.

Los personajes: el indio, el misionero, el colono y su hija

Un elemento clave de la composición es que el indio sale al escenario en la primera parte con tres características: su particularización, su condición «indígena» y su estatuto, es «el rey de la tribu» (v. 147), aparentemente animado de intenciones belicosas destinadas a aumentar su poder (vv. 156-160). Es «el salvaje cacique» (v. 176).

La «acción» del poema descansa en la salida abrupta («¡A la ciudad!», v. 186) de este indio cuyo nombre no se da inicialmente y en su regreso a la selva, no menos repentino, en un cuadro titulado «¡Al bosque!», tercer movimiento de la segunda parte. El origen del viaje se debe a la intervención de una figura familiar del mundo de la selva desde el siglo xvi: el misionero. De manera significativa en la representación del espacio de la selva es la primera persona en aparecer (v. 68), presentado como un símbolo vivo del mártir (v. 71). Su tarea viene definida unos versos más tarde: «El es el noble apóstol de heroísmo, / que se aventura por la virgen selva, / cristianizando tribus» (vv. 85-87). En aquel momento del relato, este misionero parece ser el modelo de los representantes de la fe católica que, a partir del papado de León XIII (1878-1903) y en la coyuntura histórica de aquel entonces, volvieron a la América independiente, convirtiéndose en un instrumento del proyecto político unificador de los gobiernos republicanos. Se trataba para ellos de ir «en pos del indio errante, con el único objeto de hacerlo hombre civilizado, cristiano y también peruano» (citado en García Jordán, 2001).

El encuentro entre el misionero y los selváticos mucho tiene de la aparición de las «barbas», en el sentido primero de la palabra, en el escenario configurado en el poema:

el grupo de salvajes ve sorpreso,
 cual si fuese relieve
 o cuadro vivo sobre el bosque impreso,
 un capuchón, un rostro de blancura
 y una barba de nieve,
 desgarrando el telón de la espesura. (vv. 170-175)

La escena muestra nada menos que el enfrentamiento entre el salvaje y el civilizado, el pagano y el cristiano, que se resuelve en una elipsis narrativa con la salida

a la ciudad del cacique. El tema de la civilización cobra un relieve espectacular, además de un giro inesperado, con el desenlace del poema.

El último movimiento se halla bajo el signo del regreso del indio a la selva. Huyendo de la ciudad que le parece pura mentira e hipocresía (II, v. 151), se da también cuenta del engaño del misionero cuando ve que este ha bendecido la unión de la hija del colono con otro hombre (v. 182) y toma conciencia del despojo del que son víctimas los indígenas (vv. 192-194) por parte de esta «raza extranjera a la selva» (vv. 191-192). Ha llegado el tiempo de la venganza, por lo que le da muerte al misionero. El lector asiste paralelamente al embrión de una concientización indígena (v. 277) que desemboca en un levantamiento general de las tribus. El lector, pasmado, se entera en aquel momento de que el personaje nunca nombrado antes es «Juan Santos Atahualpa, Apu Inca» (vv. 261 y 264, II), protagonista de «el derrumbamiento portentoso / de una sobre otra raza...» (vv. 282-283), que remite al levantamiento ocurrido en 1742, en tiempos de la Colonia.

Juan Santos fue una importante figura de lo que los historiadores definen como la «era de la insurrección andina» (segunda mitad del siglo XVIII), para el origen de un movimiento de gran amplitud en la selva central a partir de 1742. Autoproclamado descendiente de los incas, anunció la reconquista del reino del Perú y, federando etnias distintas, guió a poblaciones selvícolas y migrantes serranos descontentos en repetidas incursiones militares que expulsaron a los colonizadores ubicados en las estribaciones orientales de los Andes. Durante diez años, las autoridades coloniales no lograron vencer los ejércitos guerrilleros de Juan Santos, con base en la selva. Después de varias derrotas, el Estado colonial decidió construir una red de fortines destinada a impedir la expansión de la insurrección hacia la sierra, «cerrándose la Selva para un período de más de cien años» (Stern, 1990).

Sin restarle importancia al golpe efectista que le permite a Chocano clausurar su composición de manera espectacular, es necesario interrogarse sobre la o las elecciones de un protagonista indígena, figura histórica que remite al período colonial, en una época en que las políticas orientales de los diferentes gobiernos veían al indio selvático como un obstáculo que debía ser eliminado.

Alcance de la representación del oriente peruano en «El derrumbamiento»

A Chocano le tocó vivir la época en que la exploración, la colonización y la articulación del oriente peruano al resto del país pasaron a formar parte de los programas políticos nacionales. En ese sentido, el interés geográfico del poeta por la selva refleja la preocupación de su tiempo: desarrollo económico, transportes y comunicación, voluntad de «modernizar» el Perú. Pero más fundamentalmente, su celebración de los paisajes cordilleranos y selváticos es exótica en la doble acepción del adjetivo que puede remitir a un espacio lejano respecto al lugar de origen del locutor²⁰ (la costa para Chocano), así como a un decorado que añade a la idea de espacio la de un artefacto (la visión de la selva como un teatro).

Para la escenificación de lo lejano, el poeta se vale de la majestuosidad del paisaje andino-amazónico y logra dar una visión épica y dramática de la historia, que procede tanto de un dato subjetivo (llamémoslo el «temperamento» de Chocano) como de una coyuntura histórica. Como toda una generación, fue marcado por el traumatismo que representó la derrota militar y económica contra los chilenos durante la guerra del Pacífico. Se mencionó anteriormente que, además de la publicación de «El derrumbe», el poeta publicó otra composición poética en 1899. Se trata de *La epopeya del Morro* (1899), que le valió su primer galardón del *Ateneo de Lima* (una medalla de oro).

El tema de la composición es la batalla de Arica (1880) que se desarrolló bajo el mando del coronel Francisco Bolognesi. El poeta evoca un episodio particular, el de la muerte de Alfonso Ugarte, civil que llegó a ser comandante de la octava división del Ejército del Sur y se convirtió en una figura heroica para los peruanos. Circularon versiones tempranas (ya en 1880) según las cuales, en esa batalla, el comandante Ugarte habría preferido arrojarse al océano con su caballo desde la cumbre del acantilado, el morro, para que no cayera la bandera peruana en manos enemigas. Se realizaron más tarde cuadros sobre el tema de la resistencia de Arica, como *El último cartucho* (1894)²¹ del pintor peruano Juan Lepiani (1864-1932). Tanto el título del poemario de Chocano como los títulos de las secciones que lo componen —«Bolognesi fue el último espartano», «El canto de los Héroes», «El Morro y el héroe», «El último cartucho», «El asalto»— evidencian la celebración selecta de momentos o episodios destinados a configurar una gesta

20 Cabe recordar que en el siglo XIX lo exótico remitió muy a menudo a regiones cálidas y poco conocidas.

21 Otra representación más tardía se debe al pintor italiano Agostino Marazzani Visconti, *Ugarte lanzándose desde el Morro de Arica* (1905). En la composición poética, una de las partes lleva el mismo título que el cuadro.

nacional que se enmarca en una naturaleza grandiosa que el poeta magnifica con una insistencia particular en el movimiento, el ascenso y la caída.

La elección del personaje de Juan Santos Atahualpa puede interpretarse como la participación del sujeto en esta visión selecta y heroica de la historia. La representación es la de un personaje solitario que se distingue de la masa («Apartado uno de ellos», v. 41, 1), dominador y aristocratizante («se adivina / en su actitud el dominante sello», v. 46, 1), poseedor de poderes misteriosos que dejan augurar un destino excepcional («el camino de triunfo al porvenir», vv. 51-52), un jefe o líder («Es el rey de la tribu», v. 47, 1) y un hombre ambicioso («Su ambición es vencer en la porfía; / y hasta ensanchar querría / tales montañas a su empuje estrechas / para tener entre su mano un día / todas las tribus como un haz de flechas», vv. 56-60). A lo largo del poema se afirma su voluntad de dirigir todas las tribus, expresada a través de un juego con los tiempos (del condicional al pasado perfecto).

Tal representación es reveladora de la concepción que tiene Chocano de la historia, vista como una «serie de grandes efemérides» (Cornejo Polar y Cornejo Polar, 2000, p. 178), en la que priman las acciones y el comportamiento «heroico» de los individuos más «nobles». De ahí que Chocano le inventara a su personaje una muerte espectacular del todo ajena a la realidad histórica²²:

Hecho un coloso

él, Apu Inca, que en el campo abierto,

se rubricó de heroicas cicatrices,

supo en la lucha desplomarse muerto

como un árbol hachado en las raíces.

Y cumplió su deseo, y murió ufano;

que, en las montañas a su empuje estrechas,

él, antes de morir, tuvo en su mano

todas las tribus como un haz de flechas. (vv. 283-292)

Si el exotismo histórico que preside a la elección de una figura del pasado colonial cumple con un evidente objetivo poético, es también revelador de la dimensión ideológica conservadora de Chocano y del mundo que recrea de manera selecta. No describe una realidad histórica: formula y celebra un ideal.

22 No existen documentos que precisen las condiciones de la muerte del personaje, lo que contribuyó a forjar la leyenda de su «desaparición» y vuelta futura, dotándolo de una dimensión mesiánica.

Por fin, un tercer elemento merece un comentario: si la figura de Juan Santos remite al mundo andino-amazónico, lo que privilegia el poeta en la elaboración de su personaje es la herencia incaica. La legitimación de Chocano como auto-proclamado «Cantor de América» se construyó alrededor de dos adjetivos empleados en el primer verso de uno de los sonetos más emblemáticos de su obra, titulado «Blasón»: «Soy el cantor de América autóctono y salvaje».

La autoctonía designa en su poesía la parte indígena, incaica, la que dice sentir («Cuando me siento Inca...», v. 5), aunque la subordina siempre a la parte española («la sangre es española e incaico es el latido», v. 12). Coetáneo del poeta, José Carlos Mariátegui subrayaba en su análisis de la literatura peruana que en Chocano coincidía la filiación artística con la filiación espiritual, que él «e[ra] de la estirpe de los conquistadores» y que «si no carec[ía] de admiración literaria y retórica a los inkas, desborda[ba] de amor a los héroes de la Conquista y a los magnates del Virreinato» (Mariátegui, 1988, p. 222). De ahí que el pensador lo considerara un representante del período colonial de la literatura peruana y denunciara la visión de la crítica de su época para la que «el alma autóctona» americana de Chocano residía en su indiscutible capacidad expansiva y enfática, en una palabra, en su «exuberancia» (etimológicamente, lo que se desborda), estableciendo así el dogma del americanismo y del tropicalismo. Cabe decir que la Amazonía fue un componente importante de la construcción chocanesca tanto a nivel nacional como continental.

Como poeta modernista y cantor «peruanísimo», lo que nacionalizó Chocano fue el exotismo o mejor dicho los exotismos que proyectó sobre la selva, declinados en varios aspectos: erótico, geográfico, histórico. Con su componente andino y amazónico, la selva ocupa un lugar importante en su obra, recreada en el marco de la ideología y la mitología personales de un poeta «pasadista por antonomasia» (Belli, 1988, p. 14) que puso todas sus energías «para glorificar y consolidar un arte y una vida de definidos perfiles ochocentistas», se despliega a través de un doble mecanismo de admiración y desconocimiento de lo otro —lo selvático—, generando estereotipos que perduran en la actualidad.

Por otra parte, el americanismo de Chocano respondió también a planteamientos de su tiempo. Se trataba de definir (y describir) la identidad de América en tanto naturaleza. No se puede menos que recordar al respecto el papel de proveedor de materias primas que le fue asignado al continente por el capitalismo en el nuevo orden económico internacional, habiendo sido el ciclo del caucho amazónico un ejemplo entre otros muchos. A los cien años de felicidad que pro-

metían los dos tercetos del soneto de Chocano titulado «República» (1906)²³, respondía en 1928 la implacable observación de Mariátegui (1998): «La montaña, sociológica y económicamente, carece aún de significación. Puede decirse que la montaña, o mejor dicho la floresta, es un dominio colonial del Estado peruano» (p. 128).

Bibliografía

- ARAUJO, Kathya (2009). *Dignos de su arte. Sujeto y lazo social en el Perú de las tres primeras décadas del siglo XX*. Madrid: Iberoamericana / Vervuert.
- BELLI, Carlos Germán (1988). «Prólogo». En Jorge Eslava Calvo (ed.), *José Santos Chocano. Antología*. Lima: Peisa.
- CHOCANO, José Santos (1898). *Selva virgen*. Lima: Imprenta del Estado.
- CHOCANO, José Santos (1899). *La epopeya del Morro (poema americano)*. Lima: J. R. Sánchez.
- CHOCANO, José Santos (1901). *Poesías completas*. Barcelona: Maucci.
- CHOCANO, José Santos (1922). *La coronación de José Santos Chocano*. Lima: Opinión Nacional.
- CHOCANO, José Santos (1938). *Poesías escogidas*. [Nota preliminar y selección de Ventura García Calderón]. París: Desclée de Brouwer.
- CHOCANO, José Santos (1954). *Obras completas*. [Compiladas, anotadas y prologadas por Luis Alberto Sánchez]. México: Aguilar.
- CORNEJO POLAR, Antonio y Jorge CORNEJO POLAR (2000). *Literatura Peruana. Siglo XVI a siglo XX*. Lima: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar / Latinoamericana Editores.
- HERNÁNDEZ, Juan Fabriciano (1942). «Canto al Amazonas». *Trocha*, 1(5), 62-64.
- FLÉCHET, Anaïs (2008). «L'exotisme comme objet d'histoire». *Hypothèses*, 1(11), 15-26. Recuperado de <http://www.cairn.info/revue-hypotheses-2008-1-page-15.htm>.
- GARCÍA JORDÁN, Pilar (2001). *Cruz y arado, fusiles y discursos. La construcción de los Orientes en el Perú y Bolivia, 1820-1940*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto Estudios Peruanos.
- MARIÁTEGUI, José Carlos (1998). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Barcelona: Crítica.
- ORTEGA, Julio (1987). «José Santos Chocano». *Historia de la literatura hispanoamericana* (tomo II) (pp. 693-696). Madrid: Cátedra.

23 Ver el epígrafe que encabeza este artículo.

- PARDO Y ALIAGA, Felipe (1898). *Poésias de Felipe Pardo*. París: Librería de Vda. de Charles Bouret.
- RAMÍREZ, Luis Hernán (1982). «Los primeros cantores del Amazonas». *Shupihui*, (23-24), 81-88.
- RIVIALE, Pascal (2015). «De Lima à La Merced (vallée de Chanchamayo) : itinéraires et anecdotes de voyages depuis la capitale jusqu'à un front pionnier (1879-1884)». En Isabelle Tautzin-Castellanos (dir.), *Histoire des itinéraires et des étapes en Amérique latine. XVI^e-XX^e siècle* (pp. 167-185). Pessac: Maison des Sciences de l'Homme d'Aquitaine.
- RODRÍGUEZ-PERALTA, Phyllis W. (1970). *José Santos Chocano*. Nueva York: Twayne Publishers.
- SANTOS GRANERO, Fernando y Frederica BARCLAY REY DE CASTRO (1995). *Órdenes y desórdenes en la Selva Central. Historia y economía de un espacio regional*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos / Instituto de Estudios Peruanos / Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- STERN, Steve (1990). «La era de la insurrección andina, 1742-1782: una reinterpretación». En Steve Stern (comp.), *Resistencia, rebelión y conciencia campesina en los Andes, siglos XVIII al XX* (pp. 50-117). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- YANKELEVICH, Pablo (2000). «Vendedor de palabras. José Santos Chocano y la Revolución mexicana». *Desacatos*, (4), 131-160. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1607-050X2000000200009.

Datos de los autores

Estelle AMILIEN

Doctoranda en la Universidad de París x Nanterre, en Francia. Sus investigaciones versan sobre la integración al Estado-nación peruano del espacio amazónico y el departamento de Loreto, entre 1883 y 1934. Su trabajo se centra sobre todo en las representaciones de Iquitos en Lima y de Lima en Iquitos, estudiando principalmente recortes de prensa, fotografías, mapas e imaginarios.

Víctor ARRAMBIDE CRUZ

Autor de *El verdadero origen. La historia del Diario Oficial El Peruano, 1825-1827* (2006), y el estudio preliminar de la edición facsimilar del periódico *El Peruano Independiente* (2006). Prepara la publicación de su tesis de licenciatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos titulada *Prensa y empresa pública en el Perú. La reorganización de la Imprenta del Estado (1868-1871)* y de su libro *Más allá de los aletazos. Artículos periodísticos de Manuel Atanasio Fuentes (1867-1888)*. Es autor del blog de historia *El espejo de Clío*.

María Elena BEDOYA HIDALGO

Historiadora y curadora independiente. Es doctora por la Universidad de Barcelona y magíster en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Andina Simón Bolívar de Ecuador. Es profesora en la Escuela de Ciencias Históricas de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador y docente invitada en varios programas de posgrado. Es miembro y fundadora de *la-scolaris.org*, colectivo especializado en lecturas críticas del coleccionismo y los archivos.

Francisco CASTILLA URBANO

Profesor asociado de Filosofía en la Universidad de Alcalá. Sus investigaciones se centran en la metodología de la historia de las ciencias sociales, como en su libro *El análisis social de Julio Caro Baroja: empirismo y subjetividad* (2002), y en el pensamiento moderno, especialmente en relación con América. Su último

libro, editado en colaboración con María José Villaverde Rico, es *La sombra de la leyenda negra* (2016).

Pilar GARCÍA JORDÁN

Profesora principal de Historia de América en la Universidad de Barcelona y directora del Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicas en el mismo centro de estudios. Sus investigaciones prioritarias han abordado la construcción del Estado-nación en Perú y Bolivia (siglos XIX y XX); las políticas relativas a la «nacionalización» de territorios y poblaciones indígenas de las tierras bajas de ambos países; el papel que en este proceso han desempeñado las misiones católicas; y la representación de guarayos y sirionós. Es autora de ocho monografías y editora de más de una decena de obras colectivas. Además, ha publicado múltiples artículos en revistas científicas de la especialidad.

Nelson GASCA GUZMÁN

Doctorando en estudios hispanoamericanos en la Université Bordeaux Montaigne. Su tesis doctoral se centra en los escritos y la biografía del franciscano Juan de Santa Gertudis, desde las islas Baleares hasta Nueva Granada. Ha sido becado de la Société des Hispanistes Français, el Institut des Amériques y la Université Bordeaux Montaigne, donde realizó la maestría de Literatura y Civilización Hispánicas.

Morgana HERRERA

Docente y doctoranda en Estudios Hispanoamericanos en la Universidad de Toulouse II Jean Jaurès. Su tesis se centra en la constitución de la intelectualidad amazónica en el Perú de la década de 1940. Es *agrégée* de Español y magíster en Estudios Hispánicos e Hispanoamericanos por la École Normale Supérieure de Lyon.

Catherine HEYMANN

Profesora principal de Civilización Hispanoamericana en la Universidad de París X Nanterre. Estudia las Amazonías hispánicas, especialmente el oriente peruano, a partir de la independencia: construcción de las identidades regionales, historia del caucho, representaciones artísticas (literatura, pintura, fotografía). Ha escrito más de cincuenta artículos dedicados a estos temas. Ha publicado *L'Orient péruvien entre construction régionale, intégration nationale et internationalisation*

du marché (1845-1932) (2016) y varios números monográficos de la revista *Caravelle*, de los cuales el último es *Bêtes et plantes en Amérique latine. Savoirs, pratiques et représentations (XVI^e-XXI^e siècle)* (2018), en coordinación con Sylvie Mégevand.

Nathalie JAMMET-ARIAS

Historiadora y profesora asociada de Civilización Hispanoamericana en la Universidad de París x Nanterre, desde 2010. Asimismo, coordina la licenciatura de Derecho y Lengua Española de esta universidad. Sus investigaciones tratan sobre la historia de Chile en el siglo XIX, las migraciones y exilios, y la nacionalidad y la ciudadanía. Su tesis doctoral, sustentada en 2000 en la Universidad Sorbonne, fue sobre la formación de la conciencia nacional en Chile.

Bernard LAVALLÉ

Historiador y profesor principal emérito en la Universidad de París III Sorbonne Nouvelle. Es especialista en la América virreinal. Ha publicado recientemente *Pacifique. À la croisée des empires* (2018) en Francia, y *Memorial, informe y manifiesto de fray Buenaventura Salinas y Córdova* (2017) y *Los cerros de la libertad. Esclavos cimarrones en Trujillo colonial* (2018) en Lima. Es autor de numerosos libros, entre los cuales destacan las biografías *Francisco Pizarro. Biografía de una conquista* (2005) y *Bartolomé de las Casas. Entre la espada y la cruz* (2009).

Ascensión MARTÍNEZ RIAZA

Doctora en Filosofía y Letras y profesora principal de Historia de América en la Universidad Complutense de Madrid. Dirige el grupo de investigación «Organización del poder y redes sociales en la historia de América» en la misma universidad. Es presidenta de la Asociación Española de Americanistas. Una de sus líneas de investigación es la independencia del Perú desde la perspectiva de los realistas. En los últimos años ha publicado artículos incluidos en *Cuando todo era posible. Liberalismo y antiliberalismo en España e Hispanoamérica (1780-1842)* (2016) y *Filipinas y el Pacífico. Nuevas miradas, nuevas reflexiones* (2016).

Nicolas de RIBAS

Profesor asociado de Civilización Hispanoamericana en la Universidad de Artois desde 2009. Es doctor por la Universidad de París Sorbonne Nouvelle. Dirige la Casa de las Lenguas de la Universidad de Artois desde 2012 y es miembro del

Laboratorio Textes et Cultures de Artois. Sus artículos desarrollan los temas del papel de los jesuitas en la emancipación iberoamericana, los viajes científicos y los viajeros en América del Sur durante los siglos XVIII y XIX.

Pascal RIVIALE

Doctor por la Universidad de París VII Denis Diderot. Es responsable de fondos de archivo (museos, arquitectura pública, patrimonio) en el Archivo Nacional de Francia. Es especialista en las relaciones entre Francia y el Perú en el período republicano. Sus publicaciones destacadas son *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)* (2000); *Una historia de la presencia francesa en el Perú, del Siglo de las Luces a los Años Lúbricos* (2008); *Une vie dans les Andes. Le journal de Théodore Ber (1864-1896)* (2013), en coautoría con Christophe Galinon; entre otras.

Emmanuelle SINARDET

Profesora principal de Historia y Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad de París X Nanterre, donde dirige el Centro de Estudios Ecuatorianos, en el seno del Centre de Recherches Ibériques et Ibéro-américaines en el laboratorio Études Romanes. Sus ejes de investigación son la historia de Ecuador, la historia de Filipinas, el nacionalismo, las políticas culturales y educativas, la literatura y la identidad.

Isabelle TAUZIN-CASTELLANOS

Profesora principal de Estudios Latinoamericanos en la Université Bordeaux Montaigne, tras sustentar una habilitación para asesorar tesis (1999) y una tesis doctoral (1990). Es miembro del Instituto Universitario de Francia (2016-2021). En la actualidad, se dedica a investigar la historia cotidiana de los viajeros y migrantes entre Europa y América Latina. Es autora de libros publicados en el Perú y en Francia sobre el siglo XIX, y editora de recopilaciones sobre historia cultural y literatura latinoamericana.

Susana Janet VARGAS LEÓN

Doctora en Historia por la Universidad de Niza Côte d'Azur, con la tesis intitulada *La Galerie des femmes fortes de Pierre Le Moyne, version péruvienne. Inscription historique et sociale, principaux protagonistes*. Es investigadora asociada al laboratorio de historia del Centre de la Méditerranée Moderne et Contemporaine de la Universidad Côte d'Azur. Sus temas de investigación están orientados a los

estudios latinoamericanos, la historia del Perú, la historia del libro, la historia del arte en la América colonial y la literatura francesa en el Perú.

Maud YVINEC

Doctora en estudios hispanoamericanos por la Universidad de París III Sorbonne Nouvelle. Es profesora titular en la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Su tesis, que está por publicarse, versa sobre las representaciones de los indígenas en el Perú del siglo XIX. Actualmente, desarrolla nuevos proyectos de investigación sobre las identidades sociales y la etnicidad en el Perú en torno a los conflictos ambientales contemporáneos.

Índice de ilustraciones y mapas

Informe presentado desde la prefectura de Gironda, 9 de junio de 1825	147
Las divisiones administrativas de Chile en 1828	165
Las divisiones administrativas de Chile en 1856	166
Las divisiones administrativas de Chile a fines del siglo XIX	167
Departamento de Amazonas y representación de la cordillera, en Paz Soldán (2012)	233
Departamento de Cusco, detalle, en Paz Soldán (2012)	235
Dos mulatos bailando ante un par de viajeros, en Lafond de Lurcy (1843, t. III)	293
«El bizcochero», en Bonnaffé (1857)	297
«India granadillera» en Lima, en Fuentes (1867, p. 216)	301

Se terminó de imprimir en
marzo de 2019 en los talleres gráficos de
Servicios Gráficos JMD S. R. L.
Av. José Gálvez 1549, Lince. Lima, Perú.
Telf.: 470 6420 / 472 8273
ventas@graficajmd.com.pe
Tiraje: 300 ejemplares

Con miras a la celebración de los bicentenarios sudamericanos, el presente libro propone contribuir a una revisión pluridisciplinar de dos siglos de historia cultural y social. Para ello se centra en el caso del Perú, cuya independencia fue proclamada en 1821. Desde una corografía de la ciudad de Arequipa realizada por el presbítero Ventura Travada y Córdova hasta la incorporación de la Amazonía en la literatura por el autodenominado «Cantor de América», José Santos Chocano, se pretende analizar aquí las representaciones internas y los sentimientos contradictorios por una identidad nacional emergente, así como la confrontación de alteridades a partir de miradas exógenas como la de Voltaire, autor de una tragedia pseudoincaica, o la del militar hispanofrancés José de Canterac.

Epistolarios, crónicas, atlas, memorias y relatos de viajes son algunas de las fuentes de los trabajos aquí reunidos en cuatro partes. A las luces y los prodigios tan propios de la visión del mundo en la América virreinal, le sigue una sección dedicada al militarismo realista en el Perú y a la gobernanza republicana en Chile y Ecuador. Luego, se enfoca en la singular representación del oriente boliviano, algunos aportes de la prensa limeña sobre poblaciones «subalternas» y la formación de colecciones documentales por algunos americanistas con intuiciones interculturales. Finalmente, se centra en las representaciones iconográficas y textuales del Perú, entre ruinas y regeneracionismo.

Le présent ouvrage contribue à une révision pluridisciplinaire de deux cents ans d'histoire culturelle et sociale des pays andins au moment où le Pérou s'apprête à fêter le bicentenaire de son indépendance. Les sources consultées par les auteurs de ce volume collectif sont peu connues, voire inédites : il s'agit de correspondances, de mémoires, de chroniques, d'atlas, de récits de voyage parus en français ou en espagnol de l'époque coloniale au début du XX^e siècle.

Isabelle Tausin-Castellanos

Profesora principal de Estudios Latinoamericanos de la Université Bordeaux Montaigne desde 1999. Fue galardonada como hispanista por el prestigioso Institut Universitaire de France. Es coordinadora del Proyecto Regional de la Nouvelle Aquitaine: Escrituras Migrantes Latinoamericanas (EMILA). Es miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua (2009), del Instituto Ricardo Palma (2001) y del Instituto Riva-Agüero.

Sus investigaciones versan sobre el Perú republicano, la historia cultural, los relatos de viajes y las relaciones entre Francia y América Latina. Algunas de sus publicaciones son: *Miradas recíprocas entre Perú y Francia. Viajeros, escritores y analistas (siglos XVIII-XX)* (2015), coeditado con Mónica Cárdenas; *Histoire des itinéraires et des étapes en Amérique latine, XVI^e-XX^e siècle* (2015); *El otro curso del tiempo. Una interpretación de Los ríos profundos* (2008), y *Las tradiciones peruanas de Ricardo Palma. Claves de una coherencia* (1999).